

calbrite

colorchecker classic



FAO 2331 G-II  
v.2  
VII/39

# VIAJE AL ORIENTE

1832 DE 1833

DE

MR. ALFONSO DE LAMARTINE,

TRADUCIDO POR \*\*\*

II.



MADRID. — 1846.

Est. literario-tipsográfico de P. Madoz y L. Sagasti  
Calle de la Madera baja, núm. 8.



R. M. 625

mm



Lamarini

VIAGE  
AL  
ORIENTE

G' I  
7-24







134  
3/6

202  
1/5



U III.

7. 18

B.



# VIAJE AL ORIENTE.

*La Lectura.* 5 de Mayo de 1846 TOM. II. 94

STATE OF CALIFORNIA

IN SENATE, FEBRUARY 10, 1910. THE SENATE PASSED THE FOLLOWING RESOLUTION:



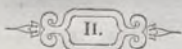
FAO 2331 G-II  
v. 2  
VII/27

# VIAJE AL ORIENTE

DE

MR. ALFONSO DE LAMARTINE,

TRADUCIDO POR \*\*\*.



MADRID.—1846.

Est. literario-tipegráfico de P. Madoz y L. Segasti.  
Calle de la Madera baja, núm. 8.



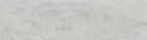
R. M. 625

WALLS OF ORIENT

20

THE WALLS OF ORIENT

THE WALLS OF ORIENT



THE WALLS OF ORIENT

THE WALLS OF ORIENT

THE WALLS OF ORIENT



---

---

1832 Y 1833.

---

SIRIA.

DESCRIPCIONES Y PENSAMIENTOS.

---

Partimos de Beyrut para Balbeck y Damasco el 28 de marzo de 1833, con una caravana compuesta de veintiseis caballos y ocho ó diez árabes á pie, que nos servian á la vez de criados y escolta.

La salida de Beyruth se realiza por caminos de arena roja, cuyas orillas están festoneadas de flores del Asia de todas las formas y de todos los aromas de la primavera. Allí se encuentran nopales, arbustos espinosos con racimos de flores amarillas como el oro, semejantes al esparto de nuestras montañas, parrales suspendidos de un

árbol á otro, y hermosos algarrobos, cuyas hojas de verde oscuro, con sus entrelazadas ramas y su tronco cubierto de una lisa y luciente corteza, le constituyen uno de los mas hermosos árboles de estos climas.

Despues de media hora de marcha se llega á la cumbre de la península, formada por el cabo de Beyruth, la cual termina en figura redonda en el mar: su base está formada por una llanura ancha y hermosa, atravesada por el Nach-Beyruth. Esta llanura, regada, cultivada y plantada en toda su estension de hermosas palmeras, de moreras verdes y de pinos, cuyas copas son grandes y tupidas, viene á terminar bajo los primeros peñascos del Líbano.

Desde el punto culminante del llano de Beyruth se estiende la magnífica escena de Fakar-el-Din, paseo de la ciudad, adonde los ginetes turcos, árabes y europeos, concurren á ejercitar sus corceles y correr el Djerid; allí iba yo todos los dias á pasar algunas horas á caballo, ya corriendo sobre las desiertas arenas que dominan el horizonte azul é inmenso del mar de Siria, ya meditando bajo las calles de jóvenes pinos, que cubren una parte del promontorio. Este es el punto mas hermoso que he visto en el mundo: los pinos gigantes, cuyos vigorosos troncos se inclinan continuamente al violento impulso del viento del mar, sostienen á manera de quitasoles sus grandes y redondas copas como si fueran cúpulas, esparcidos á grupos de dos ó tres árboles, ó aisladamente colocados de veinte en veinte pasos sobre una arena de oro, cubierta en algunos puntos de musgo y anémonas. Estos árboles, plantados por Fakar-



el-Din, cuyas maravillosas aventuras esparcieron en Europa su nombradía, conservan todavía su nombre.

Yo veía con sentimiento que un héroe mas moderno derribaba estos árboles, plantados por otro grande hombre; pues Ibrahim-Pachá hacia cortar algunos para su marina; pero aun quedan bastantes para señalar á lo lejos el promontorio al navegante, y para escitar la admiracion de los que gustan de las hermosas escenas de la naturaleza.

Esta es en mi concepto la mas suntuosa perspectiva del Líbano; uno se encuentra á sus pies, pero á bastante distancia para que no ensombre el espectáculo: la vista puede buscarlo en toda su altura, puede penetrar en la oscuridad de sus gargantas, y distinguir la espuma de sus torrentes, que caen por entre los primeros conos que lo flanquean, cada uno de los cuales sostiene un monasterio de maronitas.

El Sanino, que es la mas elevada cumbre del Líbano, domina todas las inferiores, y forma con sus perpétuas nieves y sus colores dorado, violeta y rosa, el fondo magestuoso del horizonte de los montes; el fondo que se hunde en el firmamento, no como un cuerpo sólido, sino como un vapor trasparente, al través del cual cree uno distinguir el cielo; fenómeno admirable de los montes de Asia, que no he visto mas que aquí, y cuya causa no me es dado alcanzar!

Por la parte de Mediodía baja gradualmente al Líbano hasta el cabo avanzado de Saida: sus cumbres no tienen nieve sino en dos ó tres mas distantes y altas que las otras; siguen todo el resto

de la libaniana cadena como una muralla de ciudad arruinada, ya subiendo ó bajando la línea del llano y de la mar, hasta morir en el vapor del Occidente hácia los montes de Galilea, ya la orilla del mar de Genazareth, ó lago de Tiberiades.

Por el lado del Norte se distingue un trozo de mar, que se adelanta como un lago dormido en el llano, medio oculto por la frondosidad del collado de San Demetrio, el mas hermoso de la Siria. En este lago, cuya union con el mar no se alcanza á distinguir, hay siempre varios buques anclados, graciosamente mecidos por las olas, que salpican con su espuma los lentiscos, las adelfas y los nopales. Un puente construido por los romanos, y reedificado por Fakar-el-Din, eleva sus arcos en la rada sobre el Beyruth, que atravesando el llano, y derramando la vegetacion y la vida, va á perderse en la rada á corta distancia.

Este fué el último paseo que di con Julia el dia que montó por la vez primera el caballo del desierto que yo la habia traído del mar Muerto, cuya brida confié á un criado árabe. Nos hallábamos solos; el dia brillaba de luz, de calor y de frondosidad, á pesar de que estábamos en el mes de noviembre. Esta interesante niña no se habia embriagado jamás tan completamente de la naturaleza, del movimiento, de la dicha de existir, y de ver y sentir; á cada paso se volvía hácia mí para exhalar exclamaciones; y cuando hubimos dado vuelta á la colina de San Demetrio, atravesado el llano y llegado á los pinos donde nos detuvimos: *¿No es verdad, me dijo, que este ha sido el paseo mas largo, el mas bello, y el mas*

*delicioso que yo he dado en mi vida?* ¡Ah! ciertamente que sí; pero fué el último! Quince días despues paseaba yo solitario bajo los mismos árboles, y solo llevaba en mi corazon la imágen encantadora de esta criatura, que el cielo me habia concedido para conocerla, poseerla y llorarla.

Ya no existe: la naturaleza no está animada para mí de lo que me la hacia admirar doblemente en el alma de mi hija! Yo la veo todavía en mi memoria, y arrebatada mi vista; pero ¡ay! ya no agita ni conmueve mi corazon: si lo agita es en algunos instantes inadvertidamente: pronto vuelve á caer frio y despedazado en el fondo de tristeza, de desolacion y amargura á que se halla condenado por tantas y tan irreparables pérdidas!

Hácia la parte de Poniente fijan la vista unas ligeras lomas de arena, roja como una ascua de fuego, de la que solo se percibe un vapor blanco rosa, semejante á la reverberacion de la boca de un horno encendido: despues, siguiendo la línea del horizonte, pasa la vista por encima de este desierto, y llega á la línea azul oscuro del mar que lo termina todo, y que se confunde á lo lejos con el cielo, en una niebla que deja indecisos los límites.

En todas estas colinas, en toda esta llanura y en todas las laderas de los montes, se ven innumerables y graciosas casitas, cada una de las cuales tiene su vergel de moreras, su pino gigantesco y sus higueras: en varios puntos se distinguen grupos compactos que llaman mas la atencion, como bonitos pueblos ó grandes monasterios, que elevándose sobre su pedestal de roca, reflejan en el mar á lo lejos, los amarillos rayos del sol del Oriente.



Sobre todas estas crestas, sobre los promontorios, y en las mismas gargantas del Libano, hay esparcidos de dos á trescientos monasterios, porque este pais es el mas religioso del mundo, y el único donde la existencia del sistema monacal no ha inventado los abusos que lo ha hecho reformar en otras naciones. Estos religiosos, pobres y útiles, viven de su propio trabajo, y hablando con exactitud, son unos labradores piadosos, que no piden al gobierno ni á las poblaciones sino el peñasco que cultivan, la soledad y la contemplacion. Sus monasterios, por medio de la existencia actual entre regiones mahometanas, esplican y aclaran la creacion de esos primeros asilos del cristianismo naciente, sufrido y perseguido; así se multiplicaron prodigiosamente estos asilos de la libertad religiosa en los tiempos de persecucion y de barbarie: tal fué la causa de su fundacion y la razon porque esta causa existe entre los maronitas; he aquí por que estos frailes continúan siendo lo que han debido ser en todas partes, y lo que no pueden ser en ninguna sino por excepcion.

Si el estado actual de las sociedades y de las religiones permite aun órdenes monacales, no deben ser aquellas que han sido creadas en otras épocas, para otros objetos y otras necesidades; cada tiempo debe llevar consigo sus creaciones religiosas y sociales, y las necesidades de estos tiempos son muy distintas de las necesidades de los primeros siglos. Las órdenes monásticas modernas solo pueden servir para dos cosas, á las que pueden contribuir mejor que los gobiernos y las fuerzas individuales, á saber: instruir á los hombres y consolarlos en sus miserias corporales. Las escue-

las y los hospitales son los dos únicos puntos que les deja vacantes, y que asigna para ellos el movimiento del mundo actual; pero para el primero de estos puntos es preciso que ellos mismos participen de la luz y de la ilustración que se desea difundir: es preciso que estén mas instruidos y sean mas morales que las poblaciones que se quieren instruir y mejorar: pero volvamos al Líbano.

Se empieza á subir por sendas de peña amarillenta y arenisca, con algunas manchas de color de rosa, que es lo que comunica desde lejos al monte ese color de violeta y rosa que lo hace tan agradable á la vista. Nada se nota de extraordinario hasta encontrarse á las dos terceras partes de la altura del monte; pero allí se descubre la cumbre de un promontorio que se interna en un valle profundo.

Una de las mas hermosas vistas que ofrece el espectáculo de la naturaleza es el valle de Hammana, que se ve uno á los pies. Este valle comienza por una negra y profunda garganta, vaciada casi como una gruta en las mas altas rocas, y bajo las nieves de la mas elevada parte del Líbano: de pronto solo se distingue por un torrente de espuma que baja con él de los montes, y que forma en la oscuridad un surco móvil y luminoso: el valle se ensancha por grados insensiblemente, como el torrente enriquecido de cascadas que se unen á él: vuelve de repente al ocaso, y formando un ligero y gracioso cuadro como un arroyo que desagua en un rio ó que se convierte en él, entra en un valle mas ancho y se torna en valle tambien: luego se estiende á la anchura de media legua entre dos cadenas de montes, y se precipita

en el mar por una suave pendiente; se ahonda ó eleva en colinas segun los obstáculos que encuentra en su curso; presenta pueblos separados entre sí por barrancos y grandes plataformas rodeadas de abetos, perfectamente cultivados, y con un monasterio en el centro; y esparce en estos barrancos el agua con que le han enriquecido mil cascadas, que arrastra con una espuma ruidosa y brillante. Las laderas del Líbano, que son los dos tremendos diques que lo encierran, estan tambien cubiertas de bellos grupos de pinos, de conventos y de empinados pueblos, cuyo humo azulado se esparce sobre sus precipicios.

La hora en que yo contemplaba este valle era la en que el sol se ponía por la parte del mar: sus rayos, dejando las gargantas y los barrancos en una oscuridad misteriosa, se elevaban rasando solamente los conventos, los techos de los pueblos, las copas de los pinos y las crestas mas altas de los cerros que descuellan sobre el nivel de las montañas. El torrente estaba crecido: las aguas cayendo de las cornisas de los montes, y brotando de las grietas ó hendiduras de las peñas, rodeaban con dos anchos brazos de plata ó de nieve la hermosa plataforma que sostenia los pueblos, los conventos y los bosques de pinos: su ruido parecia al de las trompas del órgano de una catedral, que resonaba por todas partes hasta ensordecer los oídos.

Rara vez he sentido mas profundamente la belleza especial de las vistas de los montes: belleza triste, grave y dulce y de una naturaleza enteramente distinta que la belleza del mar y de las llanuras: belleza que comunica recogimiento al



corazon, en vez de esplayarlo, y que parece participar del sentimiento religioso en la desgracia; recogimiento malancólico, en lugar del sentimiento religioso de la dicha, que consiste en la expansion, en el gozo y en el amor!

Caian á cada paso en la ladera de la cornisa que íbamos siguiendo, algunas cascadas sobre la cabeza del transeunte, ó se deslizaban entre los intersticios que habian ahondado en la peña viva, como goteras de ese sublime techo de los montes, que se filtran sin cesar á lo largo de las pendientes.

El tiempo estaba nebuloso, la tempestad mugia en los pinos, y el viento arrastraba la nieve deshecha y polvorosa, que tomaba color de los rayos del sol de marzo que la atravesaban en el aire. El paso de nuestra caravana por uno de los barrancos de estas cascadas me hizo un afecto original y pintoresco: las laderas de roca del Líbano se hundieron de repente con una profunda bahía del mar entre dos cerros: un torrente, detenido por peñascos de granito, llenaba con sus rápidas y estrepitosas aguas la abertura del monte; el polvo de la cascada, que caia desde la elevacion de algunas toesas, flotaba á merced del viento sobre los dos promontorios de árida y parda tierra que circundaban la bahía, y que inclinándose de repente con rapidez bajaban hasta el cauce del torrente que debíamos pasar: una estrecha cornisa, cortada en las laderas de estas lomas, era el único camino por donde podíamos bajar al torrente que era preciso atravesar. No se podia pasar por esta cornisa sino á la desfilada, y yo era uno de los últimos de la caravana: la larga fila de ca-

ballos, de bagages y de viajeros, bajaba sucesivamente al fondo de este abismo, dando giros y desapareciendo enteramente en la densidad de la niebla del agua, y volviendo á aparecer por grados al otro lado, y sobre la otra cornisa del paso, medio oculta al principio por un vapor sombrío y amarillento, como el del azufre, despues blanco y ligero como la plateada espuma de las aguas, y despues brillante, é iluminado por los rayos del sol que comenzaban á herirlo, á medida que subia las opuestas laderas. Esta escena parecia realizar una de las del infierno del Dante, en uno de los mas terribles círculos que ha inventado la imaginacion de este poeta; pero ¿quién es poeta ante la naturaleza? ¿quién puede alcanzar sus obras?

Hammana, pueblo druzo donde íbamos á pernoctar, se descubria ya en la abertura del valle de su nombre. Situado este sobre el escarpado terreno de las rocas agudas y quebrantadas que confinan con la region de las nieves perpétuas, está dominado por la casa del scheik, colocada en medio del pueblo sobre un pico mas elevado: dos profundos torrentes encajonados en las rocas, y obstruidos de peñascos, contra los cuales se estrella la corriente, circundan el pueblo por todos lados, y estos torrentes se pasan sobre algunos troncos de pinos, cubiertos con un poco de tierra y sin baranda. Las casas como todas las de Siria, presentan desde lejos una apariencia de regularidad, de arquitectura y aun de agradable perspectiva, que al pronto engaña la vista, y las hace semejantes á las vilas ó casas de campo italianas, con sus terrados sobre los techos, y sus balcones con barandillas; empero el palacio del scheik de Hammana escede en elegan-

cia, en gracia y nobleza, á cuanto he visto en este género, despues del de emir Beschir en Deir-el-Kamar: solo puede compararse á uno de nuestros maravillosos castillos de la edad media, tales al menos, cuales sus ruinas nos los hacen figurar, ó como nos los representan las pinturas. Balcones con ogivas, una puerta espaciosa en anchura y elevacion, coronada con un arco formado en ogiva tambien, que se adelanta como un pórtico sobre el umbral; dos bancos de piedra con arabescos esculpidos, que rematan en las dos hojas de la puerta; siete ú ocho escalones de piedra circular que bajan á un ancho terraplen, sombreado por dos ó tres inmensos sicomoros, donde corre el agua de una fuente de mármol: he aquí la perspectiva.

Siete ú ocho druzos armados, vestidos con sus hermosos trages de brillantes colores, con grandes turbantes y en marcial actitud, parecian esperar órdenes de su gefe; uno ó dos negros con chaquetas azules, y algunos esclavos jóvenes ó pages, estaban sentados ó jugando sobre los escalones; mas arriba, debajo del arco de la puerta, se veia sentado al scheik con su pipa en la mano, cubierto con una pelliza de grana, en actitud que demostraba el reposo y el poder. Hallábase una mujer jóven y hermosa asomada á una alta ventana del edificio, y otra, tambien jóven y hermosa como la primera, de pie en un balcon encima de la puerta.

Ocupamos una habitacion que nos habian preparado algunos dias antes, y habiéndonos levantado al dia siguiente al salir el sol, trepamos en hora y media á la última cima del Libano, don-



de se asientan las nieves: allí por una elevadísima llanura, ligeramente variada por las ondulaciones de las colinas, como en las cumbres de los Alpes, se sigue la garganta que conduce al extremo opuesto del Líbano.

Después de dos horas de penosa marcha, sobre dos ó tres pies de nieve, se descubren primero las altas y nevadas cumbres del Anti-Líbano, después sus laderas áridas y desnudas, y finalmente, el dilatado y hermoso llano de Bka, que se une por la derecha con el valle de Balbek. El llano comienza en el desierto de Homs y de Hama; termina en las montañas de Galilea hacia Safad, y deja solamente un estrecho paso al Jordan, que va á desaguar en el mar de Genazareth. Esta llanura es una de las mas hermosas y fértiles del mundo, y apenas está cultivada, porque infestada por los árabes errantes, no se atreven á sembrarla los habitantes de Balzek, de Zaklé y de los demas pueblos del Líbano. Está regada por muchos torrentes, y por fuentes inagotables: cuando la vimos presentaba mas bien el aspecto de un pantano ó de una laguna mal secada, que el de una tierra cultivable.

Tardamos cuatro horas en bajar al pueblo de Zaklé, donde nos hospedó el obispo griego, nacido en Alepo.

El dia siguiente 30, partimos para atravesar el llano de Bka, con ánimo de ir á dormir á Balbek.

### RUINAS DE BALBEK.

Cuando salimos de Zaklé, bonito pueblo cristiano situado al pie del Líbano, y en los límites

del llano que está delante del Anti-Líbano, seguimos las raíces de aquel, subiendo hasta el Norte, y pasamos cerca de un edificio arruinado, sobre cuyos escombros han construido los turcos la casa de un derviche y una mezquita de efecto grandioso y pintoresco. Según las tradiciones árabes está allí el sepulcro de Noé, cuya arca se detuvo en la cumbre del Sanio: el patriarca, que habitaba el llano de Balbek, murió en él, y fue sepultado allí. Algunos restos de arcos y estructuras antiguas de los tiempos griegos ó romanos confirman las tradiciones: cuando menos, se ve que este lugar ha sido consagrado por algun recuerdo grande, y la piedra está allí para atestiguar una historia. Al pasar no pudimos menos de recordar aquellos días de la antigüedad en que los hijos del patriarca, aquellos hombres nuevos, nacidos de uno solo, habitaban estas primitivas regiones, y fundaban civilizaciones y edificios que han quedado como problemas para nosotros.

Siete horas nos costó atravesar oblicuamente el llano que conduce á Balbek: al paso del rio que divide la llanura, nuestra escolta árabe quiso obligarnos á tomar la derecha para ir á dormir á un pueblo turco, á tres leguas de Balbek: mi dragoman no pudo hacerse obedecer, y yo me ví precisado á poner mi caballo al galope al otro lado del rio, para que me siguiesen los dos gefes de la caravana. Me adelanté hácia ellos con el látigo en la mano, y á una sola señal de amenaza saltaron de los caballos, y nos acompañaron murmurando.

Se eleva el llano á medida que se acerca al Anti-Líbano, y se hace mas seco y pedregoso; asi

es que andábamos por encima de anémones y campanillas blancas. Comenzamos á advertir una mole inmensa que se desprendía en negro de las laderas blanquecinas del Anti-Líbano; esta era Balbek; pero nada podíamos distinguir todavía. Llegamos por fin á la primera ruina, que es un templo octágono, sostenido por columnas de granito rojo egipcio, las que fueron cortadas evidentemente de otras columnas mas altas, algunas de las cuales tienen una voluta en el chapitel y otras ninguna. En mi concepto fueron trasladadas, cortadas y levantadas allí en tiempos muy modernos, probablemente en el de Fakkar-el Din, para sostener la bóveda de una mezquita, ó el techo de un santón. Los materiales son hermosos, y en el trabajo de la cornisa y de la bóveda, se descubre todavía el conocimiento del arte, pero estos materiales son verdaderos fragmentos de ruinas, acomodados allí por una mano mas débil y por un gusto mas corrompido: este templo se halla á la distancia de un cuarto de hora de Balbek. Impacientes por ver lo que la antigüedad mas remota nos ha dejado de bello, de grande y misterioso, avivamos el paso de nuestros caballos cansados, cuyos pies comenzaban á tropezar con pedazos de mármol, con trozos de columnas, y con chapiteles derribados. Todas las paredes que dividen los campos de la inmediación de Balbek están construidas con estos restos, en términos que nuestros anticuarios hallarian un enigma en cada piedra. La cultura comenzaba á aparecer, y se veían grandísimos nogales, los primeros que he encontrado en la Siria, los cuales nos separaban de Balbek, y nacían entre las ruinas mismas de los templos que nos ocul-



taban aun con sus estensas ramas. Llegamos por fin y vimos que propiamente hablando no era un templo, un edificio ni una ruina, sino una verdadera colina de arquitectura que se ve elevarse de improviso desde el llano á alguna distancia de las verdaderas colinas del Anti-Libano. Por medio de estos escombros se llega á un pequeño y arruinado pueblo árabe llamado Balbek. Seguimos uno de los lados de esta colina de arquitectura, sobre la cual se levanta un bosque de graciosas columnas que iluminado por el sol que se ponía, reflejaba los tintes amarillos y mates de los mármoles del Partenon y del coliseo de Roma. Entre estas columnas habia algunas colocadas en elegante y prolongada fila, las cuales conservaban intactos sus chapiteles, y sus cornisas ricamente esculpidas, y estaban inmediatas á las paredes de mármol que cerraban los templos; otras tendidas en tierra contra las paredes como un árbol al que ha faltado la raiz y ha caido, pero cuyo tronco está todavía sano y vigoroso; y otras, en mayor número, esparcidas en inmensos pedazos de mármol ó de piedra sobre las pendientes de la colina, en los fosos profundos que la rodean, y hasta en el cauce del rio que corre á sus pies.

En la plataforma de este monte de piedras se veian seis columnas mucho mas gigantescas pero aisladas y no lejos de un templo inferior, las cuales sostenian aun su tremenda cornisa: ya hablaremos despues de lo que representan estas columnas en su aislamiento de los demas edificios. Siguiendo algo mas al pie de los monumentos, las columnas y la arquitectura acaban, y solo se ven paredes altísimas edificadas con enormes piedras, casi todas

:

con huellas de escultura, las cuales eran ya ruinas de otra época anterior, de las que se habían servido en la menos remota en que se construyeran los templos que se veían arruinados.

Solo anduvimos aquel día hasta llegar á las ruinas de Balbek: el camino se apartaba de las grandes ruinas, y nos llevaba por entre otras y sobre bóvedas que resonaban con los pasos de nuestros caballos, hácia una casita construída entre los escombros, que era el palacio del obispo de Balbek, el cual vestido con su pelliza, y acompañado de algunos paisanos árabes, salió á recibirnos y nos acompañó hasta su puerta. La menor cabaña de Borgoña ó de la Auvernia tiene mas lujo y elegancia que este palacio episcopal: una construcción sin ventanas ni puertas, mal unida, y cuyo techo medio caído, da paso á la lluvia sobre un piso de barro, tal es el edificio. En el fondo del patio vimos no obstante, una pared limpia y nueva, construída de trozos de piedra, con una puerta y una ventana de arquitectura morisca, cuyas ogivas estaban formadas de piedras admirablemente esculpidas, que llamaron nuestra atención. Esta era la iglesia de Balbek, la catedral de una ciudad, donde otros dioses imaginarios tuvieron tan espléndidos asilos; y esta es finalmente la capilla adonde los pocos cristianos árabes que viven en estas ruinas van á orar bajo una forma mas pura á la Divinidad, cuya idea ha hecho cavilar tanto á los hombres y remover tantas piedras.

Dejamos nuestras capas bajo este hospitalario techo, atamos nuestros caballos á los postes, sobre el vasto llano cubierto de yerba menuda que se extendía desde la casa del obispo hasta las ruinas; en-

cendimos fuego con zarzas para enjugar nuestros vestidos mojados por la lluvia, y cenamos en el patio del obispo sobre una mesa formada de piedras de los templos, mientras que en la capilla vecina se entonaban en lastimero canto las letanías de la tarde, y la voz grave y sonora del obispo recitaba piadosas oraciones á sus feligreses, que consistian en algunos pastores y mujeres árabes. Cuando estos habitantes del desierto salieron de la iglesia y se detuvieron para vernos, solo observamos en ellos rostros de amigos y miradas benévolas, y no oimos mas que palabras atentas y afectuosas: sus saluciones nos interesaron, pues consistieron en esos votos reiterados y sinceros de los primitivos pueblos, que no han convenido aun en una fórmula de salutacion á los hombres, sino que concretan en cierto número de palabras aplicables á las horas diferentes del dia todo lo que la hospitalidad puede apetecer de mas interés y eficacia. Eramos cristianos, y esto era bastante para ellos.

La comunidad de religion es la simpatía mas poderosa de los pueblos; la comunidad de una idea entre los hombres es un vínculo mas fuerte que la comunidad de la patria; y los cristianos del Oriente sumergidos por decirlo asi en el mahometismo que los rodea, que los amenaza y los persigue muchas veces, ven en los cristianos de Occidente sus protectores actuales y sus libertadores futuros.

La Europa no conoce bastante la poderosa palanca que tiene en su mano para conmover el Oriente; pero llegará dia en que fijará su atencion en este país, próximo á una trasformacion inevitable y necesaria, y le restituirá la libertad y la civilizacion de que es tan capáz y tan digno. En mi



opinion es ya tiempo de enviar una colonia europea al corazon del Asia, de introducir la civilizacion en los lugares de donde ha salido la civilizacion antigua, y de formar un imperio inmenso de estos grandes pedazos destrozados del imperio turco, que por su propio peso se desploma, y que no tiene otro heredero que el desierto y el polvo de las ruinas en que se halla abismado. Nada es mas fácil que levantar un monumento nuevo sobre estas abandonadas comarcas, y volver á abrir á la fecunda raza humana las ricas fuentes de poblaciones que ha agotado el islamismo con su administracion execrable. Cuando digo execrable no se entienda que quiero inculparle de una ferocidad brutal que no está en su naturaleza, sino de una culpable indolencia, y de ese funesto fatalismo que sin destruir nada, lo deja perecer todo en derredor de sí.

La poblacion turca es buena y moral; su religion no es ni tan supersticiosa ni tan esclusiva como nos la pintan; mas su resignacion enteramente pasiva, que es su fatalismo y el abuso de su fe en el reino sensible de la Providencia, apaga y estingue las facultades intelectuales, pues remite, comete y abandona á Dios el cuidado de obrar por el hombre. El hombre tiene á su cargo obrar por sí en su propia causa, y Dios, que no obra por él, es el atento espectador y el justo juez de sus acciones; el islamismo se ha apropiado el papel de la Divinidad, y erigiéndose en espectador inactivo de la accion divina, ata los brazos al hombre, y este perece voluntariamente en la inaccion.

Pero es preciso hacer la justicia de decir que el culto de Mahoma ha impuesto dos grandes de-



pueda pagarlos, pues como no tienen otro culto que el interes, sus divinidades serán el sable y el oro, con este vicio se les puede sujetar bastante tiempo, para que su absoluta sumision sea inevitable despues. Prestarán servicios; cuando no sean necesarios se alejarán sus tiendas al interior del desierto su única patria, y poco á poco se les puede atraer á una civilizacion mas suave, de la que nunca han tenido ejemplo en derredor de sí.

Nos levantamos al amanecer: los primeros rayos del sol iluminaban los templos de Balbek, y daban á estas misteriosas ruinas el esplendor de perpetua juventud que la naturaleza sabe dar hasta á aquello mismo que ha destruido el tiempo. Despues de un ligero desayuno fuimos á tocar con nuestras propias manos lo que solo habíamos distinguido con la vista: nos acercamos con lentitud á la colina artificial para abarcar con nuestras miradas el conjunto de las diferentes masas de arquitectura que la componen, y llegamos muy pronto bajo la sombra misma de las altísimas murallas que circundan las ruinas por la parte del norte. A nuestros pies corria un hermoso arroyo que rebosaba de su cáuce de granito, y que inundando el terreno de sus orillas formaba pequeños remansos de agua corriente y clara, que murmuraba y hacía espuma al rededor de los considerables trozos de piedra desprendidos de las murallas, y de las esculturas que obstruian el cáuce. Pasamos este riachuelo por los puentes que el tiempo ~~si mismo ha echado sobre él, subimos por una angosta y ~~carpada~~ brecha hasta el terraplen de los muros, y á ~~un~~ paso que dábamos, á cada piedra que tocábamos, ó ~~contemplábamos,~~~~



la admiracion nos arrancaba exclamaciones de sorpresa y de asombro. Cada piedra de las que formaban la muralla tenia ocho ó diez pies de longitud, sobre cinco ó seis de anchura, y otro tanto de espesor: estas piezas tan considerables descansan una sobre otra sin estar unidas con argamasa, y ostentando casi todas trabajos de escultura, de una época india ó egipcia. A primera vista se conoce que las piedras que se han desplomado han servido primitivamente para un uso muy distinto que el de formar un recinto de muros, y que eran mas bien materiales preciosos de antiguos monumentos, de los cuales se han servido mas tarde para ceñir ó cercar los monumentos griegos y romanos.

Entre los antiguos era costumbre habitual, y creo aun que religiosa, que cuando un edificio sagrado quedaba demolido por la guerra, llegaba á desplomarse por el trascurso de los años, ó las artes mas adelantadas querian renovarlo ó perfeccionarlo, se usasen los mismos materiales para las construcciones accesorias de los monumentos restaurados sin duda con el objeto de no dejar profanar en destinos vulgares las piedras que habian servido para los templos: tambien puede ser que fuese por respeto á los antiguos, y á fin de que el trabajo de los hombres de diferentes épocas no fuese sepultado en la tierra, sino que se conservase como testimonio de la piedad humana, y de los progresos sucesivos de las artes. Asi se observa en el Partenon, y en las murallas del Acrópolis, reedificadas por Pericles, los cuales están construidos con los materiales del templo de Minerva. Muchos viajeros modernos, que no han conocido

este piadoso uso de los antiguos, han caído en el error de tomar por construcciones bárbaras de los turcos ó de los cruzados, edificios fabricados así desde la mas remota antigüedad. De todos modos la prodigiosa dimension de las piedras de la muralla es admirable; pero debemos añadir que algunas de ellas tienen hasta veinte y treinta pies de longitud, y siete ú ocho de espesor. Habiendo llegado á la cumbre de la brecha, no sabíamos donde fijar la vista: por todas partes se veían pórticos de mármol de una elevacion y de una anchura prodigiosas; ventanas ó nichos, cuyos bordes estaban adornados de esculturas admirables; cimbríos hermoeados con adornos esquisitos, pedazos de cornisas y chapiteles tan diminutos como el polvo, y pedazos de bóvedas encajonadas y suspendidas sobre nuestras cabezas. Todo en rededor de nosotros era misterio, todo confusion y desórden, obras maestras del arte, vestigios de la antigüedad, é inesplicables maravillas: apenas nos asombraba una ojeada echada por un lado, cuando una nueva maravilla nos llamaba la atencion por el otro. Nos perdíamos en un laberinto de conjeturas, y no podíamos clasificar con el pensamiento los edificios sagrados de una época ó de un pueblo, cuya religion y costumbres no conocíamos: el tiempo se lleva consigo los secretos, y deja los enigmas á la ciencia humana para engañarla y burlarse de ella. Pronto tuvimos que renunciar enteramente á organizar idea alguna sobre el conjunto de las ruinas, y nos limitamos á ver y admirar, sin poder comprender mas que el poder colosal del genio del hombre, y la fuerza de la idea religiosa, que habia podido remover

tales masas, y concluir tantas obras maestras.

Aun estábamos separados de la segunda escena de las ruinas por construcciones interiores que nos ocultaban los templos. Según toda apariencia, nos hallábamos sobre las habitaciones de los sacerdotes, ó sobre el terreno de capillas particulares, destinadas á usos desconocidos: pasamos, pues, por encima de estas construcciones monumentales, mas ricas que las murallas del recinto, y penetramos en la segunda escena de las ruinas, la cual era mucho mas larga, mas ancha y mas adornada que la primera, y vimos una plataforma inmensa cuadrilonga, cuyo nivel estaba muchas veces interrumpido por restos de pavimentos mas altos y que parecían haber pertenecido á templos enteramente destruidos, ó que habían estado descubiertos, y sobre los cuales el sol, que habia sido adorado en Balbek, podía iluminar sus altares.

Al rededor de esta plataforma habia una série de capillas adornadas con nichos admirablemente esculpidos, con frisos, cornisas, y cajones de un trabajo acabado; algunas del gusto de una época en que las artes estaban corrompidas, pues se descubria la señal de los sistemas sobrecargados de adornos de las épocas de la decadencia de los griegos y los romanos. Para conocerlo, sin embargo, era preciso tener la vista ejercitada en el exámen de los monumentos puros de Atenas ó de Roma; pues cualquiera otro quedaria fascinado por el esplendor de las formas, y lo concluido de los adornos. El solo vicio que se nota es el exceso de la riqueza: la piedra se ve abrumada por su propio lujo, y los encages de mármol rodean por todas partes las paredes. Todavía existen intactas ocho ó diez



de estas capillas, que parecen haber estado siempre sin cubrir, sobre el cuadrilongo que rodean, en las cuales los misterios del culto de Baal se celebraban sin duda en el lleno del día. No trataré de describir los innumerables objetos de admiración y asombro, que cada uno de estos templos, cada una de estas piedras ofrecían á la vista del curioso espectador; no soy ni escultor, ni arquitecto, y hasta ignoro el nombre que toma la piedra según su colocación ó figura: hablaría, pues, muy mal una lengua que no me es conocida; entiendo esta lengua universal, con que lo bello habla á la vista hasta del ignorante, y con que lo misterioso y lo antiguo habla al entendimiento y al alma del filósofo; esta lengua no me ha hablado jamás con tanta elocuencia como el caos de mármoles de formas y misterios que obstruyen esta maravillosa colina artificial!

Sin embargo, todo era nada, en comparación de lo que descubrimos después. Multiplicando en la imaginación los restos de los templos de Júpiter Stator en Roma, del coliseo y del Partenon, podía uno representarse esta escena arquitectónica; pues el prodigio consiste en la asombrosa aglomeración de tantos monumentos, de tantas riquezas, y de tanto trabajo en un solo recinto, y al alcance de una sola mirada, en medio de un desierto y sobre las ruinas de una ciudad casi desconocida.

Nos separamos con sentimiento del lugar de este espectáculo, y nos dirigimos con lentitud hacia el mediodía, donde las cúspides de seis columnas gigantes se elevaban como faros sobre este horizonte de hacinadas ruinas. Para acercarnos tuvimos que pasar por encima de paredes de recintos exteriores

de altos pavimentos, de pedestales y de bases ó cimientos de altares, que por todas partes cerraban el camino, y dificultaban el paso; mas llegamos por fin á su pie. El silencio es el language del hombre cuando lo que siente escede á la ordinaria intensidad de las impresiones recibidas hasta allí; nosotros enmudecemos al ver estas columnas, y al contemplar con la vista su diámetro, su elevacion, y la admirable escultura de los frisos y arquivadas de sus cornisas. Estas columnas, de siete pies de diámetro y mas de setenta de altura, están fabricadas de dos ó tres piezas; mas tan perfectamente unidas, que apenas se pueden distinguir las líneas por donde se han juntado. Su materia es una piedra de color amarillo ligeramente dorado, que participa del brillo del mármol; el sol les daba solamente por un lado, y nos sentamos un momento á su sombra: pájaros muy grandes, semejantes á las águilas, volaban asustados al ruido de nuestros pasos por encima de sus espaciosos chapiteles, donde tenian sus nidos, y volvian á ponerse sobre las hojas de acanto de los tambores de aquellos; las golpeaban con el pico, y batian las alas, como si fuesen adornos animados de tan maravillosos restos.

Estas columnas, que algunos viajeros han creido restos de un intercolumnio ó calle de ciento cuatro pies de larga y cincuenta y seis de ancha, que conducia antiguamente á un templo, me parecieron evidentemente el adorno exterior del mismo templo; pues examinando con atencion el mas pequeño, que existe entero á su inmediacion, se ve que ha sido construido bajo el mismo plan. Lo que me parece probable es, que despues de la ruina

del primer templo por algun terremoto, se haya construido el segundo sobre el mismo modelo, que se hayan empleado en su construccion parte de los mismos materiales, que se hayan disminuido las dimensiones, demasiado colosales para una época de decadencia, que se hayan cambiado las columnas fracturadas por su caída; y finalmente, que se hayan dejado subsistir las que el tiempo habia respetado como un recuerdo sagrado del antiguo monumento: si fuese de otro modo quedarian otros restos al rededor de las seis grandes columnas que existen. Todo por el contrario, manifiesta que el espacio que las rodea estaba vacío y desembarazado de escombros desde los tiempos mas remotos, y que un rico pavimento servia aun para las ceremonias de un culto en torno de ellas.

Hacia el mediodía teníamos delante otro templo, colocado á la orilla de la plataforma, á unos cuarenta pasos de nosotros: era el monumento mas conservado y magnífico de Balbek, y me atreveré á decir del mundo entero; pues si se levantasen una ó dos columnas del peristilo, que han rodeado de la ladera de la plataforma, cuyas cabezas se hallaban apoyadas aun contra la pared intacta del edificio; si se restableciesen en su lugar algunos enormes pedazos que han caido del techo en el vestíbulo; si se levantasen una ó dos piezas esculpidas de la puerta interior; si el altar recompuesto con las ruinas que cubren el pavimento recobrase su figura y lugar, y hecho esto, se pudiesen recordar los dioses á quienes estaba dedicado, y se instalasen en él, los mismos sacerdotes y el mismo pueblo, reconocerían su templo, tan completo, tan intacto, y tan brillante por el bruñido de las piedras y



por el esplendor de la luz, como el día que salió de las manos del arquitecto. Las proporciones de este edificio eran inferiores á las del templo que recordaban las seis columnas colosales: estaba rodeado de un pórtico, sostenido por dos columnas de orden corintio, y cada una de estas tendria cinco pies de diámetro, y cuarenta y cinco de elevacion: las columnas estaban formadas de tres piezas, conservaban nueve pies de distancia la una de la otra, y se hallaban á la misma pared interior del templo. Sobre los chapiteles de las columnas se extendía un rico arquitrave, y un friso primorosamente esculpido. La bóveda que cubre el peristilo está construida con pedazos de piedra cóncava, cortados en cuadro, y cada uno de ellos representa la figura de un dios, de una diosa, ó un héroe: entre estos solo reconocimos á un Ganimedes, arrebatado por las águilas de Júpiter. Algunos de los pedazos han caído á tierra á los pies de las columnas, y habiéndolos medido resultó que tenían diez y seis pies de anchura y cinco ó seis de espesor: estas eran las pizarras del monumento.

El pórtico interior, construido de piedras enormes tambien, tenia veintidos pies de anchura; no pudimos medir la elevacion, porque habiendo caído muchos escombros, se elevaban considerablemente sobre el piso: el aspecto de las piedras esculpidas, y su desproporcion con el resto del edificio, me hicieron presumir que este pórtico era el del gran templo derribado que se habia colocado en este; pues las esculturas misteriosas que le adornaban no eran á mi entender de la época antonina, sino de un trabajo infinitamente menos

puro. Un águila que tiene en las garras un caduceo, estendia sus alas sobre la abertura, y de su pico se escapaban festones ó cadenas, cuyas estremidades estaban sostenidas por dos famas. El interior del monumento estaba adornado de pilastras y de nichos de rica escultura, y tomamos algunos fragmentos de esta que estaban sembrados por el suelo. Entre los nichos habia algunos que se hallaban perfectamente intactos, como si acabasen de salir del taller del escultor. Cerca de la entrada del templo encontramos grandes aberturas y escaleras de subterráneos, las cuales nos condujeron á construcciones inferiores, todas magníficas y vastas; y si bien no podia designarse su uso con certidumbre, es de creer que serian habitaciones de los pontífices, colegios de los sacerdotes, ó salas de iniciaciones, y aun tal vez habitaciones reales: recibian la luz de arriba ó de los flancos de la plataforma, á la que estaban contiguos los aposentos.

Temerosos de estraviarnos en este laberinto, solo examinamos una pequeña parte de él; pero nos pareció que estas construcciones se estendian á todo el ámbito de la loma. Este templo está colocado á la estremidad sudoeste de la colina monumental de Balbek, y forma el ángulo de la plataforma. Al salir del peristilo nos hallamos á la orilla de un precipicio; no pudimos medir el tamaño portentoso de las piedras que forman el pedestal de este grupo de monumentos: en cuanto al pedestal tendrá unos treinta pies de elevacion sobre el nivel de la llanura de Balbek, y las piedras con que está construido, son de una dimension tan prodigiosa, que sino estuviese ates-

tiguada por viajeros fidedignos, se miraría como increíble; los árabes mismos, testigos oculares de ello, no atribuyen el tamaño de estas piedras al poder humano, sino al de genios y á poderes sobrenaturales.

Quando se considera que algunas de estas piedras de granito tienen cincuenta y seis pies de largo, quince ó diez y seis de ancho, y un espesor desconocido; que estas moles, colocadas unas sobre otras, estan alzadas á veinte ó treinta pies del suelo; que han sido sacadas y traídas allí de canteras distantes, y levantadas para formar el pavimento de los templos, retrocede la imaginacion ante la consideracion de las fuerzas del hombre, pues el estado de las ciencias en el dia no alcanza á esplicar este enigma, y no se maravilla uno de que lo atribuyan á un poder sobrenatural. Tan asombrosas piedras no pueden ser de la época de los templos; probablemente han sido un misterio para los antiguos, como lo son para nosotros; pertenecen sin duda á un tiempo desconocido, antidiluviano tal vez, y habrán sostenido quizás muchos otros templos consagrados á cultos diferentes y sucesivos. A la simple vista se reconocian sobre la colina de ruinas cinco ó seis generaciones de monumentos, pertenecientes á épocas diversas. Algunos viajeros y escritores atribuyen estas construcciones primitivas á Salomon, el cual se dice que edificó á Tadmor y Balbek en el desierto.

La historia de Salomon exalta la imaginacion de los orientales, pero esta suposicion no es verosímil, al menos por lo que respecta á las construcciones colosales de Heliópolis. ¿Cómo un rey de Israel, que no tenia un puerto de mar á diez



leguas de sus montañas, y que necesitaba reclamar el auxilio de la marina de Hiram, rey de Tiro, para que le trajese los cedros del Libano, podría estender su dominación mas allá de Damasco, y hasta Balbek? ¿Cómo un principe, que cuando quiso levantar el templo de los templos, la casa del Dios único, en su capital, no empleó en él sino materiales tan frágiles, que no pudieron resistir á los tiempos, ni dejar ningun resto durable, podría edificar á cien leguas de su pueblo, y en desconocidos desiertos, monumentos contruidos con materiales tan duraderos? ¿No hubiera empleado antes su fuerza y su riqueza en el templo de Jerusalem? ¿Qué queda en Jerusalem que indique monumentos semejantes á los de Balbek, nada: luego no puede ser Salomon su fundador. Yo creo mas bien que estas monstruosas piedras han sido cortadas, ó bien por las primeras razas de hombres, que todas las historias primitivas llaman gigantes, ó bien por los hombres anti-diluvianos. Se asegura que no lejos de allí, en un valle del Anti Libano, se descubren huesos humanos de un prodigioso tamaño, y este rumor tiene tanto crédito entre los árabes vecinos, que el cónsul general de Inglaterra en Siria Mr. Ferren, que es hombre de instruccion vasta, se propone visitar estos misteriosos sepulcros. Las tradiciones orientales, y el mismo monumento levantado sobre el que se cree sepulcro de Noé á poca distancia de Balbek, indican aquel sitio como el lugar en donde vivió el patriarca. Los primeros hombres salidos de él, han podido conservar mucho tiempo la estatura y las fuerzas que tenia la especie humana antes de la sumersion total del globo,

y estos monumentos pueden ser obra suya. Aun cuando no se quiera conceder que la raza humana haya escedido nunca de las proporciones actuales, pueden haber cambiado las proporciones de inteligencia. ¿Quién asegurará que esta inteligencia, mas jóven y mas inmediata á su creacion, no haya sido poseedora de procedimientos mecánicos mas perfectos, para remover, como un grano de arena, estas masas que un ejército de cien mil hombres no conmoveria en el día? Como quiera que sea, algunas de las piedras de Balbek, que tienen sesenta y dos pies de longitud, veinte de latitud, y quince de profundidad, son las mas prodigiosas que se sepa hayan removido los hombres. Las mas grandes piedras de las pirámides de Egipto no pasan de diez y ocho pies, y no son sino piezas particulares y de escepcion, colocadas en ciertos puntos del edificio, para darle una solidez especial.

En el ángulo norte de la plataforma, estan bastante conservadas las murallas que la sostenian, pero la masa de los materiales que las componen es menos maravillosa. Sin embargo, las piedras tienen por lo comun de veinte á treinta pies de largo, y sobre ocho ó diez de ancho. Estas murallas, mucho mas antiguas que los templos superiores, son de un color pardo, y en los vértices de sus ángulos se notaban algunos agujeros que servian de nidos á las golondrinas, y dejaban colgar ramas de yerbas y flores parietarias. El tinte grave y sombrío de las piedras de la base, contrasta con el color espléndido y dorado de las paredes de los templos, y con el de las filas de las columnas. Al ponerse el sol, cuando sus rayos

:

hieren las pilastras, y se deslizan como ondas de fuego por entre las volutas y las hojas de acanto de los chapiteles, los templos resplandecen cual si fuesen de oro y estuviesen sentados sobre pedestales de bronce.

Bajamos por una abertura practicada en el ángulo Sud de la plataforma; algunas columnas del templo pequeño habian rodado, con parte del arquitecave, en el torrente que corre á lo largo de los muros: estos trozos enormes de columnas, hacinados al acaso en el cáuce, y sobre la rápida pendiente del foso, han quedado y quedarán perpétuamente en el sitio donde se han detenido; algunos nogales y otros árboles han nacido entre ellos, los cubren con sus ramas, y los abrazan con sus raíces: los árboles mas grandes parecian frágiles cañas nacidas el dia anterior, al lado de estos troncos de columnas de veinte pies de circunferencia, y de estos pedazos de acanto, uno solo de los cuales ocupaba la mitad del cáuce. No lejos de allí, al lado del Norte, y en el flanco de la plataforma, se abrió delante de nosotros una inmensa garganta: bajamos por ella, y como la luz exterior que penetraba por las dos estremidades la iluminaba suficientemente, la recorrimos en toda su estension, que es de unos quinientos pies. Corre todo lo largo de los templos; tiene unos treinta pies de elevacion, y las paredes que sostienen la bóveda nos asombraron aun por su tamaño, despues de las que habiamos acabado de ver. Estas piezas de piedra no son de iguales dimensiones, pero la mayor parte tiene de diez á veinte pies de longitud: la bóveda está construida en arco entero, y las piedras unidas sin argamasa; no pudimos adi-



vinar el uso de esta bóveda, que en su estremidad occidental tiene un ramal mas elevado y estenso, el cual se prolonga por debajo de la plataforma de los pequeños templos que habiamos examinado anteriormente. Al llegar allí nos hallamos al aire libre; vimos el torrente esparcido por entre los innumerables escombros que habian rodeado las plataformas, y hermosísimos nogales crecidos entre el polvo de estos mármoles.

Los otros edificios antiguos de Balbek, diseminados al frente de nosotros en el llano, llamaban tambien nuestra atencion; pero nada tenia la facultad de interesarnos despues de lo que acabamos de observar. Echamos al paso una ojeada superficial sobre cuatro templos que serian el asombro de Roma, y que aquí no parecen sino obras pigmeas: los unos son de figura octágona con adornos sumamente elegantes, los otros de figura cuadrada, con peristilos, columnas de granito y aun de pórvido: me parecieron obra de los romanos. Uno de estos ha servido de iglesia en los primeros tiempos del cristianismo, pues se distinguian símbolos cristianos; mas estaba ya descubierto y arruinado, porque los árabes los despojaban á medida que necesitaban madera para sostener un techo, ó para formar una artesa en que dar de beber á sus camellos.

Un mensajero del emir de los árabes de Balbek nos buscaba y nos encontró allí: venia á felicitarnos de parte del príncipe por nuestro arribo, y á convidarnos á una corrida del Djerid, especie de torneo, que daba al siguiente dia por la mañana, en nuestro obsequio, en la llanura inferior á los templos. Le dimos las gracias, aceptamos el

convite, y yo envié mi dragoman, acompañado de algunos de mis genizaros, para que de mi parte hiciesen una visita al emir. Nos retiramos á casa del obispo para descansar; mas apenas habíamos comido un pedazo de galleta y un poco de carnero guisado con arroz por nuestros mukres, cuando nos dispersamos todos, sin guia y al acaso, al rededor de las colinas de las ruinas ó templos, cuyo camino habíamos aprendido por la mañana. Cada uno se fijaba en las ruinas ó en el punto de vista que acababa de descubrir, y llamaba á sus compañeros de pesquisa para que gozase con él; pero no podía atender á un objeto sin perder otro, y concluíamos por abandonarnos mutuamente y entregarnos cada uno á sus descubrimientos.

Las sombras de la noche, que bajaban lentamente de los montes de Balbek, é iban cubriendo con su oscuridad las columnas y las ruinas, añadian un misterio mas y un efecto mas pintoresco á esta obra mágica y misteriosa del hombre y del tiempo: allí sentíamos que comparándonos con la masa y la duracion de los monumentos, éramos como las golondrinas que anidan en una estacion en los intersticios de las piedras, sin saber para quién ni para qué han sido acumuladas. El objeto ó la idea que ha removido estas masas nos eran desconocidos: el polvo del mármol que pisábamos sabia mas que nosotros, pero nada podia decirnos; cuando pasen algunos siglos, las generaciones que vendrán á su vez á visitar estos escombros, se preguntarán del mismo modo por qué nosotros hemos edificado y esculpido tan asombrosos monumentos!

Las obras del hombre duran mas que su pen-

samiento; el movimiento es la ley del espíritu humano; su decision suele ser la obra de su orgullo y de su ignorancia: Dios es un objeto que parece que se coloca á mayor distancia, á medida que el hombre se acerca á escudriñarlo; nosotros adelantamos siempre, mas no llegamos nunca. El gran rostro de la divinidad, que el hombre busca desde su infancia para fijarlo definitivamente en su imaginacion y encerrarlo en sus templos, se ensancha y engrandece; escede á los circunscritos límites del pensamiento, y llama al hombre para que lo busque donde mas se manifiesta, en la virtud y en la grandeza de lo infinito!

*El mismo dia por la noche.*

¡Feliz el que tiene alas para volar sobre los siglos trascurridos; para colocarse sin vértigos sobre los encumbrados y maravillosos monumentos de los hombres; para sondear desde allí los abismos del pensamiento humano, y el destino de su especie; para medir con la vista el camino que la inteligencia toma; para andar paso á paso á la escasa luz de las filosofías, de las religiones y de las legislaciones sucesivas; para tomar como el navegante altura sobre mares sin costas visibles, y para adivinar el punto de los tiempos en que vive, y á qué grado de manifestacion de verdad llama Dios á la generacion de que él forma parte!

*A media noche del 29 de marzo: BALBEK.*

Esta mañana fui solo á la colina de los templos, á la claridad de la luna, á orar, á pensar



y llorar ! Dios sabe lo que lloro y lloraré , mientras me quede un recuerdo y una lágrima ! Despues de haber orado por mí , y por los míos , he orado por todos los hombres . Esa grande habitacion de la humanidad desunida , sobre cuyos escombros me hallaba sentado , me inspiró sentimientos tan vivos y profundos , que por sí mismos se me escaparon en improvisados versos , language natural de mi pensamiento siempre que me llega á dominar !

*La misma fecha.*

Habíamos atravesado las cumbres del Sanino, cubierto de nieves perpétuas, y vuelto á bajar del Anti-Líbano, coronado de su diadema de cedros, al desierto desnudo y estéril de Heliópolis, despues de una jornada harto larga y penosa. Delante de nosotros, en el horizonte lejano, y sobre las últimas gradas de las montañas negras del Anti-Líbano, se desprendia de la sombra de los montes, y reflejaba los resplandores de la tarde un tremendo grupo de ruinas, dorado todavia por los rayos del sol en su ocaso. Nuestros guias nos los señalaban con el dedo, gritando al mismo tiempo ; *Balbek! Balbek!* Con efecto, era la maravilla del desierto esa fabulosa Balbelk, que salia radiante de su desconocido sepulcro, para hablarnos de épocas, cuya memoria ha escapado á la historia. Nosotros nos adelantábamos con lentitud al paso de nuestros cansados caballos, con los ojos fijos en las murallas gigantescas y en las resplandecientes y colosales colinas, que parecian estenderse, aumentarse y alargarse á medida que nos aproximá-

bamos. En la caravana reinaba el mas profundo silencio; todos temian perder una nueva impresion si se detenian á comunicar la que habian sentido. Los árabes mismos callaban, y parecian preocupados por la grave y poderosa idea del espectáculo en que se abismaban todos los pensamientos.

Llegamos por fin á los trozos de las columnas y á las piezas de mármol que los terremotos han arrojado á mas de una milla de sus propios monumentos, como las hojas secas arastradas por el violento huracan lejos del árbol que las ha producido: las anchas y profundas canteras que hendian como gargantas, ó como embocaduras de valles, y las laderas negras del Anti-Libano, demostraban sus abismos bajo los pasos de nuestros caballos: estos hondos y dilatadísimos hoyos de piedra, cuyas paredes presentaban de un modo distinto las huellas del escoplo que los habia vaciado para formar otras grandes colinas de piedra, conservaban todavia enormísimas piezas á medio desprender de su base, y otras cortadas enteramente y desprendidas, que parecian no esperar sino los carros ó los brazos de los gigantes para ser transportadas. Una sola de estas moles de Balbelk tenia sesenta y dos pies de longitud, veinte y cuatro de latitud, y diez y seis de profundidad ó espesor. Uno de nuestros árabes se apeó del caballo, bajó á la cantera, y encaramándose por las escabrosidades del escoplo, y agarrándose al musgo que habia crecido en sus costados, subió sobre este pedestal y corrió por encima de él dando gritos salvages; pero el hombre de nuestros dias apenas se distinguía sobre la masa de esta mole, y desaparecia ante la obra de las manos de sus antecesores. Se ne-

cesitarían las fuerzas de sesenta mil hombres de nuestra época solamente para levantar esta piedra; y las plataformas de Balbek, alzadas á veinte y cinco ó treinta pies del suelo, las tienen aun mayores para sostener columnatas proporcionadas á sus bases.

Proseguimos nuestro camino, llevando el desierto á la izquierda, y á nuestra derecha las ondulaciones del Anti-Líbano, por entre campos cultivados por los árabes pastores, y el espacioso cáuce de un torrente que serpentea entre las ruinas, á la orilla del cual han crecido algunos hermosos nogales. El Acrópolis, ó la colina artificial que sostiene todos los grandes monumentos de Heliópolis, se nos presentaba por entre las ramas y por encima de las copas de los árboles; mas lo llegamos á descubrir por entero, y toda la caravana se detuvo como por un instinto universal.

Ninguna pluma, ningún pincel podría describir la sensación que esta perspectiva produjo en la vista y en el alma. A nuestros pies, en el cáuce del torrente, en medio de los campos, y al rededor de los troncos de los árboles, no se veía otra cosa mas que moles de granito rojo ó pardo, pérfido sanguino, mármol blanco, y piedra amarilla tan resplandeciente como el mármol de Paros: pedazos de columnas, chapiteles esculpidos, arquitecivas, volutas, cornisas, entablamientos y pedestales: miembros esparcidos, que parecían palpitantes aun, estatuas derribadas tendidas boca abajo; y todo en confusión, hacinado en montones, diseminado y estendido cual un río salido de madre, y como las lavas de un volcan que hubiese vomitado las ruinas de un grandísimo imperio. Apenas quedaba



una senda para poder pasar al través de estos restos mutilados de las artes que cubrían la tierra. Las herraduras de nuestros caballos resbalaban, y se rompían á cada paso contra los acantos bruñidos, contra los pedazos de cornisas, ó contra el nevado seno de mujer del cuerpo de una estátua. Solo el agua del río Balbek se podia abrir paso por medio de este cáuce de asombrosos fragmentos, y lavaba murmurando con su espuma las quebraduras de los mármoles que se oponían á su paso.

Mas lejos de estas ruinas, que forman dunas ó montecillos de mármol, se veía la colina de Balbek, cuya plataforma tiene mil pasos de longitud y setecientos pies de ancho, toda construida por la mano del hombre en moles cortadas, algunas de las cuales tienen de cincuenta á sesenta pies de longitud, y de quince á diez y seis de elevacion; pero la mayor parte tienen de quince á treinta de longitud. Esta colina de granito cortado se nos presentaba por su estremidad oriental con sus profundas bases y sus inmensos planos, en los que únicamente tres moles de granito ocupaban ciento ochenta pies de frente, y cerca de cuatro mil de superficie por todos sus lados con las grandes gargantas de sus bóvedas subterráneas, en las que penetraban el viento y el agua con un ruido igual al vuelo de las campanas de nuestras catedrales. Sobre esta inmensa plataforma aparecía la estremidad de los grandes templos desprendida del horizonte azul y rosa, ó de color de oro. Varios de estos monumentos desiertos estaban intactos, y parecían acabar de salir de manos del artista; otros no presentaban mas que restos en pie, columnas

aisladas, lienzos de paredes ya inclinadas, y desmanteladas fachadas: la vista se perdía en las avenidas ó filas brillantes de columnas de los distintos templos, y el horizonte demasiado elevado, nos impedía ver donde concluía este pueblo de piedra. Las seis gigantescas columnas del gran templo sostenían aun magestuosamente su rico y colosal entablamiento, dominaban toda la escena, y se perdían en el cielo azul del desierto.

Tan solo nos detuvimos allí algunos minutos para reconocer lo que veníamos á ver al través de tantas distancias y riesgos, y seguimos nuestro camino con la seguridad de contemplar al día siguiente un espectáculo que ni aun en sueños se nos podía representar. El día declinaba, y necesitábamos encontrar un asilo, ya bajo las tiendas ó bajo alguna de las bóvedas de estas ruinas para pasar la noche, y descansar de una marcha de catorce horas. Dejamos á la izquierda el monte de las ruinas y una estensa llanura blanqueada enteramente por los escombros, y atravesando algunos campos de céspedes, cuyos tallos estaban comidos ya por las cabras y los camellos, nos dirigimos hácia una humareda que se distinguía á pocos centenares de pasos de un grupo de ruinas acumulado entre pequeños edificios de árabes. El piso era desigual y montuoso, y resonaba bajo las herraduras de nuestros caballos, como si los subterráneos que teníamos debajo fuesen á abrirse al pasar.

Llegamos á la puerta de una cabaña baja, medio oculta por los lienzos estropeados de paredes de mármol, cuya entrada y estrechas ventanas sin vidrios ni puertas, estaban construidas de már-

mol y porfido mal unido con un poco de argamasa. Una pequeña ogiva de piedra sobresalía uno ó dos pies del techo de esta construccion, y á los soplos del viento se balanceaba una campana, como las que pintan sobre las grutas de los ermitaños. Este era el palacio del obispo de los árabes de Balbek, á quien estaba confiado el pasto espiritual de doce ó quince familias de la comunión griega, perdidas en este desierto, y de la feroz tribu de los árabes independientes de Bka. Hasta allí no habíamos visto ningun ser viviente, mas que los chakales que corrian por entre las columnas del gran templo, y las golondrinas de cuello encarnado que guarnecian las cornisas, como un adorno de la arquitectura oriental.

El obispo, advertido por el ruido de la caravana, salió, é inclinándose delante de nosotros nos ofreció hospitalidad. Este prelado era un hermoso anciano con el pelo y la barba blanca, de una fisonomía grave y agradable, palabra noble y voz suave y cadenciosa; en términos que resaltaba la idea del sacerdote, cual le pinta el poema y la novela, enteramente digno de mostrar su rostro de paz, de caridad y de resignacion en esta escena solemne de meditacion y ruinas. Nos hizo entrar en un pequeño patio interior pavimentado con trozos de estatuas, de mosaico y de vasos antiguos; y habiéndonos entregado su casa reducida á dos estrechos aposentos bajos, sin pertas ni muebles, se retiró segun la costumbre oriental, y nos dejó dueños absolutos de ella. En tanto que unos árabes clavaban en tierra y al rededor de la casa los ganchos de hierro para trabar con anillas los pies de los caballos, y encendian otros fuego en el patio



para preparar el arroz y cocer las galletas de cebada, salimos nosotros á echar una segunda ojeada á los monumentos de que estábamos rodeados. Los grandes templos aparecian delante como estátuas sobre sus pedestales; el sol los iluminaba con sus últimos rayos, los cuales se retiraban con lentitud de una columna á otra, como los resplandores de una lámpara que interna el sacerdote en el fondo de un santuario: las numerosas sombras de los pórticos, de las pilastras, de las columnas y de los altares, parecian moverse en este dilatado bosque de piedra, y reemplazaban poco á poco sobre el Acrópolis los brillantes resplandores de los mármoles: mas lejos se veía en el llano como un océano de ruinas, que perdidas en el horizonte parecian ondas de piedra estrelladas contra un escollo que cubria una playa inmensa con la blancura de su espuma. Nada sobresalia por encima de este mar de demoliciones, y la noche, que bajaba de las alturas paradas de una cadena de montes, las envolvía sucesivamente en las tinieblas. Permanecimos algunos momentos sentados delante de este sorprendente espectáculo, y nos retiramos lentamente al patio del obispo, iluminado por la hoguera de los árabes.

Sentados sobre fragmentos de cornisas y chapiteles que servian de bancos, hicimos la sóbria comida del viajero en el desierto, y antes de entregarnos al sueño nos detuvimos algun rato conversando sobre aquellos objetos que ocupaban tanto nuestra imaginacion. El fuego se extinguía; mas la luna se remontaba en el límpido cielo, y penetrando por entre las almenas de una gran pared de piedras blancas, y por los picos de una ventana con arabescos que cerraba el patio por el lado

del desierto, iluminaba el recinto con una claridad que se reflejaba sobre todas las piedras. El silencio y la meditacion se apoderaron de nosotros, y solo Dios sabe lo que pensamos en aquella hora, en aquel sitio, tan lejos del mundo viviente, en este mundo muerto, y en presencia de tantos testigos mudos de lo pasado desconocido, pero que trastornaba todas nuestras pequeñas teorías de filosofía y de humanidad, como tambien las impresiones de nuestras almas, las sensaciones de nuestros corazones sobre nuestros particulares sistemas, sobre nuestras ideas pasadas, y quizá tambien sobre nuestros recuerdos y nuestros sentimientos. No trataremos de manifestarlo porque seria profanar la solemnidad de esta hora, de este astro, y de estos mismos pensamientos; nos remitiremos al silencio.

Al través de la gran pared agujereada de ogivas arabescas que parecia desplomarse, se oyó de repente un murmullo vago y confuso que salia de entre las ruinas, semejante á una amorosa queja, pero grave y acentuada por la pasion: aumentó y cobró fuerza, y distinguimos un monotonó canto de muchas voces en coro, melancólico y tierno, cuyo canto subia, bajaba, moria, renacia alternativamente y se respondia á sí mismo; era la oracion de la noche que entonaba el obispo árabe con sus feligreses en el recinto derruido de lo que habia sido su iglesia, convertida recientemente en monton de ruinas por una tribu de idólatras. Como no estábamos preparados para esta música del alma, de la que cada nota era un sentimiento ó un suspiro del corazón humano, en esta soledad, en el fondo de estos desiertos, y saliendo de las

pedras acumuladas por los terremotos, por el tiempo y por los bárbaros; nos sorprendió y estremeció, y acompañamos con el vuelo de nuestro pensamiento, de nuestra oracion y de toda nuestra poesía interior los acentos de tan santa poesía, hasta que cantadas las letanias concluyeron su monotonó refran, y los últimos acentos de estas voces piadosas espiraron en el acostumbrado silencio de tan viejos escombros.

*El mismo día.*

Estas soberbias ruinas y estos templos nos hicieron olvidar el Djerid con que queria obsequiarnos el príncipe de Balbek; pasamos toda la mañana en recorrerlos nuevamente. A las cuatro vinieron algunos árabes á decirnos que estaban en el llano los ginetes, mas arriba de los templos, y que impacientes con nuestra tardanza, iban á retirarse ya; que el príncipe se habia figurado que no nos gustaba este espectáculo, puesto que no habiamos asistido á él, y que nos suplicaba que cuando hubiésemos satisfecho nuestra curiosidad, subiésemos á su serrallo, donde nos preparaba otra diversion.

Nos asombró esta tolerancia de parte de un jefe de una tribu de árabes los mas feroces y temidos del desierto. Por lo común ni los árabes ni los turcos permiten á los estrangeros examinar solos las ruinas de los monumentos antiguos, porque creen que estos restos encierran inmensos tesoros guardados por los genios ó los demonios, y que los europeos conocen las palabras mágicas que los descubren; y como no quieren que se les arrebaten,



emplean la mas rigurosa vigilancia con los europeos. Aquí por el contrario, estábamos nosotros abandonados á nosotros mismos; no teníamos ni siquiera un guia árabe, y los hijos de la tribu se alejaban por respeto. No sabíamos á qué atribuir esta deferencia del emir de Balbek en semejante circunstancia, y pensábamos que nos habia tomado por emisarios de Ibrahim. Eramos poco numerosos para inspirar temor á una tribu de quinientos ó seiscientos hombres acostumbrados al combate, y á vivir de la rapiña; y sin embargo no se atrevían á acercarse á nosotros, ni á preguntarnos, ni á oponerse á ninguna de nuestras acciones: podíamos permanecer un mes en los templos, hacer escavaciones, y llevarnos los fragmentos mas preciosos de sus esculturas, sin que nadie se opusiese á nuestra voluntad. En este punto, lo mismo que en el mar Muerto, sentí vivamente no haber conocido anticipadamente la disposicion de los árabes de estas tribus con respecto á nosotros, pues hubiéramos llevado trabajadores y camellos de carga y enriquecido la ciencia y los museos.

Al salir de los templos nos dirigimos al palacio del emir. Un intervalo de ruinas desiertas pero menos importantes, separa la colina de los grandes templos, ó Acrópolis de Balbek, de la nueva Balbek habitada por los árabes, cuyo pueblo se reduce á cierto número de malas construcciones, derribadas cien veces en las guerras continuas: la poblacion se ha anidado como ha podido en las cavidades formadas por los escombros: algunas ramas de árboles y algunos techos de yerba sirven de cubierta á estas habitaciones, cuyas puertas y ventanas son frecuen-

temente pedazos de las mas admirables ruinas.

El terreno que ocupaban los escombros de la moderna ciudad era inmenso ciertamente, se extendia hasta perderse de vista, y blanqueaba dos colinas que ondeaban por encima de la gran llanura: el efecto que causaban era muy triste y duro. Estos escombros modernos recuerdan los de Atenas que yo habia visto en el año anterior. El blanco mate y crudo de estas murallas tendidas en tierra, y de estas piedras diseminadas, no tiene nada de magestuoso, ni del color dorado de las ruinas verdaderamente antiguas: se parece á una inmensa playa, cubierta con la espuma del mar.

El palacio del emir es un patio bastante grande rodeado de construcciones de diferentes formas, cuyo conjunto le da la apariencia del de una miserable masía ó casa de labranza, en una de nuestras mas pobres provincias: la puerta estaba guardada por árabes armados: la muchedumbre se apiñaba para entrar, y la guardia nos abrió paso y nos introdujo. Este patio estaba ya lleno de todos los gefes de la tribu, y de una muchedumbre del pueblo. El emir y su familia, vestidos de castanes y pellizas magníficas, pero hechas á pedazos, estaban sentados sobre un tablado levantado sobre el piso, y apoyado contra la parte principal del edificio: detrás de ellos habia cierto número de criados, de hombres armados y de esclavos negros. El emir y su comitiva se levantaron al acercarnos, nos ayudaron á subir algunas gradas muy altas, formadas con irregulares piedras que servian de escalera al tablado, y despues de los cumplimientos de costumbre, el emir nos hizo sentar á su lado en el divan, me trajeron la pipa, y empezó el espectáculo

La señal fue dada por una música de atabales grandes y pequeños, añafles agudos y triángulos de hierro, tocados por una varita del mismo metal: cuatro ó cinco actores vestidos del modo más grotesco, los unos de hombre y los otros de mujer de adelantaron hasta el medio del patio, y ejecutaron las danzas más estrañas y lascivas que la vista de estos bárbaros podría soportar. Estos monotonos bailes duraron más de una hora mezclados de tiempo en tiempo con palabras, gestos y cambios de trage, que denotaban una intencion dramática; pero solo era inteligible la horrorosa depravacion de las costumbres públicas, indicada por los movimientos de los bailarines. Yo aparté la vista, el emir mismo pareció sonrojarse de las escandalosas diversiones de su pueblo, y hacia gestos de desprecio como yo; pero los aplausos de la muchedumbre resonaron precisamente en estos criticos momentos para recompensar á los actores.

Siguieron bailando de este modo, hasta que rendidos de cansancio é inundados de sudor, no pudieron soportar la rapidéz siempre en aumento del compás; cayeron en tierra y se los llevaron. Las mujeres no asistieron á este espectáculo; mas las del emir, cuyo harém tenia ventanas que daban al patio, disfrutaron de él desde su habitacion, y al través de las rejas de madera vimos como se apiñaban para ver á los bailarines. Los esclavos del emir nos trajeron sorbetes, almíbares de toda especie, y bebidas esquisitas de jugo de granada y de azahar helado, todo en copas de cristal, y nos presentaban otros esclavos servilletas de muselina bordadas de oro para enjugar los labios. Se sirvió muchas veces café, y las pipas se renovaron sin cesar.

:



Hablé cosa de media hora con el emir y me pareció hombre sensato y de talento, y muy superior á la idea que podian dar de él las groseras diversiones de su pueblo. Era hombre de unos cincuenta años, de hermoso rostro, con modales dignos y nobles y la mas perfecta urbanidad, cualidades que posee el último de los árabes, como un don de su clima ó como una herencia de una civilizacion muy antigua. Su trage y sus armas eran de la mas asombrosa magnificencia. Sus admirables caballos estaban esparcidos en los patios y en el camino: me ofreció uno de los mas hermosos y me interrogó con la mas fina discrecion sobre la Europa, sobre Ibrahim, y sobre el objeto de mi viaje en los desiertos. Le respondí con una reserva afectada, á fin de dejarle creer que podia tener otro objeto que el de visitar las ruinas, y me ofreció toda su tribu para acompañarme á Damasco, al través de la cadena desconocida del Anti-Líbano que queria atravesar. Admití solamente algunos ginetes para que me sirviesen de guias y de defensa, y me retiré acompañado de todos los scheiks, que nos siguieron á caballo hasta la puerta del obispo griego.

Di órden para partir al dia siguiente, y pasamos la velada en compañía del venerable huésped que ibamos á dejar. Algunos centenares de piastras que le dejé como limosna para sus feligreses, pagaron la hospitalidad que nos habia dado: se encargó de cargar un camello con algunos fragmentos de escultura que yo deseaba llevar á Europa, y cumplió con exactitud este encargo, pues á mi vuelta á Siria hallé estos preciosos restos que llegaron á Beyruth antes que yo.

31 de marzo.

Dejamos á Balbek á las cuatro de la mañana. La caravana se componia del número ordinario de mukres, árabes, criados y escolta, y de ocho ginetes de Balbek, que marchaban á doscientos ó trescientos pasos á la cabeza de la caravana; el dia comenzaba á amanecer cuando trepábamos la primera colina que sube hácia la cordillera del Anti-Libano: toda esta colina tiene vaciadas inmensas y profundas canteras, de las cuales se han sacado los prodigiosos monumentos que acabábamos de contemplar. El sol comenzaba á dorar sus eminencias; brillaban en el fondo del llano como piezas de oro, y no podíamos apartar de ellas nuestra vista. Desaparecieron por fin para siempre, y mas allá del desierto solo distinguíamos las negras ó nevadas cimas de los montes de Trípoli y Latakia que se hundian en el firmamento.

Los montes de poca elevacion que atravesamos al principio estaban desnudos enteramente y casi desiertos: el suelo por lo general era pobre y estéril; la tierra que estaba cultivada tenia un color rojizo, y existian valles á los que se bajaba por suaves y tortuosas pendientes, donde el arado podria sin obstáculo profundizar sus surcos. Hasta el mediodia no hallamos ni viajeros, ni pueblos, ni habitantes: hicimos alto bajo nuestras tiendas á la entrada de una profunda garganta donde habia un torrente seco entonces; y como encontramos bajo cierta roca un manantial de agua abundante y deliciosa, llenamos las vasijas que

llevábamos siempre colgadas á las sillas de nuestros caballos. Despues de dos horas de descanso volvimos á ponernos en marcha.

Por una rápida y escarpada senda costeamos la ladera de una alta montaña de peña desnuda, durante dos horas; el valle que se descubria mas á cada instante á nuestra derecha, estaba cortado por el ancho y seco cáuce de un rio: un monte de peña parda, enteramente desnuda se levantaba perpendicularmente al lado opuesto como si fuera una muralla: comenzamos á bajar á la otra embocadura de esta garganta, y dos caballos cargados con nuestro equipo rodaron hasta el fondo del precipicio. Por fortuna los colchones y alfombras que llevaban disminuyeron el golpe de la caída; conseguimos levantarlos y sacarlos de allí, y acampamos á la salida de la garganta, cerca de una fuente de riquísima agua.

Pasamos la noche en medio de este laberinto de montañas del Líbano, donde reinaban las nieves á cincuenta pasos encima de nuestras cabezas. Los árabes encendieron fuego con jarales y malezas bajo una gruta á diez pasos de donde estaban plantadas nuestras tiendas: el resplandor del fuego penetraba al través de su lona, é iluminaba el interior donde nos abrigábamos del frio: los caballos aunque cubiertos con sus *libets*, que eran una especie de manta de lana, relinchaban sin cesar, y toda la noche oimos lamentarse del frio á los ginetes de Balbek, que nos acompañaban, y á los soldados egipcios, á pesar de estar cubiertos con sus capas. Nosotros mismos, aunque tapados con las nuestras y con una gorda manta de lana, no podíamos sufrir su intensidad, pues el aire que



soplaba era tan glacial como el de las cumbres de los Alpes.

A las siete de la mañana montamos á caballo con un sol resplandeciente, que sucesivamente nos hizo despojar de nuestras capas y castanes. A las ocho estábamos en una llanura muy elevada, y pasamos por un gran pueblo árabe, cuyas casas eran grandes, y sus patios estaban llenos de ganado y de aves domésticas lo mismo que en Europa; mas no nos detuvimos. Sus habitantes, enemigos de los árabes de Balbek y de los de Siria, son como una tribu casi independiente, pero que estaba en mas relacion con las poblaciones de Damasco y las de la Mesopotamia. Me parecieron ricos y laboriosos, pues todas las llanuras al rededor de este pueblo estaban bien cultivadas; y veíamos á los hombres y á las mujeres trabajar en el campo, y labrar con bueyes. Encontramos algunos scheiks ricamente vestidos que iban á Damasco, ó venian de allí: su fisonomía era feroz, nos ponian mal semblante, pasaban sin saludarnos, y los muchachos nos decian injurias.

En otro pueblo á dos horas de aquel, compramos, aunque no sin trabajo, algunos pollos y arroz para la comida de la caravana. Serian las seis de la tarde cuando hicimos alto, y establecimos nuestras tiendas sobre un campo elevado, encima de la garganta de un monte que baja hácia un río que resplandecia á lo lejos. Teníamos cerca un arroyo que corria en la garganta, dimos allí de beber á nuestros caballos. El tiempo era áspero todavía. Delante de nosotros y á la embocadura de la garganta se alzaban picos piramidales de rocas que se

perdian en los cielos: no se veía vegetacion en sus laderas, y el color pardo y negruzco de las rocas contrastaba asombrosamente con lo límpido y brillante del firmamento en que se sumergían.

*4.º de abril.*

Volvimos á montar á las seis de la mañana con hermosísimo tiempo: viajamos todo el dia, sin hacer alto, por entre escarpados montes, separados tan solo por estrechas gargantas, donde corrían torrentes de nieves derretidas. Ni un árbol, ni un musgo se veía sobre las laderas de estos montes, y sus formas estrañas, apiñadas y quebrantadas parecían monumentos humanos. Uno de estos montes se alzaba hasta una inmensa altura, cortado á pico por todos los lados como una pirámide, y podria tener una legua de circunferencia. no se concibe que haya sido posible subir á él, pues no se ve señal de sendero ni graderío visible, y sin embargo se descubren en sus laderas cavernas ó grutas de todas proporciones, vaciadas por la mano del hombre: en ellas habia una muchedumbre de celdas grandes y pequeñas, y sus entradas estaban esculpidas por el escoplo. Algunas de estas grutas cuyas entradas estaban abiertas encima de nosotros, tenían plataformas de peña viva delante de sus aberturas, y se veían restos de capillas ó de templos, y columnas derechas todavía sobre la roca; en términos que parecían colmenas abandonadas. Los árabes decían que estos antros habian sido formados por los cristianos; y yo creo efectivamente que esta era una de las tebaides, adonde se refugiaron los primeros

cristianos en el tiempo de la persecucion del cenobitismo. San Pablo fundó una grande glesia en Damasco, que despues de liaber estado floreciente mucho tiempo, sufrió las fases y las persecuciones de todas las demás del Oriente.

Dejamos á la izquierda este monte detras de nosotros, y bajamos rápidamente y por precipicios casi impracticables, hácia un valle mas abierto y mas ancho, ocupado todo por un rio. A las orillas de él empezaba otra vez la vegetacion; y los sauces, los álamos y árboles inmensos, cuyas ramas se doblaban en ángulos del modo mas extraño, con su follage negro, crecian en los intersticios de las peñas de las laderas que servian de dique al rio. Seguimos durante una hora esta encantadora ribera, siempre en descenso suave é insensible. El rio nos acompañaba murmurando á los pies de los caballos, y los altos montes que formaban la garganta por donde bajaba se alejaban y se rodeaban en anchos grupos cubiertos de bosques, heridos por los rayos del sol en su ocaso. Ésta fué la primera mirada que pudimos fijar en la Mesopotamia, y distinguimos cada vez mas, los anchurosos valles que desembocaban en la dilatada llanura del desierto de Damasco en Bagdad. El valle en que estábamos describía una línea circular que se iba ensanchando. A derecha é izquierda del rio comenzámos á observar señales de cultura, y á oír los mugidos lejanos de los ganados. El camino estaba guarnecido por vergeles de albaricoqueros, tan grandes como nuestros nogales de Occidente, y con sorpresa nuestra no tardamos en ver setos ó cercas que separaban los vergeles de las huertas plantadas de legumbres y de ár-



boles frutales en flor: estas huertas estaban cerradas con barreras ó puertas de madera por donde tenían la entrada. El camino era ancho, igual y bien cuidado, como á las inmediaciones de una capital de Francia. Todos ignorábamos la existencia de este oasis ameno en el seno de los inaccesibles montes del Anti-Líbano, y seguramente nos aproximábamos á una ciudad ó á un pueblo, cuyo nombre ignorábamos. Un hombre que encontramos á caballo nos dijo que estábamos á las inmediaciones de un gran pueblo, llamado Zebdoni; vimos por fin las columnas de humo que subían por encima de las copas de los grandes árboles plantados en el valle, y entramos en él, cuyas calles eran anchas y rectas, y tenían andeles ó aceras de piedra á los lados. Las casas eran grandes, y estaban rodeadas de patios llenos de ganado y con huertos perfectamente regados y cultivados. Las mujeres y los muchachos salían á las puertas para vernos pasar, y nos miraban con semblante franco y risueño. Nos informamos de si habia en el pueblo algun karavansell en donde pudiésemos pasar una noche, y nos contestaron que no, porque Zebdoni estaba fuera de todo camino, y no pasaba por allí caravana alguna. Despues de haber corrido varias calles del pueblo, llegamos á una gran plaza á la orilla del rio: vimos una casa mayor que las demás, precedida de un terraplen, y rodeada de árboles, y habiéndome dicho que era la habitacion del scheik, me presenté con mi dragoman, y le pedí una casa para pasar la noche. Los esclavos fueron á avisar al sheik; este, que era un viejo venerable con barba blanca, y franca y agradable fisonomia, acudió

al momento, y me ofreció la suya toda entera, con una sinceridad é instancia que no habia encontrado igual en ninguna otra parte. Sus numerosos esclavos, y los principales habitantes de la ciudad, se apoderaron al momento de los caballos, los condujeron á un vastísimo cobertizo, los descargaron, y sirvieron con abundancia la cebada y la paja. El scheik hizo retirar á las mujeres, y nos introdujo desde luego en su divan, donde nos obsequió con el café y los sorbetes; despues nos abandonó todos los aposentos de su casa. Me preguntó si queria que sus esclavos me preparasen la comida; yo le supliqué que permitiera que mi cocinero les evitase esta molestia, y le pedí solamente que me procurase una ternera y algunos carneros, para reponer nuestras provisiones consumidas en Balbek. En pocos minutos trajeron la ternera y los carneros, los mató el carnicero del pueblo, y mientras que nuestros criados preparaban la cena, me presentó á los principales habitantes del país, sus parientes y amigos. Me pidió además licencia para que visitasen á Mariana sus mujeres, las cuales, me dijo, deseaban con ansia ver á una europea y examinar sus vestidos y alhajas: accedí á ello con mucho gusto, pasaron cubiertas con un velo por el divan donde nosotros nos hallábamos, y entraron en el cuarto de mi mujer, que les hizo algunos regalos: ellas les hicieron otros.

Durante esta entrevista el venerable scheik de Zebdoni nos condujo á un terrado que habia construido, contiguo á su casa á la orilla del rio. Unos postes plantados en el cáuce sostenian una tablazon cubierta de alfombras; corría un divan por todo el

rededor, y un árbol inmenso, semejante á los que habia visto á la orilla del camino entoldaba enteramente y cobijaba con su sombra el terrado y el río. Allí es donde el scheik como todos los turcos, pasaba sus horas de ocio, oyendo el murmullo de la corriente, disfrutando de la frescura de las espumosas aguas á la sombra del árbol, y recreado con el variado y confuso canto de los innumerables pájaros que lo pueblan. Este terrado, unido á la casa por un puente, es uno de los sitios mas hermosos que he conocido en mis viajes. La vista se estendía sobre los últimos grupos redondos y sombríos del Anti-Líbano, dominados por los pirámidales picos de la Roca Negra, cubierta de perpétua nieve; descende despues la vista sobre el río y las olas de espuma por entre las desiguales copas de selvas de variados árboles, que señalan su curso, y va á perderse en los llanos bajos de la Mesopotamia, como en un golfo verde en las sinuosidades de los montes.

Estaba ya dispuesta la cena: convidé al scheik á cenar con nosotros, y habiendo aceptado sin resistencia, se divirtió mucho con el modo de comer de los europeos, pues no habia visto ninguno de los utensilios de que nos servimos en la mesa. No bebió vino, y no quisimos instarle, por no hacerle obrar contra su conciencia. Hablamos mucho de la Europa y de nuestras costumbres, que oía con admiracion, y él nos habló de su administracion en el pueblo. Su familia hacía siglos que gobernaba este privilegiado canton del Anti-Líbano, y las mejoras de las haciendas, la perfeccion de la agricultura, y el aseo y policia que observaba, todo era debido á esta rama de scheiks. Así sucede en Oriente, donde



todo es escepcion y anomalia, y donde el bien y el mal se perpetúan indefinidamente. Por el aspecto que presenta este pueblo encantador pudimos juzgar de lo que serian estas provincias, si en ellas se sacase el partido debido de su fertilidad.

El viejo admiró mis armas, y sobre todo un par de pistolas de piston, y no disimuló el deseo de poseerlas; pero yo no se las podia ofrecer, porque eran las de mi uso, y queria conservarlas hasta regresar á mi patria: le regalé un reló de oro para su mujer, recibió este don con toda la resistencia y finura que manifestariamos en Europa para admitir un regalo semejante, y se mostró muy satisfecho de él, aunque yo no debiese dudar de su predileccion por el par de pistolas. Nos trageron muchos almohadones y alfombras para acostarnos; los tendimos en el mismo divan del scheik, y nos quedamos dormidos al ruido del rio que murmuraba bajo nuestros lechos.

Al dia siguiente partimos al amanecer; atravesamos la otra mitad del pueblo, mas hermosa todavía que la que habiamos recorrido la víspera; el scheik nos hizo escoltar hasta Damasco por algunos árabes montados de su tribu, y despedimos los del emir de Balbek, que no irian con seguridad por el territorio de Damasco.

Durante una hora seguimos caminos guarnecidos de árboles, tan anchos y bien cuidados como pueden ser los de la misma Francia, cubiertos por la sombra de albaricoqueros y perales, con interminables vergeles á derecha é izquierda, y campos cultivados con esmero, llenos de hombres y ganados. Todos estos vergeles estaban regados por arroyos que bajaban de los montes de la izquier-

da, cuyas cumbres estaban cubiertas de nieve: la llanura era tan sumamente dilatada, que no presentaba á la vista mas límites que los árboles en flor. Despues de haber andado tres horas por un terreno tan pintoresco como los deliciosos paisajes de la Inglaterra y de la Lombardía, en el que no habia nada que recordase la barbarie y el desierto, entramos en un pais mas áspero y estéril, y la vegetacion desapareció enteramente. Colinas de roca, apenas vestidas de un musgo amarillento, se estendian delante de nosotros, y terminaban en altas montañas, igualmente desnudas. Hicimos alto al pie de estos montes; establecimos nuestras tiendas lejos de toda habitacion, y pasamos la noche al pie de un profundo y encajonado torrente que resonaba como un trueno continuo en una peñascosa garganta, y arrastraba sus aguas cenagosas mezcladas con moles de nieve.

Serian las seis cuando montamos á caballo para hacer nuestra última jornada: completamos nuestros trages turcos para no ser reconocidos por francos en los alrededores de Damasco; mi mujer se puso tambien el traje de las mujeres árabes, y se envolvió con un largo velo blanco desde la cabeza á los pies. Nuestros árabes hicieron por su parte un tocador mas esmerado, y señalándonos con el dedo los montes que nos quedaban que pasar, comenzamos á subir gritando ¡*Scham!* ¡*Scham!* que es el nombre árabe de Damasco. El fanatismo de la poblacion de esta ciudad y del pais que la rodea, exige estas precauciones de parte de los francos que se aventuran á ir á ella. Los damasquinos son los únicos orientales que abrigan un odio religioso, y conservan una especie de horror

al nombre y traje europeo. Solo ellos se han negado á admitir cónsules ó agentes consulares de potencias cristianas; pues miran á Damasco como una ciudad santa, fanática y libre, y creen que nada la debe profanar.

A despecho de las amenazas de la Puerta, á pesar de la intervencion de Ibrahim-Pachá, y de una guarnicion de doce mil hombres egipcios ó extranjeros, la poblacion de Damasco se ha obstinado en no permitir que se acerque á sus muros el cónsul general de Inglaterra en la Siria. Al solo rumor de la llegada de este cónsul han estallado dos terribles sublevaciones en la ciudad, y si no hubiera retrocedido, hubiera sido víctima: en tal estado se encuentran las cosas, que la llegada de un europeo en su traje sería la señal de una conmocion popular; y nosotros mismos estábamos con cuidado por si hubiese llegado hasta allí la noticia de nuestro viaje, y no nos espusiese á riesgos inminentes, á pesar de haber tomado todas las precauciones posibles, y adoptado todos el traje estrictamente turco. No hay sino un europeo que ha usado el traje y las oostumbres árabes, el cual pasando por cristiano armenio, se ha espuesto hace muchos años á vivir en una ciudad semejante, para ser útil al comercio de todo el litoral de la Siria y á los viajeros que llevados de la curiosidad visitan esta region tan poco hospitalaria. Este es Mr. Baudin, agente consular de Francia y de toda la Europa, el cual era antiguo agente de Lady Stanhope, y la acompañó en sus primeros viajes á Balbek y á Palmira. Empleado despues por el gobierno francés para la adquisicion de caballos en el desierto, habla el árabe como los naturales, ha



formado relaciones de amistad y de comercio con todas las tribus errantes de los desiertos que rodean á Damasco, y se ha casado con una mujer árabe originaria de Europa. Hace siete años que vive en la ciudad, y á pesar de sus numerosas relaciones, su vida se ha amenazado muchas veces por el fanático furor del pueblo, y dos de ellas se ha visto obligado á huir para escapar á una muerte segura. Con este motivo ha construido una casa en Zaklé, pequeño pueblo cristiano, y se retira á ella en los momentos de agitación. Mr. Baudin, cuya vida está siempre en peligro, y que es en esta gran capital el único medio de comunicacion, y el eslabon solo que la enlaza con la Europa, tanto para la politica como para el comercio, no tiene mas sueldo del gobierno francés que la módica suma de mil quinientos francos; mientras que otros cónsules rodeados de todas las seguridades y de todas las conveniencias de la vida en las escalas de Levante, reciben asignados muy cuantiosos. No sé cómo los gobiernos europeos y el mismo gobierno francés abandonan y desheredan propiamente de este modo á un hombre jóven, inteligente, servicial, activo y dotado de valor y probidad que está prestando á su patria tan útiles servicios.

Yo habia conocido en Siria á Mr. Baudin en el año anterior, y concertado con él mi viaje á Damasco: le habia enterado ya de mi salida y de mi próximo arribo, y aquella misma mañana le envié un árabe para participarle la hora en que me hallaría á la intermediacion de la ciudad, y pedirle que me enviase un guia, para dirigir mis pasos y mis acciones.

A las nueve de la mañana rodeábamos un monte, en el que habia muchas casas de campo y jardines de los habitantes de Damasco. Un hermoso puente atravesaba el torrente al pie del monte; veíamos numerosas filas de camellos que llevaban piedra para la construccion de nuevos edificios; y todo indicaba la inmediacion de una gran capital. Al cabo de una hora percibimos sobre una eminencia una pequeña mezquita aislada, que era la habitacion de un solitario mahometano; cerca de la mezquita corría una fuente: allí habia tazas de cobre sujetas á ella con cadenas, para que pudiesen beber los viajeros, é hicimos alto en aquel sitio, á la sombra de un sicomoro. El camino estaba lleno ya de viajeros, de paisanos y de soldados árabes: montamos á caballo, y despues de haber andado subiendo algunos centenares de pasos, entramos en un desfiladero profundo, encajonado por la izquierda en un monte perpendicular sobre nuestras cabezas, y por la derecha en una peña de treinta á cuarenta pies de elevacion: la bajada era rápida, las piedras movédizas rodaban bajo los pies de nuestros caballos; yo iba á la cabeza de la caravana, á pocos pasos detrás de los árabes de Zebdani. Repentinamente estos se detuvieron dando gritos de alegría, y señalándome una abertura en el recodo del camino: me acerqué, y al través de la quebradura de la roca tendí la vista sobre el mas soberbio y extraño horizonte que puede verse. Damasco y su desierto estaban á algunos centenares de pasos. Su muralla, construida de mármoles de color negro y amarillo, flanqueada de distancia en distancia de innumerables torres se estendia hasta perderse de vis-

ta, coronada de almenas esculpidas, dominada por un bosque de minaretes de diferentes formas, y atravesada por los siete brazos de su rio, y por muchísimos arroyos, hasta perderse de vista en un laberinto de floridos jardines: despues se despar-ramaba por varios lados en la vasta llanura, sombreada por todas partes de un bosque de diez leguas de circuito.

La ciudad se confundia entre los albaricoque-ros, los sicomoros y los árboles de todas figuras y de todas gradaciones del verde; despues aparecía mas lejos en manzanas ó islas de edificios, cual si fuesen arrabales ó pueblos separados, y ofrecía á la vista como un laberinto de jardines, de vergeles, de palacios y de arroyos, donde se abisma-ba el pensamiento, y donde no se podia dejar de notar un encanto sino para admirar otro. Noso-tros detenidos y apiñados á la estrecha abertura de la roca, agujereada como una ventana, contem-plábamos, ya en silencio, ya haciendo esclama-ciones, el mágico espectáculo que se desarrollaba todo entero y de súbito á nuestra vista, al final de un viaje por medio de montes y soledades áridas, y al principio de otro desierto, cuyos límites son Bagdad y Bassora, que tiene cuarenta jornadas de travesía. Por fin nos volvimos á poner en ca-mino; el parapeto de peñas, que nos ocultaban el llano de la ciudad, iba bajando insensiblemente, y pronto nos dejó gozar de todo el horizonte. En-tonces nos hallábamos á unos quinientos pasos de los muros de los arrabales, los cuales rodeados de hermosos kioscos y casas de recreo de la archi-tectura y figura mas oriental, brillaban como un circuito de oro al rededor de Damasco.



Las torres cuadradas que flanqueaban y dominaban la línea, estaban incrustadas de arabescos, y taladradas de ogivas con delgadísimas columnas como cañas emparejadas y con las almenas rematadas en turbante. La parte exterior de la muralla, vestida de mármoles de color negro y amarillo, alternaba con elegante simetría con las copas de los cipreses y de los demás árboles grandes, que elevándose en los jardines y en el interior de la ciudad, descollaban por encima de las murallas y de las torres, y las hacían destacar sobre el verde oscuro del arbolado. Las innumerables cúpulas de mezquitas y palacios de una ciudad de cuatrocientas mil almas, reverberaban los rayos del sol que se ponía, y las aguas azules y brillantes de siete ríos brillaban y desaparecían al través de las calles y los jardines: el horizonte detrás de la ciudad, sin límites como el inmenso mar, se confundía con los purpúreos bordes de ese cielo de fuego, mas inflamado aun por la reverberación de las arenas del gran desierto; y por la derecha las anchas y altísimas crestas del Anti-Líbano se perdían como ondas de sombra, las unas detrás de las otras, ya adelantándose en la llanura cual promontorios, ya abriéndose como golfos profundos, donde el llano penetraba con sus bosques y pueblos, algunos de los cuales contaban hasta treinta mil habitantes. En medio de este paisaje, resplandecían los brazos del río, y dos grandes lagunas entre la oscuridad de este tinte general de verdor, en que veíamos como sumergido á Damasco: á nuestra izquierda se ensanchaba el llano, y solo á la distancia de doce ó quince leguas se descubrían las nevadas cumbres de los montes, que

:

brillaban en el azul del cielo, del mismo modo que las nubes sobre el Océano. Circundaban la ciudad totalmente vergeles llenos de árboles frutales, y á semejanza de Nápoles las ramas de las parras se enlazaban y estendian en guirnaldas entre las higueras, los albaricoqueros, los perales y cerezos. Por bajo estos árboles, la tierra crasa y fértil estaba tapizada de cebada, de trigo, de maiz, y de todas las leguminosas plantas que este suelo produce, y la verde alfombra de estos bosques estaba interrumpida por muchas casas pequeñas y blancas, que, ó sirven de morada á los hortelanos, ó de recreo á la familia del propietario: estas huertas estaban tambien pobladas de caballos, de carneros, de camellos, de tórtolas y de todo lo que anima las escenas de la naturaleza: su estension mas comun era la de dos yugadas de tierra, separadas por bardas ó tapias de tierra secada al sol, ó bien por setos ó cercados de plantas á propósito. Una muchedumbre de caminos sombreados, con arroyos á los lados circulaban entre estos jardines, pasaban de unos árboles á otros, ó iban á parar á algunas de las puertas de la ciudad, formando á su alrededor una circunferencia de veinte á treinta leguas.

Ya hacia algun tiempo que andábamos por entre este laberinto de vergeles con la inquietud de no encontrar al guia que se nos habia anunciado, cuando vimos llegar á un pobre armenio mal vestido, y con un negro turbante, segun están obligados á llevarlo los cristianos de Damasco: este era nuestro guia que se acercó sin afectacion á la caravana; dirigió una palabra á los árabes; hizo una señal, y en vez de entrar en la ciudad por el

arrabal, y por la puerta que teníamos delante, le seguimos al rededor de los muros: dimos casi la vuelta al través de este dédalo de jardines y kioscos, y entramos por una puerta casi desierta inmediata al barrio de los armenios; pues allí estaba la casa de Mr. Baudin, en la que había tenido la bondad de proporcionarnos alojamiento. A la puerta de la ciudad no nos dijeron nada, y después de haber pasado, seguimos mucho rato una calle, formada por un lado con altas paredes con enrejadas ventanas, y por el otro un canal profundo de agua corriente que daba movimiento á muchos molinos. A la estremidad de esta calle fuimos detenidos, y oí una disputa entre mis árabes y los soldados que estaban de guardia en una puerta interior, porque todos los barrios tienen su puerta distinta. Yo no quería ser conocido, porque mi plan era que la caravana pasase por perteneciente á mercaderes de Siria; pero como la disputa se prolongase, se fuese acalorando, y comenzase á agruparse la gente, metí espuela al caballo, y me adelanté á la cabeza de la caravana. Entonces vi que era la guardia de las tropas egipcias, la cual habiendo visto dos escopetas, que mis criados árabes no habían ocultado bien bajo las mantas de los caballos, no quería dejarnos entrar, fundada en una orden del Scherif-Bey, gobernador actual de Damasco, que prohibia la introduccion de armas en la ciudad, en donde se temía una insurreccion cada noche, y que asesinasen á las tropas egipcias. Felizmente llevaba yo en mi pecho una carta reciente de Ibrahim Pacha; la saqué y la entré al oficial que mandaba el puesto: la leyó, la puso sobre su frente, la arrimó



á sus labios, y nos hizo entrar dando muchas excusas y mostrando respeto. Vagamos algun tiempo por callejuelas estrechas y sucias, formadas por casas pequeñas y bajas, cuyas paredes de barro parecia que iban á desplomarse sobre nosotros; y al través de las rejas y de los emparrados veiamos rostros hermosos de muchachas armenias, que acudiendo al ruido de nuestra larga fila de caballos, nos veian pasar y nos dirigian palabras de salutación afectuosa. Nos paramos por fin en una pequeña puerta, baja y estrecha, en una calle por la que apenas se podia pasar; nos apeamos, cruzamos un corredor sombrío y bajo, y como por encanto nos hallamos en un patio enlosado de mármol, sombreado de sicomoros, refrescado por dos fuentes moriscas, y rodeado de pórticos de mármol y de salones ricamente adornados. Esta era la casa de Mr. Baudin, la cual, lo mismo que la de todos los cristianos de Damasco, parece por fuera una mala casucha y es por dentro un delicioso palacio. La tiranía de este fanático populacho les obliga á ocultar sus riquezas y su bienestar hájo las apariencias de la miseria. Se descargaron nuestros bagages á la puerta; se llenó el patio con nuestros fardos y nuestras tiendas, y los caballos fueron conducidos al kan del bazar.

M. Baudin destinó para cada uno de nosotros un aposento amueblado como los de los orientales, y sobre sus divanes, y á su mesa hospitalaria descansamos de las fatigas de un camino tan largo. Un hombre conocido y estimado, encontrado en medio de una muchedumbre desconocida, y en pais extranjero hace que este sea una verdadera patria: así lo experimentamos nosotros, y así las agradables

horas de las veladas que pasamos hablando de la Europa y del Asia, al murmullo del agua de los surtidores del patio, se han grabado en mi memoria y en mi corazón, como uno de los más deliciosos descansos hechos en mis viajes.

Mr. Baudin es uno de ese número escaso de hombres que produce la naturaleza con una general aptitud: su inteligencia es clara y rápida; su corazón tiene rectitud y firmeza, y su actividad es infatigable. La Europa ó el Asia, París ó Damasco la tierra ó el mar, á todo se acomoda, porque su alma está resignada, como la del árabe, á la gran ley que constituye el fondo del cristianismo; la sumisión á la voluntad de Dios: además lleva en sí esta ingeniosa actividad de espíritu que es la segunda alma del europeo. Su lengua, su rostro y sus modales han tomado todas las inflexiones que ha querido imprimirle su suerte: al verle con nosotros hablando de la Francia y del movimiento de su política, se le creería recién llegado de París; y al observarle por la noche reclinado en su diván, entre un comerciante de Basora y un peregrino turco de Bagdad, fumando su pipa, pasando entre sus dedos pausadamente los granos de ambar del rosario oriental, con el turbante en la cabeza y las babuchas á los pies, y hablando una palabra cada cuarto de hora sobre el precio del café ó de las pieles, se le tomaría por un traficante de esclavos ó por un peregrino que volvía de la Meca.

No hay hombre completo si no ha viajado mucho, y si no ha cambiado muchas veces el giro de su pensamiento y el método de su vida. Los hábitos circunscritos y uniformes que toma el hombre en la vida regular y monótona de su patria, son

unos moldes que todo lo reducen; el pensamiento, la filosofía y el carácter, se engrandece, y se rectifica entre aquellos que han observado á la naturaleza bajo diferentes puntos de vista. Hay una óptica para el universo material y el intelectual: viajar en busca de la sabiduría era un gran principio de los antiguos; pero este principio no ha sido comprendido por los modernos: los primeros no viajaban para buscar dógmas desconocidos y lecciones de filósofos, sino para verlo todo, para juzgar de todo.

En cuanto á mi no puedo menos de admirarme de las estrechas y mezquinas dimensiones que tienen á nuestros ojos las cosas, tales como las instituciones y los pueblos: y si he ensanchado mi inteligencia, si he aprendido á tolerar y comprender, lo debo á haber cambiado frecuentemente de escena y de punto de vista. Estudiar los siglos en la historia, los hombres en los viajes, y á Dios en la naturaleza, he aquí la grande escuela: mas nosotros solo estudiamos nuestros miserables libros, y todo lo comparamos á nuestros hábitos locales: ¿quién ha establecido estos hábitos? ¿quién ha escrito estos libros? Hombres tan pigmeos como nosotros. Abramos el libro de los libros, vivámos, veamos, viajemos: el mundo es un voluminoso tomo; y á cada paso que damos por él se nos vuelve una hoja: ¿qué es lo que puede saber el que no ha dado mas que uno?

### DAMASCO.

*2 de abril*

Escudado con el vestido mas riguroso del traje árabe, he recorrido esta mañana los principales



barrios de Damasco, acompañado solamente de Mr. Baudin, temeroso de llamar la atención con la reunión de muchos rostros desconocidos. Primero hemos paseado largo rato por las calles sombrías, estrechas, sucias y tortuosas del cuartel de los armenios, que parece uno de los más miserables pueblos de nuestras provincias. Las casas están edificadas con barro, y las paredes que dan á la calle tienen pocas y pequeñas ventanas con rejas, cuyas puertas están pintadas de encarnado. Estas ventanas son bajas; las puertas lo son tanto también que parecen puertas de establos, y alrededor de ellas se ven montones de inmundicias y charcos de agua y de cieno. No obstante, entramos en algunas de estas casas de los principales negociantes armenios, y quedé asombrado de la riqueza y de la elegancia de las habitaciones interiores.

Después de entrar por la puerta y pasar un corredor oscuro, se encuentra uno en un patio adornado de hermosas fuentes de mármol, á la sombra de dos ó tres sicomoros ó sáuces de Persia: el pavimento es de grandes baldosas de piedra bruñida ó de mármol; y las paredes, tapizadas de parrales son también de mármol blanco y negro. En ellos hay cinco ó seis puertas; las portadas del mismo mármol, con esculpido arabescos, dan entrada á otras tantas salas, donde están los hombres y mujeres de familia; mas estas salas son espaciosas y abovedadas, tienen muchas ventanas pequeñas y altas, para que pueda entrar libremente el aire exterior, y están divididas en dos planos: el primero más bajo, en el que están los criados y los esclavos; y el segundo, en donde se hallan sus amos, algunas gradas más elevado y separado por una ba-

laustrada de mármol ó de madera de cedro primorosamente labrado. Por lo general tienen una ó dos fuentes ó surtidores de agua en medio ó en los ángulos del salon; al rededor de las fuentes suele haber floreros ó tiestos con flores, y las golondrinas ó las palomas domésticas, van libremente á beber y se posan sobre la orilla de las pilas. Las paredes de la habitacion son de mármol desde el piso hasta cierta altura, y mas arriba de estuco, pintadas con arabescos de mil colores, y muchas veces con molduras de oro sumamente cargadas. El mueblage consiste en alfombras magnificas de Pérsia ó de Bagdad, que ocupan enteramente el piso de mármol ó de cedro, y en muchos almohadones y colchones de seda que sirven de asientos ó respaldos á las personas de la familia. Un divan cubierto de preciosas telas y de alfombras mucho mas hermosas llena el fondo y el contorno de la sala. Las mujeres sentadas ó tendidas se entretienen allí en las ocupaciones del menage, y las cunas de los niños se colocan entre estos almohadones y alfombras: el dueño de la casa tiene uno de estos salones para sí solo; allí es donde recibe á los estrangeros y ordinariamente se le encuentra en él sentado en su divan con su tintero portátil al lado, un pliego de papel sobre su rodilla ó en su mano izquierda, y escribiendo ó contando todo el dia; pues el comercio es la ocupacion única, y la profesion esclusiva de los habitantes de Damasco. En todas las casas en que hemos estado á devolver visitas que nos habian hecho sus dueños, nos han recibido con amabilidad, nos han hecho servir las pipas, el café y los sorbetes, y nos han acompañado á la sala donde estaban las mujeres.

Respecto á estas, cualquiera que fuese la idea que yo tenia de la hermosura de las siriacas, y por perfecta que fuese la imágen que habian dejado en mi memoria las mujeres de Roma y de Atenas, las jóvenes armenias de Damasco han borrado esta imágen y oscurecido toda idea anterior: por todas partes hemos visto rostros nunca delineados por el pincel de Europa, y ojos donde la serenidad del alma toma un color azul oscuro y despide ciertos rayos de un esplendor que yo no habia visto brillar en los ojos de ninguna europea; las facciones son de una finura y pureza tan esquisita, que la mas diestra mano no podria imitarlas, y el cutis tan trasparente, y animado con tan delicados colores, que los tintes mas suaves de la hoja de la rosa no pueden presentar nunca aquella encantadora mezcla de palidéz y de frescura. Sus dientes, su sonrisa, la turgencia natural de sus formas, la agilidad de sus movimientos, el metalsonoro y argentino de su voz, todo guarda armonía en estas admirables apariciones: hablan con gracia y con una modesta reserva; pero sin encogimiento alguno, y están como acostumbradas á la admiracion que saben escitar. Parece que su hermosura es de mas duracion en este clima conservador, y en su método de vida interior y apacible, en el que las pasiones ficticias no corrompen su alma ni fatigan sus sentidos. En casi todas las casas en que he sido admitido, he observado que las madres eran tan hermosas como sus hijas, aunque estas demostrasen quince ó diez y seis años, pues se casan á los doce ó á los trece. Los trages de estas mujeres son los mas nobles y elegantes que he visto en el Oriente: la cabeza desnuda está



pobladísima de cabello, cuyas trenzas adornadas con flores dan muchas vueltas sobre la frente, y sus estremidades cuelgan por ambos lados sobre el cuello y los hombros desnudos: descenden de ella, además, festones de piezas de oro y de sartas de perlas, mezcladas con el pelo, y en la coronilla llevan un pequeño casco de oro cincelado: el pecho está casi desnudo: llevan una chaquetita con mangas anchas y abiertas, de tela de seda con broches de plata ó de oro: un ancho pantalon blanco que baja formando pliegues hasta el tobillo, y el pie desnudo y calzado con una babucha de tafílete amarillo. Una especie de túnica de seda y de un color brillante, baja desde los hombros, abierto al pecho y por delante de los pantalones, atado á la cintura solamente con una faja, cuyas estremidades cuelgan hasta tocar la tierra.

Yo no podía apartar la vista de tan encantadores objetos; nuestras visitas y nuestras conversaciones se prolongaban siempre y he encontrado á estas mujeres tan amables como hermosas. Estas conversaciones versaban siempre sobre los trages y las costumbres de las damas de Occidente, y no parecían envidiar la vida de las nuestras. Cuando uno hablaba con estas jóvenes verdaderamente seductoras; cuando encontraba en su lenguaje esa gracia, esa naturalidad, esa benevolencia, esa paz y serenidad de alma y de corazón, que solo se conservan en el género de la vida privada y de familia, se convence uno de que no deben envidiar á nuestras mujeres del gran mundo, que todo lo saben, menos lo que constituye la felicidad en el interior de una familia, y que en el movimiento tumultuoso de las sociedades, dilapidan en

pocos años su alma, su hermosura y su vida. Estas mujeres se visitan algunas veces entre sí: no están separadas enteramente de la sociedad de los hombres; mas esta sociedad se limita á los parientes y á los amigos de la casa, entre los cuales consultando la inclinacion y las relaciones de familia, se las escoge un amante, el cual va á mezclarse algunas veces como un hijo en los placeres y en las fiestas que celebra la familia.

Entre las distintas personas que he conocido en Damasco, he encontrado un jefe de los armenios, hombre muy distinguido y de gran instruccion: Ibrahim lo ha puesto á la cabeza de su nacion en el consejo municipal que gobierna la ciudad actualmente. Este hombre, que nunca ha salido de Damasco, tiene las nociones mas exactas del estado político de la Europa, particularmente de la Francia, del movimiento general del espíritu humano en la época actual, de la trasformacion que han sufrido los gobiernos modernos, y del probable porvenir, al que la civilizacion nos arrastra. No he encontrado en Europa un hombre cuyas ideas fuesen mas exactas; y esto es tanto mas extraño, quanto que no conoce sino el latin y el griego, y no ha podido leer ni las obras ni los periódicos de Occidente, en donde estas cuestiones están puestas al alcance de los mismos que las repiten sin entenderlas. Tan poco ha tenido ocasion de hablar con hombres distinguidos de nuestros climas, pues Damasco es un país que no tiene relaciones con la Europa, y con solo el auxilio de cartas geográficas, y por los grandes sucesos históricos y políticos, cuya noticia ha llegado hasta allí, lo ha comprendido todo, y su génio natural-

mente propenso á la meditacion, ha interpretado los sucesos con una sagacidad asombrosa. He tenido mucha satisfacion en conocerle, he pasado con él mucha parte de la mañana, y vendrá á verme esta noche y todos los dias; él ha previsto como yo lo que la Providencia parece preparar al Oriente y al Occidente por la inevitable union de estas dos partes del globo, que deben darse recíprocamente el espacio, el movimiento, la vida y la luz. Tiene una hija de catorce años que es la mas bonita que he visto, y su madre, jóven todavía, es tambien hermosísima. Me ha presentado á su hijo de doce años de edad, á cuya educacion se dedica sin descanso: yo le he dicho que debería enviarlo á Europa, y darle una educacion esmerada; él me ha respondido que le habia ocurrido esta idea y se ocupaba de ella: pero que si el estado del Oriente no llegaba á cambiar ¿de qué serviria á su hijo recibir una educacion tan elevada, y adquirir conocimientos tan superiores á su tiempo y al pais que debia habitar? ¿Que hará, me dijo, en Damasco, cuando venga con las luces, las costumbres y el gusto de la libertad de la Europa? Si ha de ser esclavo siempre, mas vale que nunca haya respirado el dulce ambiente de la libertad!

Despues de hechas estas visitas hemos dejado el barrio de los armenios, separado de otro por un puente que todas las noches se cierra: he entrado en una calle ancha y hermosa, formada por los palacios de los principales agás de Damasco, que constituyen la nobleza del pais: las fachadas de estos palacios se parecen á las largas paredes de cárceles ú hospicios, pues son de un barro de color oscuro, con pocas ó ninguna ventana: de tiem-



po en tiempo hay una puerta abierta, que da entrada á un gran patio, y muchos escuderos, criados y esclavos negros, tendidos á la sombra.

He visitado á dos de estos agás, amigos de Mr. de Baudin, y el interior de sus palacios es magnífico; pues he visto un patio vastísimo con soberbios surtidores de agua, plantado de árboles, con salones mas hermosos y mas ricamente adornados que los de los armenios. El adorno de algunos de estos salones ha llegado é costar hasta cien mil piastras (treinta y tres mil francos): la Europa no posee nada tan suntuoso: aquí todo está según el gusto árabe, y hay algunos de estos palacios que tienen ocho y diez salones de esta especie. Los agás de Damasco son por lo general descendientes ó hijos de pachás, que han empleado en la construcción y adorno de sus palacios los tesoros adquiridos por sus padres: nepotismo de Roma bajo distinta forma. El número de estos agás es muy considerable, y tienen los primeros empleos de la ciudad, bajo el mando de los pachás que envía el Gran Señor. Además de esto poseen grandes posesiones territoriales en los pueblos que rodean á Damasco: su lujo consiste en palacios, en jardines, en caballos y en mujeres: á una señal del pachá caen del cuello sus cabezas; y estas riquezas, estos palacios, estos jardines, estos caballos y mujeres, pasan á un nuevo favorito de la suerte. Una legislación semejante provoca naturalmente á gozar y á resignarse: la voluptuosidad y el fatalismo son los dos resultados precisos de este despotismo oriental.

Los agás que he visitado me han recibido con suma atención, pues el fanatismo brutal del popula-

cho de Damasco no alcanza hasta su clase; saben que soy un viajero europeo, y me creen un embajador que va á buscar de parte de los reyes de Europa noticias y datos sobre la querrela de Ibrahim y de los turcos. He manifestado á uno de estos el deseo de ver sus caballos, y de comprar alguno si queria venderlo: inmediatamente me ha hecho acompañar por su hijo y por un escudero á una estensa cuadra donde tenia treinta ó cuarenta que eran los animales mas hermosos del desierto de Palmira. Nunca habia visto una reunion de caballos tan selectos: eran generalmente altos y de pelo castaño ó tordo; las crines parecian hebras de seda negra, los ojos ni salidos ni profundos, de color pardo y de una viveza admirable, y los cuellos de cisne. Luego que me vieron entrar estos caballos, y me oyeron hablar en lengua estrangera, volvieron la cabeza para mirarme, se estremecieron, relincharon, y manifestaron su asombro con miradas oblicuas y de espanto, y con las arrugas de sus narices, que daban á sus hermosas cabezas una fisonomía inteligente y extraordinaria. En otras ocasiones habia observado ya cuanto mas pronto y mas desarrollada está la comprension en los animales de Siria que en los de Europa; mas entonces conocí que una reunion de musulmanes sorprendida en una mezquita por un cristiano, apenas hubiera podido espresar su indignacion y su horror, mejor que lo manifestaron estos caballos en sus cabezas y ademanes, al ver un rostro estrangero, y al oír hablar una lengua desconocida. Acaricié algunos, los examiné todos, y despues de haberlos hecho sacar al patio, me pareció tal la igualdad de perfeccion en todos ellos, que no sabia cual esco-

ger ; al fin me decidí por un caballo entero de tres años y medio, que me pareció la perla de todos los caballos del desierto. El ajuste se hizo entre Mr. Baudin y el agá, y convenimos en seis mil piastras que pagué á este último. El caballo habia llegado recientemente de Palmira : habia costado al agá cinco mil piastras y una magnífica capa de seda y de oro que regaló al árabe que lo habia traído, como todos los caballos árabes, con su genealogía colgada al cuello en un saquito, y muchos amuletos para preservarlo del mal de ojo.

Me he ocupado en recorrer los bazares de Damasco, y el mayor tendrá media legua de largo: estos bazares son unas calles muy largas, formadas de tiendas, de almacenes de madera y cafés: las tiendas son estrechas y poco hondas, y el negociante está sentado sobre sus talones con la pipa en la mano ó el narguile a su lado. Los almacenes se ven atestados de mercancías de todas clases, especialmente de telas de la India, que traen á Damasco las caravanas de Bagdad. Hay barberos que convidan á los que pasan á que se hagan cortar el pelo, y sus tiendas están llenas de gente: estos bazares son tan frecuentados como las galerías del Palacio Real de París ; pero el golpe de vista que ofrece este concurso es infinitamente mas pintoresco, pues se ven muchos agás vestidos con largas pellizas de seda carmesí, forradas de pieles de marta, con sables y puñales guarnecidos de diamantes, á la cintura, y con cinco ó seis cortesanos, criados ó esclavos, que siguen silenciosamente sus pasos, llevando sus pipas ó narguiles ; y van á pasar una parte del dia en los cafés construidos á las orillas de los canales ó



arroyos que atraviesan la ciudad, y á sentarse en los divanes á la sombra de corpulentos plátanos. Allí fuman y hablan con sus amigos, que es el único medio de comunicacion que tienen los habitantes de Damasco, además de la mezquita; y allí se preparan y tramam las frecuentes révoluciones que ensangrientan la capital: la fermentacion cunde y crece en el silencio, y estalla despues en el momento en que menos se piensa. El pueblo corre á las armas movido por uno de los partidos, y bajo la direccion de uno de estos agás; el gobierno pasa por algun tiempo á manos del que queda vencedor, y los vencidos mueren, ó se refugian en los desiertos de Balbek y Palmira, cuyas tribus independientes les dan asilo. Los oficiales y soldados del pacha de Egipto, vestidos casi enteramente á la Europea, arrastran sus sables por las aceras del bazar: nosotros encontramos muchos, que se nos acercaron, y nos hablaron en italiano, y están en Damasco con mucho recelo, porque los mira el pueblo con horror, y cada noche puede estallar una sublevacion. Sherif-Bey, uno de los hombres de mas capacidad del ejército turco, es su gefe y gobierna actualmente la ciudad: ha formado un campo de diez mil hombres fuera de las murallas, á la orilla del rio; ha puesto guarnicion en el castillo, y él habita el serrallo. La noticia del menor descalabro que Ibrahim llegase á sufrir en la Siria, seria la señal de la sublevacion, y de una lucha encarnizada en la ciudad: los treinta mil cristianos armenios que la habitan están aterrados; pues serian asesinados sin remedio si los turcos llegasen á vencer. Los musulmanes se hallan irritados por la especie de igualdad que ha establecido Ibrahim

entre ellos y los cristianos; y como estos abusan de la tolerancia con la violacion de sus hábitos, se exaspera su fanatismo. Mr. Baudin está dispuesto, y á la primera señal correría á refugiarse en Zarklé.

Los naturales del gran desierto y los de Palmira circulan por los bazares, en gran número, sin mas vestido que una ancha túnica de lana blanca, con la que se envuelven á manera de estátuas antiguas; tienen la tez tostada, la barba negra, y los ojos feroces; forman corros delante de las tiendas de los vendedores de tabaco y de los guarnicioneros y armeros; y sus caballos, ensillados y embreados siempre, los tienen trabados en las calles y plazas. Desprecian á los egipcios y á los turcos; mas en caso de sublevacion, marcharian contra las tropas de Ibrahim, el cual no ha podido alejarlos mas que á una jornada de Damasco, á pesar de haberlos perseguido él mismo con artillería, á su paso por esta ciudad; así es que son ahora sus enemigos. Hablaré mas estensamente de estas poblaciones desconocidas del gran desierto y del Eufrates.

Cada género de comercio ó de industria se encuentra separado en los bazares: en una parte estan los armeros, cuyas tiendas distan mucho de contener las magnificas y afamadas armas que suministraba Damasco en otro tiempo al comercio de Levante. Las fabricas admirables de sables, si efectivamente han existido, no se encuentran ahora, ni aun la memoria de ellas: los sables que se fabrican son de un temple comun, y en casa de los armeros solo se hallan armas viejas de poquisimo precio. He buscado inútilmente un sable y un pu-

:

ñal de temple antiguo, pero estos sables los traen ahora de Korassan, provincia de Persia, y no se fabrican allí, sino que hay un cierto número de ellos que pasan de mano en mano, como una reliquia preciosa, y que son de un precio exorbitante, pues la hoja que me han regalado ha costado al pachá cinco mil piastras. Los turcos y los árabes, que aprecian estas hojas mas que los diamantes, sacrificarían cuanto tienen por ellas: sus ojos brillaban de admiración y de entusiasmo cuando vieron la mía, y la ponían sobre su frente, como si admirasen tan perfecto instrumento de muerte.

Aquí no tienen gusto ni primor los diamantistas en el engaste de sus piedras preciosas, ni de sus perlas; pero poseen en este género riquísimas colecciones. Todas las riquezas de los orientales son amovibles, ó portátiles, para poderlas llevar á placer. Hay muchos diamantistas y plateros, pero no ostentan su caudal, pues lo tienen cerrado en cajas, que solo abren cuando se les pide alguna alhaja.

Los guarnicioneros son los mas numerosos é ingeniosos artistas de los bazares; no hay nada en Europa que iguale el gusto, la gracia, y la riqueza de las guarniciones ó arreos que fabrican, y sobre todo los arneses de lujo que trabajan para los caballos de los gefes árabes, ó para los agás del país. Los pretales de tafílete encarnado con flecos estan adornados con bellotas de plata ó de oro y con racimos de perlas: las bridas, mucho mas elegantes que las nuestras, son tambien de tafílete de diversos colores, adornadas con bellotas de seda y de oro: y todos estos objetos tienen muy poco



precio, comparado con el que se les da en Europa, pues yo he comprado dos de estas bridas por ciento veinte piastras (como cincuenta francos).

Los comercios ó tiendas de comestibles son las que presentan á la vista mas orden, mas elegancia y atractivo: su parte exterior está llena de cestas ó canastos con legumbres, frutos, ó granos leguminosos, cuyos nombres ignoro; pero de figuras y colores admirables, que relucen como mojadadas piedrecitas. Las galletas de pan de todo tamaño y calidad, estan puestas de manifiesto delante de la tienda; y hay de ellas una variedad innumerable para las diferentes horas y comidas del dia; algunas estan calientes como barquillos, y son de un exquisito sabor. En ninguna parte he visto tanta perfeccion en el pan como en Damasco, siendo ademas sumamente barato. Hay tambien fondistas que dan de comer á los mercaderes y á los que se pasean por el bazar; pero no tienen mesas ni cubiertos, y venden pedacitos de carne de carnero del tamaño de una nuez, asados en el horno: el comprador los pone sobre una de estas galletas de que he hablado, y los come con los dedos. Las numerosas fuentes del bazar les ofrecen el agua, que es la sola bebida del árabe, de modo que un hombre puede alimentarse muy bien en Damasco por dos piastras (medio franco). El pueblo no gasta la mitad en su comida; y como una bonita casa puede costar doscientas ó trescientas piastras de alquiler en un año, con trescientos ó cuatrocientos francos de renta se puede pasar perfectamente; como sucede en todos los puntos de Siria

Recorriéndolo el bazar, he llegado adonde estan los fabricantes de arcas y baules, que es un ra-

mo grande de industria, porque todo el mueblage de una familia árabe consiste en uno ó dos de estos baules, en los que encierran sus vestidos y alhajas: la mayor parte de ellos son de cedro, pintados de encarnado, y adornados con dibujos de tachuelas doradas. Algunos tienen trabajados relieves arabescos ejecutados muy bien: he comprado cuatro, y los he enviado con la caravana de Taraburlus: el olor del cedro embalsama el bazar, y esta atmósfera, compuesta de los diversos perfumes que exhalaban las tiendas de los ebanistas, de los almacenes de droguería, de las cajas de ambar y gomas aromáticas, de los cafés y de las pipas, que humean continuamente en el bazar, me recordaron la impresion que sentí la primera vez que atravesé Florencia, donde las tablas de ciprés llenaban las calles de un olor semejante.

La noche pasada ha llegado aquí la noticia de la victoria que ha conseguido Ibrahim en Kosnia sobre el Gran-Visir; y Sherif-Bey, gobernador de Siria por Mehemet, aprovechando la constancia, sale hoy para Alepo, dejando el gobierno de la ciudad á un general egipcio, asistido de un consejo municipal, compuesto de los primeros comerciantes de las diferentes naciones. A las puerta de la ciudad ha dejado un campamento de seis mil egipcios y tres mil árabes, el cual presenta un hermoso golpe de vista, ya por la variedad de las tiendas de todas formas y de todos colores, establecidas á la sombra de los grandes árboles frutales, á la orilla del rio, ya por la admirable belleza de los caballos atados á cuerdas en largas filas, tendidas del un extremo al otro, ya finalmente por la diversidad estraña que ofrecen las razas, las armaduras

y los trages de los árabes que no estan disciplinados; pues los unos parecen una congregacion de reyes ó patriarcas, y los otros bandidos del desierto. Los fuegos del vivac elevan en este momento sus azulados y densos humos, que impele y desvanece el viento sobre el rio y sobre los jardines de Damasco.

Yo he asistido á la despedida de Sherif-Bey. Todos los agás principales de Damasco, y los oficiales de los cuerpos que se quedan aquí, estaban reunidos en el serrallo. Los dilatados patios que se hallan circundados por los estropeados muros del castillo y del serrallo, estaban llenos de esclavos, que tenían en las manos las riendas de los mas hermosos caballos de la ciudad, ricamente enjaezados: Sherif-Bey se desayunaba en los aposentos interiores; mas yo no he entrado, y me he quedado fuera en el patio embaldosado, con algunos oficiales italianos y egipcios. Desde allí veiamos el gentio de fuera, llegar muchisimos agás, y pasar los esclavos trayendo sobre sus cabezas grandes fuentes de estaño con los diferentes manjares del desayuno. Allí estaban los magníficos caballos del Sherif, que son turcomanos, de una raza mucho mas grande y fuerte que la de los caballos árabes: se parecen á los normandos, aunque con los miembros mas finos, con mas musculatura, la cabeza mas ligera, y el ojo mas grande, mas fogoso, mas altivo y mas apacible al mismo tiempo, que el de los caballos del Oriente. Todos tienen el pelo oscuro, y con sus larguísimas crines parecen verdaderos caballos homéricos. A mediodia se ha puesto en camino, y le ha acompañado una numerosa cabalgata hasta dos leguas de la ciudad.



En el centro del bazar de Damasco he encontrado el kan del Hassad-Pachá, que es el mas hermoso del Oriente: tiene una gran cúpula, cuya atrevida bóveda recuerda la de San Pedro de Roma y está sostenida tambien sobre pilares de granito. Detrás de estos pilares existen los almacenes y las escaleras que conducen a los pisos superiores, donde se hallan los cuartos de los comerciantes. Cada comerciante acaudalado alquila uno de estos cuartos, y allí tiene sus preciosas mercancías y sus libros. Hay guardias que velan dia y noche por la seguridad del kan; grandes patios al lado para los caballos de los viajeros y de las caravanas; bellisimas fuentes que esparcen en él la frescura; y una especie de bolsa del comercio de Damasco. La puerta del kan, que da al bazar, es una de las obras de arquitectura morisca mas rica en detalles y de mas grandioso efecto que se pueda encontrar en el mundo. La arquitectura árabe se percibe entera en ella; este kan está construido hace cuarenta años. Un pueblo que posee arquitectos capaces de dibujar así, y artesanos que saben ejecutar un monumento igual, no puede considerarse como muerto para las artes. Estas obras por lo comun son edificadas por ricos pachás, que las dejan a sus familias ó a la ciudad que quieren enriquecer, pues producen rentas considerables.

Mas lejos, y desde una puerta que comunica al bazar, he visto el patio de la gran mezquita de Damasco, que en otro tiempo fué iglesia dedicada a San Juan Damasceno. El monumento parece del tiempo del Santo Sepulcro de Jerusalén, pesado, vasto y de esa arquitectura bizantina, que imita la griega degradada, y parece construida con otras

ruinas. Las entradas de la mezquita, estaban tapadas con cortinas, y no he podido ver su interior. Como tiene pena de muerte el cristiano que profana con su pie una mezquita, solo nos hemos detenido un momento en el patio, aparentando que íbamos á beber en la fuente.

*El mismo día.*

Acaba de llegar la caravana de Bagdad compuesta de tres mil camellos y se ha acampado á las puertas de la ciudad: he comprado balas de café de Meka, que no puede adquirirse en otra parte, y chales de la India.

La caravana de Meka ha estado suspendida mucho tiempo con motivo de la guerra: el pachá de Damasco tiene el cargo de conducirla; mas los wahabitas la han dispersado muchas veces, y Mehemet-Alí los ha arrojado hácia Medina. La última caravana, atacada del cólera en la Meka, ha perecido casi toda rendida de cansancio y privada de agua; de modo que hasta cuarenta mil peregrinos se han quedado en el desierto. El polvo de este que conduce á la Meka es el polvo de los hombres. En cuanto á este año, se confía que la caravana podrá salir bajo la proteccion de Mehemet-Alí; pero dentro de pocos años los progresos de los wahabitas interceptarán para siempre la peregrinacion. Los wahabitas son los primeros reformadores armados del islamismo. El origen de esta secta es el siguiente.

Un hombre sabio de las inmediaciones de la Meka, llamado Aboul Wahhab ha emprendido la obra de restablecer el mahometismo á la pureza

de su dogma primitivo, estirpar primero con la palabra, y despues por medio de la fuerza de los árabes convertidos á su fe las supersticiones populares, cuya credulidad ó impostura alteran esta secta, y reducirla á un deismo práctico acomodado á la razon humana. Para esto tuvo poco que hacer, porque Mahoma no se dió á conocer, si no por un hombre lleno del espíritu divino, y solo ha predicado la unidad de Dios y la caridad con los hombres; y el mismo Aboul Wahiab no se ha presentado como un profeta, sino como hombre ilustrado por la razon. El uso de la razon ha fanatizado esta vez á los árabes, como los fanatizó en otro tiempo la supersticion y la mentira: se han armado en su nombre, han conquistado la Meka y Medina: han despojado la veneracion que se tributaba al profeta del culto y adoracion que le habia sustituido; y cien mil misioneros armados amenazan cambiar la faz entera del Oriente. Mehemet-Ali ha opuesto una momentánea valla á sus invasiones; pero el wahabismo subsiste en las tres Arabias, y á la primera ocasion estos pueblos purificadores del islamismo se difundirán hasta Jerusalem, Damasco, y aun hasta el Egipto. Así las ideas humanas perecen por las mismas armas que las han propagado. Mahoma salió de estos mismos desiertos para derribar los ídolos y establecer un culto sin sacrificios al Dios único, y ahora viene Aboul-Wahiab, y derribando creencias populares acomoda el islamismo á la razon humana.

3 de abril.

En este dia he recorrido la ciudad y los bazares: he recordado las palabras de San Pablo á los



eristianos de Damasco, y he visitado las ruinas de la casa de donde se escapó una noche descolgándose en una canasta. Esta ciudad fué una de las primeras tierras en que sembró la palabra que cambió el mundo, y que fructificó con tanta rapidéz. El Oriente es la tierra de los cultos, de los prodigios y tambien de las supersticiones. La gran idea que aqui ha ocupado en todo tiempo las imaginaciones, es la idea religiosa; así es que todo este pueblo, sus costumbres y sus leyes, están fundadas en sus religiosas creencias. No sucede así en Occidente, ¿y por qué? Porque la raza occidental es menos noble; porque procede de los bárbaros, y se resiente de su origen. En Occidente no están en su lugar las cosas, la primera de las ideas humanas viene tras de las demas. Es un pais de oro, de movimiento y de ruido, y el Oriente un pais de meditacion profunda, de intencion y de adoracion. Sin embargo el Occidente marcha á paso gigantesco, y cuando se disipen enteramente las sombras de la edad media, es de esperar que la verdad, la luz, el amor, el espíritu religioso y el soplo divino, produzcan prodigios de virtud, de civilizacion y de génio.

*4 de abril.*

Existen en Damasco treinta mil cristianos y en Bagdad cuarenta mil: los de Damasco son casi todos armenios ó griegos, y algunos sacerdotes católicos asisten á los pocos que hay de su comunión, pues los habitantes de esta ciudad toleran á los frailes católicos que llevan su traje, siendo considerados como orientales. Estos dias he visto dos

religiosos lazaristas franceses, los cuales tienen un pequeño convento escondido en el cuartel de los armenios. Uno de ellos, el padre Poussons, viene á pasar con nosotros las veladas; es un sugeto excelente, piadoso, instruido y amable, y me ha llevado á su convento en el que enseña á los hijos pobres de los árabes cristianos. Solo le retiene aquí la caridad, donde se encuentra como en un desierto aunque en medio de los hombres, y en donde á cada momento está temiendo por su seguridad: á pesar de esto está alegre, sereno y resignado. De vez en cuando recibe por las caravanas de Siria noticias y socorros de sus superiores de Francia, y diarios católicos: me ha prestado algunos de ellos, y me ha parecido sumamente extraordinario leer estas cuestiones religiosas y políticas del cuartel de San Sulpicio, á la orilla del desierto de Bagdad, detrás del Libano y del Anti-Libano, cerca de Balbek, y en medio de este numeroso concurso de otros hombres, ocupados de ideas tan distintas y en donde el ruido que hacemos nosotros, y el nombre de nuestros grandes hombres no ha resonado jamás! ¡Vanidad de vanidades! Tan solo no es vanidad servir á Dios y á los hombres por Dios. Nunca me he penetrado tanto de esta verdad como viajando, y reconociendo lo poco que vale una nombradía, una celebridad, detenida por el movimiento del mar; un ruido cuya propagacion interrumpe un solo monte y la fama que una lengua estrangera desconoce. ¡Ah! ciertamente nuestra inmortalidad consiste en otra cosa mas grande y mas sólida que el falso y poco duradero eco de nuestros nombres!

Hemos comido al mediodia con un viejo cris-

tiano de Damasco de noventa años, el cual disfruta todavía de la plenitud de sus facultades físicas y morales. Este excelente anciano lleva incrustado en sus facciones el sello de la benevolencia y de la virtud, por el sentimiento de una vida piadosa y pura, que se acerca á su término; nos presta toda clase de servicios, y está siempre haciendo diligencias para nosotros como si fuera un jóven. El padre Pousons, su compañero, dos negociantes de Bagdad y un gran señor persa que va á la Mecca, completan por las noches nuestra apacible reunion sobre los divanes de Mr. Baudin, y en medio de los vapores del tabaco y del tom-bac que oscurecen y perfuman el aire. Con el auxilio de Mr. Baudin, y de mi dragoman me entiendo con ellos facilmente. En esta *soiree* ó reunion de hombres de las cuatro estremidades del mundo, reina la sencillez y la cordialidad mas perfecta. Los asuntos de nuestras conversaciones son las costumbres de la India y de la Persia, y los recientes acaecimientos de Bagdad, con motivo de la sublevacion del pachá contra la Puerta. El habitante de Bagdad se habia visto precisado á huir, al través del desierto de cuarenta dias, sobre sus dromedarios cargados de sus tesoros y con los dos jóvenes francos; y llegado allí, esperaba con impaciencia noticias de su hermano, cuya muerte temía. Estando hablando con nosotros le trajeron felizmente carta suya; supo que se habia salvado y que llegaba con la retaguardia de la caravana que se esperaba: lloró de gozo. Nosotros llorámos tambien, tanto por sus desgracias, como por recuerdo de nuestras propias desventuras. Estas lágrimas derramadas juntas por ojos que no debian



volverse á encontrar, en el hogar de un amigo comun, y en una ciudad en la que debiamos hacer tan corta permanencia, unian y estrechaban nuestros corazones, y amabamos como amigos á hombres, cuyos nombres se han borrado ya de nuestra memoria!

4 de abril.

Sobrevino durante la noche una terrible tempestad, y el aposento alto, con muchas ventanas y sin vidrios en que dormiamos, temblaba como un débil barco impelido por la ráfaga. La lluvia deshizo en pocos momentos el techo de barro que nos cubria, é inundó todo el piso. Por fortuna los colchones estaban colocados sobre tablas, puestas sobre cajones de Damasco, y las cubiertas de las camas nos defendian; pero por la mañana nuestros vestidos nadaban sobre el piso. Estas tempestades son muy frecuentes en Damasco, y suelen arrebatar las casas cuyos cimientos no son de piedra. El clima es frio y húmedo en los meses de invierno: las nieves caen en abundancia de los montes, y este invierno se han desplomado la mitad de los bazares por el peso de las nieves, y los caminos han estado dos meses interceptados. Dicen que los calores del verano son intolerables tambien, pero nosotros no lo hemos advertido hasta ahora; pues casi todos los dias encendimos braseros que llaman *margales* en el país.

He adquirido otro caballo que compré á un beduino que se hallaba á la puerta de la ciudad, y á quien hice seguir para entrar en ajuste de un modo natural y conveniente. Este último animal es mas pequeño de talla que el que compré al

agá; pero mas fuerte y de un pelo mas raro, pues es de color de flor de pavia y de una raza muy especial. Me lo ha dado por cuatro mil piastras: la he montado para probarlo, y sus movimientos son menos suaves que los de los demás caballos árabes; es uraño y algo cerril, pero parece infatigable. Haré que uno de mis saís de á pie lleve á mano á *Tadmor* (nombre arabe de Palmira que he puesto al caballo del agá), y montaré á *Scham* (que es el nombre de Damasco) durante el camino.

Ha llegado un gefe de tribu del camino de Palmira, enviado á llamar por Mr. de Baudin, y se encarga de conducirme á Palmira y devolverme sano y salvo, con la condicion de que vaya solo y vestido de beduino del desierto; para esto ofrece dejar aquí en rehenes á su hijo. Reflexionamos sobre ello, y aunque yo tenia muchos deseos de ver las ruinas de Tadmor, como son menos considerables que las de Balbek, como se necesitan diez dias para ir y volver, y mi mujer no puede acompañarme, y como ademas ha llegado el tiempo de aproximarnos á la costa, pues debe llegar nuestro buque, he renunciado con sentimiento á esta correria en el desierto, y hemos preparado nuestra partida para de aquí á dos dias.

6 de abril.

A las ocho de esta mañana hemos salido de Damasco, atravesando la ciudad y los bazares, en los que habia un inmenso gentío que nos ha dirigido algunas palabras injuriosas, tomándonos por refuerzos de Ibrahim. Saliendo de la ciudad por otra puerta distinta de la de nuestra entrada, he-

mos seguido por entre huertas deliciosas un camino que está á la orilla del torrente, bajo la sombra de árboles soberbios, y hemos subido al monte donde tuvimos la bella aparición de Damasco: allí hemos hecho alto para contemplarla otra vez y grabar su imágen en la memoria. Ahora veo por qué las tradiciones árabes designan á Damasco como el sitio en que ha existido el paraíso terrenal, pues ningun punto de la tierra se aproxima tanto á la idea que tenemos del Eden. Su dilatada y fecunda llanura; los siete ramales del azulado río que la riegan; el magestuoso cuadro de los montes; los resplandecientes lagos que reflejan el azul del cielo sobre la tierra; su situación geográfica entre los dos mares, y la perfección de su clima, todo indica cuando menos que Damasco ha sido una de las primeras ciudades edificadas por los hijos de los primitivos hombres, uno de los altos ó detenciones naturales de la humanidad errante en los primeros tiempos, una de esas ciudades señaladas por el dedo de Dios sobre la tierra; y finalmente, una capital predestinada como Constantinopla. Estas son las dos únicas ciudades que no están colocadas arbitrariamente en la carta geográfica de un imperio, si no invenciblemente señaladas por la naturaleza de los lugares. Mientras que la tierra conserve imperios, Damasco será una gran ciudad, y Stambul la capital del mundo. A la salida del desierto, á la embocadura de los llanos de la Coele-Siria y de los valles de Galilea, de Idumea y del litoral de los mares de Siria, necesitaban de un descanso encantador las caravanas de la India; y en este punto está colocado Damasco. El comercio ha llamado



allí la industria, y esta ciudad, del mismo modo que Lion, es una vasta manufacturería: la población es de cuatrocientas mil almas segun unos, y de doscientas mil segun otros; yo no puedo fijar mi opinion, y es imposible hacerlo, porque no puede calcularse: como en Oriente no hay estadística, es preciso referirse; á la simple vista. Segun el movimiento que se nota, y la muchedumbre que inunda las calles y bazares; segun el número de hombres que corren á las armas á la señal de una revolucion, y segun la estension del terreno que los edificios ocupan, me inclinaria á creer que los muros de Damasco encierran trescientas ó cuatrocientas mil almas; mas si uno no limita su cálculo al casco de la ciudad, y si comprende en el número de sus habitantes á todos los que pueblan sus inmensos arrabales que se confunden con las casas y las huertas de esta aglomeracion ó concurso de hombres, creeria que el territorio de Damasco mantiene un millon de habitantes. Al fijar por última vez mi vista sobre esta ciudad, he dirigido al cielo los votos mas fervientes por Mr. Baudin, y por los excelentes sugetos que han protegido y amenizado nuestra mansion; mas algunos pasos de nuestros caballos nos han hecho perder para siempre de vista las copas de sus árboles, y los remates de sus altos minaretes!

Venia un árabe á pie al lado de mi caballo: me enseñó en el horizonte un gran lago que resplandecía al pie de las montañas, y me contó una historia, de la que yo entendí algunas palabras, y que acabó de explicarme mi dragoman.

Hubo un pastor que guardaba los camellos de

un pueblo á la orilla de este lago, en un canton desierto del encumbrado monte. Un dia al ir á dar de beber al ganado, advirtió que el agua rebosaba por un agujero ó desagüe subterráneo, y lo tapó con una piedra gruesa; mas dejó caer su cayado de pastor. Algun tiempo despues se secó un rio en una de las provincias de la Persia; y el sultan, viendo su pais amenazado del hambre por falta de agua para los riegos, consultó á los sábios, y de conformidad con su dictámen, envió emisarios á los reinos circunvecinos para descubrir ó averiguar por qué se habia agotado la corriente de su rio. Estos embajadores tenian en su poder el cayado del pastor, llevado por el rio: el pastor, que se hallaba en Damasco cuando los embajadores se preguntaron, se acordó del cayado que habia perdido en el lago, se acercó y lo reconoció entre sus manos; entonces se convenció de que su lago era el manantial de aquel rio, y que podia disponer de la riqueza y de la vida de un pueblo; y preguntó á los enviados qué daría el sultan al que restituyera á aquel rio su corriente. Los enviados le respondieron que daría su propia hija y la mitad de su reino; y él les contestó que podian desde luego marcharse, porque antes de que llegasen ellos, el rio que se habia secado regaria la Persia y regocijaria al sultan. El pastor volvió al monte, quitó la piedra que tapaba el desagüe, y las aguas, volviendo á tomar su curso por el canal subterráneo, fueron á llenar de nuevo el cauce del deseado rio. Entonces el sultan envió nuevos embajadores con su hija al dichoso pastor, y le dió la mitad de sus estados.

Estas tradiciones maravillosas se conservan con

entero crédito entre los árabes, y ninguno de ellos pone duda en la mas leve circunstancia ó detalle, porque las dudas no proceden de la imaginación.

*7 de abril.*

La noche última hemos acampado sobre la pendiente de un alto monte, después de ocho horas de marcha por un país montuoso, árido, frío y estéril, y hemos sido alcanzados por una caravana menos numerosa que la nuestra; del *cadi* de Damasco, enviada todos los años de Constantinopla, que vuelve á embarcarse en Alejandreta. Sus mujeres y sus hijos viajaban dentro de un baúl forrado, puesto sobre el lomo de una mula. El *cadi* marchaba un cuarto de hora detrás de sus mujeres, y acompañado de algunos esclavos á caballo. Esta caravana ha pasado delante de nosotros y ha ido á acampar mas lejos. La jornada ha sido penosa; además de diez horas de marcha hemos sufrido un frío intenso, y atravesado valles totalmente desiertos: hemos andado una hora por el cauce de un torrente, en el que las peñas desplomadas de los montes interceptaban á cada momento la senda que seguían los caballos, y he montado una hora mi hermoso caballo *Tedmor*, para que descansase *Scham*. A pesar de dos días de camino, este magnífico animal anda como un gamo sobre el pedregoso terreno del desierto; en un momento se ha adelantado y puesto á la cabeza de los mejores corredores de la caravana: es manso é inteligente como el cisne, del que tiene el cuello y la blancura; así es que pienso llevarle á Europa con *Scham* y *Saidi*. En cuanto me he





apeado, ha corrido saltando á buscar al árabe Mansurs que lo cuidaba y conduce, y descansa la cabeza sobre sus hombros, del mismo modo que lo haria un cariñoso perro: entre este árabe y el caballo reina la misma fraternidad que entre nosotros y un perro. Mansurs y Daher, los dos principales saís árabes que yo tomé en los alrededores de Beyruth, y que están á mi servicio hace cerca de un año, son los mas fieles y los mas humildes de los hombres; sóbrios, infatigables y despejados, están sumamente adheridos á sus amos y á sus caballos, y prontos á combatir con nosotros, si amenazase un riesgo. ¿Qué no haria un gefe hábil con semejantes hombres? Si poseyese yo la cuarta parte de las riquezas que un banquero de Paris ó de Lóndres, cambiaría la faz de la Siria en diez años, porque allí existen todos los elementos de regeneracion, y solo falta una mano que los reuna, un golpe de vista para sentar la base, y una voluntad para conducir allí un pueblo.

Nos hemos tendido en el suelo de una especie de hostería, aislada en un elevado llano, y con un frio escesivo: hemos encontrado un poco de leña para encender fuego en el cuarto bajo, en que estendimos las alfombras: nuestras provisiones de Damasco se habían apurado, y hemos hecho amasar un poco de harina de cebada de los caballos, y hemos comido tan amargas y negras galletas.

Al amanecer del siguiente dia volvimos á partir y hemos andado doce horas por un país estéril y despoblado, llegando á un pueblecito, en el que hemos tenido la fortuna de hallar un abrigo, gallinas y arroz. Ha llovido mucho durante nuestra marcha; y solo estamos á ocho horas de

distancia del valle de Beka: entraremos en él por su estremidad oriental, mucho mas baja que Balbek.

*El mismo dia*

El desierto de Beka ha aparecido ante nuestros ojos á las tres de la tarde. La llanura desde el punto en donde nos hallábamos, hasta el pie del Líbano, que se levanta cual una muralla á su lado opuesto, parece un lago inmenso de cuyo centro salen algunas islas negruzcas, copas de árboles sumergidos en el agua, y algunas ruinas antiguas sobre una colina á tres leguas de distancia. La caravana ha hecho alto, y se ha visto en una triste perplejidad. ¿Cómo precipitarse sin guia y á la ventura en esta llanura inundada? Sin embargo, era preciso: al dia siguiente no hubiéramos podido pasar, porque la lluvia continuaba y los barrancos derramaban sin cesar sus aguas en el desierto. Hemos andado dos horas por la parte mas alta del llano en direccion á la colina, y desde este camino distinguíamos las ruinas del templo. A nuestra izquierda dejábamos los restos desconocidos de pueblos que no tienen nombre: pedazos de gigantescas columnas habian rodado de las laderas de la colina, y se veian tendidos en el barro á nuestros pies. El sol se ponía, la lluvia arreciaba, y no teníamos tiempo para subir al templo. Pasada la colina andábamos con agua hasta los corvejones de los caballos: á cada instante resbalaba alguna de nuestras mulas y caía en los hoyos, de donde las sacaban los mukres con muchísimo trabajo. Un árabe caminaba á veinte pasos delante de la caravana para sondear

el terreno; mas llegados al centro del llano y al cauce del río de Balbek, nos faltó el piso y fué preciso atravesar á nado una distancia de treinta ó de cuarenta pies. Mis árabes se arrojaron al agua, y sosteniendo la cabeza de los caballos, consiguieron pasar á mi mujer y á una camarera inglesa que la acompañaba, y nosotros pasamos solos á nado, y llegamos á la orilla opuesta. Como la noche casi habia cerrado ya, nos dimos prisa á atravesar el valle, mientras quedaba un poco de crepúsculo, y pasamos por cerca de dos ó tres casuchas, habitadas por una tribu feroz de árabes de Balbek: si nos hubieran atacado en semejante momento, no hubiéramos podido defendernos, porque nuestras armas no se hallaban en estado de hacer fuego: nos miraron desde sus terrados; pero felizmente no bajaron al pantanoso llano. Por fin, cuando la noche acababa de cerrar, el llano comenzó á elevarse y nos encontramos en seco al pie del Líbano; nos dirigimos hácia una luz lejana que resplandecía á tres leguas de nosotros, y creimos sería Zarklé, y rendidos de cansancio, transidos de frio, y empapados de agua, llegamos á las primeras colinas de la ciudad. Allí, llamándonos por nuestros nombres y contándonos mutuamente, advertimos que faltaba Mr. de Capmás: nos detuvimos, dimos voces y disparamos tiros, pero nadie nos respondia: destacamos dos hombres á caballo para salir en busca de él y entramos en Zarklé. Todavía allí, necesitábamos subir una hora por la orilla del río que divide la ciudad, para encontrar el único puente que lo atraviesa, y que se comunica con el otro cuartel de ella: nuestros caballos rendidos, apenas se podian sostener, y resbalaban sobre el empedra-



do del puente sin baranda; mas al fin llegamos á casa del obispo griego que nos recibió: se encendió fuego con zarzas; nos alojamos en las pequeñas chozas que rodean el patio; nuestro venerable huésped nos prestó esteras y alfombras, y principiábamos á calentarnos y secarnos. Al cabo de poco tiempo, los dos árabes que habíamos enviado en busca de nuestro amigo Mr. de Capmás, volvieron con él; lo acercamos al fuego casi desmayado y volvió en sí: en el fondo de nuestros cajones inundados de agua encontramos una botella de rom, y habiéndonos proporcionado azúcar el obispo, restablecimos á nuestro amigo moribundo con algunos vasos de ponche, mientras que los árabes preparaban la cena. El pobre obispo no podía ofrecernos mas que el asilo de su casa, que nos habia dado; y como la curiosidad de las mujeres y de los muchachos de Zarklé, fuese tan importuna, que á cada instante llenaba el patio para ver las dos mujeres europeas, me ví obligado á poner dos árabes armados á la puerta para impedir la entrada.

Descansamos en Zarklé al dia siguiente con el objeto de enjugar nuestros vestidos, y reponer las provisiones que se habian mojado y echado á perder con la lluvia del dia anterior. Zarklé es una ciudad enteramente cristiana y de reciente fundacion, en una garganta sobre las últimas raices del Libano; y el rápido y prodigioso incremento que ha tomado en pocos años, se debe á la concurrencia de familias cristianas tanto armenias como griegas, que han huido de la persecucion de Damasco y de Homs. Cuenta unos ocho ó diez mil habitantes; hace el comercio de la seda, y va siem-

pre en aumento, pues como tiene la proteccion del emir Beschir, soberano del Libano, es respetado por las tribus de Balbek y del Anti-Libano. Los habitantes industriosos, agricultores y activos, cultivan cuidadosamente las colinas, que bajan al llano, y comienzan aun á cultivar algunos campos mas inmediatos del desierto.

El aspecto de la ciudad es ciertamente extraño; es una reunion confusa de casas negras, edificadas con barro, sin regularidad ni simetría, sobre dos rápidas pendientes de dos collados separados por un rio. La garganta por donde baja este, antes de entrar en la ciudad, es una ancha y profunda cavidad entre dos perpendiculares montes, que se separan para dar paso al torrente, el cual baja de collado en collado, y forma tres ó cuatro cascadas, en donde las aguas, estendiéndose en sábanas anchas, ocupan toda la estension de los graderíos sucesivos. La espuma del torrente cubre enteramente las rocas; y el ruido de las cascadas difunde en la ciudad un murmullo continuo y sor-do. Entre el verde de los álamos y de los viñedos se ven algunas elegantes casas, por encima de estas cascadas; y entre ellas la que sirve de refugio á Mr. Baudin, y otra del convento de frailes maronitas. El rio, despues de atravesar por entre las casas de la ciudad, agrupadas sobre sus altas orillas, y como suspendidas sobre su cáuce, va á regar las tierras y estrechas praderas, distribuido en muchos arroyos por sus industriosos habitantes. Cortinas de altísimos álamos de Persia se estienden hasta perderse de vista á los dos lados de su curso, y dirijen la vista por una frondosa alameda hasta el desierto de Balbek, y sobre las ne-

vadas cimas del Anti-Líbano. Casi todos los habitantes son griegos, siriacos ó griegos de Damasco; y si bien las casas parecen como chozas de labradores de Saboya ó de Brescia, en cada una hay una tienda, un taller, ó guarnicioneros, armeros, y hasta relojeros, que con groseros instrumentos trabajan en su oficio. La poblacion nos ha parecido buena y hospitalaria; lejos de incomodarla el aspecto de los estrangeros como nosotros, parece que les es agradable; nos han ofrecido todos los auxilios que podiamos necesitar, y solo se mostraban orgullosos de la prosperidad, siempre en aumento de su nueva poblacion. Zarklé parece un apéndice de una gran ciudad mercante, que está destinada á competir con Damasco para el comercio de los cristianos con los mahometanos. Si la muerte del emir Beschir no destruye la unidad de dominio que constituye la fuerza del Líbano, Zarklé, dentro de veinte años, será la primera ciudad de la Siria; pues en ella todo va á menos, mientras que Zarklé va en aumento, y todos duermen mientras que ella trabaja. El génio griego lleva por todas partes el principio de actividad, que está en la sangre de esta casta europea; mas la actividad del griego asiático es útil y fecunda, y la del griego de la Morea y de las islas es una estéril agitacion. El aire del Asia templá la sangre de los griegos; así es que allí es un pueblo sumamente apacible, y en otras partes es bullicioso y algunas veces bárbaro. Lo mismo sucede en cuanto á la hermosura física de la casta: las mujeres griegas del Asia son una obra maestra de la creacion, el ideal de la gracia y la voluptuosidad de los ojos; y las mujeres griegas de la Morea tienen formas



Puras, pero acompañadas de cierta dureza; y sus ojos, cuyo fuego es áspero y sombrío, no están suavizados con la molicie y la sensibilidad del corazón: los ojos de estas son un ascua encendida, y los de las asiáticas una llama cubierta por un velo de húmedo vapor.

*La misma fecha.*

El mísero obispo griego de Zarklé pertenece á una familia de Alepo, donde ha pasado su vida en la elegancia y la molicie, que constituye esta ciudad, la Atenas del Asia; y se encontraba allí como desterrado, sin sociedad, y sin recursos morales. Sus ademanes han conservado la dignidad de los modales de los alepinos; pero en la destitucion absoluta en que se hallaba, nada podia ofrecernos: hablamos con él en italiano, y al tiempo de partir le hice una limosna de quinientas piastras para sus pobres, ó para él, pues su estado se acercaba al de la miseria. Toda su riqueza consistía en algunos libros árabes y griegos, y en un baul viejo, donde tenia encerradas sus magnificas pellizas y sus vestidos episcopales. Tomé dos guías de Zarklé para pasar el Líbano por desconocidos senderos, pues los caminos ordinarios estaban interceptados por la prodigiosa cantidad de nieve que habia caído en el invierno. Subimos al principio por pendientes bastante suaves al través de colinas cultivadas de moreras y viñas; y no tardamos en llegar á las regiones de las rocas y de torrentes sin cauce, de los cuales no pasamos menos de treinta en el trascurso de seis horas. Estos torrentes corren por tan rápidas pendientes, que no tienen

tiempo para abrirse cáuces; parecen cortinas de espuma que se corren sobre rocas desnudas con la rapidéz de las alas del pájaro.

Encapotábase el cielo con densas nubes, que interceptaban la luz, aunque no estaba muy avanzado el día: nosotros nos hallábamos completamente sumergidos en estas ondas ambulantes de nubes, y muchas veces no distinguíamos la cabeza de la caravana, hundida en un caos de tinieblas: comenzaban también á caer gruesos copos de nieve que borrraban la senda á los guías, y nosotros teníamos trabajo en hacer andar nuestros caballos fatigados, cuyas herraduras resbalaban sobre las escarpadas rocas por donde teníamos que andar. El magnífico horizonte inferior del vallé de Balbek y de las cumbres del Anti-Líbano, con las grandiosas ruinas de Beka, herido por los rayos de la luz, solo lo veíamos en algunos intervalos, y al través de las hendiduras de las nubes; en términos, que parecía que navegábamos por el cielo, y que el pedestal desde el cual veíamos la tierra no pertenecía ya á ella. Sin embargo, el ruido sonoro del viento que dormía en las profundas y altas gargantas de los montes, comenzaba á producir sonidos subterráneos y lúgubres, semejantes al mugido de un fuerte mar despues de la borrasca; las ráfagas pasaban como rayos sobre nuestras cabezas y bajo nuestros pies en las regiones inferiores, y arrastraban, cual si fuesen hojas muertas, las moles de nieve, las nubes de piedra, y hasta las mismas peñas, como si fuesen vomitadas por la boca de un cañon; de modo que dos de nuestros caballos fueron derribados, y rodaron con sus cargas al precipicio. En cuanto á nosotros, no tuvi-

mos esa desgracia; empero mis caballos árabes que llevaban á mano mis criados, se mostraban aterrados, se paraban, arrugaban las narices, y no relinchaban, pero arrojaban unos sonidos guturales, semejantes á la tos humana; así es que íbamos reunidos para cuidarnos recíprocamente y asistirnos en caso de necesidad. La noche se cerraba á toda prisa, y la nieve que nos daba en los ojos nos privaba de la escasa luz que necesitábamos para guiar nuestros caballos. Las ráfagas del viento llenaban de nieve la garganta en que estábamos, que se elevaba en columnas altísimas, y volvía á caer, estendiéndose en sábanas, como la espuma de las irritadas olas sobre los escollos: había momentos en que era imposible respirar: nuestros guías se detenían y disparaban tiros para dirigirnos; mas la furia del viento no los dejaba resonar, y las detonaciones de nuestras armas parecían solamente el chasquido de un látigo. A medida que nos internábamos mas en esta elevada garganta de las últimas crestas del Libano, oíamos con horror un mugido grave, sordo y continuo, que crecía por momentos y formaba como la base de este concierto aterrador de los elementos desencadenados: no sabíamos á que atribuirlo, y parecía que una parte del monte se desplomaba y rodaba en torrentes de rocas. El espesor de las nubes no nos dejaba ver, é ignorábamos donde estábamos. De repente vimos pasar por nuestro lado caballos sin jinete, y mulas sin carga, así como algunos camellos que huían por las laderas de los montes: varios árabes seguían á estos animales dando gritos; nos hicieron detener, y nos señalaron con la mano una casucha á cuarenta ó cincuenta



pasos bajo nosotros, apoyada contra una peña que la nieve nos habia ocultado; una columna de humo y el resplandor de una hoguera se veian por la puerta de la cabaña, cuyo techo de ramas de cedro, medio arrebatado por el huracan, colgaba de lo alto de la pared: este era el único asilo que podiamos hallar sobre esta parte del Libano, pues era el kan de Murat-Bey, habitado en el verano por un pobre árabe, para dar abrigo y suministrar cebada á las caravanas de Damasco, que se dirigian á Siria por este camino; y nosotros bajamos, aunque con sumo trabajo, por un graderio de peñas ocultas debajo de un pie de nieve.

El torrente que se precipitaba á cien pasos bajo el kan, y que era preciso atravesar para subir á la última region de los montes, se habia convertido en un río caudaloso, que arrastraba las piedras y las peñas, y los árabes que habiamos encontrado detenidos á su orilla, y envueltos por la nieve, habian descargado sus camellos y mulas, habian dejado allí los fardos, y corrido á abrigarse en el kan de Murat. Lo hallamos, pues, lleno de hombres y caballos, y no encontramos lugar ni para los nuestros ni aun para nosotros mismos. No obstante, al abrigo de aquella peña que era mas grande que una casa, se sentia menos el viento; las nubes de nieve que pasaban por encima de nuestras cabezas, é iban á caer en el llano, comenzaban á ser menos densas, y en algunos intervalos nos permitian descubrir un pedazo del estrellado cielo. El viento se calmó; nos apeamos, y nos dedicamos á procurarnos un abrigo, no solo para pasar la noche, sino tal vez muchos dias, si el torrente que oiamos sin verle se oponia á nuestro paso.

Al pie de las paredes del kan derrocado, y al abrigo de una parte de las ramas de cedro, que formaban antes su techo, habia un espacio de diez pies cuadrados, cubierto de nieve y de barro; separada la nieve, quedaba un pie de barro, sobre el cual no podíamos colocar las alfombras; y para obviar este inconveniente, arrancamos del techo algunas ramas de cedro, las estendimos sobre el suelo, y estas ramas impedian que nuestras esteras se hundiesen, y nuestros colchones, nuestras alfombras y nuestras capas, formaban un piso mas alto: allí encendimos fuego, y allí pasamos la larga noche del 7 al 8 de abril de 1833.

De tiempo en tiempo despertaba el dormido huracan; entonces parecia que se iba á desplomar el monte; la enorme peña, contra la cual se apoyaba el kan, temblaba como el tronco de un árbol sacudido por la ráfaga, y el estrépito del torrente se difundía de un modo horroroso. Nos dormimos por fin, y nos despertamos bastante tarde á los brillantes rayos de un sol sereno reflejado en la nieve. Los árabes, que habian pasado la noche en el kan, habian partido, y atravesado el torrente con felicidad; nosotros les vimos de lejos trepando los montes que debiamos subir; partimos, pues, y marchamos cuatro horas por un valle sumamente encumbrado, donde lo mismo que en la cúspide del monte blanco, solo veiamos la nieve á nuestros pies, y el cielo sobre nuestras cabezas. Un resplandor que deslumbraba, un silencio trisísimo, y los peligros que se nos presentaban á cada paso sobre este desierto de nieve reciente y sobre estos altos pilares de la tierra, que mirábamos como la columna vertebral de un continente,

nos causaron impresiones que nunca podremos olvidar. Involuntariamente observa uno los puntos del horizonte y del cielo, así como los fenómenos de la naturaleza: uno vi que me admiró, porque nunca lo habia observado semejante. En la cumbre del Líbano y en la ladera de una loma medio á la sombra del sol de la mañana, vimos un magnífico arco iris, no elevado en la atmósfera y uniendo el cielo á la cima del monte, sino tendido sobre la nieve y enrollado en círculos concéntricos como una serpiente de brillantes colores; parecía como un nido del arco iris, sorprendido en la cumbre mas inaccesible del Líbano. A medida que subia el sol, y bañaba la loma con sus rayos, parecian moverse y levantarse los círculos del arco. Con efecto, la estremidad de estas formas luminosas se levantaba de la tierra, subia algunas toesas, como si hubiera querido elevarse hasta el cielo, y se derretia en vapores blanquizeos, y en líquidas perlas, que volvian á caer en torno de nosotros. Nos sentamos mas allá de la region de las nieves para enjugar nuestros vestidos, y comenzamos á distinguir los profundos y negros valles de los maronitas: al cabo de dos horas, llegamos al pueblo de Hamana, situado en la parte superior del valle de su nombre, donde habiamos dormido cuando fuimos á Damasco. El Scheik designó tres casas para nuestro alojamiento: el sol de la tarde brillaba sobre las anchas hojas del moral y de la higuera, los labradores se retiraban con sus arados; las mujeres y los muchachos vagaban de unas casas en otras, y nos saludaban con amabilidad; los ganados volvian de los campos con sus sonoros cascabeles; las palo-



mas y las gallinas cubrian los techos de los terrados; y las campanas de dos iglesias, entre las copas de los cipreses, anunciaban las piadosas ceremonias del dia siguiente, que era domingo. Esto me representó el aspecto, el ruido, y la paz de un hermoso pueblo de Francia, encontrado de repente al salir de los precipicios del Líbano, de los desiertos de Balbek, y de las calles inhospitalarias de Damasco: así es que nos fué tan grata esta rápida transición, que resolvimos pasar el domingo en tan hermoso pueblo, y descansar un dia de nuestras pesadas fatigas.

Descansamos, pues, en Hamana el domingo: el scheik y el mercado del pueblo nos suministraron provisiones en abundancia, y las mujeres nos estuvieron visitando durante todo el dia. Estas son mucho menos hermosas que la sirias de la costa; pertenecen á la casta pura maronita: aparentan robustéz y salud; pero sus facciones son demasiado pronunciadas, el ojo tiene cierta dureza, y la tez demasiado color: su traje es un pantalón blanco, y encima un vestido de paño azul abierto por delante, y descubriendo el pecho: al rededor del cuello, sobre el seno, y detrás de los hombros cuelgan collares de innumerables piezas ensartadas. Las casadas añaden á estos adornos un cuerno de plata de un pie de largo, y algunas de pie y medio: este cuerno, fijado sobre sus trenzados cabellos, se eleva oblicuamente sobre la frente; está esculpido ó cincelado, y su estremidad cubierta con un velo de muselina que cuelga en él, con el que se cubren á veces el rostro; este cuerno no se lo quitan ni aun para dormir. Tan extravagante costumbre, cuyo origen no se debe

atribuir sino á las aberraciones del entendimiento humano, las desfigura bastante, y hace muy pesados los movimientos de sus cabezas y de sus cuellos.

9 de abril,

Eran las cinco de la mañana, y con espesa niebla salimos de Hamana: anduvimos dos horas por pendientes escarpadas y desnudas, que bajaban desde las crestas del Líbano hasta los llanos de Siria. El que dejábamos á la derecha se profundizaba y ensanchaba á medida que caminábamos, y podria tener dos leguas de profundidad: los diáfanos vapores de la mañana se mecían como apacibles olas sobre el horizonte, y no dejaban ver sino las altas cumbres de los montes, las copas de los cipreses, y algunas torres de los pueblos y de los manasterios maronitas: la brisa del mar, que subia con el sol, las desvanecia lentamente y las plegaba en velos blancos, que iban á confundirse con las nevadas cumbres, sobre las que formaban como lunares grises, y el valle se descubria enteramente. Si el ojo tuviera una lengua para espresar con una palabra lo que ve con una mirada, describiria con exactitud este valle de Hamana, cuya escena é impresiones quisiera conservar perpetuamente en mi memoria. Nos encontrábamos dominando muchísimos torrentes, que surcaban las laderas de los montes, cubriéndolas de espuma, y que al través de las peñas, de los altos prados, de los troncos del ciprés, de las ramas del álamo, de las parras silvestres, y de los negros algarrobos, caen hasta la hondura del

valle y van á juntarse con el rio central que corre por toda su longitud.

Este valle es tan profundo, que se pierde de vista su suelo, y solo á intervalos se oye el murmullo de sus aguas y el de la agitacion de sus follages, los mugidos de sus ganados, y el sonido de las campanas de sus monasterios. La sombra de la mañana cubria aun el cáuce del torrente principal que corria en el fondo de la garganta, y en algunos puntos veíamos al rededor de las lomas la linea blanca de espuma trazada en su sombra. Por el lado del mismo valle, y á la distancia de un cuarto de hora, subian tres ó cuatro collados unos sobre otros, como pedestales naturales de granito pardusco, cuyas laderas parecian cortadas á pico; y estos collados, de una media legua de circunferencia, estaban coronados de bosques de cedros, de abetos y pinos quita-soles con anchisimas copas: por entre sus altísimos troncos penetraba la luz de la mañana, y al través de sus follages inmóviles y negros se elevaban de vez en cuando las columnas de humo azulado que salian de las cabañas de los labradores maronitas, y se distinguian las pequeñas ogivas de piedra, donde estaban colgadas las campanas de los pueblos.

Sobre dos de estos collados se estendian dos vastos monasterios, cuyas paredes relucian cual si fueran de bronce, y parecian fortalezas de la edad media. Bajo sus muros se veían á los frailes maronitas con sus grandes capuchas negras cultivando los campos por entre las viñas y los grandes castaños: un poco mas abajo, dos ó tres pueblos agrupados al rededor de las lomas que se



elevaban en figura piramidal, como colmenas al rededor de los troncos de los antiguos árboles. Al lado de cada una de estas aldeas se notaban follages de un verde mas claró, como los granados, las higueras y olivos que fructificaban en esta escalinata de lomas, y la vista se perdía en la impenetrable sombra del abismo de la garganta; mas si pasaba por encima de este abismo y se elevaba al lado opuesto de las montañas, descubria en algunos puntos murallas perpendiculares de granito que subian hasta las nubes.

Encima de estas murallas, que parecian tener almenas naturales, se distinguian pequeñas llanuras ó plataformas de espléndida vegetacion, copas de pinos suspendidas á los bordes de estos abismos y otras inmensas de sicómoros, que imprimian oscuros lunares en el cielo; y detras de toda esta vegetacion las campanas de los pueblos y de los monasterios, cuya elevacion no podia concebirse. En otros puntos estaban quebradas las laderas de granito de los montes, y presentaban anchurosas grietas; la vista se confundia en la oscuridad de los bosques, y solo se distinguian los puntos luminosos y movibles de los cáuces de los torrentes, y las pequeñas lagunas que dejaban detenidos los manantiales. Por otro lado concluian de repente las rocas, y las flanqueaban baluartes naturales, como eternas fortificaciones, que terminaban sus ángulos en torres y torrecillas: se abrian valles altísimos, cuya estension no podia abarcarse entre semejantes murallas de nieve y de bosques. De allí bajaba el torrente principal de Hamana, que se veía correr al principio como una gotera del vastísimo techo de nieve; despues acumulandose

:

en la dilatada pila de sus estrepitosas cascadas, en donde se dividia en siete ú ocho copiosos ramales se veia desaparecer detras de las peñas de las negruzcas lomas, y volver á aparecer como hermosos listones de espuma que se plegaban ó desplegaban, segun las sinuosidades del suelo sobre las rápidas ó suaves pendientes de las colinas: así se hundia el valle principal, y caía en una anchura de cien pies, y de la elevacion de doscientos. Su espuma, que se remontaba, y que era llevada á merced del viento, formaba flotando, los arcos iris sobre las copas de los abetos que guarnecian los lados de la cascada.

A nuestra izquierda, bajando hácia la costa se ensanchaba mas el valle, y permitía ver las laderas de sus colinas mas frondosas y mejor cultivadas, y el rio serpenteaba entre las lomas, coronadas de monasterios y de pueblos. Mas lejos se empinaban las palmeras del llano detras de otras colinas plantadas de olivos; sus penachos de un verde amarillento, cortaban la dilatada línea de la dorada arena que guarnece la costa, y la vista finalmente, se perdia en la línea lejana é indecisa que divide el cielo de las aguas.

Los detalles de este conjunto mágico no tenían menos atractivo que el golpe de vista general: á cada peña que se rodeaba, á cada loma adonde nos conducia la senda, se encontraba un horizonte nuevo, en el que las aguas, los árboles, las ruinas de los puentes ó de los acueductos, las nieves, el mar, y la arena de fuego del desierto, combinados de un modo extraordinario, arrancaban una exclamacion de sorpresa y de entusiasmo. He visto á Nápoles y sus islas: he visto los valles del Ape-

nino y de los Alpes; los de la Saboya y la Suiza; pero el valle de Hamana, y algunos otros del Líbano los han borrado de mi memoria. La enormidad de las moles de roca; las multiplicadas caídas de las aguas; la pureza y la profundidad del cielo; los vastos mares, que terminan por todas partes el horizonte; lo pintoresco de las líneas de pueblos y conventos maronitas, suspendidos como nidos de hombres, á alturas que apenas se alcanzan con la vista; la novedad; la estrañeza de los colores y gradacion de ellos; la variedad de la vegetacion; la magestad de las copas de los árboles, de los que algunos troncos parecen columnas de granito; todo esto da cierto dibujo y color al paisage, y lo engrandece de tal modo, que imprime sensaciones mas profundas y mas religiosas aun que los Alpes. Todo paisage, en el que no figura el mar, no puede llamarse completo. Aquí el mar, el desierto y el cielo forman el marco magestuoso del cuadro, y la vista arrebatada se fija sin cesar en el fondo de los bosques seculares, desde las orillas de las fuentes sombreadas, desde los picos de las aéreas cimas, y desde las apacibles escenas de la vida rústica ó cenobítica. se fija tambien sobre el azulado espacio de las aguas del mar, sobre las cumbres de nieve, anegadas, por decirlo así, en el celeste espacio, en el que se confunden con las mismas estrellas; ó sobre las ondeadas y doradas arenas del desierto, en que las caravanas de camellos describen sus tortuosas líneas. De este continuo contraste nace la contraposicion de las ideas, y la solemnidad de las impresiones; esos montes de piedra constituyen el Líbano en un gran gérmen de poesía y de entusiasmo.



*El mismo día.*

A las doce ó poco mas hemos acampado bajo nuestras tiendas á la mitad de la altura del Libano, para dejar pasar el ardor del sol.

Allí he recibido un correo árabe, que ha estado á buscarme en Damasco, y que me trae cartas de Europa que me notician mi nombramiento de diputado á córtes: es una nueva afliccion que tengo que añadir á tantas otras. Desgraciadamente he deseado esta mision en otra época, y solicitado aun una confianza que ahora no podria renunciar sin incurrir en una ingratitud. La desempeñaré pues, pero ; cómo deseo que pase este honor lejos de mí! Yo no tengo porvenir ni mira personal en el drama del mundo social y político, cuya escena principal se representa en la Francia: yo carezco de todas esas pasiones de gloria, de ambicion y de riqueza, que son la fuerza impulsiva de los hombres públicos. El único interés que puedo llevar á esas apasionadas discusiones es el de la humanidad y el de la patria; mas estos son dos seres abstractos para los hombres que quieren gozar de lo presente, y hacer triunfar á toda costa los intereses de familia, de casta, ó de partido. ¿Dónde se halla la calma, la filosofía y la imparcialidad en el tumulto de los hechos que se confunden y se impugnan? ¿Quién es el que sabe descubrir el porvenir y su horizonte sin límites, al través de la confusion de la lucha actual? A pesar de esto, como el hombre no puede escoger su suerte estando determinada por las circunstancias y convicciones respectivas, es preciso seguirla; mas

preveo para mí un martirio moral en la dolorosa tarea que se me impone. Yo he nacido para la acción; mi poesía es el efecto de esta acción reprimida: en la impotencia de obrar, he sentido y he espresado mis ideas y sentimientos. En el día ya no estoy para la acción, porque he profundizado demasiado las cosas humanas para dejar de comprender su valor: he experimentado demasiadas pérdidas en los seres que podían estimularme á la acción, para no estar disgustado de tomar parte en ella: y una vida de contemplación, de filosofía, de poesía y soledad, sería el único lecho en que podría reposar mi corazón antes de dar su último latido.

#### VUELTA A BEYRUTH.

##### VIAJE A LOS CEDROS DE SALOMON.

10 de abril.

Llegamos ayer á Beyruth: pasé dos horas en el convento de los franciscanos cerca del sepulcro, en que yacen todas mis esperanzas. El bergantín Alcestes, que los debe restituir á Francia, no hallegado todavía, y he fletado otro bergantín para nosotros: navegaremos juntos, pero al menos la madre no habitará el mismo camarote donde irá el cadáver de su hija. Mientras que en el bergantín del capitán Conlonne se hacen los necesarios preparativos para el transporte de tantas personas, iremos á ver el Kosruan, Tripoli de Siria, Latakia, Antioquia y los cedros del Libano, sobre las últimas cumbres de los montes detras de Tripoli. Esta mañana hemos recibido muchísimas visitas de nues-

tros amigos de Beyruth; entre ellos la del gobernador Habib-Barbara, príncipe maronita que habita en nuestro vecindario en el campo, el cual desde nuestra llegada nos ha demostrado una fina amistad, pero especialmente desde nuestro afflictivo desastre; Mr. Bianco, cónsul de Cerdeña, y Mr. Bordá, jóven y amable piemontés adherido por un capricho de la suerte al consulado religioso en los distritos del Oriente, cuando su instruccion, sus gustos y su carácter harian de él un distinguido diplomático en cualquiera de las córtes civilizadas de la Europa; Mr. Lauvella, cónsul de Austria; Mr. Farren, cónsul general; Mr. Abbot, cónsul especial de Inglaterra en Siria; un jóven comerciante francés; Mr. Humann, cuya sociedad nos fué tan útil como agradable á nuestro arribo; Mr. Caillé viajero francés; Mr. Jorelle primer dragoman del consulado, jóven educado en Francia y trasladado muy pronto al Oriente, el cual posee los idiomas turco y árabe como el suyo natal, hombre de probidad, de inteligencia y activo, y á quien pedirle un favor es hacérselo; y finalmente, Mr. Guys, cónsul de Francia en Siria, que representa dignamente la probidad nacional en estas comarcas, donde su carácter es respetado de los árabes, pero que llegado recientemente, es el que hemos tratado menos.

Los nombres de las personas que nos han consolado con su compasion, y que nos han colmado de atenciones durante el tiempo que hemos permanecido entre ellos, están grabados en nuestra memoria indeleblemente, para pagarles el perpétuo tributo del interés y del reconocimiento.



15 de abril.

A las cuatro de esta mañana hemos partido con la misma caravana formada para el viaje de Damasco, y hemos seguido la orilla del mar hasta el cabo Batrun, cuyos puntos he descrito ya: hemos pernoctado en Djeball, en un kan fuera de la ciudad, y en una eminencia que domina el mar. Esta ciudad no tiene cosa digna de notarse mas que una mezquita de arquitectura cristiana, que fué iglesia en otro tiempo, edificada probablemente por los condes de Trípoli. Se cree que Djeball es la antigua comarca de los gibilitas, que suministraron al rey Hiram las piedras destinadas á la construcción del templo de Salomon. El padre de Adonis tenia allí su palacio, y el culto de su hijo era el de toda la Siria comarcana. A la izquierda de la ciudad hay un castillo muy notable por la elegancia y elevacion de las cortinas de fortificación: bajamos á aquella para ver el pequeño puerto, en el que se mecen algunas barcas árabes; la poblacion es casi exclusivamente de maronitas. Una hermosa árabe perfectamente vestida, vino a visitar á mi mujer al karavanserall y la hicimos algunos regalos.

Al dia siguiente continuamos nuestro camino, siguiendo la costa y el pie de los montes del Castrehan, bañados por el mar, y dormimos bajo nuestras tiendas en un punto admirable á la entrada del territorio de Trípoli: el camino deja repentinamente la costa, vuelve á la derecha, y se interna en un estrecho valle, regado por un riachuelo: á una legua del mar se estrecha el valle, y

lo cierra enteramente una peña de cien pies de elevacion, y de quinientos á seiscientos de circunferencia: este peñasco natural, separado de las laderas del monte inmediato á el, está coronado por un castillo gótico, perfectamente conservado, que sirve de habitacion á los chakales y á las águilas; sus escaleras, cortadas en la peña viva, conducen á terrados sucesivos, cubiertos por torres y murallas con almenas hasta la plataforma superior, de la que se levanta un torreón con ogivas ventanas. La vegetacion se ha apoderado enteramente del castillo, de las murallas y de las almenas: en sus salones y estancias han crecido inmensos sicomoros, que elevan sus copas por encima de los desplomados techos: las enredaderas que cuelgan en enormes ramas, las yedras arraigadas á las ventanas y á las puertas, y los líquenes, que anuncian la piedra en que se apoyan, prestan á este hermoso monumento de la edad media la apariencia de un castillo de musgo y de yedra. Al pie de la roca hay una hermosa fuente á la sombra de los tres mas magníficos árboles que uno puede imaginarse, y son una especie de olmos, pero tan grandes que la sombra de uno de ellos cubria nuestras tiendas, nuestros treinta caballos y todos los esparcidos grupos de nuestros árabes.

La mañana siguiente subimos una rápida cuesta, sobre un terreno blanco y resbaladizo como el jabon, sobre el cual podian apenas sostenerse los caballos, y cuando llegamos á la cumbre, se desplegó á nuestra vista una estension sin límites de todo el litoral de la costa occidental de Siria hasta el monte Tauro; y un poco á la derecha, los

llanos de Alepo y los collados de Antoquía, con el curso del Orontes. Nos faltaban tres horas para llegar á Trípoli, donde nos estaban esperando; y á una hora de distancia de la ciudad encontramos una cabalgata de jóvenes comerciantes europeos de diferentes naciones, y de algunos oficiales del ejército de Ibrahim que salian á recibirnos. El hijo de Mr. Lombart, comerciante francés establecido en Trípoli, nos ofreció la hospitalidad en nombre de su padre; mas por no serle gravosos, nos dirigimos al convento de los franciscanos, en cuyo extenso edificio solo habitaba un religioso, que nos recibió en él. Pasamos dos dias en Trípoli; comimos en casa de Mr. Lombart, y tuvimos la suerte de encontrar una familia francesa, que recibe á sus compatriotas cual si formasen parte de ella.

Por la noche pasamos una hora en casa de los señores Katchiflisse, comerciantes griegos y cónsules de Rusia, cuya familia está establecida de tiempo inmemorial en esta ciudad de la Siria, y posee allí un magnífico palacio. La señora y señoritas Katchiflisse son las tres personas mas célebres de la Siria, tanto por su belleza, como por sus encantadores modales; y por la picante mezcla de la reserva asiática, con el gracioso abandono de las mujeres griegas, y la perfecta urbanidad de las mas elegantes de Europa. Estas señoras nos recibieron en un vasto salon, iluminado por la luz comunicada por una media naranja y refrescado por un estanque de agua corriente: se hallaban sentadas en un divan semicircular que rodeaba la sala; todo el piso era de ricas alfombras; y estas se hallaban cubiertas de pipas, de narguilés, de vasos de flores y de sorbetes. Las



tres señoras, vestidas con el traje oriental, presentaban en el diferente tipo de su respectiva hermosura el conjunto mas admirable que pueda contemplar la vista del hombre; así que pasamos un rato delicioso en su compañía, y nos prometimos volverlas á ver á nuestro regreso.

El Scheik de Eden, (que es el último pueblo habitado en la cumbre del Líbano), era tio materno de Mr. Mazoyer mi intérprete: y este venerable Scheik, advertido por su sobrino de mi llegada á Trípoli, bajó de las montañas con su hijo mayor, y vino á visitarme al convento de los franciscanos, y á ofrecerme la hospitalidad en su casa de Eden. Desde este pueblo á los cedros de Salomon solo hay tres horas de camino; y si las nieves que cubrían entonces los montes nos lo permitian, podiamos ir desde allí á visitar estos árboles seculares, que han difundido su gloria sobre el Líbano, y que son contemporáneos del gran rey: aceptamos, pues, su oferta, y fijamos la salida para el dia siguiente.

A las cinco de la mañana estábamos ya á caballo: la caravana que era mas numerosa, marchaba precedida del Scheik de Eden, un anciano admirable, cuya elegancia de modales, y cuya urbanidad natural y noble, unidas á su traje suntuoso, estaban muy lejos de anunciar un gefe árabe, pues cualquiera lo hubiera tomado por un patriarca á la cabeza de su tribu. Montaba una yegua del Desierto, cuyo pelo bayo naranja y flotantes crines, la hacian una digna montura para uno de los héroes de la Jerusalem del Tasso: su hijo y sus principales criados montaban caballos magníficos, algunos pasos delante de él: despues

seguíamos nosotros, y detrás la larga fila de nuestros mukres y sais.

La salida de Trípoli ofrece un hermoso golpe de vista: se sigue la orilla de un río encajonado entre dos colinas, y el borde del agua está sembrado por los mas bellos árboles y por selvas de grandes naranjos: un kiosco público edificado bajo estos naranjos, convida con su embalsamado terraplen á los que se pasean: allí se va á fumar y á tomar el café para respirar la frescura del río; y por un claro de la arboleda se tiende la vista sobre el mar que está á media legua de la ciudad, y se ven las dos hermosas torres cuadradas, construidas por los árabes á los dos lados del puerto, y los numerosos buques anclados en la rada. Atravesamos una ancha llanura, cultivada y plantada de olivos: sobre el primer collado que se levanta de la llanura hácia el Líbano: en medio de un bosque de olivos y de árboles frutales de toda especie, encontramos una muchedumbre de hombres, de mujeres y niños que guarnecian el camino, y eran los habitantes de un pueblo bastante grande, perteneciente al Scheik de Eden, que estaban esparcidos debajo de los árboles; pues como Scheik pasaba los veranos en Eden, y los inviernos en este pueblo del llano, habian salido para cumplimentar á su gefe. Nos saludaron respetuosamente; nos ofrecieron varios refrigerantes, y cierto número de ellos se puso en camino con nosotros, para conducirnos terneras y carneros y ayudarnos á pasar los precipicios que se encuentran en los montes.

Anduvimos cuatro horas consecutivas, ya por valles muy hondos, ya por crestas de montes

casi estériles; hicimos alto á la orilla de un torrente que bajaba de las cumbres de Eden, y que arrastraba moles de nieve á medio derretir; y al abrigo de una roca nos hizo encender fuego el Scheik, y allí almorzamos y dimos descanso á nuestros caballos. La cuesta para subir es tan rápida, y el piso es de una piedra tan lisa y tan semejante al mármol bruñido, que no puede concebirse cómo los caballos árabes consiguen subirla, y mucho menos cómo pueden bajarla: cuatro árabes á pie sostenían á cada uno de nuestros caballos con las manos y los hombros, y á pesar de esta ayuda rodaron algunos sobre la roca, aunque sin haberse desgraciado. Este horroroso camino, ó mas bien esta muralla casi perpendicular, nos condujo al cabo de dos horas á un collado de roca, en el cual nuestra vista se extendía sobre un dilatado valle interior, y sobre el pueblo de Eden, que está edificado en su estremidad mas elevada, y en la misma region de las nieves. Encima de este pueblo no se ve ya sino una inmensa pirámide de peña desnuda, última cresta de esta parte del Líbano, cuya punta está coronada de una arruinada capilla. Los vientos del invierno chocan continuamente contra la eminencia, y á su terrible impulso se desprenden á veces enormes peñas que ruedan sobre el pueblo: todos los campos de la inmediacion estaban sembrados de ellas, y se encontraban aun muchas como apiñadas al rededor del palacio del Scheik. Este palacio, que ya veíamos cerca, es de una arquitectura completamente árabe; las ventanas ogivas están abiertas de dos en dos, y separadas por delgadas y elegantes columnas; los terrados



que sirven de techos y de salas, se ven coronados de almenas; la puerta está bajo una bóveda con asientos de piedra labrada á los dos lados; y toda la portada adornada de arabescos. El Scheik se apeó el primero para esperarnos á la puerta; su hijo menor, con una copilla de plata en la mano, quemaba perfumes delante de nuestros caballos, y sus hermanos derramaban esencias sobre los corceles y sobre nuestros vestidos. En una sala abrigada por un fuego, en el que ardian árboles enteros, nos estaba dispuesta una magnífica comida, en la cual se nos sirvieron los vinos mas exquisitos del Líbano y de Chipre, y una cantidad asombrosa de caza; nuestros árabes no fueron menos obsequiados en el patio.

Por la tarde recorrimos los alrededores del pueblo; las nieves cubrian aun mucha estension de los campos; sin embargo, vimos por todas partes señales de esmerado cultivo, y no habia rincón entre las peñas que contuviese algo de tierra vegetal, que notuviese un nogal ó una cepa: á nuestros pies corrian los arroyos de innumerables fuentes; y canales artificiales esparcian el riego de las tierras, cuyos planos, suavemente inclinados, estaban sostenidos por espaldones formados de grandisimas peñas. Sobre el piso de una roca á nuestra izquierda habia un monasterio, y en las laderas de los montes se veían muchísimos pueblos muy inmediatos entre sí. Tal era la perspectiva que presentaban las inmediaciones del pueblo de Eden.

*La misma fecha.*

Nuestro huésped ha enviado tres árabes á re-

conocer el camino de los cedros, para saber si las nieves nos permiten llegar hasta ellos, pero han dicho á su regreso que el camino está impracticable, porque hay catorce pies de nieve en un estrecho valle que es indispensable atravesar. Ansioso de aproximarme á los árboles cuanto fuese posible, pedí al Scheik que me acompañase su hijo y algunos ginetes, y dejé mi mujer y mi caravana en Eden: monté á Scham, que era el mas vigoroso de mis caballos, y tomé el camino al amanecer.

Tres horas anduvimos por crestas de montes, ó atravesando campos empapados de nieve derretida, y al cabo de este tiempo llegamos á la entrada del valle de los Santos, que es una garganta profunda en la que se sumerge la vista desde lo alto de las rocas: este valle está mas encajonado y mas sombrío, y tiene aun mas solemnidad que el de Hamana. La parte mas elevada del valle, que va subiendo siempre, confina con las nieves, y en este punto se descubria una sábana soberbia de agua, que cayendo de la altura de cien pies, se tendía á doscientas ó trescientas toesas de anchura: el ruido de la caída del agua, y el del curso á saltos del torrente que alimentaba, resonaban en el valle con estrépito: las laderas de los montes se cubrian de espuma de los arroyos que por todas partes se precipitaban al fondo; á pérdida de vista en lo hondo del valle se descubrian dos grandes pueblos, cuyas casas se confundian con los peñascos que arrastraba el torrente, y acá y allá aparecian las copas de los morales y de los álamos, ó grandes ramos de juncos ó de yerbas.

Por sendas cortadas en la peña se baja al pueblo de Beschierai; pero son tan sumamente rápidas, que no puede concebirse cómo se aventuran á bajarlas los hombres, algunos de los cuales perecen. Una piedra arrojada desde la cumbre en donde estábamos nosotros, hubiera caido sobre los tejados del pueblo, al cual no podríamos llegar en una hora de descenso: sobre la cascada y las nieves se estienden anchurosas plataformas de hielo, que ondean como vapores de un tinte verdoso ó azulado; y á un cuarto de hora de camino, sobre la izquierda, en un vallecito semicircular, formado por las últimas crestas del Líbano, se veían los grupos de los famosos cedros de Salomón, como manchas negras sobre la nieve, que coronaban cual una diadema la frente del monte; y desde cuyo punto, sin mas horizonte que el cielo y el mar, debían abarcarse con la vista los grandes y numerosísimos valles que bajan desde él. Allí metimos espuelas á los caballos, internándonos en la nieve para acercarnos cuanto pudiésemos al bosque; mas cuando llegamos á unos quinientos ó seiscientos pasos de distancia de los árboles, se ahondaron nuestros caballos hasta los pechos, y entonces reconocimos la exactitud del dicho de los árabes, y que nos era imposible tocar con las manos estas reliquias de los siglos y de la naturaleza; así es que echamos pie á tierra, y nos sentamos sobre una roca para poderlos contemplar.

Estos cedros son los monumentos naturales mas célebres del Universo, y están consagrados por la poesía, por la historia, y por la religión: la Biblia los celebra en muchas de sus páginas; y son las imágenes predilectas empleadas por los profetas.



Salomon quiso consagrarlos al adorno del primer templo, elevado por él al Dios único, sin duda á causa de la fama de magnificencia y santidad que tenían ya en esta época estos prodigios de la vejetacion; y son estos sin disputa, porque Ezequiel habla de los cedros de Eden como de los mas hermosos del Libano. Los árabes de todas las sectas los miran con una veneracion tradicional; y no solo les atribuyen una fuerza vejetativa que les perpetúa la vida, sino que llegan hasta atribuirles una alma que les hace dar señales de inteligencia y prevision semejantes al instinto de los animales. Dicen que conocen anticipadamente las estaciones, que mueren sus grandes ramas como miembros, y las estienden ó las recogen, las levantan hácia el cielo, ó las bajan hácia la tierra, segun la nieve se prepara á caer ó á derretirse. Para estos árabes son unos seres divinos con la forma de árboles: solo crecen en este punto de las cumbres del Libano, y están arraigados mas arriba de la region donde toda vejetacion espira. Estas circunstancias asombran la imaginacion de los pueblos de Oriente, y no sé si la ciencia podría explicar sus fenómenos; pero ¡ay! Basano decae, y el Carmelo y la flor del Libano se marchitan! Estos arboles se disminuyen á cada siglo, los viajeros contaron en otro tiempo treinta ó cuarenta: despues de algun tiempo diez y siete; mas recientemente una docena; y ahora no quedan mas que siete, cuyo grandor los pueda hacer considerar, como contemporáneos de las épocas de la Biblia.

Al rededor de estos viejos testigos de los siglos pasados, que han presenciado tantos su-

cesos de la historia, y que nos contarían mejor que la historia misma, si pudiesen hablar, la de tantos imperios desplomados, tantas creencias desvanecidas, y tantas generaciones humanas como se han sucedido; hay un bosque de cedros mas jóvenes, que podrán formar un número de quinientos ó de seiscientos. Las poblaciones de Beschierai, de Eden, de Kanobin y de todos los pueblos de los valles vecinos, suben todos los años á los cedros en el mes de junio, y hacen celebrar una misa al pie de ellos. ¡Qué oraciones no habrán subido al cielo por entre aquellas ramas! ¡qué hermoso templo! ¡qué altar tan inmediato al cielo! ¡qué escabel tan magestuoso y tan santo, la última plataforma del Libano, el tronco de los cedros, y la cúpula de sus ramas sagradas, que han dado sus sombras, y que la dan aun á tantas generaciones humanas, que han pronunciado el nombre de Dios de un modo distinto; pero que le han reconocido en sus obras, y le han adorado con demostraciones naturales! Tambien yo oré en presencia de estos árboles, y el viento armonioso que resonaba entre sus ramas, hacia ondear mis cabellos, y congelaba las lágrimas de adoracion y de dolor que asomaban á mis parpados

Volvimos á montar á caballo; anduvimos tres horas por los collados que dominan los valles de Kadoiha; bajamos á Kanobin, que es el monasterio maronita mas célebre en el valle de los Santos, y vimos el convento de Deir-Serkis, abandonado ahora á uno ó á dos solitarios. Burchard halló allí en 1810 á un viejo ermitaño de Toscana, que murió en él despues de haber sido mi-



sionero en las Indias, en Egipto y en Persia.

Percibimos el monasterio de Kanobin desde lo alto de una cuesta, que se interna en el valle como un promontorio. Allí me apeé, y me tendí al sol sobre la punta de una peña, desde la cual se sumerge la vista en el abismo del valle de los Santos. El rio Kadisha corre el pie de la peña, y su cáuce solo se distinguia como una línea de espuma; pues nos hallábamos á una altura desde la cual no podíamos oír el ruido de la corriente. El monasterio, dicen los maronitas, que fué fundado por Teodosio el Grande: todo el valle de los Santos parece una nave vasta y natural de un templo, cuya cúpula es el cielo, las crestas del Líbano, los pilares que la sostienen, y las innumerables grutas de ermitaños, vaciadas en las faldas de los montes; empero estas grutas están suspendidas sobre precipicios, de modo que parecen inaccesibles; y hay algunas que, como nidos de golondrinas, se encuentran á todas las alturas de las laderas. Las unas son simples grutas vaciadas en la peña; otras son casitas construidas entre las raíces de los árboles en puntos salientes, como sus cornisas de las pendientes; y el convento está en el fondo á la orilla del rio: lo habitan cuarenta ó cincuenta religiosos maronitas, de los cuales se ocupan unos en el cultivo, y los otros en imprimir libros para instruir al pueblo. Estos escelentes religiosos son los hijos y los padres del pueblo, viven de su sudor, y trabajan dia y noche por la prosperidad de sus hermanos: ¡hombres sencillos, que no aspiran á ninguna riqueza ni nombradía! El trabajo y la oracion es vivir en paz y morir en gracia desconocidos de



los hombres: he aquí toda la ambicion de los religiosos maronitas!

*La misma fecha.*

Cuando regresamos de tan memorable correría à los famosos árboles, que despues de tantos siglos son testigos vivientes de la gloria de Salomon, nos estraviamos en las sinuosidades de las rocas, y en los numerosos y altos valles que interrumpen estos encumbradísimos montes, y de repente nos encontramos al borde de una inmensa muralla de roca de millares de pies de elevacion, que rodea el valle de los Santos. La altísima cortina de esta muralla de granito, en la que los gamos no hubieran podido encontrar una senda, era tan perpendicular, que nuestros árabes se tendieron en tierra boca abajo para asomarse y descubrir el fondo. El sol se ponía; habíamos caminado bastantes horas, y hubiéramos necesitado de algunas mas para encontrar la perdida senda y llegar à Eden: nos apeamos de los caballos, y entregándonos à la direccion de uno de nuestros guias, que conocia una escalera, cortada en otro tiempo en la peña viva por los frailes maronitas, que son los habitantes inmemoriales de este valle, seguimos algun tiempo los bordes de la cornisa, y bajamos por estos escalones resbaladizos à una plataforma, desprendida de la peña que dominaba el horizonte.

El valle estaba inclinado en un principio por pendientes suaves desde el pie de las nieves y de los cedros; y se desplegaba en prados de un verde claro y amarillento como el de las cum-

bres de Jurá y de los Alpes: una muchedumbre de plumas de agua espumosa salian de varios puntos y en distintas direcciones del pie de las nieves, que se derretian, surcaban las laderas de musgo, é iban á reunirse en un caudal de olas y espuma al pie del primer escalon de las rocas: el valle se ahondaba de repente hasta la profundidad de cuatrocientos ó quinientos pies; el torrente se precipitaba en este abismo, y estendiéndose sobre una ancha superficie, ya cubria la roca como con un velo líquido y transparente, ya se desprendia y alzaba en atrevidas bóvedas, y caía sobre inmensos y agudos peñascos arrancados de la cumbre; ya se dividia en trozos flotantes, ó ya retumbaba como un trueno perpétuo. El aire que agitaba al caer llegaba hasta nosotros, y nos traía como ligeras nieblas de mil colores las imperceptibles gotas que despedia el choque del agua, y que esparcía á merced del viento por todo el valle, ó suspendía como un rocío sobre las hojas de los arbustos y sobre las asperezas de las rocas. El valle de los Santos prolongándose hacia el norte, se hacía mas profundo y mas estenso, y despues, á unas dos millas del punto en que estábamos, se aproximaban dos montes desnudos y sombríos; é inclinándose el uno hácia el otro, dejaban apenas una abertura de algunas toesas, donde el valle terminaba, y se perdia despues en pedreros, en parrales, y en arbolados de álamos y cipreses, por entre los cuales corria el torrente que parecia de leche, segun lo blanqueado que estaba por la espuma. Por encima de estos dos montes que cortaban el valle, se descubria en el horizonte como un lago azulado mas oscuro que el cielo, el cual

era un pedazo de mar de Siria, encajonado como un caprichoso golfo entre otras montañas del Líbano; y aunque se hallaba á veinte leguas, la transparencia del aire era tal, que parecía estar á nuestros pies; de modo que distinguíamos dos buques á la vela, los cuales, colocados entre el azul del cielo y el del mar, y disminuidos por la distancia, semejaban dos cisnes cruzando el horizonte. Este espectáculo nos maravilló tanto, que no nos fijamos en los detalles del valle; pero cuando pasó la primera sorpresa, y nuestra vista pudo penetrar al través del vapor flotante de las aguas, se nos presentó otra escena de una naturaleza distinta.

A cada rodeo que delineaba el torrente, y en cada espacio de tierra que dejaba la espuma se veía un convento de frailes maronitas, construido con piedra rojiza sobre el color pardo de la roca, y el humo subía por entre las copas de los álamos y de los cipreses. Alrededor de los conventos había campos reducidos, usurpados al monte y al torrente, cultivados con tanto esmero como los jardines de nuestras casas de campo, y por todas partes se veían los frailes con sus capuchas negras, que se retiraban del trabajo; los unos con azadas al hombro, los otros conduciendo manadas de potros árabes y los demás guiando los bueyes que arrastraban el arado por entre las maderas. Muchas de estas habitaciones dedicadas al trabajo y á la oracion estaban suspendidas por sus capillas y ermitas sobre los cabos avanzados de dos grandes cordilleras de montes: algunas se hallaban vaciadas en la roca como guaridas de animales monteses: y solo se distinguía la puerta, coronada



de una ogiva, con una campana, y algunos terraplenes cultivados sobre la misma bóveda de la gruta, adonde los frailes ancianos y enfermizos iban á respirar el aire, y á gozar un poco del sol, por todas partes en donde la huella humana se podia estampar. Al reverso de algunos precipicios en que la vista no encontraba subida, se veían sin embargo conventos, oratorios, ermitas y los rostros de algunos solitarios que circulaban entre las peñas ó los arbustos, trabajando, leyendo ú orando. Uno de estos conventos era una imprenta árabe para la instruccion del pueblo maronita, y sobre el terrado habia muchos frailes que iban y venian, y que estendian sobre cañizos los pliegos húmedos del papel. Solamente el pincel podria trazar la muchedumbre de estos pintorescos retiros, pues cada peña parecia haber producido su celda, cada gruta su ermita, cada manantial poseia su vida y movimiento particular, y cada árbol su solitario bajo su sombra. Por cualquiera parte que la vista se fijase veia animarse el valle, el monte y los precipicios, y notaba una escena de vida, de oracion y de contemplacion que consagraban las moles eternas de piedra de estas soledades. El sol se puso, los trabajos del dia cesaron, y todas estas figuras negras esparcidas por el valle se retiraron á los monasterios ó á las grutas. Las campanas anunciaron bien pronto la hora del recogimiento y de los officios divinos de la noche, unas con el sonido fuerte y vibrador del viento borrascoso del mar, y otras con las agudas voces de los pájaros en los campos de trigo; mas estas, plañideras y lejanas como suspiros nocturnos en el desierto. Todas las campanas se respondian entre sí

desde los extremos opuestos del valle, y miles de ecos de las grutas y de los precipicios los repetían y confundían con el mugido del torrente, con el murmullo del follaje de los cedros, agostados por el aire, con los sonoros saltos del agua de los arroyos, y con el estrépito de las grandes cascadas que caían por las laderas de los montes. Después hubo un momento de silencio, y le sucedió un rumor más suave, más grave y melancólico; era el canto de los salmos que elevándose simultáneamente de cada monasterio, de cada iglesia, de cada oratorio y de cada ermita, se mezclaba, se confundía, resonaba el valle, y llegaba á nuestros oídos como un melodioso quejido, pero tierno y animado. Una nube de perfumes se elevó entonces é impregnó aquel aire, digno de ser respirado por los ángeles, y nosotros permanecemos mudos y encantados, cual si fuéramos espíritus celestes, que meciéndonos sobre un globo, desierto al parecer, oyésemos salir de su superficie la primera oración de los hombres. Entonces comprendimos el valor de la voz humana para vivificar la naturaleza más muerta, y lo que sería la poesía al fin de los siglos, cuando todos los sentimientos del corazón humano estuviesen reasumidos en uno solo: este arte encantador no sería en la tierra más que un himno y una adoración!

*20 de abril.*

Llegados con el Scheik á Trípoli de Siria y su tribu, regalé al hijo de este una pieza de tela de seda para hacerse un diván; pasamos un día en recorrer las deliciosas cercanías de la ciudad, y

partimos para Beyruth por la orilla del mar: allí empleamos cinco días en embarcar nuestros equipages en el bergantín *Sofía*, que yo había fletado, é hicimos nuestros preparativos para dar una vuelta al Egipto. Era llegado el caso de despedirnos de nuestros amigos, tanto árabes como europeos, y no pudimos hacerlo sin extraordinario sentimiento: regalé muchos de mis caballos, y encargué los seis mas hermosos á un escudero árabe y á tres de mis mejores sais, para que atravesando la Siria y la Caramania fuesen á esperarme con ellos el primero de julio á la costa del golfo de Macri, enfrente de la isla de Rodas, en el Asia menor.

Al amanecer del 15 salimos de la casa en que Julia nos habia abrazado por la última vez, y se separó de sus padres para volar al cielo. Esta casa era para nosotros como una reliquia sagrada; sus pájaros, sus palomas, su caballo, su jardín, todo nos la recordaba cual si la tuviéramos presente, así es que besamos mil veces el piso de su cuarto, y lo regamos y empapamos con nuestras lágrimas. Las dos jóvenes sirias que venian á jugar con ella, y que habitaban en el jardín bajo nuestras ventanas, se levantaron antes del día, y vestidas con sus mejores trages pasaron á hacernos su última despedida. ¿Podré yo pintar las demostraciones con que nos espresaron la amargura de su dolor sincero? No: solo diré que lloraban, que tendian los brazos hácia nosotros, y que arrancaban las flores que adornaban sus cabellos: á cada una de ellas la regalé un collar de piezas de oro para su boda en memoria de unos amigos extranjeros que no volverian á ver en su vida: la una lla-



mada Anastasia, es la mujer mas hermosa que he visto en el Oriente.

El mar se hallaba en aquellos momentos como un espejo: las faluas llenas de los amigos que nos acompañaban á bordo, seguían la nuestra: nos embarcamos por fin, y nos dimos á la vela con un viento suave del Este: las costas de Siria y sus arenas iban desapareciendo con los penachos de sus altas palmeras: las nevadas cimas del Líbano parecían seguirnos: durante la noche doblamos el cabo Carmelo, y al amanecer del siguiente dia nos hallamos á la altura de San Juan de Acre, enfrente del golfo de Kaifás. El mar continuaba hermoso: una muchedumbre de delfines saltaban al rededor del buque, y todo en torno de él, en la naturaleza y en las olas presentaba la apariencia de la fiesta y el regocijo, mientras nuestros corazones careciendo de serenidad y de alegría, estaban como muertos para toda otra sensacion que la del dolor y la pena; así pasé la noche sobre cubierta, pero ¿con qué ideas? ¿con qué sentimientos? solo mi corazon lo sabe. Seguimos las bajas costas de Galilea: Jaffa se veía en el horizonte delante de nosotros como un monte de lapiz, y nos dirigimos al puerto para descansar algunos dias. Mi mujer y mis compañeros de viaje, que no habian podido acompañarme á Jerusalem, no quisieron pasar tan cerca del Santo Sepulcro sin dirigir á él sus piadosos gemidos: el viento se refresco por la tarde, y echamos el áncora á las siete en la peligrosa rada de Jaffa; y como hubiese demasiado mar para echar una lancha, no desembarcamos hasta la mañana siguiente. Los señores Damiani, mis antiguos amigos, y agentes de Francia en aquella ciudad, pre-

pararon una caravana, y esta se puso en marcha á las once para ir á pernoctar en Ramla; yo me quedé solo en casa de Mr. Damiani.

Cinco dias he vagado por las inmediaciones de Jaffa: los amigos árabes que he conocido en mis dos tránsitos por esta ciudad, me han acompañado á los huertos que la rodean, y que como los he descrito, son unas selvas prolongadas de naranjos, de limoneros, de granados é higueras, cuyos árboles son tan grandes como les nogales de Francia. Estos huertos estan circundados por el desierto de Gaza: una familia de labradores árabes habitaba en una colina contigua, en la que existia una cisterna ó un pozo, algunos camellos, cabras, carneros, palomas y gallinas. El suelo estaba cubierto de naranjas y limones caidos de los árboles: allí á la orilla de uno de los canales de riego, hice colocar una tienda sobre un campo plantado de melones y pepinos, se tendió una alfombra, y se dejó la tienda abierta por el lado del mar para respirar la brisa que suele reinar desde la diez de la mañana hasta la noche, la cual llegaba perfumada por las flores de los naranjos, y arrastraba nubes de sus pétalos olorosos. Desde allí descubria los minaretes de Jaffa, y los buques que iban y venian del Asia menor al Egipto. Así he pasado las horas de estos dias: he escrito algunos versos sobre el único pensamiento que me ocupa, y quisiera permanecer aquí. Jaffa, separada del universo entero, á la orilla del gran desierto del Egipto, cuya arena forma montecillos blancos alrededor de los bosques de naranjos, bajo un cielo puro y templado siempre, seria la mansion mas á propósito para un hombre cansado de la vida, y que no deseara si-

no un asiento tranquilo al sol. La caravana de mi esposa ha vuelto.

He pedido á Mariana algunos detalles sobre Be-len y sus cercanías, que la peste me impidió recorrer, y me ha dicho lo siguiente.

«Al salir de las huertas de Jaffa, hicimos partir los caballos al galope al través de una llanura inmensa, cubierta de cardos amarillos y morados. A cierta distancia encontramos numerosos ganados que hacía andar delante de sí un árabe montado, y armado con una larga lanza, como en las lagunas Pontinas; y las reses buscaban un extraño alimento en las yerbas que no había acabado de calcinar el sol. Mas lejos, á nuestra derecha y como á la entrada del desierto de El-Areish, se veían algunos montones de barro cubiertos de yerba seca como garbas de heno marchitas por las tormentas, antes de poder segarse; estos montones formaban las casas de un pueblo.

«Al acercarnos, vimos salir de estos conos que eran habitaciones humanas, algunos muchachos desnudos como los lapones; y las mujeres con los cabellos sueltos, y mal cubiertas con una camisa azul oscuro, que dejaban el fuego que estaban encendiendo entre dos piedras para disponer su comida y subían sobre su choza á fin de vernos desfilar mejor.

«Después de cuatro horas de camino llegamos á Ramla, donde nos esperaba el agente del consulado de Cerdeña, pues no pudiendo ser alojadas las mujeres en el convento latino, había tenido la bondad de hospedarnos. Por la tarde fuimos á una antigua torre situada á un cuarto de hora de la ciudad, que llaman la torre de los cuarenta



mártires, y que ahora está ocupada por dervices ambulantes. Casualmente era viérnes, día señalado para las ceremonias de su culto, y asistimos á ellas. Unos veinte dervices, vestidos con largas túnicas, y gorros puntiagudos de paño blanco, estaban sentados en círculo sobre sus talones, en un recinto circundado por una balaustrada; y el que parecia ser jefe de ellos que tenia un rostro venerable con una barba blanca, estaba colocado por distincion sobre un almohadon, que dominaba á los demas. Habia una orquesta compuesta de un *nalsi* ó bajo, de un *shoubabé* ó especie de clarinete, y de dos pequeños atabales llamados *nacariate*, que tocaban las mas discordantes sonatas para nuestros oidos europeos. Los dervices se levantaban gravemente de uno en uno, pasaban por delante del superior, le saludaban y giraban en círculo sobre sí mismos con los brazos tendidos y los ojos elevados al cielo. Su movimiento al principio era lento; despues se animaba poco á poco, y llegaba á tal grado de rapidéz, que todo era confusion, y la vista no podia seguirlo. Sus miradas parecian espresar una gran exaltacion; pero nada de ella podia distinguirse despues. No me es posible decir el tiempo que duraria este vals extraordinario; mas puedo asegurar que fué sumamente largo: poco á poco disminuyó el número de los que daban vueltas: uno tras otro se iban sentando rendidos de cansancio, y volvian á tomar su primera actitud; los últimos parecian obstinarse en prolongar sus vueltas; y yo veia con pena los esfuerzos que hacia un anciano dervice, el cual resollando con agitacion y faltándole las piernas, continuaba en este áspero ejercicio para no ceder á ninguno de los demas.

Durante este tiempo nos hablaban los árabes de sus supersticiones, una de las cuales consistia en creer que un cristiano que recitase el cre'o continuamente, obligaria al musulman á girar sin fin, por un impulso irresistible, hasta que llegase á morir; que habia muchos ejemplos de ello, y que habiendo unavez descubierto los dervices al que empleaba este sortilegio, le habian obligado á recitar el credo vuelto de espaldas, y de este modo habian destruido el encanto, al mismo tiempo en que iba ya á espirar el que daba las vueltas. Esto nos sugirió las mas tristes reflexiones sobre la debilidad de la razon humana, que busca á tientas como el ciego el camino del cielo, y que tan frecuentemente se engaña en su eleccion. Estas ridiculas estravagancias que degradan al hombre, tenian sin embargo un noble principio y un objeto respetable. La práctica de estos violentos ejercicios, presentaba la idea del hombre, que deseando honrar á la divinidad, exaltaba la imaginacion por el movimiento físico, para llegar como sucede con el opio, á una especie de aturdimiento y á un anonadamiento completo del sentimiento de sí mismo, por medio del cual creia abismarle en lo infinito, y comunicarle con Dios.

Quizá con este ejercicio hayan querido ofrecer una imitacion piadosa en su origen del movimiento de los astros, girando en torno del Criador; y tambien puede ser que hayan querido imitar la inspiracion apasionada que hizo bailar á David delante del arca del Señor. Algunos de los nuestros, del mismo modo que la mujer del rey profeta, estuvieron tentados á burlarse de los dervices que creian insensatos, como parecerán las

observaciones de cualquier otro culto á hombres que no conozcan su fondo; pero las prácticas religiosas por absurdas que parezcan á los ojos de la razon, siempre tienen de respetable el objeto que las inspira. La conciencia de estos hombres está tranquila cuando han concluido este vals religioso; porque creen haber honrado á la divinidad con sus giros y piruetas: nosotros los ridiculizamos cuando no deberíamos sino compadecerlos; porque ¿qué haríamos; qué seria de nosotros si la luz del cristianismo no hubiese iluminado nuestra razon con sus sanas doctrinas? ¿Seria por ventura mas luminosa que la suya? Que responda la historia: entre tantos millones de idólatras, solo ha habido un Platon.

»Al salir de la torre entramos en una galeria de un claustro arruinado, que conducia á una iglesia subterránea; y bajando una larga escalera, nos encontramos en una bóveda rebajada, sostenida por una hermosa columnata. El aspecto de una iglesia subterránea, me ha parecido siempre tierno é imponente á la vez; pues la oscuridad misteriosa y la soledad de estas bóvedas silenciosas reproducen á la imaginacion los primeros tiempos del cristianismo, cuando los fieles se retiraban á las grutas profundas, para ocultar sus misterios á los ojos profanos, y sustraerse ó liberarse de la persecucion. La mayor parte de estas iglesias en Oriente, parecen edificadas para hermo-sear aquellos asilos primitivos de los cristianos; para adornar con el ostentoso lujo de la arquitectura estos humildes retiros, en que se habia ocultado la fe; y como para vengar con una reparacion brillante las humillaciones y las injurias



hechas por la dominacion pagana; pero el tiempo de la persecucion no habia acabado todavia para los infelices cristianos; y el nombre de este monumento llamado de los cuarenta mártires, nos permite creer que ha servido de refugio á los fieles sin bastar á protegerlos. Ahora todo está convertido en ruinas; y las naves y las columnatas construidas no han inspirado á los vencedores mas respeto que las humildes grutas de los primeros discípulos de la cruz: las bóvedas sirven de cuadras y los claustros de cuarteles.

»Aun se notaban allí varios sepulcros del tiempo de las cruzadas; pero la proximidad de la noche impidió que nos detuviésemos mas, pues era preciso restituirnos á nuestro alojamiento, y preparar nuestra caravana para el dia siguiente. El agá de Ramla nos dió una escolta, y encargó al cavass que la mandaba que no se separase un instante de mí en los desfiladeros que teníamos que pasar, y que se sujetase á mis órdenes. El respeto con que miran los musulmanes á las mujeres europeas, contrasta maravillosamente con la dependencia en que tienen las suyas. Debemos hacer la justicia de ensalzar la esmerada atencion de este genizaro, y de su delicada y fina urbanidad; atento siempre á la yegua árabe que yo montaba, parecía estremecerse, cuando le metía la espuela, y se maravillaba de que yo conservase el equilibrio en las sendas escarpadas que subíamos. Despues fué para nosotros de la mayor utilidad; porque precisamente en estas gargantas encontramos muchísimos peregrinos que venian de Jerusalem y que nos cerraban el paso, y el les obligaba á cedernos la senda menos imprac-

licable por entre las peñas de granito y las raíces de los arbustos que guarneceían los barrancos, que pudieran impedir el desempeñarnos. Efectivamente, sin su protección y autoridad, si la cola de la larga fila que formábamos andando hubiera llegado á empujar la cabeza de la columna, hubiéramos caído infaliblemente y rodado sin duda al precipicio.

«Después de la salida de Ramla continúa el camino unas dos leguas por medio del llano: nos detuvimos en el pozo de Jacob; pero como carecíamos de vasijas ó pozales para sacar el agua, y esta estuviese muy profunda, tuvimos que seguir adelante. Todo el país conserva tan vivas y manifiestas las huellas de los tiempos de la Biblia, que lejos de encontrar una dificultad en creer las tradiciones que dan el nombre de Jacob á un pozo que existe todavía, le parece ver á este patriarca dando á beber á los ganados de Raquel, mas bien que ocurrirle la menor duda sobre su identidad. A la estrañeza solo se llega por medio de la reflexion; cuando los cuatro mil años trascurridos y las diferentes vicisitudes que ha sufrido la humanidad se presentan á la imaginacion, hacen titubear la fe; pero si se considera que en una llanura, en que solo se encuentra agua de tres en tres ó de cuatro en cuatro leguas, un pozo ó una fuente, ha debido ser un objeto tan importante en los siglos pasados, como ahora se convence uno de que su nombre ha podido conservarse tan religiosamente como el de las torres de David ó las cisternas de Salomon.

«No tardamos en entrar en las montañas de la Judea; el camino se hizo mas difícil, pues ya la

orilla de un precipicio no dejaba á los caballos sino el sitio preciso para sentar el pie; ó ya las rocas desplomadas obstruían la senda, y se necesitaba pasar por un asperísimo rodeo que solo los caballos árabes eran capaces de subir; mas por penoso que sea este camino, no presenta sin embargo riesgo que pueda compararse con los que ofrece el camino de Hamana.

«Al llegar á la cumbre del primer monte, suspendimos la marcha un instante para gozar de la vista magnífica que ofrecía el pais que acabábamos de recorrer, hasta la costa mas allá de Jaffa: y aunque en derredor de nosotros todo estuviese en calma, el horizonte del mar, bastante cargado y rojizo, anunciaba al ojo práctico una borrasca próxima. Las olas amenazadoras agitaban los buques anclados en la rada; procuramos distinguir el nuestro, y pensábamos en los que habian permanecido á bordo: con efecto, mis temores no fueron quiméricos, pues muchos de estos buques fueron al otro dia arrojados sobre la peligrosa costa, y el nuestro despues de haber luchado mucho tiempo contra el furor del mar, sostenido por el áncora, se rompió el cable al impulso de una ráfaga espantosa. Despues de este momento de descanso bajamos por el otro lado del monte para subir otros aun, ya al través de las moles de piedra que rodaban á los pies de nuestros caballos, ya sobre la orilla de una estrecha cornisa. A nuestros lados se presentaba bastante profundidad, y el verde claro de los jarales, del fresal y el tomillo contrastaba con el oscuro follaje del olivo y los lentiscos; de modo que solo faltaba el agua para completar la belleza del paisaje; pero nos esperaba un

:



espectáculo de una naturaleza distinta. Una procesion de innumerables peregrinos de todas las naciones, que volvia de Jerusalem, desfilaba delante de nosotros desde la cumbre de un monte árido y desnudo, y serpenteaba hasta la entrada de la garganta en que nos encontrábamos. Es imposible describir el pintoresco efecto que producía esta escena: la diversidad de los colores, de los trages, y del modo de andar, desde el rico armenio hasta el mas pobre monge griego, todo contribuía á hermosearla. Despues de haber admirado su conjunto, tuvimos tiempo durante dos horas para examinar los detalles, pues todo este tiempo estuvieron pasando en direccion opuesta, ya un patriarca griego con su traje suntuoso, magestuosamente montado sobre una silla de púrpura y de oro, la brida confiada á dos sais, y seguido de una servidumbre numerosa, cuya comitiva podia compararse á la marcha triunfal de un legado del papa en la edad media; ya un padre de familia que con el bordon de peregrino en la mano precedia á una mula cargada de niños, el mayor de los cuales á horcajadas sobre el cuello del animal, tenia en la mano una cuerda por brida y un cirio por estandarte. Otros niños hacinados en dos bastas á los dos lados de la mula, roian mendrugos de pan bendito; la madre seguía palida, es-tenuada, y dando el pecho á un niño atado á su cuerpo con una faja: detrás venia una fila prolongada de neófitos, cada uno con un cirio pascual en la mano, segun el rito griego, y recitando salmos con un tono monotonó y nasal. Mas lejos venfan judios con turbantes encarnados y largas barbas negras, cuyos ojos siniestros y penetrantes pare-

cian maldecir interiormente un culto que les arrebatava su herencia. ¿Cómo se hallaban mezclados con esta muchedumbre de cristianos? He aquí una duda que me ocurrió, y que logré aclarar.

«Los unos se habian aprovechado de la ocasion de la caravana para visitar el sepulcro de David, ó el valle de Tiberiades y los otros habian especulado sobre la ganancia que podria producirles suministrar viveres á aquella muchedumbre. Alguna vez la gente que iba á pie era interrumpida por camellos cargados de inmensos fardos, acompañados por mukres vestidos de árabes, con chaqueta y pantalon pardo, y ancho bordado de azul, y el *cafté* amarillo sobre la cabeza. Venian despues familias armenias, las mujeres cubiertas con un gran velo blanco, viajaban en un *tractevvan*, especie de jaula sostenida por dos mulas; y los hombres con largas túnicas oscuras y la cabeza cubierta con el grande *calpach* cuadrado de los habitantes de Smirna, conducian de la mano á sus hijos: su aspecto grave, reflexivo y calculador, no descubria la lijereza de la infancia. Tras de estos pasaron marineros griegos y patrones de buques piratas, que habian venido de los puertos del Asia menor y del Archipiélago, cargados de peregrinos y esclavos negros, jurando en su enérgico idioma, y precipitando la marcha para embarcar lo mas pronto posible su cargamento de esclavos. Un niño enfermo, conducido en una litera, iba rodeado de sus parientes, que lloraban la pérdida de la esperanza de la curacion milagrosa que se habian prometido en la peregrinacion. ¡Yo lloraba tambien! Yo habia esperado y orado como ellos; pero era todavia mas desventurada, pues no me quedaba

duda alguna sobre la estension de mi infortunio.

«Finalmente, iban á la cola muchos cophtos desgraciados y cubiertos de harapos, hombres, mujeres y niños, los cuales se arrastraban, por decirlo así, como si saliesen de un hospital. Toda esta gente, quemada por el sol y muerta de sed, andaba y se apresuraba para alcanzar la caravana, á fin de no quedarse rezagados y solos en los desfiladeros de los montes; así es que al aspecto de esta miseria me avergonzaba yo de verme á caballo, escoltada por genízaros, acompañada de fieles amigos, que me preservaban de las penas y de los riesgos, mientras que una fe tan viva habia movido á millares de individuos á arrostrar las fatigas, las enfermedades y toda especie de privaciones. Ellos eran los verdaderos peregrinos; yo no era mas que una viajera!

«En medio de esta primera cadena de montes y las últimas alturas que dominan á Jerusalem, se encuentra un bonito valle y el pueblo de Jeremías. Acabábamos de pasar por delante de la antigua iglesia griega, que como tantas otras está convertida en establo, cuando vimos unos cincuenta árabes colocados como en anfiteatro en la ladera de la colina, y sentados bajo grandes olivos: en medio de este círculo, y sobre una pequeña eminencia que dominaba á los otros, estaba su jefe, que era el famoso Abugosh: derechos á sus lados se hallaban su hermano y su hijo, cubiertos de armas y con sus pipas; y sus caballos atados detrás completaban el cuadro. Al llegar nuestra caravana envió á su hijo para que hablase con el dragoman que iba á la cabeza, y le dijo que habiendo sabido su padre que la escolta conducía á



Jerusalén á la esposa del emir frances, á quien hacia seis meses habia conocido, nos suplicaba tuviésemos á bien detenernos y aceptar el café. Nosotros nos guardamos bien de rehusar este atento convite; y habiendo distribuido á nuestros *cavass* y á nuestros *mukres* las provisiones del ható, nos dejamos guiar á corta distancia del grupo de los árabes: allí nos detuvimos hasta que ellos se acercasen; y con efecto Abugosh se levantó, vino hacia Mr. de Parseval, y despues de muchas atenciones, y de ofrecernos el café, me pidió una audiencia particular: hice retirar á mis gentes á cuatro pasos, y por medio de mi intérprete supe que uno de sus hermanos era prisionero de los egipcios, y que creyendo que yo tenia mucha influencia con Ibrahim-Pachá, me rogaba interpusiese mi mediación, á fin de alcanzar su libertad. Yo estaba muy lejos de tener el crédito que me suponía Abugosh; pero la casualidad quiso que pudiese prestarle este servicio, haciendo hablar en su favor al comandante de las tropas egipcias.

«Al llegar á Jerusalén, nos interceptó la vista de sus murallas un campamento de tropas de Ibrahim: las centinelas se adelantaron, nos reconocieron, nos abrieron paso por medio del campamento, y pasamos por delante de la tienda del general. Como las cortinas estaban levantadas, le vimos tendido sobre un divan de cachemira, rodeado de sus oficiales, los unos de pié los otros sentados sobre alfombras de Persia, pero todos vestidos con telas de colores subidos, forradas de hermosas pieles con bordados de oro, y cubiertos de armas resplandecientes; los esclavos negros le servían el café en *finjans* de plata, y todo presentaba un as-

pecto tan brillante como nuevo. Al rededor de la tienda paseaban los sais los hermosos caballos árabes, para que se secase la espuma del sudor sobre su pelo reluciente; y otros, sujetos con trabas, relinchaban de impaciencia, y vibraban miradas de fuego sobre un peloton de caballeria que estaba formado para marchar. Las tropas egipcias compuestas de jóvenes en su mayor parte, pobremente vestidos, medio á la europea y medio á la oriental, contrastaban con los árabes cubiertos con anchos ropages. Sin embargo, estos egipcios, pequeños, feos y mal formados, marchaban de conquista en conquista, y hacian temblar al sultan dentro de las puertas de Constantinopla.

«Penetramos en Jerusalem por la puerta de Belen, volvimos á la izquierda inmediatamente para ir al barrio del convento latino, y como las mujeres no pueden entrar en él, tomamos una casa, que está inhabitada por lo comun, y que sirve á los extranjeros cuando está lleno el convento. Llegados á ella, estendimos los colchones sobre banquetas dispuestas al efecto, deseando descansar de las fatigas de la jornada, y cobrar las fuerzas que necesitábamos para las nuevas emociones que nos esperaban allí; mas asaltados por una infinidad de mosquitos, de pulgas y hambrientas chinches, inmundicia dejada allí tal vez por los miserables peregrinos que habíamos hallado en el camino, nos fué imposible conciliar el sueño, y pasamos la noche en un movimiento continuo, cambiando de sitio, y defendiéndonos de estos asquerosos insectos; de modo que uno de nuestros compañeros de viaje, á pesar de nuestras exhortaciones para que tuviese paciencia, conclu-

yó por levantarse y buscar refugio en el convento. El procurador general vino á vernos; nos dijo que si hubiera estado advertido con anticipacion nos habria dispuesto mejor alojamiento, y prometió arreglarlo para el dia siguiente. Yo me confundí en disculpas, le aseguré que nada nos faltaba, y todavía me avergüenzo de nuestra delicadeza delante de este apóstol de la pobreza y de la abnegacion.

«Era el pröcurador general un español de alma elevada, dotado de una inteligencia superior, y de un gran conocimiento de los hombres y de las cosas. Durante nuestra permanencia en Jerusalem, tuve motivo de admirar su bondad, su inteligencia, su mérito, y la utilidad de su influencia en el convento de Tierra Santa: aunque su edad no pasaba de los cincuenta años, su carrera debia acabar aquí bajo por el martirio en el momento en que sin duda se lisonjeaba de lograr algun descanso en su pais natal; pues habiéndose embarcado para volver á España, poco tiempo despues que nosotros, fué asesinado con otros quince religiosos por marineros griegos, cerca de las costas de Chipre. Un muchacho musulman que únicamente escapó de esta carnicería persiguió y delató á los asesinos, que fueron presos en Caramania.

«Al amanecer del dia siguiente comenzamos á visitar los Santos lugares: mas debo callar las emociones íntimas que estos me inspiraron, porque son personales todas. Tampoco hablaré de las calles de Jerusalem, descritas ya por mis compañeros de viaje, y encerraré en mí misma todas las impresiones de mi alma, demasiado profundas



para que se borren jamas de mi memoria. Si hay lugares en el mundo dotados del doloroso poder de despertar todo lo que hay de tristeza y de luto en el corazon, y de responder al dolor interior con un dolor casi natural, son seguramente estos donde yo me encontraba. Cada paso que uno da por ellos resuena hasta el fondo del alma como la voz de las lamentaciones; y cada mirada se fija sobre un monumento de santa tristeza que absorbe nuestras individuales tristezas en esas inefabes miserias de la humanidad, que fueron sufridas, expiadas, y consagradas en estos sitios.

«Dejamos á Jerusalem á las cinco de la mañana con el objeto de llegar á Belen á la hora en que se celebra la misa en la gruta del nacimiento, y nos acompañó un viejo religioso español, con una larga barba, cubierto con un machlach (4) á rayas anchas blancas y negras, el cual iba montado sobre un pequeño jumento, y los pies tocando la tierra. Aunque estábamos en el mes de abril, soplabá un viento frio con tanta violencia, que me ví á pique de ser derribada por el caballo; eran las últimas ráfagas de la borrasca que habia en el mar las cuales llegaban hasta allí. El polvo que se levantaba en remolinos me ofuscaba la vista, y abandonando la brida de mi yegua á uno de mis sais, me envolví en mi capa, y me entregué enteramente á las reflexiones que me sugería el camino, y á la contemplacion de los objetos consagrados por la tradicion. Estos objetos, bastante conocidos, son el olivo del profeta Elias, la fuente en que apareció la estrella á

(4) Manto beduino.

los reyes magos, y el sitio de Roma, de donde salió la atronadora voz, qua resonaba aun en mis oídos; mas las sensaciones que todo escitó en mi alma, son demasiado profundas para ser expresadas.

«Habia estado cerrado el convento de Belen por espacio de once meses con motivo de la peste; pero esta habia cesado ya, y cuando llegamos á la puerta baja, que sirve de entrada al monasterio, nos abrieron, entramos uno á uno, encorvándonos para pasar, por su escasa elevacion, y no pudimos menos de sorprendernos al encontrarnos en una iglesia magestuosa. Cuarenta y ocho columnas de mármol, todas de una sola pieza, colocadas en dos filas á cada lado, formaban cinco naves coronadas de madera maciza de cedro; pero no se veia ni púlpito ni altar; todo estaba roto, estropeado y desnudo; una pared groseramente construida, dividia este hermoso monumento al nacimiento del crucero, y velaba la parte reservada al culto, que se disputan entre si las varias comuniones cristianas. La nave pertenece á los latinos; mas solo sirve de vestibulo al convento: se ha tapiado la puerta grande; y el bajo y pequeño postigo, por donde habiamos entrado nosotros, ha sido abierto para preservar estas reliquias venerables de la profanacion de los bandidos árabes, que entraban á caballo hasta el pie del altar, para robar á los religiosos y exigirles rescate. El superior nos recibió con cordialidad, y su rostro apacible, sereno y alegre, está distante de respirar la autoridad del anacoreta, como la jovial superficialidad que se atribuye á los frailes. Once meses de reclusion lo tenia ansioso de noticias; nos pregun-

tó sobre el país que acabábamos de recorrer, y sobre las tropas egipcias acampadas en él, y quedó sumamente tranquilo al saber que Ibrahim dispensaba su protección á las poblaciones cristianas de la Siria.

»Después de disfrutar algunos momentos de descanso nos dispusimos para oír misa en la capilla del pesebre; se encendió una débil linterna, y bajamos precedidos de los padres, á un largo laberinto de corredores subterráneos, que es preciso recorrer para llegar á la gruta sagrada. Estos subterráneos están llenos de recuerdos y de sepulcros: á un lado se ve el de San Gerónimo, al otro el de Santa Paula, Santa Eustaquia y el pozo de los Inocentes, pero nada fijó mi atención en tal momento: pues el resplandor de treinta ó cuarenta lámparas bajo una pequeña bóveda, en el fondo del tránsito, me indicó el altar construido sobre el lugar mismo del nacimiento, y á dos pasos, á la derecha, el del pesebre. La gruta natural está vestida de mármol en parte para guardarla de la piedad indiscreta de los peregrinos, que estropearían las paredes para llevarse los fragmentos: pero todavía se puede tocar la desnuda peña detrás de las losas de mármol con que se ha cubierto: el terreno en general conserva la irregularidad de su figura primitiva. Los adornos no han alterado en este santo lugar, como en otros, la naturaleza hasta el punto de despertar la duda sobre su identidad, sino que se han limitado á conservar el recinto; así es que al pasar por bajo estas bóvedas y estas profundidades de la peña, se comprende sin dificultad, que han debido servir de establo á los ganados que los pastores guarda-



ban en el llano, cubierto ahora de verdes praderas: estos subterráneos se extienden á lo lejos bajo la plataforma del monte, que cubre la iglesia y el convento como una ciudadela. La salida exterior del subterráneo que se comunica con la pradera, ha sido cerrada; pero á la distancia de pocos pasos se puede entrar en otra caverna que debe haber tenido igual destino.

«Oimos misa con el mayor fervor y recogimiento: mas la disposicion en que se encontraba mi alma me imposibilita expresar lo que estos lugares y la ceremonia me inspiraron; pudiendo decir solamente que todo en mí era ternura dolorosa y profunda. Una mujer árabe vino á bautizar su recién nacido al altar del pesebre, y esto aumentó mas mi emocion. Despues de la misa volvimos al convento; mas no por los subterráneos, sino por una escalera ancha y cómoda que iba á parar al crucero de la iglesia, detras de la pared divisoria de que he hablado. Esta escalera pertenecia en otro tiempo á las dos comuniones, griega y latina: ahora la poseen los griegos solamente, y los padres latinos se quejaban amargamente de esta usurpacion; querian encargarnos que hiciésemos valer sus reclamaciones en Europa, y me costó trabajo persuadirles de que aunque franceses, careciamos de autoridad para hacer que les hiciesen justicia.

«Las laterales naves que forman el crucero de la iglesia antigua, están convertidas en capillas partiulares: pertenece la una á los armenios y la otra á los latinos: en el centro se halla el altar mayor colocado sobre la gruta, y el coro está separado por una reja, y un tabique de madera

dorada, que oculta el santuario de los griegos.

«Es en Oriente la iglesia griega mucho mas rica que la romana: en esta todo es humilde y modesto, y en aquella es todo fausto y ostentacion: mas la rivalidad, que nace de esta posicion respectiva, produce una impresion penosa; pues se siente ver introducida la rencilla y la discordia en unos lugares en que solo debe reinar la caridad y el amor.

«La primitiva fábrica de la iglesia se atribuye á Santa Elena, lo mismo que la mayor parte de los edificios cristianos de la Palestina. Se objeta á esto que teniendo esta Santa una edad avanzada cuando fué á la Siria, no pudo ejecutar tan numerosas obras; pero como el pensamiento no necesita ni espacio ni tiempo, su voluntad creadora y su piadoso celo pudieron haber presidido al principio de los monumentos que mandó levantar, y ser concluidos despues de su muerte. Vueltos al convento, el padre superior nos hizo servir en el refectorio una escelente comida, y nos separamos de él con sentimiento para aprovechar las horas que nos quedaban en examinar las inmediaciones.

«Bajando al llano nos enseñaron una gruta á la que supone la tradicion, se retiró la Virgen en el momento antes de verificar su viaje á Egipto. Sobre varias alturas que dominan á Belen se ven restos de torres, que señalan las diferentes posiciones del campo de los cruzados, y que conservan los nombres de sus héroes: las dejamos á la izquierda, y bajamos por ásperos y penosos caminos.

«Despues de una hora de camino llegamos á

un estrecho y encajonado vallecito, regado por un arroyo cristalino; es el jardín de Salomón, *hortus conclusus*, cantado en el cántico de los cánticos. Con efecto, entre las cimas peñascosas de los montes que por todas partes lo rodean, este es el único terreno que ofrece medios de cultura, y este valle es en todas las estaciones un jardín delicioso; está cultivado con el mayor esmero, y en su fresco verdor presenta un contraste asombroso con la pedregosa aridez de cuanto le cerca. Su extensión será de media legua de longitud. Seguimos el curso tortuoso del arroyo sombreado de sauces, ya por sus orillas de musgo, ya mojando los pies de los caballos con sus aguas trasparentes y pisando los relucientes guijarros de su fondo, y alguna vez atravesándolo sobre una tabla de cedro, llegamos al pie de los peñascos que cierran el valle. Un labrador se brindó á servirnos de guía para treparles, pero con condicion de que nos apeásemos, y de que entregásemos nuestros caballos á sus hijos que los subirian á la cumbre por largos rodeos.

«Nos dirigimos hácia la derecha, subimos á repente por espácio de una hora, y llegados á la altura encontramos los mas hermosos restos de antigüedad que habiamos visto hasta entonces. Tres inmensas cisternas estaban profundizadas en la roca viva, las cuales siguiendo la pendiente del monte se hallaban colocadas la una sobre la otra en terraplen; mas las paredes estaban tan limpias y todo tan bien conservado como si acabasen de construirse, y sus orillas cubiertas de baldosas resonaban á las pisadas de los caballos. Estos hermosísimos estanques llenos de una agua



cristalina sobre la cumbre de un monte árido y escarpado, causan admiracion é inspiran una idea elevada del poder que ha imaginado, y llevado á cabo un proyecto tan vasto; asi lo atribuyen á Salomon.

«Mientras que yo los contemplaba, mis compañeros de viaje los median, y encontraron que cada uno tenia cuatrocientos pies de longitud, y sobre ciento setenta y cinco de latitud: el primero es mas largo y el último mas ancho, y tiene sobre doscientos pies de abertura; van ensanchándose hácia la parte superior: encima del mas alto hay un pequeño manantial oculto entre la yerba que es el *fons signatus* de la Biblia, y alimenta solo estos grandes depósitos que desaguan antiguamente por acueductos que llevaban el agua hasta el templo de Jerusalem. Los restos de estos acueductos se encontraban continuamente por el camino que llevábamos. Mas lejos se ven unos antiguos muros con almenas, probablemente del tiempo de los cruzados, que circuyen un recinto en el que supone la tradicion que estaba el palacio habitado por las mujeres de Salomon: no queda vestigio alguno, y el terreno cubierto de estiércol é inmundicia sirve ahora de redil, adonde se retiran por la noche los pastores y ganados que vienen á establecerse en los montes en la estacion de los pastos, lo mismo que sobre los Alpes en la Suiza.

«Volvimos á Jerusalem por un antiguo arrecife empedrado, llamado la via de Salomon, que es mas recto, y por consiguiente mas corto que el que habiamos tomado por la mañana, el cual no pasa por Belen: la noche era ya entrada

cuando pasamos bajo la bóveda de la puerta de los peregrinos.

«El día 25 de abril despues de haber visitado el Santo Sepulcro por última vez, pedimos al eclesiástico que nos acompañaba que nos hiciese dar la vuelta exterior de la iglesia, á fin de comprender las desigualdades del terreno que esplican la reunion del Sepulcro y del Calvario en un mismo monumento; mas al atravesar algunos patios y algunas casas conseguimos aclarar los puntos que nos interesaban. En seguida montamos á caballo para rodear las murallas, y visitar los sepulcros de los reyes. Al norte de Jerusalem, saliendo por la puerta de Damasco, y á media hora de distancia se encuentra una escavacion en la peña, formando un plano de unos veinte pies de profundidad, cerrado por tres lados, con las paredes de la peña cortadas con el escoplo, las cuales están adornadas de esculturas en la piedra misma, y representan puertas, pilastras y frisos de un hermoso trabajo. Es probable que el terreno se haya elevado gradualmente, y colmado muchos pies de la escavacion, porque la abertura que existe á la izquierda es tan baja que no se puede entrar por ella sino arrastrándose. Nosotros tuvimos mucha dificultad en penetrar y en encender hachas. El ruido que hicimos al entrar despertó una nube de murciélagos, la cual nos asaltó de tal modo que si hubiese sido fácil nuestra salida, creo hubiésemos retrocedido ante su vista: poco á poco se apaciguaron, y restablecida la calma pudimos examinar estos aposentos sepulcrales, escavados en la peña viva: los ángulos están tan bien ejecutados, y las paredes tan lisas, como si el ar-

tista las hubiese bruñido en la misma cantera. Examinamos cinco de ellos que se comunican por medio de aberturas cortadas en forma de puertas, las cuales se hallaban en tierra y hacian presumir que cada aposento habia sido cerrado y sellado cuando se llenaron los nichos practicados en las paredes para recibir los sarcófagos ó las urnas cinerarias.

«Es todavía un problema que está por resolver, qué especie de cadáveres debian ocupar estas mansiones fúnebres, construidas á tanta costa; y hasta su origen ha ocasionado grandes dudas. El interior, que es sencillo y grandioso, puede ascender á la mas remota antigüedad, mas no hay nada por donde pueda colejirse su fecha. La escultura exterior parece de un trabajo bien acabado, y de un gusto demasiado puro para pertenecer á los tiempos remotos de los reyes de Judea; mas habiendo visto á Balbek, se varía mucho de parecer acerca de la perfeccion del arte antes de las conocidas épocas de la historia.

«Proseguimos nuestro paseo al través de algunos campos de olivos, y bajando al valle de Josafá, volvimos á subir hácia el sud por los muros de Sion. El sepulcro de David, el santo Cenáculo y la iglesia armenia que posee la piedra sellada á la entrada del Santo Sepulcro, nos decidieron á entrar por esta puerta *Bab-el-Daud*; mas cuando quisimos examinar el subterráneo en donde la tradicion coloca los huesos del rey profeta, se opusieron los turcos, y nos dijeron que estaba absolutamente prohibida la entrada; pues suponen que hay inmensas riquezas sepultadas en esta tumba, y que los extranjeros que saben el secre-



to de hallarlas, vienen á descubrirlas y robarlas.

«El santo Cenáculo es una grande y abovedada sala sostenida por columnas, y ennegrecida por el tiempo: si la vejez es admitida como prueba, tiene ciertamente todas las señales de una antigüedad muy remota; situado entonces sobre el monte Sion fuera de los muros de la ciudad, es muy posible que los discípulos se retirasen allí despues de la Resurreccion, y que se hallasen reunidos en la época de Pentecostés, como lo afirman las tradiciones populares. Aunque en el saqueo de Jerusalem, bajo el mando de Tito, solo quedaron en pie las torres y una parte de las murallas, los sitios están suficientemente indicados, y los primeros cristianos debieron cuidar mucho de perpetuar estos recuerdos con sucesivas construcciones, empleando tal vez los escombros de los mismos monumentos. Mas como los detalles sobre Jerusalem creo serian repeticiones, dejo con sentimiento una materia, hácia la cual me arrastra continuamente la memoria, y solo diré una palabra independiente de la parte religiosa, y sobre el aspecto de este pueblo de los sepulcros, (Silóé) que conservo como un cuadro delante de mis ojos. Esta poblacion, compuesta enteramente de árabes salvages que viven en cavernas y grutas sepulcrales, ofrecería á un pintor una de las mas originales escenas. En el valle profundo de Silóé, las laderas de los montes que le rodean están llenas de cavernas que presentan sus entradas como bocas de hornos, colocadas las unas sobre las otras, y con una irregularidad que las hace parecer propriamente secciones de una columna hecha pedazos: de estas cavernas sepulcrales se ven salir como fan-

:

tasmas, de la mansion de los muertos hombres, mujeres y niños. Ignoro si ha sido trazado un cuadro semejante; pero no parece que ofrece al pincel todos los contrastes y todas las armonías á la vez.

«El dia 26 de abril enclavamos sobre Jerusalem nuestras últimas miradas, y tomamos tristemente el camino de Jaffa. Al entrar en el valle de Jeremías, oimos los sonidos de una música discordante, y vimos desfilar por la ladera del collado toda una tribu árabe: inmediatamente envié mi dragoman á averiguar lo que era, y volvió á decirme que podíamos avanzar sin temor, porque aquella gente se habia reunido para el entierro de un gefe. En seguida nos refirió que este habia muerto repentinamente en la caza por haber oido una planta venenosa; pero el conocido carácter de los árabes de Naplusa, cuyo trage usaban estos, nos hizo sospechar que habia sido víctima de la envidia de algun otrorival. A pesar de sus guerreras costumbres y de su aire imponente, estos pueblos sencillos tienen la credulidad de los niños; y la relacion de todo lo que es asombroso les encanta, y no les despierta la menor desconfianza. Un árabe amigo nuestro, hombre de mucha inteligencia y conocimientos, nos aseguró muchas veces con el acento de la conviccion, que un scheik del Líbano poseia el secreto de las palabras mágicas que habian sido empleadas en los primitivos tiempos, para mover las gigantescas piedras de Balbek; pero que era demasiado buen cristiano para divulgarlo ni hacer uso de él.

«Aceleramos el paso de nuestros caballos, y nos juntamos bien pronto con el entierro; en el centro iba el ataud, sostenido con dos palos, cu-

hierto de ricas telas, y encima el turbante de los osmanlis. Las mujeres árabes, desnudas hasta la cintura, con sus cabelleras esparcidas sobre los hombros, el pecho golpeado, y los brazos en alto, precedían al cuerpo gritando, cantando canciones lúgubres, torciéndose las manos, y arrancándose el pelo: los músicos tocaban el *tamlé* y el *dahiére* (1), y acompañaban las voces con un redoble monotonó y continuo. A la cabeza de la procesion iba el hermano del difunto; su caballo marchaba cubierto de pieles hermosas de Angora, adornadas de bellotas de oro, que le colgaban sobre la cabeza y el pecho, y que se encabritaba á veces al ruido de la atronadora música. Los sacerdotes, con sus grandes trages, esperaban á la comitiva delante de la entrada de un sepulcro, cubierto con una cúpula, y sostenido por una columna: enfrente estaba la iglesia arruinada, cuyo techo, que formaba un terrado por la parte superior, se veía lleno de mujeres tapadas con largos velos blancos que parecian las sacerdotisas de los tiempos antiguos ó las lloronas de los monumentos de Menfis. Cuando el gefe llegó al sepulcro se apeó del caballo, y se precipitó en los brazos del gran sacerdote con vivas demostraciones de dolor; este le exhortó á que se sometiese á la voluntad de Dios, y á que se mostrase digno de suceder á su hermano en el mando de la tribu. Durante este tiempo llegó la comitiva, colocó el cuerpo, se situó al rededor del templete, y resonaron los cantos de muerte con el mayor estrépito. Estas ceremonias, esta pompa fúnebre, y estos himnos de

(1) Gran caja ó tamboron.



amargura, espresados en otra lengua y con otros ritos, nos parecieron un recuerdo vivo de las lamentaciones con que Jeremías ha llenado este valle, y de las que es el eco el mundo cristiano.»

### SALIDA DE JAFFA.

*La misma fecha.*

A pesar de la agitacion del mar, nos hemos embarcado. Las olas llegan hasta nosotros como coronados montes de espuma á la barra que forman las rocas; esperamos un momento á que pasasen detrás de estas, y nos lanzamos á fuerza de remos en el mar. Las olas nos levantaban como un corcho sobre sí, y despues de haber pasado nos sumíamos en el abismo, en el que no veíamos ni el buque ni la costa, y la espuma nos cubria cual una espesa lluvia.

Llegamos por fin á los costados del buque; pero sus movimientos eran tan fuertes que no nos atrevíamos á acercarnos de miedo á los golpes de las vergas que azotaban el mar; mas aprovechando un intervalo de las olas, nos echaron un cable, y colocada la escalera subimos sobre cubierta. El viento cambió, y siendo enteramente contrario, permanecemos aferrados á dos áncoras, y espuestos á un naufragio, si los terribles golpes de las olas llegaban á romper los cables: en estos horrosos vaivenes pasamos horas de angustias físicas y morales: aquella tarde y aquella noche silbaba el viento entre los palos y las jarcias, como en los agudos tubos de un órgano. El buque se mecía como un toro golpeando la tierra con sus astas: la

proa se hundía en el mar, parecía que se iba á sumergir cada vez que la ola elevaba la popa, y se oían los gritos de los marineros árabes de los demás buques que habian conducido los peregrinos griegos á Jerusalem. Estos pequeños bajeles, cargados algunos de dos ó trescientas mujeres y niños, procuraban hacerse á la vela para huir de la costa; algunos pasaron por nuestro lado; las mujeres gritaban y nos tendian las manos; las olas los tragaban, y los presentaban despues á mucha distancia: varios entre ellos consiguieron alejarse de la costa; pero dos fueron arrojados á la barra de la rada por la parte de Gaza: nuestras áncoras cedieron al fin á tanto choque, y fuimos arrastrados á las rocas del puerto interior; mas el capitan hizo echar otra. El viento se calmó algun tanto, se hizo algo mas favorable, y huimos con un horizonte nebuloso hácia el golfo de Damietta; perdimos de vista la tierra, é hicimos bastante camino aquel dia. El mar estaba entonces apacible; pero las precursoras señales de la borrasca preocupaban al capitan y á su segundo: el viento se refrescaba de hora en hora, y al caer del dia estalló la tempestad: las olas crecieron: bien pronto llegaron á elevarse como montañas; crugía el buque, y las cuerdas silbaban y vibraban, cual si fuesen de metal, á impulsos de los golpes del viento. Estos sonidos agudos se asemejaban á los lamentos y quejidos de las mujeres griegas, y de las comitivas de los entierros: se arriaron las velas; el buque á palo seco corría de abismo en abismo; cada vez que se inclinaba sobre uno de los costados parecía que los palos se desplomaban como árboles desarraigados; la ola, oprimida por el peso, saltaba y cu-

bría el puente: todos, excepto la tripulación y yo bajaron al entrepuente, y solo se oían los gemidos de los mareados y los golpes de las cajas y de los muebles que daban contra los costados del buque. Este mismo, á pesar de su fuerte construcción y de los enormes travesaños de madera, crugía de modo que parecía que iba á abrirse. Los golpes del mar sobre la popa retumbaban á cada instante como tiros de cañon.

A las dos de la mañana arreció la tempestad; yo me até con cuerdas al palo mayor para que la ola no me arrastrara al mar, cada vez que la cubierta se inclinaba casi perpendicularmente. Envuelto en mi capa contemplaba este espectáculo terrible, y bajaba de cuando en cuando al entrepuente para tranquilizar á mi mujer, acostada en su hamaca. El segundo del capitán, en medio de esta deshecha tormenta, no se apartaba de la maniobra sino para ir de camarote en camarote, y asistir á los que necesitaban de su socorro; era un hombre de hierro para el peligro, con un corazón de mujer para la compasión. Así pasamos aquella horrible noche. Al amanecer, y sobre la pálida luz que se esparcía sobre el elemento furioso, cuyos límites se confundían con unas nubes densas, lejos de disminuir la fuerza del viento, parecía aumentarse todavía, y en toda la extensión de la vista solo distinguíamos montañas de agua que se sucedían la unas á las otras. Mientras que pasaban estas, recibía el bergantín terribles golpes por todos sus lados; ya lo sumergía la una, ya lo levantaba la otra, ya una ola lo impulsaba en una dirección, ya otra lo detenía y le imprimía una fuerza y dirección opuesta; tan pronto se tendía



sobre un costado, tan pronto hundía la proa sobre otro como si fuese á sumergirse; el mar, que corría tras de él, invadía su popa, y lo atravesaba en toda su estension. De tiempo en tiempo, abrumados por el viento las aguas parecían no tener olas; se asemejaban á un campo de espuma movable, y presentaban una especie de llanuras entre los collados de agua, que dejaban descansar los palos y las vergas; mas luego se entraba en la region de las olas, y se rodaba nuevamente de precipicio en precipicio. El dia trascurrió entre estas horrosas alternativas: el capitan me consultó acerca del partido que deberíamos tomar; pero las costas del Egipto eran bajas, y podíamos ser arojados á ellas sin advertirlo: las de Siria carecian de puertos y de radas, y era preciso, ó ponerse enfacha en medio de este mar, ó seguir el viento que nos impelía hácia Chipre. Allí encontraríamos una rada y un asilo; mas nos hallábamnos á ochenta leguas de distancia! En tal conflicto hiee dirigir la proa á la isla de Chipre, y el viento nos hacia correr tres leguas por hora; pero la marea no menguaba. Con algunas gotas de caldo frio sostenía las fuerzas de mi mujer y de mis compañeros de viaje, acostados en sus hamacas; en cuanto á mí, comí un pedazo de galleta, fumé con el capitan y su segundo, y permanecí en la misma actitud cerca de la brújula con las manos agarradas á las cuerdas para poder resistir á los golpes de mar.

La noche hizo aun mas horrenda nuestra situacion; las nubes gravitaban sobre el mar; el horizonte se encendía en relámpagos; todo era fuego en torno de nosotros; la centella parecia salir

de las crestas de las olas, confundidas con las nubes, y cayó tres veces á nuestra inmediacion. Una de ellas fué en el momento en que el buque se tendió sobre un costado al golpe de una ola monstruosa: las vergas se sumergieron; los palos recibieron la ola, y la espuma que hicieron saltar en el mismo momento de caer la centella, se extendió como una capa de fuego desgarrada, cuyos pedazos, semejantes á serpientes de fuego, fueron dispersados por el viento. Toda la tripulacion lanzó un grito aterrador, y nos creimos precipitados en el cráter de un volcán. Este fenómeno de la tempestad fué el mas pasmoso y terrible que observé en aquella larga noche: nueve horas con tinuas estuvimos envueltos por los relámpagos y aturcidos por los truenos: á cada momento creíamos ver los palos abrasados caer sobre nosotros, é incendiar el bergantín. Por la mañana el cielo se presentó menos cargado, pero el mar parecia de lava hirviente; el viento, que ya no impelía el buque, hacia mas pesado su movimiento, y entonces debiamos estar á unas treinta leguas de la isla de Chipre.

A las once comenzamos á distinguir tierra, y por momentos se aclaraba este objeto, que era uno de los puertos de la isla llamada Limasol. Aumentamos velas para ponernos cuanto antes al abrigo del viento; á medida que nos aproximábamos disminuía el mar: seguimos las costas á dos leguas de distancia hácia la rada de Larnaca, en que observamos ya los palos de muchísimos buques que habian buscado el mismo refugio que nosotros; mas volvió á soplar el furioso viento, y nos arrojó á la rada en pocos minutos. El impulso

que recibió el buque fué tan fuerte que temimos se rompiesen los cables al arrojar el áncora; pero esta cayó y mordió el fondo. Todavía nos hallábamos sobre un mar agitado; pero el movimiento de las olas era el único que nos mecía sin riesgo: volví á ver los mástiles del pabellon de los cónsules europeos en Chipre, que nos saludaron; y el terrado del consulado de Francia, desde donde nos hacia señas nuestro amigo, en demostracion de habernos conocido. Todos permanecieron á bordo; mi mujer no podia volver á ver, sin gran sentimiento, esta escelente y dichosa familia de Mr. Bottu, de la que habia recibido hospitalidad hacia quince meses, cuando tenia la felicidad de poseer á su hija todavía.

Bajé con el capitan, y recibí de Mr. Bottu y su señora, y de los señores Perthier y Guillois, jóvenes franceses adheridos al consulado, las pruebas de benevolencia y amistad que de ellos podia prometerme: visité á Mr. Mathei, banquero griego, á quien estaba recomendado; enviamos provisiones de toda especie al bergantin, y Mr. Mathei añadió á estas vinos de Chipre y carneros de Siria. Mientras que yo recorría las inmediaciones de la ciudad con Mr. Bottu, la tempestad, que se habia calmado, volvió á empezar, é interceptó toda comunicacion con los buques anclados en la rada: las olas cubrían el puerto, y arrojaban la espuma hasta las ventanas de las casas; pasé aquella horrorosa noche sobre el terrado, y á la ventana de mi cuarto, en el consulado de Francia, mirando el bergantin donde estaba mi mujer hecha el juguete de las inmensas olas, y temblando siempre de que se desprendiesen las áncoras y arro-



jasen el buque contra los escollos con todo lo que me quedaba de caro y amado en este mundo.

Al dia siguiente por la mañana se habia apaciguado la tempestad, y el mar estaba tranquilo; ganamos el bergantin, y pasamos tres horas en rada, esperando viento favorable, en compañía de Mr. Mathei y de Mr. Bettu. De todos los agentes franceses en Oriente este jóven y amable cónsul es el que acoge mas cordialmente á sus compatriotas, y el que mas honra el nombre de su nacion; así es que yo llevé conmigo el peso del reconocimiento, y el sentimiento de una verdadera amistad hácia él, por el modo con que me habia recibido dos veces. Este hombre, feliz al lado de una mujer, segun su corazon, y de unos hijos que idolatraba, ha sido despojado de su empleo pocos dias despues de nuestro tránsito por la isla: su destino era el único patrimonio de su familia; este patrimonio lo invertía enteramente en los deberes del consulado, y su mujer y sus hermosos hijos se encuentran ahora á la merced de la Francia que él servia y honraba con todo su honorario. ¡Pueda la Francia no olvidarse de ellos, al acordarse de él!

*30 de abril.*

Nos hemos dado á la vela con vientos variables: empleamos tres dias en doblar el cabo occidental de la isla, dando bordadas á la inmediacion de tierra. Tuvimos á la vista el monte Olimpo, Pafos y Amatonte, y la encantadora perspectiva de la costa y de los montes, que ofrece por este lado la isla, la cual podia ser la colonia mas hermosa del Asia menor. Es verdad que solo tiene

treinta mil almas; pero alimentaria y enriquecería millones de habitantes. Por todas partes es cultivable, por todas fecunda, frondosa y regada; tiene radas y puertos naturales por todos sus lados, y colocada entre la Siria, la Caramania, el Archipiélago y el Egipto, podría ser el jardín del mundo.

*3 de mayo.*

Esta mañana descubrimos las primeras cumbres de la Caramania; á lo lejos el monte Tauro, con picos cubiertos de nieve como los Alpes mirados desde Lion; los vientos eran templados y variables, y las noches espléndidamente estrelladas. Entramos de noche en el golfo de Satalia, que parece un mar interior; el viento amainó, y el buque sin movimiento, dormía cual si estuviese sobre un lago: por cualquiera parte que se dirigiese la vista se fijaba sobre un cuadro de bahías de montes de todas figuras y elevaciones, que se sucedían los unos á los otros, dejando á veces entre sus desiguales cumbres algunos valles elevados, en los que parecía nadar la luz plateada de la luna; las laderas se cubrían como de un velo formado por blancos vapores, y sus crestas parecían internarse, y como sumergirse y perderse entre celages de una pálida purpura. Por detrás se elevaban los picos angulares y nevados del Tauro: algunos cabos bajos, y cubiertos de arboledas frondosas se prolongaban á lo lejos en el litoral de la costa, y de esta se desprendían isletas que parecían anclados buques.

Un silencio profundo reinaba en el mar y en la tierra, que solo era interrumpido por el ruido

que hacian los delfines, al saltar como cabritos desde el agua á los prados de menuda yerba, lamidos por las olas: estas, unidas, suaves y como plateadas parecian istriadas tambien como columnas jónicas tendidas en tierra, y el buque no hacia el mas ligero movimiento.

A media noche se levantó una brisa de tierra, que nos hizo salir lentamente del golfo de Satalia, y rasar las costas del Asia menor hasta la altura de Castelrozzo: entramos en todos los golfos; y muy inmediatos á la costa, tocábamos casi esta tierra, que formaba los reinos del Ponto, de la Capadocia y la Bithinia, ahora vacia y solitaria; y nos presentaba sus promontorios, sus valles y sus llanuras cubiertas de espesísimos bosques. Los turcos vienen á establecer aquí sus tiendas durante el invierno; mas en el verano todo está desierto excepto algunos puntos de la costa como Tarso, Satalia, Castelrozzo, y Marmoriza en el golfo de Macri.

*4 de mayo.*

La corriente que domina á lo largo de la Carmania, nos arrastró hacia la punta de este continente, y hácia la embocadura del golfo de Macri: durante la noche dimos bordadas para acercarnos á la isla de Rhodas; y el capitan temiendo la proximidad de la costa de Asia por el viento que suele soplar del Oeste, salió á alta mar, y cuando nos despertamos nos hallamos casi á la vista de Rhodas. De allí á poco encontramos á nuestro bergantín *Alcestes*, que navegaba con nosotros; mas la calma nos impidió acercarnos en todo el trascurso del dia. Por la tarde el viento fresco nos llevó al



centro del golfo de Marmoriza: á media noche volvió á soplar el viento de tierra, y al amanecer entramos en el puerto de Rhodas.

8 de mayo.

Hemos ocupado tres dias en recorrer las inmediaciones de esta isla, cuyo paisaje es encantador por las laderas de los montes que miran al Archipiélago. Despues de dos horas de camino siguiendo la playa, entramos en un valle sombreado con hermosos árboles, y regados por un riachuelo; seguimos sus orillas guarnecidas de adelfas, y llegamos á una pequeña plataforma que era la última grada del valle. Allí habia una casita habitada por una pobre familia griega, y casi enteramente oculta por las ramas de las higueras y de los naranjos; tenia en su huerto las ruinas de un pequeño templo de ninfas, una gruta, y algunas columnas y chapiteles esparcidos y medio ocultos por la yedra y las raices de los arbustos; encima un prado de yerba menuda de dos ó trescientos pasos de largo con una fuente; á su orilla habian crecido dos ó tres sicomoros, y uno de ellos daba sombra á todo el prado: este era el árbol sagrado de la familia; los turcos lo respetan muchísimo, y el infeliz labrador que quiso un dia cortar una rama, sufrió el castigo de los palos por orden del pachá de Rhodas.

Los turcos no degradan la naturaleza en las obras del arte; dejan todas las cosas en el estado en que las hallan; el único medio que tienen de arruinar es el de no mejorar nada. Sobre el prado y los sicomoros, las colinas que se levantan perpendicularmente, tienen bosques de pinos, y cor-

ren por ellas pequeños torrentes, que forman los barrancos que se notan en sus laderas; los altos montes de la isla dominan y sombrean las colinas, el prado y la fuente. Desde la orilla de esta, donde me habia yo tendido, y al través de las ramas de los pinos y sicomoros, veia el mar del Archipiélago de Asia, semejante á una laguna sembrada de islas, y los golfos profundos entre los montes altos y sombríos de Macri, coronados de almenas de nieve: no oía otro ruido que el del murmullo de la fuente, el que hacia el viento en el follage de los árboles, el vuelo de un pájaro asustado por mí, y el lastímero canto de la labradora griega, que mecía su hijo sobre el techo de la cabaña. ¡Qué delicioso me hubiera parecido este sitio seis meses antes!

En una senda de los encumbrados montes de Rhodas, hallé á un gefe cipriota, vestido á la europea, pero con el gorro griego en la cabeza, y su larga barba blanca: le reconocí, se llamaba Theseo; era sobrino del patriarca de Chipre, y se habia distinguido en la guerra de la independenciam. Vuelto á Chipre despues de la pacificacion de la Morea, su nombre, su talento y su actividad le habian grangeado el aprecio de la poblacion griega de Chipre. En la sublevacion que acababa de estallar en la isla, los labradores de la montaña se habian puesto bajo sus órdenes: habia empleado su influencia en apaciguarlos; y despues de haber logrado la reparacion de algunos agravios, de concierto con Mr. Bottu, cónsul de Francia, habia dispersado su tropa y se habia puesto bajo la salvaguardia del consulado francés, para evitar la venganza de los turcos.

Un buque griego lo desembarcára en Rodas, donde no estaba seguro; yo le ofrecí recibirle en uno de mis dos bergantines, y aceptado mi ofrecimiento, lo trasladaré á Europa, Grecia ó Constantinopla, donde le plazca mejor.

Este hombre ha espuesto constantemente á la suerte sus intereses y su vida, está dotado de talento y valor; habla todas las lenguas; conoce todos los países; su conversacion es amena y fecunda; su accion es tan pronta como el pensamiento; es uno de esos hombres en quienes el movimiento es una segunda naturaleza, y que se eleva, como los pájaros de las tempestades, con el turbion de las revoluciones para caer con ellas. La naturaleza produce pocas almas de un temple semejante; pero los hombres de este temple son por lo comun desgraciados, porque se les teme y se les persigue; serian unos instrumentos admirables si supiese aprovecharse de ellos. He enviado un barco á Marmoriza para llevar á un griego, que debe esperar allí mis caballos, y dar orden á mis sais para que vayan á reunirse conmigo en Constantinopla; nos hemos decidido á ir á esta capital por mar, recorriendo las islas de la costa de Asia y las orillas del continente.

A media noche nos hemos dado á la vela con un viento ligero: hemos doblado el cabo del Krio la tarde del primer dia: hemos hecho una navegacion agradable entre las islas de Piscopia, de Nisira y la isla encantada de Cos, patria de Esculapio. Esta isla me parece, despues de la de Rhodas, la mas risueña y graciosa del Archipiélago. Sus pueblos, que son hermosos, están construídos bajo la sombra de corpulentos platanos y á las



orillas de los rios: la ciudad es alegre y está edificada con elegancia. Por la noche nos vimos como perdidos con nuestros dos bergantines entre un laberinto de inhabitadas isletas, que se ven cubiertas hasta donde las bañan las olas, por una alfombra de verdura; entre las que hay canales hermosos y casi todastienen bahias, en las que podrian anclar los buques; Qué mansiones tan encantadoras ofrecen el clima y la feracidad de las islas de Rhodas y de Cos á los hombres que se quejan de la estrechez de Europa! Teníamos un inmenso continente á dos leguas, corríamos bordadas entre este continente y las islas, y veíamos resplandecer el sol sobre las grandes ruinas de las ciudades griegas y romanas de la Asia menor. Al dia siguiente despertamos en Boghaz, estrecho de Samos entre esta isla y la de Ikaria; el alto monte, que casi forma solo la isla de Samos, estaba sobre nuestras cabezas, cubierto de rocas y de bosques de pinos: entre estas rocas distinguíamos las mujeres y los niños: la poblacion de Samos, que sublevada contra los turcos se habia refugiado al monte; y los hombres, armados, estaban en la ciudad y en la costa. Samos es como un monte del lago de Lucerna, iluminado por el cielo del Asia: su base está tan cerca del continente, que parece tocarle, pues solo está separado por un estrecho canal. La tempestad nos cogió en el golfo de Escalanova, no lejos de las ruinas de Efeso; por la mañana entramos en el canal de Scio, y buscamos un asilo en la rada de Tschesme, célebre por la destruccion por Orloff de la flota otomana.

La preciosa isla de Scio, se estiende como

una frondosa colina á la otra parte de un gran rio: sus casas blancas, sus ciudades, sus pueblos agrupados sobre las cumbres sombreadas de sus collados, deslumbraban por entre los naranjos y los parrales, y lo demas anunciaba una prosperidad y una poblacion numerosa. El régimen turco, tan semejante á la servidumbre, no habia podido sofocar el genio activo, industrioso, comercial y cultivador de las poblaciones griegas de estas hermosas islas; pues no conozco nada en Europa que presente el aspecto de riqueza que esta isla; un jardin de cincuenta leguas de circunferencia.

Hemos hecho en un dia un viaje á las ruinas y á las aguas minerales de Tschesné. El mar se hallaba en calma, nos hicimos á la vela para Smirna, y con variables vientos empleamos un dia en seguir suavemente la costa de Scio; los bosques bajan hasta el mar; los golfos tienen sus ciudades fortificadas, con sus puertos llenos de buques menores; la bahía mas pequeña tiene su pueblo, y una muchedumbre de velas rasaban la costa; llevando las mujeres casadas y solteras, que iban á las iglesias. Sobre todas las cumbres y en todas las gargantas de las colinas, se veía blanquear una iglesia ó un pueblo; doblamos la punta de la isla, y nos encontramos con un contra-viento que nos orrojó al golfo de Smirna. Hasta la entrada de la noche disfrutamos del espectáculo de los golfos y pueblos alpestres, que tocan á la costa occidental del golfo: por la noche sufrimos una calma no lejos de las islas de Vurla, donde vimos arder los fuegos de la escuadra francesa estacionada allí seis meses hacia.

Por la mañana distinguimos á Smirna, pega-

:

da á una inmensa colina de cipreses en elfondo del golfo: su parte superior está ceñida de altas murallas y hermosas campiñas con arboledas que se estienden sobre la izquierda hasta los montes. Allí corre el rio Melés; el recuerdo de Homero está impreso para mí en todas las costas de Smirna: buscaba con la vista el árbol desconocido ya, donde la pobre esclava depositó en el cañaverel el fruto de sus entrañas; este niño debía ilustrar un dia con su perpétua gloria el nombre del rio, el del continente, y el de las islas! Aquella imaginacion, con que el cielo dotaba á la tierra, debía reflejarnos la antigüedad! Abandonado á la orilla de un rio, Moisés de la poesia, vivió miserablemente y ciego, del mismo modo que esas encarnaciones de las indias atraviesan la tierra con el trage de la mendicidad; aquellos hombres no eran tenidos como dioses sino despues de haber pasado por ella! La erudicion moderna afecta no ver un hombre, sino un tipo en Homero; pero esta es una de las cien mil paradojas científicas, con que tratan los hombres de combatir la evidencia de su íntima conviccion: para mí, Homero es un hombre único, y un hombre que tiene el mismo acento en la voz, los mismos sentimientos en el corazon, y la misma expresion en las palabras: admitir una raza de hombres homéricos, me parece mas difícil que admitir una raza de gigantes; la naturaleza no prodiga sus dones por razas ó por séries: produjo un Homero, y desafía á los siglos á reproducir un conjunto tan perfecto de razon, de filosofia, de sensibilidad y de génio!

Desembarcamos en Smirna á fin de recorrer



la ciudad y sus inmediaciones con Mr. Salzani, banquero y comerciante de la ciudad, y hombre tan benévolo, como amable é instruido. Durante tres dias, abusé de su bondad, y todas las noches volvía á bordo del bergantin. Smirna no corresponde á la idea que uno se forma de una ciudad de Oriente; es Marsella sobre la costa del Asia menor: es un vasto y elegante emporio de comercio, en que los cónsules y los negociantes europeos, llevan la misma vida que en París y Lóndres.

Desde ¡la altura del monte de cipreses, ofrecen una bella vista el golfo y la ciudad; y al bajar encuentra uno á la orilla del rio, que yo me complazco en tomar por el Melés, un sitio hermoso cerca de la ciudad, que es el puente de las caravanas. El rio es un límpido y apacible arroyo, que parece dormirse bajo la grata bóveda del follage del sicomoro y del ciprés; nos sentamos á su orilla, y los turcos nos trajeron las pipas y el café: yo me figuré que estas linfas habian escuchado los primeros quejidos de la infancia de Homero, y gozaba en oirlas murmurar blandamente entre las raices de los plátanos: llevé el agua á mis labios, y mojé con ella mi frente enardecida. ¡Ah! que nazca para el Occidente un hombre que pueda escribir el poema de la historia de Homero, de su cielo y sus ensueños! ¡Un poema semejante, seria el sepulcro de los tiempos pasados, en que las generaciones futuras vendrian á venerar las tradiciones muertas, y á perpetuar el culto de las grandes acciones y de las grandes ideas del hombre! El que consiga construir este sublime monumento, grabará su nombre al pie de la estatua de

Homero, y vivirá en todas las imágenes, de cuyas ideas habrá llenado el mundo!

Fui llevado por la noche á la habitación de un anciano, que vive solo con dos sirvientes griegos; en una casita sobre el puerto de Smirna: la escalera, el vestíbulo y los aposentos, estaban atestados de restos de escultura, de planos de Atenas en relieve, y de fragmentos de mármol y de pórfido. Este anciano es Mr. Fauvel, nuestro cónsul antiguo en la Grecia, arrojado de Atenas, que habia llegado á ser su patria, y de la que habia recogido toda su vida el polvo, cual si fuese su legítimo hijo, para presentar al mundo su verdadera estatua: ahora vive pobre y desconocido en Smirna; mas ha llevado consigo sus dioses penates, y les tributa culto á todas las horas del dia. Mr. de Chateaubriand lo ha conocido en su juventud, y lo ha visto dichoso en medio de las admirables ruinas del Parthenon; yo solo le he visto viejo, desterrado, y afligido por la ingratitud de los hombres; pero firme y alegre en la desgracia, y revestido de esa filosofía natural que la hace soportar con tanta resignacion á los hombres que tienen el corazon tranquilo; así es que pasé una hora con este amable anciano en el delicioso olvido de todas mis desdichas.

He hallado un hombre de talento en Smirna á quien habia conocido en otro tiempo en Italia; llámase Mr. Deschamps, redactor del diario de Smirna, el cual me dió pruebas de su memoria y sensibilidad. Las ruinas del San-Simonismo habian sido arrojadas á Smirna por la borrasca, y se hallaban reducidas á la última estremidad, pero sufrían su suerte con resignacion y constancia.

15 de mayo.

Hemos salido á todo trapo del golfo de Smirna; pero cuando llegábamos á la altura de Vurla, al tiempo de dar una bordada á la embocadura del golfo, se encalló el bergantin en un banco de arena por la torpeza del piloto griego; el buque recibió un golpe que hizo temblar los palos, y quedó inmóvil á tres leguas de tierra; las olas que aumentaban venian á estrellarse en sus costados; todos subimos sobre cubierta, y en aquel momento de ansiedad, en que habia tantas vidas pendientes del resultado incierto de las maniobras que se ejecutaban, reinaba un silencio imponente, y no se veía la menor señal ni demostracion de terror: el hombre es grande en las grandes circunstancias! Despues de algunos minutos de esfuerzos impotentes, ayudados del viento, conseguimos girar sobre la quilla; el bergantin se desprendió, y viendo que no hacia agua salimos á alta mar, dejando á nuestra derecha la isla de Mitilene.

Tuvimos un hermoso dia, y nos acercamos al canal que separa la isla del continente; pero el viento calmó; se acumularon nubes en alta mar, y al caer la noche el viento se precipitó desde las nubes juntamente con el rayo. La tempestad fué horrorosa; la oscuridad total; los dos bergantines se hicieron señales de reconocimiento, y buscaban la rada de Foglieri, que es la antigua Phoecea, entre las rocas que forman la punta norte del golfo de Smirna. En dos horas nos arrojó el viento á diez leguas de la costa: á cada instante



retumbaba el trueno, y la centella silbaba entre las olas; el cielo, el mar y las rocas de la costa eran iluminadas por los relámpagos, cuyo resplandor suplía la luz del día, y nos mostraba de cuando en cuando nuestra derrota: los dos bergantines estaban muy inmediatos, y temblábamos de que llegasen á estrellarse con un choque. Finalmente, una maniobra atrevida nos hizo tomar la estrecha embocadura de la rada de Phocea; oíamos que á derecha é izquierda se estrellaban las olas contra las rocas; nuestra situacion era critica y nuestro peligro inminente, porque un golpe falso del timon hubiera estrellado los buques: todos estábamos mudos sobre cubierta, esperando que se decidiese nuestra suerte. La noche era tan oscura que no veíamos ni aun los palos del buque; más repentinamente sentimos deslizar el bergantín sobre una inmóvil superficie; vimos brillar luces al rededor del tranquilo lago donde felizmente habíamos entrado, y arrojamos el áncora sin saber en donde; el viento crugia en los palos y las vergas; pero el mar estaba tranquilo.

El puerto tan delicioso de la antigua Phocea, que tendrá una media legua de circunferencia, forma como una fortaleza circular entre colinas agraciadas, cubiertas de casas pintadas de encarnado, de cabañas bajo los olivos, de huertas, de parrales elevados, y sobre todo de magníficos campos plantados de cipreses, al pie de los cuales blanqueaban los sepuleros de cementerios turcos: bajamos á tierra y reconocimos la ciudad que es hija de Marsella. Fuimos recibidos perfectamente en dos casas turcas y pasamos el día en huertos plantados de naranjos. Al tercer día habia cesado

enteramente la tempestad, y era ya media noche cuando salimos del puerto natural de la Phocea.

*47 de mayo.*

Todo este dia hemos procurado seguir el canal de Mitilene, en donde estuvo Lesbos, y nos ha preocupado el poético recuerdo de la única mujer de la antigüedad, cuya voz ha tenido fuerza para prevalecer sobre los siglos. Pocos son los versos que nos quedan de Saffo, pero estos pocos versos bastan para descubrir un génio de primer orden en esta mujer admirable: el corazon que ha dictado las estrofas de Saffo debia ser un abismo de pasion y de imágenes! La isla de Lesbos es mas hermosa á mi entender que la isla de Scio: los grupos de sus montes elevados, frondosos é istriados de pinos, son mas magestuosos y mas pintorescamente colocados. El mar anuncia mas profundidad en su dilatado golfo interior, y los grupos de sus colinas, perpendiculares sobre el mar, que dan vista al Asia de tan cerca, son mas solitarios é inaccesibles. En vez de los numerosos pueblos esparcidos en las huertas de Scio, se ve aquí rara vez el humo de una cabaña griega elevarse por entre las copas de los castaños y de los cipreses; los pastores sobre las puntas de las rocas aparentan crecidos ganados de cabras blancas. Por la tarde doblamos con viento favorable la estremidad norte de Mitilene, y descubrimos en el horizonte, á nuestro frente y entre la rojiza niebla del mar, dos manchas oscuras: eran Lemnos y Tenedos.

*El mismo día.*

Era media noche; el mar estaba en calma y aparecía como la superficie inmóvil de un espejo: Tenedos salía de entre las olas á nuestra izquierda, y nos ocultaba la alta mar: á la derecha y cerca de nosotros se veía la sinuosa y baja costa de la célebre llanura de Troya. La luna llena que salía por la cumbre del monte Ida, vestido del blanco ropage de la nieve, esparcía una luz serena y dudosa sobre las cumbres de los montes, sobre las colinas y sobre el llano, y despues sobre el mar, cuya tersa superficie hacia resplandecer hasta la sombra de nuestro bergantín, como un camino esplendoroso, en el que no se atrevían á penetrar las sombras. Distinguimos los *túmulos* ó pequeñas lomas en donde fija la tradición los sepuleros de Patroclo y de Hector. La luna aparecía á cada instante mas ancha y rojiza: sus pálidos rayos rasaban las ondulaciones de las colinas, y su disco inflamado parecia el escudo sangriento de Aquiles. En toda esta costa no se descubria otra luz que la de un lejano fuego encendido por los pastores sobre una de las cumbres del Ida: no se oía mas ruido que el de las oscilaciones de la vela que por falta de viento caía lánguidamente sobre el palo, y los golpes de este que resonaban de cuando en cuando contra la gran verga. Todo parecia muerto, cual los tiempos pasados en esta escena triste y silenciosa. Inclinando sobre los obenques veía yo esta tierra, estos montes, estas ruinas, y estos sepuleros salir como la sombra evocada de un mundo pasado, leván-



tarse del seno del mar con sus vaporosas formas, con sus indecisos contornos á los lánguidos y silenciosos rayos del astro de la noche, y desvanecerse despues á medida que la luna se ocultaba detras de las cumbres de los montes. Esta es una página mas, y no menos hermosa, del poema de Homero: el fin de todas las historias, de todos los grandes y pequeños sucesos y de todos los poemas, son desconocidos sepulcros, ruinas sin nombre acreditado, y una tierra árida, desnuda y sombría, iluminada confusamente por los astros ímortales. Espectadores nuevos pasan por aquí diariamente, y solo repiten el epitafio general de todas las cosas del globo. Aquí yace un imperio, una ciudad, un pueblo y unos héroes. ¡Dios solo es grande! el pensamiento que le busca y le adora es el que no perece!

No deseo ver más de cerca y de día los dudosos restos de Troya: preferí esta aparicion nocturna, que permitía á la imaginacion poblar estos desiertos, los cuales solo estaban iluminados, por la débil antorcha de la luna y de la poesia de Homero. Ademas ¿qué me importaba Troya, sus dioses y sus héroes? esta página de los tiempos está doblada ya para siempre!

Comenzaba á soplar el viento de tierra y nos aprovechamos de él para acercarnos á los Dardanelos. Ya veíamos aproximarse muchos buques de alto bordo, que buscaban como nosotros su difícil entrada, y grandes velas griegas como las alas de los pájaros nocturnos, pasaban por entre nosotros y la isla de Tenedos; bajé, pues al camarote para entregarme al sueño.

*48 de mayo*

Desperté al amanecer y oí el rápido surco del bergantín y las pequeñas olas de la mañana que resonaban, como cantos de pájaros, sobre los costados del buque: abrí la ventana, y sobre una cadena de colinas bajas y redondas, vi los castillos de los Dardanelos, con sus blancas murallas, sus torres y sus grandes troneras. El canal solo tiene una legua de anchura en este punto, y serpentea como un hermoso río, entre la costa de Asia y la de Europa, que son exactamente iguales. Los castillos cierran el mar como las dos hojas de una puerta; mas en el estado actual de la Turquía y de la Europa, es fácil forzar el paso por mar ó hacer un desembarco á corta distancia y tomar los fuertes por detras. El paso de los Dardanelos solo es inespugnable estando guardado por los rusos.

La extraordinaria rapidéz de la corriente nos hizo pasar como una flecha por delante de Galipoli, y los pueblos que guarnecen el canal; delante de nosotros vemos las islas del mar de Mármara, y seguimos la costa de Europa durante dos dias y dos noches contrariados por los vientos del Norte. Por la mañana distinguimos las islas de los Príncipes en el fondo del mar de Mármara; en el golfo de Nicea y á nuestra izquierda el castillo de las Siete Torres, y las aéreas cúspides de los innumerables minaretes de Stambul; y al frente las siete colinas de Constantinopla. Cada bordada que dábamos nos acercaba mas, y descubríamos nuevos objetos. Esta primera aparición de Constantinopla me oca-

sionó una sensacion penosa de sorpresa y desencanto. Cómo! me decia yo á mi mismo ¿son estos los mares y las costas de esa ciudad maravillosa, por la cual los dueños del mundo abandonaron á Roma y las costas de Nápoles? ¿Es esta esa capital del universo, sentada sobre Europa y Asia, que todas las naciones guerreras se disputaron sucesivamente como la señal del dominio del mundo? ¿Es este el pueblo que los poetas y los pintores presentan como la reina de las ciudades, recostada sobre sus colinas dominando los dos mares, ceñida de sus golfos, de sus torres, de sus montes, y abarcando en su recinto todos los tesoros de la naturaleza y del lujo oriental? ¿Es esto lo que se compara con el golfo de Nápoles, que presenta una ciudad resplandeciente, construida en anfiteatro vastísimo? ¿Se pone esto en parangon con el Vesubio, cuya cima dorada se pierde en las nubes de púrpura y de humo? ¿Se asemeja por ventura a los bosques de Castellamara, que sumergen sus oscuros y lozanos follages en el mar azulado, y con las islas de Procida y de Ischia, con sus cumbres volcánicas y sus laderas cubiertas de pámpanos y de casas de recreo que vienen á besar la bahía, como moles gigantescas colocadas por la naturaleza á la embocadura del puerto? No veo aquí nada que sea comparable con aquel espectáculo magnífico, que se ha impreso tan fuertemente en mi memoria: es verdad que navego en un mar hermoso; pero las costas son llanas ó se elevan en colinas redondas y monotonas: las nieves del Olimpo de Tracia blanquean á la verdad el horizonte, pero no aparecen sino como una nube blanca en el cielo, y no engrandecen de cerca el paisaje. En el fondo



del golfo veo siempre las mismas colinas redondas, al mismo nivel, sin rocas, sin bahías, sin barrancos, y esa Constantinopla, por fin, que el piloto me señala con el dedo, no es mas que una ciudad blanca y circunscrita sobre una gran loma de la costa de Europa. ¿Valia la pena de venir desde tan lejos á buscar el desvanecimiento de una ilusion? Yo no queria mirarla; mas las muchas bordadas que dábamos, nos acercaban insensiblemente; llegamos á rasar el castillo de las Siete-Torres, que es macizo, inmenso, pardo, y de construccion severa de la edad media, flanqueado por mar, por el ángulo de las murallas griegas de la antigua Bizancio, y vinimos á anclar debajo de las casas de Stambul, en el mar de Mármara, en medio de una muchedumbre de buques detenidos, como nosotros, fuera del puerto, por la violencia de los vientos del Norte.

Eran las cinco de la tarde, el cielo estaba sereno, y el sol brillante: yo comenzaba á reformar la idea triste que habia concebido de Constantinopla: los muros del recinto de esta parte de la ciudad, pintorescamente contruidos con ruinas de murallas antiguas, y coronados por detrás de jardines, de kioscos, y de casitas de madera pintadas de encarnado, figuraban en primer orden en el cuadro; encima de este se veian los terrados de innumerables casas, que se elevaban piramidalmente y en graderío, mezcladas con las vistosas copas de los naranjos, y las agudas y negruzcas flechas de los cipreses. Mas arriba coronaban la colina ocho grandes mezquitas, que flanqueadas por sus minaretes trepados, y con sus columnas moriscas, elevaban sus cúpulas doradas é in-

llamadas por el reflejo de los rayos del sol. Las paredes de estas mezquitas, pintadas de azul celeste, y las cubiertas de plomo de las cúpulas que las rodean, les dan una apariencia y un barniz tan resplandeciente, que parecen monumentos de porcelana. Los viejísimos cipreses acompañaban estas cúpulas con sus copas inmóviles, puntiagudas y sombrías, y las variadas pinturas de las casas de la ciudad hacían ostentar esta vasta colina con los diversos colores de las flores de un jardín. Ningun ruido se oía en sus calles: ninguna de las innumerables ventanas se abría: ningún movimiento revelaba la mansión de tan gran muchedumbre de habitantes: todo parecía dormido bajo el sol ardiente del día, y el golfo, surcado en todas direcciones por buques de todas formas y de todos tamaños, era el único punto en donde se descubrían señales de vida. A cada instante veíamos desembocar del Cuerno de Oro, que es la abertura del Bósforo, verdadero puerto de Constantinopla, barcos á todo trapo, que pasaban por nuestro lado huyendo hácia los Dardanelos; pero todavía no podíamos distinguir la entrada del Bósforo, ni comprender siquiera su posición. Comimos sobre cubierta en frente de este espectáculo encantador: varios caiques (lanchas) turcas, vinieron á interrogarnos y á traernos provisiones y víveres; los marineros nos aseguraron que casi no había peste, y yo envié mis cartas á la ciudad. A las siete se presentó Mr. Truqui, cónsul general de Cerdeña, acompañado de los oficiales de su legación, y nos ofreció la hospitalidad en su casa de Pera: no había probabilidad de encontrar alojamiento en la ciudad, que acababa de sufrir un in-

endio; y la cordialidad, la atención y franqueza de Mr. Truqui, y la confianza que supo inspirarnos, nos decidieron á aceptar su ofrecimiento. Mas como continuaba reinando el viento contrario, los bergantines no pudieron levar el áncora, y dormimos á bordo aquella noche.

### CONSTANTINOPLA.

*20 de mayo de 1833.*

A las cinco de esta mañana me hallaba ya en pie sobre la cubierta: el capitán había mandado echar una lancha al mar; bajé con él, y nos dirigimos á la embocadura del Bósforo, siguiendo las murallas de Constantinopla, bañadas por el mar. Después de media hora de navegación al través de una muchedumbre de buques anclados, llegamos al pie de las murallas del Serrallo, que son una continuación de las de la ciudad, y que á la estrechidad de la colina, llamada Stambul, forman el ángulo que separa el mar de Mármara del canal de Bósforo y del Cuerno de Oro, ó gran rada interior de Constantinopla. Allí es en donde Dios y el hombre, ó la naturaleza y el arte, han colocado ó creado de comun acuerdo, el más asombroso punto de vista que puede contemplarse sobre la tierra. Yo arrojé un grito involuntario, y olvidé para siempre el golfo de Nápoles y todos sus encantos, porque cualquier cosa que se compare con este magnífico y gracioso conjunto, es injuriar la creación.

Los muros que sostienen los terraplenes circulares de los dilatados jardines del estenso serrallo,



estaban á la izquierda á poca distancia de nosotros, separados del mar por una estrecha acera baldosada, lavada continuamente por las olas, en la que la perpétua corriente del Bósforo, forma pequeñas olas azules, como las aguas del Rhódano en Ginebra. Estos terraplenes, que se elevan en suaves pendientes hasta los palacios del sultan, cuyas cúpulas doradas se distinguen al través de las gigantescas copas de cipres y plátano, están plantadas también de estos árboles, cuyos troncos dominan los muros, y cuyas ramas, estendiéndose fuera de los jardines, se hallan perpendiculares al mar, como sábanas de hojarasca que dan sombra á los caiques; en términos, que los remeros se detuvieron á su sombra. Los grupos de árboles se veían interceptados de distancia en distancia por los palacios, por los kioscos, por esculpidas y doradas puertas, que se abren al mar ó á baterías de cañones de cobre y bronce de hechura antigua y estraña: las ventanas enrejadas de estos marítimos palacios, que hacen parte del serrallo, caen sobre las olas, y al través de las persianas se ven brillar las arañas de cristal, y los dorados de los techos de los salones; también á cada paso se ven fuentes elegantes moriscas que saltan de las paredes del serrallo, y murmuran en las pilas de mármol.

Algunos soldados turcos se veían tendidos á la inmediación de estas fuentes; muchos perros vagaban á lo largo del puerto, y algunos estaban acostados en las troneras de los cañones de enormes calibres. A medida que avanzaba la falda á lo largo de las murallas, se ensanchaba el horizonte en frente de nosotros; la costa de Asia se

aproximaba, y la vista comenzaba á descubrir la entrada del Bósforo entre la frondosidad sombría de colinas opuestas, que parecian pintadas de todos los colores y gradaciones del arco iris. Allí hicimos otro descanso: la costa risueña del Asia, á la distancia de una milla, se dibujaba á nuestra derecha con grandes y elevadas colinas, cuyas cumbres estaban coronadas de bosques, de árboles, de copas delgadas; las laderas estaban cubiertas de campos rodeados de filas de árboles, y sembradas de casas pintadas de encarnado, y las orillas de los barrancos cortadas á pico, se veían tapizadas de plantas verdes y sicomoros, cuyas ramas se hundían en el agua. Mas lejos estas colinas subian á mayor elevacion, despues bajaban á playas cubiertas de verdor, y formaban un ancho y avanzado cabo, en el que se veía una gran ciudad, la cual era Scutari con sus grandes cuarteles blancos, semejantes á ostentosos palacios; sus mezquitas, rodeadas de minaretes resplandecientes, sus puertos y sus bahías guarnecidas de casas, de bazares, de caiques colocados á la sombra bajo los parrales ó los plátanos, y el sombrío y dilatado bosque de cipreses que cubria la ciudad. Al través de sus ramas resplandecían con lúgubre brillo innumerables monumentos blancos de cementerios turcos. Mas allá de la punta de Scutari, terminada por un islote, que tiene una capilla turca llamada *el sepulcro de la jóven*, se abria el Bósforo como un encajonado río, que parecía huir entre montes oscuros, cuyas laderas de rocas, ángulos salientes y entrantes, barrancos y pendientes, correspondian de la una á la otra costa; y al pie de ellos, en lontananza se distinguía una no interrumpida série de

pueblos, de escuadras ancladas ó á la vela, pequeños puertos sombreados de árboles, casas disseminadas, y vastos palacios con sus jardines de rosas que daban al mar.

Llegamos á fuerza de remos al Cuerno de Oro, donde se disfruta á la vez de la vista del Bósforo, del mar de Mármara, y de la perspectiva entera del puerto, ó mas bien del mar interior de Constantinopla. Llegados allí, olvidamos á Mármara, la costa de Asia y el Bósforo, para abarcar con la vista la laguna del Cuerno de Oro, y las siete ciudades sentadas sobre las siete colinas de Constantinopla, que venian todas á unirse al brazo de mar, para formar la ciudad incomparable y única, que á un tiempo es, ciudad, campo, mar, puerto, ribera de rios, jardin, frondoso monte, valle profundo, océano de casas, hormiguero de buques y de calles, lagunas apacibles y encantadoras soledades, que ningun pincel puede espresar en conjunto, y que á cada golpe que se da con el remo, se presenta, recibiendo el alma una nueva impresion, á cada uno de los diversos aspectos que se despliegan ante los ojos.

Dirigíamos el esquife hácia las colinas de Galata y de Pera; el serrallo se alejaba de nosotros, y se aumentaba con la distancia á medida que la vista abarcaba mejor el contorno de sus murallas, y la muchedumbre de sus pendientes, de sus árboles, de sus kioscos y de sus palacios: el serrallo solo bastaría para formar una ciudad.

El puerto se estiende cada vez mas delante de nosotros; circula como un canal entre las pendientes de dos montes encorvados, y se desarrolla mas y mas en proporecion que se avanza: á nada se

:



parece menos que á un puerto: se presenta cual un ancho rio como el Támesis, ceñido por ambos lados de colinas cargadas de ciudades, y á una y otra orilla obstruido por una escuadra interminable de buques, amarrados á lo largo de las filas de casas.

Pasamos al través de esta muchedumbre de bajeles, anclados los unos y los otros á la vela, dirigiéndose al Bósforo, al mar Negro, ó al de Mármara; estos buques eran de todas las figuras, de todos los tamaños y de todas las naciones, desde la barca árabe, cuya proa saliente se levanta como el pico de las galeras antiguas, hasta el navío de tres puentes, con sus costados brillantes de bronce.

Circulaban nubes de caiques conducidos cada uno por uno ó dos remeros con mangas de seda; estas pequeñas barcas, que eran los caruajes de las marítimas calles de esta anfibia ciudad, se cruzaban, tropezaban entre sí y se empujaban sin volcar, como sucede con un gran concurso en una plaza pública; y enjambres de pájaros llamados alabastros, tomaban el vuelo desde el mar, como pichones blancos, al acercarse un caique, para ir á ponerse mas lejos y dejarse mecer por las olas. No trataré de enumerar los buques menores y de alto bordo que dormían, ó vagaban en las aguas del puerto, desde la embocadura del Bósforo y la punta del serrallo, hasta el arrabal de Eyud y los valles deliciosos de aguas dulces. El Támesis no ofrece nada que se le pueda comparar: bastará decir, que ademas de la escuadra turca y de los buques de guerra europeos anclados en medio del canal, están cubiertas de ellos las dos costas del Cuerno de Oro en la estension de una legua por ambos la-

dos. Solo vimos dos filas prolongadas de proas que miraban al mar, y nuestras miradas fueron á perderse en el fondo del golfo, que se estrecha, é interna en la tierra entre un bosque de mástiles. Abordamos al pie de la ciudad de Pera, cerca de un cuartel de artilleria, cuyos terrados ó azoteas cubiertas, estaban atestadas de cureñas. Una admirable fuente morisca construida en forma de pagoda indiana, y cuyo mármol cincelado y pintado de colores brillantes parecia un encaje sobre un fondo de seda, derramaba sus aguas en una plazuela, obstruida de fardos, de mercancías, de caballos, de perros sin dueño, y de turcos agrupados que fumaban á la sombra: los marineros de los caiques se veian sentados obre las gradas del puerto, esperando á sus amos ó á los pasajeros; estos marineros son hombres bien formados: su traje da mayor realce á su natural hermosura; llevan un pantalón anchísimo blanco con grandes pliegues, atado por la cintura con una faja carmesí y á la cabeza un gorro griego de lana encarnado, con una prolongada bellota de seda que les cuelga por detrás: el cuello y el pecho desnudos; y una camisa ancha de seda cruda con las mangas colgando, les cubre hombros y brazos. Sus caiques son unas estrechas lanchas de veinte á treinta pies de longitud y dos ó tres de ancho, construidas de nogal bruñido y reluciente como la caoba: la proa de estas barcas es tan aguda como el hierro de una lanza, y corta el mar como un cuchillo. La estrechez de estos caiques los hace peligrosos para los europeos, que no están habituados á ellos, pues zozobran al menor balance ocasionado por un paso dado sin precaucion. Es preciso eso

tar tendido como los turcos en el fondo del caique, y cuidar de que el peso del cuerpo gravite igualmente sobre los dos costados. Los hay de varios tamaños que pueden conducir desde uno hasta ocho pasajeros; pero todos tienen la misma figura: en el puerto de Constantinopla hay millares de ellos pues independiente de los que, como los carruajes, están á toda hora al servicio del público, cada particular acomodado de la ciudad tiene uno, cuyos remeros son sus criados; el que necesita recorrer Constantinopla para sus negocios, se ve precisado á atravesar el mar muchas veces al día.

Al dejar esta especie de plazuela, entramos en una de las calles sucias y populosas de un bazar de Pera, que con diferencia del trage, presentan el mismo aspecto que las inmediaciones de los mercados de nuestras ciudades. Tiendas de madera, donde se guisan comidas para el pueblo, barberías, espendedurias de tabaco y otras tiendas de legumbres y frutos, y una muchedumbre apiñada y activa en las calles: todos los trages y todas las lenguas del Oriente herian la vista y el oído, y sobre todo esto los ladridos de innumerables perros que llenaban las plazas y los bazares, y que se disputaban los desperdicios de la comida que se arrojaba por las puertas. De allí entramos en otra calle larga, solitaria y estrecha, que sube por una pendiente escarpada á lo alto de la colina de Pera: las ventanas con celosías, no permitían ver el interior de las casas de los turcos, que parecían pobres y abandonadas, y de vez en cuando se veía la aguda copa de un ciprés, que salía por detrás de las tapias pardas y arruinadas de una



cerca, que se elevaba inmóvil en un cielo trasparente. Sobre las ventanas y en los techos de las casas, se veían palomas blancas y azules, que hacían resonar sus melancólicos arrullos en las calles silenciosas. A lo alto de estas calles se extiende el hermoso barrio de Pera, habitado por europeos, embajadores y cónsules, el cual es semejante á una pobre y pequeña ciudad de nuestras provincias: hay en él hermosos palacios levantados sobre los terraplenes inclinados de Galata, pero ahora solo se ven sus colinas derribadas, lienzos de paredes ennegrecidas y jardines arruinados, porque el incendio lo ha devorado todo. Pero carece de originalidad y de hermosura; desde sus calles no puede distinguirse el mar, ni las colinas ni los jardines de Constantinopla, pues es preciso subir á los terrados para disfrutar del magnífico golpe de vista, con que allí la naturaleza ha rodeado al hombre. Mr. Truqui nos recibió como si fuésemos sus hijos en una casa espaciosa, elegante y admirablemente situada, que puso enteramente á nuestra disposición. Los muebles mas ricos, la mesa mas delicada de Europa, los cuidados mas afectuosos de la amistad, la sociedad mas amena y amable, tanto suya como de las personas que le rodean, reemplazaron á la alfombra y á la estera del desierto, al pilon de arroz del árabe, y á la aspereza y la rusticidad de la vida marítima. Apenas me habia instalado en su casa, recibí una carta del almirante Roussin, embajador de Francia en Constantinopla, que tuvo la bondad de ofrecernos la hospitalidad en Therapia.

Estas demostraciones de atención é interes, recibidas de compatriotas desconocidos, á mil leguas

de la Francia, y cuando uno se encuentra en el aislamiento y la desgracia, hacen una impresion profunda en el corazon del viajero.

*21, 22 y 23 de mayo de 1833.*

Hemos pasado estos dias en desembarcar los efectos de los dos bergantines, en descansar de las fatigas del viaje, y en recibir visitas de los principales comerciantes de Pera, alternando estas ocupaciones con el placer de la intimidad de Mr. Truqui y de su sociedad. Hicimos algunas correrías en Constantinopla; formamos alguna idea de la ciudad, y finalmente visitamos al embajador en Therapia.

*24 de mayo.*

Cuando se deja de repente la variable y tempestuosa escena del mar, el oscuro y movedizo camarote de un buque y el molesto vaiven de la ola, y se encuentra uno á pie firme en una tierra amiga, rodeado de hombres, de libros, y de todas las comodidades de la vida; cuando se tiene al frente campos y bosques que recorrer, y se vuelve á la existencia terrestre despues de una privacion larga, se siente naturalmente un placer físico é instintivo que se saborea sin descanso. Una tierra cualquiera que sea, hasta la mas ingrata y remota, es mirada por uno como una nueva patria. Veinte veces he experimentado esto al desembarcar aun cuando no fuese mas que por pocas horas y sobre una costa desconocida y desierta. Una peña que le defiende á uno del viento; un arbusto

que le abriga con su tronco ó con su sombra; un rayo de sol que calienta la arena en donde uno está sentado; los lagartos que corren por entre las piedras; los insectos que revolotean alrededor; el pájaro inquieto que se acerca y lanza un grito de alarma; todas estas cosas que son pequeñeces despreciables para el hombre que habita la tierra, son un mundo nuevo para el navegante cansado, que acaba de saltar del frágil buque que formaba todo su continente. Empero el bergantín está allí, se mece en un golfo agitado y es preciso volver á él: los marineros están sobre las vergas secando ó remendando las destrozadas velas; la lancha que aparece y desaparece entre las olas espumosas va y viene continuamente desde el buque á la costa, y trae provisiones á tierra ó conduce al buque el agua fresca: los grumetes lavan sus camisas de lienzo de colores, y las tienden sobre los lentiscos de la costa; y el capitán contempla el cielo, y espera el viento que va á cambiar para disparar un cañonazo, y llamar á los pasajeros á su vida de miseria, de movimiento y de tinieblas. Aunque uno tenga prisa de llegar á su destino desea interiormente que el viento contrario no amaine tan pronto, á fin de que la necesidad deje saborear siquiera un día esta afección íntima que liga al hombre con la tierra. Entonces hace una amistad con la costa, con el musgo y con los arbustos que crecen entre el mar y las rocas, con la fuente oculta bajo las raíces de una encina, con los líquenes y con las florecillas silvestres agitadas por el viento que crecen en las hendiduras de los escollos, y que uno no volverá á ver más. Cuando el cañonazo de salva retumba, cuando el pabellón de se-



ñal se iza al mástil y cuando la lancha se aparta del buque para venir por uno, echa menos este rincón sin nombre de la tierra, sobre la que no ha hecho mas que tender algunas horas sus fatigados miembros. ¡Cuántas veces he sentido este amor innato del hombre hácia un abrigo cualquiera, por solitario, por desconocido y por desierta que fuese la costa!

Pero yo experimentaba aqui dos cosas contrarias, la una muy agradable y la otra muy penosa. Desde luego sentia este placer que acabo de pintar, de sentar el pie sobre la tierra firme, de acostarme en un lecho sin balanceo, de pisar un suelo que no me arrojaba de una á otra pared, de andar con libertad, de tener ventanas cerradas ó abiertas á mi gusto, sin temor de que penetrase una lluvia de espuma; la delicia de oír el viento agitar suavemente las cortinas, sin conmover la casa, ni temblar los palos, ni oír correr á los marineros sobre cubierta, que me ensordecian con el ruido de sus pasos. Tenia ademas amigables comunicaciones con la Europa, con viajeros, con comerciantes; tenia periódicos, libros, y todo lo que pone al hombre en relacion de ideas y de vida con el hombre; y finalmente, la participacion del movimiento general de las cosas y del pensamiento de que hacía tanto tiempo que nos veíamos privados. Mas que todo esto, teníamos la hospitalidad atenta y afectuosa, y la amistad de Mr. Truqui, que se mostraba dichoso en prevenir nuestros deseos, y en procurarnos todos los consuelos posibles, y que teníamos tanto placer en recibir. ¡Qué excelente sugeto! No he encontrado otro igual en mi larga vida de viajero. Su memo-

ria me será grata siempre que recuerde mi peregrinacion, y mi pensamiento y mis votos por su felicidad le seguirán á las costas del Africa ó del Asia, adonde le conduzca la suerte á concluir sus dias! .....

*La misma fecha.*

Pero despues de haber uno saboreado sin advertirlo estos primeros placeres, se ve tentado muchas veces á echar de menos la incertidumbre y agitacion perpétuas de la navegacion! Allí al menos no tiene tiempo el pensamiento para fijarse en sí mismo, y para sondear el abismo de tristeza, profundizado por la muerte en nuestro seno. El dolor está allí ciertamente; mas está interrumpido á cada instante por ideas y cuidados que hacen menos insoportables su peso: el ruido que se hace en derredor de uno, el aspecto que cambia sin cesar del puente del buque y del mar; las olas que se hinchan ó allanan; el viento que varía, y que calma ó refresca; las velas del buque que es preciso orientar veinte veces al dia; la vista de las maniobras, en las que llega uno á tomar parte en los recios temporales; los mil y distintos accidentes de un dia ó de una noche de borrasca; los vaivenes, las velas arrebatadas, los muebles rotos que ruedan por el entrepuente; los golpes sordos é irregulares del mar contra el costado del camarote, en el que inútilmente se esfuerza uno por conciliar el sueño; los pasos precipitados de los hombres de cuarto, que corren de un borde al otro, sobre la cabeza de uno; el quejido lastimero de las gallinas inundadas por la espuma en sus jaulas atadas al pie del palo; los

cantos de los gallos que anuncian la aurora despues de una noche de borrasca y tinieblas; el silbido de la cuerda de la sonda que se arroja para medir el camino que se hace; el espectáculo extraño y desconocido de una costa, que no se creía ver la víspera, y que uno sigue por la mañana, midiendo la altura de sus montes, ó señalando con el dedo sus ciudades y pueblos que brillan á veces cual montes de nieve entre grupos de pinos; todo esto hace mas ó menos impresion, alivia el corazon, deja evaporar las penas, y embota el pesar mientras dura el viaje; mas el dolor se agrava con todo su peso sobre el alma, en cuanto uno ha llegado á la costa y el descanso del sueño sobre un lecho tranquilo ha restituido al hombre la intensidad de sus impresiones. El corazon, que no se ve distraido por objetos esteriores, se concentra en sus amargos sentimientos, en sus pensamientos de desesperacion, y en sus perdidas esperanzas. No sé como podria soportarse la vida antigua, la vida monotoná, y la vida vacía sin sociedad y sin ciudades. Hé aquí lo que yo experimento, y lo que me haría desear una navegacion perpetua, un viaje sin término con todas sus distracciones, hasta las mas penosas. Esto mismo lo estoy leyendo en los ojos de mi mujer aun mas que en mi propio corazon. El sufrimiento de un hombre no puede compararse con el de una mujer, sobre todo si es madre: una mujer vive y muere con un solo pensamiento y con un solo sentimiento: la vida para una mujer es la posesion de lo que ama, y la pérdida de esta posesion es la muerte; pero un hombre vive de todos modos, y no suele morir de un solo golpe.



*24 de mayo.*

Estoy rodeado de periódicos y folletos, llegados recientemente de Europa, y que han tenido la atención de prestarme los embajadores de Austria y de Francia. Después de haber estado leyendo todo el día, me he confirmado en las ideas con que salí de Europa. Los sucesos siguen enteramente la marcha que han formado las previsiones políticas, fundadas en la analogía histórica y filosófica, acerca de los negocios en este hermoso siglo. La Francia tan conmovida, se apacigua ya; y la Europa inquieta, pero tímida, la mira con envidia y encono: no se atreve á oponerse, y conoce por instinto que perdería quizá el equilibrio si hiciese un movimiento. No he creído jamás que la revolución de julio pudiese ocasionar la guerra; era menester que la Francia se abandonase á consejos insensatos para atacar; y no siendo ella la agresora, la Europa no podía precipitarse voluntariamente en el foco revolucionario en que se abrasaría el que lo quisiese sofocar. El gobierno de julio ha prestado un gran servicio á la Francia y á la Europa, por solo el hecho de haber reprimido el espíritu belicoso de la nación después de los tres días de la revolución; de otro modo, la Francia y la Europa eran perdidas. Carecíamos de ejército y de espíritu público, porque este no existe sin la unanimidad; la guerra extranjera habría acarreado inmediatamente la guerra civil en el mediodía y en el occidente de la Francia, y por todas partes la persecución y el espolio: ningún gobierno se hubiera podido mantener en Pa-

rís contra el impulso revolucionario del centro; mientras que las divisiones militares improvisadas por un patriotismo sin direccion ni freno, hubieran corrido á perecer sobre nuestras fronteras del este: el mediodia hasta Lion hubiera enarbolado la bandera blanca; el occidente hasta el Loire resucitaría las guerrillas de la Vendée; las poblaciones manufactureras de Lion, Rouen y París, exasperadas por la miseria á que las reduciría la cesacion del trabajo, hubieran estallado en el centro, habrian marchado en masas indisciplinadas sobre París y las fronteras, escogiéndose gefes sin experiencia, y dictándoles caprichos en vez de planes de campaña. La propiedad y el comercio, la industria y el crédito, todo pereceria á la vez, y hubiera sido necesario emplear la violencia para realizar empréstitos y cobrar contribuciones. Se ocultaría el oro, se hubiera perdido el crédito; la desesperacion provocaría la resistencia, y esta la espoliacion, los asesinatos y los suplicios populares, y una vez abierta esta via sangrienta, daria por resultado la anarquía, la dictadura ó desmembramiento de la nacion. Todo esto ademas se hubiera complicado con movimietos imprevistos y espontáneos de algunas potencias de Europa. La España, la Italia, la Polonia, las fronteras del Rhin y la Bélgica, se hubieran encendido ó simultánea ó sucesivamente, y la Europa se hubiera visto acometida por una série de isurrecciones y represiones que cambiarían á cada instante el aspecto de las cosas. Estábamos mal preparados para entrar en otra guerra de treinta años, y el genio de la civilizacion lo ha evitado; ha sucedido, pues, lo que debia suceder: nose entrará en

una lucha antes de estar preparados al combate y antes de haber reconocido las fuerzas, haberlas contado, pasado revista, y colocado en orden de batalla. De este modo la lucha será regular, tendrá resultas calculadas y previstas, y no será como hubiera sido un ataque nocturno.

Desde lejos se ven las cosas mejor, porque los numerosos detalles no distraen la vista, y se distinguen con mas claridad los objetos principales. He aquí por qué los profetas y los que inspiraban los oráculos, vivian solos y alejados del mundo; eran hombres sábios, estudiaban las cosas en conjunto, y las pequeñas pasiones del dia no alteraban su juicio. Un hombre político debe apartarse muchas veces de la escena en que se representa el drama de su tiempo, si quiere juzgar de él y prever su resultado. El predecir es imposible, porque solo Dios sabe lo que ha de suceder; pero la prevision es posible aunque sea falible porque es el resultado del cálculo prudente.

Suelo preguntarme muchas veces á mi mismo adonde irá á parar este gran movimiento de los ánimos y de los acaecimientos, que nacido en la Francia agita el mundo, y por grado ó por fuerza arrastra en su torbellino á todas las naciones. No soy ciertamente de aquellos que solo ven en este movimiento el movimiento mismo; esto es, el tumulto y el desorden de las ideas, y que creen el mundo moral y político en una de esas convulsiones morales, que preceden á la descomposicion y á la muerte; yo lo miro como un doble movimiento de descomposicion y de organizacion á la vez: el espíritu creador trabaja, á medida que destruye el espíritu destructor: una fe reemplaza á otra;



una forma sustituye á otra forma; y por todas partes en donde se desploma lo antiguo, lo nuevo se encuentra preparado y se presenta detrás de las ruinas. La transición es lenta y áspera como todas las transiciones, en las que se encuentran en pugna los hábitos, las pasiones y los intereses de los hombres, y en las que, ó las naciones diversas ó las clases sociales marchaban con paso desigual, ó en las que unos quieren obstinadamente el retroceso mientras que adelantan las masas. En estos casos hay siempre confusion, polvo, ruinas, y hasta oscuridad algunos momentos; mas tambien de tiempo en tiempo disipa el viento la nube de polvo que ocultaba el camino y el objeto, y los que se hallan á la elevacion de una altura, distinguen la marcha de las columnas, reconocen el terreno del porvenir, y ven al sol naciente iluminar vastísimos horizontes!

*25 de mayo.*

Esta noche me he sentado solo á la luz de una esplendente luna que se reflejaba en el mar de Mármara y aun sobre las moradas líneas de las perpétuas nieves del Olimpo, bajo los cipreses de la escalera de los muertos. Estos cipreses, que dan sombra á los innumerables sepulcros de los musulmanes, y que bajan desde las alturas de Pera hasta el mar, están intermediados de sendas mas ó menos rápidas, que suben desde el puerto de Constantinopla á la mezquita de los dervices que dan vueltas. No pasaba nadie á esta hora, por este sitio y uno podia figurarse estar á cien leguas de una gran ciudad, si tantos ruidos confusos arrasados por el viento no hubiesen venido á morir en

las temblorosas ramas de los cipreses. Todos estos rumores se disminuían y debilitaban por lo avanzado de la hora, los cantos de los marineros en los buques, los golpes de los remos de los caiques, los sonidos de ásperos instrumentos, los tambores de los cuarteles y de los arsenales, los cantos de las mujeres que adormían sus niños en sus ventanas enrejadas, el prolongado murmullo de las calles concurridas y de los bazares de Galata; alguna vez el grito de los muetzelines, lanzado desde los altos minaretes, y el cañonazo de la retreta, que disparado en la escuadra anclada á la entrada del Bósforo, retumbaba en las sonoras paredes de las solitarias mezquitas, se engolfaba en el tranquilo lago del Cuerno de Oro, y resonaba bajo los sáuces apacibles de las dulces aguas de Europa: todos estos ruidos se iban confundiendo en un rumor sordo é indeciso, y formaban como una música armoniosa, en la que los acentos humanos, la respiracion sofocada de una gran ciudad que duerme, se mezclaban sin que pudiesen distinguirse con los de la naturaleza, el murmullo lejano de las olas, y los soplos del viento que encorbaba las copas de los cipreses. Estas impresiones eran fuertes y poderosas para una alma poética. Todo se mezclaba allí: el hombre, la naturaleza y la sociedad; la agitacion interior y el melancólico reposo del pensamiento. No sabe uno si participa mas de este gran movimiento de los seres animados, que gozan ó padecen en el tumulto de las voces que se elevan, ó en esta paz nocturna de los elementos que murmuran tambien, y elevan el alma sobre las ciudades y los imperios en la simpatía de la naturaleza.

Avanzaba ante mis ojos, como un cabo formado de bosques entre dos mares, el dilatado arroyo que forma una isla casi ennegrecida por los cipreses y los plátanos. Las antiguas murallas del palacio de Amurath se destacaban como una roca del verde de los plátanos, y la luna iluminaba infinitud de kioscos. Yo tenía á mi vista y en el pensamiento toda la escena, en donde tantos dramas funestos y gloriosos se han representado hace siglos; y todos estos dramas se ofrecían á mi memoria con sus personajes y sus huellas de sangre ó de gloria.

Veía salir del fondo del Cáucaso una horda impulsada por ese instinto de peregrinacion de los pueblos conquistadores, semejante al de las abejas que salen del tronco de un árbol para difundir nuevos enjambres. Veía el rostro patriarcal de Othman en medio de sus tiendas, estendiendo su pueblo por el Asia menor, adelantando sucesivamente hasta Brussa, muriendo en los brazos de sus hijos, que eran sus tenientes, y diciendo á Orchan: «Muerdo sin sentimiento, porque dejo un sucesor como tú; marcha á propagar la ley que ha ido á buscarnos á la Meca desde el Cáucaso: sé caritativo y clemente como ella; que así es como los príncipes atraen sobre sus pueblos la bendicion del cielo. No dejes mi cuerpo en esta tierra, que no es para nosotros mas que un camino, y sepulta mis despojos mortales en Constantinopla y en el lugar que señalo al morir.»

Orchan, hijo de Othman, algunos años despues estaba acampado en Scutari, sobre esas mismas colinas oscurecidas por el bosque de los cipreses. El emperador griego Cantacuceno, obli-



gado por la necesidad, le dió á su hermosa hija Teodora por quinta mujer para su serrallo: la jóven princesa, al son de armoniosos instrumentos, atravesaba ese brazo de mar, sobre el que está flotando la escuadra rusa, é iba cual una víctima á inmolarse inútilmente para dilatar algunos dias la caída del imperio. Bien pronto los hijos de Orchan se acercaron á la costa, seguidos de algunos soldados valientes, construyeron en una noche tres balsas ó almadias sostenidas con vejigas de bueyes llenas de aire, pasaron el estrecho á favor de las tinieblas y á beneficio del descuido de los centinelas griegos, que se hallaban dormidos. Un labrador que salía al amanecer para ir á su trabajo, encontró á los otomanos estraviados, les indicó la entrada de un subterráneo que conducía á lo interior del castillo, y los turcos pusieron el pie en una fortaleza de Europa.

Mahomet II despues de cuatro reinados, decia á los embajadores griegos: «*Yo no emprendo nada contra vosotros: el imperio de Constantinopla está limitado á sus murallas.*» Pero Constantinopla con estos límites desvelaba al Sultan, el cual envió á llamar á su Visir, y le dijo: «*Quiero el imperio de Constantinopla: no puedo conciliar el sueño sobre esta almohada, Dios quiere darme la dominación de los romanos.*» En su brutal impaciencia metió su caballo entre las olas que amenazaban tragárselo. El dia del último ataque dijo á sus soldados: «*Yo no me reservo mas que la ciudad: el oro y las mujeres son para vosotros; y el gobierno de la mejor provincia, para el primero que suba á sus murallas.*» Toda aquella noche la tierra y el mar estuvieron iluminados por una muchedumbre de fue-

:

gos que reemplazaban la luz del día: pues tanta era la impaciencia otomana porque llegase el día en que debían apoderarse de su presa.

El valiente y desgraciado Constantino en aquella misma noche, la última de su vida, fué á orar y á recibir la comunión con lágrimas en los ojos, bajo la grandiosa cúpula de Santa Sofía: al amanecer del 29 de mayo de 1453 salió á caballo entre los gemidos de su familia, y fué á morir como un héroe sobre la brecha de su propia capital.

Después, á pocas horas, las puertas de Santa Sofía caían hechas astillas á los golpes del hacha otomana. Los ancianos, las mujeres, casadas y solteras, los frailes y las monjas llenaban esta vasta basílica, en que se habían refugiado, y el suelo, las capillas, las galerías, los subterráneos, las inmensas tribunas y las plataformas, no bastaban á contener la población de una ciudad entera. Un último y doloroso grito se lanzó de este templo hácia el cielo, como si fuese un suspiro del agonizante cristianismo; y en pocos momentos sesenta mil ancianos, mujeres y niños, sin distinción de rango, ni de edad, ni de sexo, fueron atados de dos en dos, los hombres con cuerdas y las mujeres con sus velos ó cinturones. Estas parejas de esclavos se hacinaron en los buques, y llevadas al campo otomano, fueron insultadas, vendidas y cambiadas como ganado vil. Nunca resonaron lamentaciones semejantes en las dos costas de Europa y de Asia: las mujeres se separaban para siempre de sus esposos, y los hijos de sus madres; los turcos enviaban por caminos diferentes al interior del Asia este vivo botín de su conquista.

Constantinopla sufrió ocho horas de saqueo:

despues entró Mahometo II por la puerta de San Roman, rodeado de sus visires, de sus pachás y guardias; se apeó delante del vestibulo de Santa Sofia; castigó con su yagatan á un sodado que derribaba los altares, y no quiso destruir nada. Convirtió esta iglesia en mezquita; y un muetze-lin subió por la vez primera á esa misma torre, en que yo le estaba oyendo llamar á los musulmanes á la oracion, bajo una forma distinta de la de la vispera de aquel dia fatal. Desde allí se dirigió Mahometo al palacio desierto de los emperadores griegos, y recitó al entrar los siguientes versos persas.

*!La araña fabrica su tela en el palacio de los emperadores, y el mochuelo entona su canto nocturno sobre las torres de Erasiab!*

Aquel mismo dia se halló el cuerpo de Constantino bajo un monton de cadáveres. Los genizaros habian oido esclamar á un griego magníficamente vestido, que luchaba con las agonías de la muerte: «¿No se hallará un cristiano que me quite la vida?» y le habian cortado la cabeza. Dos águilas bordadas de oro sobre sus borceguíes, y las lágrimas de algunos griegos leales, no dejaron duda de que este soldado desconocido fuese el valiente y desgraciado Constantino. Su cabeza fué espuesta al público para quitar á los vencidos toda duda sobre su muerte, y toda esperanza de verlo aparecer; pero despues fué sepultado con todos los honores debidos al trono, al heroismo y á la muerte.

No abusó Mahometo de la victoria: la tolerancia religiosa se manifestó en sus primeros actos: dejó á los cristianos sus iglesias y la libertad del



culto público, y mantuvo en sus funciones al patriarca griego; sentado en su trono, entregó por sí mismo el cayado pastoral al fraile Gennadio, y le regaló un caballo suntuosamente enjaezado. Los griegos se retiraron á Italia, adonde llevaron consigo el gusto por las disputas teológicas, la filosofía y las letras. Estinguida la llama en Constantinopla, saltaron las chispas mas allá del Mediterraneo, y se volvió á encender en Florencia y en Roma. Durante un reinado de treinta años, que fué una continuada conquista, Mahometo II añadió al imperio doscientas ciudades y doce reinos; murió en medio de sus triunfos, y recibió el título de Mahometo el Grande. Su memoria reina aun ahora en los últimos años del pueblo, á quien estableció en Europa, y que no debe tardar en retirarse al Asia, donde encontrará su sepulcro. Este príncipe tenía la tez de los tártaros, el rostro esplendente, los ojos hundidos, la mirada profunda y penetrante, y todas las virtudes y los crímenes que le prescribía la política.

Bayaceto II, el Luis Onceno de los otomanos, hizo arrojar sus hijos al mar; derribado del trono por Selim, se fugó con sus mujeres y sus tesoros, y murió de un veneno preparado por su hijo. Selim fué el que mandó ahogar á su visir, por haberle preguntado dónde queria que se colocasen sus tiendas: su sucesor le hizo la misma pregunta, y sufrió igual suerte; mas el tercero, sin preguntarle nada, las hizo colocar en los cuatro puntos cardinales del globo, y cuando Selim preguntó dónde estaba su campo, le respondió: *en todas partes: tus soldados te seguirán á cualquiera punto que dirijas tus armas. He aquí, contestó el terrible Sultan, co-*

*mo se me debe servir.* Conquistó el Egipto, y sentado sobre un trono magnífico, levantado á la orilla del Nilo, hizo traer á su presencia á toda la raza de los opresores de este hermoso pais, é hizo asesinar en su presencia veinte mil mamelucos, cuyos cuerpos fueron arrojados al rio. Todos estos horrores no los cometia por una crueldad personal, sino por el sentimiento de fatalismo que le hacia creerse investido de una mision divina; y para cumplir la voluntad de Dios, de que se figuraba instrumento, miraba el mundo como su conquista, y á los hombres como el polvo que pisaban sus pies.

Aquella misma mano, teñida con la sangre de tantos millares de hombres, escribía versos llenos de resignacion, de filosofía y dulzura. Todavía subsiste la lápida de mármol en que escribió estas sentencias.

*«Todo viene de Dios; este nos da ó nos niega segun su voluntad, lo que le pedimos. Si alguno pudiese hacer algo por si, sobre la tierra, seria igual á Dios.»*

Y mas abajo se lee lo que sigue:

*»Selim, el servidor de los pobres, ha escrito estos versos.»*

Fué conquistador de la Persia, y al tiempo de morir mandó hacer muchas restituciones á sus familias arruinadas por la guerra. Su sepulcro está colocado al lado de Mahometo II con este orgulloso epitafio:

*El Sultan Selim ha pasado en este dia al reino de la eternidad, dejando á Soliman el imperio del mundo.*

Entre las altas cúpulas de las mezquitas veía

yo brillar la de Soliman, que es una de las mas soberbias de Constantinopla. Acababa de perder al hijo primogénito que habia tenido de la célebre Rojelana, y esta mezquita presenta un interesante testimonio del dolor de este príncipe, pues para honrar la memoria de su hijo, dió libertad á una muchedumbre de esclavos de ambos sexos, con el fin de asociar tantas simpatías á su dolor. ¡Pero ay! Pronto las cercanías de esta misma mezquita fueron la escena de un drama terrible. Irritado Soliman contra Mustafá, hijo suyo habido en otra mujer, hizo venir al Muphti, y le preguntó: ¿Qué pena merece Zair, esclavo de un negociante de la ciudad, el cual habiéndole confiado su señor durante un viaje su esposa, sus hijos y sus tesoros, Zair ha puesto en desórden sus negocios, trató de seducir á su mujer, y ha tendido redes á sus hijos?

El Muphti escribió: el esclavo Zair merece la muerte: Dios sea sobre todo.

Armado Soliman con tal respuesta, llamó á su campo á Mustafá; fué este á el, acompañado de Zeangir, hijo de Rojelana, el cual lejos de participar del odio de su madre, profesaba á su hermano Mustafá la mas tierna amistad. Llegado delante de la tienda de Soliman, fué desarmado, y entró solo en el primer recinto, en que reinaba una completa soledad y el mas triste silencio: cuatro mudos se arrojaron sobre él y pugnaron por ahogarle; pero se defendió, los rechazó, y estaba próximo á escapar y llamar en su socorro al ejército que le adoraba; mas Soliman que observaba oculto la lucha de los mudos con su hijo, levantó una punta de la cortina de la tienda, y les lanzó



una mirada de furor; los mudos, aterrados se levantaron entonces, acometieron de nuevo al príncipe y lo estrangularon. Su cuerpo fué espuesto delante de la tienda del Sultan; Zeangir espiró de sentimiento sobre el cuerpo de su hermano, y el ejército contempló con terror la implacable venganza de una mujer que prevalida del amor de Soliman, ejercía sobre él tan tiránico dominio. Mustafá habia dejado un hijo de diez años: Rojelana, no satisfecha aun, arrancó al Sultan la orden de darle muerte: se envió un comisionado secreto para burlar la vigilancia de la madre de este niño, y se imaginó un pretesto para llevarlo á una casa de campo, á poca distancia de Brussa. El jóven príncipe iba á caballo delante de la litera de su madre; la litera se rompió, el príncipe se adelantó seguido del eunuco que llevaba la orden fatal, y apenas entró en casa le detuvo, y presentándole el cordon le dijo: *«El Sultan quiere que murais al instante.»* El príncipe respondió con serenidad: *«Esta orden me es tan sagrada como si viniese de Dios;»* y ofreció su cuello al verdugo. Cuando llegó la madre, encontró al umbral de la puerta el cuerpo todavía palpitante de su hijo. La pasion insensata de Soliman por Rojelana, llenó el serrallo de mas crímenes que el palacio de Argos.

La muerte del primer sultan me fué recordada por la vista del castillo de las siete torres: aquel fué inmolado por los genizaros. Arrastrado Othman del edificio, fue asesinado por el Visir Dand, el cual pocos dias despues, fué conducido tambien á las siete torres; se le quitó el turbante; se le hizo beber en la misma fuente, en que habia

bebido el desgraciado Othman, y fué ahogado en el mismo aposento en que habia asesinado á su amo. Un soldado adá de los genizaros habia puesto la mano sobre Othman; su empleo fué abolido, y desde entonces hasta la reciente estincion de este cuerpo, cuando un oficial nombraba el setenta y cinco de los adás, otro oficial respondía: »Perezca la voz de ese adá: la voz de ese adá quede estinguida para siempre.»

Los genizaros arrepentidos de la muerte de Othman, depusieron á Mustafá, y fueron al serrallo á pedir de rodillas un niño de doce años. Este jóven sultan, vestido con un traje de tela de plata, con el turbante imperial en la cabeza, sentado en un trono portátil, y llevado en hombros de cuatro oficiales genizaros, fué paseado y rodeado del pueblo; así comenzó su imperio Amurath IV, digno del trono: subió antes de edad por una sublevacion, y por el arrepentimiento de otra.

Aquí terminaron los dias de gloria del imperio otomano. La ley de Soliman, que disponía que los hijos de los Sultanes estuviesen presos en el serrallo entre las mugeres y los eunucos, enervó la sangre de Othman, y puso el imperio á la merced de las intrigas de los eunucos y á las sublevaciones de los genizaros. De vez en cuando se veian descollar algunos caracteres; pero eran impotentes, porque se habian habituado muy temprano á carecer de voluntad. Por mas que digan en Europa, es evidente que este imperio ha caido; y que aunque saliese un héroe, no podria darle mas que una apariencia de vida.

El serrallo abandonado por Mahamud es actualmente un sepulcro brillante; ¡qué interesante

y dramática sería su historia, si la pudiesen referir sus paredes! Uno de los mas graves y amables personajes de este misterioso drama, sería el desgraciado Selim, que depuesto y aprisionado en el serrallo, por no haber querido derramar la sangre de sus sobrinos, llegó á ser preceptor del actual Sultán Mahamud. Selim era filósofo y poeta: el preceptor habia reinado, y el discípulo debia reinar. Durante esta larga cautividad de los dos príncipes, Mahamud se exasperó un día por la negligencia de un esclavo, y le dió un bofetón, «!Ah Mahamud, exclamó Selim, cuando hayais pasado por la fragua del mundo, no os arrebatáreis de modo! ¡Cuándo hayais sufrido como yo, no sabréis compadeceros de los padecimientos ajenos aunque sean los de un esclavo!»

Selim sufrió hasta el último aliento la mas infausta suerte: Mustafá Baraitar, uno de sus mas fieles pachás, se armó en su defensa, llegó hasta Constantinopla, y se presentó á las puertas del serrallo. El Sultán Mustafá, entregado á los placeres, se hallaba á la sazón en uno de sus kioscos sobre el Bósforo: los bostangis defendieron las puertas: Mustafá entró en el serrallo, y mientras, Baraitar derribaba las puertas con su artillería pidiendo que le entregasen á Selim, este desgraciado príncipe fué muerto á puñaladas por el Kislar-agá y sus eunucos. El Sultán-Mustafá hizo arrojar su cuerpo á Baraitar el cual se precipitó sobre el cadáver de Selim, lo cubrió de besos, y lo inundó de lágrimas. Entre tanto se buscó á Mahamud, que estaba oculto en el serrallo, y se temió que Mustafá hubiese derramado en él la última gota de sangre de Othaman: le hallaron escondido



detrás de un rollo de alfombras en un oscuro rincón; y cuando creía que lo iban á inmolar, lo colocaron sobre el trono, y Baraitar se prosternó á sus pies. Las cabezas de los partidarios de Mustafá fueron cortadas y espuestas al público sobre las murallas, y sus mujeres cosidas en sacos de cuero fueron arrojadas al mar. Poco tiempo despues se convirtió Constantinopla en un campo de batalla. Los genizaros, sublevados contra Baraitar, volvieron á pedir por Sultán á Mustafá, á quien la clemencia de Mahamud habia dejado la vida: el serrallo fué sitiado, y el incendio devoraba la mitad de Stambul: los amigos de Mahamud pidieron á este con instancia la muerte de Mustafá su padre, único remedio que podía salvar la vida del Sultán: la sentencia espiró en sus labios; y cubierta la cabeza con un chal, se tendió en un sofá. Entonces se aprovecharon de su silencio: Mustafá fué ahogado; y Mahamud, único retoño de Othaman, llegó á ser inviolable y sagrado para todos los partidos. Baraictar habia muerto entre las llamas, combatiendo alrededor del serrallo, y Mahamud comenzó su reinado.

La plaza del Ameitdan, aparecía ennegrecida, detrás de las blancas paredes del serrallo: ella me recordaba la accion mas grande de este príncipe que fué la estincion de los genizaros; pero esta medida, que podía por si sola rejuvenecer y reanimar el imperio, solo ha producido una de las mas sangrientas y lúgubres escenas que pueden leerse en los anales de los imperios. Mahamud la preparó como un político profundo, y la ejecutó como un héroe. Un accidente provocó la última revolucion.

Un oficial egipcio golpeó á un soldado turco, y los genizaros derramaron sus marmitas: el Sultán, instruido y preparado para todo, se encontraba con sus principales consejeros en uno de sus jardines sobre el Bósforo: acudió al momento al serrallo, y tomó el estandarte sagrado de Mahoma: el muphti y los ulemas, reunidos alrededor del estandarte, pronunciaron la abolición de los genizaros. Las tropas regulares y los fieles musulmanes se armaron y reunieron á la vez del Sultán, y este avanzó á caballo al frente de las tropas del serrallo. Los genizaros, reunidos sobre el Atmeidan le respetaron: él atravesó varias veces la amotinada muchedumbre, solo, á caballo y arrostrando la muerte; pero animado de ese valor extraordinario, que infunde una resolución decisiva: este debió ser ó el último día de su vida, ó el primero de su libertad y poder. Sordos á su voz los genizaros, se negaron á reconocer sus agás, y acudieron de todos los puntos de la capital en número de cuarenta mil. Las tropas fieles al Sultán, los artilleros y los hostangis ocuparon las avenidas de las calles vecinas al Hipódromo: el Sultán mandó hacer fuego, y los artilleros vacilaron: un oficial deturcado, llamado Kara-Djehennem, corrió á uno de los cañones, disparó su pistola sobre el cebo de la pieza, y el tiro metralla derribó á tierra los primeros grupos de los genizaros: estos retroceden; el cañon hizo fuego en todas direcciones sobre la plaza, y el incendio consumió los cuarteles. Prisioneros en tan estrecho espacio, perecieron á millares bajo las paredes desplomadas, y entre las llamas mismas; y la ejecución, que comenzó desde luego, no acabó sino con el

último de los genizaros, ciento veinte mil hombres alistados en este cuerpo en la capital solamente, fueron víctimas del furor del pueblo y del Sultán, y las aguas del Bósforo arrastraban sus cadáveres al mar de Mármara: los demas fueron confinados al Asia menor, y perecieron en el camino. El imperio quedó libre; y el Sultán, mas absoluto que ningun príncipe, no tuvo ya mas que esclavos obedientes: entonces podia regenerar el imperio; ahora es demasiado tarde; su genio no se halla á la altura de su valor: la hora de la decadencia del imperio otomano ha sonado como sonó la del imperio griego, y á Constantinopla la espera otro destino.

Desde allí veía yo la escuadra rusa, como el campo del ejército de Mahometo II, estrechar cada dia mas á la ciudad y al puerto; el fuego de los bivaques de los kalmuscos me parecia ver resplandecer sobre las colinas del Asia. Los griegos volverán con el nombre y los trages de los rusos: solo la Providencia sabe el dia en que tendrá lugar el último asalto dado por ellos á los muros de Constantinopla, que ahora constituyen el imperio, y en que el humo, el fuego y las ruinas obstruirán la espléndida ciudad, entregada delante de mí á su profundo y último sueño!

El mas hermoso punto de vista de Constantinopla se halla sobre nuestro aposento en lo alto de un miramar edificado por Mr. Truqui, dominando el terrado de su casa. Este miramar se eleva sobre todo el grupo de las colinas de Pera, de Galata, y de los collados que dominan el puerto por el lado de Aguas dulces, cual un águila con su vuelo por encima de Constantinopla y del mar. La Europa,



la Asia, la entrada del Bósforo, todo se abarca con la vista desde aquí, pues está la ciudad á sus pies. Si el globo se pudiese abrazar con una mirada, este es el punto en el cual se debería uno colocar para tender la vista; cada vez que yo subia, y eran muchas al dia, pasaba las horas enteras y me asombraba de que de tantos viajeros como han ido á Constantinopla no se haya deslumbrado ninguno al aspecto de esta escena y no la haya descrito. ¿Será que la palabra carece de espacio y colores, y porque el ojo no tiene mas lenguaje que la pintura? Mas tampoco la pintura la ha copiado: ha trazado, es verdad, líneas muertas, escenas truncadas, y colores sin vida; pero las innumerables gradaciones, y la variedad de los tintes, segun la hora y el cielo; el armonioso conjunto y la grandeza colosal de las líneas; los movimientos; los términos y los enlaces de estos diversos horizontes; el movimiento de las velas sobre los tres mares; el ruido de vida de estas poblaciones entre las costas; el estampido de los cañonazos disparados por los buques; los pabellones que en tantas direcciones se mueven ú ondean sobre los palos; la infinidad de los caiques; la reverberacion vaporosa de las cúpulas, de las mezquitas, y de los minarettes en el mar, ¿dónde está todo esto?

Galata y Pera, y tres ó cuatro colinas mas, bajaban hasta el mar desde el punto en donde me hallaba, cubiertas de pueblos, cuyas casas se veian en unos pintadas de color encarnado, y en otros de negro, con muchas cúpulas azules, que cortaban é interrumpian estos diversos y oscuros tintes: entre cada cúpula se descubrian grupos de verdor, formados por plátanos, higueras, y cipre-

ses de los pequeños huertos contiguos á las casas: entre estas mismas casas habia algunos espacios vacios, los cuales eran campos cultivados y jardines, en los que se veían las mujeres turcas, veladas con sus negros cendales, jugando con sus niños y sus esclavos á la sombra de los árboles: nubes de tórtolas y de blancas palomas volaban por el azulado espacio sobre estos jardines y techos, y se destacaban cual flores blancas mecidas por el viento sobre el azul del mar, que formaba el fondo del cuadro. Se veían las calles que bajaban serpenteando hácia el mar, y mas abajo el movimiento de la poblacion en los bazares, ligeramente sombreados por un velo trasparente de humo. Los pueblos y los barrios de la ciudad estaban separados los unos de los otros por promontorios de verdura, coronados de palacios de madera pintados, de kioscos de diferentes formas, ó por profundas gargantas, en las que se perdía la vista entre las raíces de los collados, y de los que salian solamente las copas de los cipreses y las agudas flechas de los minaretes.

Cuando la vista llegaba al mar, se estraviaba sobre su cerúlea superficie en un laberinto de buques anclados ó á la vela. Los caiques, como acuáticos pájaros, nadaban, ya en grupos, ya aislados sobre el canal, y se cruzaban en todas direcciones, yendo de Europa al Asia, ó de Pera á la punta del serrallo. Algunos buques de guerra pasaban á todo trapo, y desembocaban del Bósforo, saludando al serrallo con sus andanadas, cuyo humo los envolvía un instante: despues salian resplandeciendo con la blancura de las velas; y doblaban los altos cipreses y los anchurosos plá-

tanos, para entrar en el mar de Mármara, á una inmediacion que parecia roce total

Otros buques de guerra que componian la escuadra del sultán, estaban anclados en número de treinta ó cuarenta á la entrada del Bósforo: sus moles inmensas imprimian una sombra sobre las aguas por el lado de tierra: solo se veian cinco ó seis; el collado y los árboles ocultaban una parte de los demas, cuyos altos costados, palos y vergas, que parecian entrelazados con los cipreses, formaban una avenida ó camino circular, que se dirigia hácia el fondo del Bósforo. Allí los montes de la costa opuesta ó de Asia, que formaban el fondo del cuadro, y se elevaban á mayor altura, y con mas verdor que los de Europa, estaban coronados de bosques, y estos penetraban en sus gargantas ó aberturas: sus cumbres, cultivadas y llenas de jardines, ostentaban solitarios kioscos, galerías, pueblos, y mezquitas circundadas de cortinas de árboles: sus bahías estaban llenas de buques anclados, de caiques al remo, y de barquichuelos con velas. La gran ciudad de Scutari se extendía á sus pies sobre una ancha costa dominada por cumbres frondosas, y ceñida de un bosque de cipreses. Una fila no interrumpida de caiques y barcas cargadas de asiáticos soldados, de caballos ó labradores griegos, traían sus legumbres á Constantinopla, y entre Scutari y Galata se abria sin cesar esta fila, para dar paso á otra de buques mayores que entraban del mar de Mármara.

Tornando á la costa de Europa por el otro lado del canal del Cuerno de Oro, el primer objeto que se ofrece á la vista despues de haber pasado el canal, es la punta del serrallo. El término es el



mas magestuoso , variado , magnifico y silvestre á la vez.

La punta del serrallo se adelanta como un promontorio, ó un cabo aplastado, entre los tres mares, enfrente del Asia; y este promontorio, sobre el mar de Mármara, hasta el gran kiosco del sultan, enfrente de la esfera de Pera, tendrá una circunferencia de tres cuartos de legua; es un triángulo, cuya base es el serrallo, cuyo vértice se introduce en el mar, y cuyo lado mas estenso da sobre el puerto interior, ó canal de Constantinopla. Desde el punto en que yo estaba, dominaba enteramente este triángulo, el cual era un bosque de gigantescos árboles, cuyos troncos descuellan como columnas sobre los muros y los terrados del recinto, y estienden sus ramas sobre los kioscos, baterías y barcos del mar. Estos bosques de un verde oscuro, alternan con campos de menuda yerba de un verde mas claro, con los terraplenes esmaltados de flores, con las balaustradas y los graderios de mármol, con las doradas y plomizas cúpulas, con los minarates tan delgados como los palos de los buques, y con las anchas cúpulas de los palacios de las mezquitas, y de los kioscos que circundan en estos jardines, cuya vista tiene alguna semejanza á la que ofrecen los terraplenes, las pendientes y los palacios de San Cloud, cuando se miran desde la orilla opuesta del Sena, ó desde las colinas de Mendon; pero estos sitios campestres están rodeados del mar por tres lados y dominados en el cuarto por las cúpulas de las numerosas mezquitas, y por un laberinto de casas y calles, que constituyen la verdadera Constantinopla ó ciudad de Stambul. La mezquita de

Santa Sofía, que equivale á la de San Pedro de la Roma de Oriente, levanta su cúpula gigantesca y magnífica por encima y á corta distancia de los muros del serrallo. Este templo es una informe colina de piedras hacinadas, coronada por una media naranja, que resplandece al sol como un mar de plomo. Mas lejos las mezquitas modernas de Achmet, de Bayaceto, de Soliman y de Sultania se lanzan hácia el cielo con sus minaretes, alternados de galerías moriscas; los cipreses tan corpulentos como las columnas de los minaretes los acompañan, contrastando sus oscuros follages con el brillo resplandeciente de los edificios.

En la cumbre de la aplastada colina de Stambul se distinguen entre las paredes de las casas y los minaretes, tantas veces indicados, una ó dos colinas ennegrecidas por los incendios, y bronceadas por el tiempo, las cuales son los restos de la antigua Bizancio, que quedan en pie sobre la plaza de Hipódromo ó del Ancredan. Allí se estienden tambien las prolongadas líneas de muchos palacios del sultan ó de sus visires, y el divan con su puerta, que ha dado nombre al imperio, se halla en este grupo de edificios: mas arriba se desprende con aspereza sobre el horizonte azulado del cielo, una grandiosa mezquita que corona la colina y que mira á los dos mares: su dorada cúpula, herida por los rayos del sol, parece reflejar un incendio, y la transparencia de las cúpulas y paredes, guarnecidas de galerías aéreas, le dan la apariencia de un monumento de plata ó de azulada porcelana. Por este lado concluye el horizonte, y la vista vuelve á bajar sobre otras dos colinas cubiertas enteramente de mezquitas, de

palacios y de casas pintadas hasta el fondo del puerto, en donde el mar disminuye insensiblemente de anchura, y se pierde de vista en el valle bajo los árboles, semejante á los de Arcadia de las aguas dulces de Europa. Si con la vista se remonta el canal, se penetra con ella por entre los palos agrupados á la orilla de la escala de los muertos del arsenal, y bajo los cipreses que guarnecen los costados de Constantinopla, se ve la torre de Galata, edificada por los genoveses, que sale como el mastil de un buque de un océano de techos de casas, y blanquea entre la Galata y Pera, semejante aun mojon colosal entre dos ciudades que vuelve á descansar finalmente, sobre el tranquilo lago del Bósforo, incierto entre la Europea y el Asia. Estas son las líneas materiales del cuadro; pero si á estos rasgos, que hacen resaltar el paisaje sobre el cielo y el mar, se añaden las líneas negras de los montes del Asia, los bajos y vaporosos horizontes del golfo de Necomedia, las crestas del Olimpo y de Brussa, que se descubren detrás del serrallo, mas allá del mar de Mármara, y que cual nubes plateadas estienden en el firmamento sus vastisimas nieves: si á este magestuoso conjunto se añade la gracia y el colorido inesplicable de estos numerosos detalles; si se figura uno en la imaginacion los variados efectos del cielo, del viento y de las horas del dia sobre el mar y la ciudad; las flotas de buques mercantes desprenderse, como nubes de marítimos pájaros, desde la punta de los bosques sombríos del serrallo, tomar el centro del canal, é internarse en el Bósforo formando nuevos grupos; si los rayos del sol en su ocaso vienen á rasar las



copas de los árboles y las puntas de los minaretes, y á inflamar, como la reverberacion de un incendio, las rojizas murallas de Scutari y Stambul; si el viento, que ya se refresca ó calma y alisa la superficie del mar como un lago de plomo derretido, ó cubriendo de pliegues ligeros las aguas, parece estender sobre ellas las mallas de una dilatada red de plata; si el humo de los buques de vapor se eleva y gira por entre las grandes velas agitadas de los navios y fragatas del sultan; si el cañon disparado en la cubierta de los buques de la escuadra anuncia la oracion, y retumba bajo los cipreses del campo de los muertos; si los innumerables rumores de siete ciudades y millares de buques traídos por la brisa llegan hasta el punto en que el observador se halla; si se considera la pureza del cielo; que estos mares y puertos naturales son tan seguros y apacibles, que cada casa de estas costas es una bahía, en la que puede anclar un buque bajo las ventanas, y en donde se construyen y se botan al agua navios de tres puentes á la sombra de los plátanos de la costa; si uno medita que se encuentra en Constantino-*pla*, cuya ciudad es la reina de la Europa y del Asia, y en el punto preciso adonde estas dos partes del globo han venido á juntarse ó combatirse; si la noche sorprende á uno en esta contemplacion; si los faros de Galata, del serrallo y de Scutari se encienden juntamente con las luces de las popas de los buques; si las estrellas comienzan á aparecer en el firmamento y cubren las oscuras cumbres de los montes de la costa de Asia, las nieves del Olimpo, las islas de los principes, el collado del serrallo, y las colinas de Stambul, como una re-

decilla de perlas, en la que parece la naturaleza nadar; y finalmente, si la luz suave de la luna ilumina bastante para distinguir las grandes masas de este cuadro, borrando ó debilitando los detalles: entonces se disfruta á todas las horas del dia y de la noche del mas delicioso espectáculo que puede ofrecerse á la vista del hombre: la embriaguez de los ojos se comunica al pensamiento, y los ojos y el alma se deslumbran á un tiempo. He aquí el espectáculo de que he gozado todos los dias y todas las noches por espacio de un mes.

Habiendome propuesto el embajador de Francia que le acompañase á la visita, que los embajadores llegados nuevamente tienen derecho de hacer á Santa Sofía, me he colocado á las ocho de la mañana en una puerta de Stambul que da al mar, detrás de los muros del serrallo. Uno de los oficiales de S. A. nos esperaba sobre la costa, y nos ha conducido á su casa, donde nos tenia preparado el desayuno. Las salas eran muchas y estaban adornadas con elegancia; pero sin otros muebles que divanes y pipas; los primeros estaban arriados á las ventanas que dan al mar de Mármara. El desayuno fué servido á la europea, y solamente eran nacionales los manjares, que fueron muchos, esquisitos y enteramente nuevos para nosotros. Despues han pasado las señoras á ver las mujeres del coronel turco, encerradas este dia en un aposento inferior; pues el harem ó habitacion de las mujeres era en donde se nos habia recibido. Todos estábamos provistos de habuchas de tafílete amarillo para calzarnos al entrar en la mezquita, porque debiendo quitarnos allí las botas, hubiera sido preciso ir con los pies descalzos.

Hemos entrado en el primer patio de la mezquita por entre las guardias que apartaban el concurso, reunido para vernos, y los rostros de los osmanlis tenian el aspecto del recelo y descontento, porque los celosos musulmanes miran como una profanacion la entrada de los cristianos en sus templos. Despues de haber entrado cerraron las puertas de la mezquita.

La gran basilica de Santa Soffa, edificada por Constantino, es uno de los mas colosales edificios que el génio del cristianismo ha levantado sobre la tierra; pero respira la barbarie del arte que ha precedido á su maciza construccion de piedra, en un tiempo de decadencia y corrupcion; ahora ofrece un recuerdo confuso y grosero de un gusto que no existe, y que es un boceto informe, ó un ensayo del arte. El templo está precedido por un ancho y largo peristilo cubierto y cerrado, como el de San Pedro de Roma: el recinto interior está separado del vestibulo por columnas de granito de una elevacion prodigiosa; pero que encajonadas en las paredes forman parte de ellas. Una gran puerta da entrada al interior, y el recinto de la iglesia está adornado á sus lados con soberbias columnas de pórfido, de granito egipcio, y de mármoles preciosos; estas columnas, de espesor, proporciones y órdenes diversos, son evidentemente ruinas tomadas de otros templos, y colocadas allí sin simetría ni gusto, del mismo modo que los bárbaros sostienen una mala techumbre con mutilados fragmentos de grandes palacios. Pilares gigantescos de mampostería vulgar sostienen una cúpula aérea, como la de San Pedro, cuyo efecto es tan magestuoso cuando menes. Esta cúpula,



vestida en otro tiempo de mosaicos, que figuraban cuadros sobre la bóveda, ha sido pintada de amarillo cuando Mahometo II se apoderó de Santa Sofía para hacer una mezquita. En algunas partes ha caído este nuevo enyesado, y se descubre el antiguo adorno puesto por los cristianos. Al rededor de la basílica, y á la altura del nacimiento ó arranque de la bóveda, corre una galería circular unida á las tribunas: desde allí el aspecto del edificio es hermoso, pero vasto, sombrío, sin adorno, con las bóvedas estropeadas y sus bronceadas columnas; parece el interior de un inmenso sepulcro, cuyas reliquias han sido dispensadas: así es que inspira terror, silencio y meditacion sobre la inestabilidad de las obras del hombre, que edifica monumentos para un objeto, que la pluma ó el sable destinan á otro. En el actual estado la mezquita de Santa Sofía parece un omnibus del culto: allí se ven las columnas del templo de Efeso, y las imágenes de los apóstoles con sus aureolas doradas sobre la bóveda, que miran las lámparas colgadas del imán. Cuando salimos de Santa Sofía fuimos á ver las siete mezquitas principales de Constantinopla, que son menos grandes, pero infinitamente mas hermosas. Se conoce que el mahometano tiene su arte peculiar, y que este es enteramente conforme á la sencillez de su idea: levanta templos sencillos, regulares y espléndidos, sin sombra para los misterios, y sin altares para sus víctimas. Estas mezquitas se parecen todas entre sí, con la diferencia de la estension y colorido; y están precedidas de patios y rodeadas de escuelas y habitaciones para los imanes (ministros del islamismo). Estos patios tienen árboles sober-

bios, y numerosas fuentes que los refrescan y alegran con el murmullo de sus aguas. Los minaretes de un trabajo admirable se levantan como cuatro límites aéreos, á las cuatro esquinas de la mezquita, y descuellan por encima de sus cúpulas; el cuerpo del minarete está rodeado á diversas alturas de pequeñas galerías circulares, con una baranda de piedra esculpida, y trepada como el encaje; all se coloca el muetzelin, que publica la hora y llama la ciudad al pensamiento constante del mahometismo; la oracion. Un pórtico con verjas y algunas gradas de elevacion conduce á la puerta del templo, cuadrado ó redondo recinto, coronado por una cúpula sostenida sobre elegantes piláres, ó hermosas columnas istriadas, y en uno de estos pilares apoyado el púlpito. El friso esta formado por versos del Koran, escritos sobre él con caracteres adornados, y las paredes pintadas de arabescos: hay muchos alambres que atraviesan la mezquita desde unos pilares á otros, y estos sostienen muchas lámparas, huevos de buitre colgados, y ramos de espigas ó de flores. Las baldosas del piso están cubiertas de esteras de junco, ó de ricas alfombras, y el efecto es sencillo y grandioso. Esto no es propiamente un templo, es una casa de oracion y de contemplacion, en la que se reunen los hombres para adorar al Dios universal y único. En el islamismo no existe lo que propiamente se llama culto, porque Mahoma ha predicado á pueblos bárbaros, entre los cuales los cultos no presentaban á Dios. Los ritos son sencillos, y se reducen á una fiesta anual, y á la oracion y abluciones en las cinco divisiones del dia. No hay mas dogmas que la creen-

cia en un Dios criador y remunerador: no existen allí imágenes ni sacerdotes propiamente, pues; todo creyente puede ejercer las funciones de tal. El cuerpo sacerdotal se formó mas tarde y por corrupcion. Siempre que he entrado en las mezquitas, tanto este dia como otros, he hallado cierto número de turcos en cuecillas, ó tendidos sobre las alfombras orando, con todas las señales exteriores del fervor.

Hállase en el patio de la mezquita de Bayaceto el vacío sepulcro de Constantino, que es una pila de pórfido de tan prodigioso tamaño, que bastaría para sepultar veinte héroes. La pieza de pórfido es evidentemente de la época griega, y probablemente ha sido tomada de los templos de Diana en Efeso. Los siglos se prestan sus templos y sus sepulcros, y los restituyen vacíos. ¿Dónde están los huesos de Constantino? Los turcos han encerrado su sepulcro en un kiosco, y no permiten que lo profanen: los sepulcros de los sultanes y de sus familias están en los jardines de las mezquitas, que ellos han construido, bajo kioscos de mármol; surtidores de agua murmuran á la inmediacion, ó en el kiosco mismo; y el respeto á su memoria es tan duradero entre los musulmanes, que no he pasado jamas por delante de los sepulcros, sin encontrar ramos de flores recientemente cogidas, puestos á la puerta, ó sobre las ventanas de estos numerosos monumentos.

He visitado el canal del Bósforo de Constantinopla, á la embocadura del mar Negro, y voy á bosquejar algunos rasgos de este paisaje encantador; yo no hubiera podido creer que el cielo, la tierra, el mar y el hombre, pudiesen formar de



acuerdo una perspectiva tan mágica. Solo el aspecto trasparente del cielo ó del mar pueden verla y reflejarla toda entera; mi imaginacion la concibe y la conserva, pero mi palabra no la puede expresar sino por medio de detalles sucesivos: escribamos, pues, cada vista, cada cabo, cada bahía y cada golpe de remo. Un pintor necesitaría años para trazar una sola de las orillas del Bósforo, pues el paisaje cambia á cada mirada, y se renueva siempre tan bello y tan distinto.... ¿Que puedo yo, pues, decir en pocas palabras?

Conducido por cuatro remeros arnautas en uno de esos largos caiques, que hienden el mar como un pescado, me he embarcado solo á las siete de la mañana, con un cielo puro y con un sol brillante. Un intérprete tendido en la barca entre los remeros y yo, me decia los nombres y las cosas, y hemos seguido el puerto de Tófana con su cuartel de artillería. La ciudad de Tófana se levanta en graderios de casas pintadas como ramos de flores agrupados al rededor de la mezquita de mármol, y viene á concluir bajo los altos cipreses del gran campo de los muertos de Pera, y la cortina sombría del bosque termina con las colinas por este lado. Nosotros íbamos al través de innumerables buques anclados, y de infinitos caiques que conducian á Constantinopla á los oficiales del serrallo, ministros y sus kayas, y á las familias de los armenios, á quienes la hora del trabajo llamaba á sus particulares oficinas. Los armenios son una casta de hombres hermosos, noble y sencillamente vestidos con turbante negro, y larga túnica azul atada al cuerpo con un chal de blanco cachemir: sus formas son atléticas y sus fisono-

mías llenas de inteligencia pero vulgares; la tez con bastante color, el ojo azul y la barba rubia, de modo que pueden llamarse suizos del Oriente: son laboriosos, apacibles y arreglados; mas son calculadores y codiciosos: emplean todo su ingenio en el tráfico con el sultan ó con los turcos: no hay nada de belicoso ni de heróico en esta clase de hombres: el comercio es su única ocupacion, y esta la ejercerán bajo cualquier gobierno. Los cristianos son los que mas simpatizan con los turcos. Estos hombres prosperan y acumulan las riquezas que los turcos descuidan, y que se escapan á los griegos y á los judios; en términos que aquí todo está entre sus manos, y ellos son los dragomanes de todos los pachas y de todos los visires. Sus mujeres tienen las facciones igualmente perfectas, pero mas delicadas é imitan la apacible hermosura de las inglesas, ó de las labradoras de los montes de la Suiza: sus hijos son hermosos tambien. Los caiques están llenos de ellos, que traen de las casas de campo cestas de flores colocadas sobre las proas.

Empezamos á dar vuelta á la punta de Tófana; bogando á la sombra de los grandes buques de guerra de la escuadra otomana, anclada sobre la costa de Europa, cuyas moles enormes dormian como sobre un estanque. Los marineros vestidos á semejanza de los soldados turcos, con chaquetas encarnadas ó azules, estaban indolentemente reclinados sobre los obenques, ó se bañaban á la inmediacion de la quilla. Grandes chalupas cargadas de tropas iban y venian de tierra á los buques, y las elegantes faluas del capitan pachá, conducidas por veinte remeros pasaban como fle-

chas por nuestro lado. El almirante Tahir-Pachá y sus oficiales van vestidos con levitas oscuras, y llevan en la cabeza el fez, que es un gran gorro de lana encarnado, ahondado hasta los ojos, como si tuvieran vergüenza de haber dejado el gracioso turbante. Estos marineros tienen aspecto melancólico y resignado, y fuman con sus largas pipas con cabos de ambar. Habrá como unos treinta buques de guerra de hermosa construcción, los cuales parecen dispuestos á hacerse á la vela; pero faltan oficiales y marineros, y esta magnífica escuadra solo sirve para adornar el Bósforo. Mientras que el sultan la contempla desde su kiosco de Beglierbeg, situado enfrente sobre la costa de Asia, las dos ó tres fragatas de Ibrahim-Pachá poseen tranquilamente el Mediterraneo, y las barcas de Samos dominan el Archipiélago. A poca distancia de estos buques, sobre la costa de Europa que yo seguía, pasaba por debajo de las ventanas de un magnífico palacio del sultan, inhabitado hasta entonces, el cual parece un palacio de anfibios, pues por poco que el viento agite las olas del Bósforo deben llegar á la altura de las ventanas, y arrojar la espuma en los aposentos del piso de tierra: los escalones del vestibulo estan mojados del agua, y las verjas dan entrada al mar hasta los patios y los jardines. Allí hay diques como cocheras para los caiques, y baños para las sultanas que pueden nadar en el mar al abrigo de las persianas. Detrás de estos patios marítimos hay jardines de arbustos, de lilas y de rosas, que suben en graderíos sucesivos, con terraplenes y kioscos con doradas rejas. Estos campos de flores terminan en bosques de encinas, de lau-



reles y de plátanos, que cubren las pendientes y se elevan con los peñascos hasta la cumbre de la colina. Los aposentos del sultan estaban abiertos y al través de las ventanas se veian las ricas molduras doradas de los techos, las arañas de cristal y cortinas de seda: las del harem estaban cerradas con rejas de madera muy espesas y labradas con primor. Inmediatamente despues de este palacio comienza una no interrumpida série de palacios, de casas y de jardines de los principales favoritos ó pachás del gran señor, que todos parecen dormir sobre el mar para respirar la frescura. Las ventanas estaban abiertas, y sus dueños tendidos sobre divanes en espaciosas salas, adornadas de oro y de seda, fumaban, bebían sorbetes y hablaban mientras nos veian pasar. Sus habitaciones dan tambien á terraplenes de parras, de arbustos y de flores. Muchísimos criados con ricos trages estaban por lo comun sentados sobre las gradas de las escaleras bañadas por el mar, y los caiques con sus remeros al pie esperando á sus amos para restituirlos á sus casas. Los harems en todas partes forman un ala separada de la habitacion de los hombres por patios ó jardines. De tiempo en tiempo solamente veía la hermosa cabeza de un niño que se asomaba á las aberturas del emparrado, entrelazado de enredaderas para mirar el mar, ó el blanco brazo de una mujer que entreabria ó cerraba una persiana.

Estas casas y palacios son todas de madera, pero trabajadas con un esmero particular; tienen sus segundos techos, sus galerías con balaustradas sin número, y estan hundidas ó anegadas en la sombra de grandes arboledas, de enredaderas y

de bosques de jardines y de rosas. Todos están bañados por las corrientes del Bósforo, y tienen patios interiores, en los que penetra y se renueva el agua del mar para tener los caiques al abrigo.

Siendo el Bósforo tan profundo por todas partes, íbamos nosotros muy cerca de la orilla para respirar el aire embalsamado de las flores, y para que descansasen los marineros á la sombra de los árboles. Los buques de mas porte pasaban muy cerca de nosotros, y muchas veces la verga de un bergantin ó de un navío, daba contra las ramas de un árbol ó de un emparrado, y hasta con las persianas de una ventana, arrastrando consigo restos del follage ó de la casa. Estos edificios no están separados los unos de los otros, sino por grupos de árboles sobre puntos avanzados de ellos ó por ángulos de la peña, cubierta de yedra y de musgo, que bajan desde las cumbres de las colinas, y penetran hasta el interior del agua. Alguna vez se ve una bahía profunda entre dos colinas, separadas y hendidas, para dar paso á un torrente ó un arroyo. En este caso se ve un pueblecillo sobre las aplastadas orillas de los golfos, con sus moriscas fuentes, su mezquita con cúpula dorada y su delgado minarete, cuya cúspide se pierde entre las copas de los plátanos. Sus casitas pintadas suben en anfiteatro por ambos lados, y en la hondura, con sus fachadas y kioscos de mil colores; sobre las cumbres de las colinas se estienden casas de campo rodeadas de jardines y grupos de grandes abetos, que terminan el horizonte. Al pié de estos pueblos se ve tambien una playa de granito de la anchura de algunos pies,

y el resto de esta playa plantado de sicomoros, de parras y jazmines que forman bosquecillos en los que se ocultan los kioscos. Allí habia una muchedumbre de buques mercantes de todas las naciones, los cuales anclaban delante de las casas de sus consignatarios, y muchas veces un puente de tablas desde el bergantín á las ventanas de aquellas servia para trasportar las mercancías. Una infinidad de muchachos, mercaderes de legumbres, de dátiles y de frutos circulaba por allí, pues era el bazar del pueblo y del Bósforo. Los marineros, con diferentes trages y hablando distintas lenguas, se apiñaban en medio de los osmanlis, que fumaban reclinados sobre sus alfombras, cerca de la fuente, y al rededor de los plátanos. Ninguna de las vistas de Lucerna ni de Interlaken, puede dar idea de la gracia pintoresca de estas reducidas bahías del Bósforo; y no puede uno menos de detener los remos para observarlas. A cada cinco minutos se encuentran ciudades, puertos y pequeñas poblaciones sobre la primera mitad de la costa de Europa, que tendrá la estension de tres leguas: se hallan despues á mayor distancia, y el paisaje toma un aspecto mas agreste por el incremento de las colinas y la profundidad de las selvas. Estoy hablando de la costa de Europa; cuando trate de la vuelta del paseo, hablaré de la de Asia, que es mas hermosa todavía, pero es menester tener presente que esta costa de Asia estaba muy inmediata á mí, y á veces me hallaba tan cerca de la una como de la otra; tomábamos el medio de la corriente, en los puntos en que se estrechaba ó formaba recodo el canal, y las mismas escenas que describo de la costa de Europa, me encantaban en la de Asia, si fija-



ba la vista sobre ella ; pero volvamos á la que seguía de mas cerca.

Despues del último de estos bellísimos y naturales puertos, hay uno en que el Bósforo se encajona cual un ancho, rápido y caudaloso rio entre dos cabos de peña , que cortados á pico, bajan desde lo alto de dos montes colocados en ambas costas : el canal que serpentea parece que termina , y solo á medida que uno avanza lo ve continuar , girar detrás del cabo de Europa, y ensancharse despues á manera de un lago hasta las dos ciudades de Therapia y Buyukdere. Desde el pié hasta la cumbre de estos dos cabos , cuyas pendientes están vestidas de árboles y de una vejetacion riquísima , suben fortificaciones medio arruinadas, y se levantan enormes torres blancas con almenas, con puentes levadizos de la mejor construcción de la edad media: son los famosas castillos de Europa y de Asia, desde donde Mahometo II sitió y amenazó tanto tiempo á Constantino-  
pla, antes de entrar en ella, los cuales se alzan como dos fantasmas blancas, de entre los pinos y los cipreses, para impedir la comunicacion de ambos mares. Sus torres y torrecillas, que parecen suspendidas sobre los buques á la vela ; las inmensas ramas de yedra que cuelgan como capas de guerreros sobre los arruinados muros ; las peñas pardas que los sostienen, cuyos ángulos salen del bosque que los circunda, y las dilatadas sombras que tienden sobre las aguas, constituyen á este sitio en uno de los mas caracterizados y sobresalientes puntos del Bósforo: allí es donde pierde su aspecto puramente gracioso, para revestirse de otro que es pintoresco, y sublime. Los cementerios

turcos se dilatan á sus pies, y los turbantes esculpidos de mármol blanco salen de los follages bañados por las olas ¡Dichosos turcos! Sus restos descansan en el punto de la tierra que eligen, á la sombra del árbol que han amado, á la orilla de la corriente, cuyo murmullo han disfrutado, visitados por las palomas que alimentaron en su vida, y embalsamados por las flores que ellos mismos plantaron; si no han poseído la tierra en su su vida, la poseen despues de su muerte. Los restos de las personas que uno ha amado, son siempre caros, aunque yazcan en los muladares humanos.!

El Bósforo se ensancha y los montes de Europa y de Asia se alzan mas escabrosos y desiertos: las orillas del mar continúan adornadas de casitas blancas y de mezquitas sentadas sobre alguna loma, cerca de una fuente, ó bajo la copa de un plátano. El pueblo de Therapia, donde viven los embajadores de Inglaterra y Francia, guarnece un poco mas lejos la costa: los altos y espesos bosques que lo dominan espareen sus sombras sobre los terraplenes; y los frondosos campos de sus palacios y pequeños valles, que serpentean entre las rocas, forman los límites que separan los pequeños dominios de los representantes de estas dos potencias. Dos fragatas, una inglesa y otra francesa, ancladas en el canal delante de cada palacio esperan la señal de los embajadores para llevar á las escuadras del Mediterráneo los mensajes de paz ó de guerra. Buyukdere es una hermosa ciudad, situada en el fondo del golfo, que forma el Bósforo; y en el punto en que este hace un recodo para ir á perderse en el

Mar negro, se estiende como una colina de palacios y de casas de campo sobre las laderas de dos montes sombríos, y un hermoso puerto separa tan solamente el mar de los jardines y las casas. La escuadra rusa compuesta de cinco navios, tres fragatas y dos buques de vapor, estaba anclada delante del palacio del embajador de Rusia, semejante á una poblacion sobre las aguas, delante de la ciudad y de las sombras de Buyukdere. Las lanchas que comunicaban las órdenes á los buques, las embarcaciones que iban á buscar agua á las fuentes, ó á pasear los enfermos sobre la costa, las falúas de los oficiales que corrían á porfía, como los caballos en las carreras, y cuyas velas, tendidas al impulso del viento, se mojaban en el agua; los cañonazos que retumbaban en las costas de Asia, y anunciaban los buques que desembarcaban nuevamente en el Mar negro; un campamento ruso establecido sobre las abrasadas laderas del monte del Gigante, en frente de la escuadra; sobre la izquierda la hermosa pradera de Buyukdere con su grupo de plátanos, tan prodigiosamente corpulentos que uno solo puede dar sombra á un regimiento entero; los magníficos bosques de los palacios de la Rusia y del Austria que festonean las cimas de las colinas; una infinidad de elegantes casas, adornadas con balcones que guarnecen los puertos, y cuyas flores de lilas y de rosas cuelgan como vistosos flecos de las barandillas de los terrados; muchos armenios con sus hijos, que continuamente iban y venian en sus caiques llenos de ramas y de flores; el brazo del Bósforo, mas estrecho y sombrío que se principiaba á distinguir estendido hácia el ne-

:



buloso horizonte del Mar negro; otras cadenas de montes, sin pueblos ni casas, y que se confundian con las nubes llenas de oscuros bosques, como límites temibles que dividían el tempestuoso mar de los apacibles mares de Constantinopla; dos castillos, uno delante del otro en cada una de las costas, que coronan con sus baterías, con sus torres y almenas las alturas avanzadas de los dos cabos; y finalmente, una larga cadena de montecillos cubiertos de bosques que van á morir en las cerúleas aguas del Mar negro... tal es el golpe de vista de Buyukdere. A esto debe añadirse el paso perpétuo de buques que van á Constantinopla, ó que salen del canal, segun el viento de Norte ó Mediodía; estos buques á veces son tantos, que ha habido ocasion que al volver en mi caique he contado cerca de doscientos en menos de una hora: marchan á grupos como los pájaros de paso; si el viento cambia, dan bordadas desde una costa á otra, y van á virar bajo las ventanas, ó bajo los árboles de Asia ó de Europa. Mas si la brisa refresca, anelan en una de las innumerables bahías, ó á la punta de los pequeños cabos del Bósforo; y un momento despues se les ve ya cubiertos de velas. Este paisaje animado por tantas embarcaciones ancladas ó á la vela, y modificado por las distintas posiciones que toman, cambia á cada instante de aspecto, y hace del Bósforo un asombroso Kaleidoscopio.

Al llegar á Buyukdere, tomé posesion de la hermosa casa sobre el puerto en donde Mr. Truqui tuvo á bien ofrecernos su doble hospitalidad, y en la que habíamos pensado pasar el verano.

*El mismo día*

Por el pálido bosquejo que acabo de hacer de la costa del Bósforo se ve que la naturaleza no puede escederse mas á sí misma, y que ningun paisaje puede ser mas hermoso que aquel: he seguido la costa de Asia al volver por la tarde á Constantinopla, y la he encontrado mil veces mas bella que la de Europa; esta parte no debe al hombre casi nada: todo tiene que agradecerlo á la naturaleza. Allí no hay ni Buyukdere, ni Therapia, ni palacios de embajadores, ni ciudades de armenios ni de francos; solamente hay montes separados por gargantas, valles alfombrados de praderas que se forman entre las raices de las rocas, arroyos que serpentean, torrentes cubiertos de espuma, bosques suspendidos en las pendientes rápidas de las laderas, y que penetran en los barrancos que bajan hasta la orilla de los golfos de la costa: indecible variedad de formas, de tintes, de fallaje y verdor imposibles de copiar; casitas aisladas de marineros ó de hortelanos turcos, colocadas á trechos sobre la costa ó sobre la plataforma de un frondoso collado, ó agrupadas sobre la punta de los peñascos á los que se dirige la corriente y en donde se estrellan las olas de un azul tan oscuro como el cielo de la noche; algunas velas blancas de pescadores que vogaban lentamente en estas profundas bahias y que se veian atravesar de un árbol á otro, como la ropa enjuta cuando la recojen y pliegan las lavanderas: nubes de pájaros blancos que secaban sus plumas á la orilla de los prados; enormes águilas que

rompian el vuelo desde lo alto de los montes hacia el mar; cuevas misteriosas enteramente cerradas por la peña, y troncos de gigantescos árboles, cuyas ramas cargadas de hojas se encorvan hacia el mar, y forman sobre él como emparrados, en los que se internan los caiques. Detrás de una de estas cuevas cerradas por el ramage espeso se descubren uno ó dos pueblecillos ocultos en su sombra, con sus huertecillos detrás, sobre pendientes cubiertas de verdor, y sus grupos de árboles al pie de las rocas, sus barquichuelos metidos suavemente por las apacibles olas; nubes de palomas sobre los techos de las casas, mujeres y niños á las ventanas, y viejos sentados debajo del plátano al pie del minarete; y últimamente, labradores que se retiraban de los campos en sus caiques, y otros que llenaban los suyos de haces de jarales y mirtos para sacarlos y calentarse en el invierno. Escondidos bajo estos amontonados haces de yerba y maleza que colgaban hasta el agua, no se veía ni la barca ni el marinero, y uno se figuraba ver un trozo de tierra desprendido de la costa que flotaba sin direccion sobre el mar, con sus ramages y olorosas flores. Tal es el aspecto que presenta la costa hasta el castillo de Mahometo II, el cual por este lado parece cerrar el Bósforo como un lado de Suiza. Allí cambia de aspecto enteramente: las colinas ya menos escabrosas bajan sus cumbres y forman mas suavemente y con menos declinacion sus angostos y reducidos valles; las poblaciones asiáticas se notan mas próximas entre sí y algo mas populosas. Allí se ofrece á la vista la hermosa llanura de Aguas dulces de Asia, cubierta de árboles, y sembrada de kioscos y de



moriscas fuentes, y numero considerable de carruages de Constantinopla, que son una especie de cajas de madera dorada, suspendidas sobre cuatro ruedas, y arrastradas por bueyes esparcidos por las praderas; mujeres turcas que salian con sus velos, y se sentaban en diversos corros al pie de los árboles ó á la orilla del mar, con sus niños y sus esclavos negros, y algo mas distante otros varios de hombres fumando ó tomando café. La variedad de los colores de los vestidos de los hombres y de los niños, y el color oscuro y monotonó de los velos de las mujeres, formaban bajo estos árboles un mosaico tan extraño de tintes que encantaba la vista. Los bueyes y los búfalos de establo rumiaban en las praderas; los caballos árabes adornados de gualdrapas, terciopelos de colores distintos, ú otras telas de seda y de oro, se gallardeaban á la inmediacion de los caiques que llegaban llenos de armenias ó judías; estas se sentaban descubiertas sobre la yerba á la orilla de un arroyo, y formaban una fila de mujeres con trajes y en actitudes diferentes; entre ellas habia algunas de una hermosura sorprendente, á la que dabamas realce la variedad de los peinados y de los trajes. He visto tambien muchas mujeres turcas de los harems, sin velo; por lo general son de poca estatura, muy pálidas y de aspecto enfermizo. En cuanto al clima de Constantinopla, á pesar de las apariencias de salubridad, me parece mal sano, y las mujeres están muy lejos de merecer la reputacion que tienen de hermosas; no sucede lo mismo con las armenias y las judías que ciertamente lo son. Pero qué diferencia se nota aun entre ellas y la belleza de las judías y arme-

nias de la Arabia, y sobre todo si se comparan con el indescriptible encanto de las mujeres griegas de la Siria y del Asia menor! Un poco mas allá, enteramente á la orilla de las aguas del Bósforo, se eleva un nuevo y magnífico palacio, habitado por el gran señor llamado Beglierbeg, edificio construido al gusto italiano, mezclado de recuerdos indios y moriscos. El cuerpo del edificio es inmenso, tiene muchos pisos, varias alas de él con jardines interiores; terraplenes plantados de rosales, y regados por muchos surtidores de agua, se estienden por detrás entre el monte y el palacio, y un estrecho arrecife de granito separa las ventanas del mar. Nosotros pasamos lentamente por delante de esta obra, en que los marmóles y el oro cobijan tantos cuidados y terrores: vimos al gran señor sentado sobre un divan en uno de los kioscos que daban vista al mar, y Achmet-Pacha, uno de sus jóvenes favoritos, estaba en pie delante de él. El sultan, á quien llamó sin duda la atencion el traje europeo, nos señalaba con el dedo á Achmet-Pachá como para preguntarle quiénes éramos. Saludamos al dueño del Asia segun la costumbre oriental, y el nos contestó con agrado. Las ventanas del palacio estaban abiertas, y veíamos brillar los suntuosos adornos de esta deliciosa mansion. El harem, que estaba cerrado, es inmenso, y se ignora el número de mujeres que lo habitan. Dos caiques enteramente dorados, y cada uno de ellos tripulado por veinticuatro marineros, estaban á la puerta del palacio á la orilla del mar, y no cedían en gusto ni al dibujo mas esquisito de la Europa, ni á la magnificencia oriental. La proa de uno de

ellos tenia veinticinco pies de longitud, y era un cisne de oro con las alas estendidas, que parecia arrastrar el barco sobre las aguas ; la popa tenia un pabellon ó toldo de seda, sostenido por delgadas columnas doradas, y ricos pañuelos de cachemir servian de asiento para el sultan. El segundo caique era una flecha de oro con plumas que parecia volar desprendida del arco sobre el mar. Fuera de la vista del sultan nos detuvimos á admirar el palacio y los jardines, y todo me pareció dispuesto con tanto gusto, que no conozco nada en Europa que presente tanta magnificencia, y al mismo tiempo un efecto tan mágico, ni aun en las habitaciones reales: todo parecia salir de las manos del artista, y todo resplandecia de oro y colorido. Los techos del palacio tenian barandillas doradas; y hasta las chimeneas que en Europa desfiguran las líneas de los edificios públicos, eran columnas doradas é istriadas, cuyos elegantes chapiteles aumentaban la suntuosidad del palacio. Yo profeso cierto afecto á este príncipe que ha pasado su infancia en la oscuridad de los calabozos del serrallo, siempre amenazado por la muerte; instruido por el virtuoso y desgraciado Selim; colocado sobre el trono por la muerte de su hermano, que ha meditado en el silencio durante quince años la libertad del imperio, y la restauracion del islamismo con la destrucción de los genizaros, que ha llevado á cabo con heroísmo; que ha hecho frente sin cesar á las preocupaciones de sus pueblos; que ha sido impasible y osado en el riesgo, templado y compasivo cuando ha podido consultar su corazon; pero que falto de apoyo y privado de instrumentos para ejecutar el



bien que ha meditado, no conocido por sus pueblos, vendido por sus pachás, arruinado por sus vecinos, y abandonado de la fortuna, sin la cual el hombre nada puede, asiste en pie á la ruina de su imperio; y finalmente, se abandona á sí mismo, y se apresura á gastar en las delicias del Bósforo el resto de su existencia y la sombra de su soberanía. Hombre de buenos deseos y de rectas ideas, pero cuyo talento es insuficiente, cuya voluntad es demasiado débil, y que cual el último de los emperadores griegos, cuyo lugar ocupa y parece respetar, es digno de otro pueblo, de mejor siglo y de morir al menos como héroe. Hubo un día en que fué un grande hombre; la historia no ofrece páginas comparables con la de la destruccion de los genizaros, que fué una revolucion meditada admirablemente, y llevada á cabo con un heroismo sin ejemplo. Mahamud ha ofrecido esta página á la historia; mas por qué no habrá ofrecido otra? Lo mas difícil estaba hecho: abatidos los tiranos del imperio, solo faltaba voluntad y constancia para vivificar este pueblo civilizándolo. Pero Mahamud se detuvo y no pasó adelante. ¡Ah, será porque el génio es mas raro todavía que el heroismo!

La costa de Asia, despues del palacio de Belgierbeg, vuelve á aparecer cubierta de bosques solitarios hasta Scutari, resplandeciente como un florido jardin á la estremidad de un cabo, y á la entrada del Mármara: aparece enfrente la punta del serrallo cubierta de verdor en la costa de Europa, coronada con tres pintadas ciudades; y la de Stambul, que brilla con sus cúpulas y minarettes: entonces se abre el puerto inmenso de Constanti-

nopla en el que los buques anclados sobre ambas costas dejan unicamente á los caiques un paso estrecho. Nosotros penetramos á través de este Dédalo de buques, como la góndola veneciana á la sombra de los palacios, y fuimos á desembarcar á la escala de los muertos al pie de una bonita calle de elevados cipreses.

29 de mayo.

He visitado esta mañana el mercado de los esclavos, en compañía de un jóven de Constantinopla.

Despues de haber atravesado y recorrido las largas calles de Stambul, que se prolongan en la direccion de las paredes del antiguo serrallo, y pasado por muchos y magníficos bazares, obstruidos por un gentio de mercaderes y compradores, hemos subido por estrechas callejuelas a una cenagosa plaza, en que se encuentra la puerta de otro bazar. Gracias al traje turco, y á la perfeccion con que hablaba el idioma mi guia, nos han dejado entrar en este mercado de hombres. ¡Cuánto tiempo ha sido menester, y de cuantas revoluciones ha necesitado la inteligencia humana para que la fuerza haya dejado de constituir un derecho ante sus ojos, y para que la esclavitud haya llegado á ser un crimen y un ultrage á la naturaleza! ¡Qué paso tan grande en la carrera de la civilizacion, y cuantos otros promete! ¡Cuántas cosas hay que no sorprenden ahora á nuestra vista y que serán consideradas como crimines incomprendibles á los ojos de nuestros descendientes! Tal era el pensamiento que me ocupaba al entrar

en este bazar, en donde se compra el cuerpo, la vida y la libertad de los hombres, lo mismo que se compra un caballo, un carnero y un buey, y en donde el comprador se cree un poseedor tan legítimo, como el que adquiere la mas vil mercancía. ¡Cuántas legitimidades habrá de esta especie, sobre las que no fijamos la atención, y sin embargo lo son, porque al hombre no se le pueden exigir nociones de que carece: sus convicciones son verdades para él, pues que no tiene otras: Dios es el único poseedor de la verdad, y la distribuye á proporcion, y á medida de nuestras progresivas inteligencias!

El mercado de los esclavos es un gran patio descubierto, y rodeado de un pórtico cubierto. Este por la parte interior tiene una pared á la altura del pecho, y en ella hay puertas para entrar en los cuartos, donde tienen sus esclavos los mercaderes, cuyas ventanas están abiertas para que puedan verlos los compradores que se pasean. Los hombres están separados de las mujeres, y estas no tienen velos. Además de los esclavos encerrados en estos aposentos, hay muchos en la galería, debajo del pórtico y en el patio. Nosotros comenzamos á recorrer los grupos: el que mas nos llamó la atención, fué uno de doce ó quince mujeres jóvenes de Abisinia, arrimadas las unas á las otras, como esas figuras antiguas de las Cariatides, que tienen una maceta sobre sus cabezas, y forman un círculo con el rostro vuelto á los espectadores. Eran generalmente hermosas, los ojos como almendras, la nariz agileña, los labios delgados, el corte de la cara ovalada, las megillas delicadas, y el pelo



negro y reluciente, cual las alas de un cuervo. La espresion meditativa, triste y lánguida de la fisonomía de las mujeres de Abisinia las hace muy interesantes, á pesar del bronceado color de su tez, y son altas por lo comun, delgadas de talle, y flexibles como los vástagos de las palmeras de su hermoso país: sus brazos toman actitudes airo-sas; su trage se reducía á una camisa larga de un lienzo gordo y amarillento. En las piernas llevaban brazaletes de cuentas de vidrio azul: sentadas sobre los talones, inmóviles, y con las cabezas reclinadas sobre las manos ó sobre las rodillas, nos miraban con ojos tan apacibles y tristes como los de la cabra ó el cordero que las labradoras llevan atado á vender á las férias de nuestras aldeas. Alguna vez una de ellas decia una palabra, y las otras se sonreian. Habia una que tenia un niño en los brazos y lloraba, porque el mercader queria venderlo sin ella á un revendedor de niños. No lejos de este grupo, se percibia otro de siete ú ocho negros, de ocho á doce años de edad, bien vestidos, los cuales tenian un exterior de salud y alegría, y jugaban á un juego de Oriente, con piedrecillas que se combinan de diferentes modos en agujeros practicados en la arena. Mientras que los mercaderes y los revendedores daban vueltas al rededor, tomaban al uno ó al otro por el brazo, lo examinaban y tentaban desde la cabeza á los pies, y le hacian mostrar los dientes, para calcular su salud y su edad; concluido esto, el muchacho, á quien habian interrumpido el juego, volvía ansioso á él. Desde allí pasamos á los pórticos cubiertos, que estaban llenos de compradores y de esclavos. Los turcos, que ha-

cen este comercio, se pasean ricamente vestidos con sus pellizas forradas de pieles, y con una larga pipa en la mano, por entre los grupos con inquietud, y atisbando la menor mirada dirigida al interior de sus almacenes de hombres y mujeres; mas como nos tomaron por árabes ó egipcios, no se atrevieron á impedirnos la entrada en ningun aposento. Vendedores ambulantes de pasteles y frutas secas recorían las galerías y vendían algunas frioleras á los esclavos; y yo di con disimulo algunas piastras á uno de estos vendedores para que distribuyese su canasta entre un corro de niños negros, que las devoraron al instante.

Entre todas observé una negra de diez y ocho á veinte años, sumamente hermosa, cuyo rostro expresaba la pesadumbre y la tristeza: estaba sentada en un banco de la galería, con la cara descubierta y el cuerpo ricamente vestido, en medio de una docena de otras tambien negras, pero cubiertas de harapos, y que se vendían por un ínfimo precio: tenia sobre sus rodillas un bellissimo niño de tres ó cuatro años, magníficamente vestido, el cual era mulato, mas con nobles facciones; la boca muy graciosa, y unos ojos los mas inteligentes y altivos. Me puse á acariciarle, y le di pasteles y gragea, que compré en una tienda inmediata; pero su madre le arrancó de las manos lo que yo le habia dado, y lo arrojó al suelo con cólera y orgullo: esta tenia el rostro inclinado hácia la tierra, y lloraba; y como yo creyese que su afliccion era originada por el temor de que la vendiesen separada de su hijo, me enternecí y supliqué á Mr. Morlach, mi conductor, que la

comprase para mí con su hijo: yo me los habria llevado, educando al niño, y dejándolo con su madre. Para ello nos dirijimos á un corredor conocido de Mr. Morlach, y este se acercó al propietario de la esclava y del niño. El propietario manifestó al principio que efectivamente los queria vender; mas la pobre mujer comenzó á sollozar, y el muchacho á llorar abrazando á su madre: este ajuste no era mas que una ficcion por parte del negociante; pues cuando vió que dábamos el precio que habia pedido, llamó á parte al corredor, y le dijo que la esclava no estaba de venta, que pertenecía á un turco opulento, padre del niño; y que como ella era de un carácter orgulloso y turbulento en en el harem, la habia enviado al bazar para corregirla, fingiendo querer deshacerse de ella; mas con órden secreta de no venderla. Esta correccion es muy frecuente; y cuando un turco se incomoda con una esclava, su primera amenaza es enviarla al bazar.

Pasamos adelante, y seguimos por frente de muchos aposentos, en cada uno de los cuales habia cuatro ó cinco mujeres, casi todas negras y feas, mas con el aspecto de la salud. La mayor parte parecían indiferentes á su situacion, y aun solicitaban compradores; hablaban, reian entre sí, y hasta hacian observaciones criticas acerca de la figura de los que las ajustaban. Una ó dos de ellas lloraban, se escondian en el fondo del aposento, y se resistian á presentarse en el banco donde estaba sentadas; mas vimos otras muchas que seguian alegremente al turco que las habia comprado, tomando su fardito, y cubriendo sus rostros con velos blancos. Tambien fuimos testigos



de dos ó tres actos de misericordia, que serían dignos de la caridad cristiana. Algunos turcos vinieron á comprar esclavas desechadas por sus amos, á causa de su vejez y de sus enfermedades, y se las llevaron consigo: nosotros preguntamos de qué utilidad podrian servir estas mujeres; el corredor nos dijo que las tomaban para agradar á Dios, y Mr. Marlach me añadió que muchos musulmanes enviaban á comprar esclavos enfermos y viejos de ambos sexos, para mantenerlos en sus casas caritativamente. El espíritu de Dios nunca abandona del todo á los hombres.

Hallabanse medio cerrados los últimos aposentos que vimos, y por algun tiempo nos disputaron la entrada: cada uno contenia una esclava, custodiada por una mujer; y todas eran jóvenes y hermosas circasianas traídas recientemente de su pais, vestidas de blanco, y con una elegancia y una coqueteria extraordinarias. Sus hermosas facciones no demostraban ni estrañeza ni pesar, y si solo una desdeñosa indiferencia. Estas esclavas blancas de la Georgia y de la Circasia, son sumamente raras desde que las griegas no pueblan los serrallos, y que la Rusia ha prohibido el comercio de las mujeres: no obstante, las familias georgianas, crian muchas de sus hijas para este vergonzoso comercio, y los corredores de contrabando consiguen conducir de vez en cuando algunos cargos de ellas. El precio de estas hermosas criaturas es de doce á veinte mil piastras (de tres á cinco mil francos) mientras que las esclavas negras de una regular belleza solo se venden por quinientos ó seiscientos francos, y las mas hermosas á mil, ó mil doscientos. En Arabia ó en

Siria se conseguirían por quinientas ó seiscientas piastras (de ciento cincuenta á doscientos francos). Una de estas geórgianas era de una belleza perfecta: sus facciones eran delicadas y sentimentales; los ojos apacibles y meditabundos, y la tez de una blancura y esplendor admirables: la fisonomía de las mujeres de este país carece sin embargo, de la pureza y del encanto de la de las árabes, y se descubre en ellas la frialdad del Norte: esta la vendieron á nuestra vista para el harem de un jóven pachá de Constantinopla. Nosotros salimos con el corazón contristado, y los ojos humedecidos con este espectáculo, que se renueva todos los días y á todas horas en las ciudades del Oriente, y volvimos pensativos al bazar de Stambul.

He aquí lo que son las legislaciones perpétuas, que justifican y sancionan las barbaries de los siglos pasados, y que dan á los crímenes el derecho de antigüedad y de legitimidad. Los fanáticos por los tiempos antiguos son tan culpables y funestos á la humanidad, como los del porvenir: los unos sacrifican el hombre á sus ignorancias y á sus recuerdos, y los otros á sus esperanzas y precipitación. Si el hombre hiciese y creyese lo que hacían y creían sus padres, los hombres permanecerían en la idolatría y la esclavitud. La razón ilustrada es el sol de la humanidad, y es preciso progresar para seguirla, sopena de estacionarse en el mal y en las tinieblas: empero es preciso también no adelantarse á su marcha, bajo pena de caer en precipicios insondables. Se debe comprender lo pasado sin echarlo menos ni desearlo; tolerar lo presente, dándole las posibles mejoras, y esperar el porvenir preparándose á él: tales

el principio de la sabiduría y de las instituciones benéficas. Es un delito la pugna de ciertos hombres contra la mejora de las cosas y las instituciones, y también lo es ese egoísta y estúpido esfuerzo para hacer retroceder el mundo moral, que Dios y la naturaleza impelen hacia delante: lo pasado es el sepulcro de la humanidad que ha existido; y si bien es un deber respetarlo, es un crimen encerrarse y querer vivir en él.

Los bazares de mercancías diferentes, especialmente el de las droguerías, son largos y con anchas galerías cubiertas de bóvedas, rodeadas de aceras y de tiendas de toda especie de géneros y objetos de comercio. Armaduras, arneses de caballos, joyas, comestibles, tafletes, chales de las Indias y de Persia, telas de Europa, alfombras de Damasco y de la Caramania, esencias y perfumes de Constantinopla, narguilés y pipas de todas figuras y precios, ámbares y corales labrados según el gusto de los orientales para fumar; tabaco cortado ó plegado a hojas como resmas de de papel amarillo, pastelerías apetecibles por sus formas y variedad, confiterías con indecible abundancia de gaceas y dulces; droguerías que exhalan perfumes con que embalsaman el ambiente de los bazares, capas árabes tejidas de oro y plata, y en medio de todo un concurso inmenso, que se cambia sin cesar, de turcos a pie con pipa en la boca ó en la mano, seguidos de esclavos; de mujeres con sus velos, acompañadas de negras que llevan hermosísimos niños, y de pachás a caballo, penetrando al paso por entre este gentío apiñado y silencioso, cuya confusión aumentan los carruages turcos, cerrados con celosías, guiados al paso



por cocheros con largas barbas blancas, y llenos de mujeres que se detienen a ajustar y comprar á las puertas de los plateros; he aquí el golpe de vista de todos los bazares: su estension es tanta, que se prolongarian hasta algunas leguas, si estuviesen reunidos en una sola galeria. Estos bazares, en donde uno camina apiñado y empujado siempre, y en donde los judios ponen de manifiesto y venden los vestidos de los apestados, son los vehiculos y los medios mas eficaces para la propagacion del contagio. La peste habia acabado de manifestarse en Pera con cinco ó seis casos mortales, y nosotros pasamos con recelo por entre este curso, que podia ser diezclado al dia siguiente.

*18 de junio.*

Hemos pasado leyendo y estudiando, algunos dias teniendo ante nuestros ojos el Bósforo y es mar negro: por la tarde hemos hecho en caiques correrias á Constantinopla, á Belgrado y sus incomparables bosques, á la costa de Asia, á la embocadura del Euxino, y al valle de las Rosas, situado detrás de los montes de Buyukdere, adonde suelo ir con frecuencia. Este delicioso valle está regado por una fuente, á que van los turcos á embriagarse de agua, de frescura, del aroma de las rosas, y del canto del ruiseñor que ellos llaman bulbul: sobrè la fuente hay cinco árboles inmensos y un café de hojarasca bajo su sombra: mas lejos el valle que se estrecha, conduce á una pendiente del monté, en donde existen dos pequeños estanques, formados por el agua que cae de una fuente, los cuales parecen dormir ba-

jo las dilatadas bóvedas de los plátanos: los armenios van al caer de la tarde á su orilla, á cenar con sus familias: así es que al rededor de los troncos de los árboles se ven interesantes grupos de jóvenes muchachas que bailan entre sí, y que se entregan á los placeres puros y silenciosos de los orientales, los cuales gozan de la naturaleza mejor que nosotros, pues se entregan á una delicia interior.

En ninguna parte el árbol y la fuente tiene mas sinceros admiradores, porque hay una gran simpatía entre sus almas y las bellezas del cielo y de la tierra. Cuando yo regresaba por la tarde de Constantinopla en caique al claro de la luna, y seguia la costa de Europa durante una legua, encontraba una cadena de grupos de mujeres y niños, sentados en silencio á la orilla del arrecife de granito que sirve de dique á las olas, ó sobre los parapetos de los terraplenes de los jardines: allí pasan las horas en contemplar el mar, el bosque y la luna, y en respirar la calma de la noche. En Occidente no sabemos sentir esa voluptuosidad de la naturaleza: nuestros sentidos, gastados por el uso, necesitan sensaciones ficticias, y solo estas los ponen en accion. Los hombres pensadores y los poetas son los únicos para quienes el lenguaje de la naturaleza es bastante claro y pronunciado para ser comprendido. Ellos oyen la voz de Dios en sus obras, y les basta la naturaleza, el amor y la contemplacion silenciosa!

Hallé en Buyukdere y Terapia muchos conocidos antiguos: entre los rusos diplomáticos al conde de Orloff y á Mr. de Boutenieff, embajador de Rusia en Constantinopla, escelente sugeto, y

de una moral admirable, filósofo y hombre de estado: el baron de Sturmer, internuncio de Austria, me colmó de atenciones, y por su medio adquirí noticias políticas de la Europa, precisamente en el punto que motiva la cuestion principal, relativa á si los rusos acampados en Asia, y anclados bajo nuestras ventanas, verificarán ó no su retirada. En cuanto á mí, no tengo duda de ello, porque no se suele tener prisa de apoderarse de una presa que se mira segura; el conde de Orloff me dió á leer ayer una carta importante del emperador Nicolás, cuyo contenido es el siguiente:

*«Mi querido Orloff: cuando la Providencia ha colocado á un hombre á la cabeza de cuarenta millones de almas, es para que desde tal altura dé al mundo el ejemplo de la probidad, y de la fidelidad á su palabra. Este hombre soy yo, y quiero ser digno de la mision que Dios me ha confiado. En el momento, pues, en que se allanen las dificultades entre Ibrahim y el Gran Señor, regresareis sin tardanza con el ejército y escuadra.»*

He aquí un language hermoso, una situacion bien entendida, y una generosidad oportuna. Constantinopla no se evaporará en los aires; la necesidad llamará á ella á los rusos, á quienes aleja ahora su probidad política.

20 de junio.

He hecho conocimiento aquí con una persona distinguida y amable, uno de esos hombres cuyo carácter es mas fuerte que la desgracia, y que saben servirse de la ola que debia anegarlos para llegar al puerto. Mr. Calosso es un oficial



piamontés, comprometido como tantos otros en la revolucion militar del Piamonte en 1820. Proscrito como todos sus compañeros, se dirigió á Turquía, se presentó al sultan para formar su caballería, y ha llegado á ser su favorito y su inspirador militar. Hombre de extraordinaria probidad, hábil y reservado, ha sabido moderar un favor peligroso para libertarse de la envidia: su modestia y su cordialidad han gustado á los pachás de la corte y á los ministros del divan: se ha granjeado numerosos amigos, y ha conseguido conservarlos por los mismos medios que los supo adquirir. El sultan lo ha elevado en dignidad, sin exigir que abjurase su nacionalidad ni su culto: y para con los turcos ha tomado el nombre de Rustembey, quedando para los europeos el europeo mas atento y amable. Este hombre, pues, me ha buscado aquí, y me ha ofrecido todo lo que podría proporcionarme su familiaridad en el serrallo y el divan; esto es, entrada en todas partes, relaciones y amistad con los principales oficiales de la corte, y una facilidad para verlo y conocerlo todo, que no ha podido conseguir ningun cristiano, ni aun los mismos embajadores: con su asistencia, me ha preparado la entrada en el serrallo, donde no ha entrado nadie despues de Lady Worthley Montagu, y hemos tratado de recorrer juntos esta misteriosa mansion, que el mismo no conoce, pero en donde tiene relaciones con los primeros empleados.

Comenzamos por hacer una visita á Namuk-Pachá, uno de los jóvenes favoritos del Gran Señor, el cual me habia convidado á almorzar en su cuartel de Scutari, y habia puesto á mi dispo-

sición sus caballos para recorrer las montañas del Asia. Namuk-Pachá se hallaba de servicio este día en el palacio del sultan en Begliérbeg, en la costa del Bósforo, y fuimos allí á desembarcar. A merced del favor y graduacion de Rustem-Bey, nos dejaron pasar por todas las puertas, y recorrer las inmediaciones del palacio del sultan, el cual iba á salir á una pequeña mezquita de un pueblo de Europa al otro lado del Bósforo, enfrente de Blegieberg. Sus caiques, equipados sóberbiamente, estaban amarrados en el muelle que rodea el palacio, y sus magníficos caballos árabes estaban en los patios, dispuestos por los saís, á fin de que montase para atravesar los jardines. Entramos en una ala del palacio, separada del cuerpo principal del edificio, en donde se hallan los pachás, los oficiales de servicio y el estado mayor, y atravesamos muchos salones, obstruidos por militares, empleados y esclavos. Todo estaba en movimiento como en un ministerio, como en un palacio de Europa en un día de ceremonia. El interior de este palacio no estaba amueblado con magnificencia; su adorno se reducía á divanes y alfombras, paredes pintadas al fresco, y arañas de cristal. Los trages orientales, el turbanete, la pelliza, el pantalon ancho, la faja y el cafetan de oro, que han abandonado los turcos por un miserable traje europeo mal cortado, y ridículamente puesto, han cambiado el aspecto grave y solemne de este pueblo en una mezquina parodia de europeos. La estrella de diamantes, que brilla sobre el pecho de los pachás y de los visires, es la única condecoración que los distingue, y que recuerda su antiguo esplendor. Al través

de varios salones llenos de gente nos condujeron á una sala que da á los exteriores jardines: el Namuk-Pachá vino allí á reunirse con nosotros, nos hizo sentar y traer las pipas y los sorbetes, y nos presentó á muchos jóvenes pachás, que participaban con él del favor de su amo. Varios coroneles del Nisam que son las tropas regulares de la guardia, se nos reunieron tambien, y tomaron parte en la conversacion. Namuk-Pachá, recientemente llegado de su embajada en Petersburgo habiaba con facilidad y elegancia: sus modales estudiados en Rusia eran los de un diplomático europeo, y me pareció dotado de penetracion y de astucia. Kalil-Pachá, entonces capitán pachá, y que ha casado despues con la hija del sultan, habla el francés como el primero, y Achmet-Pachá es tambien un elegante y joven osmanli, que observa todos las formas europeas; en términos que, nada recordaba en este palacio una corte asiática si no los esclavos negros, los eunucos, las ventanas con celosías de los harems, y las aguas azules del Bósforo, sobre las que se fijaba nuestra vista cuando se separaba de los jardines.

Se habló con prudencia, pero con franqueza sobre el estado de las negociaciones entre el Egipto, la Europa y la Turquía; sobre los progresos que los turcos han hecho y les quedan por hacer aun en la táctica y en la legislacion, y se trató de la política de las diferentes potencias relativamente á la Turquía. Nada anunció en nuestra conversacion que hablábamos de los que llaman bárbaros con bárbaros; el oido del mismo Gran Señor, de esta sombra de Allah podia oir nuestras palabras, pues no fueron menos francas, menos profundas, ni



sostenidas con menos elegancia que si nos hubiéramos hallado en un salon de Londres ó de Viena. Estos jóvenes, ansiosos de luces y de progreso, hablaban de su situación y de sí mismos con la modestia mas interesante y noble. La hora de la oracion se acercaba, y diferimos para otra vez la solicitud de nuestra presentacion al sultan. Namuk-Pachá nos confió á un coronel de la guardia imperial, á quien encargo nos acompañase, y nos introdujese en el vestibulo de la mezquita adonde iba el sultan. Pasamos, pues, el Bósforo, y nos colocamos á la misma puerta de la mezquita sobre las gradas que subian á ella: pocos minutos despues oimos los cañonazos de la escuadra y de los fuertes, que anunciaban los viernes á la capital, que iba el sultan á la mezquita, y vimos los dos caiques imperiales desprenderse de la costa de Asia, y atravesar el Bósforo como una flecha. Ningun lujo de caballos ni de carruages puede igualar al lujo oriental de estos dorados caiques, cuyas proas se lanzan como águilas de oro á veinte pies del cuerpo del caique, y cuyos veinticuatro remeros, levantando y bajando simultáneamente los remos, imitan el movimiento de dos anchisimas alas, las cuales levantaban cada vez una nube de espuma que cubria y ocultaba los costados del caique, y mucho menos de este pabellon de seda, de oro y de plumas, cuyas cortinas descorridas dejaban ver el Gran Señor sentado en un trono de cachemira con los pachás y los almirantes a sus pies. Al llegar al muelle saltó con ligereza, apoyando sus manos sobre los hombros de Achmét y de Namuk-Pachá: la música de la guardia colocada enfrente de nosotros en la

plaza de la mezquita, rompió sus toques y avanzó con rapidez entre dos líneas de oficiales y espectadores.

El sultan Mahamud es un hombre de unos cuarenta y cinco años, de estatura mediana, y de un talle noble y elegante: sus ojos son azules y apacibles; su tez morena y sonrosada; su boca graciosa y espresiva; su barba negra y reluciente, baja á rizos hasta su pecho; y esto es lo único que conserva del traje nacional; por lo demas, con la diferencia del sombrero, se le tomaría por europeo. Llevaba pantalones y botas, una levita oscura con el cuello bordado de diamantes, y un gorro de lana encarnada con una bellota de piedras preciosas: su paso era reprimido; su mirada inquieta parecia espresar haberle chocado alguna cosa que le preocupaba; hablaba con energía y turbación á los pachás que le acompañaban. Cuando llegó á nosotros detuvo un poco el paso; sobre las gradas de la puerta nos dirigió una mirada de benevolencia; inclinó ligeramente la cabeza; hizo seña á Namuk-Pachá para que tomase un memorial que le presentaba una muger turca cubierta con un velo, y entró en la mezquita, en donde solo permaneció por espacio de veinte minutos. La música militar tocó todo este tiempo piezas de Mozart y de Rossini. Despues salió con el rostro mas sereno y risueño, saludó á derecha é izquierda, se dirigió con lentitud al mar, y saltó riendo en el caique. En un abrir y cerrar de ojos le vimos llegar á la costa de Asia y entrar en sus jardines de Beglierbeg. Es imposible que no haga impresion la fisonomía de Mahamud, y que al verle no forme uno secretos votos por un prin-

cipe, cuyas facciones revelan una varonil energía, y una sensibilidad profunda; pero ¡ay! estos votos pesan sobre el corazón, cuando uno reflexiona el triste porvenir que le espera! Si fuese un verdadero grande hombre, cambiaría su destino; pues podría vencer la fatalidad de la suerte, porque aun es tiempo: mientras que un pueblo vive conserva en sí mismo, en su creencia y en su nacionalidad un principio de energía y de resurrección, que un genio hábil y fuerte podría fecundar, despertar, regenerar y conducir á una trasformación gloriosa: pero Mahamud solo tiene de grande el corazón. Intrépido para combatir y morir, el resorte de su voluntad se debilita cuando es preciso obrar y reinar; mas cualquiera que sea su suerte, la historia lo compadecerá y honrará. Este príncipe ha emprendido grandes cosas: ha conocido que su pueblo se veía amenazado de la muerte si no lo trasformaba; ha aplicado la segur á las ramas muertas del árbol, pero no ha sabido restituir la savia á lo que ha dejado del sano y vigoroso tronco. ¿Es culpa suya por ventura? Yo pienso que sí: lo que quedaba por hacer no era nada, comparado con la destrucción de los genízaros: nadie le podía oponer resistencia en Turquía; y la Europa, tímida y ciega le favorecía con su cobardía é inercia. La ocasión favorable se ha perdido; los años han pasado, y el esado Ibrahim se ha aprovechado de la impopularidad del sultán. La Rusia ha sido aceptada como protectora, y esta vergonzosa protección de un enemigo natural contra un súbdito rebelado, ha indignado al aislamismo. Solo queda á Mahamud el valor personal; y rodeado de cortesanos y traidores, una re-



volucion, un solo motin, puede derribarle del trono y sumergir el imperio en una anarquía final. La turquía, pues, depende de la vida de Mahamud, y él con el imperio deben perecer algun dia. ¡Grande y fatal destino de un príncipe que llevará consigo las dos mas hermosas mitades de Asia y de la Europa!

21 de junio.

Esta mañana á las once, llegamos al muelle del antiguo serrallo, y entramos en las calles que lo rodean: de paso entré en el divan de la Puerta, vasto palacio en donde está el visir, y en donde se discute la política del imperio. No produce otra impresion que la que escita el recuerdo de las escenas de que ha sido teatro, porque no hay edificio en que se hayan representado tantos y tan sangrientos dramas. Su construccion es de madera pintada, con una escalera exterior, y cubierta de un segundo techo que acaba en festones como los techos de la India y la China: las salas están desnudas y cubiertas de esteras. Desde allí bajamos á la plaza, en donde se abrió tantas veces la terrible puerta del serrallo para vomitar las ensangrentadas cabezas de tantos visires y aun de tantos sultanes. Pasamos sin obstaculo esta puerta, pues es permitido al público el entrar en el primer patio del serrallo, el cual está plantado de árboles hermosísimos, y baja por la izquierda á la magnífica casa de moneda, edificio moderno que no tiene carácter oriental. Los armenios son los directores de la moneda, y estos nos recibieron, nos abrieron los cofres en donde estaban encerradas

las joyas que habian hecho fabricar para el serrallo, y vimos una lluvia de perlas y diamantes, que son las riquezas que empobrecen y arruinan un imperio. A medida que se civiliza un estado, estas ideales representaciones de la riqueza se cambian por la riqueza real y productiva, que la constituyen la tierra y el crédito. Permanecimos allí poco tiempo y entramos en el último patio del serrallo que es inaccesible para todo el mundo, excepto para los empleados de palacio y los embajadores en el día que son recibidos, cuyo patio está circuido de muchas alas de habitaciones, de kioscos separados los unos de los otros, y de alojamientos para los eunucos, los guardias y los esclavos: las fuentes y los árboles esparcen en él la frescura y la sombra. Llegados á la tercera puerta los soldados de la guardia, que estaba situada debajo de la bóveda, se negaron obstinadamente á dejarnos entrar; en vano Rustem-Bey se hizo reconocer, pues el oficial turco que los mandaba opuso su consigna, y le dijo que comprometia su cabeza si le dejaba entrar. Volvíamos tristemente atrás cuando se acercó á nosotros el kesnedar ó gran tesorero que venia de la casa de moneda, y se retiraba á lo interior del serrallo, en donde habitaba. Amigo de Rustem-Bey, le dirigió la palabra y enterado del inconveniente con que habíamos tropezado, nos dijo que le siguiéramos, y nos introdujo sin dificultad hasta el patio, de icoglanes (pages del gran señor). Este patio, menos grande que los primeros, está formado por muchos pequeños palacios en forma de kioscos, con techos muy bajos, que solo se elevan unos siete ú ocho pies sobre las murrallas y que están sostenidos por pequeñas columnas

ó pilares moriscos de madera pintada. Las columnas, los pilares, las paredes y los techos son tambien de madera labrada y pintada de diferentes colores: los patios y jardines, formados en los vacios que quedan entre los patios y los kioscos, están diseminados con irregularidad en el espacio, y plantados de árboles muy grandes y viejos, cuyas ramas caen sobre los edificios, y cubren los techos y los terrados. El ala derecha del patio se halla destinada para las cocinas, que son inmensos cuerpos de edificios, cuyas numerosas chimeneas y paredes exteriores ennegrecidas por el humo, indican su destino. Solo se tendrá una idea de la estension del serrallo cuando se sepa que el sultan mantiene á todos los que están adheridos á la córte y al palacio, y que este número asciende diariamente cuando menos á diez mil personas. Un poco mas allá del ala de las cocinas hay un pequeño palacio muy hermoso, rodeado de una galería ó pórtico al piso de tierra, que es donde habitan los icoglanes, y allí es donde el gran señor hace educar é instruir á los hijos de las familias de su córte, ó de jóvenes esclavos destinados á los empleos del serrallo ó del imperio. Este palacio, que sirvió en otro tiempo de habitacion á los mismos sultanes, está adornado por fuera y por dentro con dibujos de esculturas y molduras doradas que no carecen de buen gusto: los techos son tan ricos como los de los mas hermosos palacios de Italia ó de Francia, y los pisos de mosaicos: el edificio está dividido en muchas salas de casi igual estension, llenas de nichos ó pequeñas alcobas de madera labrada de un trabajo esquisito, semejantes á los asientos de los coros de nuestras catedrales;



cada nicho es el aposento de un icoglan, que tiene en el fondo un vacío en donde pliega y coloca sus alfombras y almohadones, y cuelga ó cierra en un baul dorado sus vestidos. Sobre estas alcobas ó nichos hay una tribuna corrida, igualmente salida, que contiene otros tantos nichos como la sala, y esta se halla iluminada por cúpulas con ventanas elevadas. Los jóvenes icoglanes, que todos eran discípulos antiguos de Rustem-Bey, le recibieron con tales demostraciones de gozo, que un padre largo tiempo esperado, no hubiera sido acogido con mas ternura. El afecto de estos niños le conmovió: le tomaban las manos y besaban las faldas de su levita; yo lo estaba tambien al ver unas pruebas tan espontaneas y francas de reconocimiento y de cariño.

¡Rustem-Bey! ¡Rustem-Bey! esclamaban, y todos corrian hacia él, que palpitaba de placer y emocion y no podia acallarlos ni aplacar sus caricias. «¿Por qué nos habeis abandonado tanto tiempo? Erais nuestro padre, y sin vos nos morimos de tedio todo lo que hemos aprendido os lo debemos a vos: nosotros éramos esclavos ó hijos de esclavos, y Allah y el Sultán os han enviado para formarnos hombres. El nombre de los osmanlis era una injuria y una burla en Europa: ahora sabremos defenderlo y honrarlo. Oh! decid al Sultán que os envíe aquí: sin vos no estudiamos ya, y nos devora la tristeza y el fastidio.»

Cinco ó seis de estos jóvenes, de rostros apacibles, y que espresaban la inteligencia y la franqueza, nos tomaron por la mano, nos llevaron por todas partes, y nos condujeron al salon de recreo, el cual era un kiosco rodeado de fuentes que salian

de las paredes, y caian en pilas de mármol: al rededor de él habia divanes corridos; y una escalera oculta en la pared conducia á las cocinas y á las despensas, en donde habia muchos esclavos á sus órdenes que mantenian continuamente fuego para las pipas, café, sorbetes, agua, y toda clase de helados á su disposicion. Allí tenian toda especie de juegos, y muchos de ellos jugaban al ajedrez: nos hicieron servir sorbetes, y tendidos sobre el divan hablamos mucho rato de sus estudios y progresos, de la política de Europa y del destino del imperio: ellos se esplicaban perfectamente, se estremecian de indignacion por su estado actual, y formaban los votos mas sinceros porque obtuviere el sultán buen éxito en sus reformas. Nunca he visto mayor ardor por la regeneracion de un país, que el que mostraron estos jóvenes. Los mayores tendrian de veinte á veintidos años, los mas jóvenes de doce á trece, y los rostros de todos rebosaban la alegría cuando les estábamos hablando. Solo en el hospicio militar de marina en Greenwich he visto rostros mas hermosos que los de estos muchachos; los cuales no querian dejarnos ir: nos acompañaron por todos los jardines, patios y kioscos en que les era permitida la entrada, y uno ó dos de ellos se separaron de Rustem-Bey con lágrimas en los ojos.

Entretanto el kesnedar habia ido á dar órdenes á los eunucos, jardineros y guardias de los palacios para que nos dejasen pasar, y nos introdujesen donde quisiésemos. En el fondo del patio, un poco mas allá del palacio de los icoglans, habia otro palacio dilatado que nos cerraba el paso; era la habitacion de los sultanes, el cual lo

mismo que los palacios y kioscos que acababamos de recorrer, se veia rodeado de una galeria formada por una prolongacion de techos; en la prolongacion de esta galeria ó pórtico se hallaban las puertas de las habitaciones, todo al piso de tierra. Nosotros entramos en los salones que servian de ante-cámara, y que comunican con las piezas interiores. Este vestibulo de figura regular, es un laberinto de pilares que sostienen los techos, y de él salen dilatados corredores circulares para el servicio de las cámaras ó aposentos; pilares, techos y paredes todo es de madera pintada y labrada con adornos moriscos. Las puertas de las cámaras imperiales estaban abiertas, y vimos muchas de ellas todas iguales con corta diferencia en la disposicion y el adorno de los techos con molduras doradas. Cúpulas de madera ó de mármol, taladradas de recortes moriscos, por donde penetra una suave y templada luz; anchos y bajos divanes al rededor de las paredes, sin mas muebles ni asientos que las alfombras, las esteras, y los almohadones y ventanas abiertas á medio pie del piso, que dan vista á los patios, á las galerias, á los terrados y á los jardines; he aquí todo el adorno de estas salas. Por la parte del palacio, opuesta á la de nuestra entrada, hay una plataforma ó terraplen construido de piedras con baldosas de mármol: un hermoso kiosco, en que se sienta el sultán cuando recibe á los embajadores, está separado á algunas toesas del palacio; y elevado algunos pies de la plataforma, parece una capilla morisca: casi lo ocupa todo un diván, y está rodeado de ventanas, que ofrecen la vista de Constantinopla, del puerto del mar de Marmara y del



Bósforo; y en la galería abierta entre este kiosco y el palacio, hay fuentes de mármol con hermosos surtidores de agua, lo cual forma un paseo delicioso. Las ramas de los arbustos y los rosales de estos pequeños jardines, que cubren los terraplenes, se arrastran sobre las balaustradas y embalsaman el palacio; hay algunos cuadros sobre madera y sobre mármol colgados en las paredes, que examiné con atención, y son vistas de la Meka y de Medina; aunque estos cuadros son planos sin perspectiva, están acordes exactamente con lo que refiere Ali-Bey de la Meka y de la Kaaba, y de los diversos monumentos de la ciudad santa del islamismo, y prueban que este viajero ha estado realmente allí: estas pinturas atestiguan lo que él dice á cerca de la galería circular que rodea el recinto de las diferentes mezquitas: se ve también el pórtico semejante al de San Pedro de Roma.

Continuando por la plataforma del palacio á la izquierda se marcha por un estrecho balcon sostenido por altos terraplenes, al harem ó palacio de las sultanas, que estaba cerrado, y en el cual solo quedaba un corto número de odaliscas. No pudimos acercarnos á esta vedada mansión, y solamente vimos las ventanas con celosías, y los deliciosos balcones cubiertos con persianas y pararas entrelazadas de flores, en donde pasan los dias las mujeres mirando los jardines, el mar y la ciudad. Recorrimos con la vista una infinidad de jardines rodeados de paredes de mármol, regados por surtidores de agua, y plantados con esmero y simetría de flores y arbustos olorosos. Estos jardines, á los cuales se baja por escaleras, y que

tienen comunicacion entre sí, están adornados con elegantes kioscos; allí es donde las mujeres y los niños del harem se pasean y disfrutan de la naturaleza.

Habíamos llegado á la pendiente del serrallo, que comienza á bajar hácia el puerto y el mar de Mármara: estábamos en el punto mas elevado de este sitio, el mas extraordinario del mundo, desde el cual puede abarcar la vista todas las colinas y todos los mares de Constantinopla; así es que nos detuvimos mucho tiempo para gozar de él; es el lado anverso de la perspectiva que he descrito desde lo alto del belvedere ó miramar de Pera.

Mientras estábamos sobre este terrado del palacio tocó la hora de la comida, y vimos pasar muchísimos esclavos que llevaban sobre sus cabezas grandes fuentes de estaño, con las comidas de los oficiales, empleados, eunucos y mujeres del serrallo: asistimos á muchas de estas comidas, que se componian de arroz cocido con manteca y carne, de aves, y de almondigas de arroz y carne picada, asadas y puestas sobre pámpanos; galletas y un vaso de agua. En cualquier parte en donde el esclavo encontraba á su amo, le servía la comida, ya fuese en el rincon de una sala, ya en un terrado á la sombra del techo, ya en los jardines, y debajo de un árbol, y ya al lado de un surtidor de agua. El kesnedar vino á buscarnos, y nos condujo al kiosco que habita, en frente de la tesorería en que están acumuladas incalculables riquezas, desde la fundacion del imperio, gran edificio de piedra precedido de un pórtico cubierto, poco elevado sobre el suelo, cuyas puertas son

:

bajas, y los aposentos subterráneos. Las monedas de plata y de oro están encerradas en grandes arcas de madera pintadas de encarnado, y cada semana se saca un número de ellas, para el servicio del imperio: en el pórtico había algunos de estos baules. Nosotros no solicitamos entrar; nos dijeron que además del oro y de la plata, había en el kesné ó tesorería montones de perlas y diamantes, lo cual es muy probable, según la costumbre de los sultanes de depositarlo allí todo, y de no sacar nada más que en la última estreñidad ó apuro del Estado. Pero como los valores de las piedras preciosas son puramente convencionales, si el Gran Señor quisiese venderlos, disminuiría considerablemente su precio, por la profusión y abundancia que introduciría en el comercio, y este recurso que parece inmenso, podría no serlo tal vez.

Era el kesnedar hombre franco, alegre y despejado; me introdujo en el cuarto que ocupa, y por la primera vez en Turquía halle un poco de lujo en los muebles y ciertas comodidades europeas: los divanes eran altos y cubiertos de almohadones de seda: había mesas y tablas de madera, sobre las cuales se hallaban cuadernos de registro, libros, mapas y un globo terrestre. Nos trajeron sorbetes y almibares y hablamos de las artes y de las ciencias de Europa comparada con el estado de los conocimientos humanos en el imperio. El kesnedar se mostró tan instruido y tan libre de preocupaciones como un europeo. Lo comprendía todo, y deseaba el éxito de Mahamud en sus tentativas de reformas; pero viejo, y habiendo pasado su vida en los empleos de mayor



confianza del serrallo bajo los reinados de cuatro sultanes, parecia prometerse de ellas muy poco y resignarse filosoficamente con la suerte, llevando una vida apacible y solitaria en este abandonado serrallo. Me preguntó estensamente sobre muchas cosas; y la filosofia, la religion, la poesia, las creencias populares de la Europa, el régimen de los diversos estados fuesen monarquias ó republicas, la politica y la táctica, todo fué pasado en revista, y en todas las materias se esplicó con exactitud, oportunidad y sensatéz en las reflexiones, que le reconoci por uno de los hombres mas distinguidos del imperio. Despues de esta conversacion, me trajo una esfera y su globo terrestre, y quiso que le esplicase los movimientos de los astros y las divisiones de la tierra: tomó nota de todo y quedó embelesado. Me hizo muchisimas instancias para que me quedase con él á cenar y pasase allí la noche; nos costó mucho trabajo resistirnos á sus ruegos, y solo pudimos disculparnos, diciéndole que mi mujer y mis amigos sabian que habia ido al serrallo, y que estarian con el mayor ciudadano si no me veian volver. *Con efecto, me dijo, sois el primer europeo que ha penetrado en él, y esta es una razon para que os tratemos como amigo. El Sultan es grande, y Allah es para todos.* Nos acompañó hasta las escaleras interiores, que bajan desde la plataforma del palacio del sultán al laberinto de pequeños jardines del harem, de que he hablado ya, y nos confió á un gefe de los bostangis, que nos hizo pasar de kiosco en kiosco, y de terraplen en terraplen, todos plantados de flores y regados por fuentes, hasta la puerta de una alta muralla que separa los palacios interiores del serrallo, de los campos de musgo

esteriores. Allí nos encontramos al pié de los enormes plátanos que se elevan á una altura de mas de cien pies junto á las murallas y altos balcones del harem. Estos árboles forman un bosque, interceptado por campos de menuda yerba; mas lejos están los árboles frutales y grandes huertas cultivadas por los esclavos negros, que tienen sus cabañas bajo los árboles; los campos están regados por arroyos, y á corta distancia del harem existe un antiguo y magnífico palacio de Bayaceto, abandonado á la yedra y á los pájaros nocturnos, el cual es de piedra y de arquitectura árabe. Con facilidad podria restablecerse, y valdria él solo tanto como el serrallo; pero hay la preocupacion de que está habitado por espiritus malos y no entra en él ningun osmanli. Como estábamos solos, penetré en una ó dos arcadas subterráneas de este hermoso palacio, obstruidas de ruinas y piedras; y tanto las paredes como las escaleras que pude ver, me parecieron de un trabajo elegante. Llegados cerca de una de las puertas de las paredes del serrallo, retrocedimos, marchando siempre por bajo el follage de plátanos, de sicomoros y de cipreses, los mas grandes que he visto, y dimos vuelta á los jardines exteriores, los cuales nos guiaron hasta la orilla del mar de Mármara, en donde hay dos ó tres palacios magníficos, que habitan los sultanes en el verano: sus aposentos dan sobre la corriente del canal, y están refrescados siempre por la brisa. Algo mas lejos las colinas cubiertas de musgo sostienen pequeñas mezquitas, kioscos y juegos de agua circundados con parapetos de mármol, á la sombra de árboles grandiosos: allí nos sentamos entre las flores

y los surtidores de agua. Detrás de nosotros teníamos las altas paredes del serrallo, y delante un plano inclinado cubierto de musgo, que iba á terminar en el mar: entre este y nosotros corría una cortina de cipreses y plátanos, que guarnecía la pared del recinto. Al través de esta cortina de copas de árboles se veían las olas del mar de Mármara, las islas de los Principes, los buques á la vela, cuyos mástiles pasaban por entre los árboles; Scutari enrojecido por los rayos del sol que se ponía, las doradas cumbres del monte de los Gigantes, y las nevadas cimas de los montes de Phrigia, que formaban el marco de este cuadro divino.

Tal es el interior de esta misteriosa mansion, la mas hermosa de la tierra, escena de tantos dramas sangrientos, en donde ha nacido y engrandecido el imperio otomano, pero en donde no quiere morir, porque despues del degüello de los genizaros no es habitado ya por Mahamud, á quien repugnan estas manchas de sangre, como hombre de costumbres apacibles y entregado á la molicie. Quizá no se crea seguro en medio de la fanática poblacion de Stambul, y prefiere tener un pie en el Asia y otro sobre la escuadra, en uno de los treinta palacios que tiene anclados á la orilla del Bósforo.

El carácter general del serrallo no es la grandeza ni la comodidad ni la magnificencia: es un conjunto de tiendas de madera dorada y esculpida, pero respira el carácter del pueblo turco, la intelijencia y el amor de la naturaleza. Los puntos pintorescos, los mares dilatados, las grandes sombras, las fuentes y los horizontes inmensos, y estos cuadros adornados con marcos de nevadas cum-



bres; tal es el instinto predominanté de este pueblo que parece recordar su origen pastor y cultivador y cuyas gentes son sencillas. Así ha colocado el palacio de su señor y su capital sobre la pendiente del mas hermoso collado de su imperio, y tal vez del mundo entero: este palacio no tiene lujo esterior, ni la refinada voluptuosidad de los palacios de Europa; solo tiene vastísimos jardines, en donde crecen los árboles con libertad como en los bosques naturales, en donde las aguas murmuran y en donde se arrullan las palomas: los aposentos con muchas ventanas siempre abiertas; terrados que dominan los jardines y el mar, y kioscos con celosías, en que las sultanas sentadas pueden gozar á la vez de la soledad y del aspecto encantador del Bósforo. Tal es lo que sucede en toda la Turquía; el señor y el pueblo, los grandes y los pequeños no tienen mas que una necesidad, y no manifiestan mas que un solo sentimiento en el arreglo y eleccion de sus habitaciones, que es gozar de la vista de un hermoso horizonte; y sino lo permite la situacion y la pobreza de su casa, tener al menos un árbol, algunos pájaros, un carnero, y palomas en un rincon de tierra inmediato á su choza. En todas partes donde se halla un sitio elevado, sublime ó de gracioso paisaje, se encuentra una mezquita, un santón ó una cabaña turca. No hay un punto del Bósforo, una loma, un golfo risueño sobre la costa de Europa ó de Asia, en que un pachá ó un visir no haya edificado una casa de recreo y un jardin. Sentarse á la sombra, tener á la vista un magnífico horizonte, ramas de árboles frondosos sobre la cabeza, una fuente á los pies, el campo ó el mar á la vista, y pasar allí las ho-

ras y los días en el ocio y en la contemplación: he aquí la vida del musulmán, y he aquí por qué este pueblo permanece en la inacción y en el silencio, mientras que no lo alteran las pasiones, restituyéndole su energía natural que deja adormecer, pero que no pierde nunca. No es locuaz como el árabe, y hace poco caso de los placeres del amor propio y de la sociedad: le bastan los de la naturaleza, y se limita á meditar y orar: es un pueblo de filósofos, que todo lo saca de la naturaleza, y que lo refiere todo á Dios. Dios está siempre en su pensamiento y en su boca, y no como una idea estéril, sino como una realidad práctica y evidente: su virtud es la perpétua adoración de la voluntad divina; su dogma el fatalismo. Con esta fe conquista el mundo, ó lo pierde con la misma serenidad y calma.

Salimos por la puerta que da al muelle, y entramos en un hermoso kiosco donde se sienta el sultán cuando salen sus escuadras, ó cuando estas regresan de una expedición y saludan á su amo.

*22 de Junio.*

Se han separado de nosotros dos de nuestros amigos, para marchar á Europa: yo me he quedado en Buyukdere con mi mujer y Mr. de Capmas.

*25 de Junio.*

Belgrado es un pueblo situado en medio del bosque de este nombre, á cuatro leguas de Constantinopla. en él he pasado dos días. Su bosque, que es inmenso y de encinas, cubre las colinas

que se hallan entre el Bósforo y el mar de Mármara á igual distancia de ambos puntos, y se prolonga casi sin interrupcion hasta los Balkanés. Este bosque, tan silvestre y risueño como los de Inglaterra, tiene un hermoso pueblo griego; construido en un ancho valle que se encuentra en su centro; hay en él prados que parecen de la Arcadia, un rio que corre por entre troncos de encinas, y magníficos estanques artificiales, formados en las honduras de las colinas para detener las aguas, y alimentar las fuentes de Constantinopla. Allí recibimos la hospitalidad de Mr. Aleon y su esposa; aquel es un banquero francés, cuyo padre se estableció en la capital, y que posee en Buyukdere una casa de recreo, y otra en Belgrado para la caza. Esta es una familia interesante, no solo por la elegancia de sus hábitos sino tambien por la elevacion de sentimientos y por su ilustracion, unidas á la gracia y á la afectuosa sencillez del Oriente.

En Constantinopla hallé otra sociedad enteramente francesa en Mr. Salzani, hermano de mi banquero en Smirna, el cual sobre ser hombre de probidad, lo es tambien de sentimientos é ideas, y nos trató como compatriotas y amigos. Por lo general la sociedad de los francos en Constantinopla, que se compone de oficiales adheridos á las embajadas y consulados, y de las familias de los dragomanes y de los comerciantes de diversas naciones de Europa, es muy superior á la opinion que de ella se tiene. Reducida en su número, tiene los defectos consiguientes á un pueblo pequeño; mas reina en ella lo probidad, la instruccion y la elegancia, y sobre todo, una hos-



pitalidad amable y cordial para los extranjeros. Allí se está tan al corriente de los negocios de Europa como si uno se hallara en Viena ó París, y se participa fuertemente del movimiento que agita el Occidente. Hay hombres de mérito y mujeres dotadas de gracias y eminentes virtudes. He visto reuniones en Pera, en Therapia y en Buyukdere, en las que hubiera uno creído encontrarse en una de las mas distinguidas de las grandes capitales de Europa, si no hubiese fijado la vista en el Bósforo, ó en el Guerno de Oro que resplandecía entre el follage de los árboles y al pie de los jardines.

29 de junio.

Estos dias hemos hecho una correría por las aguas dulces de Europa. En el fondo del puerto de Constantinopla, las colinas de Eyub y las de Pera y Galata, se aproximan insensiblemente y no dejan entre sí mas que un brazo de mar muy estrecho. A la izquierda se dilata el arrabal de Eyud con su mezquita, donde los sultanes, cuando suben al trono, van á ceñir el sable de Mahoma, que es la consagracion de sangre adoptada por la religion del despotismo musulman. Esta mezquita descuella con gracia por encima de las casas pintadas del arrabal, y la cúspide de su minarete se confunde en el horizonte con las altas y arruinadas murallas griegas de Constantinopla. A la orilla del canal se estiende un hermoso palacio de las sultanas, bañado por las olas, pues las ventanas están al nivel del agua: las copas frondosas de los árboles del jardin dominan el techo y se reflejan

en el mar, el cual un poco mas lejos solo parece un río que corre entre dos prados: estos hermosos grupos están dominados por colinas, por jardines y bosques. Oyense á los pastores de la Bulgaria tocar caramillos ó gaitas sentados en las peñas, y se les ve apacentar sus ganados de caballos ó cabras; el río en que se habia convertido el canal, no aparece sino como un arroyo, en el que los remos de los caiques tocan las dos orillas, y en donde las raices de los soberbios olmos llegan á embarazar la navegacion. A la derecha se estiende una vasta pradera sombreada de plátanos; á la izquierda suben cumbres selváticas y verdes, y en el fondo se pierde la vista entre las irregulares columnatas de los árboles que guarnecen el arroyo, y que serpentean con él. Así es como termina el hermoso puerto de Constantinopla, y así concluyé el estenso y borrascoso Mediterraneo. De este modo va uno á parar á una cala sombría, en el fondo de un golfo de verdura, sobre un banco de musgo y de flores, lejos del estrépito de la ciudad y del mar; Ah! ;que bien concluiría la vida del hombre si concluyese así! Tal es el fin que deseo á la vida de mis amigos, que se agitan y brillan en la escena del gran mundo: el silencio despues del ruido; la dulce oscuridad tras el resplandor de la luz; el reposo tras de una agitacion escesiva! Una guarida, un asilo de soledad y sombra para reflexionar sobre la vida que se ha pasado, y para morir en paz con la naturaleza y con los hombres! Para mí no formo otros votos, no deseo otra cosa, y todavía no pido tanto: mi soledad no será tan suave ni tranquila!....

Salté á tierra desde el caique, seguí la orilla

del arroyo hasta un kiosco que descubria entre los árboles, y vi en cada tronco un grupo de mujeres árabes y armenias, jugando con sus niños sobre la fresca yerba. En las praderas se veian esparcidos caballos de montar ricamente enjaezados y varios arabes ó carruajes de Constantinopla con bueyes uncidos. El kiosco tenia delante y en torno un canal y varios arroyos, en que nadaban los cisnes: los jardines eran pequeños, pero toda la pradera era un verdadero jardin: allí iba en otro tiempo el sultan actual á pasar la estacion del calor; este sitio delicioso le gustaba muchísimo, porque gustaba tambien á su odalisca favorita. El amor habia penetrado en su corazon despues de las escenas sangrientas del Tmeidan, y allí murió la hermosa odalisca en medio de la sensualidad del harem! Desde entonces Mahamud ha abandonado esta encantadora mansion, y solo va alguna vez á visitar el sepulcro de la difunta, que se halla en los jardines de este ya desierto palacio. El resto del dia lo pasamos en el fondo del valle, y á la sombra de sus árboles.

*3 de julio.*

Me he embarcado esta mañana, y me he dirigido á Constantinopla sin llevar guia: he subido el Bósforo; he entrado en el mar de Mármara; y despues de haber seguido cosa de dos horas, las murallas exteriores, que separan de este mar á Sтамbul, he desembarcado al pie del castillo de las Siete-Torres. Los soldados turcos, despues de poner algunas dificultades, nos han dejado entrar en el primer patio de este ensangrentado castillo, al que eran arrastrados los sultanes destronados,



y al que iban á esperar la muerte, que no tarda en llegar, cuando el pueblo es juez y verdugo á la vez. Seis ó siete cabezas de emperadores han rodado por las gradas de aquella terrible escalera, y millares de otras mas vulgares han adornado las almenas de las murallas de este patio. El alcaide no nos permitió pasar adelante; y mientras que fué á tomar órdenes del comandante del castillo, se abrió la puerta de una sala baja y embovedada en la torre oriental; di algunos pasos, oí un rugido que hacia estremecer la bóveda, y me hallé frente á frente con un soberbio leon encadenado: esta fiera se lanzó sobre el hermoso lebré, que me seguia siempre; pero huyó el lebré, refugian-dose entre mis piernas. La fiera se levantó sobre las suyas de detrás; pero la cadena le detuvo, sujetandole á la pared: yo salí y volví á cerrar la puerta. Entonces el alcaide volvió á decirme que su cabeza peligraba si me dejaba pasar adelante; me retiré, y salí del recinto de la ciudad por una puerta de los antiguos muros que da al campo. Los muros de Constantinopla se apoyan en el castillo de las Siete-Torres, sobre el mar de Mármara, y se prolongan hasta las cumbres de las colinas que cubren el arrabal de Eyub, hácia la estremidad del puerto y las aguas dulces de Europa; ciñendo así la antigua ciudad de los emperadores griegos, y la de Stambul de los emperadores turcos, por el único lado del triángulo que no está protegido por el mar. Por este lado solo defienden á Constantinopla las suaves pendientes de las colinas, que van á morir en una llanura cultivada. Allí se construyó la triple línea de murallas, en que fueron rechazados tantos asaltos; y detrás de ellas

creia conservarse mucho tiempo el miserable imperio griego. Estas murallas admirables existen aun; y despues del Partenon y de Balbek, son las ruinas mas magestuosas que acreditan el asiento de un imperio. Esta mañana he seguido su pié por la parte exterior, y son unos terraplenes de piedra de cincuenta á sesenta pies de elevacion, en algunos puntos de quince á veinte pies de anchura, revestidos de piedra cortada, de un hermoso color ceniciento, á veces enteramente blanco, y como si acabasen de salir del escoplo del artista. Tienen antiguos fosos, pero colmados de ruinas y tierra vegetal muy feraz, en donde se han arraigado árboles y plantas parietarias, que forman un glásis impenetrable. En el dia parecen un bosque virgen de treinta ó cuarenta pies de ancho, lleno de nidos de pájaros, y poblado de reptiles. Hay puntos en donde este bosque oculta enteramente las cortinas de la muralla, y las torres de que está flanqueada; y no deja ver mas que las elevadas almenas: otras veces se presenta descubierta en toda su altura, y reverbera como el oro los rayos del sol. Tiene aberturas ó grietas formadas por brechas, y las yerbas que salen de ellas bajan como en los barrancos de los montes, y van á confundirse con las de los fosos. Su emplazamiento está coronado de vegetación casi por todas partes; y las ramas de los arbustos que se estienden por fuera, forman tupidos flecos de plantas y chapiteles, y volutas de enredaderas y de yedra. Acá y allá del seno de las torres, llenas de piedras y de polvo, se levanta un plátano ó un ciprés, que entrelaza sus raices por las hendiduras de su soberbio pedestal. El peso de las ramas y de las hojas,

y las rafagas de viento con que continuamente están batidos estos árboles aéreos, hacen inclinar sus troncos al sur, y cuelgan como árboles desarraigados con sus grandes ramages, cargados de nidos de muchísimos pájaros. A cada trescientos ó cuatrocientos pasos, se encuentran dos de estas torres de hermosa construcción, con las enormes bóvedas de una puerta, ó con un arco antiguo entre ellas. La mayor parte de las puertas están tapiadas en el dia, y la vejetacion que se ha apoderado de las murallas, de las puertas, de las almenas y de las torrecillas, forma en algunos puntos la mas vistosa reunion de las producciones de la naturaleza con las del hombre. Hay lienzos de yedra que bajan de lo alto de la torre, como pliegues de inmensas capas; enredaderas que forman puentes de ramas del arco de cincuenta pies desde un costado al otro de la brecha; trozos cubiertos de alelies, que han nacido sobre la cortina perpendicular de la muralla, y que agitados sin cesar por el viento forman oleadas de flores; y finalmente, millares de arbustos figuran almenas, cuyos picos son de hejarasca y de colores diversos. De este bosque de ramas salen nubes de pájaros si se arroja una piedra, bien sea contra la cortina de la muralla, ó en el laberinto intrincado del foso. Nosotros vimos muchas águilas que volaban al sol desde las torres, por encima de los nidos donde tenian sus hijuelos.

*Julio.*

He proseguido en en Buyukdere mi vida oíitaria: por la tarde me he paseado por la orilla del mar, ó en el valle de las rosas, y todas las semanas ha



venido á verme Mr. Truqui. Los corazones sensibles tienen en sí una consoladora virtud: Dios les ha dotado del único específico para las heridas incurables, que es la simpatía!

El conde Orloff, comandante general de la escuadra y ejército ruso, y embajador extraordinario de esta nación en la Puerta, celebró ayer su triunfo y su partida con una función militar, que ofreció al sultan sobre el Bósforo. Los jardines de la embajada de Rusia en Buyukdere, cubren las frondosas laderas de un monte que cierra el golfo, y cuyo pié está bañado por el mar. Desde los terrados del palacio se disfruta de la vista del Bósforo en su doble curso hácia Constantinopla y mar Negro: el cañon de la escuadra rusa anclada al pié de los jardines delante de nuestras ventanas, fué disparado de minuto en minuto; y los palos empavesados se confundían con el verdor de los árboles de las dos costas.

Desde por la mañana cubrían el mar anchas y caiques innumerables, que traían de Constantinopla quince ó veinte mil espectadores, los cuales se distribuyeron por los kioscos, por los prados y sobre las peñas de las inmediaciones. Un número considerable de ellos permaneció en los caiques, los cuales llenos de mujeres judías, turcas y armenias vestidas con telas de brillantes colores, flotaban sobre el mar como ramos de flores. El campamento de los rusos, establecido en la falda del monte del Gigante, á media legua de la escuadra, se destacaba con sus tiendas blancas y azules, en el verde subido del monte. Por la noche los jardines del palacio de la embajada rusa estaban iluminados por millares de faroles, colgados de las ramas

de los árboles; los buques iluminados tambien en todos los palos, las vergas y las jarcias parecían arder, y que su incendio hacia disparar las baterías: sus costados vomitaban torrentes de relámpagos; y el campamento de las tropas de desembarco, iluminado por grandes hogueras sobre los cabos y las lomas de la costa de Asia, reflejaba en el mar sus torrentes de luz, y despedia el fulgor de un incendio en la vasta superficie de las aguas del Bósforo. El gran Señor llegó en esta noche resplandeciente en un buque de vapor que vino á colocarse bajo los terrados del palacio de Rusia, para disfrutar del espectáculo que se le habia ofrecido, y se le veía sobre la cubierta del buque rodeado de su visir y de sus pachás favoritos. Permaneció á bordo, y envió á su visir para que asistiese á la cena del conde Orloff. Habia preparadas larguissimas mesas en las calles de los plátanos, y otras ocultas en todos los bosquecillos de los jardines, las cuales cubiertas de oro y plata, reflejaban la claridad de los árboles iluminados.

A la hora mas oscura de la noche, un poco antes de la salida de la luna, se dispararon fuegos artificiales, colocados en el mar sobre almadías, á igual distancia de las tres costas; y su resplandor, estendiendose por la superficie del agua, difundía una luz rojiza sobre los montes, sobre la escuadra, y sobre el inmenso concurso de espectadores, cuyos caiques cubrian el mar. Nunca se ha ofrecido á la vista del hombre tan hermoso espectáculo; parecia haberse rasgado la bóveda del cielo y dejar ver un pedazo de mundo encantado, con los elementos, los montes, los mares y los cielos de formas y de colores desec-

nocidos, y que millares de sombras vaporosas y fugitivas nadaban sobre olas de esplendoroso fuego. Despues volvió á entrar todo en la oscuridad y el silencio. Los faroles apagados como al soplo del viento, desaparecieron de las vergas y de las troneras de los buques; y la luna, asomando por las crestas de dos montes, esparcía su luz suave sobre el mar y destacaba sobre un fondo de nácar las enormes masas negras de los buques, y los desecados espectros de los palos y vergas. El Sultán se retiró en su ligero buque de vapor, que elevando su columna de humo se desvanecía en silencio cual una sombra venida á presenciar la ruina de un imperio.

Mahamud no era ciertamente Sardanápalo iluminando con el resplandor de una hoguera las ruinas de su trono desplomado; sino un monarca exalando el último aliento de su imperio vacilante, obligado a pedir á sus enemigos apoyo y protección contra un súbdito rebelado; y asistiendo al triunfo de su enemigo y á su propia humillacion! ¿Qué dirian los viejos osmanlis al ver el resplandor de los fuegos del campamento de los cristianos sentados sobre los montes sagrados del Asia, iluminando las cupúlas de las mezquitas, y reflejando su resplandor sobre los chapiteles de Stambul y las murallas del antiguo serrallo? El mismo Mahamud ¿qué diria entre sí á pesar de la afectada sonrisa de sus labios? ¡Ah! en su interior debia rebosar la tristeza mas profunda, su corazón debia de estar despedazado, y su remordimiento debia ser suficiente para restituirle el heroismo. Pero existe una idea consoladora para el filósofo que ama la humanidad, y que ve en este suceso la mano po-

:



derosa de la Providencia divina. La marcha del tiempo y el progreso convertia en escombros un imperio opulento, obstáculo insuperable para la civilizacion del Oriente, y que llevaba paso á paso á estos bellos paises una raza de hombres menos gastados, una religion mas pura y progresiva, y una dominacion mas hermosa y benéfica.

*julio.*

Ayer comí con el baron de Stumer, en casa de este, y en union del príncipe real de Baviera, que volvia de Grecia, y se detenia algunos dias en Constantinopla. Este jóven príncipe, ansioso de instruccion se olvida del trono que le espera, busca el trato de las personas que no tienen interés en adularle, y se forma escuchándolas; así es que se produce perfectamente. Me dijo que el rey su hermano vacilaba sobre la eleccion de capital, y que descaaba oír mi parecer. Yo le manifeste que la capital de la Grecia estaba señalada por el acaecimiento que ha vuelto á constituir la nacion: que la Grecia ha resucitado, y que cuando se resucita una cosa, debe renacer con su forma, su nombre, y con todas las circunstancias de su individualidad: que Atenas con sus ruinas y sus recuerdos es la señal del reconocimiento de la Grecia; y que es preciso que reznaca Atenas, pues de otro modo no sera jamás sino lo que en la actualidad; una pobre poblacion sobre las rocas del Peloponeso y de las islas.

---

Se ha dado á la vela la escuadra y ha partido el ejército ruso: ahora ya saben el camino, y los

turcos están acostumbrados á verlos. El Bósforo ha quedado desierto y como inanimado.

Han llegado mis caballos árabes por el Asia menor: Tedmor, el mas hermoso y vivo de todos, ha muerto en Magnesia, próximo ya al término de su viaje, admirado por todos los pueblos de la Caramania por donde habia pasado. Los demas están tan flacos y cansados que necesitarian un mes de reposo para hallarse en estado de hacer el camino de la Turquía europea y la Alemania. Con este motivo he vendido á Mr. de Bonteniéff los dos mas hermosos para las yeguas del emperador de Rusia, y los otros tres á diferentes personas de Constantinopla: siempre echaré menos á Saide y á Tedmor.

He hecho un ajuste con los turcos de Stambul y del arrabal de Eyub, que alquilan carruages para conducir mujeres por las calles de Constantinopla, y me facilitan cinco *arabás*, cada uno tirado por cuatro caballos para llevar á Belgrado en veinticinco dias á mi muger y á mi, á Mr. de Capmas, mis criados y equipage. Además he tomado dos tártaros para dirigir la caravana; mukres, conductores de mulas para llevar las camas, cocina, cajas de libros, etc., y finalmente, seis caballos ensillados, por si los caminos son malos y no nos permiten viajar en los arabás. El precio de todo esto es de cuatro mil francos: nos acompaña tambien un escelente intérprete, y nuestro viaje se ha fijado para el 23 de julio.

---

A las dos de la noche hemos salido de Constantinopla: los caballos y equipages nos esperaban

en el arrabal de Eyub, en una plazuela próxima á una fuente rodeada de plátanos. Cerca de allí habia un café turco: la gente se reunia para vernos partir, pero no hemos perdido ningun objeto del equipaje, ni sufrido el menor insulto. La probidad es la virtud de las calles, y esta es en Turquía menos comun en los palacios. Los turcos que se hallaban sentados bajo los árboles delante del café, y los muchachos que pasaban nos ayudaban á cargar nuestros arabás y caballos, y recogian y traian lo que caía ú olvidábamos.

Emprendimos la marcha al salir el sol; todos á caballo pasamos las largas, solitarias y montuosas calles que van del arrabal de Eyub á las murallas griegas de Stambul; y allí salimos á un collado desnudo y desierto dominado por un cuartel. Dós batallones del Nisam Djedid, que son unas tropas regulares, hacian el ejercicio delante de él. Allí nos despedimos de Mr. Truqui y de los griegos de su consulado que nos acompañaban, y abrazamos á este excelente hombre, que ha sido nuestro consuelo en el aislamiento y la desgracia: una amistad de dos meses llega á ser una amistad antigua, cuando sirve de consuelo en la afliccion. El quedaba triste y enfermo, separado de su mujer y de su patria; queria ocultarnos sus lágrimas, y las nuestras humedecian sus manos. Hicimos alto á tres leguas de Constantinopla, para dejar pasar la fuerza del calor, y atravesamos un país desigual, cuyas eminencias dominan el mar de Mármara, en donde vimos algunas pocas casas diseminadas, mas ninguna poblacion. A las cuatro nos volvimos á poner en camino, y llegamos á un lugarcillo, en el que los tártaros que iban delante, nos habian



preparado una casa. Esta pertenecía á una interesante familia griega, compuesta de tres muchachas muy amables y de singular hermosura: por la noche nos tendieron alfombras y almohadones sobre el suelo de tablas de pino; y mi cocinero se procuró arroz, gallinas y legumbres con abundancia.

Nuestra caravana estaba en pie á las tres de la madrugada, y uno de mis tártaros se puso á la cabeza de ella. Despues del alto de medio dia que solíamos hacer á la orilla de una fuente ó bajo algun arruinado caravanserall, tomaba mis órdenes é iba á galope á la ciudad ó pueblo en que debíamos pernoctar, y llevaba mi pasaporte del gran visir para el pachá, agá, ayam ó autoridad del pueblo, la cual escogía la mejor casa griega, armenia ó judía del pais, y advertía al propietario que la preparase para recibirnos; asi mismo hacia disponer comida para los treinta y dos caballos que llevábamos, y muchas veces tambien hacia disponer nuestra cena. El ayam acompañado de los principales habitantes, y de algunos soldados de caballería, si habia tropas en el pueblo, salia á recibirnos á cierta distancia; nos seguia á nuestro alojamiento, se apeaba del caballo, nos introducía en él, hacia traer la pipa y el café, y despues de algunos momentos se retiraba á su casa, adonde iba yo á visitarle poco rato despues.

Nada hemos visto que llamase la atencion, ni nada de pintoresco, desde Constantinopla hasta Andrinópolis: solo se presentaron á nuestra vista dilatadas llanuras sin casas ni arbolados, atravesadas á grandes distancias por un rio encajonado y medio seco que pasaba bajo los arcos de un puen-

te arruinado; por la tarde solíamos encontrar un mal pueblo rodeado de vergeles en el fondo de un valle, cuyos habitantes eran griegos, armenios ó búlgaros; los kanes de estos pueblos eran una especie de casuchas sin techos, en que estaban juntos hombres y caballos. Así continuamos cinco dias sin encontrar á nadie; el terreno parecia un desierto de la Siria: solo hallamos una vez treinta ó cuarenta labradores de la Bulgaria, vestidos como los europeos, y con un gorro de piel de carnero negro en la cabeza, que iban á Constantinopla al son de zampoñas, y que en cuanto nos vieron se precipitaron á nosotros á pedirnos que les diésemos algunas piastras: estos son los saboyanos de la Turquía europea, que van á cuidar los caballos del Gran Señor y de los pachás, en los prados de las aguas dulces del Asia y de Buykdere, y son tambien los jardineros de Stambul.

La mañana del sexto dia distinguimos á Andrinópolis, á la salida de los llanos, en una hermosa hondonada entre dos montes: la ciudad, que parecia muy grande, estaba dominada por la mezquita, que despues de Santa sofia es el monumento religioso mas bello de la Turquía: fué construido por Bayaceto, cuando Andrinópolis era capital del imperio. Los campos estaban cultivados, cubiertos de trigo, viñas y árboles frutales en una estension de dos leguas, y el pais se parece á las inmediaciones de Dijon ó Lion, regado por muchos arroyos que serpentean por el llano. Entramos en el arrabal y atravesamos la ciudad en medio de una muchedumbre de turcos, hombres, mujeres y niños que se apiñaban para vernos; pero que lejos de molestarnos nos manifestaban atencion y respeto.

Los que habian salido á recibirnos nos acompañaron hasta la puerta de una hermosa casa que pertenecía á Mr. Vernazza, cónsul de Cerdeña en Andrinópolis.

Nos detuvimos dos dias en Andrinópolis en casa de este cónsul, cuya familia estaba á pocas leguas de allí, á la orilla del rio Maritza (que es el Ebro de los antiguos) y por la tarde disfrutábamos de la grandiosa vista de su terrado. La ciudad será tan grande como Lyon; la riegan tres rios, entre ellos el Arda y el Tundicha; está cercada por todas partes de bosques y de aguas, y su fértil llanura se ostenta rodeada de cadenas de montes. Estuvimos en la mezquita, que es semejante á todas las demas; pero mas elevada y estensa: nuestra arquitectura no ha producido nada mas atrevido, mas original, ni de mejor efecto que este monumento con su minarete, que es una columna de la altura de cien pies.

Salimos para Filipópolis, cuyo camino atraviesa desfiladeros y hondonadas con alegres bosques, aunque desiertos, entre las altas cadenas de los montes del Rhodopo y del Hemo; empleamos tres jornadas, y vimos hermosos pueblos. Por la tarde, á tres leguas de Filipópolis, distinguimos en el llano una nube de turcos, armenios y griegos á caballo, que corrian á galope hácia nosotros. Un bello jóven montado en un magnífico caballo, fué el primero que llegó, tocó mi vestido con el dedo, se puso á mi lado y me dijo que era el primero que me habia tocado, y que estaba obligado á aceptar su casa, cualesquiera que fueran las instancias de los demas para llevarme á las suyas. El Kiaia de Filipópolis llegó en seguida, me cum-



plimentó en nombre de su amo, y me dijo que el gobernador me habia hecho preparar una casa cómoda y grande y una cena, y que queria que me detuviese algunos dias en la ciudad; pero yo acepté la del jóven griego, que se llamaba Mr. Maurides.

Entramos en Filipópoli en número de sesenta á ochenta caballos: la gente se agolpaba en las calles y en las ventanas para ver la comitiva, y fuimos recibidos por la hermana y tias de Mr. Maurides en una casa grande y elegante, y en un magnífico divan con cuatro ventanas, amueblado á la europea, donde vino á cumplimentarnos y tomar café el gobernador, gefe de las diferentes naciones que componian la ciudad. Pasamos tres dias en Filipópoli disfrutando de la admirable hospitalidad de Mr. Maurides: recorrimos las inmediaciones, y recibimos é hicimos visitas á los turcos, á los griegos y á los armenios.

La poblacion de Filipópoli será de treinta mil almas: hállase á cuatro jornadas de Andrinópolis, y á ocho de Sofia, y edificada á la orilla de un rio, sobre un montecillo aislado, en medio de un ancho y fértil valle, en uno de los puntos naturales mas hermosos en que pueda establecerse una ciudad. El monte tiene dos cimas que forman una especie de cuerno: estas dos cimas están coronadas de casas y jardines, y las calles bajan serpenteando para suavizar la pendiente hasta la orilla del rio, el cual, corriendo al pie de la ciudad, la rodea con un foso de agua corriente. El aspecto de los puentes, de los jardines, de las casas, de los árboles que guarnecen las orillas del rio, de los bosques del llano, que separan el rio

de los montes de Macedonia, de esos montes con sus laderas cortadas por torrentes, cuya espuma se ve blanquear, y todas llenas de pueblos ó de grandes monasterios; estos objetos reunidos forman del jardin de Mr. Maurides uno de los puntos de vista mas hermosos del mundo. En cuanto á la ciudad está poblada de griegos, armenios, y turcos: los griegos son generalmente instruidos y comerciantes: los principales entre ellos hacen educar á sus hijos en Hungría; así es que hallan despues mas pesada la opresion de los turcos, y suspiran por la independencia de sus hermanos de la Morea. He conocido tres jóvenes griegos, que por sus sentimientos y por la energía de su carácter, eran dignos de otra suerte y de otra patria.

Salimos de Filipópolis, y llegamos dos dias despues á una bonita ciudad, situada en una llanura llamada *Tatar Bazargik*, cuya ciudad, lo mismo que su término ó provincia, pertenece á una de esas grandes familias feudales turcas, de las que existian cinco ó seis en Asia y en Europa, que habian sido respetadas por los sultanes. El joven principe que posee y gobierna esta ciudad, es hijo del antiguo visir Husseim-Pachá: nos recibió con una hospitalidad caballerosa, y nos dió una casa nuevamente construida á la orilla de un rio que rodea la ciudad, la cual era grande, elegante y cómoda, y pertenecía á un armenio rico. Apenas nos hallábamos instalados, cuando vimos llegar quince ó veinte esclavos, cada uno de ellos con una fuente en la cabeza; y pusieron á nuestros pies muchos platos de arroz cocido con carne y manteca, de pasteleria, de caza y de dulces de

toda especie de la cocina del príncipe; este me regaló dos hermosos caballos, que no quise admitir, y terneras y carneros para comer mi comitiva. Al día siguiente comenzamos á distinguir los Balkanes, hermosos y frondosos montes, en los que se ven grandes pueblos y un cultivo esmerado, y que están poblados por los búlgaros. Seguimos todo el día las orillas del torrente que forma una laguna en el llano; llegamos al pie del Balkan, y encontramos los principales habitantes del pueblo búlgaro, llamado Kenikevi, que nos esperaban: tomaron las riendas de nuestros caballos, se colocaron á derecha é izquierda de nuestros carruages, los levantaron con las manos y los hombros para que las ruedas no se deslizasen hácia el precipicio, y nos condujeron así al miserable pueblo turco, al que se habian adelantado mis tártaros. Las casas estaban esparcidas sobre las laderas, ó sobre las cumbres de dos colinas separadas por un profundo barranco, rodeado de vergeles y de prados: las bases de los montes estaban cultivadas, y sus cumbres cubiertas de bosques hermosos con picos de rocas. Estas casas búlgares están construidas con zarzas, y cubiertas de ramas de árboles con sus hojas: nosotros ocupábamos siete u ocho, y nuestros mukres, tártaros y ginetes, vivaqueaban en los vergeles. Cada casa tiene un solo aposento, y la tierra desnuda sirve de piso á sus habitantes. Allí me acometió una calentura por efecto de una inflamacion de sangre, de resultas de la pena y cansancio, y pasé veinte días tendido en una estera, en una choza miserable sin ventanas, entre la vida y la muerte. Mi mujer estuvo quince días con sus noches sin cerrar los ojos á



la cabecera de mi lecho de paja, y envió á buscar sanguijuelas á las lagunas: los búlgaros pudieron encontrar algunas, y sesenta de ellas puestas al pecho y á las sienes disminuyeron el peligro. Yo, que conocía mi estado, pensaba noche y dia en el abandono en que dejaría á mi mujer si llegaba á morir á cuatrocientas leguas de su pais en los montes de Macedonia; y pasé horribos momentos. Llamé á Mr. de Capmas, le di mis últimas instrucciones para despues de mi muerte, y le encargué que me hiciese enterrar al pie de un tronco que habia visto á mi llegada á la orilla del camino, sin otra inscripcion que la palabra Dios, escrita sobre una piedra; pues esta sola palabra encerraba todos los consuelos. El dia seis de mi calentura habia ya cesado el peligro y oimos en el patio un ruido de armas y de caballos; era Mr. Maurides, el amable jóven griego de Filipópolis, que venia con un médico macedonio, y muchos criados con caballos cargados de provisiones, muebles y medicinas. Un tártaro que atravesaba el Balkan para ir á Andrinópolis, se habia detenido en el kan de Filipópolis, y esparcido la noticia de que un viajero francés habia caido malo y se moria en Keniquevi: esta noticia llegó á los oidos de Mr. Maurides á las diez de la noche, y presumiendo que este sería su huesped, envió á buscar á su amigo el médico; reunió sus criados; hizo cargar sus caballos de todo lo que su caritativa prevision le hizo juzgar necesario; salió á media noche; marchó sin hacer alto, y fué á dos jornadas de camino á llevar socorro, remedios y consuelos á un desconocido que no volverá á ver. He aquí uno de los rasgos que dilatan el corazon oprimido,

y que manifiestan la naturaleza generosa del hombre en todos los lugares y climas. Mr. Maurides me halló casi convaleciente; sus negocios le llamaban á Filipópolis, y volvió á partir el mismo día; dejándome al médico macedonio, el cual era un hombre de talento é instruccion que hablaba el latin; pues habia hecho sus estudios en Hungría. Sus conocimientos no fueron inútiles, porque la ternura, presencia de ánimo, energia y resolucion de mi mujer habian ocurrido á todo; pero su sociedad nos fué sumamente agradable durante los interminables veinte dias que permanecemos en Kenikevi, y que fueron necesarios para el recobro de mis fuerzas.

El príncipe Tatar Bazargik tuvo noticia de mi enfermedad en su principio, y no me dió menos pruebas de hospitalidad é interés; pues envió diariamente terneras y carneros para la comitiva; y mientras permanecí en Kanikevi, tuve cinco ó seis soldados de su guardia con los caballos ensillados y dispuestos á ejecutar mis órdenes. Durante los últimos dias de mi convalecencia, me acompañaron en mis paseos á caballo por el valle y montes de las inmediaciones: el príncipe me ofreció hasta sus esclavos; y un destacamento de su caballeria me escoltó cuando marché, hasta los límites de su gobierno.

He podido estudiar á los búlgaros: sus costumbres se parecen á las de los labradores suizos ó savoyanos; pues son sencillos, apacibles y laboriosos; miran con respeto á sus sacerdotes, y muestran celo por su religion que es la griega. Los sacerdotes son tan sencillos como ellos. Los búlgaros forman una poblacion considerable que se aumen-

ta continuamente; viven en grandes pueblos y en pequeñas ciudades, separados de los turcos: uno ó dos de estos, delegados por el pachá ó el ayam, recorre estos pueblos y recauda los impuestos, fuera de lo cual, y alguna carga concegil, viven en paz y segun sus costumbres. El vestido que usan es como el de los labradores alemanes, y las mujeres, tanto casadas como solteras, tienen un traje semejante al de las montañesas suizas, y son bien parecidas, vivas y graciosas. Sus costumbres son puras, aunque no vayan tapadas como en Turquía, y frecuenten la sociedad de los hombres. He visto entre ellos bailes campestres, como en nuestros pueblos de Francia; están muy adelantados en el camino de la independenciam, y con los servios sus vecinos, formarán la base de los estados futuros de la Turquía europea. El pais que habitan se convertiría muy pronto en un delicioso jardin, si la opresion ciega y estúpida, no del gobierno, sino de la administracion turca, les permitiese cultivarlo con alguna mas seguridad, pues su pasion es la agricultura.

Me alejé con sentimiento de Kenikevi, deliciosa mansion para el verano; y de sus bondadosos habitantes, que nos acompañaron hasta una legua de distancia en el Balkan, colmándonos de votos y bendiciones; y pasamos en un dia el primer Balkan, cuyas montañas, lo mismo que las de la Auvernia, son por todas partes susceptibles de cultivo, y en las que quinientos trabajadores harian pronto un hermoso arrecife. En tres dias llegué á Sofia, ciudad grande, en una llanura interior, regada por un río: allí hay un pachá, y este envió á su kiaia á recibirme; me señaló una casa de un comerciante, en



la que estuve un día, y el pachá me regaló terneras y carneros; no quise admitir nada. La ciudad no tiene cosa digna de referirse.

Salidos de allí, hicimos cuatro jornadas cortas, ya por montañas accesibles, ya por llanuras y valles muy fértiles, aunque desplomados, y llegamos al llano de Nissa, última ciudad turca, casi en las fronteras de la Servia. Yo iba á caballo una media hora delante de la caravana; el sol era muy ardiente, y á media legua de la ciudad vi una torre blanca, que se levantaba en medio del llano, y que relucía cual si fuese construida de mármol de Paros: el sendero me condujo á ella; y apeándome y dando mi caballo á un muchacho turco que me acompañaba, me senté á la sombra de la torre para descansar y dormir un momento; mas apenas lo habia hecho cuando alcé la vista hácia la torre que me daba su sombra, y noté que las paredes que me habian parecido de mármol ó de piedra blanca, estaban construidas con capas de calaveras humanas. Las calaveras y rostros descarnados de hombres blanqueadas por la lluvia y el sol, y unidas con argamasa, componian la especie de arco triunfal que me cubria: podria haber allí unas quince ó veinte mil, y algunas de ellas conservaban los cabellos que colgaban como líquenes, y flotaban al soplo del viento. El aire que bajaba de los montes era bastante recio, y penetrando en las cavidades de los cráneos, resonaba con una especie de silvidos tristes y lastimeros. No tenia allí á nadie que me esplicase este fenómeno: el muchacho que cuidaba de los dos caballos, jugaba con pedazos de cráneo que habian caido al suelo, y yo estaba tan rendido de cansancio, de calor y de

sueño, que me dormí sobre esta pared de cabezas cortadas. Al despertarme me vi rodeado de la caravana y de varios ginetes turcos, que habian salido de Nissa á recibirme y acompañarme á la ciudad, y me dijeron que la almohada en que me habia apoyado estaba formada por las cabezas de quince mil servios, muertos por el pachá, en la última sublevacion de la Servia. ¡ Aquel campo habia sido el teatro de la muerte de los generosos sublevados; aquel monumento habia sido su sepulcro, y yo saludé con la vista y el corazon los despojos de estos héroes, cuyas cabezas cortadas han llegado á señalar los límites de la independencia de su patria !

La Servia en que íbamos á entrar, se habia emancipado ya, y los sonidos producidos por el aire en los cráneos de los heróicos defensores de su país, era el canto de libertad y gloria entonado por sus ilustres víctimas. Los servios ocuparán muy pronto á Nissa; y si dejan subsistir este monumento, él enseñará á sus descendientes cuánto vale la libertad de un pueblo, y les manifestará el precio á que la compraron sus padres.

Nissa se asemeja á Sofía, nada tiene de extraordinario: descansamos un día, y despues entramos en los magestuosos montes y en el océano de bosques de la Servia. Estos bosques, vírgenes aun, se estienden como el horizonte, y solamente dejan serpentear un camino ancho, reciénmente trazado por el príncipe Milosch, gefe independiente de la Servia. Seis días anduvimos por su magnífica y perpétua sombra, sin ver otra cosa que las columnatas interminables de los enormes y altos troncos de las hayas, las ondas que formaban los follages

impelidos por el viento, y las avenidas de colinas y montes vestidos uniformemente de antiquísimos robles.

De trecho en trecho, y como de cinco á seis leguas se solia bajar á un valle algo mas ancho, donde serpenteaba un rio y se hallaban grandes pueblos de madera con algunas casas bonitas y nuevas, que comenzaban á salir de los bosques, y una iglesia pequeña con un presbiterio, que se estendian á lo largo del rio, en medio de prados y campos plantados de melones. Los habitantes sentados en bancos de madera á manera de divanes, delante de sus tiendas, trabajaban en sus diferentes oficios: sus fisonomías, aunque apacibles y benévolas, tienen algo de septentrional, de energético y altivo, que anuncia desde luego un pueblo libre y que es digno de serlo. Por todas partes fuimos recibidos con hospitalidad y respeto; se nos preparaba la mejor casa del pueblo, y el cura venia á visitarnos; comenzábamos á encontrar muebles de Europa en algunas casas; las mujeres no iban ya tapadas con velos; y en los prados y en los bosques se veian reuniones de hombres y mujeres, que marchaban juntos á trabajar al campo, y que cantaban canciones nacionales. Las mujeres iban vestidas con una camisa con muchos plieges, que las cubrian los hombros y el pecho, y unas sayas cortas de lana encarnada ú oscura: su frescura, su alegría y el resplandor de sus frentes y de sus ojos, las hacen semejantes á las bellas mujeres de Berna ó de las montañas de Lucerna.

En aquel punto comenzaron á abandonarnos nuestros fieles y continuos compañeros de Turqua: ya no veíamos las cigüeñas, cuyos anchos nidos, seme-



jantes á cunas fabricadas con juncos, coronaban las cupulas de todas las mezquitas en la Turquía de Europa, y servian de techo á los minaretes arruinados; esas aves que cuando llegábamos á los pueblecillos ó kanes volaban en derredor de nuestras chozas ó tiendas, y cuyos hijuelos, alzando sus cuellos fuera del nido como culebras, tendian el pico á su madre que medio suspendida sobre sus anchurosas alas, les repartia el alimento que traia de las lagunas inmediatas, y cuyo padre elevado á una grande altura y casi inmóvil sobre el nido, parecia gozar de este interesante espectáculo. Estos hermosos pájaros nada tienen de uraños; son los guardianes de los techos, del mismo modo que los perros lo son del hogar, y viven en paz con nubes de tortolillas que blanquean los techos de los kanes y de las mezquitas, y no espantan tampoco á las golondrinas. Los turcos viven tambien en paz con toda la creacion animada é inanimada; sean árboles, ó pájaros y perros, respetan todo lo que Dios ha criado, y estienden su caridad á estas pobres especies abandonadas ó perseguidas por nosotros. En todas las calles, de distancia en distancia, hay vasijas llenas de agua para los perros del barrio y algunas veces al morir dejan fundaciones piadosas para que se eche grano á las tortolillas que han alimentado durante su vida.

2 de setiembre de 1833.

Salimos de los interminables bosques de la Servia, que bajan hasta las orillas del Danubio. Desde una loma cubierta de antiguas y magníficas encinas, se empieza á distinguir este opulento rio:

cuando uno sube á su cumbre, se ve como un inmenso lago de agua azulada y transparente, rodeado de bosques y de cañaverales, y sembrado de islas tapizadas de verde: á medida que uno avanza se ve estender el rio á derecha é izquierda, siguiendo las altas y escarpadas riberas de la Servia llenas de bosques, perdiéndose á la derecha en las llanuras de la Hungría: las últimas pendientes de los bosques elevados que bajan al rio ofrecen uno de los puntos de vista mas hermosos del universo. Nosotros pernoctamos á las orillas del Danubio en un pueblecillo de la Servia.

Nos alejamos al dia siguiente del rio unas cuatro horas de camino; el pais, como todos los de las fronteras, es árido, inculto y desierto. A medio dia subimos unos estériles collados, y vimos á Belgrado á nuestros pies. Esta ciudad, tantas veces asolada por las bombas, está situada sobre la alta ribera del Danubio: los techos de sus mezquitas se ven taladrados por las balas; sus murallas destruidas; sus abandonados arrabales no presentan sino casuchas y ruinas, y la ciudad, como todos los pueblos turcos, baja hácia el rio por calles estrechas y tortuosas. Semlin, primera ciudad de la Hungría, resplandece al otro lado del Danubio con toda la magnificencia de una ciudad de Europa, y los campanarios se elevan enfrente de los minaretes.

Llegamos á Belgrado, y mientras que descansábamos en una posada, que era la primera que habíamos encontrado en Turquía, se nos presentaron varios oficiales del príncipe Milosch, á invitarme en nombre de este, para ir á pasar algunos dias á una fortaleza en donde reside, á pocas le-

guas de Belgrado: yo rehusé este convite, y pedí barcos para pasar el Danubio. A las cuatro de la tarde nos dirijimos á él, y en el momento en que íbamos á embarcarnos, llegaron una porcion de ginetes vestidos á la europea, uno de los cuales era el hermano del príncipe de los servios, que venia de parte de este á reiterar sus instancias para que me detuviese en su casa algunos dias. Yo sentí vivamente no poder aceptar una hospitalidad ofrecida de un modo tan atento y obligatorio; pero mi compañero de viage Mr. Capmas hacia ocho dias que se hallaba gravemente enfermo, de modo que no podia sostenerse á caballo, y era de la mayor urgencia procurarle descanso, los ausilios que ofrecia una ciudad europea, y la asistencia de los medicos de un lazareto: hablé, pues, media hora con el príncipe, que me pareció sugeto tan instruido como bueno y afable, y saludando en su persona y su noble nacion la próxima esperanza de una civilizacion independiente, puse el pie en la barca que debia transportarnos á Semlin. La travesía duró una hora; el ancho y profundo rio tiene olas como el mar: al saltar á tierra cruzamos las paredes y vergeles que rodean á Semlin. El día 3 por la tarde entramos en el lazareto, en donde debiamos permanecer diez dias: á cada uno de nosotros se señaló una celdita y un patio pequeño plantado de árboles. Entonces despedí á mis tártaros, á mis mukres y á mis dragomanes, que volvian á Constantinopla: todos me besaron la mano triste y afectuosamente, y yo no pude separarme sin ternura y reconocimiento de estos hombres llenos de rectitud y sencillez, y de estos fieles y genesosos servidores, que me habian guia-





do, servido, custodiado y cuidado como hermanos, y que en las varias vicisitudes de diez y ocho meses de viaje en países extranjeros me habian suministrado una prueba de que todas las religiones tienen una parte de la moral divina, de que todas las civilizaciones tienen sus virtudes, y de que todos los hombres tienen gravado en su corazon por la mano de Dios el sentimiento de lo justo, de lo bueno y lo bello, con diferentes caracteres.

### APUNTES SOBRE LA SERVIA,

LAZARETO DE SEMLIN, 12 de setiembre.

No bien ha salido uno de la Servia, donde germina un pueblo nuevo y libre, cuando se echa menos no conocerle mas á fondo: uno desearia vivir y combatir con él por su naciente independencia; busca su orijen con avidéz, y hasta se desea adivinar la suerte que la Providencia y sus virtudes la preparan. Siempre me acordaré de la escena de Yagodina. Estábamos en una cabaña de servios, contemplando á una madre que daba el pecho á dos hijos gemelos, y otro hijo mayor estaba jugando á sus pies con el yatagan de su padre. El Pope, cierta autoridad del pueblo, y algunos principales habitantes se hallaban en corro al rededor de nosotros, hablandonos con sencilléz, aunque con entusiasmo, del bienestar de la nacion que iba en aumento bajo el gobierno de la libertad; de las maderas que se cortaban en los bosques, de las casas de madera que se multiplicaban en los valles, de las numerosas escuelas que se abrian en los pueblos, y de los niños que las llenaban. Es-

tos hombres alzaban las cabezas sobre los hombros de los que les precedían, y se mostraban alegres y altivos por la admiración con que les mirábamos nosotros: sus ojos animados, y sus frentes orgullosas, ostentaban su entusiasmo por la patria, como si la gloria y la libertad de todos constituyese el orgullo de cada uno de ellos. En aquel momento entró el marido de la hermosa servia, en cuya casa estábamos alojados, el cual volvía del campo: se acercó á nosotros, nos saludó con el respeto y nobleza de modales que es natural en los salvajes pueblos, se confundió en el círculo de sus compatriotas, y se puso á escuchar, como los demás, la relación que el Pope nos hacía de los combates que habían sostenido para conquistar su independencia. Cuando el orador llegó en su relación á la Batalla de Nissa, en que arrebataron tres mil montañeses treinta banderas á cuarenta mil turcos, el padre saltó fuera del círculo, y tomando ambos mellizos de los brazos de su mujer, los levantó en alto y exclamó: «¡He aquí dos soldados de Milosch! Mientras que haya mujeres fecundas en la Servia habrá servios libres en los bosques de la Schumadia!»

Hállase la historia de este pueblo escrita solamente en versos populares como todas las primeras historias de los pueblos heroicos: estos cantos del entusiasmo nacional, inspirados en el campo de batalla, repetidos por los soldados de fila en fila y de hilera en hilera, y llevados á los pueblos al fin de la campaña, se han conservado por tradición: el parroco y el maestro de escuela los escribieron, y se pusieron en sencilla música; pero nerviosa y vibradora como el corazón de los com-

batientes, ó como la voz del padre de familia, que saluda de lejos el humo del hogar donde deja sus hijos: estas canciones, pues, acompañadas de instrumentos, llegan á ser la historia popular de la nacion. El príncipe Milosch ha hecho imprimir dos colecciones de ellas, y las ha difundido por los campos y los pueblos: el niño aprende á leer en estas interesantes relaciones de las proezas de sus padres, y el nombre del libertador de la Servia se imprime de un modo indeleble en su infantil memoria. Un pueblo alimentado con esta leche no puede volver jamas á ser esclavo!

En medio de estas selvas tan antiguas como el mundo, y en esas profundas gargantas, en donde uno no creía hallar mas habitantes que las bestias feroces, ha encontrado muchas veces varios jóvenes de ambos sexos que andaban juntos entonando esas canciones nacionales, de las que nuestros intérpretes nos traducían algunas palabras. Interrumpian su canto para saludarnos y vernos pasar, y cuando nos perdían de vista volvían á seguir su camino, y á entonar sus canciones: las sombrías bóvedas de las viejas encinas, las rocas que servian de diques á los torrentes repetían largo tiempo las notas prolongadas y los estrivillos monotonos, que prometían al país una felicidad duradera. ¿Que dicen? pregunté yo un dia al dragoman que entendía su lengua.--Dicen cosas tan necias, que no valen la pena de que se repitan á los europeos, me respondió.--Pero veamos replíqueme: repetidme las palabras que cantan.-- Y él entonces me dijo: «Hospodar!...Que Dios bendiga las aguas de la Moraba, porque han ahogado á los enemigos de los servios: que Dios multiplique las



bellotas de los encinas de la Schumadia, porque es un servio cada uno de estos árboles.»—Y qué quieren decir con eso, volví á preguntar?—Hospodar, quieren decir, que durante la guerra los servios hallaban un baluarte detrás de cada uno de los troncos de esas encinas; que sus árboles eran y son todavía sus fortalezas; que cada uno de ellos es para los servios un compañero de combate, y que los aman como hermanos; así es que cuando el príncipe Milosch, que actualmente los gobierna, ha mandado cortar tantos árboles, para trazar el camino que seguimos, los viejos lo han maldecido muchas veces. Derribar las encinas, decían, es matar á los hombres; pues en la Servia los árboles y los hombres son amigos.

Al atravesar estas imponentes soledades durante tantos días de marcha, en los que la vista solo distingue la sombría y uniforme ondulacion de los follages que cubren los montes y los valles, como un verdadero océano de hojarasca, por el que no penetra ni un campanario ni la punta de un minarete, bajando algunas veces á gargantas profundas, en donde se oye la corriente del río, ó el bosque se separa para dejar lugar á campos bien cultivados, á bonitas casas nuevas de madera, y á molinos construidos á la orilla del agua; al ver inmensos ganados apacentados por pastoras elegantemente vestidas, que salían de las columnatas de los grandes árboles, y volvían por la tarde á sus moradas; al ver á los niños salir de la escuela; al Pope sentado en un banco de madera á la puerta de su bonita casa; y finalmente, al ver entrar los ancianos en la casa consistorial ó en la iglesia para deliberar, me figuraba estar en medio de los

bosques de la América del Norte, en el momento del nacimiento de un pueblo, ó de la fundación de una nueva colonia. Los rostros de los hombres atestiguaban la apacibilidad de sus costumbres; la urbanidad de una civilización antigua, la salud y la abundancia de este pueblo: el noble sello de la augusta libertad estaba impreso en sus miradas y sus fisonomías. El bulgaro es bueno y sencillo; pero se conoce que está próximo á conseguir una completa libertad, y que sufre todavía un resto de un pesado yugo: en la inclinación de su cabeza, en el acento de su lengua y en la humilde resignación de su mirada se descubre un recuerdo y una sensible oposición al turco, que le hace semejante al savoyano, ese excelente pueblo de los Alpes, al que solo falta la dignidad de la fisonomía y del lenguaje que ennoblece todas las virtudes restantes. El servio por el contrario, se parece al suizo de los pequeños cantones, en donde la pureza patriarcal de las costumbres está en armonía perfecta en el rostro del pastor, con la libertad que constituye al hombre, y con la serenidad y la calma que revelan al héroe. Las jóvenes se parecen á las hermosas mujeres de los cantones de Lucerna y de Berna; su traje es casi el mismo; sus sayas son muy cortas y de color sobresaliente, y sus cabellos están tegidos en largas trenzas que cuelgan hasta los talones. Sus costumbres son puras como las de todos los pueblos pastores y religiosos; y su lengua, como todas las que se derivan de los esclavos, es armoniosa y musical: entre ellos hay poca desigualdad de fortunas; pero hay un bienestar y una abundancia general, y su único lujo consiste en las armas. Su gobierno ac-

tual es una especie de dictadura representativa.

El príncipe Milosch, libertador de la Servia, ha conservado el poder discrecional, que por necesidad habia reasumido durante la guerra. Proclamado príncipe de los servios en 1829, el pueblo le juró fidelidad a él y sus sucesores. Los turcos, que tienen aun cierta parte en la administracion y en las guarniciones de las fortalezas, han reconocido al príncipe Milosch y tratan directamente con él: ha constituido un Senado y asambleas deliberativas de distritos, que concurren á la discusion y á la decision de los negocios generales. El Senado se convoca todos los años, los diputados de los pueblos se reúnen á la inmediacion de la residencia del príncipe, y del mismo modo que los hombres de los tiempos heróicos, celebran sus sesiones bajo los copudos árboles: el príncipe baja desde el escabel, en donde está sentado, se dirige á cada uno de los diputados, le interroga, oye sus respuestas, toma nota de sus quejas ó consejos, habla de los negocios, esplica bondadosamente su política, se justifica de las medidas que han podido parecer severas ó abusivas, y todo se transigé con la familiaridad noble y grave de los hombres del campo con sus señores. Estos son patriarcas labradores y soldados. La idea de Dios preside en sus consejos, del mismo modo que en sus combates; se baten y gobiernan por sus altares y por sus bosques; pero los sacerdotes limitan su influencia á las materias religiosas. La influencia principal existe en los gefes militares, en esa nobleza de sangre que ellos llaman weyvodes. La dominacion sacerdotal no comienza nunca, hasta que cesa el estado de guer-



ra, y que el suelo de la patria pertenece al pueblo sin disputa; porque la patria honra primero á los que la defienden, y despues á los que la civilizan.

La Servia tendrá en el día una poblacion de un millon de hombres; y se aumenta con increíble rapidéz. La suavidad de su clima, semejante al de la Francia entre Lion y Avignon; la feracidad de su suelo virgen que se cubre por todas partes de la vejetacion de los prados de la Suiza; la abundancia de sus rios y arroyos, que bajando de los montes circulan por los valles, y forman lagunas en medio de los bosques; el desmonte de estos que suministra tierra para el arado, y materiales inagotables para las construcciones; las costumbres puras y apacibles del pueblo; las leyes protectoras que ofrecen un vivo reflejo de nuestras europeas leyes; los derechos de los ciudadanos garantidos por representaciones locales y por asambleas deliberativas; y finalmente, el poder supremo concentrado en proporcion suficiente en las manos de un hombre digno de su mision, como el principe Milosch, trasmisible á sus descendientes: todos estos elementos de paz, de civilization y de prosperidad prometen elevar la poblacion de la Servia á muchos millon s de hombres antes de medio siglo. Si este pueblo, como lo desea y espera, llega á ser el núcleo de un nuevo imperio esclavo por su reunion con la Bosnia, una parte de la Bulgaria y las hordas belicosas de los montenegrinos, la Europa verá salir un nuevo estado de las ruinas de la Turquía, y cubrir las vastas y bellas regiones que se estienden entre el Danubio, el Adriático y los altos Balkanes.

Si la diferencia de las costumbres y nacionalidad resisten demasiado esta fusion, se verá al menos en la Servia uno de los elementos de esa federacion de estados libres ó de protectorados europeos, destinados á llenar el vacio que la desaparicion del imperio otomano va á dejar tanto en Europa como en Asia. Esta debe ser la única mira de la politica europea.

*23 de setiembre*

Debia cantarse, no escribirse la historia de este pueblo; ella es un poema, cuya accion está concluyendo: yo he recogido sus hechos principales sobre los lugares mismos, oyendolos de la boca de nuestros amigos de Belgrado que vienen todos los dias á visitarnos á las verjas del Lazareto. Sentado bajo un hermoso tilo, sobre la yerba vivificada por el hermoso y templado sol de estas regiones; al ruido de la corriente caudalosa del Danubio, y á vista de las bellisimas riberas, y los bosques sombríos que sirven de murallas á la Servia por la frontera de la Hungria; estos hombres con su trage medio oriental, y con los rostros afables y varoniles de los pueblos guerreros, me refieren con sencillez los hechos que han presenciado, y en que han tenido parte (1). Aunque jóvenes aun

(1) Hemos conseguido detalles mas auténticos sobre la historia moderna de la Servia, por un viajero que me ha precedido, y á quien encontré en Jaffa de Palestina, llamado Mr. Adolfo Caraman: el me comunicó las notas que habia recogido durante su permanencia en casa del principe Milosch: estas notas, mucho mas dignas de llamar la atencion del público que las mías por el talento y exactitud con que están redactadas, se hallaban unidas á una traduccion de la historia de la Servia por un natural del país.

y cubiertos de heridas, parecen haber olvidado la guerra enteramente para ocuparse de la instrucción pública, de fundar escuelas, de hacer mejoras administrativas y rurales, y de agitar los progresos necesarios en la legislación. Modestos y celosos se aprovechan de todas las ocasiones que se les ofrecen, para perfeccionar sus instituciones nacies, y para ello preguntan á los viajeros, los retienen cuanto pueden en su compañía, recogen cuanto les dicen, mirandolos como enviados por la Providencia. He aquí lo que he podido averiguar acerca de la historia de sus últimos años.

Las desavenencias suscitadas por Passwanoglu-pachá de Widni que terminaron con la dominación de los genizaros y en el año 1804, causaron la sublevacion de los servios contra sus tiranos. Se reunieron tres gefes en la parte central de la Servia llamada Schumadia, region muy dilitada, y cubierta de impenetrables bosques. El primero de éstos era Kara-Jorge, y los otros dos Tanko-Kalisch y Vaso-Téharapitsch. Kara-Jorge habia sido heyduko, los cuales eran en Servia como los Klephtas de la Grecia, una raza de hombres independientes y aventureros que vivian en inaccesibles montes, y que á la menor señal de guerra, bajaban á tomar parte en las luchas de las facciones, y á habitar entre la sangre y el pillage. Con el ejemplo de la Scumadia se sublevó todo el pais y cada canton eligió por gefe al más valiente y más considerado de sus weyvodes; estos reunidos en consejo de guerra, dieron el titulo de generalísimo a Kara-Jorge. Semejante titulo le daba pocas atribuciones; pero el genio en los tiempos de agitacion da pronto á un hombre osado la sobe-



ranía de hecho. El instinto de los pueblos es la obediencia al talento y á la audacia.

Jorge Petrowistsch, y por sobrenombre Kara ó Zain, que quiere decir Pedro el negro, nació en 1765 en un pueblo del distrito de Kragusewats: su padre era un simple labrador y pastor llamado Petroni. Hay otra tradicion que supone que Kara-Jorge nació en Francia; pero no tiene verosimilitud alguna. Petroni llevó á su hijo todavía niño á las montañas de Trópoli, y habiendo tenido mal éxito la insurreccion de 1787, que debia apoyar el Austria, los insurgentes que se vieron perseguidos por los turcos y los bosniacos, tuvieron que apelar á la fuga. Petroni y su hijo, que se habian batido con valor, reunieron sus ganados, lo cual era su única riqueza, y se dirigieron hácia el Sava: estaban muy próximos á la ribera de este rio, y á encontrar su seguridad en territorio austriaco, cuando el padre de Kara-Jorge, viejo y debilitado por los años, y mas arraigado que su hijo al suelo de su patria, volvió la vista á los montes, en donde habia pasado su vida, sintió partirsele el corazon á la idea de dejarlos para siempre, y de penetrar en un pais desconocido, y sentándose en tierra conjuró á su hijo á la sumision, antes que pasar á la Alemania. Siento no poder referir las interesantes súplicas de este viejo, tales cuales se cantan en las estrofas populares de la Servia; porque es una de aquellas escenas, en las que los sentimientos de la naturaleza espresados fuertemente, esceden á todo lo que la invencion de los pueblos ilustrados ha tomado del arte: esta clase de paginas pertenecen esclusivamente á Homero y á la Biblia.

Enternecido Kara-Jorge en un principio por la pesadumbre y los ruegos de su padre, habia hecho volver atrás á sus criados y ganados. Fiel al riguroso deber de la obediencia filial, que es la segunda religion de los orientales, inclinaba la cabeza á la voz del que le habia dado el ser, é iba tristemente á tomar el camino que le guiaba á la esclavitud, para que los huesos de Petroni fuesen envueltos en la tierra de su patria, cuando las voces y los tiros de fusil de los bosniacos le anunciaron la proximidad de sus enemigos, y el inevitable suplicio que les preparaba su venganza. Consternado y en este conflicto exclamó. «Padre mio, decidíos: no nos queda mas que un instante; levantaos y entremos en el rio: mi brazo os sostendrá, mi cuerpo os cubrirá y defenderá de las balas de los osmanlis: vivireis y esperareis mejores dias sobre el territorio de un pueblo amigo.» Mas el viejo inflexible, resistía á todos sus esfuerzos; en vano se esforzaba su hijo en llevarlo consigo: queria morir en el suelo de su patria. Kara-Jorge, desesperado, y no queriendo que el cuerpo de su padre cayese en poder de los turcos, se arrodilló delante de él, le pidió su bendicion, le mató de un pistoletazo, y arrojandose al rio, lo pasó á nado, y llegó al territorio austriaco.

Algun tiempo despues entró en Servia como sargento primero de un cuerpo franco; mas descontento despues por no haber sido comprendido en la distribucion de ciertas medallas de honor, dejó su regimiento y se marchó como Heyduk á los montes. Reconciliado con su gefe al cabo de algun tiempo, le acompañó a Austria cuando se hizo la paz, y consiguió una plaza de guarda-bos-

que en el monasterio de Krushedal. Pronto se cansó de este género de vida; volvió a entrar en la Servia bajo el gobierno de Hadgi-Mustafá, y se hizo pastor; pero volvía á tomar las armas siempre que cualquiera conmocion sublevaba alguna parte del pais.

Kara-Jorge era de gran estatura; su constitucion robusta, y su rostro franco y noble. Silencioso y pensativo, cuando no estaba animado por el vino, por el estampido del fusil, ó por la contradiccion en los consejos, se le veía muchas veces permanecer un dia entero sin proferir una palabra.

Por lo general los hombres que han hecho ó están destinados á hacer grandes cosas hablan poco. Hablan entre sí mas que con los demas: se limitan á sus propios pensamientos, y de estas conversaciones interiores sacan la energía de inteligencia y de accion que constituye á los hombres fuertes. Napoleon no comenzó á ser comunicativo hasta que llegó al término de su carrera, y que comenzó á declinar su suerte. Kara-Jorge fué un defensor tan inflexible del órden y de la justicia, que hizo ahorcar á su propio hermano por haber atentado contra el honor de una jóven.

En uno de los dias de enero de 1806 penetraron muchos ejércitos á un tiempo en la Servia. Bekir-Pachá de Bosnia, é Ibrahim-Pachá de Scutari recibieron de la Puerta la órden de enviar allí todas sus fuerzas. Bekir envió dos cuerpos de unos cuarenta mil hombres, é Ibrahim avanzó por el lado de Nissa, al frente de un ejército formidable. Kara-Jorje, á la cabeza de guerreros sumamente inferiores en número, però animados de un inven-



cible patriotismo, llenos de confianza en sus gefes, y protegidos por los bosques que cubrian todos sus movimientos, rechazó todos los ataques parciales de Bekir y de Ibrahim. Despues de haber derrotado á Hadgi-Bey cerca de Petzka, marchó contra el ejército principal que se retiraba sobre Schabaz, y lo alcanzó y derrotó completamente en este punto el 8 de agosto de 1806. Allí murieron Kulmi y Mehemet; el resto del ejército se salvó en Schabaz, y los bosniacos que quisieron volver á pasar el Drina fueron hechos prisioneros. Kara-Jorje, que no tenia mas que siete mil infantes y dos mil caballos, marchó rápidamente contra Ibrahim Pachá, que estaba situado en Daligrad, ciudad de la Servia, defendida por otro gefe llamado Pedro Dobrinjas. Tan pronto como Kara se acercó, Ibrahim quiso parlamentar, y de las conferencias ó parlamentos que tuvieron lugar en Smaderowo, se siguió una momentánea pacificacion de la Servia con condiciones favorables al pais. Esta tregua fué uno de esos intermedios que sirven para dejar respirar la insurreccion, y que acostumbran insensiblemente á las naciones á ese estado de media independencía, que se cambia muy pronto en impaciencia viva de libertad. Poco tiempo despues Kara-Jorje, que no habia licenciado sus tropas, porque el Muphti no habia ratificado las estipulaciones de Smaderowo, marchó sobre Belgrado, capital de la Servia, y plaza de armas sobre el Danubio, con una ciudadela guarnecida por los turcos, y se apoderó de ella. Gascharez-Alí, su gobernador, consiguió de Kara el permiso de pasar á Widin bajando el Danubio, y Soliman-Pachá quedó en la ciudadela; pero al principio del

año 1807, habiéndose puesto en marcha con doscientos genizaros que le quedaban para reunirse á los turcos, fué asesinado con todos ellos por la escolta que Kara-Jorge le habia dado para proteger su retirada. Esta barbarie no se atribuyó á Kara-Jorge, porque fué una venganza de los servios contra los genizaros, cuya dominacion tiránica les habia acostumbrado á ejecuciones semejantes.

Tales sucesos de la guerra de la independencia produjeron á la Servia una constitucion enteramente municipal. Los gefes militares, llamados weyvodes, sustituyeron por todas partes á los poderes civiles, y eran sostenidos por una caballeria compuesta de la juventud de las familias mas ricas, que no recibian sueldo alguno, pero que vivian á espensas de los weyvodes, con quienes dividian el botin. Habia weyvodes que tenian hasta cincuenta de estos jóvenes montados, y los mas distinguidos de dichos gefes eran entonces Jacobo Nenadewitsh, Milenko Dobrinyas, Ressava, y Kara Jorge sobre todos. Un senado compuesto de doce miembros, elegidos por cada uno de los doce distritos, debia vigilar por los intereses generales de esta especie de federacion armada, y servir de contrapeso á estos poderes usurpados. Aquel cuerpo se mostró digno de tan altas atribuciones; regularizó la hacienda, arregló las contribuciones, dedicó la décima parte de ellas para pagar las tropas, y se ocupó de la instruccion del pueblo con una inteligencia y un celo, que indicaron desde entonces el instinto profundo de la civilizacion. A la enseñanza rutinaria de los conventos sustituyó escuelas públicas en cada cabeza de distrito, pero

estos senadores, en lugar de recibir su misión del país, la tenían de los weyvodes, y por consiguiente estaban sometidos á su influencia.

Otro deliberativo cuerpo, compuesto de weyvodes y de hospodares, estaba encargado de los más importantes negocios, y la soberanía disputada se dividía entre él y Kara-Jorge. Todas las años por Navidad los weyvodes que le componían se reunían en Belgrado, y á la vista del gefe, y en medio de las intrigas que les rodeaban, trataban de la paz, de la guerra, y de la suma á que debían ascender las contribuciones: daban sus cuentas y hacían reglamentos para la administración y la justicia. La existencia y pretensiones de semejante cuerpo fueron un obstáculo al sacudimiento completo del yugo, y al desarrollo rápido de los destinos de la Servia. La unidad es una condición vital para un pueblo armado que tiene al enemigo á su frente: para establecerse la independencia es necesario un gefe absoluto; y la libertad civil necesita cuerpos deliberativos. Si los servios hubiesen entonces conocido mejor sus intereses, habrían alzado á Kara-Jorge sobre todos sus rivales, y concentrando el poder en sus manos. Los hospodares conocían bien la necesidad de un gefe único; pero cada uno de ellos deseaba que este gefe fuese bastante débil para poderle dominar: la elección de los senadores se resentía de esta idea secreta: creían que este cuerpo les defendería contra Jorge, y Jorge se prometía que le protegiese contra los hospodares; comenzó pues la división y la guerra sorda entre los libertadores de la Servia.

Mladen Milowanowitsch, el más elocuente de los senadores, había dominado por el ascendiente



de la palabra la discusion general de los negocios en el senado: enriquecido por el saqueo de Belgrado, y dueño del comercio exterior por las aduanas del Danubio, que habia tomado en arriendo, hacia sombra á Kara-Jorge y sus partidarios. El senado, agitado con este motivo, se sublevó contra Milowanowitsch, el cual se retiró á Doligrado, animado del deseo de la venganza: denunció secretamente á Jorge las sordas intrigas de la Rusia y de la Grecia contra él; Jorge le creyó, le volvió á llamar á Belgrado, resolvió la guerra contra los bosniacos, y abrió la campaña de 1809 penetrando en la Bosnia.

La cancion eslava, que celebra el principio de la insurreccion, predice las desgracias que debian temerse el dia en que se pasase el Drina y se invadiese la Bosnia: esta prediccion se cumplió. La campaña fué una continuada serie de desastres y derrotas. Kara-Jorge reforzado por un cuerpo ruso luchó inútilmente con su egoismo habitual; sus soldados desalentados sucumbieron; batido por los turcos en Kosmenitza se retiró para proteger á Tagodina, y la orilla izquierda de la Morawa; y solo á una importante diversion que hicieron los rusos debió la conservacion de esta parte del territorio.

Tantos reveses alentaron la celosa enemistad de los demas weyvodes, y se atentó contra su poder, desde el momento en que no fué sostenido por el prestigio de la victoria. Jacobo Nenadowitsch fué el primero que le atacó, pues el 1.º de enero de 1810 se puso á la cabeza de seiscientos jóvenes á caballo, se presentó al senado, fué nombrado su presidente, y la influencia de la Rusia mantuvo solo la autoridad debilitada de Kara-Jorge; mas

este se adelantó contra Curchid-Pachá de Nissa, que tenía nada menos que treinta mil hombres: la llanura de Warwarin fué el teatro de una sangrienta batalla, y tres mil servios animados por la voz y el ejemplo de su general, rechazaron las masas terribles de los turcos, los obligaron á atrincherarse, y despues á retirarse á Nissa. Kara-Jorge cayó al momento sobre Lonitza que se hallaba sitiada por cuarenta mil turcos: la ciudad, que hacia doce dias estaba resistiendo á una artillería formidable, iba á caer en poder de los sitiadores, cuando la aparicion de Kara-Jorge y el valor de los servios forzó al ejército turco á repasar el Drina.

Este fué el apogeo de la gloria de Kara-Jorge: gracias á sus esfuerzos, la Servia, enteramente libre estendia sus fronteras desde la isla de Poretsch sobre el Danubio, hasta la confluencia de este rio y del Timok. Pero la paz, siempre mas funesta que la guerra para los libertadores de la patria, vino á hacer germinar nuevas intrigas y nuevas disensiones entre los gefes, á quienes habia reunido el sentimiento del peligro comun. Los hospodares quisieron disminuir la autoridad de Kara-Jorge para desposeerle despues enteramente de ella: este complot le fué advertido con oportunidad, lo reprimió con energía, y se aprovechó de esta tentativa para operar una definitiva reaccion en su favor, en la dieta de 1814, dando un golpe mortal á la influencia de los hospodares y de los weywo-des. Subdividió los distritos, aumentó el número de los gefes, y debilitando su poder é influencia, los redujo á la imposibilidad de obrar solos; y no solo los convirtió en instrumentos fáciles de manejar, sino que celosos ademas de la antigua supe-

rioridad de los weywodes, se apoyaron contra ellos en la autoridad de su jefe supremo, y adhirieron á la suerte de este la suya. Las atribuciones del senado se alteraron entonces: este cuerpo, en vez de concentrar todos los poderes, fué dividido en dos asambleas; una de ellas, compuesta de los miembros menos influyentes, se convirtió en una especie de magistratura judicial, y la otra fué investida de las funciones administrativas, y vino á ser una especie de ministerio de Kara-Jorge. No puede menos de admirarse en este grande hombre un instinto político tan hábil, como era seguro y estenso su golpe de vista militar, llamando y teniendo á su lado con cargos lucrativos y honrosos á sus amigos y á sus mismos enemigos; los apartaba de las poblaciones acostumbradas á su obediencia, y destruía su oligarquía sediciosa.

Se promulgó una ley imponiendo la pena de destierro al servio que no reconociese esta constitucion de poderes: Dobrynias y Milanko sufrieron esta condena, y se refugiaron en Rusia; y Nenadowitsch se unió al partido de Jorge por el casamiento de su hija con uno de los mas poderosos partidarios del dictador Mladen.

El sultan propuso á Kara-Jorge reconocerle como hospodar de la Servia bajo la garantía de la Rusia, conservando los turcos las fortalezas y las armas de los servios, y se entablaron negociaciones complicadas, sin resultado alguno hasta el año 1813, en que Kara-Jorge, no habiendo podido ponerse de acuerdo con la Puerta, llamó á las armas á sus compatriotas. «Vosotros, les dijo, habeis vencido bajo mis órdenes á vuestros enemigos durante nueve años, y habeis combati-



do sin armas y sin plazas: ahora teneis ciudades, murallas y rios entre los turcos y vosotros; ciento cincuenta piezas de artilleria, siete plazas de armas, cuarenta puntos fortificados, y vuestros bosques, que son el mas inespugnable baluarte de vuestra libertad: fuera de esto teneis el apoyo de los rusos ¿podeis, pues, vacilar?

Sin embargo los turcos se ponian en movimiento á las órdenes del pachá de Widin; el gran visir aprovechando la victoria de los franceses en Lutzen, instaba á los bajás á que terminasen de una vez una lucha tan humillante para la Puerta, y diez y ocho mil turcos avanzaban contra Weliko, á quien tenian cercado en Negotin. Weliko recibió una bala de cañon, y quedó muerto en el campo de batalla, y su ejército dispersado corria á refugiarse en las lagunas, hácia la isla de Poretsh. Al sud Curchid-Pachá al frente de un ejército numeroso hacia retirar á Mladen y á Sima, dos generales servios, y venia á acampar delante de las murallas de Scabaz. Jamas se habia visto la Servia reducida á semejante extremo: el entusiasmo de la independencia parecia ahogado por tantos reveses, y quizás tambien por tres años de paz y de divisiones intestinas. Su nacionalidad y su gloria se disiparon á un tiempo; y el mismo Kara-Jorge, faltando á su buena suerte y á su patria, sea que presintiese una inevitable catástrofe y quisiese conservarse para mejores dias, ó sea que hubiese apurado su heroismo, y quisiese salvar su vida y sus tesoros, pasó al territorio austriaco con sus tres confidentes. Entonces se eclipsó para siempre la gloria del heroe de la Servia, que fué á morir en una ciudadela austriaca, en vez de en-

contrar entre los suyos y en el suelo de su patria, cuyo valor habia despertado el primero, una muerte que hubiera hecho inmortal su nombre. Con la noticia de su fuga se dispersó el ejército, y Smaderewo y Belgrado volvieron á caer en poder de los turcos. La Servia se convirtió en bajalato, y su vencedor Soliman llegó á ser su dueño y su bajá. Los senadores huyeron, y un solo hombre casi niño, el Weyvode-Milosch-Öbrenowitsch, permaneció fiel á la causa desesperada de la independencia de su patria. Este sublevó los distritos del sud, y quiso ocupar á Oschizá; pero abandonado por sus tropas, se vió precisado á aceptar las proposiciones de los turcos, y fué presentado á Soliman, que le recibió con distincion. Los servios desarmados tuvieron que levantar con sus propias manos las fortificaciones que debian ser los instrumentos de su opresion: la tiranía de los spahis que habian sido desposeidos, se vengó de los nueve años de destierro á que les habia condenado el valor de los servios, con imponerles el yugo mas atroz.

No obstante, el carácter nacional se iba despertando con tan dura esclavitud: el fuego de la insurreccion minaba sordamente, y Milosch que observaba con atencion el momento favorable, y que no lo creia llegado todavía, reprimia enérgicamente las tentativas prematuras de sus amigos. La bárbara deslealtad del Kiaia de Soliman-Pachá fué mas poderosa por fin que los consejos de la prudencia. Milosch habia conseguido una amnistía para los insurgentes de Yagodina, y los turcos en vez de cumplir su palabra, hicieron que se presentasen en Belgrado los gefes de la insurreccion,

y fusilaron á ciento cincuenta, y empalaron treinta y seis. Milosch que se hallaba en Belgrado tuvo el sentimiento de ver el suplicio de sus compatriotas: su sangre se enardeció, su corazón se inflamó, y los turcos que notaron su indignacion y cólera temieron su venganza y le hicieron prisionero; mas él se escapó, saltó las murallas, se refugió en los montes de Ruduik, reunió sus partidarios, y el fuego de la insurreccion se difundió por todos los bosques de la Servia.

Milosch habia nacido en 1780. Su madre, llamada Wischnia, fué casada dos veces; de su primer marido Obren tuvo un hijo llamado Milan, y de su segundo llamado Tescho tuvo varios, uno de los cuales fué Milosch. Carecian de bienes sus padres, y se vió este precisado á apacentar los búeyes, que los comerciantes ricos del pais enviaban á los mercaderes de Dalmacia. Despues entró á servir á Milan, su hermano materno, en el comercio de ganado; y ambos á dos se amaban tan tiernamente que Milosch tomó el nombre de Obrenowitsch, que era el del padre de Milan. Su comercio prosperó en términos que eran ya ricos é influyentes al tiempo de la primera insurreccion, y ambos influyeron en ella, cada uno segun su inclinacion y carácter: Milan, pacífico y blando, quedó en su casa y tomó á su cargo el abastecimiento del distrito; y Milosch, activo é intrépido, tomó las armas á las órdenes de Kara-Jorge.

Cuando este cambió la constitucion del pais, Milan le hizo la oposicion en el Senado, y fué fusilado por orden de Kara: á esta muerte debió Miloch en parte su gloria y su fortuna. El resentimiento le hizo abrazar el partido de los descontentos; mas



no siguió á los gefes que se fugaron en 1813, y las miradas se fijaron, con este motivo, en el único que habia quedado en el pais.

Huyendo de Belgrado, entró el domingo de Ramos de 1815 en la iglesia de Takowo, en donde estaba reunido un inmenso concurso, y le arengó con la elocuencia natural de los eslavos, y con todo el poder de un sentimiento de desesperacion, participado de antemano á su auditorio.

Comenzaron las hostilidades, y Milosch á la cabeza de algunos caballos de su distrito y de unos mil infantes montañeses, tomó á los spahis un punto y dos piezas de artilleria. Con la noticia de esta ventaja, volvieron á entrar los emigrados; los fugitivos salieron de los bosques, y los heydukos bajaron de las montañas: atacaron al kiaia del pachá que á la cabeza de diez mil hombres habia tenido la imprudencia de acampar en los llanos de la Marawa, y muerto el kiaia en la accion, se apoderó el terror de los turcos, y huyeron hácia Sienitza. Allí se les dió otra accion: Milosch quedó vencedor, y el botin, las mujeres y la artilleria del kiaia pasaron á poder de los servios. Ali-Pachá salió de Belgrado con las fuerzas que le quedaban; marchó contra Milosch, y habiendo sido derrotado se retiró á Kuipra, con una escolta que le facilitó el vencedor. Adem-Pachá capituló tambien vergonzosamente, y encerrado en Novibazar, recibió los regalos de Milosch. El pachá de Bosnia bajó de los montes al frente de un ejército fresco y numeroso, y envió á Ali-Pachá, uno de sus tenientes, á batir á Milosch en el Matzchwai, pero Ali fué hecho prisionero, y Milosch le envió al Gran-Visir colmado de regalos. Los servios se mostraban ya dignos con esta gene-

rosidad de la civilizacion por la cual combatían, y su gefe Milosch trataba de antemano á sus enemigos como amigos futuros; conocia que no habia llegado el caso de la independiencia completa de su patria; y en vez de mancharla con la crueldad, ganaba protectores que la procurasen ventajosos tratados. Mararchli-Pachá avanzaba á su vez por la frontera de la Morawa; pero felizmente entre este general y Curchid-Bajá antiguo Gran-Visir de la Bosnia, no reinaba la mejor armonía. No concertaban sus planes, y cada uno deseaba interiormente los reveses del otro, para atribuirse á sí solo el honor de la victoria; así era que ambos querian negociar, y se disputaban la gloria de la terminacion de la guerra. Milosch, que estaba instruido de sus intrigas, supo aprovecharse de ellas; se presentó personalmente al Gran-Visir en medio del campamento turco; tuvo una entrevista con él y no pudieron entenderse. Milosch queria que la Servia conservase sus armas, y el pachá aceptaba todas las condiciones, excepto esta que hacia inciertas todas las demas. Incomodado Milosch, se levanto de su asiento para montar á caballo; pero Curchid mandó que lo prendiesen, y los genizaros se lanzaron sobre él: en estas circunstancias, Ali-Pachá, uno de los tenientes de Curchid, á quien Milosch habia vencido y enviado con regalos al Visir, se interpuso valerosamente entre los spahis y Milosch; manifestó que este habia venido al campo bajo la fe de la palabra de Curchid, quien se habia comprometido á dejarle salir sano y salvo, y que él estaba pronto á morir antes que permitir que se atentase á la libertad de un hombre, á quien debia la vida. Ali-Pachá impuso con su firmeza al

Visir y á sus soldados; le condujo fuera del campo, y al despedirse de él, le dijo: «No os fieis jamás de nadie, ni aun de vos mismo, si es posible. Nosotros hemos sido amigos, mas hoy nos separamos, y para siempre.» Milosch se alejó, abrió negociaciones con Maraschli Ali-Bajá, y en ellas se concedieron las armas á la Servia. Los diputados de esta fueron á Constantinopla, y volvieron con un firman de paz, concebido en los términos siguientes: «Del mismo modo que Alá ha confiado los vasallos al sultan, éste los confía á su bajá.» Este volvió á entrar en Belgrado, y los gefes servios se presentaron á hacer su sumision por medio de Milosch. Las fortalezas quedaron en poder de los turcos; los servios se imponian por sí mismos sus contribuciones; la administracion estaba dividida entre ambos, y un Senado nacional se constituyó en Belgrado á la inmediacion del bajá. Ali, muy estimado de los servios, reemplazó en Belgrado á Soliman-Pachá, y este fué llamado por el Gran Señor. Semejante estado de cosas no podia durar, y era preciso que acarrease disensiones. Milosch continuaba siendo gefe de la nacion, y permanecia en Belgrado como un centinela vigilante, dispuesto á dar á su pueblo la señal de la resistencia ó del ataque.

Procuró Ali con astucia conseguir el desarme que por la fuerza no habia podido lograr, y dirigiéndose á Milosch, se empeñó con él para obtener lo que deseaba; este le respondió que él y sus amigos estaban prontos á dejar las armas; pero que en cuanto al pueblo era imposible arrancárselas: el pachá indignado, suscitó contra él á Molar, presidente del Senado servio, y al metropolitano Nikschwitz; pero las guardias de Milosch



se apoderaron de estos dos conspiradores en consejo pleno, y obligaron al mismo pachá á que en uso de su poder ejecutivo les condenase á muerte. La debilidad del pachá aumentó la audacia de los servios. Milosch salió de Belgrado, y para no caer en las redes que le tendian los turcos y sus rivales servios, se encerró en el pueblo fortificado de Tospchidor, á media legua de Belgrado.

En 1821 se hizo una nueva tentativa contra la vida y la autoridad de Milosch; los dos weyvodes que habian dirigido la intriga, fueron condenados á muerte y ejecutados; mas como se sospechó que lababia instigado el pachá, acrecentó la animosidad entre las dos naciones, á tiempo que la sublevacion de la Albania y la guerra de la independencia de la Grecia ocupaban y debilitaban á los turcos. Las circunstancias eran, pues, favorables á la concentracion del poder nacional en la Servia. Los pueblos no conquistan nunca su libertad sino personalizándose en un gefe militar; y el interés y el reconocimiento hacen hereditario el poder, en el que ha sabido crearlo y defenderlo: la monarquía es el instinto de las naciones en su infancia, pues el monarca es una especie de tutor de su independencia todavía atacada, y este instinto era todavía mas fuerte en la Servia, en donde las formas republicanas eran desconocidas. Milosch fué, pues, investido del poder, y debía aprovecharse de él; así es que estendió su autoridad, y fué restableciendo poco á poco la Constitucion de Kara-Jorge. Entre él y el pueblo interpuso la aristocracia de los knevens, á quienes encargó la administracion del pais; cada kneven tenia su knen ó provincia, y la mayor parte de los distritos te-

nian su Obar-kneven. Milosch los nombró y fijó á su placer su territorio y sus atribuciones; y para que los knevens no hiciesen exacciones en sus provincias, les señaló un sueldo, pagado por el tesoro público. En las pequeñas ciudades y en los pueblos se establecieron tribunales inferiores, y y en Kragusewatz se estableció otro superior, nombrado por Milosch. Careciendo de leyes, la costumbre sirvió de tal hasta la publicacion del código que se redactaba; y el derecho de pronunciar la pena de muerte estaba reservado al gefe supremo del Estado. El ligero subsidio que la Servia pagaba á la Puerta, como un recuerdo de su antigua dependencia, pasaba por las manos de este gefe, que lo entregaba al pachá; y este que era como una vana sombra de una autoridad que no existia, era un centinela perdido de la Puerta en observacion del Danubio, y daba órdenes á los turcos que guarnecian aquellas fortalezas. En caso de guerra entre la Turquía y el Austria, los servios debian contribuir con un contingente de cuarenta mil hombres; y el clero, cuya influencia podía contrapesar la de Milosch, perdió toda su preponderancia al dejar entregada á los tribunales civiles la administracion de justicia. Los papas y los frailes estaban sujetos, como el resto del pueblo, á penas corporales, y pagaban tambien los impuestos comunes; los bienes de los obispos fueron reemplazados con una dotacion fija, pagada por el Estado, y todo el poder quedó así concentrado en el gefe supremo. La civilizacion de la Servia se parece á la estricta disciplina de un grande campamento, en donde la voz de uno solo es el alma de una muchedumbre de hombres, cuales-

quiera que sean sus atribuciones y grados. En presencia de los turcos era necesaria esta actitud; pues el pueblo siempre armado y en pie, necesitaba de un soldado absoluto. He aquí el estado de media independencia de la Servia, que está todavía disputado por los turcos: el tratado de Akerman no resolvió nada en 1827. En la dieta que se celebró en Kragusewazt se debía tomar conocimiento de este tratado; pero Milosch se levantó y dijo.

«Bien sé que hay algunos descontentos por los castigos que he mandado imponer á los perturbadores del orden; bien sé que se me acusa de ser demasiado severo y ambicioso de poder; mientras que no tengo otro objeto que el de mantener la obediencia y la paz, que se me han exigido ante todo por las dos córtes imperiales. Tampoco ignoro que se me imputa como un crimen el impuesto pagado por el pueblo, sin tener en consideración lo que cuesta la libertad que hemos conquistado, y cuanto mas cuesta la esclavitud! Un hombre débil sucumbiría á las dificultades de mi situación: solo armándome de una inflexible justicia en favor vuestro, puedo llenar los deberes que he contraído para con el pueblo, para con los emperadores, para con mi conciencia, y hasta para con Dios.»

Después de semejante discurso la Dieta redactó un acta, que fué presentada á Milosch y enviada á la Puerta, por la cual los servios representados por sus gefes juraban obediencia perpetua á Milosch y á sus descendientes. De este modo pagó la Servia su deuda á Milosch; y de este modo paga él ahora la suya á la Servia, dándole leyes



tan sencillas como sus costumbres, y que reflejan ya las luces europeas. Así como hacian en otro tiempo los legisladores de los pueblos nuevos, Milosch envía jóvenes á viajar y á las grandes capitales de Europa, para recoger altas nociones sobre la legislacion y la administracion, á fin de aplicarlas al pais. Admite extranjeros en su córte, y estos le sirven de medios de comunicacion con las lenguas y las artes de las naciones vecinas. La poblacion, apaciguada y restituida á los trabajos de la agricultura y del comercio, comprende el precio de la libertad que ha conquistado, y se aumenta sin cesar en número, en actividad y en virtudes. La religion, que es la única civilizacion de los pueblos que carecen de ella en sus leyes, se ha despojado de sus abusos sin perder un ápice de su feliz influencia, y la educacion popular es el principal objeto de los desvelos del gobierno. El pueblo se presta con un instinto fanático á los esfuerzos de de Milosch, para hacerse digno de una forma de gobierno mas avanzada, y parece comprender que solo los pueblos mas ilustrados tienen derecho á la libertad mas lata, y se afanan por llegar á esta altura. Los poderes municipales establecidos en los distritos como un gérmen de libertad, le preparan ya á ella; y si algunos espatriados desterrados por los turcos despues de la fuga de Kara-Jorge, ó por el mismo Milosch por haber conspirado contra él con los turcos, se ven todavia lejos de su patria, el tiempo que consolida el orden y confunde las opiniones en un patriotismo unánime, aproxima el momento en que podrán restituirse á ella, y reconocer la dichosa influencia del héroe, cuyo poder escalaron.

Todavía ocupan diez mil turcos las fortalezas: muy fácil sería al príncipe arrojarlos de ellas, pues el pueblo se alzaría á su voz; pero su presencia es como una co-soberanía nominal, que no tiene ninguna influencia peligrosa para la Servia, y que por el contrario la preserva de las interiores agitaciones y de las intrigas exteriores que inevitablemente se manifestarian, si se hallase del imperio enteramente desprendida. Otomano y el príncipe tienen la profunda política de preferir este estado de cosas á una guerra nueva y prematura. El pueblo le agradece este estado que le permite el desarrollo de la civilización interior, y no teme por su independencia, pues como todos los habitantes están armados, ocupan lo interior del país, las ciudades y los pueblos. El bajá reside en Belgrado: Milosch está en esta capital, en su palacio á una milla de ella, ó en Kragusewaz, donde se ve separado de los turcos, y ocupa el punto mas céntrico de la Servia. La naturaleza del país, y su actitud guerrera le ponen al abrigo de toda sorpresa.

Milosch es de cuarenta y nueve años de edad y tiene dos hijos, el mayor de los cuales es de doce.

Los futuros destinos del imperio otomano decidirán del porvenir de esta familia y de este pueblo; mas la naturaleza parece llamarlo á la participación de los grandes acaecimientos que se preparan en la Turquía de Europa, y en el imperio de Asia. Las canciones populares que el príncipe difunde en el pueblo, le hacen entrever una próxima esperanza de gloria y poder para la Servia y para su antiguo y heroico rey Estéban Dus-

chan. Las guerreras hazañas de sus heydukos pasan de boca en boca, y hacen pensar á los servios en la resurreccion de una nacion esclava, cuyo gérmen, lengua, costumbres y virtudes primitivas conserva en los bosques de la Schumadia.

No puede menos el viajero de formar votos porque se realice esta esperanza, ni apartarse tampoco sin sentimiento de este pais, sin bendecir estos inmensos bosques, estos montes, estos llanos y estos rios, que parecen salir de las manos del Criador, y mezclar la lujosa juventud de la tierra con la de un pueblo: no se puede menos de desear un porvenir brillante á este pueblo, cuando se ven salir de entre los bosques las casas nuevas de los servios que se alzan á la orilla de los torrentes, y se estienden en filas amarillas en el fondo de los valles; cuando se oye desde lejos el ruido de los molinos; el sonido de las campanas recientemente bautizadas con la sangre de los defensores de la patria, y el canto apacible ó marcial de los jóvenes de ambos sexos que se retiran del trabajo; cuando se ven las largas filas de los muchachos salir de las escuelas y de las iglesias, (cuyos techos de madera no están todavia concluidos) con el acento de la libertad, del regocijo y de la esperanza, y la alegría y el entusiasmo en las fisonomias; cuando se meditan las físicas é inmensas ventajas que asegura esta tierra á sus habitantes, la temperatura del sol que ilumina los montes que la sombrean y la protegen como fortalezas de la naturaleza; cuando se fija la vista en este opulento Danubio, que tuerce su curso para ceñirla y para llevar sus productos al Norte y al

:



Oriente; y finalmente, cuando se considera ese mar Adriático que le proporcionará muy pronto puertos y marina y la pondrá en comunicacion con la Italia.

Cuando además de esto recuerda el viajero que al atravesar este país no ha recibido sino muestras de benevolencia y saluciones de sincera amistad; que ninguna cabaña le ha pedido el precio de la hospitalidad; que en todas partes ha sido acogido como hermano, consultado como un sábio, é interrogado como un oráculo, y que sus palabras, recogidas con avidéz por los papas y los knevens, quedan en los pueblos por donde ha transitado como un gérmen de civilizacion; no puede menos de mirar por la última vez con amor las escarpadas riberas, las arruinadas mezquitas, y las altas cúpulas de las que le separa el Danubio, y esclama al perderlas de vista: «Yo desearía combatir entre este pueblo por su esplendente libertad!» Después repite las estrofas de una de sus canciones populares que le ha traducido su dragoman.

«Cuando resplandece el sol de la Servia sobre las lípidas aguas del Danubio, parece que arrastra el río las hojas de los yataganes y los relucientes fusiles de los montenegrinos, como un río de acero que la defiende. ¡Qué dulce es sentarse á su orilla y verle arrastrar las armas rotas de sus enemigos!

«Cuando penetra y se engolfa en los bosques de la Schumadia, el viento de la Albania que baja de los montes, produce sonidos semejantes á los lamentos de los turcos, vencidos en la derrota de la Masawa: estos sonidos son gratos á los oidos de los servios, que

han sacudido su yugo! Muerto ó vivo despues del combate es agradable reposar al pie de la encina que repite el canto de libertad que todos entonamos!»

NOTAS RECOJIDAS POR FATALLA SAYEGHIK,  
DURANTE SU PERMANENCIA ENTRE LAS  
TRIBUS ERRANTES DEL GRAN DESIERTO.

PROLOGO.

Estábamos acampados en medio del Desierto, que se estiende desde Tiberiades á Nazareth; hablábamos de las tribus árabes que habíamos encontrado aquel dia, de sus costumbres y de sus relaciones éntre ellas, y con los grandes pueblos que las rodean, procurando penetrar el misterio de su origen, de su destino, y de esa maravillosa perseverancia de carácter de castas, que separa á esas gentes de todas las demas familias humanas; y que del mismo modo que á los judíos, los mantiene separados de la civilizacion general, con otra peculiar tan consistente como el granito. A medida que he viajado me he convencido mas de que las castas son un gran secreto de la historia y de las costumbres: el hombre no es tan fácil de educar como los filósofos suponen. La influencia de los gobiernos y de las leyes está muy lejos de obrar tan radicalmente como se cree, sobre las costumbres y los instintos de un pueblo: la constitucion primitiva y la sangre de la casta influyen siempre y se manifiestan despues de millares de años, en las formas físicas, y en los hábitos morales de la familia ó tribu.

El género humano corre por rios y por arroyos al vasto océano de la humanidad; pero no mezcla sus aguas en él sino muy lentamente; y algunas veces nunca, volviendo á salir como el Rhódano del lago de Ginebra, con el mismo sabor y color que tenían sus ondas. Este fenómeno ofrece un abismo al pensamiento y á la meditacion, y un gran secreto á los legisladores. Todo lo que estos hacen en armonía con el espíritu de las castas prospera; y se malogra cuanto intentan contra esta predisposicion natural, porque la naturaleza es mas fuerte que ellos. Esta idea no es la de los filósofos del día, pero es un principio evidente para los viajeros; y mas filosofía se encuentra en cien leguas de caravana que en diez años de lecturas y de meditaciones.

Yo me creia feliz cuando bogaba á la ventura, y sin otro camino ni direccion que mi capricho; por los desiertos y los países desconocidos: entonces decia á mis amigos y á Mr. Marolier mi dragoman, que si me hallase solo y sin afecciones de familia, seguiria esta vida durante muchos años: me gustaria no dormir jamás donde me habia despertado, y pasear mi tienda desde las costas del Egipto hasta las del golfo Pérsico; no tener mas objeto para la noche que la noche misma; recorrer á pie, con la vista y con el corazon todas esas desconocidas tierras; examinar todas esas castas de hombres, tan diversas de la mia, y contemplar la humanidad, que es la mas hermosa de las obras de Dios, bajo todas sus formas. ¿Qué se necesita para esto? Algunos esclavos ó criados fieles, armas, un poco de oro y dos ó tres tiendas y camellos. El clima de estas regiones es templado, el



cielo puro, la manutencion muy poco costosa, la hospitalidad cierta y el pais pintoresco. Preferiria mil veces pazar así los años, bajo diferente cielo, con huéspedes y amigos siempre nuevos, á la estéril y ruidosa monotonía de nuestras capitales.

Ciertamente es mas penoso llevar la vida de hombre del gran mundo en Lóndres ó en París, que recorrer el universo como simple viajero: el resultado de las dos fatigas es á la verdad muy distinto. El viajero muere, ó vuelve con un tesoro de ideas y de sabiduría, y el hombre del gran mundo de nuestras capitales se envejece sin haber visto ni conocido nada, y muere lleno de dudas y tan fanatizado de falsas ideas como el día primero que vino al mundo.

Yo querría, decia á mi dragoman, pasar esos montes encumbrados, bajar al gran desierto de la Siria, acercarme á alguna de esas grandes tribus desconocidas que surcan sus arenas con sus huellas, y disfrutar de su hospitalidad por algunos meses: pasar despues á otras, estudiar las semejanzas y diferencias, seguirlas desde los jardines de Damasco á las orillas del Eufrates y á los confines de la Persia, alzar el velo que cubre todavía la civilizacion del Desierto, de esa civilizacion que ha dado origen á la caballería, y en donde aun se debe encontrar; pero el tiempo es muy corto, y no veremos sino la playa de ese océano, cuya estension no ha recorrido nadie.

Ninguno ha penetrado entre esas innumerables tribus que cubren con sus tiendas y ganados los campos de los patriarcas: un hombre solo lo ha intentado; este no existe ya, y las notas que pudo recoger en diez años de permanencia entre

ellos, se han perdido con él. Este hombre era Mr. de Lascaris, y voy á dar una idea de tan célebre viajero.

Mr. de Lascaris habia nacido en el piamontex, pertenecía á una de las familias griegas que habian ido a Italia despues de la conquista de Constantinopla; era caballero de Malta cuando Napoleon hizo la conquista de esta isla, y siendo todavía muy jóven, le fascinó el génio sorprendente del conquistador, le siguió á Egipto, y se adhirió á su suerte. Hombre tambien de ingenio sobresaliente, fué uno de los primeros en conocer los altos destinos que la Providencia reservaba á un hombre del temple de los de Plutarco, en una época en que todos los caracteres eran falsos, usados ó gastados. Su penetracion adelantó todavia algo mas; comprendió que la grande obra que debia llevar á cabo Napoleon, no era solamente la restauracion del poder en Europa, que se hacia necesaria, y por consiguiente muy fácil de ejecutar la reaccion de los ánimos; sino que el Asia era la que ofrecia un campo mas vasto, y mas digno de la regeneradora ambicion del héroe, porque allí tenia que conquistar, fundar y renovar masas cien veces mas gigantescas: que el despotismo, que debia ser de corta duracion en Europa, seria perpétuo en el Asia; y que el grande hombre que estableciera en ella la organizacion y la unidad, haria mucho mas que Alejandro, y muchísimo mas de lo que Bonaparte podia hacer en Francia.

Parece que el dichoso guerrero de Italia, cuya imaginacion era luminosa como el Oriente, vagaba como el desierto, y grande como el mundo, tuvo conversaciones confidenciales sobre la materia con

Mr. de Lascaris, y dejó escapar alguna chispa del fuego de su imaginacion hácia el nuevo horizonte que le abría el destino. Por desgracia fué tan solo una chispa, y yo me aflijo de ello; pues es evidente que Napoleon era el hombre del Oriente y no el hombre de la Europa.

Tal vez se reirá alguno al leer esto, pareciéndole una paradoja; pero que se pregunte á los viajeros.

Napoleon, á quien suponen en el día el hombre de la revolucion francesa y de la libertad, jamás ha comprendido la libertad: por el contrario, él es quien ha hecho abortar la revolucion de la Francia. La historia lo demostrará en todas sus páginas cuando llegue á escribirse por otras inspiraciones que las que la dictan en el día. Este hombre ha sido la reaccion encarnada contra la libertad de Europa, cuya reaccion ha sido estrepitosa y gloriosa, si se quiere; pero nada mas. Si se pretende una demostracion de esta verdad, solo es menester examinar lo que queda en el día de Bonaparte: no es mas que una página guerrera, y otra de una torpe restauracion; pero ni una piedra de cimiento se encuentra colocada, ni se distingue un porvenir, ni existe nada vivo mas que su nombre, que es una memoria grandiosa. En Asia hubiera conmovido millones de hombres, y él, que tenia ideas grandes y sencillas, con dos ó tres de estas, hubiera alzado el monumento de una civilization, que existiría mil años despues de su muerte.

Pero cometió un error: Napoleon escogió la Europa, se contentó con enviar un explorador para averiguar lo que deberia hacerse, y trazar el



camino de las Indias, si la suerte se lo abría, y Mr. de Lascaris fué este explorador.

Partió con secretas instrucciones de Napoleon, recibió las sumas necesarias para esta empresa, y fué á establecerse en Alepo, con el objeto de perfeccionarse en la lengua árabe. Hombre de mérito, de talento y de imaginacion, apeló á medios prudentes para disculpar su permanencia en Siria, y sus relaciones obstinadas con todos los árabes del Desierto, que llegaban á Alepo. Despues de emplear algunos años en preparativos, se aventuró á emprender su grande y peligrosa mision. Con disfraces sucesivos, y con riesgos diversos, recorrió todas las tribus de la Mesopotamia y del Eulrates, y volvió á Alepo enriquecido con los conocimientos que habia adquirido, y con las relaciones políticas que habia formado para Napoleon. Pero mientras él cumplia su encargo, la fortuna derribaba á su héroe, y supo su caída el dia mismo en que iba á presentarle el fruto de siete años de riesgos y servicios.

Este golpe tan impensado ocasionó la muerte á M. Lascaris, el cual pasó al Egipto, y murió en el Kayro, solo, desconocido, abandonado, y sin dejar otra herencia que sus notas. Se dice que el cónsul inglés recogió estos preciosos documentos, que podian ser tan perjudiciales á su gobierno, y que fueron rotos ó enviados á Londres.

Decia yo á Mr. Mazolier, ¡qué lastima que se haya perdido para nosotros el producto de tantos años y de tanta paciencia!

Alguna cosa ha quedado, me respondió. Yo conozco en Latakia, mi patria, á un árabe que ha acompañado á M. de Lascaris en todos sus viajes:

despues de su muerte, destituido de recursos, y privado hasta de los salarios atrasados que Mr. de Lascaris le habia prometido, ha vuelto pobre y desnudo á casa de su madre, y ahora se mantiene con un triste destino en casa de un comerciante de Latakia. Yo le he conocido allí, y me ha hablado muchas veces de una coleccion de notas que ha escrito por órden de su principal en el curso de su vida errante.

¿Creeis, pregunté yo á Mr. de Mazolier, que este hombre quiera vendérmelas?—Lo creo, me respondió, con tanta mas razon, cuanto que me ha manifestado el deseo de ofrecerlas al gobierno francés, pero nada es mas fácil que saberlo con certidumbre; voy á escribir á Fatalia Sayeghir, que es su nombre: el tártaro de Ibrahim-Pachá le entregará mi carta, y á nuestra llegada á Sayda encontraremos la respuesta.

Le encargué, pues, que arreglase este negocio, y le mandé ofrecer dos mil piastras por este manuscrito.

Pasaron algunos meses antes de escribir la respuesta de Fatalia Sayeghir; mas llegado á Beyruth, envié mi intérprete á Latakia á negociar directamente la adquisicion del manuscrito: la proposicion fué aceptada, la suma entregada, y Mr. Mazolier me trajo las notas árabes. Durante la estacion del invierno traduje al francés, y tengo el gusto de hacer gozar al público del fruto de un viaje de diez años, que ningun otro viajero ha hecho hasta el presente.

La dificultad excesiva de una triple traduccion, debe servir de disculpa al estilo de las notas; cosa que es de poca importancia en esta clase de obras,

en las que los hechos y las costumbres constituyen su único interes. Por lo demás estoy seguro de que el primer traductor no ha alterado nada, y de que tan solo ha suprimido algunas pesadeces y circunstancias, repeticiones ociosas, que no aclaraban nada.

Si ofrece algun interés este relato para la ciencia, la geografia y la politica, solo deseo que el gobierno actual de la Francia, á quien tantos riesgos y tan largo destierro debieron ilustrar, manifieste un reconocimiento, aunque tardio, á Fatalia Sayeghir, cuyos servicios pueden serle en el dia de tanta utilidad. Tambien me anima este deseo en favor del hábil intérprete Mr. de Mazolier, que ha traducido estas notas del árabe, y que me ha acompañado un año entero en mis viajes en la Siria, en la Galilea y en la Arabia. Versado este hombre en el árabe, hijo de madre árabe, sobrino de uno de los scheiks mas poderosos y mas venerados del Libano, ha recorrido conmigo todas estas regiones; está familiarizado con las costumbres de todas estas tribus; es hombre de valor, de inteligencia y de probidad; y amando con sinceridad á la Francia, como la ama, podria ser de suma utilidad al gobierno en nuestras escalas de Siria. La nacionalidad francesa no debe concluir en las fronteras: la patria tiene hijos sobre costas, cuyo nombre apenas se conoce, y uno de estos es Mr. de Mazolier, á quien convendría no olvidar. Ninguno podría servirla mejor en estas regiones en las que se debe hacer sentir nuestra accion civilizadora, protectora y política.

He aquí literalmente la relacion traducida de Fatalia Sayeghir.



## RELACION DE FATALIA SAYEGHIR.

Tenia diez y ocho años cuando salí de Alepo, mi patria, con cierto fondo empleado en mercaderías para ir á establecerme en la isla de Chipre. El primer año fué bastante feliz en mis operaciones mercantiles; me aficioné al comercio, y tuve la fatal idea de enviar á Trieste un cargo de producciones de la isla. Pronto estuvieron embarcados mis géneros, que consistían en algodón, vino, seda, esponjas y *coloquintida*; y el 18 de mayo de 1809 se hizo á la vela el buque, mandado por el patron *Chefalinati*. Yo calculaba anticipadamente las ventajas de mi especulación, y me regocijaba con la idea de las ganancias, cuando vino á destruir tan gratas ilusiones la funesta noticia de que un navio inglés habia apresado mi buque y lo habia conducido á Malta. Las consecuencias de esta pérdida fueron el hacer bancarrota, me retiré del comercio, y enteramente arruinado, dejé á Chipre y volví á Alepo.

Poco despues de mi llegada á esta ciudad, comí en casa de uno de mis amigos con algunas otras gentes, entre las cuales se hallaba un extranjero, muy mal vestido, á quien los demas sin embargo, guardaban el mayor miramiento. Despues de la comida se tocaron algunas piezas de música; y el extranjero se sentó cerca de mí y me dirigió la palabra con afabilidad: hablamos de música; despues de una conversacion bastante larga, me levanté para ir á preguntar su nombre, y supe que se llamaba Mr.

Lascaris de Vintemille, y que era caballero de Malta. Al dia siguiente le vi entrar en mi casa con un violin en la mano, y me dijo: «Querido amigo, ayer noté la aficion que teneis á la música; y mirándoos como si fuerais hijo mio, os traigo este violin que confio aceptareis.» Recibí el regalo de este instrumento con un placer indecible, lo hallé muy á mi gusto, y le di las gracias afectuosamente. Despues de una conversacion bastante animada, durante la cual me hizo muchas preguntas sobre varias materias, se retiró: al dia siguiente volvió; continuó sus visitas quince dias, y al cabo de ellos me propuso que le diese lecciones de árabe, una hora diaria, ofreciéndome por ellas cien piastras al mes. Yo acepte, como era natural, tan ventajosa proposicion, y al cabo de seis meses de estudio mi discípulo comenzaba á leer y hablar medianamente el árabe.

«Querido hijo, me dijo un dia, pues siempre me daba este nombre: conozeo que teneis mucha inclinacion al comercio; y como pienso permanecer algun tiempo en vuestra compañía, es necesario que os ocupeis de un modo que os sea agradable y ventajoso. Tomad dinero: comprar las mercancías mas á propósito en Homs, en Hama y en sus inmediaciones; iremos juntos á venderlas á los países menos frecuentados por los comerciantes, y creo que haremos negocio.

El placer que tenia en estar con Mr. de Lascaris, y la persuasion de que esta empresa nos seria ventajosa, me hicieron aceptar sin vacilar esta proposicion; y en virtud de una nota que me entregó, comencé desde luego á hacer la compra de los géneros, que consistian en lienzo encarnado,

ambar, corales ensartados, pañuelos de algodón, pañuelos de seda negra y de color, llamados *cafies*, camisas negras, alfileres, agujas, peines de boj y de hueso, sortijas, bocados para caballos, brazaletes de vidrio y diferentes artículos de lo mismo; á esto añadimos algunos productos de química, especiería y drogas; y Mr. Lascaris pagó todo con once mil piastras, ó dos mil talaris.

Las personas de Alepo que me veían comprar semejantes géneros, me decían que Mr. Lascaris estaba loco; y con efecto, su traje y sus maneras le hacían parecerlo; pues llevaba una barba larga y mal peinada, un turbante blanco muy sucio un mal vestido ó *gombaz* con una chaqueta por encima, un cinturón de cuero, y zapatos encarnados sin medias. Cuando se hablaba delante de él, fingía no comprender lo que se decía; pasaba la mayor parte del tiempo en el café, y comía en el bazar, lo que no hacían las personas decentes del país. Este método de vida tenía un objeto, como supe más tarde; pero los que no le conocían creían que tenía la cabeza trastornada. En cuanto á mí, le encontraba buen sentido y mucha ilustración; hablaba perfectamente sobre todas materias, y era un hombre notable y superior.

Un día, cuando estaban ya nuestros géneros embalados, me mandó llamar y me preguntó qué decían de él en Alepo: yo le contesté francamente que le tenían por loco. «Y vos, qué es lo que pensáis de mí? me preguntó.»—Yo pienso, contesté, que sois muy sensato y que sabéis muchísimo.—Confío probaroslo con el tiempo; mas para ello es preciso que os comprometáis á hacer sin replicarme cuanto os diga; y sin preguntarme el motivo, obedecerme en



todo y por todo: os exijo una obediencia ciega, y os prometo que no os arrepentireis de ella. En seguida me mandó que le trajese mercario: se lo di al momento: lo mezcló con grasa y otras cosas que yo no conocía, y me aseguró que poniéndose al cuello un cordón de algodón untado con aquella mezcla, estaría uno libre de la picadura de los insectos. Yo pensé que no había insectos en Hama, para necesitarse de semejante preservativo, y que por consiguiente sería para otros países; pero como me había prohibido hacer observaciones, me limité á preguntarle el día de nuestra partida, para ajustar los mukres ó conductores de camellos. Os doy, me dijo, treinta días para divertirlos; mi bolsillo está á vuestra disposición, divertios mucho; gastad cuanto queráis, y no escatimeis nada.

Entonces calculé que quería que me despidiese del mundo; pero el afecto que me había inspirado triunfó de esta triste reflexión, me ocupé solamente de lo presente, y me aproveché del plazo que me había dado para divertirme. ¡Mas ay! El tiempo del placer corre rápidamente; el término llegó demasiado pronto; Mr. Lascaris me dió prisa para partir; me puse á sus órdenes, y el jueves 18 de febrero de 1810 salimos de Alepo y llegamos á Saarmin, después de doce horas de marcha. Al día siguiente salimos para Nuarat-el-Nahaman, bonita ciudad distante seis horas de allí.

Esta población, célebre por la salubridad del aire y por la bondad de sus aguas, es patria de un distinguido poeta árabe, llamado Abu-el-Hella-el-Maari. Era ciego de nacimiento, y había aprendido á escribir por un método original: se metía en

un baño de vapores distintos; y con agua helada hacia que le trazasen sobre la espalda los caracteres árabes. Se citan muchos rasgos de su maravillosa sagacidad, y entre ellos el siguiente. Hallabase en Bagdad, en casa de un kalifa, á quien habia alabado mucho el aire y el agua del pais; este kalifa hizo traer agua del rio de Nuarat, y se la dió a beber sin advertírselo, mas el poeta habiéndola conocido al instante, exclamó: «Hé aquí el agua cristalina de mi pais: pero ¿donde está aquel aire tan puro?»

Nuestra caravana se detuvo dos dias en Nuarat para asistir á una feria semanal, que se celebraba los domingos. Nosotros fuimos tambien á pasear, y en el concurso que allí habia perdí de vista á Mr. Lascaris, que habia desaparecido entre la muchedumbre. Despues de buscarle gran rato, conseguí descubrirlo en un punto solitario, hablando con un beduino cubierto de harapos; le pregunté asombrado qué placer hallaba en la conversacion de un hombre semejante, cuando no podia ni comprendia su árabe, ni hacerle comprender el suyo: me contestó que aquel dia en en que habia logrado hablar con un beduino era uno de los mas felices de su vida. En ese caso, le repliqué, bien pronto os hallareis en el colmo de la felicidad, porque continuamente tropezaremos con gente de esa especie.

Me mandó comprar galletas, que es el pan del pais y se lo dió á Hetal, con considerable cantidad de queso: Hetal era el nombre del beduino. Este se marchó despues de darle las gracias. El 22 de febrero salimos de Nuarat-el-Nahaman, despues de seis horas de camino, llegamos á Khran

Cheikhria, y al día siguiente á las nueve de la mañana entramos en Hama, ciudad considerable, en la que no conocíamos á nadie, porque Mr. de Lascaris no habia traído cartas de recomendacion. La primera noche la pasamos en un café; al siguiente día alquilamos un cuarto en el kan de Ashad-Baja. Yo empezaba á abrir mis fardos, cuando Mr. de Lascaris me dijo con tono de enfado: «Solo tenéis en la cabeza vuestro miserable comercio: si supieseis cuantas cosas mas útiles y mas interesantes hay que hacer!» Desde entonces no pensé en vender nada, y me fui á holgar por la ciudad: al cuarto día, Mr. de Lascaris, paseándose solo, penetró en un castillo arruinado; y habiéndolo examinado con atencion, tuvo la imprudencia de medir sus dimensiones. Cuatro vagabundos, que jugaban escondidos bajo un arco arruinado, se echaron sobre él, y le amenazaron de delatarle como hombre que queria robar los tesoros, ó hacer entrar á los *guurs* en el castillo. Con algun dinero se hubiera transigido el negocio; pero Mr. de Lascaris se defendió, y aunque con mucho trabajo logró escapar de sus manos, y se vino á buscarme. Aun no habia acabado de contarme este suceso, cuando vimos entrar dos hombres del gobierno, con uno de los delatores; entonces se apoderaron de la llave de nuestro cuarto, y nos hicieron ir delante de ellos á palos como dos malhechores: nos presentaron al mutzelin Selim-Bey, conocido por su crueldad, y este nos hizo las siguientes preguntas: «¿De qué país sois?—Yo contesté: mi compañero es de Chipre, y yo de Alepo.—¿Y á qué venis aquí?—Hemos venido para hacer el comercio, le dije:—«Mentis! replicó: vuestro comi-



pañero ha estado en el castillo tomando medidas y levantando planos, y esto no puede ser, sino para apoderarse de un tesoro ó para entregar la plaza á los infieles.» Despues volviéndose á los guardias, continuó: «Conducid al calabozo á estos dos perros.

No nos dejaron hablar mas palabra; nos llevaron á la cárcel; nos cargaron de recias cadenas en el cuello y en los pies, y nos metieron en un calabozo oscuro y tan estrecho, que no podíamos movernos. Al cabo de algun tiempo, y á beneficio de un talari, conseguimos luz y pan: pero las pulgas y otros insectos, que infestaban la cárcel, nos impidieron dormir en toda la noche; de modo que no teníamos valor para pensar en el modo de salir de aquel horrible lugar. Finalmente, yo me acordé de un escritor cristiano, á quien conocía por hombre servicial; gané á uno de nuestros guardianes que fué á buscarlo, y al otro dia arregló este felizmente el negocio con un regalo de sesenta talaris al mutzelim, y de cincuenta piastras á los aprensos, con lo que conseguimos que se nos pasiera en libertad. Esta prision nos produjo la ventaja de conocer á Selim y á muchas otras personas de Hama, con las que pasamos veinte dias muy agradablemente.

La poblacion es hermosa; el Orontes que la atraviesa la comunica alegría y animacion; sus aguas abundantes mantienen la fecundidad y el verdor de muchisimos jardines: sus habitantes son vivos é ingeniosos: aman la poesia, la cultivan con provecho, y tienen el sobrenombre de pájaros parleros que los caracteriza muy bien. Mr. de Lascaris pidió á Selim una carta de recomendacion para un

hombre de Homs, que fuese de mediana condicion y pudiese servirnos de guia: él escribió y nos entregó el siguiente billete.

»A nuestro hermano Yakub, salud: los que os entregarán esta carta son mercaderes, y se dirigen á vuestra casa para vender sus géneros en las inmediaciones de Homs: asistidles en cuanto podais: no perdereis vuestro trabajo, pues son gentes honradas. Salud.»

Muy contento con esta carta Mr. Lascaris quiso aprovechar una caravana que salia para Homs, por lo que partimos el 25 de marzo. Despues de seis horas de camino llegamos á Rasten, que solo es en el día un resto de una gran ciudad antigua, donde no se halla nada que llame la atencion; y habiendo pasado adelante, al cabo de otras seis horas llegamos á Homs.

Yakub á quien entregamos la carta nos recibió muy bien, y nos dió de cenar: su oficio era el de hacer capas negras llamadas maklas. Despues de cenar vinieron algunos hombres de su clase á pasar la velada con él, y á fumar y tomar el café. Uno de ellos que era cerragero y se llamaba Nofal nos pareció muy despejado; nos habló de los beduinos, de su modo de vivir y hacer la guerra, y nos dijo que pasaba seis meses del año en sus tribus, ocupado en componer sus armas teniendo muchos amigos entre ellos. Cuando quedamos solos me dijo Mr. de Lascaris que habia visto aquella noche sus parientes; y como yo manifestase mi extrañeza de que hubiese Ventimilles en Homs, me contestó que el encuentro de Nofal era mas precioso para él que el de toda su familia. Era ya tarde cuando nos retiramos; el dueño de la casa nos dió

un colchon y una manta para los dos: Mr. Lascaris no habia dormido jamas con nadie, pero naturalmente bondadoso se obstinó en que dividiésemos la cama; por no contradecirle me acosté junto á él, mas en cuanto se apagó la luz, me envolví en mi maklas, y me deslizé al suelo donde pasé la noche. A la mañana cuando nos despertamos nos hallamos los dos sobre el suelo, pues él habia hecho lo mismo que yo. Entonces se me acercó, y despues de abrazarme me dijo. «Es una buena señal que hayamos tenido la misma idea, hijo mio; y tengo una satisfaccion en daros este título, que creo os gusta tanto como á mí.» Yo le dí gracias por el interés que me manifestaba, y salimos juntos para suplicar á Nofal que nos acompañase por la ciudad, y nos enseñase las curiosidades de ella, prometiendo indemnizarle de la perdida de su jornal.

Homs es poblacion de unas ocho mil almas; mas el carácter de los habitantes es enteramente opuesto al de los de Hama. La ciudadela, que está colocada en el centro de la ciudad, se estaba desplomando, y las murallas, bastante bien conservadas se hallaban bañadas por un brazo del Orontes. El aire es sumamente saludable. Por cuarenta piastras compramos dos pellizas de piel de carnero impermeables, semejantes á las que usan los beduinos; y á fin de vivir con mas libertad alquilamos un cuarto en el kan, y pedimos á Nofal que se quedase con nosotros comprometiendonos á pagarle lo que hubiera ganado en su tienda ó taller, que eran unas tres piastras al dia. Este hombre nos era de la mayor utilidad: Mr. Lascaris le preguntaba con maña, y sacaba de él todas las noticias que desea-



ba, pues se hacia explicar las costumbres, los usos y el carácter de los beduinos, como asimismo de que modo recibian á los extranjeros, y su comportamiento con ellos. Treinta dias permanecemos en Homs para esperar la época de la vuelta de los beduinos, que ordinariamente dejan las inmediaciones de esta ciudad en el mes de octubre, para dirigirse al mediodía, segun el tiempo, las guas y los pastos, y hacen sus viajes caminando un solo dia, y descansando cinco ó seis. Los unos van así hasta Bassara y Bagdad, y los otros hasta Chatt-el-Arab, donde se reunen el Tigris y el Eufrates: en el mes de febrero comienzan á volver á la Siria, y á fines de abril ocupan los desiertos de Damasco y Alepo. Nofal que nos dió todas estas noticias, nos dijo que los beduinos usaban pellizas semejantes á las nuestras, maklas negros, y sobre todo cafiés: con este motivo Mr. de Lascaris me hizo comprar veinte pellizas, diez maklas, y cincuenta cafiés; de todo lo cual hice un fardo que importó mil doscientas piastras. Nofal nos propuso acompañarnos á ver la ciudadela; el temor de una aventura tan desagradable como la primera nos hizo vacilar por el pronto; mas habiéndonos asegurado que no nos sucederia nada y que él respondia de nosotros, nos decidimos, y fuimos con él á ver aquellas ruinas situadas en la cumbre de una colina en el centro de la ciudad: esta fortaleza está mejor conservada que la de Hama. Vimos una gruta profunda y oculta, de la que salia una fuente abundante por una abertura de cuatro pies, y se precipitaba al través de unas barras de hierro: el agua era excelente, y nos contaron una antigua tradicion, relativa á que en una ocasion se tapó el agujero que da-

ba paso á las aguas y que seis meses despues llegó una diputacion de la Persia, y dió una fuerte suma al gobierno á fin de que destapase la abertura, con la condicion de que nunca se dejase obstruir. La entrada de la gruta estaba entonces prohibida, y era sumamente difícil penetrar en ella.

Cuando llegamos á casa de Mr. de Lascaris me preguntó si yo anotaba lo que habiamos visto, y lo que nos había sucedido desde nuestra salida de Alepo; y habiendole dicho que no me encargó que lo hiciese, me instó á que recordase lo pasado, y formase un diario exacto en árabe para que él pudiese traducirlo al francés: con este motivo tomaba mis notas, las copiaba puntualmente todos los días, y me las devolvía al siguiente: ahora las reuno con la esperanza de que puedan ser útiles en algun tiempo, y de que me propocionen una ligera compensacion de mis penas y fatigas.

Decidido Mr. Lascaris á ir al pueblo de Sadding, instó á Nofal á que nos acompañase; y habiendonos reunido á varias otras personas, salimos de Homs llevando todas las mercancías. Despues de cinco horas de camino atravesamos un ancho rio que corre de Norte á Mediodía hácia el castillo de Hasni, mandado por un agá, y que sirve para hacer alto á la caravana de Damasco á la Mecka. El agua de este rio es muy buena, y llenamos de ella nuestros pellejos, cuya precaucion es sumamente necesaria, porque no debiamos encontrar agua en las siete horas que quedaban hasta Sadding, adonde llegamos á la caída de la tarde. Nofal nos condujo á casa del scheik Hassaf-Abu Ibrahim, anciano venerable, padre de nueve hijos, casados todos, y que habitaban bajo su mis-

mo techo: el anciano nos recibió muy bien, y nos presentó toda su familia, que constaba de sesenta y cuatro personas. El scheik nos preguntó si queríamos establecernos en el pueblo, ó salir de él para otros países; y le dijimos que éramos comerciantes; que interrumpidas por la guerra las comunicaciones con Chipre habíamos pensado establecernos en Alepo; pero que habíamos hallado en esta ciudad comerciantes mas ricos que nosotros, y nos habíamos decidido á llevar nuestros géneros á países menos frecuentados para sacar de ellos mejor partido. Le dijimos despues cuales eran nuestros géneros, y nos contestó.

—«Esos artículos solo sirven á los árabes del Desierto, y siento deciroslo; pero no solo os será imposible llegar hasta ellos, sino que aun cuando pudieseis llegar, correriais el mayor riesgo de perderlo todo, y tal vez la vida: los beduinos son osados y codiciosos: querrán apoderarse de vuestras mercancías, y si haceis resistencia os asesinarán. Ademas, vosotros sois gente de honor y delicadeza, y os será imposible sufrir su grosería. Yo os hablo así por vuestro interés, porque como vosotros, soy cristiano. Creedme, abrid aquí vuestros fardos: vended todo lo que podíais, y restituios á Alepo si quereis conservar vuestros capitales y vuestra vida.»

Apenas habia acabado de hablar, cuando los principales habitantes del pueblo, que se habian reunido en su casa para vernos, comenzaron á referirnos los mas horrorosos sucesos. El uno nos dijo que un mercader, que venia de Alepo, y que se dirigia al Desierto, habia sido robado por los beduinos, y le habian visto volver desnu-



do. Otro dijo que un comerciante de Damasco habia sido muerto? todos convenian en la imposibilidad de penetrar entre las hordas de beduinos, y procuraban por todos los medios posibles disuadirnos de una empresa tan peligrosa. Mr. de Lascaris comenzaba á vacilar, y volviéndose á mi me dijo en italiano para no ser entendido: «Cosa dite di questa novita che mi ha molto scoragito» (1).

«Yo no creo, le respondi, todas esas historias, y aun cuando fuesen ciertas, deberiamos insistir en nuestro proyecto. Desde que me habeis anunciado vuestro designio de internaros en las tribus de beduinos, he renunciado á la esperanza de volver á mi patria, y los treinta dias que me concedisteis en Alepo para divertirme los miré como mi despedida del mundo. Así, pues, considero nuestro viaje, como una peligrosa campaña, y el que parte para la guerra, si es hombre determinado, no debe pensar en la vuelta. No hay que desanimarse pues; aunque Assaf sea un *scheik*, aunque tenga esperiencia, y aunque conozca el cultivo de las tierras y los intereses de sus pueblos, no puede tener idea alguna de la importancia de nuestros negocios; y yo seria de la opinion de no hablarle mas de nuestro viaje al Desierto, y de poner toda nuestra confianza en Dios, que es el gran protector del Universo.»

Estas palabras produjeron tal efecto en Mr. de Lascaris, que me abrazó tiernamente y me contestó:

—«Querido hijo, yo pongo toda mi confianza en Dios, y despues en ti: Veo que eres hombre da

(1) ¿Que decís de esto que me desespera tanto?

resolucion: estoy contentísimo de la entereza de tu caracter, y espero conseguir mi objeto con la ayuda de tu valor y de tu constancia.»

Después de esta conversacion nos fuimos á acostar recíprocamente satisfechos.

Empleamos el dia siguiente en recorrer el pueblo, que tiene unas doscientas casas y cinco iglesias. Los habitantes son cristianos sirios, fabrican maklas y otras piezas semejantes, y se ocupan poco de la agricultura, que se resiente allí mucho de la escasez del agua: pues en todo el pueblo no hay mas que una sola fuente, y la distribucion está regulada por un reloj de arena: así es que apenas basta para el riego de las huertas, en un país en que llueve tan rara vez, y en el que aquellas nada pueden producir sin el riego. A veces pasa un año entero sin caer una gota de agua. Las cosechas del término solo producen para el consumo de seis meses, y el resto del año necesitan abastecerse en Homs.

En medio del pueblo existe una torre muy antigua y de grande elevacion, que data desde el establecimiento de la colonia, cuya historia nos refirió el scheik.

Sus fundadores eran originarios de Trípoli de Siria, y su iglesia subsiste todavía. En el tiempo en que el imperio de Oriente florecía, los griegos, llenos de orgullo, tiranizaban á los pueblos conquistados, y el gobernador de Trípoli abrumaba á sus habitantes con exigencias y crueldades. Estos, que eran poco numerosos para resistir, y que no podian soportar el yugo, se concertaron entre sí, se juntaron unas trescientas familias, y reuniendo en secreto todo lo que poseian de mas

precioso, salieron con cautela en el silencio de la noche: fueron á Homs, y se dirigian al desierto de Bagdad, a tiempo que fueron alcanzados por las tropas griegas que el gobernador de Trípoli habia enviado en su persecucion. Decididos á todo, sostuvieron una accion obstinada y sangrienta; mas como fuesen demasiado inferiores en número, y no quisiesen de ningun modo volver á someterse al yugo de los griegos, entraron en negociacion, y consiguieron el permiso de edificar una ciudad sobre el lugar mismo en donde se habia trabado la accion, ofreciendo quedar tributarios del gobernador de Trípoli. Construyeron, pues, la ciudad á la entrada del Desierto, y le dieron el nombre de Saddad, que quiere decir obstáculo. Tal es lo que dice la crónica siria.

Los habitantes de Saddad son valientes y de apacible carácter. Desembalamos nuestros géneros, pasamos algunos dias en el pueblo para probar que éramos verdaderos comerciantes, y las mujeres nos compraron mucha tela de algodón encarnado para camisas. La venta nos ocupó poco tiempo; pero tuvimos que esperar á que llegasen los beduinos á las inmediaciones.

Un dia supimos que á cuatro horas del pueblo existian unas ruinas muy antiguas, entre las que se hallaba un baño natural de vapor, y como esta noticia escitase la curiosidad de Mr. de Lascaris, quiso verlo, y suplicó al scheik que nos diese una escolta. Con efecto, anduvimos cuatro horas en la direccion del Sud-este, y llegamos á un edificio sumamente arruinado, en el que no habia mas que un cuarto habitable: la arquitectura era sencilla; mas las piedras tenian un tamaño prodigioso. Al



entrar en el vimos una abertura de dos pies cuadrados, de la que salia un espeso vapor: arrojamos allí un pañuelo, y al cabo de minuto y medio, observado con el reloj en la mano, volvió á salir y á caer á nuestros pies: hicimos la misma esperiencia con una camisa que tardó diez minutos en salir, y nuestros guias nos aseguraron que lo mismo despediría un maklas que pesa diez libras.

Nos colocamos desnudos á la inmediacion de la abertura, y al cabo de muy poco tiempo nos vimos cubiertos de un sudor copioso que corria por nuestros cuerpos; mas el olor del vapor eran tan insufrible, que no pudimos permanecer sino muy corto rato. Al cabo de media hora nos volvimos á vestir, sentimos un indecible bienestar, y nos aseguraron que este vapor era muy saludable, y curaba muchas enfermedades. Cuando volvimos al pueblo, cenamos con mucho apetito, y puedo asegurar que nunca he dormido mejor.

Nada nos quedaba que ver en Sadding ni en sus inmediaciones: por tanto nos determinamos á dirigirnos al pueblo de Corieten. Cuando se lo manifestamos á Nofal, nos aconsejó que cambiasemos de nombre, porque los nuestros podian ser sospechosos á los beduinos y á los turcos. Desde entonces Mr. Lascaris tomó el de Scheik, Ibrahim-el-Cabresí, que quiere decir cipriota; y me dió el de Abdalla-el-Kratib, que significa escribiente.

Scheik-Hassaf nos dió una carta de recomendacion para un cura sirio, llamado Mussi, y habiéndonos despedido de él y de nuestros amigos de Sadding, salimos muy temprano. Al cabo de cuatro horas de camino llegamos á un punto inter-

medio entre dos pueblos llamados Mahin y Stauri, distantes unos diez minutos entre sí que no tienen mas que una veintena de casas, la mayor parte arruinadas por los beduinos: en el centro de estos pueblos hay una alta torre de construcción antigua. Los habitantes, que son todos musulmanes, hablan la lengua de los beduinos, y visten como ellos. Nos desayunamos allí, llenamos de agua nuestros pellejos, y seguimos nuestro camino seis horas mas, al cabo de las cuales llegamos á Coric-ten, y nos dirigimos á la casa del cura Mussi, que nos ofreció la hospitalidad, y al otro dia nos acompañó á casa del scheik Selim-el-Dahase, hombre de distincion, que nos hizo muy buena acogida. Tan pronto como supo el motivo de nuestro viaje nos hizo las mismas observaciones que el scheik de Sadding; mas nosotros le contestamos que conocíamos toda la dificultad de la empresa, que por ello habíamos renunciado á internarnos mas en el Desierto, y que nos contentábamos con ir á Palmira á vender nuestros géneros.

«Aun eso es muy difícil, nos dijo, porque los beduinos pueden encontraros y robaros.»

Añadió á esto cosas horrorosas de las tribus, cuyas relaciones, confirmadas por el cura, estuvieron á pique de desanimarnos otra vez; mas nos sirvieron el almuerzo, lo cual dió otro giro á la conversacion, y tuvimos tiempo para tranquilizarnos.

El Scheik Selim, de acuerdo con el de Palmira, estaba encargado de subvenir á las necesidades de las grandes caravanas de la Mecca; y sus atribuciones le daban mucha influencia entre los árabes: su contingente consistía en doscientos ca-

mellos y en provisiones de víveres. Cuando volvimos á casa, me dirigió la palabra Mr. de Lascaaris, á quien en adelante llamaremos Scheik-Iraim, y me dijo:

--¿Qué pensais, hijo mio, de lo que acaba de decirnos el Scheik Selim?

—Que no se debe hacer mucho caso, le contesté, de lo que refieren los habitantes de estos pueblos; pues como están siempre en guerra con los beduinos, no debe existir entre ellos la mejor armonía: nuestra posicion es muy distinta, porque nosotros somos comerciantes: vamos á venderles nuestros géneros, y no á hacerles la guerra; portándonos bien con ellos, no veo que debamos temer ningun riesgo.

Estas palabras le tranquilizaron bastante.

Algunos dias despues de nuestra llegada abrimos en la plaza, nuestros fardos, en medio del pueblo, y delante de la puerta del Scheik, para hacer el papel de comerciantes, y vendimos á las mujeres algunos artículos, que fueron pagados en dinero contante. Los desocupados se reunian al rededor de nosotros, para hablar; y uno de ellos, muy jóven, llamado Hessesun-el-Kratib, me ayudaba á recibir el dinero y ajustar las cuentas con las mujeres y los muchachos, y manifestaba el mayor celo por mis intereses. Un dia que me vió solo, me preguntó si era capaz de guardar un secreto, y añadió: —«Cuidado con ello, porque es secreto de tal especie que no se puede confiar á nadie, ni aun á vuestro compañero.» Le di palabra de guardar sigilo; y me dijo que á una hora del pueblo habia una gruta, y que en ella existia una olla llena de sequines; y enseñándome uno,



me aseguro que no podía servirse de esta moneda; porque no corria mas que en Palmira; pero continuó: «Vos que vais de pueblo en pueblo, podéis cambiarla fácilmente, y teneis mil medios de que yo carezco para aprovecharos de este tesoro. Yo no quiero cederoslo todo sin embargo, pero dejo á vuestra generosidad señalar la parte que debais darme. Vendreis conmigo a reconocer el sitio, trasportaremos el oro en secreto poco á poco, y me dareis una parte en moneda corriente.» Como yo habia visto y tenido en la mano el sequin, di crédito á esta relacion, y le cité para fuera del pueblo al otro dia por la mañana muy temprano.

Me levanté á la madrugada, segun habiamos convenido, y salí de mi alojamiento, como si fuera á pasear. A pocos pasos del pueblo encontré á Hessesun, que me esperaba: iba armado con un fusil, un sable y un par de pistolas; yo no tenia mas que mi larga pipa. Habiamos andado ya cerca de una hora; lleno de impaciencia procuraba yo alcanzar con la vista la gruta. La distinguí por fin; entramos en ella; yo buscaba por todas partes la olla; y no viéndola me volví á Hessesun y le pregunté donde estaba; mas él palidiciendo me dijo:

«Pues que ya estamos aquí, sabe que ha llegado tu última hora. Ya estarías muerto, si no hubiese temido manchar de sangre tus vestidos: antes de matarte quiero que te desnudes; con que hazlo pronto, y dame tu bolsillo. Sé que lo llevas contigo, y debe encerrar mas de mil y doscientas piastras que he contado yo mismo, pues es el precio de los géneros que has vendido. Ya no volveras á ver mas la luz del dia.»

--Concédeme la vida, le respondí: yo te ofrezco una suma mucho mayor que la que hay en el bolsillo, y te juro que no hablaré a nadie de lo que ha sucedido.

--«No puede ser, me replicó: esta gruta debe de ser tu sepulcro, porque yo no puedo dejarte con vida sin esponer la mia.»

Entonces le hice mil juramentos de callar; le propuse firmar una letra de la cantidad que él mismo señalára, mas nada pudo disuadirle de su bárbaro intento. Cansado en fin de mi resistencia, arrojó sus armas contra la pared de la gruta, y se lanzó como un león sobre mí para quitarme la ropa antes de matarme. Yo le supliqué aun, diciéndole: ¿Te he hecho yo algun mal? existe algun rencor entre nosotros? ¿ignoras que llegará el día del juicio, y que Dios te pedirá cuenta de la sangre del inocente? Mas nada escuchaba su corazón endurecido. Entonces pensé en mi hermano, en mi padre y amigos; todo lo que amaba se me presentó a la memoria, y perdiendo toda esperanza, solo imploraba la protección del Criador. ¡Dios mio! exclamé interiormente. Vos que sois el protector de la inocencia, dadme fuerzas! para hacer siquiera una vigorosa resistencia!

Mi asesino impaciente me arrancó los vestidos, y aunque era mucho mas corpulento que yo, Dios me dió fuerzas para luchar con él durante media hora: la sangre corria por mi rostro; mi ropa estaba hecha pedazos, y el malvado viéndome en estado semejante, tomó el partido de ahogarme, y levantó las manos para cogerme el cuello; ma; yo me aproveché del instante de libertad que me dió este movimiento para descargarle en el estó-

mago un fuerte puñetazo, que le hizo caer de espaldas; y cogiendo sus armas, salté fuera de la gruta, y eché á correr con todas mis fuerzas. Apenas creía yo en la felicidad de haberme salvado, cuando oí detras de mí a mi asesino, que me llamaba, y me pedía que me detuyese con el tono de la reconciliacion. Como yo tenía sus armas en mi poder, no temí pararme: y volviéndome á él, le dije: «Infame! ¿que es lo que pretendes? Has querido asesinarme en secreto, y ahora eres tú el que va á morir en público.» Me afirmé con juramento que no habia sido mas que una broma que habia querido gastar, para probar mi valor y ver como me defendía: pero que habia conocido que era un niño, pues lo habia tomado de veras: yo le respondí apuntándole y diciéndole que si se acercaba le haría fuego; y viéndome resuelto á efectuarlo, huyó por el desierto, y yo tomé el camino del pueblo.

Scheik-Ibrahim ó Lascaris, y Nofal entraron en cuidado por mi tardanza, y el primero que sabia que yo no me apartaba nunca de él sin advertírselo, se dirigió á casa del Scheik, que tomó parte en su cuidado, y puso todo el pueblo en movimiento para buscarme. Cuando Nofal me distinguió dió un grito, diciendo «Allí está» Selim creyó que se engañaba. se acercaron todos y apenas podian reconocerme: pero Mr. de Lascaris corrió á mí, y me abrazó llorando. Yo quedé sin habla: me llevaron á casa del cura, me lavaron las heridas, me metieron en la cama, y al cabo de algun rato recobré las fuerzas necesarias para referir mi aventura. Selim envió caballos en persecucion del asesino, y entregó el cordon á su esclavo negro que



debía estrangularlo; mas todos volvieron sin haberle podido alcanzar; y nos dijeron poco despues que habia entrado al servicio del pachá de Damasco.

Cerráronse al cabo de algunos dias mis heridas, y no tardé en recobrar las fuerzas.

Scheik Selim, que me habia cobrado afecto, me trajo un dia un antejo de larga vista, que se le habia descompuesto, y me preguntó si tendria yo habilidad para componerlo: como solo era menester colocar un cristal, que se habia salido, lo compuse, se lo llevé, y se alegró tanto de mi destreza, que me dió el titulo de industrial.

Poco despues supimos que los beduinos se acercaban á Palmira, y que ya se habian visto algunos en las inmediaciones de Corieten.

Cierto dia llegó uno llamado Selame-el-Hassan: estábamos en casa de Selim cuando entró; se trajo café, y mientras que lo estábamos tomando llegaron algunos habitantes á buscar al Scheik, y le dijeron que hacia ocho años que Hassan, en un punto que designaron, habia muerto á un pariente de ellos, y que reclamaban justicia. Hassan lo negaba, y el Scheik preguntó si tenian testigos: le contestaron que no; pero que le habian visto pasar solo por el camino; que poco despues habian encontrado muerto á su pariente; y que sabiendo que existia cierto odio entre los dos, no tenian duda alguna de que era él el matador. Hassan continuaba en su negativa; y el Scheik que miraba con alguna consideracion á los beduinos, y que ademas no tenia pruebas positivas contra él, tomó un tronco de leña, y le dijo:

--Por el que ha criado este leño, jurad que no habeis hecho la muerte de que se os acusa.

--Hassan tomó el tronco; le miró durante algunos minutos, bajó los ojos, y despues levantando la cabeza y mirando á sus acusadores dijo:

--No quiero cometer dos crímenes que pesarian sobre mí; uno el de haber muerto á ese hombre, y otro el de jurar en falso delante de Dios. Yo soy, pues, quien ha muerto á vuestro pariente: ¿qué quereis por el precio de su sangre (1)?

--El Scheik por miramiento á los beduinos no quiso obrar con todo el rigor de la ley; las gentes que estaban delante intercedieron en la negociacion, y se decidió que Hassan pagase trescientas piastras á los parientes del muerto.

Quando le pidieron el dinero, contestó que no lo llevaba consigo; pero que lo traería dentro de pocos dias, si le dejaban ir sin fianza; añadiendo que no tenia prenda alguna que dejar; pero que respondería por él, aquel, cuyo nombre no habia querido profanar, haciendo un juramento falso. Con efecto, lo dejaron partir, y al cabo de cuatro dias volvió trayendo quince carneros que valian mas de veinte piastras cada uno.

Semejante rasgo de buena fe y de generosidad nos asombró y encantó á un mismo tiempo; así es que quisimos hacer conocimiento con él; Scheik-Abraham le instó á que fuese alguna vez á su casa, le hizo algunos regalos, y de este modo nos hicimos muy íntimos amigos. Entonces supimos que era de la tribu El-Ammur, cuyo gefe se llamaba Sultan-el-Brrak,

(1) Entre las leyes árabes el homicidio se indemniza con dinero, y la suma se fija segun las circunstancias.

y que esta tribu, compuesta de quinientas tiendas era considerada como perteneciente al país, porque no deja las orillas del Eufrates, aun cuando vaguen errantes sus grandes pueblos que venden carneros, camellos y manteca en Damasco, Homs y Hama, y que los habitantes de estas tres ciudades solían tener interés en adquirir sus ganados.

En una ocasion digimos á Hassan que pensábamos ir á Palmira á vender los géneros que nos quedaban, pero que nos habian amedrentado sobre los peligros del camino: él se brindó á acompañarnos; firmó delante del Scheik un papel respondiendo de que no nos sucederia nada por el camino, y persuadidos de que era hombre de honor, no tuvimos inconveniente en aceptar su proposicion.

Era la primavera; el desierto poco antes tan árido se habia cubierto de una alfombra de verdura y de flores; y este espectáculo tan encantador nos movió á apresurar nuestra partida. La víspera depositamos en casa del cura Mussi una parte de nuestros géneros á fin de no llamar la atencion, ni despertar codicia; y como manifestase Nofal deseo de regresar á Homs, Mr. de Lascaris le despidió con una generosa recompensa, y al dia siguiente teniendo ya buscados los mukres y camellos, nos despedimos de los habitantes de Corieten; nos abastecimos de agua y de provisiones para dos dias, y partimos muy temprano con cartas de recomendacion del Scheik-Selim para el de Palmira llamado Ragial-el-Oruk.

Despues de diez horas de marcha, siempre en direccion de Levante, nos detuvimos cerca de una torre cuadrada muy alta y de una construccion



maciza llamada Casser-el-Urdaan en el territorio del Dawh. La torre de que hablamos habia sido edificada en tiempo del imperio griego, y servia de puesto avanzado contra los persas que venian á arrebatár los habitantes del pais. Esta fortaleza del desierto habia conservado su nombre hasta el dia. Despues de haber examinado la arquitectura, que era del tiempo en que se hallaba en su esplendor volvimos á un pequeño kan, donde pasamos la noche con muchísimo frio. Por la mañana al tiempo de partir, Mr. Lascaris, poco acostumbrado á los movimientos de los camellos, montó sin precaucion sobre el suyo, el cual se levantó súbitamente y lo echó al suelo. Corrimos á él, y nos pareció que tenia un pie dislocado; mas como no quiso detenerse, lo vendamos, lo colocamos sobre su montura, y empezamos á andar.

Haría unas dos horas que caminábamos, á tiempo que vimos una nube de polvo que se dirigia á nosotros; y no tardamos en distinguir seis ginetes armados. Apenas los vió Hassan se quitó su pelliza, tomó su lanza, y corrió á su encuentro gritándonos para que nos detuviésemos. Cuando llegó cerca de ellos, les dijo que éramos unos comerciantes, que íbamos á Palmira, y que él se habia comprometido ante el Scheik-Selim y todo su pueblo á conducirnos con seguridad: los beduinos, que eran de la tribu El-Hassnee, no quisieron escucharle, y corrieron hácia nosotros. Hassan se precipitó á cortarles el paso; quisieron rechazarlo, y se trabó una lucha. Nuestro defensor era conocido por su valor: pero sus adversarios eran tambien valientes. Sostuvo, pues, el choque cerca de media hora, mas al fin herido de una lanza-

da que le atravesó un muslo, se retiró y cayó del caballo. Los beduinos nos iban á despójar de todo; mas Hassan tendido en tierra y derramando copiosamente sangre de su herida, los apostrofó de este modo.

¿Qué vais á hacer, amigos míos? ¿Quereis violar los derechos de los árabes, y los usos de los beduinos? Los que vais á robar son mis hermanos; yo he respondido de cuanto pudiera sucederles; si los robais ¿será obrar con honor?

—¿Por qué os habeis comprometido á acompañar cristianos á Palmira? le respondieron. ¿No sabeis que Mehanna-el-Fadel, que era el Scheik de su tribu, es el gefe del pais? ¿Por que no le habeis pedido licencia?

—Lo sé, replicó Hassam; mas estos comerciantes tenian prisa; Mehanna estaba lejos de aquí; yo les he dado mi palabra, me han creído, y ellos conocen nuestras leyes y nuestros usos, que no sufren alteracion ninguna. ¿Será digno de vosotros robar á estos extranjeros, y dejarme herido de esta suerte?

A estas palabras suspendieron su furia los beduinos, y le dijeron.

--Todo lo que dices es cierto y justo; por eso no tomaremos á tus protegidos, sino lo que ellos quieran darnos.

Nos apresuramos á ofrecerles dos maklas, una pelliza y cien piastras: ellos se contentaron con esto, y nos dejaron en libertad de seguir nuestro camino.

Entre tanto Hassan padecia mucho de la herida, y como no podia volver á montar, le di mi camello y me coloqué sobre su yegua. Anduvimos

cuatro horas, y habiéndose puesto el sol, nos vimos precisados á hacer alto en un lugar llamado Waddi-el-Nahr, valle del río; mas no se encontraba una gota de agua; nuestros pellejos estaban vacíos; la aventura de la mañana nos habia atrasado cuatro horas, y era imposible pasar adelante aquella noche.

A pesar de nuestra angustiosa posición nos creíamos felices con haber escapado de manos de los beduinos, y con haber salvado nuestros vestidos que nos resguardaban de la frialdad del viento que soplabá. Entre este placer y nuestros padecimientos esperamos la aurora con impaciencia. Scheik-Ibrahim padecía mucho del pie y Hassan de su herida.

Por la mañana despues de haber colocado á nuestros enfermos lo mejor que pudimos, continuamos nuestro camino, siempre en dirección de levante; y á la una, á un cuarto de hora de Palmira, encontramos un arroyo subterráneo, cuyo origen es enteramente desconocido, lo mismo que el punto en donde se pierde: el agua se ve correr por entre grietas ó aberturas de la tierra de unos cinco pies, que forma remansos ó pequeños estanques, y es inútil decir el placer con que bebíamos de aquella agua que nos pareció la más esquisita.

A la entrada de una garganta, formada por la separación de dos montes, distinguimos por fin la célebre Palmira. El desfiladero por donde marchábamos era un camino que nos alejaba un cuarto de hora de la ciudad: siguiendo lo largo del monte por el mediodía, se veía una muralla muy antigua de tres horas de extensión, y sobre



la izquierda se descubria un viejo castillo llamado Co-Lat-Ebn-Maaen, construido por los turcos, antes del descubrimiento ó invencion dela pólvora.

Ebn-Maaen, gobernador de Damasco en tiempo de los califas, habia levantado aquel castillo para impedir que los persas entrasen en Siria.

Llegamos á una plaza muy grande llamada Waddi-el-Cabur ó valle de los sepulcros. Estos que son numerosos, parecen torres desde lejos. Al acercarnos vimos que habia practicados algunos nichos para enterrar los muertos, cada uno de los cuales estaba cerrado con una piedra, sobre la cual se halla grabado el retrato del que lo ocupaba. Las torres tenian tres ó cuatro estancias que se comunicaban entre sí por medio de una escalera de piedra, por lo general muy bien conservada. De allí pasamos á un vasto recinto habitado por los árabes, que encierra las ruinas del templo del Sol, en las que habitan doscientas familias.

Despues nos dirigimos á casa del Scheik-Ragiad-el-Oruk, anciano venerable, que nos recibió bien, y nos hizo cenar y dormir en su casa. Este Scheik, lo mismo que el de Corrietén suministraba doscientos camellos á la gran caravana de la Mecka.

A la mañana siguiente alquilamos una casa, y desembalamos nuestras mercancías: yo hice curar el pié de Mr. Lascaris, que estaba con efecto dislocado, y padeció de él algun tiempo. Y Hassan encontró amigos que se encargaron de cuidarle; se restableció pronto, se despidió de nosotros, y se fué muy contento del modo con que fué recompensado.

Obligados á permanecer en casa muchos dias, con motivo de la dislocacion del pie de Scheik-Ibrahim, vendimos algunos objetos para confirmar nuestra cualidad de comerciantes; en cuanto este se puso en estado de andar, fuimos á examinar el templo en todos sus detalles; mas como otros viajeros han descrito sus ruinas, solo hablaremos de lo que haya podido escapar á sus observaciones sobre el pais.

Uno de los dias que permanecimos allí vimos mucha gente ocupada en rodear de leña una hermosísima columna de granito. Nos dijeron que era para derribarla, y aprovechar el plomo con que estaban unidas las piedras. Scheik-Ibrahim lleno de indignacion me dijo:

--«¿Que dirian los fundadores de Palmira si viesen á estos bárbaros destruir de tal modo su obra? Ya que la casualidad me ha traído aqui, quiero evitar este acto de vandalismo»

Y averiguando cuánto podia valer el plomo, dió las cincuenta piastras que le pidieron, y adquirimos la propiedad de la columna, la cual es de un bello granito encarnado, manchada de azul y blanco, de sesenta y dos pies de altura y diez de circunferencia. Los palmirianos, que notaron nuestro gusto por los monumentos, nos indicaron un punto á hora y media de camino, donde se hallan muy hermosos fragmentos, y tres árabes se obligaron á acompañarnos por diez piastras.

El camino está sembrado de ruinas, que creo esten descritas por otros viajeros; mas nosotros observamos una gruta, en la cual habia una preciosa columna de mármol blanco, ya cortada y labrada, y otra á medio concluir. De modo que el

tiempo, que ha destruido tantas magnificencias, ha hecho falta para colocar la primera y acabar la segunda.

Después de recorrer muchas grutas y de examinar los contornos volvimos por otro camino, y nuestros guías nos enseñaron una hermosa fuente obstruida por grandes pedazos de piedra. Llamase Ain Urnus. Este nombre llamó la atención de Scheik-Ibrahim, que pareció meditar sobre él por el camino: al fin me llamó y me dijo.

— «Creo haber decubierto lo que quiere decir la palabra Urnus. Aureliano, emperador romano, vino á sitiar á Palmira para apoderarse de sus riquezas, y supongo que él habrá hecho escavar esa fuente para las necesidades del ejército en el sitio: tomaria su nombre y el tiempo lo habrá corrompido en el de Urnus.»

Segun mis escasos conocimientos en la historia, creo que no carece de fundamento esta conjetura de Scheik-Ibrahim.

Los habitantes de Palmira no se ocupan en el cultivo; su principal trabajo es la explotacion de una salina, cuyos productos envian á Damasco y á Homs; hacen tambien mucha sosa. La planta que la produce es muy abundante, la quemaa y envian la ceniza á dichas ciudades para fabricar el jabon: algunas véces la envian tambien á Trípoli de Siria, donde hay muchas fábricas de este género que lo despachan para el Archipiélago.

Nos hablaron de una gruta muy curiosa que se encuentra á tres horas de Palmira, cuya entrada estrecha y oscura es casi impracticable, y tuvimos deseo de examinarla: pero estaba tan reciente



mi aventura con Hessesun, que no podíamos arriesgarnos sin una buena escolta; por lo que suplicamos á Scheik-Ragial que nos hiciese acompañar por personas seguras. Este se admiró de nuestro designio; nos dijo que éramos muy curiosos, y nos preguntó qué era lo que nos importaba la gruta. Añadió á esto que en vez de ocuparnos de nuestro comercio, pasábamos el tiempo en estas futilidades, y que nunca habia visto comerciantes como nosotros. Le respondí que el hombre ganaba siempre en ver lo que la naturaleza habia criado de hermoso y extraordinario. Nos proporcionó seis hombres bien armados, y yo me proveí de un grande ovillo de bramante, de un clavo grande y de hachas de viento, y salimos por la mañana muy temprano.

Después de dos horas de camino llegamos al pie de un monte donde nos enseñaron un grande agujero que era la entrada de la gruta: clavé mi clavo en un parage muy oculto; até á él la estremidad del hilo, y tomando el ovillo en la mano seguí á Scheik-Ibrahim y los guias que llevaban las hachas. Tan pronto íbamos á derecha como á izquierda, y tan pronto subíamos como bajábamos; pues la gruta era tan estensa que se podría alojar en ella un ejército entero.

Encontramos mucho alun; la bóveda y las paredes estaban cubiertas de azufre y el piso lleno de nitro: observamos además una especie de tierra rojiza muy fina que tenia un gusto ácido, de la cual tomó un puñado Scheik-Ibrahim, y lo puso en un pañuelo. Esta gruta tenia muchas cavidades vaciadas con el escoplo, de las que antiguamente se habian sacado metales. Nuestros guias nos con-

taron que se habian perdido allí muchas personas las cuales habian perecido, y que uno estuvo dos dias buscando inútilmente la salida: que vió un lobo; que lo ahuyentó á pedradas; y que siguiéndole cuando huia, consiguió llegar á la abertura de la cueva. Concluido mi ovillo de hilo, no quisimos aventurarnos á ir mas lejos, y volvimos atrás, mas el atractivo de la curiosidad parecia habernos allanado el camino, pues nos costó mucho trabajo llegar á la salida. Cuando estuvimos fuera nos desayunamos y tomamos el camino de la ciudad: Scheik que nos esperaba, nos preguntó qué habíamos sacado de nuestra correría. «Hemos reconocido, le dije, que los antiguos eran mucho mas hábiles que nosotros, porque de sus trabajos se infiere que entraban y salian con mucha facilidad, y á nosotros nos ha costado mucha pena el salir.» Se echó á reir, y nos fuimos á descansar.

Scheik-Ibrahim fué por la tarde á examinar el pañuelo en donde habia puesto la tierra rojiza, le halló lleno de agujeros y como podrido: la tierra se habia caído en el bolsillo. Entonces la puso en una botella, y me dijo que sin duda los antiguos habian estraído oro de esta gruta, porque las esperiencias químicas demuestran que donde hay azufre se encuentra muchas veces este precioso metal. Ademas los grandes trabajos que allí se habian hecho no podian haber tenido el objeto de esplotar azufre y alun, sino de alguna casa mejor. Si los árabes hubieran llegado á sospechar que nosotros buscábamos oro, hubieran estado muy espuestas nuestras vidas.

Cada dia oíamos hablar mas de la llegada de los beduinos, y Scheik-Ibrahim se regocijaba de

ello como si hubiese esperado á sus compatriotas; así es que recibió la mayor alegría cuando le anunció la llegada de Mehanna-el-Fadel, gran príncipe beduino.

Desde luego quería ir á recibirle; mas yo le observé que sería mas prudente esperar una ocasion favorable para ver alguna persona de la familia de este emir. Yo habia averiguado que Mehanna enviaba ordinariamente un mensajero al Scheik de Palmira para anunciarle su venida: un día ví llegar once ginetes beduinos; supe que entre ellos se hallaba el emir Nassér; hijo primogénito de Mehanna, y corri á dar esta noticia á Scheik-Ibraim, que tuvo la mayor satisfaccion. Al instante nos trasladamos á casa del Scheik-Ragial para que nos presentase al emir Nasser, y el Scheik lo verificó en los siguientes términos:

--Estos estrangeros dijo, son unos comerciantes honrados que tienen mercancías que vender para el uso de los beduinos; pero los han intimidado de tal modo, que no se atreven á internarse en el desierto sino los tomáis bajo vuestra proteccion.

Nasser se volvió á nosotros y nos dijo:

--Prometeos toda especie de prosperidades: seais muy bien venidos; yo ofrezco que no os tocará otra cosa mas que la lluvia que cae del cielo.

Nosotros le dimos las gracias y añadimos:

--Pues que hemos tenido la satisfaccion de conoceros, y que os dignais dispensarnos vuestra proteccion, es preciso que nos concedais el honor de comer con nosotros.

Los árabes en general, y los beduinos particularmente, miran como un compromiso de inviolable fidelidad el haber comido con una persona,



y hasta el haber partido con él el pan: le convidamos, pues, con toda su comitiva, lo mismo que al Scheik: hicimos matar un carnero, y nuestra comida al uso de los beduinos les pareció muy buena. A los postres les dimos higos, pasas, almendras y nueces, que agradecieron mucho; y despues del café, hablando de varias cosas, les referimos nuestra aventura con los seis ginétes de su tribu, y quiso castigarlos y hacernos restituir nuestros efectos; mas nosotros nos opusimos, le suplicamos con instancia que no tomase providencia alguna, y le aseguramos que todo lo que les habiamos dado habia sido con muy buena voluntad.

Quisimos marchar con él al dia siguiente; pero nos insinuó que esperásemos la llegada de su padre, que se hallaba con su tribu á ocho jornadas de distancia; y prometió enviarnos una escolta y camellos para trasportar nuestros géneros. Para mayor seguridad pedimos que nos escribiese su padre, y se comprometió á hacerlo.

Dos dias despues llegó un beduino de la tribu El-Hassné, llamado Bani, y pocas horas mas tarde siete beduinos de la tribu El-Daffir, que estaba en guerra con la de Hassné: estos últimos supieron que se encontraba en Palmira uno de sus enemigos, y resolvieron esperarlo fuera de la ciudad para matarlo. Bani, noticioso de esto vino á nuestra casa, ató la yegua á la puerta, y nos pidió que le diésemos un pedazo de paño burdo. Nosotros teniamos muchos, pues servian para envolver los fardos: le di uno, lo mojó en el agua, y en seguida envolvió con él su yegua por debajo de la silla, lo que le ocasionó una fuerte diarrea

que le duró toda la tarde; y al otro día parecía no tener nada en el cuerpo. Entonces Bani la quitó el paño y nos lo devolvió, apretó las cinchas de su yegua, la montó y marchó.

A las cuatro de aquella tarde volvieron sin botín los beduinos de la tribu El-Dafir, y habiendoseles preguntado qué era lo que habían hecho de la yegua de Bani, contestaron: que no queriendo hacer un insulto á Rajjal, tributario de Mehanna, le habían atacado en la ciudad: que bien hubieran podido esperarlo en un desfilarlo: pero que como eran siete contra uno, determinaron esperarlo á campo raso. En cuanto lo vieron corrieron hacia él; mas cuando se encontró en medio de ellos, arrojó un grito y dijo á su yegua: «Ea Hamxá, hoy te toca á tí» y ha partido como un relámpago. Que la habían perseguido hasta su tribu sin poder alcanzarla; y que estaban asombrados de su celeridad parecida á la de un pájaro que hendía el aire con sus alas. Yo les conté la historia del paño mojado, y les admiró mucho, pues no tenían noticia de semejante superchería.

Al otro día llegaron tres hombres de parte de Mehanna-el-Fadel, que venían por nosotros con camellos, y nos entregaron una carta con el siguiente contenido.

«Mehanna-el-Fadel, hijo de Melkhgem, á Scheik-Ibrahim y á Abdalla-el-Kratib, salud. Que la misericordia de Dios sea con nosotros! A la llegada de nuestro hijo Nasser, hemos sabido que tenéis deseo de visitarnos: seáis muy bien venidos. vosotros esparciris sobre nosotros la bendicion. No temais nada: tenéis la proteccion de Dios, y la pa-

labra de Mehanna; no os tocará otra cosa mas que la lluvia del cielo. -- Mehanna-el-Fadel.»

La carta, que tenia un sello al lado de la firma, causó mucha satisfaccion á Scheik-Ibrahim: nuestros preparativos estuvieron hechos muy pronto y á la mañana siguiente muy temprano estábamos fuera de Palmira.

Cuando llegamos á un pueblo, en donde habia una fuente muy abundante, llenamos nuestros pellejos de agua para el resto del camino. Este pueblo se llama Arak, está á cuatro horas de Palmira, y en él encontramos muchos beduinos, que despues de haber interrogado á nuestros conductores, siguieron adelante. Al cabo de diez horas vimos la llanura cubierta de unas mil quinientas tiendas, y esta era la tribu de Mehanna. Entramos en la tienda del emir, el cual nos hizo servir café tres veces, lo que entre los beduinos es una gran prueba de consideracion. Despues de la tercera taza nos sirvieron la cena, que fué preciso comer á la turca por la primera vez de nuestra vida, y nos quemamos los dedos.

Mehanna lo advirtió y nos dijo:

—«¿No estais acostumbrado á comer como nosotros?»

—Es verdad, respondió Ibrahim: ¿mas porqué no os servís de cucharas? Siempre es fácil hallarlas aunque sean de madera.

—Nosotros somos beduinos, replicó el emir, y queremos conservar los usos de nuestros antecesores, que por otra parte los consideramos fundados. La mano y la boca son partes de nuestro cuerpo, y Dios nos las ha dado para que las unas se ayuden á las otras: ¿á qué fin servirse de un instru-



mento extraño de madera ó metal para llevar las cosas á la boca, cuando la mano se ha hecho naturalmente para esto?

—Nosotros debimos aprobar estas razones, y yo dije á Ibrahim, que Mehanna era el primer filósofo beduino que habíamos encontrado.

Al día siguiente hizo matar el emir un camello para obsequiarnos, y supe que esta era una gran prueba de consideracion, porque los beduinos calculaban la importancia del extranjero por el valor del animal que mataban para recibirle. Comienzan por un cordero, y concluyen por un camello. Era la primera vez que comíamos la carne de este animal, y nos pareció muy desabrida.

Mehanna era un hombre de ochenta años, pequeño, flaco y mal vestido. La alta influencia de que gozaba entre los beduinos, provenia de la nobleza y generosidad de su corazon, y de ser gefe de una familia sumamente numerosa y antigua. Estaba encargado por el pachá de Damasco de escoltar la gran caravana hasta la Mecca, y le daba por ello doce mil quinientas piastras, pagadas antes de salir de Damasco. Tenia tres hijos que eran Nasser, Faress y Hamet, todos casados, y que habitaban en la misma tienda de su padre. La tienda tenia setenta y dos pies de largo y otro tanto de ancho; era de una tela de crin negra, y estaba dividida en tres partes. En el fondo se hallaba la despensa y la cocina, y allí dormian los esclavos: en el centro donde estaban las mujeres era el punto á donde se retiraba toda la familia por la noche; y la parte de delante que se llamaba ralka estaba destinada á los hombres: allí se recibia á los extranjeros.

Al cabo de tres dias destinados esclusivamente á disfrutar de la hospitalidad, abrimos nuestros fardos y vendimos varios artículos, en la mayor parte de los cuales perdimos. Yo no comprendia este método de comercio, y habiéndoselo manifestado á Scheik-Ibraim, me contestó: «¿Habéis olvidado mis condiciones?» Yo me escusé; y seguí vendiendo á su gusto.

Un dia vimos llegar cincuenta ginetes bien montados, que pararon delante de las tiendas, se apearon y se sentaron en tierra. El emir Nasser, encargado de todos los negocios desde que su padre estaba sordo, fué á juntarse con ellos acompañado de su primo Scheik-Samuel, y tuvo una conferencia de dos horas, despues de la cual los forasteros montaron y se fueron. Scheik-Ibrahim tenia cierta inquietud sobre esta entrevista misteriosa, y no sabia de qué medio valerse para conocer el motivo de ella; mas como yo habia estado ya muchas veces en la habitacion de las mujeres, tomé una sarta de coral, entré en la habitacion de Naura, que era la esposa de Nasser, y se la regalé. ella la aceptó; me hizo sentar junto á sí, me dió dátiles y café, y despues de estas atenciones reciprocas, pasé al objeto de mi visita.

--Perdonad, la digo, mi importunidad, pero los extranjeros somos curiosos y propensos al temor. Las pocas mercancías que tenemos aquí son el resto de una riqueza considerable que nos ha arrebatado la desgracia: el emir Nasser estaba antes en conferencia con unos extranjeros, y causándonos esto alguna inquietud, deseáramos saber el motivo.

--«Yo satisfaré vuestra curiosidad, respondió; dero con condicion de que guardareis secreto, y no

aparentareis saber nada. Mi marido tiene muchos enemigos entre los beduinos, porque humilla algún tanto su orgullo nacional, alabando el poder de los turcos y la alianza de Nasser con los osmales: los beduinos que los aborrecen están altamente disgustados. Semejante conducta es contraria á la opinión de su padre y á la de los principales de la tribu, los cuales murmuran de ella. El objeto de esta reunión fué el de concertar un plan de ataque, contra la tribu El-Duffir para robarla los ganados y hacerla todo el daño posible. El Dios de las batallas dará la victoria á quien sea su voluntad; pero en cuanto á vosotros no tenéis nada que temer.»

Oído esto dí las gracias á Naura, y me marché satisfecho de haber obtenido su confianza.

Cuando supo esto Scheik-Ibrahim, me dijo que lo sentía mucho, porque quería hacer relaciones con una tribu enemiga de los turcos, y se hallaba junto á un jefe que era su aliado. Yo no me atreví á pedir esplicaciones sobre estas palabras; pero me dieron mucho que pensar.

Al anoecer se reunieron trescientos hombres á caballo fuera de las tiendas, y al otro día al amanecer partieron llevando á su cabeza á Nasser, Hamed y Zamel.

Al cabo de tres días llegó un mensajero avisando su regreso. A semejante noticia salieron á recibirlos muchos hombres y mujeres: á su llegada lanzaron unos y otros muchos gritos de alegría, é hicieron su entrada triunfal en el campo, precedidos de ciento ochenta camellos tomados al enemigo. Luego que se apearon les suplicamos que nos refiriesen su expedición; y Nasser, tomando la palabra, nos dijo:

:



« Al otro día de nuestra salida, á cosa de medio día, llegamos al punto en que los pastores aparentaban los ganados de Daffir; nos arrojamos sobre ellos, y les quitamos ciento ochenta camellos; mas como los pastores que habian huido pusieron en alarma á su tribu, yo destaqué una parte de mi tropa para conducir el botin al campo por otro camino, y me quede á esperar los enemigos. Con efecto, Arnad-Ebn Motlac (1) vino á atacarnos con trescientos caballos; el combate ha durado dos horas; la noche nos ha separado, y entonces cada uno se ha retirado á su tribu; el enemigo ha tenido un hombre muerto, y nosotros dos heridos. »

Fingió la tribu de Nasser participar de la alegría de semejante victoria; pero en el fondo estaba descontenta de una guerra injusta, hecha á sus amigos naturales por complacer á los osmanlis. Nasser, despues de haber visitado á todos los gefes para referirles el suceso, vino á casa de Scheik-Ibrahim, y le dirigió la palabra en lengua turca; este le dijo que no hablaba mas que el griego, que era su lengua natural, y un poco el árabe, y Nasser se puso á celebrar el idioma y costumbres de los turcos, y dijo que tanto se podia ser grande, poderoso y respetado, quanto se estuviese en mayor ó menor armonía con ellos.

— Por lo que respecta á mí, dijo, soy mas osmanli que beduínó.

— No os fies de las promesas de los turcos, le respondió Scheik-Ibrahim, ni tampoco confiéis en su grandeza y en su magnificencia: si os favorecen

(1) Gefe de la tribu de Daffir.

es para ganaros á su partido, é indisponeros con vuestros compatriotas, á fin de servirse de vuestro valor para hacer la guerra á las demas tribus. La destruccion de los beduínos está en el interés del gobierno turco; y no pudiendo conseguirla por sí mismo, quiere armar á los unos contra los otros. Cuidado, pues, no os arrepintais algun dia. Yo os doy este consejo, como un amigo que toma por vos el mayor interés, porque he comido vuestro pan y recibido vuestra hospitalidad.

A poco tiempo recibió Nasser un mensajero de Soliman, pachá de Acre y de Damasco, invitándole para ir á recibir la investidura del mando general de todo el Desierto, con el título de príncipe de los beduínos: este mensaje le colmó de alegría, y marchó á Damasco acompañado de diez beduínos á caballo.

Ordenó Mehanna la partida de su tribu para el dia siguiente al amanecer, y bien pronto no se vió una tienda en pie, pues todas estaban plegadas y cargadas; comenzando la marcha á la hora señalada con el mayor orden.

Veinte ginetes escogidos formaban la vanguardia y servian de descubierta: detrás iban los camellos sin carga en union de los ganados; despues los hombres armados, montados sobre caballos ó camellos; y despues las mujeres: las de los gefes iban en handags, especie de palanquines, colocados sobre los camellos. Estos handags, que eran muy ricos, forrados perfectamente, cubiertos de grana, y con flecos de diversos colores, llevaban cómodamente dos mujeres, ó una con muchos niños. Las unas y los otros, de un rango inferior, marchaban sentados sobre el plegado lienzo de las tien-

das, arreglado en forma de asiento, y colocado sobre los camellos: los de carga que llevaban el equipage y provisiones iban detrás.

El emir Mehanna montado sobre un dromedario, á causa de su edad, cerraba la marcha, rodeado de sus esclavos, del resto de los guerreros y de sus criados que iban á pié. No se podia menos de admirar la celeridad y el órden con que se efectuó esta marcha de ocho á nueve mil personas. Scheik-Ibrahim y yo íbamos á caballo, ya delante, ya en el centro, ó á la inmediacion de Mehanna.

Caminamos así diez horas consecutivas; y repentinamente, á cosa de las tres de la tarde, se suspendió la marcha; los beduinos se dispersaron por una espaciosa llanura, saltaron á tierra, clavaron en ella sus lanzas, y ataron sus cabalios. Las mujeres corrian por todos lados y colocaban las tiendas á la inmediacion de los caballos de sus maridos. En un momento, y como por ensalmo, nos encontramos en una especie de ciudad tan grande como Hama. Las mujeres estaban exclusivamente encargadas de establecer y levantar las tiendas; y lo ejecutaban con una destreza y una rapidéz extraordinaria: todos los trabajos del campamento estaban por lo comun confiados á su cuidado; y los hombres conducian los ganados, mataban y desollaban las reses.

El traje de las mujeres era sumamente sencillo: solo llevaban una gran camisa azul, un malkas negro y una especie de faja de seda de igual color, que despues de cubrir la cabeza, daba dos vueltas sobre los pechos, y venia á caer á la espalda: no llevaban calzado por lo general, y solo



las mujeres de los scheiks gastaban borceguines amarillos. Su prurito y su lujo consistia en llevar muchos brazaletes, y estos eran de vidrio, de piezas de moneda, de coral ó de ambar.

La llanura, en que hicimos alto, se llamaba El-Makran, y no estaba distante de Hama: era un sitio muy agradable; los buenos pastos que ofrecia, lo hacian á propósito para establecer un campo los beduinos.

Al cuarto dia, y á las cuatro de la tarde llegaron los pastores asustados gritando.

—A las armas!; El enemigo se ha apoderado de nuestros ganados!

Era la tribu de El-Daffir que espiando la ocasion de vengarse de Nasser, habia enviado mil caballos para apoderarse de los ganados á la entrada de la noche, á fin de que no hubiese tiempo de perseguirlos. Los nuestros que esperaban el ataque, estaban preparados; pero era necesario saber dónde se hallaban los enemigos. Como ya era de noche se apearon cuatro hombres, y tomaron direcciones opuestas; se tendieron en el suelo, aplicaron el oido, y oyeron á mucha distancia los pasos de los raptos. La noche transcurrió sin haberlos podido alcanzar; mas por la mañana pudo conseguirlo la tropa de Hassné (1) y les fué presentada la batalla.

Despues de una accion que duró cuatro horas, se rescató la mitad del ganado, pero se perdieron quinientos camellos que quedaron en poder de la tribu El-Daffir. Nosotros tuvimos diez muertos y muchos heridos. La afliccion fué general, y los beduinos atribuían al capricho y vanidad de Nasser

(1) Nombre de la tribu de Mehanna.

la desgracia que habia sucedido.

Mehanna envió un correo para llamar á su hijo, que volvió de Damasco sin perdida de tiempo acompañado de un crokedar (1) para imponer á los beduinos.

A su llegada leyó una carta del pacha, concebida en estos términos.

«Hacemos saber á todos los emires y scheiks de las tribus del Desierto, así á las grandes como á las pequeñas acampadas sobre el territorio de Damasco, que hemos nombrado á nuestro hijo Nasser-Ebn Mehanna, emir de todos los anazes (2) invitándoles á que le presten obediencia. La tribu que tenga la desgracia de mostrarse rebelde, será destruida por nuestras victoriosas tropas para servir de ejemplo, y sus ganados serán degollados, y sus mujeres abandonadas á los soldados. Tal es nuestra voluntad.—Firmado.—Soliman, pachá de Acre y de Damasco.»

Engreido Nasser, con esta nueva dignidad, procuraba leer esta orden á todo el mundo, y hablar en lengua turca con el oficial del pachá, lo cual aumentaba todavía mas el descontento de los beduinos.

Un dia que estábamos con él llegó un jóven muy hermoso, llamado Zarrak, gefe de una tribu vecina; Nasser trató de su nombramiento como acostumbraba; alabó la grandeza y el poder del Visir de Damasco y del Sultan de Constantinopla, *del sable largo*. (3) Zarrak que le oía con

(1) Oficial superior del pachá.

(2) Beduinos del Desierto.

(3) Espresion conque designan los árabes una dominacion vasta.

impaciencia, cambió de color, se levantó, y dijo.

«Nasser agá: sabe que todos los beduinos te detestan. Si te deslumbra la magnificencia de los turcos, ve á Damasco y adorna tu frente con el caouk: (1) sé ministro del Visir; habita su palacio, y quizá entonces imprimirás el terror en los damasquinos; pero nosotros, beduinos, hacemos el mismo caso de tí, de tu Visir y de tu Sultan, como del fieno del camello. Yo voy á partir al territorio de Bagdad, en donde encontraré al Dra-hijhi (2) Ebn Chahllan, y me reuniré á él.»

Nasser se puso pálido de cólera, tradujo estas palabras en turco al Chokredar, que trató de aterrar á Zarrak con las mas violentas amenazas: mas este le miró con altivéz, y le dijo.

«Basta: aunque tengais á Nasser á vuestro lado, si quisiera podria impediros volver á comer pan.»

A pesar de tan ofensivas palabras, los tres conservaron su serenidad, y Zarrak, volviendo á montar á caballo, dijo á Nasser:

«Te saludo: desplega toda tu poder, que yo te espero.»

Este desafio causó mucha pena á Nasser; pero continuó en su alianza con los turcos.

Al siguiente dia supimos que Zarrak habia marchado con su tribu al pais de Gerirs, y no se hablaba por todas partes sino de la reunion de los beduinos contra Nasser. Mehanná, que supo lo que sucedia, llamó á su hijo, y le dijo.

«¡Nasser! ¿con que quieres romper los pilares que sostienen la tienda de Melkgem? Y cogiendo

(1) Turbante de ceremonia turco.

(2) Destructor de los turcos.



con la mano su venerable barba, ¿quieres, añadió, hacer despreciar esta barba en mis últimos días, y manchar la reputacion que yo habia adquirido? ¡Desgraciado! ¡Tú no has invocado el nombre de Dios! ¡Lo que yo habia previsto se ha realizado! Todas las tribus se van á reunir al Drahi y entonces, ¿qué será de nosotros? Nos veremos precisados á humillarnos delante de Ebn Sihud, (1) ese enemigo de nuestra raza que se titula rey de los beduinos, porque él solo podrá defendernos del terrible Drahy».

Procuré Nasser tranquilizar á su padre, asegurándole que los negocios no estaban en tan mal estado como temia; pero los beduinos comenzaron á dividirse, unos adoptando el partido del padre y otros el del hijo; aunque la mayor parte daba la razon á aquel que defendia sus verdaderos intereses.

Scheik Ibrahim no estaba contento: deseaba penetrar mas en el Desierto y adelantarse hácia Bagdad, en donde tenia relaciones con una tribu, que se hallaba entre Damasco y Homs; perdía todo el verano, y no podia alejarse sino con riesgo de su vida. Me encargó, pues, de adquirir noticias del Drahi, de averiguar su carácter, y de saber los puntos en donde pasaba el verano, y á donde se retiraba el invierno; como asimismo si re-

(1) Ebn Sihud manda un millon y medio de beduinos; reina en el pais de Derhie, de Medida, Samarcando, Higias y Zamos ó Zamen; estos pueblos se llaman los Wabahi.

Los beduinos de la Persia, mandados por el emir Sahid-el-Febrahi, son mas de un millon.

Los que ha añadido á las tribus de Bagdad, Bassora, Mesopotamia y Horan, asciende á una poblacion errante de cuatro millones de almas.

cibia extranjeros, y algunas otras circunstancias; manifestándome que era del mayor interés enterarse de todo.

Estos detalles eran difíciles de obtener sin despertar sospechas; pues era preciso dirigirse á alguno que no fuese de la tribu de El-Hassné. Yo conseguí hacer relaciones con un tal Abdalla el *Chahen* (1). Sabia que los poetas eran buscados por los grandes; le pregunté por todas las tribus que habia recorrido, y supe con gusto que habia estado mucho tiempo con el Draby. De este modo conseguí las noticias que deseaba.

Nasser me hizo escribir al Scheik de Saddad y al de Corrieten, para pedirles mil piastras y seis maklas: este era un derecho de fraternidad y un convenio entre los scheiks de los pueblos y los gefes mas poderosos de los beduinos, para ser protegidos en las devastaciones de otras tribus: era una contribucion anual, y los infelices pueblos se arruinaban para satisfacer la codicia de sus dos tiranos, á saber, los beduinos y los turcos.

Mehanna conservaba su fraternidad con todos los pueblos de los territorios de Damasco, Homs y Hama, lo cual le producía una renta de cincuenta mil piastras; el pachá de Damasco le pagaba doce mil quinientas, y las ciudades de Homs y de Hama le suministraban ademas una cantidad determinada de trigo, arroz, pasas y telas: las pequeñas tribus le daban manteca y queso. A pesar de esto, nunca tenia dinero; y muchas veces se hallaba empeñado, aun cuando no tenia gasto alguno, lo cual nos sorprendia; mas supimos que todo lo empleaba

(1) Poeta.

en regalos á los mas afamados guerreros, ya fuesen de su propia tribu ó de otra, lo que le habia grangeado un poderoso partido. Iba muy mal vestido, y cuando le regalaban una hermosa pelliza ó cualquiera otra cosa, la daba al que tenia cerca; los beduínos tienen un proverbio que dice que *la generosidad cubre todos los defectos*, y este proverbio se verificaba en Mehanna, cuya liberalidad hacia tolerar la conducta de Nasser.

Algunos dias despues de este acaecimiento fuimos á acampar á tres horas del Orontes en un sitio llamado el Zididi, donde hay muchísimas fuentes.

Mehanna fué á visitar al agá de Homs, y volvió cargado de regalos de los comerciantes, que querian tenerlo propicio, porque cuando estaba disgustado robaba las caravanas é interceptaba el comercio. A su regreso partió Nasser á una expedicion contra la tribu Abdelli, mandada por el emir Doghiane; y acampada cerca de Palmira, sobre dos iguales montecillos, llamados Elden (el seno); y volvió tres dias despues con ciento cincuenta camellos y doscientos carneros. En esta accion habia perdido tres hombres y la yegua de Zamel, muerta debajo de él; pero habia tomado tres yeguas, y habia causado á los enemigos la pérdida de diez hombres y de unos veinte heridos. A pesar de tan buen resultado, los beduínos estaban indignados contra la mala fe de Nasser, que no tenia ningun motivo de queja contra esta tribu.

Concertábanse por todas partes con el Drah y para destruir la tribu El-Hassne. El emir Duhí, gefe de la tribu Wud-Alí, pariente, amigo íntimo de Mehanna, y que lo mismo que él estaba encargado de escoltar la gran caravana, lo supo, y se



presentó un día escoltado por treinta caballos para advertir á Mehanna del riesgo que le amenazaba. Los principales de la tribu fueron á recibir á Duhi; este entró en la tienda, y Mehanna mandó que sirvieran el café; mas el emir le detuvo y le dijo: «Tu café está ya tomado; yo no vengo á beber ni á comer sino á advertirte que la conducta de tu hijo Nasser-Pachá (cuyo título le daban por burla) acarrea tu destruccion y la de todos los tuyos. Sabe que todos los beduinos han formado una liga para declararte guerra á muerte.» Mehanna cambió de color y dijo; «¿Estás contento, Nasser? Tu serás el último de la casta de Melkghem.»

Nasser, lejos de ceder, respondió que él haría frente á todos los beduinos, y que sería auxiliado por veinte mil osmanlis y por Mola-Ismael, gefe de la caballería curda, que lleva el Schakó. Duhi empleó la noche en disuadir á Nasser de su intento; mas no habiendolo conseguido, pártió al otro día por la mañana diciendo: «Mi conciencia me prohíbe unirme con vosotros. El parentesco que nos liga y el pan que hemos comido juntos, me impiden declararos la guerra: Adios, os dejo con pesar.»

Desde aquel momento lo pasábamos muy mal entre los beduinos. No podíamos separarnos de ellos porque cuantos se alejaban de las tiendas eran asesinados; los ataques de una parte y de otra eran continuos, y los cambios de campamento repentinos para estar con alguna seguridad: todo eran alarmas, represalias y disputas sin cesar entre Mehanna y su hijo; mas el anciano era tan bondadoso que Nasser concluía por persuadirle de que tenia razon.

Nos contaron mil rasgos de su sencillez, y en-

tre otras cosas nos dijeron que se hallaba en Damasco cuando Jussef-Pacha, gran visir de la Puerta tenía allí su cóрте despues de la retirada de los franceses: que Mehanna se presentó en su casa, como todos los grandes; y que poco enterado de la etiqueta turca, se le acercó sin ceremonia, con el solo saludo que usan los beduinos, y se sentó en el divan sin esperar á que se lo mandasen. Jussef, ignorante tambien de los usos de los beduinos y de la dignidad de un anciano tan mal vestido, que le trataba con tanta familiaridad, mandó que lo quitasen de su presencia y que le cortasen la cabeza. Los esclavos se lo llevaban ya, é iban á ejecutar esta órden, cuando el pachá de Damasco exclamó: «¡Deteneos! ¿que vais á hacer? Si tocais un pelo de su cabeza, á pesar de todo vuestro poder no podreis enviar una caravana á la Meeka.» El visir le mandó volver, lo hizo sentar á su lado, le dió café, y le hizo vestir con un rico turbante de cachemir, un hermoso gombaz (vestido), y una pelliza de honor regalándole mil piastras. Mehanna que estaba sordo y no comprendia absolutamente el turco, no sabia lo que le pasaba; y quitándose sus magníficos vestidos los dió á tres esclavos que le acompañaban. El visir por medio del dragoman le preguntó si no estaba contento del regalo que le habian hecho, y Mehanna respondió. «Decid al visir del sultan que nosotros los beduinos no tratamos de distinguirnos con hermosos vestidos; yo llevo mala ropa, pero todos los beduinos me conocen y saben que soy Mehanna-el-Fadel, hijo de Melkghem.»

El pachá no atreviéndose á enfadarse fingió reirse y quedar muy contento.

Pasó el verano, y la tribu llegó á las inmediaciones de Alepo. Mi corazón latía al verme tan cerca de mi país natal; pero según las obligaciones contraídas no podía escribir á los míos. Scheik-Ibraim deseaba ir á pasar el invierno á Damasco; mas ningún beduino se atrevía á acompañarnos. Con mucho trabajo conseguimos hacernos escoltar hasta Soghene á dos horas de Alepo. Un baño caliente natural ha dado motivo probablemente á este nombre; y á la bondad de estas aguas termales se atribuye también la hermosura de sus habitantes, tan hospitalarios que se disputaron el placer de recibirnos.

Desde allí fuimos á Palmira con muchísimo trabajo, pero nos creímos compensados de él con el placer de volver á ver á Scheik-Ragial: pasamos quince días con nuestros amigos, y volvimos á Corrieten, donde Schiek Selim y el cura Mussi nos acogieron con el mayor interés, no cansándose de oír nuestras relaciones sobre los beduinos.

Scheik-Ibrahim respondió á la amistosa curiosidad que mostraron sobre nuestras operaciones mercantiles, manifestando que su especulación le había salido muy bien, y que habíamos ganado más de lo que nos prometíamos; mientras que entre pérdidas y regalos, solo nos quedaban los géneros que habíamos depositado en poder de Mussi.

En Corrieten empleamos treinta días para disponer nuestra salida; el invierno se acercaba, y nadie se atrevía á proporcionarnos cabalgaduras, porque todos estaban convencidos de que nos iban á robar por el camino. Por fin Scheik-Ibraim compró un mal caballo, yo alquilé un asno y con un



tiempo detestable y un viento glacial, salimos acompañados de cuatro hombres á pié para el pueblo de Dair Antie.

A pocas horas de camino llegamos á un desfiladero entre dos montes llamado Besio-el-Gebelen donde se echaron sobre nosotros veinte beduinos á caballo: nuestros conductores en vez de presentarse como defensores escondieron los fusiles, y quedaron como simples espectadores de nuestro desastre, pues los beduinos nos lo quitaron todo y no nos dejaron mas que la camisa. Nosotros implorábamos la muerte, mas bien que quedar espuestos de aquel modo á la accion intensa del frio; y compadecidos por fin de nuestro estado nos dejaron un gombaz á cada uno.

Por lo que respecta á nuestras cabalgadura eran demasiado despreciables para escitar su codicia, pues como apenas podian andar, hubieran retardado su marcha inútilmente. Nosotros seguimos nuestro camino desolados: la noche llegó; el frio se aumentó, y nos hizo perder hasta el uso de la palabra: teníamos los ojos de color de sangre y el cutis azulado. Al cabo de algun tiempo caí yo en tierra sin sentido y casi helado. Scheik-Ibrahim hacia gestos de desesperacion á los guias sin poder articular palabra; y uno de ellos, que era servio cristiano, se compadeció de mí y de la pena de Scheik-Ibrahim, tendió en tierra el caballo medio muerto tambien de cansancio y de frio lo mató, le abrió el vientre, lo vació, y me metió sin conocimiento dentro de la piel, no dejándome fuera mas que la cabeza.

Al cabo de media hora recobré mis sentidos, y me creí resucitado. El calor me restituyó el uso

de la palabra, di las gracias mas espresivas á Scheik-Ibrahim y al buen árabe; tomé aliento y fuerzas para andar, y al cabo de corto rato oimos gritar á nuestros guías. « Ahí esta el pueblo » y entramos en la primera casa.

Su dueño era un herrador que se tomó el mas vivo interés por nuestra situación; se apresuró á cubrirnos con estiércol de camello; nos dio gota á gota un poco de vino, y despues de haber reanimado así nuestro calor y nuestra fuerza, nos sacó del estiércol, nos metió en la cama, y nos hizo tomar una buena sopa. Despues del descanso necesario tomamos prestadas doscientas piastras para pagar á nuestros guías y para dirigirnos á Damasco, á donde llegamos el 23 de diciembre del año 1810.

Mr. Chabassan, médico francés, único europeo que habia en Damasco, nos dió hospitalidad; pero como debíamos pasar allí el invierno, nos establecimos despues en el convento de los lazaristas, que estaba abandonado por entonces.

No describiré la célebre ciudad de Scham, que significa Sol, Puerta de la Gloria, Babel Cahbé como la llaman los turcos. Nuestra larga permanencia nos proporcionó medios de conocerla á fondo, mas ha sido bastante examinada y descrita por otros viajeros, para ofrecer nuevamente interes, y vuelvo á continuar mi relacion.

Estando un dia en el bazar por pasar el tiempo, como hacen los turcos, vimos correr hácia nosotros un beduino que nos abrazó diciendo:

¿No reconocéis á vuestro hermano Hetall, que ha comido el pan con vosotros en Nuarat-el-Nahman? Gozosos de este encuentro lo llevamos á



nuestra casa, y despues de haberle regalado, le preguntamos acerca de los negocios de la tribu de Hassané, y supimos que se hallaba en malísimo estado, y que cada día se fortalecia la liga contra ella. Hettal nos dijo era de la tribu de Wud-Alí, cuyo gefe Duhí habíamos conocido; y que esta tribu pasaba el invierno en los territorios de Sarka y de Balka, que se estendia desde el país de Ismael al mar Muerto, y volvía en la primavera al Horan. Nos propuso que la visitásemos, y nos dijo, que él respondía de nosotros, y de que venderíamos bien nuestros géneros: nosotros admitimos esta proposicion, y quedó convenido en que vendría á buscarnos en el mes de marzo.

Scheik-Ibrahim recibió por conducto de Mr. Chabassan una suma de mil talaris, y me hizo hacer nuevas compras: cuando estuvieron hechas se las enseñé, y le pregunté si nos quedaria algo para verificar la vuelta: él me respondió. «Hijo mío, el conocimiento del gefe de cada tribu me produce más que todos mis géneros: tranquilizaos, que vos tendréis tambien vuestro lucro en reputacion y en dinero: adquirireis fama en el siglo, pero antes es preciso que yo conozca todas las tribus con sus gefes. Cuento con vos para llegar hasta el Draby; y es indispensable que paseis por un beduino. Dejad crecer, pues, vuestra barba, vestios como ellos, imitad sus usos, y no me pidais explicacion alguna, pues debéis acordaros de las condiciones que hemos pactado.» «Que Dios nos dé la fuerza necesaria», fué mi única respuesta.

Veinte veces estuve á pique de abandonar una empresa, cuyos riesgos tocaba, y cuyo objeto me era desconocido; mas el deseo de ver el resultado,



y mi afecto á Mr. de Lascaris, me infundieron paciencia y constancia.

En la prefijada época llegó Hettall con tres camellos y dos guías, y partimos el 15 de marzo de 1814, un año y veintiocho dias despues de nuestra primera salida de Alepo. La tribu estaba en el punto de Misarib á tres jornadas de Damasco. Pasamos las noches al raso, nada nos sucedió en el camino, y al tercer día á la puesta del Sol nos hallábamos en medio de las tiendas de Wud-Ali, cuya perspectiva era hermosa. Cada tienda estaba rodeada de caballos, camellos, cabras y carneros, con la lanza de su dueño plantada á la entrada: la del emir Duhi se elevaba en el centro, y este nos recibió con todas las distinciones posibles, haciendonos cenar en su compañía. Duhi era hombre despejado, y tan temido como amado de los suyos. Tenia á sus órdenes cinco mil tiendas, y tres tribus que se habian unido á la suya, á saber: la de Benin-Sakhrer, la del Eerhaan y la del Sard-dié: sus guerreros estaban divididos en compañías ó destacamentos mandados cada uno por uno de sus parientes.

Los beduinos gustan mucho de que les cuenten historias despues de cenar, y he aquí una que el emir nos contó, la cual pinta perfectamente el cariño excesivo que tienen á sus caballos, y cuanto lisongean su amor propio sus buenas cualidades.

Un hombre de su tribu llamado Giabal, tenia una yegua muy famosa. Hassad-Pachá, entonces visir de Damasco, le hizo en distintas ocasiones todos los ofrecimientos imaginables para que se desprendiese de ella, sin poderlo conseguir; porque un beduíno ama á su caballo tanto como puede

:

amar á su mujer. El pachá empleó las amenazas; pero no obtuvo mejores resultados. Giaffar, que era otro beduíno, se dirigió al pachá y le preguntó cuánto le daría si le traía la yegua de Giabal; y Hassad, que miraba como una afrenta el no haber podido salir con su intento, le respondió que llenaría de oro su saco de cebada. Esto se divulgó prontamente, y habiendo llegado á noticia de Giabal, ataba por la noche el pié de su yegua á una anilla de hierro, cuya cadena llegaba al interior de la tienda sujeta á otro hierro clavado en tierra, bajo la ropa que servía de cama á él y á su mujer. A media noche entró Giaffar arrastrándose en la tienda de Giabal, se introdujo entre este y su mujer, y empujó con suavidad ya al uno, ya al otro. El marido se creía empujado por su mujer, la mujer por el marido, y ambos cedían ó hacían lugar. Entonces Giaffar con un cuchillo bien afilado hizo un agujero en la manta, sacó la estaca de hierro, desató la yegua, la montó, y tomando la lanza de Giabal la picó ligeramente con ella al tiempo que exclamaba gritando: «Yo, Giaffar, soy el que te ha tomado la yegua; te lo advierto con tiempo!»

Entonces partió. Giabal se despierta, sale de su tienda, llama á sus compañeros, toma la yegua de su hermano, y persigue cuatro horas á Giaffar.

La yegua del hermano de Giabal era de la misma casta que la suya, aunque no tan buena: se adelantó á todas las demas, y estaba cerca de alcanzar á Giaffar; mas Giabal le gritó: «Pellizcale la oreja derecha y arrímale el talon.» Giaffar obedeció; la yegua partió como un rayo, y el perseguirla era inútil, pues ganó muchísima distancia.

Los beduinos vituperaron á Giabal por haber

sido causa de la pérdida de su yegua (1), y él respondió: «Mas quiero perderla que manchar su reputacion. ¿Consentiría yo que se dijese en la tribu de Wuld-Ali (2) que otra yegua habia podido alcanzar la mia? Al menos me queda la satisfaccion de decir que ninguna la ha podido alcanzar!»

Giabal volvió á su casa con semejante consuelo, y Giaffar recibió el premio de su destreza.

Otro nos contó que en la tribu de Neggde habia una yegua de tanta reputacion como la de Giabal, y que un beduino de otra tribu llamado Daher se habia vuelto loco por el deseo de poseerla. Ofreció inútilmente por ella todos sus camellos y todas sus riquezas, y no habiendo podido lograr que se la vendiesen, imaginó teñirse el rostro con el jugo de unas yerbas, vestirse de harapos, envolverse el cuello y las piernas como un mendigo, é ir de este modo á esperar á Naker, que era el dueño de la yegua, aun camino por que debia pasar. Cuando estuvo cerca le dijo con voz apagada.

«Yo soy un pobre extranjero; hace tres dias que no puedo moverme de aquí para buscar el alimento, y voy á morir. Socorredme, que Dios os recompensará.»

El beduino le propuso que montara á caballo, ofreciendo que lo llevaría á su casa; pero el taimado le respondió que no podia levantarse porque no tenia fuerzas. Naker lleno de compasion bajó,

(1) Cada beduino acostumbra su caballo á una señal que le hace desplegar su celeridad: no se sirve de ella sino en caso muy apurado, y no la descubre ni aun á sus propios hijos.

(2) Esta tribu estaba reputada como poseedora de los mejores caballos.



acercó la yegua, y lo colocó encima de ella con sumo trabajo. Tan pronto como Daher estuvo colocado en la silla, arrimó á la yegua el acicate, y partió á escape diciendo: «Yo Daher, soy quien os la toma y os la lleva.»

El dueño de la yegua, imposibilitado de seguirla gritó á Daher que le oyese; y este, cuando estuvo un poco lejos, porque Naker estaba armado con su lanza, se detuvo. Entonces le dijo Naker:

«Tú has tomado mi yegua: buen provecho te haga; pero no digas á nadie el medio de que te has valido para obtenerla.»

—¿Por qué? preguntó Daher.

—«Porque podría suceder que otro estuviese efectivamente enfermo, y no fuese socorrido. Tú serias la causa de que nadie ejerciese un acto de caridad, por el temor de ser engañado como lo he sido yo!»

Estas palabras hicieron tanta impresion á Daher, que reflexionó un instante, y despues apeandose de la yegua la restituyó á su dueño, dándole al mismo tiempo un abrazo: Naker se lo llevó á su casa, lo tuvo tres dias en ella, y se juraron fraternidad para el resto de su vida.

Scheik-Ibrahim disfrutaba el mayor gusto en oir estas anécdotas, que le hacian conocer el carácter y la generosidad de los beduinos. La tribu de Duhí es muy rica, y menos codiciosa que la de Mehana, y sus caballos son mas hermosos. Estuvimos quince dias en ella: Scheik-Ibrahim hizo varios regalos á los gefes, y vendió algunos artículos á las mujeres, para representar el papel de comerciante; despues fuimos á visitar los tres scheiks tributarios del Emir-Duhy.

Scheik-Ibrahim me dijo que el único interés que tenía en recorrer las tribus de los beduinos, era el de proporcionarme la ocasión de estudiar mas y mas su lenguaje y sus costumbres: que para su comercio particular necesitaba llegar hasta el Drahy; y que yo debía servirme de mis correrías, en las demas tribus para tomar notas exactas de sus nombres y de su número, cosa que á él le era imposible conocer.

El lenguaje de los beduinos es sumamente difícil de aprender aun para los árabes, aun cuando en el fondo sea la misma lengua. Yo me dediqué á conocer este lenguaje y lo conseguí con algun éxito, tomádo en el curso de mis largos viajes los nombres de todos los scheiks y el número de todas las tribus, cosa que nadie habia hecho hasta entonces; así es que pondré esta lista curiosa al fin de mi diario.

Cuando son muy numerosas las tribus, se ven precisadas á dividirse en fracciones de doscientas á quinientas tiendas, y de ocupar un grande espacio de terreno para procurarse agua y apacentar los ganados. Nosotros recorrimos sucesivamente todos los acampamentos, mientras que se nos presentaba la ocasión de que nos acompañasen al Drahy, que estaba en guerra con todas las tribus del territorio de Damasco: por todas partes fuimos bien acogidos.

Una pobre viuda nos ofreció la hospitalidad en una tribu; y para obsequiarnos mató su último carnero, y pidió prestado el pan. Su marido y sus tres hijos habian sido muertos en la guerra contra los wahabtas, cuya tribu era muy temida en las inmediaciones de la Mecca: la manifestamos nues-

tra admiracion de que se privase de lo necesario por nosotros, y nos contestó: que el que entraba en casa de un vivo y no comia, era lo mismo que si visitase á un muerto.

Una tribu, considerable entonces, habia llegado á formarse de este modo. Un beduíno tenia una hija muy hermosa, y la pidió para esposa el gefe de su tribu; él no quiso concedérsela, y para librarla de sus solicitudes se marchó en secreto con toda la familia. El scheik preguntó por él, y uno le respondió: *serah* (ha partido.) *Serhan!* replicó el scheik, es un lobo; dando á entender con esta palabra que era un salvaje. Desde entonces la tribu, de la que aquel padre habia llegado á ser gefe, se llama El-Serhan. Los beduínos que son valientes y tienen buenos caballos, se hacen poderosos en poco tiempo.

Por fin supimos la llegada del Drahy á la Mesopotamia, á tiempo que Scheik-Ibrahim tuvo necesidad de ir á Damasco por géneros y dinero, é hicimos conocimiento con un beduíno de una tribu de la orilla del Eufrates, llamado Gazens-el-Hamad, que habia observado neutralidad en el negocio de Nasser, y que habia ido á Damasco con algunos compañeros á vender manteca. Este se brindó á cargar nuestras mercancías, sobre sus camellos, y á acompañarnos á la tribu del Drahy; mas ¡ay! no debíamos llegar con tanta facilidad. Apenas fuimos á Corieten para tomar los géneros que habíamos dejado en depósito, recibimos la noticia de una victoria de Zaher, hijo del Drahy, sobre Nasser, la cual renovó la guerra con mayor violencia. Todas las tribus se pronunciaron entonces por uno ó por otro partido, y la de Salkeb,



que era la de nuestro conductor, fué atacada por el Drahý. que seguia con ventaja y ardor la persecucion de los enemigos: nadie se atrevia á entrar en el Desierto.

Mr. Lascaris se desesperaba, no podia ni comer ni dormir, y en la exasperacion de ver paralizados sus negocios me echó la culpa á mí. Entonces le dije que era tiempo de esplicarnos: que si queria llegar hasta el Drahý, solo por comerciar, le empresa era insensata, y que renunciaba á seguirle; pero que si tenia designios y motivos suficientes para esponer su vida, que me los dijese y me hallaria dispuesto á sacrificarme por él.

A esto me respondió. «Está bien, hijo mio; voy á confiároslo. El comercio no es mas que un pretesto para ocultar una mision que se me ha confiado en Paris, y he aquí mis instrucciones que contienen diez artículos.

- 1.º *Partir de Paris para Alepo.*
- 2.º *Buscar allí un árabe fiel, y adherirmelo como dragoman.*
- 3.º *Perfeccionarme en la lengua árabe.*
- 4.º *Ir á Palmira.*
- 5.º *Penetrar en las tribus de los beduinos.*
- 6.º *Conocer todos sus gefes, y grangearme su amistad.*
- 7.º *Reunirlos todos en una misma causa.*
- 8.º *Hacerles romper toda alianza con los osmanlis.*
- 9.º *Reconocer todo el Desierto, [los puntos donde puede hacerse alto, y donde se encuentra agua y pastos hasta las fronteras de la India.*
10. *Volver á Europa sano y salvo despues de haber cumplido mi comision.*

¿Y despues? le pregunté yo. Mas aquí me impuso silencio; me dijo que recordase nuestras condiciones, y me ofreció que me instruiría de todo á su tiempo.

»Ahora os basta saber, añadió, que es preciso llegar hasta el Drahý, aunque cueste la vida.»

Esta media confianza me dió cuidado, y me quitó el sueño. Tropezar con dificultades casi insuperables, y no traslucir mas que confusamente las ventajas de mis afanes, era una posicion sumamente penosa. A pesar de esto tomé la resolucion de seguir adelante, pues que me habia comprometido ya, y no pensé sino en los medios de llevar á cabo la empresa. Mi barba habia crecido; yo estaba versado perfectamente en la lengua de los beduinos, y traté de llegar solo y á pie á la tribu del Drahý, único medio que podia tentarse. Adoptada esta resolucion, busqué á mi amigo Wandí, que era el que me habia restituido la vida metiéndome dentro del vientre del caballo, y le enteré de mi designio: este procuró disuadirme de él manifestándome que tendria que sufrir muchas fatigas, pues debia pasar diez noches de marcha penosísima; que de dia tendríamos que ocultarnos para que no nos viesen por el camino, y que no podríamos llevar con nosotros sino lo mas estrictamente indispensable; mas viéndome obstinado en mi resolucion, se comprometió á servirme de guia, mediante una considerable suma de dinero.

Comuniqué entonces mi determinacion á Mr. de Lascaris; y si bien es verdad que me hizo objeciones propias del afecto y de la amistad, conocí que en el fondo se alegraba, y agradecia mi celo.

Arreglamos nuestros negocios; yo prometí es-

cribirle por el conducto de mi guía á su regreso, en el instante que llegase á la tribu del Drahy, y estando muy adelantada la noche, nos metimos en la cama.

Yo me hallaba muy agitado: mis ensueños se resintieron de esta agitacion, y no tardé en despertar á Mr. de Lascaris con mis gritos. Soñé que me hallaba en la punta de una escarpada roca, á cuyo pié corria un rio que no podia pasar, que me habia acostado al borde del precipicio, y que repentinamente me habia nacido un árbol en la boca, que crecía y estendia sus ramas como si fuese una tienda de hojarasca, y que al mismo tiempo que crecía me destrozaba la garganta, penetrando sus raices en mis entrañas. Cuando conté este sueño á Scheik-Ibrahim se alegró mucho, me dijo que era de buen agüero, y que me anunciaba un feliz resultado despues de trabajos inmensos.

Era preciso que yo me cubriese de harapos para no despertar ni sospechas ni codicia, si llegáramos á ser vistos: mi trage de camino era una camisa de tela de algodón, remendada, un bombaz sucio y roto, un café con un pedazo de lienzo, que habia sido blanco, por turbante, un capote de piel de carnero que le faltaba la mitad de la lana, y unos zapatos tan remendados, que pesaban cuatro libras. Además llevaba un cinturon de cuero con un cuchillo de dos filos, eslabon y pederual, un poco de tabaco y una pipa en un saco viejísimo. Me ennegrecí los ojos, me ensucié la cara, me presenté de este modo á Scheik-Ibrahim para despedirme de él, y en cuanto me vió así, se echó á llorar y me dijo:



»Quiera el cielo daros fuerzas necesarias para llevar á cabo vuestro generoso designio : yo lo deberé todo á vuestra perseverancia y valor. El Todopoderoso os acompañe y preserve de todo riesgo; que quite la vista á los malvados y os restituya aquí, á fin de que yo pueda recompensaros!»

Yo no pude menos de llorar tambien ; mas despues , alegrandose la conversacion , me dijo Scheik-Ibrahim chanceándose , que si iba á Paris con este traje podria ganar dinero con solo dejarme ver.

Cenamos , y me puse en camino á la caida de la tarde : anduve sin cansarme hasta media noche ; mas comenzaron á hincharse los pies ; los zapatos me hacian daño , y me los quité. Entonces me punzaban los vástagos de las plantas comidas por los camellos , y me estropeaban las piedras. Volví á ponerme el calzado , y alternando con los padecimientos , continué la marcha hasta el amanecer , hora en que nos metimos en una gruta para pasar el dia. Me curé los pies , los envolví con un pedazo que rompí del vestido , y me dormí sin tener ánimo para comer.

Todavía dormía , cuando mi guia me llamó para partir : mis pies continuaban hinchados , y me faltaba el aliento ; mas mi conductor me echaba en rostro mi debilidad , diciendome : »Ya sabia yo que erais demasiado delicado para un viaje de esta especie ; pero es imposible detenernos aquí : si pasamos la noche , es preciso pasar el dia de mañana ; nuestras provisiones se acabarán , y moriremos de hambre en el Desierto. Mas vale renunciar á nuestra empresa y volver atrás , ahora que todavía es tiempo.»

Estas palabras me animaron ; tomamos el camino

y anduvimos hasta media noche. Entonces llegamos á una llanura donde subia la arena, bajaba y hacia varias ondulaciones; allí hicimos alto para esperar el dia. Los primeros rayos de luz nos hicieron distinguir á lo lejos dos bultos, que tomamos por camellos: mi guia, asustado, hizo dos hoyos en la arena, y nos enterramos hasta el cuello, sin dejar fuera mas que la cabeza. En esta penosa situacion, permanecemos con la visia fija en los supuestos camellos, hasta que á cosa de medio dia exclamó Wardi. «¡Alabado sea Dios! son unos buitres!»

Salimos con alegría de nuestras sepulturas, y por la primera vez despues de nuestra salida comí un poco de galleta y bebí un sorbo de agua. Permanecemos allí hasta el anochecer, esperando la hora de volver á tomar el camino, y como estábamos en un arenal, padecía menos de los pies. El dia siguiente, que lo pasamos durmiendo, estábamos en frente de Palmira por el lado del Sud. Al amanecer, despues de la cuarta noche, nos hallamos á la orilla de un rio, llamado el Rabib, que corria del Mediodia al Norte: mi guia se desnudó, me tomó á cuestras, me pasó á la otra orilla, y volvió por mi ropa. Yo queria descansar; pero me dijo que seria imprudente detenerse en un punto en donde el rio se podía vadear; y con efecto, apenas habíamos andado media hora, cuando vimos aproximarse á él unos quinientos beduinos bien montados, que iban de Levante á Poniente. Habiendo encontrado un espeso matorral, hicimos alto en él hasta la noche.

El sexto dia llegamos hasta cerca del Eufrates. el septimo habiamos vencido ya las mayores dificultades; y si yo no hubiese padecido tanto de

los pies, huibera podido olvidar todas mis fatigas, al espectáculo del Sol naciente sobre las orillas de este rio magnífico.

Los beduinos hospitalarios, que se ocupan en hacer pasar á los viajeros de una orilla á la otra, nos llevaron á sus tiendas donde por la primera vez hicimos una buena comida. Allí tomamos informes acerca del punto en que se hallaba el Drahy, y nos dijeron que estaba á tres horas de distancia, entre Zaité y Zaner. Acababa de hacer la paz con el emir Faud, imponiéndole un tributo; me celebraron sus talentos militares y su incontrastable valor, y me dijeron que tenía intencion de destruir á Mehanna y á Nasser, y volver despues á su desierto de Bassora y Bagdad. En cuanto adquirí estas noticias, que era todo cuanto podia desear, formé mi plan definitivo. Pedí un guia que me acompañase al Drahy, y dije á los beduinos que era comerciante de Alepo, que tenía un corresponsal en Bagdad, que me debía veinticinco mil piastras, el cual acababa de quebrar; y que como la guerra entre los beduinos habia interceptado las comunicaciones, no tenía otro recurso mas que aventurarme solo, é ir á ponerme bajo la proteccion del Drahy, para llegar á Bagdad, donde estaban comprometidos mis capitales.

Estos buenos beduinos formaban votos para que Allah me hiciese recobrar mi dinero, y el mismo Wardi tomó mas interés en mi viaje, desde que pudo comprender su importancia. Pasamos el dia en examinar la tribu Beney Tay, y salimos al dia siguiente bien escoltados, sin que nos sucediese nada de particular en el camino. Al ponerse el Sol del dia tercero le vimos dorar las cinco millien-



das del Drahy que cubrían la llanura en toda la estension que podía ser descubierta. Nunca he visto semejante espectáculo de poder y de riqueza, pues todas estaban rodeadas de camellos, de caballos y de ganados que cubrían el suelo. La tienda del emir, de ciento sesenta pies de longitud se encontraba en el centro. Me recibió con mucha atención, y sin hacerme ninguna pregunta me convidó á comer.

Después de haber cenado, me preguntó de donde venia, y á dónde iba; yo le respondí como lo habia hecho á los beduinos del Eufrates, y me dijo: «Seais bien venido: vuestra llegada nos colma de bendiciones. Si Dios quiere, lograreis lo que deseais; pero segun nuestras costumbres, no podemos hablar de negocios hasta después de pasados tres dias dedicados á la hospitalidad y al descanso.»

Yo le di gracias y me retiré, y al otro dia despaché á Wardi con un mensaje á Mr. de Lascaris.

El Drahy era hombre de cincuenta años, alto y de buen aspecto; tenia poca barba, y esta era blanca; su mirada era altiva, y se consideraba como el hombre de mas capacidad entre los gefes de las tribus. Tenia dos hijos que se llamaban Zaer y Zabdun, los cuales estaban casados y habitaban su misma tienda.

Su tribu El-Dualla, era muy numerosa y rica, y la casualidad me sirvió perfectamente desde los primeros dias de mi llegada. El emir no tenia secretario; yo le ofreci mis servicios, y me grangeé su confianza, tanto con mis consejos, como con las noticias que podia darle sobre las tribus entre las cuales habia estado.

Cuando le hablé de mi negocio, manifestó tanto sentimiento de verme partir, que yo fingí ceder á sus instancias, y me prometió que si consentía en quedarme, me miraría como á sus hijos, y que haría siempre lo que yo quisiese. Yo me aproveché de esta confianza para inducirle á pasar el Eufrates, á fin de aproximarnos á Schik-Ibrahim, y le hice ver la influencia que podía ganar sobre las tribus del pais, si conseguia desprenderlas de Nasser; le manifesté los regalos que se verian en la necesidad de ofrecerle; el terror que inspiraría á los osmanlis, y el daño que ocasionaría á sus enemigos consumiendo sus pastos.

Como era la vez primera que dejaba el desierto de Bagdad, para entrar en la Mesopotamia, le eran muy útiles mis noticias, y siguió mis consejos.

La marcha ofrecia una vista magnífica: los ginetes iban delante sobre caballos de la primera raza; las mujeres en los handags soberbiamente forrados, sobre dromedarios, y rodeadas de esclavas negras. Hombres cargados de provisiones recorrian la caravana, preguntando quien tenia hambre, y distribuyendo pan, dátiles y otros frutos: á cada tres horas se hacia alto para tomar el café, y por la tarde se establecian como por encanto las tiendas.

Seguimos las orillas del Eufrates, cuyas transparentes aguas resplandecian como la plata; yo iba montado sobre una yegua de sangre pura, y todo el viaje me pareció una marcha triunfal, que contrastaba terriblemente con la que habia hecho al recorrer este mismo pais, cubierto de harapos y con los pies ensangrentados.

El día 4 el emir Zahed se puso delante de nos-

sotros al frente de mil caballos, é hicieron toda especie de juegos con las lanzas. Por la tarde el Drahý, sus hijos y yo, fuimos á cenar á la tribu de Zahid, y al día siguiente pasamos el río y acampamos en territorio de Damasco, marchando siempre hácia Poniente: despues acampamos en El-Japhet, en el bajalato de Alepo.

El rumor de la llegada del Drahý se esparció con prontitud, y recibió una carta de Mehanna, la cual, despues de comenzar dándole los títulos mas respetuosos, continuaba así:

«¡En nombre de Dios misericordioso, salud! Acabamos de saber con estrañeza que habeis pasado el Eufrates, y que os habeis internado en las provincias que son herencia de nuestros abuelos. ¿Habeis meditado que vos solo podriais devorar los pastos, que son el alimento de todos los pájaros? ¿Sabeis cuántos son nuestros guerreros, cuando nosotros mismos ignoramos el número? Además, seremos sostenidos por los valientes osmanlis, á los que nada puede resistir. Os aconsejamos, pues, que volvais á tomar el camino que habeis traído, ó de otro modo caerán sobre vos todas las desgracias imaginables, y vuestro arrepentimiento será demasiado tardío.»

El Drahý, tan pronto como leyó esta carta, se puso pálido de cólera; sus ojos echaban chispas, y despues de un momento de silencio, «¡Kra-tib! exclamó, tomad la pluma, y escribid á ese perro.»

«He leído vuestras amenazas que son para mí de tanto peso como un grano de mostaza. Yo humillaré vuestro pendon, y purificaré la tierra de vos y del renegado Nasser, vuestro hijo. En



cuanto al territorio que reclamais, el sable decidirá el derecho: pronto volaré á esterminaros. Apresuraos, pues, porque está declarada la guerra.»

Entonces dije yo al Drahy. «Tengo un consejo que daros. Vos sois aquí extranjero é ignorais el partido que podrán tomar las tribus del pais. Mehanna es amado de los beduínos, y está sostenido por los turcos. Vais á comenzar la guerra sin conocer el número de vuestros enemigos: si sufrís una derrota, todos se ligarán contra vos, y no podreis hacerles frente. Enviad, pues, un mensaje á los scheiks de las inmediaciones para anunciarles que venís á destruir las tiendas de Melghkem á fin de libertarlos del yugo de los osmanlis, y perderles que se pronuncien contra él. De este modo sabreis las fuerzas con que podeis contar y podreis compararlas con las suyas.»

— Sois verdaderamente un hombre de buen consejo, me respondió el Drahy, aprobando mi idea.

— Yo nada sé, le dije, si algo dejo de ignorar, se lo debo á mi amo, que es un hombre lleno de conocimientos y de sabiduría; él está muy versado en los negocios, y él solo es capaz de aconsejaros. Si pudieseis conocerle quedaréis admirado; y estoy seguro que si él estuviese aquí, y os ayudase con su sagacidad, llegarías á ser el gefe de todos los beduínos del Desierto.

— Voy á enviar cien caballos en busca suya, dije con viveza el Drahy.

— Estamos demasiado lejos, le contesté, y el viaje seria muy penoso: cuando estemos mas cerca de Corieten os lo haré conocer.

Yo temia que Scheik-Ibrahim tuviese algun

desgraciado encuentro, y queria estar cerca de él para acompañarlo, pues le habia cobrado tanto afecto que me hubiera sacrificado mil veces por servirle.

El Drahy me dió una lista de diez de los principales Scheiks, y yo les escribí la siguiente circular.

«He dejado mi pais para venir á libertaros de la tirania de Nasser, que quiere dominaros, y apoyado en la fuerza de los turcos pretende cambiar vuestros usos, destruir vuestras costumbres, é imponeros el yugo de los osmanlis. Yo le he declarado la guerra: decidme con franqueza si estais por él ó por mí: los que quieran sostener mi causa que se me unan: salud.»

Con estas cartas despachamos diez beduinos á caballo, y al otro dia avanzamos al vasto y hermoso territorio de Chaumeric á treinta horas de Hama. Despues de una corta ausencia volvieron nuestros mensajeros.

El emir Duhy y el Scheik-Sellame respondieron que guardarian neutralidad; el Scheik-Cassem, pariente de Mehanan, se declaró por él; y las otras siete tribus vinieron á acampar al rededor de nosotros, y sus scheiks prometieron al Drahy que participarian de sus riesgos hasta la muerte.

Sin embargo nuestros espías nos dijeron que Mehanna alarmado habia enviado á Nasser á Hama para pedir socorro á los osmanlis, y el Drahy reunió inmediatamente su ejército, que constaba de ocho mil hombres, seis mil caballos, y mil delulmardufs, esto es, mil camellos montados cada uno por dos hombres armados, con fusiles de

mecha ó arcabuces (1), y partió cuatro días despues, dejando órden para que el resto de las tribus saliese al otro día, á fin de que la inmediacion, y el riesgo de las mujeres y de los hijos estimulase mas el valor de los combatientes. Yo quedé con estos últimos, y fuimos á acampar á El-Jamiá, á una hora de la tribu El-Hassnné, y á dos jornadas de Hama.

El día quinto nos anunció el Drahy una victoria completa, y poco despues llegaron los camellos, carneros, caballos y armas que se tomaron al enemigo. Los hombres que tuvieron precision de quedar en las tiendas para custodiar el bagage, salieron a recibir á los vencedores, y á pedir la parte á que tenian derecho del botín, y no tardó en llegar el ejército triunfante.

El-Drahy sorprendió á Mehanna durante la ausencia de Nasser; mas la tribu de Hassnné lanzó el grito de guerra, y los combatientes se hallaron en igual número con corta diferencia, en terminos que la accion duró hasta la noche. Nuestros guerreros despues de haber perdido veintidos de los suyos y haber muerto doble número al enemigo, se habian apoderado de los ganados, y Zaher habia tomado la yegua de Fares, hijo de Mehanna, lo cual es entre los beduinos una proeza gloriosa.

Mehanna, despues de sufrir esta derrota, pasó el Orontes por el Norte de Hama, y fué á establecer su campamento cerca de Homs, para esperar

(1) Los beduinos no han adoptado los fusiles de llave, porque no los usaban sus antecesores, y porque serian mas peligrosos en manos de los niños y de las mujeres, las cuales trenzan las mechas que son de algodón.



á los osmanlis y venir con ellos á tomar represalias. Con efecto, el quinto día acudieron los pastores diciendo que los turcos mandados por Nasser, se habian apoderado de los ganados: nuestros guerreros se precipitaron en su persecucion, los alcanzaron y les dieron una batalla mas terrible que la primera, durante la cual el enemigo hizo pasar á su campo mucha parte de nuestros ganados, y si bién es verdad que los nuestros consiguieron ventajas, pues trajeron muchos despojos de los turcos, la pérdida del ganado era considerable.

No perdimos mas que doce hombres, entre los cuales se contaba Ali, sobrino del Drahy, cuya muerte fué universalmente llorada: su tio tuvo un sentimiento tan vivo, que estuvo tres dias sin comer, y juró por el Dios omnipotente matar á Nasser para vengar su muerte.

Los ataques se repetian diariamente; los osmanlis de Damasco, de Homs y de Hama, estaban consternados y procuraban reunir á todos los árabes del Horam y de la Idumea: llegaron muchas tribus del Desierto; unas para unirse al Drahy, y las otras á Mehanna: las caravanas no podian pasar de una ciudad á otra, y siempre era el Drahy el que conseguia las mayores ventajas. Por una particular coincidencia nos tomó un día Fares ciento veinte camellos, que pasaban á dos leguas de las tiendas, al mismo tiempo que Zaher se apoderaba de igual número de los suyos, y lo simultáneo de estas dos espediciones fué causa de que no fuese perseguida ninguna de las dos. Así que, ellos tuvieron el tiempo necesario para retirarse con su presa.

Esta guerra de represalias, de botin y de ga-

nado, debía tomar un carácter de ferocidad y de esterminacion: los turcos fueron los que dieron la señal: Dallatis, á las órdenes de Nasser, tomó á la tribu Beni-Kraleb dos mujeres casadas y una soltera; las condujo al pueblo de Zany-el-Abedin, y Nasser entregó las casadas á los soldados, y dió al agá la soltera, la cual vengó el agravio de su honor asesinando al turco mientras dormia: su brazo vigoroso le atravesó el corozon; despues de haberlo muerto salió con cautela, consiguió llegar á su tribu, y encendió el furor y la indignacion entre los beduinos, que juraron morir ó matar á Nasser, y llenar vasos de su sangre para distribuirlos á las tribus en señal de venganza.

No tardó en verificarse semejante castigo, por que habiéndose empeñado una acción entre dos partidas, la una mandada por Zaher, y la otra por Nasser, los dos gefes, que se odiaban, se buscaron, y se atacaron con fiereza. Los beduinos quedaron en espectacion del combate de estos dos guerreros iguales en valor y en destreza. La lucha fué larga y terrible; los caballos cansados no obedecian ya con docilidad á sus ginetes; mas Nasser no pudo evitar una lanzada de Zaher que le atravesó de parte á parte. Cayó á tierra, y los suyos huyeron, ó abandonaron sus caballos (1): Zaher cortó á pedazos el cuerpo de Nasser, lo metió en un canasto, y lo envió al campo de Mehanna con un prisionero, al que cortó la nariz; despues volvió á su tribu con el regocijo de la venganza.

Dehanna pidió auxilio á los beduinos de Chamma (Sammarcanda) á los de Negdde, y á los

(1) Cuando un beduino abandona voluntariamente su caballo al enemigo, este no puede ya matarlo, ni hacerlo prisionero.

wahabitas, los cuales ofrecieron venir á su socorro al año siguiente, pues habia llegado la estacion de retirarse al Oriente.

Como estábamos acampados cerca de Corrieten, propuse ir yo á buscar á Scheik-Ibrahim, y el Drahy aceptó con afan esta idea, dándome una escolta bastante numerosa. No me es facil expresar el placer que tuve en volver á ver á Mr. de Lascaris, que me recibió con la mayor ternura: le abracé como á un padre, pues yo no habia conocido al mio que murió en mi niñez. Pasé la noche refiriéndole cuanto habia sucedido; al otro dia por la mañana nos despedimos del cura Mussi y de Scheik-Selim, nuestros amigos, y partí con Scheik-Ibrahim, que fué recibido del Drahy con la mas alta distincion, y que nos dió un convite de carne de camello, que me pareció mucho mejor que la primera vez, porque ya principiaba á habituarme al alimento de los beduinos.

Los camellos que se destinan para matar, son blancos como la nieve, no se les carga ni cansa nunca, y su carne es muy roja y sebosa: las camellas tienen gran abundancia de leche; los beduinos la beben continuamente, y dan la que les sobra á los caballos de la primera raza, á los cuales fortifica mucho esta bebida. Como no es á propósito para hacer manteca, la consumen toda, y nosotros al fin la hallábamos más sabrosa que la de cabra y la de oveja.

Poco tiempo despues de la llegada á la tribu de Scheik-Ibrahim nos dieron un ataque los wahabitas, en que perdimos algunos ginetes y mucho ganado. Al otro dia me llamó á parte Scheik-Ibrahim, y me dijo que estaba contento del Drahy,



que era el hombre que necesitaba; pero que era indispensable que llegase á ser el gefe general de todos los beduinos, desde Alepo hasta las fronteras de la India y que debia arreglar este negocio por medio de la amistad, de la amenaza ó de la astucia; pues era preciso que se verificase asi.

—«Me dais un encargo muy difícil, le respondí, pues cada tribu tiene su gefe particular, todas aman su independencia, no querrán sujetarse á ningun yugo; y temo que si os meteis en un negocio semejante os suceda algun desastre.

—«Es absolutamente preciso, no obstante, me dijo Mr. Lascaris: emplead para ello todo vuestro talento, porque sino es asi nada podremos conseguir.»

Medité profundamente acerca de los medios que debia emplear para entablar este negocio, y creí que lo primero era inspirar á los beduinos una idea sumamente ventajosa de Scheik-Ibrahim; y para conseguirlo, como son muy supersticiosos y escésivamente crédulos, tratamos de escitarles la admiracion, y preparamos esperiencias químicas, con fósforos y pólvora fulminante. Efectivamente, por la noche cuando se reunieron en la tienda del Drah y los principales de la tribu, Scheik-Ibrahim, con aire magestuoso y con admirable destreza, hizo cosas puramente químicas, que les llenaron de asombro. Desde aquel momento le miraron como un hechicero, como un mago, ó mas bien como una divinidad.

Al otro dia me llamó el Drah y me dijo:

—«¡Oh! Abdalla, vuestro amo es un Dios!»

—«No, le respondí; pero es un profeta: lo que habeis visto ayer no es nada con respecto al poder

que ha adquirido con su profunda ciencia; es un hombre único en el siglo. Si quiere es capaz de haceros rey de todos los beduinos; pues ha reconocido que el cometa que ha aparecido hace algun tiempo era vuestra estrella, la cual es superior á la de otros árabes: y si seguís en todo sus consejos, llegareis á ser sumamente poderoso.»

Esta idea le lisonjeó muchísimo: el deseo del mando y de la gloria se despertó violentamente en su corazón, y por una coincidencia verdaderamente extraordinaria yo había adivinado el objeto de su superstición, porque exclamó entonces:

«¡Oh Abdalla! Veo que decís verdad, y que vuestro amo es en realidad un profeta; yo he tenido un sueño hace algun tiempo, en el cual el fuego del cielo, desprendiéndose de un cometa, cayó sobre mi tienda y la consumió; yo tomé en la mano este fuego, y no me quemó. Este cometa era seguramente mi estrella!»

Entonces llamando á su mujer hizo que me repitiese este ensueño tal cual él se lo había contado al despertarse. Yo me aproveché de esta circunstancia para establecer sólidamente la superioridad de Scheik-Ibrahim, y el Drahy me prometió seguir enteramente sus consejos.

Mr. Lascaris, gozoso con este principio, escogió entre nuestros géneros un hermoso regalo para el Drahy, que aceptó con mucho gusto, y vió en esto una prueba de que no tratábamos de captarnos su voluntad con el interesado fin de enriquecernos.

Desde entonces nos hizo comer a su mesa con su mujer y sus hermosísimas hijas, en vez de comer en el rabba con los extranjeros. Su mujer,

que procedia de una buena familia, y que era hermana del ministro Ebn-Sihud, se llamaba Sugar, y tenia reputacion de mucha generosidad y valor.

Al paso que establecíamos nuestra influencia con el Drahy, habia un enemigo subalterno que trataba de derribarnos en secreto, de frustrar nuestros trabajos, y de defraudar nuestras esperanzas. En cada tribu habia uno de esos mercaderes ambulantes, que vendía á las mujeres los géneros que traía de Damasco. El de esta tribu, llamado Absi, desempeñaba además el papel de escribiente del Drahy, y desde nuestra llegada habia perdido sus compradores y su empleo. Así es que nos tomó la mayor antipatia, empleó todos los medios posibles para calumniarnos entre los beduinos, y comenzó por indisponer contra nosotros á las mujeres, á las cuales las persuadia de que éramos mágicos, que queríamos robar las muchachas para llevarlas á un pais muy lejano, y que hechizábamos á las mujeres para que no tuviesen hijos, á fin de que se acabase la casta de los beduinos, y que los conquistadores francos viniesen á tomar posesion del pais.

Bien pronto tocamos los efectos de estas calumnias, sin conocer la causa, por que las muchachas huian cuando nos acercábamos nosotros, las mujeres casadas nos decian imprprios, y las viejas llegaban hasta amenazarnos.

Entre gentes tan ignorantes y crédulas, sobre las que tienen tanto crédito las mujeres, era inminente nuestro riesgo.

Por fin descubrimos las intrigas de Absi y se las manifestamos al Drahy, que queria con-



denarlo á muerte desde luego; y nos costó mucho trabajo conseguir que se contentase con despedirlo de la tribu, con lo cual á la verdad solo conseguimos dar mas pábulo, y estender mas su malevolencia.

El pueblo Mohadan, tributario de Mehanna en otro tiempo, lo era entonces del Drahy por resultas de sus victorias: este envió á pedir mil piastras que le debia, y á instigacion de Absi maltrataron á los emisarios del emir que se vengó de ellos con quitarles los ganados. Absi persuadió á los principales del pueblo á que fuesen con él á Damasco, y que declarasen á Capidji-Bashi que dos espías francos se habian apoderado de la confianza del Drahy, y que no solo le hacian cometer toda especie de injusticias, sino que procuraban separar á los beduinos de su alianza con los osmanlis.

Esta denuncia fué hecha efectivamente á Soliman-Pachá, el cual envió un chochredar al Drahy con una carta amenazadora, la cual concluía con la intimacion de que entregase al oficial los dos infieles, el que los conduciria encadenados á Damasco, donde su suplicio público serviria de ejemplo.

«Enfurecido el Drahy con la insolencia de esta carta, dijo al oficial musulman.

Por el que ha criado el cielo y la tierra, os juro que si no estuviereis en mi tienda, os haria cortar la cabeza, la ataria á la cola de mi caballo, y esta seria la respuesta que daria á vuestro visir: en cuanto á los dos extranjeros que tengo conmigo, decidle que no los entregaré sino despues de mi muerte. Si los quiere que venga á tomarlos con su sable.»

Entonces llamé aparte al Drahy, y le insté á que se calmase y me dejase arreglar el negocio.

Yo sabia que Mr. Lascaris tenia relaciones de amistad con Soliman-Pachá, y que una carta suya produciria un efecto que no podia prometerse el Drahy. Cuando Mr. Lascaris se habia hallado con la espedicion francesa en Egipto, se habia casado con una georgiana traida por las mujeres de Murad-Bey, que era prima de Soliman-Pacha. Despues tuvo ocasion de ir á Acre: su mujer se hizo reconocer por parienta del pachá, y la colmaron de atenciones y regalos, lo mismo que á su marido Mr. de Lascaris.

Escribió, pues, á Soliman-Pachá, y le manifestó que los supuestos espías no eran otros que él y su dragoman Fatalia Sayeghir; que todo lo que se habia dicho contra el Drahy era absolutamente falso, y que por el contrario estaba en los intereses de la Puerta tenerle por amigo, y favorecer su preponderancia sobre los otros bebuinos.

El Chochredar, que temblaba por su vida, se apresuró á llevar esta carta á Damasco, y dos dias despues volvió con una respuesta de las mas satisfactorias para Scheik-Ibrahim, y una segunda carta para el Drahy, cuyo contenido despues de muchos cumplimientos era el siguiente.

«Hemos recibido una carta de nuestro amigo el gran Scheik-Ibraim, que destruye las calumnias de vuestros enemigos, y da de vos los mejores informes. Conocemos vuestra sagacidad, y desde ahora en adelante os autorizamos para mandar en el Desierto á medida de vuestro gusto; en el concepto de que por nuestra parte solo recibireis demostraciones de amistad, pues que os conside-

ramos superior á vuestros iguales: solo os recomendamos á nuestros muy amados Scheik-Ibrahim y Abdalla, cuyos buenos oficios aumentaron nuestra amistad.»

El Drahy y los demas gefes quedaron asombrados de la influencia que Scheik-Ibrahim tenia sobre el pachá, y esto llevó á su colmo la consideracion y el respeto hacia él.

He dicho ya que el Drahy tenia por sobrenombre el esterminador de los turcos; y habiendo procurado informarme del origen de este epíteto, he aquí lo que me refirió el Scheik-Abdalla.

En una ocasion el Drahy despojó una caravana que iba de Damasco á Bagdad, y el pachá, aunque sumamente irritado, no se atrevió á tomar abiertamente la venganza; disimuló segun la costumbre de los turcos, y le hizo mil promesas si se presentaba en Bagdad. El Drahy, como hombre franco y lleno de lealtad, no sospechó traicion alguna, y se presentó en casa del pachá con su escolta ordinaria de diez hombres; mas al instante se apoderaron de él, lo maniataron, lo encerraron en un calabozo, y le amenazaron con cortarle la cabeza si no daba por su rescate mil bolsas, que son un millon de piastras, cinco mil carneros, veinte yeguas de la casta kahillan y veinte dromedarios. El Drahy dejó á su hijo en rehenes, buscó este enorme rescate, y despues de pagado se entregó enteramente á la venganza. Robó las caravanas, saqueó los pueblos, y hasta el mismo Bagdad llegó á estar bloqueado.

El pachá reunió sus tropas, y salió con un ejército de tres mil hombres y algunas piezas de artillería contra el Drahy, el cual auxiliado por las



tribus aliadas, le atacó por tres dias seguidos; mas viendo que no podia conseguir ventaja ninguna, se retiró silenciosamente por la noche, se situó á la retaguardia del pachá; y colocándose entre el ejército de este y Bagdad, le atacó cuando menos lo pensaba sobre muchos puntos á la vez.

El ejército del pachá atacado de noche por el lado que se hallaba sin defensa, se llenó de terror: la confusion y el desórden se introdujo entre los osmanlis; el Drahy despues de hacer una gran carniceria quedó dueño de un inmenso botin, y el pachá, que escapó solo y con mucho trabajo, se encerró dentro de Bagdad.

Esta victoria difundió tanto pavor entre los habitantes de la ciudad, que aun despues de verificada la paz, era para ellos el nombre de Drahy un objeto de terror. Abdalla me contó otros hechos de armas del Drahy, y concluyó diciéndome que era entusiasta de todo lo grande, que amaba las dificultades, y que lo queria someter todo á su dominacion.

Como eran estas precisamente las cualidades que deseaba encontrar en él, Scheik-Ibrahim se confirmó cada vez mas en el designio de hacerle dueño de todas las tribus; mas los wahabitas eran tan terribles adversarios, que pocos dias despues se echaron sobre la tribu de Wuld-Alt, se esparcieron por el Desierto, y obligaron á todos los beduinos á pagarles un diezmo. Intimidadas muchas tribus al ver que se aproximaban estos terribles guerreros, iban á someterse cuando Scheik-Ibrahim manifestó al Drahy que su honor le prescribia entrar en campaña y declararse protector de los oprimidos; y animadas todas las tribus con su ejemplo,

á escepcion de la de El-Hassne y de Beni-Sakres, hicieron alianza con él para resistir á los wahabitas.

El Drahy partió con cinco mil caballos y dos mil marmarduffs, y estuvimos diez dias sin recibir noticia alguna. Reinaba en el campo la mayor inquietud; comenzaban á manifestarse los síntomas del descontento contra nosotros, como promovedores ó instigadores de esta peligrosa expedicion; y nuestra vida hubiera pagado ciertamente nuestra temeridad si hubiese durado mas tiempo la duda. Felizmente el dia 11 y á mediodia llegó un beduino á todo escape haciendo ondear su faja blanca en la punta de la lanza y gritando: Dios nos ha dado la victoria.

Scheik-Ibrahim hizo grandes regalos al portador de esta feliz noticia, que sacaba á la tribu de una mortal angustia, y á nosotros de un peligro imminente; las mujeres imitaron su ejemplo, cada una con proporcion á sus medios, y se entregaron á una alegría bulliciosa. Por todas partes se veian bailes y algazara al rededor de las hogueras encendidas, reses degolladas y preparativos de fiestas para recibir á los guerreros, lo cual ponía el campo en una agitacion éstraordinaria: este movimiento ejecutado por las mujeres, ofrecía un golpe de vista original.

Por la tarde salieron todos á recibir al ejército victorioso, cuyo polvo se veía elevarse á lo lejos: cuando llegaron se redoblaron los gritos, las justas, las carreras á caballo, y todas las demostraciones posibles de alegría, hasta que entraron en el campo donde se celebró la victoria con grandes banquetes. Despues de la comida nos hicimos referir las proezas de los guerreros.

Los wahabitas iban mandados por Abu-Noeta que era un negro temible y medio salvaje, el cual se quitaba el turbante y las botas cuando se preparaba al combate, se alzaba las mangas de su vestido hasta los hombros, y dejaba casi desnudo su cuerpo, que era estremadamente gordo, y de una prodigiosa fuerza muscular: su cabeza y su cara no se habian afeitado nunca, y tenia una cabellera y una barba negra que ocultaban su rostro en que brillaban los ojos al través de su vello; todo su cuerpo cubierto de él presentaba un horroroso aspecto.

El Drahy le alcanzó á tres jornadas de Palmira en un punto llamado Herualma, y el combate fué encarnizado por una y otra parte; pero se terminó con la fuga de Abu-Noeta, que partió para el pais de Negde, dejando en el campo de batalla sobre doscientos de los suyos.

El Drahy hizo escoger entre los despojos todo lo que habia sido tomado á la tribu de Vuld-Alí y se lo restituyó. Este acto de generosidad le concilio de tal modo el afecto de las tribus, que cada dia venian á ponerse bajo su proteccion. La fama de esta victoria conseguida sobre Abu-Noeta se difundió por todas partes, y Soliman Pachá hizo felicitar al vencedor remitiéndole una pelliza de honor, y un sable magnífico. Poco despues de esta espedicion fuimos á acampar sobre la frontera del Horan.

Llegó un dia á la tienda del Drahy un mollah turco con el ancho turbante verde que distingue á los descendientes de Mahoma, una ropa blanca talar que le arrastraba, los ojos negros y la barba larguísima; llevaba muchas sartas de rosarios, y



el tintero a la cintura en lugar del puñal, iba montado sobre un camello, tenía una flecha en la mano, y venia á fanatizar á los beduinos, y á escitar en ellos un gran celo por la religion del profeta, á fin de adherirlos á la causa de los turcos.

Los beduinos son de un caracter muy sencillo, y de una franqueza extraordinaria; no conocen las diferencias de religion, y no toleran fácilmente que se les hable de ellas; son deistas, invocan la proteccion de Dios en todas las circunstancias de su vida, y le atribuyen sus prosperidades ó reveses con humilde sumision; pero no tienen ninguna ceremonia obligatoria de culto, y no se pronuncian por ninguna de las sectas de Omar y de Alí que dividen á los orientales. Nunca nos han preguntado cuál era nuestra religion, y cuando les hemos dicho que éramos cristianos han respondido:

«Todos los hombres son criaturas de Dios, é iguales delante de él: nadie debe informarse de la creencia de los otros.»

Esta prudencia convenia mucho mas á nuestros proyecto, que el fanatismo de los turcos.

La llegada del mollah causó cierto sobresalto á Scheik-Ibraim, el cual se dirigió á la tienda del Drahy, donde se hallaba entablada la conferencia, ó mas bien empezada la predicacion, que los gefes oian con cierto disgusto. A nuestra llegada se levantaron para saludarnos; el mollah preguntó quiénes éramos, y cuando supo que éramos cristianos dijo que la ley de Dios prohibia levantarse para recibir á los infieles, que serian todos ellos maldecidos por tener relacion con nosotros, y que sus mujeres no serian legitimas, y sus hijos serian bastardos; pues así lo habia decretado Ma-

homa, cuyo nombre debía ser venerado siempre.

El Drahý, sin esperar á que concluyese semejante discurso, se levantó furioso, le cogió por la barba, lo derribó por tierra, y sacó su sable; mas Scheik-Ibraim le detubo el brazo, le suplicó que se calmase, y al fin consintió el emir en cortarle la barba, en lugar de la cabeza, y lo despidió con ignominia.

La tribu de Beni Sakre era la única que le habia hecho oposicion en el pais, y el Drahý la atacó y batió completamente.

Habiamos entrado en la primavera, y nos era preciso dirigirnos hácia Levante. Cuando nos acercamos á Homs, el gobernador envió á Drahý cuarenta camellos cargados de trigo, diez maklas y una pelliza de honor. Scheik-Ibrahim me llamó á parte y me dijo que se habian acabado nuestras mercancías, y que sería necesario procurarnos algunas mas; yo le contesté que mandase lo que quisiese; que si le parecia iría secretamente á Alepo, donde no me daría á conocer, ni aun de mi familia, y traería lo que necesitásemos. Convenimos en que me incorporaría á la tribu de Zur, marché á Alepo, me alojé en un kan muy poco frecuentado y distante de todos mis conocimientos, y envié á un extranjero á cobrar quinientos talaris del correspondal de Mr. Lascaris.

Esto era un exceso de precaucion, porque con mi larga barba, mi traje y mi lenguaje beduino no corría riesgo de ser conocido, como lo esperimenté; pues habiendo ido al bazar á comprar géneros, encontré á muchos de mis amigos que no me conocieron, y me divertí en tratarlos groseramente.

Mas á estos momentos de diversion sucedian otros sumamente penosos; pues pasaba continuamente por delante de la puerta de mi casa, con la esperanza de ver á mi hermano ó á mi pobre madre; y este deseo era tan vivo, que mil veces me vi á pique de faltar á mi palabra; pero la conviccion de que no me dejaria volver á reunirme con Mr. Lascaris, me confirmaba en mi propósito, y al cabo de seis dias me fué preciso arrancarme de Alepo, sin haber conseguido noticia alguna de mis parientes.

Me incorporé á la tribu á la orilla del Eufrates en frente de Daival-Chahar, donde existen todavía ruinas magnificas de una antigua ciudad. Antes de atravesar el río, encontré á los beduinos ocupados en vender ganados ó en cambiarlos por géneros con los mercaderes de Alepo. Los beduinos no tienen idea alguna del valor del numerario, y no quieren recibir pagos en oro, porque solo conocen los talaris de plata, y prefieren perder al hacer fracciones de modo que los comerciantes, que les conocen este flaco, abusan de él con destreza. Ademas de estos cambios, vendió la tribu generos por valor de veinticinco mil talaris, y cada uno puso su dinero dentro de un saco de harina para que no sonase al cargar y descargar.

Al pasar el Eufrates sucedió un acaecimiento muy trágico. Una mujer y sus dos hijos que iban montados en un camello fueron arrastrados por la corriente, sin que fuese posible socorrerlos.

Encontramos la Mesopotamia cubierta de las tribus de Bassora y de Bagdad; sus gefes llegaban sucesivamente á complimentar al Drahý por su victoria, y á conocernos, porque la fama de Scheik-



Ibraim habia llegado hasta ellos, y nos daban las gracias de haber aconsejado al Drahy la guerra contra los wahabitas, cuya codicia y exacciones eran intolerables. Su rey Ebn-Sihud enviaba un mezakia á contar los ganados particulares de los individuos para exigir el diezmo, escogia siempre las mejores reses, y despues hacia registrar las tiendas desde la del Scheik hasta la del mas infeliz beduino, para buscar el dinero que tuviesen oculto y exigirles tambien el diezmo. Ademas, se habia hecho odioso á los beduinos porque era sumamente fanático; les obligaba á las abluciones y á la oracion cinco veces al dia, é imponia nada menos que la pena de muerte á los que se negaban á estas prácticas. Cuando precisaba á una tribu á hacer la guerra en su defensa, lejos de partir con ella las ganancias y las pérdidas, se apoderaba de todo el botin, y solo dejaba á sus aliados el derecho de llorar á los muertos. Así es cómo los beduinos se iban poco á poco haciendo esclavos de los wahabitas por carecer de un gefe que osase hacer frente á Ebn-Sihud.

Acampamos en un punto llamado Nain-El-Raz, á tres jornadas del Eufrates; y el emir Tares-El-Harba, gefe de la tribu El-Harba, fué á hacer alianza ofensiva y defensiva con el Drahy. Cuando los gefes tienen que tratar de algun negocio importante salen del campo, y tienen su conferencia aparte: lo cual se llama *dahra*, que quiere decir asamblea secreta. Scheik-Ibraim fué llamado al *dahra*, y manifestó alguna desconfianza de Tares, por temor de que fuese espía de los wahabitas; mas el Drahy le dijo:

»Vos juzgais que los beduinos son como los os-

manlis, y debéis saber que el carácter de estos dos pueblos es enteramente opuesto; porque la traicion no es conocida entre los beduinos.»

Despues de esta declaracion, todos los scheiks, que asistieron al consejo, comprometieron mutuamente su palabra. Scheik-Ibrahim, aprovechando esta disposicion de los ánimos, propuso que se concluyese un tratado por escrito, que seria firmado y sellado por todos los que sucesivamente quisieran entrar en la alianza contra Ebn-Sihud, lo cual era un gran paso dado en los intereses de Scheik Ibrahim: yo redacté el tratado en los términos siguientes:

»En nombre de Dios misericordioso, que nos ayudará con su poder contra los traidores. Nosotros le damos gracias por todos sus beneficios; por habernos hecho conocer el bien y el mal; por habernos hecho amar la libertad y aborrecer la esclavitud, y reconocemos que es el Dios omnipotente y único, y el que solamente debe ser adorado.

«Declaramos que nos hemos reunido por nuestra propia voluntad, y sin coaccion alguna; que todos estamos sanos de cuerpo y de alma; y que unánimemente hemos resuelto seguir los consejos de Scheik-Ibrahim y de Abdalla-el-Kratib, por el interés de nuestra prosperidad, de nuestra libertad y de nuestra gloria. Los artículos de nuestro tratado son los siguientes:

- 1.º Separarnos de los osmanlis.
- 2.º Hacer guerra á muerte á los wahabitas.
- 3.º No hablar jamás de religion.
- 4.º Obedecer las órdenes dadas por nuestro hermano el Gran Draby Ebn-Chahllan.
- 5.º Responder de su tribu y guardar secreto sobre este tratado.

6.º Reunirnos contra las tribus que no suscriban á él.

7.º Socorrer á los que firmen este tratado, y reunirnos contra sus enemigos.

8.º Castigar con la muerte á los que rompan esta alianza.

9.º Y no oír ninguna calumnia contra Scheik-Ibrahim y Abdalla.

Los abajo firmados aceptamos todos los artículos de este tratado, obligándonos á sostenerlos en nombre de Dios Todopoderoso, y de sus profetas Mahoma y Alí, declarando por él, que estamos decididos á vivir y morir en esta santa union.

»Fechado, firmado y sellado en 12 de noviembre de 1814»

Todos los que estaban presentes aprobaron y firmaron el tratado.

Estando acampados poco tiempo despues en la vasta llanura de El-Rene, envió correos el Drahý á todos los gefes de las demas tribus, invitándoles á firmar este tratado: muchos gefes llegaron y estamparon su sello, y los que no lo tenian imprimieron en él la yema del dedo.

Entre estos gefes figuraba un joven que gobernaba la tribu El-Ollana desde la edad de quince años, y los que componian esta tribu eran muy superiores á los otros beduinos, pues cultivaban la poesia, no carecian de instruccion, y eran elocuentes por lo comun. Este joven nos contó el origen de su tribu.

Un beduino de Bagdad disfrutaba de una grande reputacion de ingenio. Un dia se acercó á el un hombre, y le dijo; «Hace cuatro dias que ha desaparecido mi mujer, y que la busco inútilmente:



tengo tres hijos que lloran: estoy desesperado, y os ruego que me asistais con vuestros consejos.» Aliaony, pues se llamaba así aquel hombre sabio, consoló al desgraciado, le instó á que fuese á cuidar á sus hijos, y le prometió buscar á su mujer y llevársela muerta ó viva.

Procuró entonces adquirir noticias, y supo que esta mujer era muy hermosa; él tenía un hijo muy libertino, y hacia algunos dias que se habia ausentado tambien: la sospecha iluminó como un rayo su razon; y montando sobre un dromedario se fué á recorrer el Desierto.

A cierta distancia vió reunidas algunas águilas: se dirigió al punto donde estaban, y á la entrada de una gruta halló un cadáver de mujer. Examinó las inmediaciones del sitio, vió las huellas de un camello, y á los pies del cadáver notó un pedazo de la guarnicion de una alforja. Entonces tomó el pedazo de la guarnicion, volvió atrás, y al llegar á su tienda vió venir á su hijo con su alforja hecha pedazos, á la cual faltaba la fatal guarnicion. El joven, severamente reprendido y reconvenido por su padre confesó su delito; y Aliaony le cortó la cabeza, mandó llamar al marido, y le dijo: «Mi hijo es quien ha muerto á vuestra esposa; le he castigado, y ya estais vengado: mas yo tengo una hija y os la doy por mujer.»

Este rasgo de bárbara justicia aumentó la reputacion de Aliaony, que fué nombrado gefe de su tribu; y de su nombre deriva la denominacion de El-Ollama, que quiere decir sabio, cuya dominacion justificaba todavia la tribu.

A medida que avanzábamos hacia Bagdad, se autorizaba nuestro tratado con mayor número de

firmas; y al dejar á El-Rané, fuimos á acampar á Ain-El-Ussada, cerca del río El-Cabur. Mientras permanecemos en este campo, el Drahy espidió un correo al Ssheik-Giodal, gefe de la tribu el Wualdi, el cual no solo fué muy mal recibido sino que trajo una respuesta ofensiva al Drahy. Sus hijos querían tomar venganza sobre la marcha, y Scheik-Ibrahim se opuso, manifestándoles que siempre tendrían tiempo para la guerra; pero que antes era preciso probar la persuasión. Yo propuse ir personalmente á buscar á Giodal para explicarle el negocio, y el emir se negaba á ello, diciéndome que no debía tomarme este trabajo; pues él era quien debía venir, ó sino le obligaría con su sable: mas cedió á mi persuasión y me dejó marchar escoltado por dos beduinos.

Giodal me recibió enfurecido, y me dijo que si me hubiese encontrado en otra parte que en su tienda, no hubiera existido ya; y que diese las gracias á sus costumbres, que le prohibían matarme.

--Las palabras, le respondí yo, no matan al hombre: yo soy vuestro amigo, quiero vuestro bien, y solo vengo á pedirlos que me oigais en secreto. Si lo que os digo no os satisface, volveré á tomar el camino por donde he venido.

Como me vió con esta serenidad se levantó. Llamó á su hijo mayor, me acompañó fuera de las tiendas, y despues de sentarnos en tierra y en corro, comenzé de este modo:

--¿Qué preferís, la esclavitud ó la libertad?

--La libertad sin duda.

--¿La union ó la discordia?

--La union.

--¿La humillacion ó la grandeza?

--La grandeza.

--¿La pobreza ó la riqueza?

--La última.

--¿La victoria ó la derrota?

--La primera.

--¿El bien ó el mal?

--El bien.

--Éstas son, pues, las ventajas que os queremos proporcionar: tratamos de libertaros de la esclavitud de los wahabitas, y de la tirania de los osmanlis, proponiendooos que nos reunamos todos para hacernos mas fuertes y libres. ¿Por qué, pues, os negais á esto?

--Ló que me decís, respondió, es muy bello; pero nunca seremos bastante fuertes para resistir á Ebn-Sihud.

«Ebn-Siuh, le contesté, es hombre como vos; ademas es un tirano, y Dios no favorece á los opresores. La superioridad no pende del número, sino de la inteligencia; y no es el sable el que corta la cabeza, sino la voluntad que lo dirige.»

Nuestra conferencia duró aun mucho tiempo; y concluí por convencerle, y persuadirle á que me acompañase hasta el Drahy, el cual quedó muy contento del resultado de mi negociacion.

Posteriormente acampamos cerca de los montes de Sangiar, habitados por los adoradores del espíritu maligno. La principal tribu del país, mandada por Hamsid-el-Tamer, se hallaba establecida á la inmediacion del río Saguir. Esta tribu no viaja como las demás y Hamud se resistió mucho á entrar en la alianza, con cuyo motivo tuve con él una larga correspondencia; mas habiéndole per-



suadido al fin y habiéndose verificado la alianza, se celebraron fiestas y regocijos en ambas tribus.

Hamud convidó al Drahy á que fuese á verle, y le recibió con la mayor magnificencia; pues hizo matar cinco camellos y treinta carneros. La comida fué servida en tierra fuera de las tiendas. Los platos de cobre estañado parecian de plata; cada plato era llevado por cuatro hombres, y contenia un pilon de arroz de seis pies de altura, coronado por un carnero entero y un cuarto de camello; en otros platos mas pequeños un carnero asado ó una pierna de camella; y ademas habia una infinidad de otros platos mas pequeños aun con dátiles y otros frutos secos. El pan era escelente. El trigo se habia traído de Diabekir, y el arroz de Marbach y de Mallatia. Los convidados eran tantos, que cuando estábamos sentados, ó mas bien agrupados al rededor del festin, no podíamos distinguir á las personas que estaban en frente.

Los beduinos de esta tribu vestian con mas lujo que los otros; sus mujeres eran mucho mas bonitas y llevaban vestidos de seda, muchos brazaletes, pendientes de oro y plata, y un arete de oro en la nariz.

Despues de algunos dias pasados en fiestas, continuamos nuestro viaje, y nos acercamos á un rio, ó mas bien á un brazo del Eufrates, que se une con el Tigris. Allí nos alcanzó un correo, que montado sobre un dromedario, habia hecho en cinco dias treinta jornadas al paso de caravana. Venia de Negde, y habia sido espedido por un scheik amigo, para advertir al Drahy del resentimiento y encono de Ebn-Sihud, de sus proyectos, y de las alianzas que formaba contra él; añadió

que desesperaba de verle en estado de poder hacer frente á la tempestad, y le instaba á que hiciese la paz con los wahabitas. Yo escribí en nombre del Drahy, que este hacia tanto caso de Ebn-Sihud, como de un grano de mostaza, y que ponía su confianza en Dios, que era el dispensador de las victorias. A continuación, como intriga diplomática, hice esparcir la nueva de que las tropas del Gran Señor apoyarían al Drahy, cuya mira era abrir y desembarazar el camino para las caravanas, y libertar la Mecca de la dominación de los wahabitas.

Al día siguiente atravesamos en barcas el gran brazo del río, y fuimos á acampar al otro lado, cerca de la tribu el Cherarah, que tenía reputación de valiente, y al mismo tiempo de ignorante y obstinada.

Habíamos previsto la dificultad que hallaríamos en lograr su alianza, no solo por sus naturales defectos, sino también por la amistad que existía entre su jefe Abedd y Abdallah, primer ministro de Ebn-Sihud. Con efecto, se negó á entrar en la alianza, y el Drahy, que creyó inútil toda negociación, dijo que decidiría el sable la cuestión. Al otro día se puso Sahen á la cabeza de quinientos caballos, marchó contra Abedd, y al día tercero volvió con ciento cuarenta camellos y dos yeguas de mucho precio. No tuvimos más que ocho muertos; pero el número de los heridos era considerable por ambas partes.

Allí fui testigo de una curación extraordinaria: un joven pariente de Zaher vino con la cabeza hendida de un golpe de djerid, siete sablazos en el cuerpo y una lanzada, cuyo hierro se le había

quedado entre las costillas. Se procedió lo primero á sacarle el hierro, que salió por el lado opuesto, y durante la operacion se volvió á mí, y me dijo:

«No tengas cuidado por mí, porque no moriré.»

Y alargando la mano tomó mi pipa y se puso á fumar con tanta tranquilidad, como si las nueve heridas estuviesen abiertas en otro cuerpo que el suyo.

Al cabo de veinte dias estaba perfectamente curado, y montaba á caballo como antes: lo único que le propinaron fué leche de camella que le dieron á beber mezclada con manteca fresca; su alimento dátiles preparados tambien con manteca, y cada tres dias lavaban sus heridas con orin de camello. Dudo que un cirujano europeo con todo su aparato hubiese hecho una curación tan completa en tan poco tiempo.

La guerra tomaba cada dia un aspecto mas serio; y como Abed reunia sus aliados para cercarnos, nos fué preciso ir á acampar á los arenales de Cafferia, donde no habia agua, y las mujeres tenian que ir á buscarla al rio con pellejos cargados sobre camellos. Este trabajo era muy pesado, por la gran cantidad que se necesitaba para dar de beber á los ganados.

Al cabo de tres dias vinieron asustados los pastores diciendo que las tropas de Abed se habian apoderado de ochocientos camellos cuando los llevaban al rio. El Drahy para vengarse de este ultrage mandó levantar el campo y marchar contra la tribu El-Cherarah, decidido á atacarla con todas las fuerzas reunidas.

Con efecto, anduvimos un dia y una noche



sin detenernos, y plantamos diez mil tiendas á media legua del campo de Abed. Era inevitable una batalla general y sangrienta, y yo me aventuré á hacer la última tentativa para evitarla si podia.

Los beduinos miran á las mujeres con mucha consideracion, y las consultan en todas sus empresas; y en la tribu El-Cherarah esta consideracion era mucho mayor: las mujeres eran propiamente las que mandaban; y á la verdad tenian mucho mas talento que sus maridos. Arquia, con quien estaba casado Abed, pasaba por una mujer superior.

Yo me decidí á dirigirme á ella; la llevé regalos de pendientes, brazaletes, collares y otras bagatelas, á fin de atraerla á nuestros intereses: tomé las disposiciones necesarias para llegar hasta ella, y me presenté en su tienda cuando no estaba su marido, que se hallaba en consejo de guerra con uno de sus aliados.

A fuerza de atenciones y regalos hice que ella misma me hablase de la guerra, que era el objeto de mi visita, aunque nunca lo confesé: le expliqué las ventajas de la alianza con el Drahya, como traídas por la conversacion, y de ningun modo como autorizado para tratar del asunto; y le dije que el objeto de mi visita era la curiosidad natural de conocer á una mujer tan célebre como ella, que gobernaba á unos guerreros tan terribles por su valor; aunque necesitaban de su superior inteligencia para dirigir su fuerza brutal.

Durante nuestra conferencia llegó al campo el marido, y como supiese mi llegada, envió á decir á Arquia que despidiese ignominiosamente al es-

pia que tenia en su casa; que los deberes de la hospitalidad detenían su brazo y le impedían tomar la venganza sobre el umbral de su tienda; pero que no entraria en ella hasta que se marchase el traidor. Arquia respondió con altivez, que yo era su huésped, y que no sufría que le diesen la ley. Yo me levanté, y quise despedirme de ella pidiéndola perdon del compromiso en que le ponía; mas ella sin duda quiso convencerme de que yo no me habia engañado, acerca de la influencia que la habia atribuido sobre su marido, porque me hizo permanecer y salió á conferenciar con él.

No tardó én llegar seguida de Abed, el cual me trató con atención, y quiso que le esplicase las intenciones del Drahy; yo me grangeé su confianza con el apoyo de su mujer, y antes de concluirse el dia solicitaba que yo le permitiese acompañarme á la presencia del Drahy. Yo me resistí diciéndole que no me atrevia á presentarle al emir sin prevenirlo antes, porque estaba muy irritado contra él, pero que le hablaria en su favor, y le enviaria al instante la respuesta. Cuando salí dejé á los dos tan deseosos de entrar en la alianza, como lo estaba yo de inclinarlos á ella.

Abed, invitado por el Drahy, vino al cabo de pocos dias á estampar su sello en el tratado, y á cambiar los camellos que habian sido tomados reciprocamente durante la guerra. Terminado este espinoso negocio de un modo tan satisfactorio, dejamos los arenales para ir á pasar ocho dias sobre el punto de Aeri, á tres horas del Tigris, cerca del castillo El-Attera, donde eran abundantes los pastos; y refrescados de este modo nuestros ganados, seguimos nuestro camino hácia Levante.

Cierto día hallamos á un beduino montado sobre un hermoso dromedario negro: los scheiks lo saludaron con interés, y me hice referir su historia que me parece digna de insertarla en mi diario. Aloian yendo á caza de gámos llegó á un sitio cubierto de cadáveres, de lanzas rotas y de sables ensangrentados, que indicaba haber sido el teatro de una sangrienta acción. Una voz débil y lastimera, que apenas se oía, le atrajo á un montón de cadáveres, en medio del cual respiraba todavía un jóven árabe; Aloian le socorrió, lo montó en su dromedario, le condujo á su tienda, y con su asistencia y cuidados le reanimó y le volvió á la vida. Después de cuatro meses de convalecencia Faress, que así se llamaba el herido, trató de marcharse; pero Aloian le dijo:

—«Si es absolutamente preciso separarnos, yo te acompañaré á tu tribu, y allí te dejaré con sentimiento; pero si quieres quedarte conmigo, te miraré como hermano, mi madre será la tuya, y mi mujer será tu hermana: reflexiona sobre esta proposición y decide lo que gustes con serenidad y con calma.»

—«¡Oh, bien hechor mio! respondió Faress, ¿Dónde encontraré yo padres como los que me ofreces? Sin tí yo no viviría ya; mi carne hubiera sido pasto de las aves de rapiña, y mis huesos roídos por las fieras: si quieres, pues, que me quede en tu compañía, yo permaneceré, pero será para servirte toda mi vida.»

Faress tenía un motivo menos puro para permanecer en compañía de Aloian, pues había comenzado á apasionarse de Hafiza su mujer, que le había cuidado en su enfermedad, y este amor no tardó en ser correspondido.



Aloian que no habia concebido sospecha, encargó un dia á Faress queacompañase á un nuevo campamento á su madre, á su mujer y á sus dos hijos, mientras que él iba á la caza, á que era apasionado. Faress no pudo resistir á esta funesta tentacion; cargó la tienda sobre un camello, colocó la madre y los dos niños y los envió delante, diciendo que él seguiría á caballo con Hafza; más la vieja se volvia muchas veces á mirar hácia atrás, y no los veía venir, porque Faress la habia montado sobre una yegua sumamente ligera, y la habia llevado á su tribu.

Por la noche, cansado Aloian de la caza llegó al campamento y buscó inútilmente su tienda entre las de la tribu, pues la madre no habia podido levantarla por sí sola, y la encontró sentada en tierra con los dos niños.

—¿En dónde está Hafza? preguntó este marido desgraciado.

La madre le respondió que no habia visto ni á Hafza ni á Faress, y que los estaba esperando desde por la mañana. Entonces por la primera vez sospechó la verdad; y despues de ayudar á su madre á establecer la tienda, partió sobre su dromedario negro, y corrió dos dias hasta que llegó á la tribu de Faress.

Al entrar en el campamento se detuvo en la tienda de una vieja que vivia sola, la cual le preguntó por que no iba á casa del sceik donde habia una gran funcion, pues que Faress-Ebn-Mehidi, que habia quedado en el campo de batalla, y habia sido llorado como muerto, habia llegado con una mujer muy hermosa y que aquella noche se iba á celebrar su boda.

Aloian disimuló, esperó que se hiciese de noche, y cuando estaban todos entregados al sueño, se introdujo en la tienda de Faress, le cortó la cabeza de un sablazo, sacó el cadaver fuera de las tiendas, y volviendo despues á la de Faress despertó á su mñjer y la dijo:

«Sigueme, es Aloian quien te llama.»

Ella se estremeció, y en vez de obedecerle respondió:

--«Imprudente ¿qué haces? Faress y sus hermanos te van á matar; huye:»

--«¡Perfidal! ¿que agravio has recibido de mí para proceder de este modo? Has oido nunca la menor reconvencion? ¿Has olvidado lo que he hecho por tí? ¿No te acuerdas de tus hijos? Levantate, invoca á Dios y maldice al diablo que te ha precipitado á cometer este delito.»

Hafza en vez de enternecerse por la dulzura y bondad de Aloian le repitió obstinada:

--«Parte, ó voy á gritar, y llamaré á Faress para que te mate.»

Viendo Aloian que no podia obtener nada de su muger, la cogió, la tapó la boca, la montó sobre el dromedario, no se detuvo hasta que estuvo fuera del alcance de la voz, y entonces colocándola en la grupa, continuó su camino mas despacio.

Al amanecer, el cadáver de Faress y la desaparicion de su mujer pusieron en conmocion la tribu, y el padre y hermanos del raptor persiguieron y alcanzaron á Aloian, que se defendió con un valor heróico. Hafza no contenta con lo que habia hecho, pudo romper sus ataduras, se unió á los perseguidores de su marido, y le arrojó varias piedras, una de las cuales le hizo titubear. Sin em-

bargó cubierto de heridas Aloian consiguió triunfar de sus adversarios; mató á los dos hermanos, desarmó al padre, diciendo que no quería avergonzarse con la muerte de un anciano, le restituyó su yegua, y le instó para que se volviese á su casa. Despues, cogiendo nuevamente á su mujer, prosiguió su camino, llegó á la tribu sin haberla dirigido la palabra, y allí reunió sus parientes, y colocando á Hafza en medio de ellos, la mandó referir lo que habia sucedido, diciendo que él se remitia al juicio de su padre y hermano. Hafza lo refirió todo sujetándose á la verdad, y su padre irritado tiró del sable y la derribó muerta á sus pies.

Poco á poco llegamos á la inmediacion de Bagdad, y Mr. de Lascaris entró de incógnito en la ciudad, para ver á Mr. Adrian de Correneé, cónsul de Francia en aquella sazón, y negociar una suma considerable de dinero.

Al siguiente dia, despues de atravesar el Tigris en Machiad, íbamos á establecernos cerca del rio El-Cahaun, á tiempo que supimos que se habia encendido una encarnecida guerra entre los beduinos que habian tomado partido en pro ó en contra de nuestra alianza. Scheik Ibrahim aconsejó entonces al Drahý que no se detuviese, y que se incorporase á sus aliados lo mas pronto posible; por consiguiente fuimos á acampar cerca de muchos pequeños manantiales de agua en El-Darghuan, á veinte horas de Bagdad, y al otro dia atravesamos una gran cadena de montes. Para ello habíamos llenado de agua nuestros pellejos; pues esta precaucion era sumamente necesaria para hacer una marcha de doce horas por medio de abrasados arenales, donde no se encontraba ni agua ni pastos.



Llegados á las fronteras de Persia, recibimos un espreso de la tribu El-Achgaha con una carta del gefe Dehass, que reclamaba el socorro *del padre de los heroes, del gefe de los guerreros mas terribles, el poderoso Drahy*, contra sus enemigos, que contaban con la fuerza de quince mil tiendas. Entonces nos hallábamnos a seis jornadas de esta tribu, y habiendo dado órden el Drahy para continuar la marcha, recorrimos este espacio en tres dias sin detenernos ni aun para comer.

La mayor fatiga de esta marcha forzada recaía sobre las mujeres, encargadas de amasar el pan y de ordeñar las camellas sin retardar la caravana.

La organizacion de esta ambulante cocina era sumamente original. A distancias proporcionadas se encontraban mujeres que se ocupaban sin cesar. La primera montada sobre un camello cargado de trigo, tenia delante un molino de mano: despues de molido el grano pasaba la harina á su vecina, que la amasaba con el agua de los pellejos colgados á los lados de los camellos; y la pasta corria á una tercera mujer, que adelgazándola y dándola la figura de panales, los cocía en una especie de estufa con fuégo de leña y paja. Estos panes los distribuía ella misma á la seccion de guerreros, cuyo alimento tenia á su cargo, la cual venia á cada instante á reclamar su parte. Otras mujeres marchaban al lado de las camellas para ordeñarlas en vasijas de madera que contenian cuatro medidas que equivaldrian á cuatro cuartillos, y estas vasijas pasaban de mano en mano hasta apagar bebiendo la sed. Los caballos comian andando en morrales de campaña. Cuando queríamos dormir, nos tendiamos á lo largo sobre los camellos, y pasába-

:

mos los pies por entre las correas de las alforjas que nos impedían caer.

El lento y uniforme paso de los camellos convidaba al sueño, lo mismo que el balanceo de una cuna, de tal modo, que jamás he dormido mejor que en este viaje. La mujer del emir Jaress parió en su montura un niño, á quien se le puso por nombre Harnia, tomado del lugar por donde pasábamos al tiempo de nacer, que era precisamente el punto en que se unen el Tigris y el Eufrates.

Muy pronto nos juntamos con otras tres tribus, que eran El-Harba, El-Suallemé y Abdelle, y teníamos siete mil tiendas cuando salió á recibirnos Dehass.

Un refuerzo tan imponente no pudo menos de tranquilizarle; le dimos una cena opulenta, y puso su sello en el tratado.

Se hallaba aun el enemigo á una jornada de distancia: nuestros hombres y caballos tenían suma necesidad de descanso; y el Drahy mandó hacer un alto de dos días; pero nuestros enemigos no nos concedieron tan deseada tregua. Desde que tuvieron noticia de nuestro arribo, se pusieron en marcha, y al otro día teníamos á una hora de nosotros treinta mil hombres acampados. El Drahy hizo avanzar su ejército á la orilla del río para que no nos interceptasen el agua, y tomamos posición cerca del pueblo El-Hutto.

La mañana siguiente envió el Drahy una carta conciliadora á los gefes de las cinco tribus que venían á atacarnos (1); pero no surtió efecto esta

(1) Las tribus El-Tedhay, cuyo gefe era Donockhry; El-Modiam mandada por Saker-Ebn-Hamed; El Sabb, gefe Mohdi Ebn-Hud Muayege, gefe Bargias; y Mehayede, gefe Amer-Ebn-Noggies.

tentativa, pues la respuesta fué una declaración de guerra en términos, que manifestaban que habían sido calumniadas nuestras intenciones, y que estos gefes obraban impulsados por mano estraña.

Scheik Ibrahim propuso enviarme con regalos para que pudiésemos entendernos, y como mis embajadas habían tenido hasta entonces tan buenos resultados, yo acepté con gusto esta comision, y partí solamente con un guia; mas en cuanto llegué á la tienda de Mohdi, que era la primera, los beduinos que formaban la vanguardia se arrojaron como fieras sobre nosotros, nos robaron los regalos, nos despojaron de nuestros vestidos, nos cargaron de cadenas los pies, y nos dejaron desnudos sobre la ardiente arena.

Yo pedí que me dejaran explicarme, y me amenazaron con la muerte. Al cabo de pocos instantes vi venir al pérfido Absi, el mercader ambulante que había recorrido las tribus para suscitarlos enemigos, y entonces comprendí la causa del trato inaudito de que éramos víctimas. Su presencia me encolerizó de tal modo, que sentí renacer mi valor, y me dispuse á morir con valentia, sino podia vivir para vengarme.

Este infame se acercó á mí, me escupió en la cara, y me dijo.

—«Perro infiel, ¿de qué modo quieres que separe el alma de tu cuerpo?»

—«Mi alma, le respondí yo, no está en tu poder: mis dias están contados por Dios; y si ahora deben concluir, poco me importa el modo; mas si debo vivir todavía, no tienes poder ninguno para matarme.»



Con esto se retiró para escitar nuevamente á los beduinos contra mí.

Efectivamente, todos ellos tanto hombres como mujeres, vinieron á vernos é insultarnos; los unos me escupian; los otros me arrojaban arena á los ojos, muchos me punzaban con sus djerids, y permanecí veinticuatro horas sin comer ni beber, sufriendo martirios indecibles.

Por la tarde del segundo día se acercó á mí un jóven llamado Yahur, y separó á los muchachos que me atormentaban. Yo habia fijado ya la atencion en él, porque de cuantos habia visto era el único que no me habia ultrajado. Me ofreció traerme pan y agua á la caída de la tarde.

--«El hambre y la sed me importan poco, le dije; pero si podeis sacarme de este estado, os recompensaré con generosidad.»

Me prometió intentarlo; y con efecto á media noche vino con la llave de mis hierros, que habia tenido la destreza de procurarse mientras que cenaban los gefes: abrió los candados; me los quitó sin hacer ruido, y yo sin detenerme á vestirme me volví corriendo á mi tribu.

Dormian todos en el campamento, á escepcion de los cuatro negros que estaban de guardia á la entrada de la tienda del Drahý: al verme lanzaron un grito, y fueron á despertar á su amo, que vino con Scheik-Ibrahim; los dos me abrazaron llorando, recompensaron generosamente á mi libertador, y el Drahý se mostró muy afligido por el trato que me habian dado, pues le indignó sobremanera esta violencia del derecho de gentes. Al instante tomó sus disposiciones para el ataque, y al salir el Sol vimos que el enemigo habia hecho otro tanto.

El primer día no hubo ventaja notable por una ni otra parte: solo Auad, gefe de la tribu Sualleme, perdió su yegua, que no habia querido vender por veinticinco mil piastras. Todos los beduinos sintieron esta pérdida, y el Drahý le dió uno de sus mejores caballos, aunque muy inferior á la yegua que le habian muerto los enemigos. Al día siguiente continuó la accion con mas encarnizamiento que la vispera: nuestra pérdida fué mayor que la de los contrarios, y necesitábamos obrar con la mayor prudencia, pues no podíamos oponerles mas que quince mil hombres. Cuarenta de los nuestros cayeron en su poder, mientras que nosotros solo habíamos hecho quince prisioneros; si bien es verdad que entre estos últimos se hallaba Hamed, hijo del gefe Saker. Los prisioneros fueron encadenados por una y otra parte.

Despues de estos dos dias hubo una trégua tácita de tres, durante los cuales los ejércitos estuvieron á la vista sin hacer demostracion hostil. El tercer dia se presentó en nuestro campo con un solo hombre el Scheik-Saker, lleno de inquietud por la suerte de su hijo, el cual era un jóven muy valiente, y muy amado de su padre y de toda la tribu. Hamed habia sido bien tratado por nosotros, y yo le habia curado sus heridas. El Drahý recibió á Saker con mucha distincion, y este, despues de las atenciones de costumbre, habló de la guerra y manifestó que estrañaba el empeño del Drahý en esta coalicion contra los waha-bitas; añadiendo que no podia creer tanto desinterés, y que era preciso que tuviese motivos secretos ó miras personales.

--«Vos, dijo, no debeis tomar á mal que yo no me comprometa en un tratado, cuyo objeto no conozco. Confiadme vuestro designio, y lo secundaré con toda mi fuerza.»

Le contestamos que no confiábamos nuestros secretos á aquellos de cuya amistad no teníamos seguridad y que si queria firmar el tratado, no tendríamos nada oculto para él. Entonces quiso tomar conocimiento del compromiso que iba á contraer, y despues de haber oido la lectura de los diferentes artículos, que le parecieron muy bien, nos aseguró que le habian presentado las cosas de un modo muy distinto, y nos refirió las calumnias que Absí nos habia levantado.

Tras esto estampó su sello al pie del tratado, y nos suplicó que le manifestásemos nuestro objeto. Scheik-Ibrahim le dijo entonces que el objeto principal era abrir paso desde las costas de Siria hasta las fronteras de la India para un ejército de cien mil hombres, mandado por un conquistador poderoso, que queria libertar á los beduinos del yugo de los turcos, investirlos de la soberanía del pais, y abrirles los tesoros de la India; le aseguré que en esto no podian perder nada; que por el contrario, tenian mucho que ganar en la ejecucion de este proyecto; y que el éxito dependía de la reunion de las fuerzas y de las voluntades. Prometí que sus camellos se pagarían á un precio muy subido para el trasporte y aprovisionamiento de este considerable ejército, y le presenté el comercio de estas dilatadas regiones como una inagotable fuente de riqueza.

Saker entró abiertamente en nuestras miras; pero era preciso explicarle que el waha-



bita (1) podia contrariar nuestros planes; pues por su fanatismo religioso se opondria al paso de un ejército cristiano, y su espíritu de dominacion, que le hacia dueño del Yemen, de la Mecca y de Medina, estendería sus pretensiones hasta la Siria, donde los turcos no podian oponerle una seria resistencia: que por otra parte habia una gran potencia marítima enemiga de la que se queria favorecer, la cual haria alianza indudablemente con él, y enviaria fuerzas por mar para cortar el camino del Desierto.

Despues de muchas oponentes, en las cuales Saker manifestó tanto juicio como sagacidad, convino enteramente con nuestras ideas, y prometió emplear toda su influencia sobre las otras tribus. Se acordó que el seria él jefe de los beduinos del pais, en que nos hallábamnos, del mismo modo que lo era el Drahy de los de la Siria y la Mesopotamia, y se comprometió á reunir bajo sus órdenes las diferentes tribus en el año siguiente, mientras que nosotros continuábamos nuestro camino, que hallaríamos allanado al regreso. Nos envió nuestros cuarenta prisioneros, y al otro dia nos escribió que Mohdi y Duockhry no se oponian á nuestro proyecto; y que iba á conferenciar con Bargiass, que se hallaba á tres leguas.

Con efectó, levantó el campo, y nosotros hicimos lo mismo, porque la reunion de tantos hombres y ganados habia cubierto la tierra de inmundicia, y era intolerable nuestra permanencia en aquel sitio.

Fuimos á acampar á Maital-El-Ebbed junto al

(1) Se daba este nombre á Ebn Sihud, rey de los wahahitas.

castillo árabe, donde permanecimos ocho días, en los cuales vino á vernos Saker; y convinimos en que él se encargaría de reunir á los beduinos de estas comarcas; y que nosotros volveríamos á Siria, no fuese que alejándonos demasiado de nuestras primeras conquistas, se aprovecharan los enemigos de nuestra ausencia, y no solo enredasen nuestros negocios, sino que separasen de nuestra alianza algunas tribus.

Ademas estaba adelantada ya la primavera, y debíamos darnos prisa en llegar para que no ocupasen otros los pastos de la Siria y la Mesopotamia.

Remitimos, pues, al año siguiente el designio de estender nuestro reconocimiento hasta las fronteras de la India; entonces Saker habria preparado los ánimos á ayudarnos, porque como decíel «se desarraiga un árbol por una de sus ramas.

Marchamos algunos dias y llegamos á la Mesopotamia: empleamos dos dias en pasar el Eufrates, cerca de Mausuri, y en salir del desierto El-Hamad, y acampamos en un sitio donde no habia agua potable; pues aunque se encontraba haciendo hoyos bastante profundos, servia solamente para el ganado, y los hombres no podian beberla. Este sitio se llama Halil-el-Dow, porque no se puede beber mas que leche.

Despues fuimos á El-Sarha, que abunda en agua y pastos, y confiábamos desquitarnos de nuestras privaciones; mas una circunstancia nos disgustó muy pronto, pues el suelo estaba cubierto de una yerba que llaman el-khrafir, que comen con ansia los camellos; pero que tiene la propiedad de embriagarlos hasta ponerlos locos, y entonces cor-

ren á derecha y á izquierda, rompen cuanto encuentran, derriban las tiendas, y persiguen á los hombres.

En cuarenta y ocho horas nadie pudo dormir, porque los beduinos estaban ocupados siempre en calmar el furor de los camellos y en sujetarlos. Una guerra verdadera me hubiera parecido preferible á esta continua lucha con unos animales, cuya prodigiosa fuerza se veía aumentada por el delirio, y presentaba riesgos incalculables. Mas parecia que el triunfo de la destreza sobre la fuerza tenia atractivo para estos hijos de la naturaleza; porque cuando fuí á ver al Drah y para deplorar el estado febril en que nos tenia esta revolucion de una especie tan nueva, se rió mucho, y dijo que era una de las mayores diversiones de los beduinos.

Cuando estamos hablando vimos venir derecho hácia nosotros un altísimo camello con la cabeza levantada, y alzando una nube de polvo con sus anchurosos pies. El Drah y asió uno de los postes de su tienda, esperó al animal, le descargó un golpe tan furioso en la cabeza, que el poste se hizo astillas, y el camello se dirigió á otro lado para desahogar su furia. Entonces se suscitó la disputa sobre cual de los dos era mas fuerte, el scheik ó el camello: el scheik alegaba que si el poste no se hubiera quebrado, hubiera roto la cabeza del animal; y los asistentes opinaban por la superioridad del animal, que habia roto el obstáculo que se le oponia. Mas yo dije que los dos eran iguales en fuerza, porque ninguno de los dos habia quedado vencido, y este fallo provocó la risa de los circunstantes.



Al día siguiense levantamos el campo, y en el camino recibimos un espreso de Saker, participándonos el mal éxito de la negociacion con Bargiais, porque el mercader ambulante Absi se habia captado toda su confianza, y le escitaba contra nosotros; en términos que le habia decidido á unirse con Mehanna y los wahabitas, que debian enviar un ejercito para destruirnos. El Drahy respondió á Saker, que esto no debia darle inquietud alguna, porque Dios era mas fuerte que ellos, y haria triunfar la razon, con lo que seguimos nuestro camino.

Poco despues supimos que la tribu El-Calfa estaba acampada en Zualma. El Drahy juzgó que era muy importante asegurarse de la cooperacion de esta poderosa y valiente tribu. Aunque su scheik El-Giassem era un amigo antiguo del Drahy, no sabia leer ni escribir, y era muy peligroso dirigirle una carta, que podria ser leida por un turco, y perjudicar mucho á nuestros intereses, como habíamos tenido la desgracia de experimentar con Absi el mercader. Yo fui, pues, encargado de avistarme con él y partí escoltado por seis beduinos montados en dromedarios.

Al cabo de dos horas llegamos al lugar designado; mas tuvimos el disgusto de saber que habia levantado el campo, y no hallamos indicio ni señal del camino que habia tomado. Aquella noche la pasamos sin beber ni comer, y al día siguiente entramos en deliberacion sobre lo que debíamos hacer. Lo mas urgente era buscar agua, porque la sed es mas insoportable que el hambre, y podíamos prometernos tambien encontrar á la vez las fuentes y la tribu; mas pasamos tres días enteros

sin encontrar ni la tribu, ni agua, ni alimento. Mi paladar estaba tan seco que no podía mover la lengua, ni articular una palabra: habia recurrido a todos los medios de engañar la sed metiendo en la boca piedrecitas y balas de plomo; pero mi rostro estaba negro ya, y mis fuerzas me abandonaban.

De repente gritaron mis compañeros: Giub-el-Ghamin! (nombre de un pozo conocido en el Desierto) y echaron a correr adelante. Estos hombres, endurecidos con la fatiga, y habituados á las privaciones las resisten de un modo inconcebible, por lo que estaban muy lejos del apuro en que yo me encontraba. Al verlos partir la irritacion de mis nervios y la estenuacion del cansancio me hicieron desesperar de llegar al pozo, en el que ademas me parecia que no me dejarian una gota de agua, y me tendí en tierra llorando. Cuando me vieron en este estado volvieron atrás y me animaron á hacer un esfuerzo para seguirles. Llegamos al pozo, y uno de ellos apoyándose sobre la baranda ó brocal sacó su sable, y dijo que cortaria la cabeza al que se quisiese acercar; añadiendo que nos dejásemos guiar por su esperiencia ó íbamos á perecer. Su tono de autoridad nos impuso y obedecimos sin replicar. Entonces nos llamó uno á uno, nos hizo asomar á la baranda, y comenzó por hacernos aspirar la humedad: despues tomó una corta cantidad de agua, humedeció nuestros labios con los dedos, empezando por mí; poco á poco nos hizo beber media taza, despues una entera, y durante tres horas nos estuvo dando cortísimas raciones de ella, hasta que al fin nos dijo que bebiésemos cuanto quisiésemos, pues ya no corríamos riesgo

ninguno; pero que si no le hubiéramos obedecido, hubiésemos muerto todos sin remedio, como sucedía á los que bebían sin precaucion, despues de una privacion tan larga.

Pasamos aquella noche bebiendo continuamente á la inmediacion de este pozo, tanto para suplir la falta del alimento, como para apagar nuestra sed; pues cuanto mas bebíamos mas deseábamos beber. Por la mañana subimos sobre una eminencia para descubrir mayor estension de terreno; mas ningun objeto se presentaba á nuestra vista en el dilatado Desierto.

Al fin uno de los beduínos creyó distinguir algo á una gran distancia, y nos dijo que era un *handag* forrado de grana, y colocado sobre un altísimo camello. Sus compañeros no distinguían nada; pero como no teníamos otro indicio mas claro que seguir, nos dirigimos hácia el lado que él indicaba, y con efecto poco despues vimos una gran tribu, y descubrimos el *handag*, que nos sirvió de faro, dando felizmente con la tribu que buscábamos.

Giassem nos recibió muy bien, y procuró hacernos olvidar nuestras privaciones y fatigas. Conferencié con él, y despues de haberle enterado de nuestros designios, dictó una carta para el Drahy, en la que ofrecia poner á su disposicion su tribu y sus bienes, añadiendo que su alianza debia ser mas íntima por la antigüedad de su amistad.

Yo partí gozoso con este importante documento, aunque por otra parte me causó muchísimo cuidado la noticia que me dió de la llegada á Siria de una princesa, hija del rey de Inglaterra la



cual desplegaba un lujo real, y habia sido recibida de un modo asombroso por los turcos que la dispensaban toda clase de honores. Esta señora habia colmado de regalos magníficos á Mehanna-el-Fadel, que la escoltó hasta Palmira, donde su largueza y profusion la grangeó un partido formidable entre los beduinos, que la habian proclamado reina (2).

Scheik-Ibrahim, á quien comuniqué esta noticia, quedó aterrado al oirla, pues creyó ver una intriga para trastornar nuestros planes.

El Drahý, notó nuestra inquietud, y procuró tranquilizarnos, diciéndonos que aunque sembrasen de sacos de oro todo el terreno que se estiende desde Hama á las fronteras de la India, no conseguirian separar á ninguna de las tribus de la alianza solemne que habian pactado.

—«La palabra de un beduino, añadió, es inviolable y sagrada: continuad, pues, en vuestro designio sin inquietud. Yo tengo formado mi plan de campaña: me dirijire al Horan para observar los pasos de Ebn-Sihud, que es el único que debemos temer, y despues volveré á acampar en las inmediaciones de Homs.»

Scheik-Ibrahim habia apurado todo el dinero y los articulos de comercio; por esto resolvió enviarme á Corieten, desde donde yo debia mandar una persona á Alepo para tomar algunos talaris. Marché, pues, alegre con la esperanza de volver á ver á mis amigos, y de descansar entre ellos algun tiempo. El primer dia de mi viaje no tuve accidente alguno: el segundo á las cuatro de la tar-

(1) Esta supuesta princesa era Lady Esther Stanhope.

de, y en un sitio llamado Cankum, vine á dar con una tribu, que suponía amiga, y que era justamente la de Bargiass.

No era ya tiempo de volver atrás, y me dirigí hácia la tienda del scheik, precedido de mi negro Fodda; mas apenas puso este el pié en tierra, fué asesinado en mi presencia, y vi ya todos los sables levantados contra mi cabeza. Mi estremecimiento fué tal, que ignoro lo que sucedió: solo me acuerdo de haber exclamado: «Deteneos: reclamo la proteccion de la hija de Hedal» y caí desmayado.

Cuando volví en mí, me hallé acostado en una tienda, rodeado de unas veinte mujeres, que se esforzaban en hacerme recobrar los sentidos; me hacian oler pelo quemado, vinagre y cebollas, mientras que otras me inundaban de agua, é introducian manteca derretida en mis labios secos y contraídos. Cuando me vieron recobrado, la mujer de Bargiass me tomó la mano, y me dijo:

— «No temais, Abdalla, estais en casa de la hija de Hedal, y nadie tiene derecho á tocaros.»

Poco despues se presentó Bargiass á la entrada de la tienda segun dijo, para hacer la paz conmigo; mas ella gritó eutonces.

— «Por la cabeza de mi padre no entrareis hasta que Abdalla se halle enteramente restablecido.»

Permanecí tres dias en la tienda de Bargiass, cuidado del modo mas afectuoso por su mujer, que trabajaba durante este tiempo en mi reconciliacion con su marido; mas yo estaba tan ofendido de su brutalidad, que me costó mucho trabajo perdonarlo, y solo consentí en olvidar lo que habia pasado, con la condicion de que firmara el tratado con el Drahý.

Nos abrazamos por fin, nos juramos fraternidad, y Bargiass me dió un negro diciéndome:

— «He sacrificado vuestro dinero, y os doy en compensacion una alhaja.»

Estas palabras aludian á los nombres de los dos negros, pues Fodda quiere decir dinero, y Giohar, que era el nombre del negro que me habia dado, quiere decir alhaja. En celebridad de nuestra reconciliacion hizo preparar un banquete, y estando á la mitad de la comida llegó un correo del Drahy que venia á todo escape, y traía á Bargiass una declaracion de guerra á muerte, concebida en los términos mas ofensivos é injuriosos.

«¡Traidor, le decia: tú que violas la sagrada ley de los beduinos! ¡Infame que asesinas á tus huéspedes! Osmanli de rostro negro! ¡Toda la sangre de tu tribu no basta á compensar la de mi querido Abdalla! Prepárate al combate, que mi caballo no se entregará un momento al descanso hasta que yo haya estirpado al último de tu raza!»

Con motivo de esta carta me apresuré á partir para evitar un conflicto y tranquilizar á Scheik-Ibrahim y al Drahy, los cuales me recibieron con inesplicable alegría; mi presencia les parecía tan milagrosa, que no podian dar crédito á sus propios sentidos, y les referi lo que habia ocurrido.

El siguiente dia tomé el camino de Corieten, donde permanecí veinte esperando la vuelta del comisionado que habia enviado á Alepo. Yo tenia suma necesidad de descanso y de renovar mis vestidos que se caían á pedazos: mas me vi á pique de prolongar mi mansion por mas tiempo del que creia, porque se esparció el rumor de que los wahabitas habian invadido el desierto de Damasco, y saquea-



do muchos pueblos, asesinando á los hombres hasta el último de los niños, no perdonando mas que á las mujeres, despues de haberlas despojado de todo.

El Scheik de Corieten, que no se hallaba en estado de oponer resistencia, hizo cerrar las puertas de la ciudad, prohibió la salida, y esperó temblando los acaecimientos. Pronto supimos que el enemigo habia atacado á Palmira; que los habitantes refugiados en el recinto del templo se habian defendido como leones; y que los wahabitas no pudiendo penetrar en él, se habian contentado con matar á los camelleros y llevarse los ganados.

De allí habian ido á saquear el pueblo de Arach y se habian esparcido por las inmediaciones.

Tan fatales noticias me alarmaron mucho sobre la suerte del comisionado, que habia enviado á Alepo; pero felizmente llegó sano y salvo con el dinero de Scheik-Ibrahim, pues se habia refugiado por algun tiempo en Saddad, cuyos habitantes habian pagado una fuerte contribucion, y no temian que temer por entonces.

Yo aproveché esta circunstancia, me quité el traje de beduino; me vestí como un cristiano de Saddad, y me dirigí a este pueblo donde pude adquirir noticias del Drah, que se hallaba acampado en Ghodat-El-Cham con la tribu de Bargiass.

Incorporéme á él lo mas pronto posible, y allí supe con sentimiento la temible coalicion que se habia formado entre Mehana-El-Fadel y la tribu del pais de Samarcanda.

Esta coalicion habia intrigado en Homs y en Hama; se la habian unido los gobernadores de estas dos ciudades, y turcos y beduinos habian formado una liga contra nosotros.

En tan crítica posición me acordé de nuestro amigo Solimán-Pachá, é insté á Scheik-Ibrahim á que fuese á Damasco, y conferenciase con él. Partimos desde luego; nos acercamos á casa del primer ministro Hagin, y este nos manifestó que la supuesta princesa de Inglaterra era Lady Stanhope, y que su influencia y sus regalos habian proporcionado á Mehanna el apoyo de un partido poderoso de los turcos.

Estos detalles nos confirmaron en la idea de que la Inglaterra, instruida de nuestros proyectos pagaba por un lado á los wahavitas, mientras procuraba reunir por otro los beduinos de la Siria á los turcos, por medio de Lady Stanhope.

En casa de Chabassan hallamos á un inglés que habia tomado el nombre de Scheik-Ibrahim; esta circunstancia vino á confirmar nuestras sospechas, y aunque él quiso interrogarnos, guardamos con él mismo la mayor circunspección. Conseguimos de Solimán-Pachá lo que deseábamos, y nos apresuramos á incorporarnos a la tribu.

Estaba tan lejos de desmayar el valor del Drahý que nos aseguró que haria frente á todos, cualquiera que fuese su número.

El buyurdi ó despacho que nos habia concedido Solimán-Pachá, prevenia que los gobernadores de Homs y de Hama respetasen á su fiel amigo, y á su hijo querido el Drahý-Ebn-Challah, que debia ser obedecido, como gefe supremo del desierto de Damasco, y que toda alianza contra él era opuesta á la voluntad de la Puerta.

Provistos de este documento avanzamos hácia Hama, y al cabo de algunos dias recibió Scheik-Ibrahim una invitación de Lady Stanhope para

que fuese á verla en union de su esposa madama Lascaris, que se habia quedado en San Juan de Acre. Esta invitacion le incomodó muchísimo, pues hacia tres años que no escribía á su mujer ni la daba noticia alguna de su paradero, para evitar que se supiese su residencia, y su intimidad con los beduinos; y no obstante era de absoluta precision responder á Lady Stanhope. En tal apuro la escribió diciéndola que tendría el honor de pasar á verla, tan pronto como se lo permitiesen las circunstancias.

Al mismo tiempo despachó un correo á su mujer previniéndola que no admitiese tampoco el convite de Ladi Stanhope: pero cuando llegó era ya demasiado tarde; porque inquieta y llena de cuidado esta señora por la suerte de su marido, se habia presentado en Hama en casa de Lady Stanhope para saber de él, y Mr. Lascaris se vió precisado á ir á verla.

Mientras ocurrían estos sucesos Mehanna se iba acercando confiado en la cooperacion de los turcos; el Drahya creyó que habia llegado el momento de presentar el despacho del pachá, y envió á su hijo Saher á Homs y Hama, donde fué recibido con mucha distincion. En vista de la orden, de que era portador, los dos gobernadores pusieron las tropas á su disposicion, y declararon por traidor á Mehanna, que habia llamado á los wahabitas, los cuales eran enemigos encarnizados de los turcos.

Lady Stanhope convidó á Saher á que fuese á su casa, le colmó de regalos, tanto para él como para su mujer; dió un makla y un par de botas á cada beduino de su escolta, y manifestó la in-



tencion de ir á visitar su tribu dentro de poco tiempo.

A pesar de esto Mr. Lascaris no tuvo motivo para quedar contento de su visita á la reina de Palmira, pues como Lady Stanhope no hubiese podido aclarar las relaciones que Mr. Lascaris tenia con los beduinos por medio de solapadas y capciosas preguntas, tomó al fin cierto tono de autoridad, que dió pretesto á Mr. de Lascaris para romper con ella. Con este motivo envió su mujer á Acre, y se separó de Lady Stanhope enteramente reñidos uno y otro.

Mehanna se disponía á romper las hostilidades; mas viendo que el Drahy no se intimidaba por verlo aproximar, juzgó prudente asegurarse con un refuerzo de los turcos, y envió á Homs á su hijo Faress para reclamar el cumplimiento de la promesa de aquel gobernador, el cual en lugar de confiarle el mando de un cuerpo de tropas, le hizo cargar de hierros y lo metió en la cárcel. Mehanna quedó consternado al saber tan desagradable noticia; y no solo se vió caido del mando supremo, sino en la triste y humillante necesidad de someterse al Drahy, y de reclamar su proteccion contra los turcos.

Este pobre anciano, agoviado por tan inesperado revés, fué á implorar la mediacion de Assaf el Scheik de Sabdad, que le prometió negociar un trado de paz. Efectivamente, partió con cien caballos para acompañarle, y dejando á Mehanna con su escolta á corta distancia del campamento, se adelantó Assaf solo á la tienda del Drahy que le recibió como amigo, pero que se negó desde luego á admitir la sumision que le propuso de Mehan-

na. Nosotros interpusimos nuestra mediacion: Scheik-Ibrahim hizo valer la hospitalidad con que le habia recibido á su llegada al Desierto: Saher besó dos veces la mano de su padre, y unió sus instancias á las nuestras, y el Drahy concluyó por ceder.

Entonces los principales de la tribu se pusieron en marcha para recibir á Mehanna con las atenciones debidas á su edad y á su rango; y cuando se apeó del caballo, le hizo sentar el Drahy en el sitio de honor en el testero de la tienda, y mandó que trajesen el café. Al oír esta orden Mehanna se levantó y dijo:

«Yo no tomaré tu café hasta que nos hayamos reconciliado enteramente, y hayamos enterrado as siete piedras.»

El Drahy se levantó; ambos sacaron sus sables y se los dieron á besar mutuamente: despues se abrazaron, lo mismo que todos los presentes. Mehanna hizo en medio de la tienda con su lanza un hoyo de la profundidad de un pie, y habiendo escogido siete piedrecitas dijo al Drahy.

«En nombre del Dios de paz, para tu seguridad y la mia, enterremos así para siempre nuestra discordia.»

A medida que iban arrojando las piedrecitas las iban cubriendo los dos scheiks, y removian la tierra con sus pies, mientras que las mujereres daban terribles gritos. Terminada esta ceremonia, que ellos llaman hashat, cada uno volvió á ocupar su lugar y se sirvió el café.

Desde aquel momento no era permitido suscitar conversacion sobre lo pasado, ni hablar tampoco de guerra; y me aseguraron que para que

fuese válida una reconciliación, debía hacerse con estas ceremonias.

Después de una comida suntuosa procedí á la lectura del tratado, en el que pusieron su sello Mehanna y cuatro gefes de otras tantas tribus (1). Las fuerzas reunidas hasta entonces ascendían á siete mil seiscientas tiendas, y la mayor ventaja consistía en que el Drahy quedaba gefe de todos los beduinos de la Siria, donde no tenía ya ningún enemigo.

Saher fue á Homs á solicitar la libertad de Faress, y lo trajo vestido con una pelliza de honor, para tomar parte en los regocijos generales, después de cuya celebración se dispersaron las tribus, y ocuparon todo el país desde el Horan hasta Alepo.

Nosotros solo esperábamos que pasase el verano para volver á marchar á Levante, á fin de concluir los negocios que habíamos empezado el año anterior con las tribus de Bagdad y de Bassora. Este tiempo de descanso y de calma lo empleamos en los preparativos de la boda de Giarah, hijo de Faress y gefe de la tribu El Harba, y Sabba, hija de Bargiass, joven la más hermosa del Desierto. Yo tomé un interés particular en este enlace, porque conocí á la novia durante mi mansión en casa de su madre.

Faress rogó al Drahy que le acompañase á casa de Bargiass para pedirla en casamiento, y los principales de la tribu les acompañaron también

(1) Zarack Ebn-Fahrer de la tribu El-Giculan; Grarah Ebn-Meghiel de la tribu El-Giahma; Ghaleb Ebn-Ramdonn de la tribu El-Ballahis; y Faress Ebn-Neged de la tribu El-Maskher.



con sus mas ricos trages. Llegamos á la tienda de Bargiass, sin que saliese nadie á recibirnos; y el mismo Bargias no se levantó tampoco cuando entramos, porque tal es la costumbre en semejantes casos, y el menor acto de atencion sería considerado como una muestra de afan, y por consiguiente reputado por contrario al decoro.

Despues de algunos momentos tomó la palabra el Drahy, y dijo á Bargiass.

«¿Por qué nos recibes tan mal? Si no quieres darnos á comer, nos volveremos á nuestra casa.»

Entre tanto Sabba, retirada en la parte de la tienda reservada á las mujeres, miraba á su amante por la abertura del lienzo; pues antes de entablar la conversacion es preciso que la jóven dé muestras de aceptar el amante que se la presenta, porque si despues de este exámen secreto manifestase á su madre que no le gustaba, estaba todo concluido; mas en aquella ocasion era un jóven hermoso, con un aire de nobleza y altivez, y Sabba dió la señal de su consentimiento á su madre la cual respondió entonces al Drahy.

--Seais bien venidos: no solo os daremos de buena voluntad nuestra comida, sino que os concederemos lo que deseais.

--Venimos, dijo el Drahy, á pedir la mano de vuestra hija para el hijo de nuestro amigo. ¿Qué quereis que la demos en dote?

--Cien nakas (1), respondió Bargiass: cinco caballos de la casta de Negde: quinientas obejas: y tres negros y tres negras para servir á Sabba. En cuanto al ajuar, un makla bordado de oro, un

(1) Hembras de camellos de la mejor especie.

vestido de seda de Damasco, diez brazaletes de ambar y de coral y botas amarillas.

El Drahý le hizo algunas observaciones acerca de la exorbitancia de este pedido, y añadió despues.

—Tú quieres justificar el proverbio árabe: *si no quieres casar á tu hija encarece su precio*. Procura pues, ponerte en razon si quieres que este casamiento se realice.

El dote se arregló por fin en cincuenta nakas, dos caballos, doscientas obejas, un negro y una negra: mas el ajuar quedó ajustado sin rebaja alguna, y todavía se añadieron maklas y botas amarillas para la madre, y muchas otras personas de la familia.

Yo escribí las condiciones, las leí en alta voz; los asistentes recitaron la oracion *Faliha* de los musulmanes, con lo que se daba la sancion al contrato, y se dió á beber leche de camella, como se hubiera dado limonada en la Siria. Despues de la comida los jóvenes montaron á caballo para entregarse á los juegos del djerid y otros, Giarah se distinguió en ellos para agradar á su novia, que quedó prendada de su agilidad y gracia; y al anochecer nos separamos todos, y cada uno se dedicó á los preparativos de la boda.

Al cabo de tres dias estaba aprestado ya el dote ó el precio de Sabba, y una comitiva numerosa se puso en camino dispuesta en el orden siguiente.

A la cabeza marchaba un beduino montado, con una bandera blanca á la estremidad de su lanza, y gritando: «Yo traigo el honor sin mancha de Bargiass!» A este seguian los camellos

adornados con guirnaldas de flores y hojarasca, acompañados por sus conductores: despues el negro á caballo ricamente vestido, rodeado de hombres de á pie y cantando canciones populares, y detras de ellos un destacamento de guerreros armados de fusiles y disparando tiros. Seguia una mujer con una pira de fuego, donde quemaba incienso sin parar, y tras ella las ovejias de leche conducidas por los pastores, que iban cantando como hacia Chibuk el hermano de Antar dos mil años antes; pues las costumbres de los beduinos no padecen alteracion alguna. Por fin marchaba la negra rodeada de doscientas mujeres á pie, cuyo grupo no era el menos estrepitoso, porque los gritos de alegria y el canto de boda de las mujeres árabes son sumamente agudos. Cerraba la comparsa el camello que llevaba el ajuar; los malkas bordados de oro iban estendidos por todos lados y cubrian el animal; las botas amarillas colgaban á los costados, y los artículos de mas valor formando festones y arreglados con arte, presentaban un suntuoso golpe de vista.

Un muchacho, el mas distinguido de la familia, montado sobre un camello iba gritando: «¡Que salgamos siempre vencedores! Que se apaguen para siempre los fuegos de nuestros enemigos!» Y otros niños que le acompañaban respondian: «Amen.»

Por lo que á mi respecta, iba corriendo de una parte á otra para disfrutar mejor de este espectáculo.

Bargiass salió á recibirnos esta vez con los ginetes y las mujeres de su tribu: entonces se hicieron mas estrepitosos los gritos y los cantos; y



los caballos escapados por todos lados nos envolvieron en una inmensa nube de polvo.

Cuando se presentaron los regalos y se arreglaron en orden al rededor de la tienda de Bargiass, se hizo el café en una caldera muy grande, y lo tomaron todos mientras que se servía la comida.

Diez camellos, treinta carneros y una cantidad considerable de arroz constituían la parte principal de la comida, despues de la cual se vació otra caldera de café; y aceptado el dote se terminó la ceremonia recitando la oracion mencionada, y se convino en que Giarah vendría á buscar á su novia al cabo de tres dias.

Antes de partir entré con Scheik-Ibrahim en la habitacion de las mujeres para hacer que este conociese mas particularmente á la esposa de Bargias, y la diese gracias nuevamente por los cuidados que me habia prodigado; ella me contestó que queria aumentar mi reconocimiento dándome á su sobrina en casamiento; pero Scheik-Ibrahim diferió hasta el año próximo aprovecharse de la buena voluntad que me manifestaba.

El dia fijado para la celebracion de la boda se esparció la noticia de que un formidable ejército de wahabitas habia entrado en el Desierto: los correos volaban de tribu en tribu previniéndolas que se reuniesen de tres en tres ó de cuatro en cuatro, para que pudiesen recibir al enemigo en todos los puntos, y poco faltó para que no comenzase la boda con un verdadero combate á muerte, en vez de la batalla fingida que se acostumbraba.

El Drah y los demas gefes salieron por la ma-

ñana muy temprano con mil caballos y quinientas mujeres para ir á conquistar á Sabba: á cierta distancia del campo hizo alto este ejército: los viejos y las mujeres se apearon para esperar el resultado de la accion entre los jóvenes que iban á apoderarse de la novia, y los de la tribu que se oponian á este intento. Esta escaramuza tiene á veces consecuencias funestas; pero no es permitido que tome el novio parte en ella, para evitar que sus rivales formen contra él algun complot. Los combatientes esta vez solo tuvieron veinte heridos, y la victoria quedó por los nuestros, como debia ser, pues consiguieron apoderarse de la novia, y la depositaron en manos de las mujeres de la tribu.

Sabba iba acompañada de veinte doncellas, y seguida de tres camellos cargados el primero llevaba su *haudag*, cubierto de grana guarnecido de flecos y borlas de lana de distintos colores, y adornado con plumas de avestruz: el interior estaba adornado con festones de conchas y sartas de vidrio de colores tambien, y con pequeños espejos que colocados de distancia en distancia reflejaban por todos lados los objetos. Hallábanse preparados almohadones de seda para recibir á la novia. El segundo camello llevaba su tienda, y el tercero sus alfombras y sus chismes ó trebejos de cocina.

Despues de colocada la novia en su *haudag*, rodeada de las mujeres de los gefes montadas en sus camellos, y de otras á pie, principió la marcha. Muchos ginetes que corrian delante anunciaban su llegada á las tribus que debíamos encontrar, las cuales salian á recibirnos quemando

incienso y degollando carneros á los pies del camello de la recién casada; pero nada puede dar idea de esta escena, ni de las que siguieron aquel día y aquella noche, pues sería imposible enumerar las danzas, los cantos, los fuegos, los banquetes, los gritos y algazara que sucedieron á su llegada.

En el convite de los gefes se devoraron dos mil libras de arroz, veinte camellos y cincuenta carneros: ocho tribus enteras comieron á costa de la generosidad de Faress, y todavía á media noche se gritaba:

«Que vengan á acomer los que tengan gana.»

Yo tenía tanta reputación entre ellos que Giarah me pidió un talisman que asegurase la felicidad de esta union: escribí la cifra de su nombre y la de su mujer en caracteres europeos; se la entregué con solemnidad, y nadie dudó de la eficacia de este talisman al ver la alegría de los esposos.

Pocos dias despues supimos que los wahábitas con un ejército de diez mil hombres sitiaban á Palmira: el Drahy dió orden de marchar contra ellos, y los encontramos en El-Dauh. El primer dia se tiraron solamente algunos tiros de fusilería por una y otra parte, hasta entrada la noche; mas sin empeñar una acción. Entonces pude conocer la utilidad de los marduffs en estas guerras del Desierto, en las que es preciso llevar todas las provisiones del ejército para mucho tiempo: los camellos montados por dos hombres son una especie de fortalezas ambulantes, abastecidas de todo lo necesario para su alimento y defensa; pues llevan un pellejo de agua, una gran talega de ha-



rina, otra de dátiles secos, una vasija con manteca de obejã, y las municiones de guerra, con lo que forman como una torre cuadrada sobre el lomo del animal, y los hombres colocados cómodamente á los dos lados sobre asientos de cuerdas, no necesitan recurrir á nadie para su defensa. Cuando tienen hambre amasan un poco de harina con manteca, y la comen sin hacerla cocer; y un puñado de dátiles y un poco de agua completan la comida de estos hombres tan sóbrios: para dormir tampoco abandonan su asiento, sino que se recuestan sobre el camello.

El día siguiente fué mas sério el combate: nuestros beduinos se batieron con mas encarnizamiento que sus contrarios, porque tenian detrás á sus mujeres y á sus hijos; al paso que los wahabitas, lejos de su país, solo buscaban el pillaje, y no querian esponer su vida cuando no tenian que ganar. La noche separó los combatientes; pero al amanecer volvió á empezar con furor la batalla, y por la tarde se decidió la accion en favor nuestro; pues les habíamos muerto sesenta hombres, hecho veintidos prisioneros, y tomado catorce magnificas yeguas y sesenta camellos: los demas huyeron y nos dejaron dueños del campo de batalla.

Esta victoria aumentó la reputacion del Drahy, y llenó de gozo a Scheik-Ibrahim.

No teniendo ya enemigos que temer en el desierto de Siria, Scheik-Ibrahim se separó por algun tiempo del Drahy, y se fué á Homs para escribir á Europa, y para abastecerse de géneros. Mientras permanecemos en esta ciudad me dió una entera libertad para divertirme y descansar de

mis fatigas con mis amigos, y gozaba doblemente de esta vida de placer por el contraste de la que habia llevado entre los beduinos. Pero ¡ay! mi dicha debia ser de corta duracion, y cambiarse muy pronto en amarga tristeza. Un comisionado que habiamos enviado á Alepo por dinero para Mr. de Lascaris, me trajo una carta de mi madre, que estaba sumergida en la afliccion por la muerte de mi hermano mayor, arrebatado por la peste: la misma incoherencia de su carta demostraba la vehemencia de su dolor.

Hacia tres años que nada sabia de mí: ignoraba absolutamente mi paradero, y me suplicaba con las mas vivas instancias que fuese á verla, si todavia estaba en el mundo.

Esta horrorosa noticia me privó de mis sentidos, y estuve tres dias sin saber lo que me sucedía, y sin querer tomar alimento alguno. Gracias á los cuidados de Mr. de Lascaris, fui recobrándome poco á poco; mas todo lo que pude conseguir de él fué el que me dejase escribir á mi madre, y aun esta carta no la pude enviar hasta la víspera de nuestra partida, por el temor de que viniese á buscarme. Pero pasemos por alto los detalles de mis sentimientos personales, que no pueden interesar al lector, y volvamos á la relacion de nuestros viajes.

El Drahý nos avisó de que partiria muy pronto para Levante, y nos apresuramos á ponernos en camino para reunirnos á él, pues al efecto nos envió tres camellos, dos yeguas y cuatro guías. El dia que dejamos á Homs tuve una opresion de corazon tan extraordinaria, que me pareció un presentimiento funesto: se me figuraba que iba á bus-

car una muerte prematura; mas procuré hacerme las mas sólidas reflexiones, y concluí por persuadirme de que esta opresion era el resultado del abatimiento que me habia ocasionado la carta afflictiva de mi madre. Partimos por fin, caminamos todo el dia, y habiéndonos persuadido nuestros guias de que debiamos continuar la marcha, pues solo habia veinte horas desde el punto de donde habiamos salido, seguimos andando, y no nos sucedió nada de particular hasta media noche.

El movimiento monotoho y lento de la marcha comenzaba á adormecernos, cuando el guia que iba delante nos gritó que abriésemos bien los ojos, porque estábamos á la orilla de un abismo profundo. El camino era un sendero de la anchura de un pie, á la derecha teniamos un monte elevado y cortado perpendicularmente, y á la izquierda un precipicio llamado Wadi-el-Hail.

Yo me desperté asustado, me estregué los ojos, recogí la brida que habia soltado, y que descansaba sobre el cuello de la yegua; y esta precaucion que tomaba para mi seguridad, me puso á pique de perder la vida; porque el animal tropezó en una piedra; Yo le tiré las riendas con demasiada fuerza; se levantó de manos, y al tomar tierra perdió la senda, le faltó tierra y cayó conmigo en el precipicio.

Ignoro lo que sucedió en estos momentos de angustia; pero he aquí lo que Scheik-Ibrahim me refirió despues.

Estremecido del susto, se apeó del caballo, y procuró examinar el precipicio en que yo habia desaparecido; mas la noche era demasiado lóbrega, solo por el ruido habia conocido mi caída, y



no vió á sus pies sino un abismo, cuyo fondo se perdía en la oscuridad. Entonces se echó á clamar con desesperación, suplicó á sus guías que bajasen al precipicio, y estos le contestaron, que era un trabajo inútil, porque yo debía estar hecho pedazos por las puntas ó picos de los peñas: él declaró que no se movería de allí hasta que la luz del día permitiese buscarme; ofreció cien talaris al que recogiese mi cuerpo por mutilado que estuviese; pues no podía consentir en que fuese pasto de las fieras ó de las aves de rapiña, y se sentó á la orilla del precipicio á esperar con la amargura de la desesperacion los primeros resplandores del dia.

Tan pronto amaneció bajaron los cuatro hombres y me hallaron sin conocimiento, suspendido por la faja que llevaba á la cintura, que se habia enganchado al rodar, y con la cabeza colgando. La yegua estaba muerta á algunas toesas mas abajo en el fondo del barranco, y yo tenia diez heridas en la cabeza, el brazo izquierdo enteramente desnudo, las costillas ahondadas, y las piernas desolladas y descarnadas en algunas partes hasta los huesos. Cuando me pusieron á los pies de Scheik-Ibrahim, yo no daba señales de vida, y se arrojó llorando sobre mí; mas como tenía algunos conocimientos de medicina y nunca viajaba sin un pequeño botiquin, no empleó mucho tiempo en estériles lamentos. Primero me aplicó espíritus á las narices, y convencido de que no estaba enteramente muerto, me colocó cuidadosamente sobre un camello y volvió atrás hasta el pueblo el Habedin.

En este corto tránsito se hinchó mi cuerpo considerablemente, sin dar otra señal de vida, y el

seheik del pueblo me hizo tender en un colchon, y envió á buscar un cirujano á Homs.

Nueve horas permanecí sin dar muestras de sensibilidad; al cabo de ellas abrí los ojos, sin tener percepcion de lo que pasaba en torno mio, ni recuerdo de lo que me habia sucedido, y me hallaba como soñando, sin sentir ningun dolor. Así permanecí veinticuatro horas, y sólo salí de este letargo para sentirlos tan vivos é intensos que hubiera preferido quedarme en el fondo del precipicio antes que sufrirlos.

Scheik-Ibrahim no se apartaba de mí, y no paraba de hacer al cirujano las mas generosas ofertas si lograba curarme: este empleó con efecto todo su celo: pero sus conocimientos eran bastante escasos, y al cabo de treinta dias empeoró tanto mi estado, que se temia la gangrena.

El Drahhy vino á verme tan pronto como supo esta desgracia: lloró tambien, y ofreció considerables regalos al cirujano, para escitar su celo; mas en medio de su sensibilidad, no podia disimular su sentimiento por la pérdida de su yegua Abaige, que era de la primera raza, y valia diez mil piastras.

Por lo demas, la pena lo tenia fuera de sí, lo mismo que á Ibrahim, y los dos temian no solo el pardarme, pues me estimaban en mucho, sino tambien el que mi muerte malograra sus trabajos y defraudara sus esperanzas. Yo procuraba tranquilizarles diciéndoles que no creia morir, pero todo anunciaba que cuando menos no podria viajar en muchísimo tiempo.

El Drahhy se vió precisado á dejarnos para emprender su viaje al Oriente, donde debia pasar el

invierno, y Scheik-Ibraim se desconsolaba al ver que yo iba de peor en peor.

Por fin supo que en el pueblo de Dair Attié habia un cirujano de mas conocimientos, y le hizo llamar. El se negó á venir, y pidió que me trasladasen á su casa; por consiguiente se me hizo una litera lo mejor que se pudo; se me colocó en ella, y me condujeron allá con la esposicion de que espirase en el camino.

Este cirujano cambió enteramente el aparato de mis heridas, las lavó con vino caliente; permaneci tres meses en su casa sufriendo un terrible martirio, y echando menos á todas horas la muerte de que me habia libertado; y despues fui trasladado á Nabec, donde estuve todavía cinco meses en cama.

Pasado este tiempo principió verdaderamente mi convalecencia, que fué aun interrumpida por varias recaidas: cuando veia un caballo, me ponía pálido; me estremecía, y caía desmayado: este estado nervioso duró cerca de un mes; y debo confesar que me ha quedado siempre una especie de horror hácia este noble animal, y que he jurado no montarlo nunca sin una necesidad absoluta.

Mi enfermedad costó muy cerca de quinientos talaris á Scheik-Ibraim; pero lo que no puede evaluarse son los cuidados y desvelos verdaderamente paternales que tuvo por mí, pues á ellos debo la vida.

En el tiempo de mi convalecencia supimos que el pachá de Damasco habia sido reemplazado por otro, llamado Soliman Selim, y esta noticia fué muy desagradable para nosotros, porque nos hizo temer la pérdida del crédito que teníamos con los turcos.



Habian ya trascurrido diez meses: estabamos en la segunda primavera, y esperabamos con impaciencia la llegada de nuestros amigos los beduinos, á tiempo que recibimos un correo que felizmente nos anunció su aproximacion. Lo hicimos volver inmediatamente al Drahy, que le recompensó con generosidad la noticia de mi restablecimiento, y esto produjo mucha satisfaccion en la tribu, en la que hacia tiempo que me creian muerto.

Esperamos algunos dias aun á que la tribu se acercase, y en este intervalo llegó á mi noticia una historia original, que la creo digna del conocimiento de los lectores, porque da idea de las costumbres de estos paises.

Un comerciante de Natolia, escoltado por cincuenta hombres, conducia diez mil carneros para venderlos en Damasco. Por el camino hizo conocimiento con tres beduinos; trabó amistad con uno de ellos; y este en el momento de separarse le propuso hacer fraternidad con él. El comerciante no veía la utilidad que le podia reportar tener un hermano entre los pobres beduinos, siendo un propietario de diez mil carneros, y yendo escoltado por cincuenta soldados; mas como el beduino Chatti insistiese, para desembarazarse de él, le dió dos piastras y un poco de tabaco como prendas de fraternidad. Chatti partió las dos piastras con sus dos compañeros, y les dijo:

—«Sed testigos de que este hombre se ha hermanado conmigo.»

Se separaron, y el comerciante no se ocupó ya de esto.

Llegados á un lugar 'amado Ain-el-Alak,

una partida de beduinos, que era superior en el número lo atacó, lo derrotó, se apoderó de los carneros, y lo despojó de todo sin dejarle mas que la camisa. En este estado deplorable llegó á Damasco, maldiciendo á los beduinos y á su supuesto hermano Chatti, acusandole de haberle delatado y vendido.

La noticia de esta considerable captura se esparció en el Desierto; llegó á los oídos de Chatti, y este buscó los dos testigos; se presentó con ellos á Sultan el Brrack, gefe de la tribu el Amur; le declaró que era hermano del comerciante á quien se le había robado; y reclamó que le hiciese justicia, á fin de llenar los deberes de la fraternidad.

Sultan, despues de recibir la declaracion de los dos testigos, se vió precisado á acompañar á Chatti al scheik de la tribu El Nahimen que se habia apoderado de los carneros, y la reclamó segun sus leyes. El Scheik entonces no pudo menos de entregarlos, y Chatti los contó, vió que no faltaba ninguno, y se puso en camino para Damasco con los pastores y el ganado.

Dejó á este con los pastores fuera de la ciudad y entró en ella á buscar á su hermano, á quien halló muy triste sentado delante de un café en el bazar. Tan pronto como le vió se dirigió con alegría á él, mas el comerciante le volvió la espalda indignado, y á Chatti le costó mucho trabajo conseguir que le escuchase, y mas aun persuadirle de que sus carneros estaban á la puerta de la ciudad; pues temía una nueva intriga, y no podía decidirse á seguir al beduino.

Convencido en fin de la verdad á la vista del ganado, se arrojó al cuello de Chatti, y despues

de haberle manifestado su reconocimiento, le hizo las mas vivas instancias para que aceptase una recompensa proporcionada a un servicio tan grande; mas el beduino solo quiso aceptar un par de botas y un cafe ó pañuelo, que valia un talari cuando mas, y despues de haber comido con su amigo volvió á partir para reunirse á su tribu.

Nuestra primera entrevista con el Drahy fue sumamente tierna; vino en persona y con los principales de su tribu á buscarnos al pueblo de Nabec, y nos condujo como en triunfo al campamento. Por el camino nos refirió las guerras que habia sostenido en el territorio de Samarcanda; la victoria que habia alcanzado sobre cuatro de las principales tribus (1), las cuales habian concluido por firmar el tratado.

Era muy importante haber desprendido oportunamente estas tribus de la alianza de los waha-bitas de quienes eran tributarios en otro tiempo, porque corria el rumor de que nuestros enemigos organizaban un ejército formidable, y se lisongeaban de dominar la Siria. Poco despues supimos que este ejército se habia puesto en marcha, y difundia á su tránsito la devastacion y el terror.

El pachá dió orden á los gobernadores de Homs y de Hama para que estableciesen guardias de dia y de noche, y tuviesen prontas las tropas para entrar en accion, y los habitantes huían hácia la costa para libertarse de los sanguinarios waha-

(1) El-Krassa; su gefe Zahauran; El-Mnklae, su gefe Nabec-Ebn-Hahed; El-Mercikhrat, su gefe Rudan-Ebn-Abed, y El-Zaker, su gefe Matlac-Ebn-Tayhau.



bitas, á cuyo solo nombre abandonaban sus hogares pacíficos.

El Pachá de Damasco invitó al Drahy á que fuese á aquella ciudad, y conferenciase con él; mas temiendo una traicion se escusó, con el pretesto de que no podia abandonar el puesto que ocupaba en una situacion tan crítica; y le pidió un cuerpo de tropas auxiliares, con las que se prometía hacer frente al enemigo.

Mientras llegaba este refuerzo, hizo una solemne declaracion de guerra, segun costumbre de los beduinos en las grandes ocasiones.

Para esta ceremonia se escogió una camella blanca que se tiñió de negro con aceite y negro de humo, se la puso un cabestro de pelo negro, y se hizo montar en ella una jóven vestida de negro con el rostro y las manos ennegrecidas tambien, la cual acompañada de diez hombres, recorrió de este modo las tribus, y cuando llegó á ella dijo gritando por tres veces.

«¡Refuerzo! ¡Refuerzo! ¡Refuerzo! ¿Quien de vosotros volverá blanca esta camella? Vedaquí un pedazo de la tienda del Drahy que amenaza ruina: corred, corred á su socorro, grandes y generosos defensores. El wahabita llega, y os arrebatará á vuestros aliados y hermanos. Todos los que me oís dirigid vuestras oraciones á los profetas Mahoma y Alí, que son el primero y el postrero!...»

Mientras decia estas palabras arrojaba puñados de pelo negro y cartas del Drahy, que indicaban el punto de reunion á las orillas del Orontes. En poco tiempo se aumentó nuestro campo con treinta tribus reunidas en una misma llanura.

en la que se tocaban las cuerdas de las tiendas.

El pachá de Damasco envió á Hama seis mil hombres, mandados por su sobrino Ibrahim-pachá; y allí debían esperar otras tropas, que enviaron los pachás de Acre y de Alepo. Apenas estaban reunidas, cuando se supo que los wahavitas habían llegado á Palmira, por medio de los habitantes que llegaron á refugiarse á Hama: Ibrahim-Pachá escribió al Drahy para que se avistase con él, y habiéndolo verificado, concertaron juntos el plan de defensa.

El Drahy me llevó a mí en clase de consejero; me enseñó las medidas, en que habían convenido, y le hice observar que la disposición de reunir á los turcos y á los beduinos en un mismo campo era muy peligrosa; porque los primeros en la confusión de la pelea no podían distinguir á sus amigos de sus enemigos, en razón á que todos los beduinos usan de un mismo traje, y solo se conocen en el acto de batirse por sus gritos de guerra; en cuyo caso cada tribu repite continuamente el suyo. Khrail El-Allía Duatli, Khrail-El-Biqda Hassuy, Khrail-El-Hamra Daffiri etc. Khrail quiere decir ginete, y Allía, Bionda y Hambra significan el color de una yegua favorita, como si dijese *ginete de la yegua encarnada de Daffir*, etc. Otros invocan á su hermana ó alguna otra belleza, y así es que el grito de guerra del Drahy es Ana Akron Rabba, que quiere decir: Yo el hermano de Rabba; el de Meanna es, yo el hermano de Todda, y ambos tienen hermanas, cuya hermosura es célebre.

Los beduinos tienen mucha vanidad en sus gritos de guerra; y tendrían por cobarde al que no

se atreviese á pronunciar el suyo en el momento del peligro.

El Drahya se convenció de la oportunidad de mi advertencia, y aunque con algun trabajo, consintió en la separacion de las fuerzas.

Al dia siguiente regresamos á nuestro campo, seguidos del ejército musulman, compuesto de dahlis, de albaneses, de mogrebinos, de buaras y de árabes, que componian todos quince mil hombres. Tenian algunas piezas de artillería, morteros y bombas; establecieron sus tiendas á media hora de nosotros; y la altivéz de su aspecto, la variedad y riqueza de sus trages, y sus banderas ó estandartes formaban un magnífico golpe de vista; pero á pesar de esta hermosa apariencia, los beduinos se burlaban de ellos y decian que serian los primeros en herir.

Dos dias despues á mediodia advertimos por el lado del Desierto una gran nube de polvo, que se extendía como una niebla muy espesa, á distancia que apenas podia distinguir la vista: poco á poco la nube se fué aclarando, y vimos presentarse al ejército enemigo.

Esta vez tenia sus mujeres, sus hijos y ganados, y establecieron su campo, que constaba de cincuenta tribus y setenta y cinco mil tiendas, á una hora del nuestro. Al rededor de cada tienda estaban atados los camellos y muchos carneros, que unidos á los caballos y á los hombres armados, formaban una masa formidable. Ibrahim-Pachá se asustó y envió á toda prisa á llamar al Drahya, el cual despues de reanimar su valor, volvió al campo para disponer los atrincheramientos necesarios.



Para ello reunió todos los camellos, los hizo atar juntos por las rodillas, y colocar en dos filas delante de las tiendas; y á fin de completar esta fortificacion, hizo abrir un foso detrás de ellos. El enemigo hizo otro tanto por su parte, y el Drahy mandó preparar el hatfe.

Forzoso será esplicar lo que esto quiere decir. El hatfe equivale á un estandarte, pero de un modo muy distinto y de un efecto mucho mas eficaz é importante; pues forma el centro y punto principal de la accion. Se escoje la doncella mas hermosa de entre los beduinos, y se la coloca en un handag, ó montura ricamente adornada sobre una camella blanca. La eleccion de la jóven que debe ocupar éste sitio tan honroso aunque arriesgado, es de suma importancia, pues el éxito depende acaso de esta eleccion.

Colocada en frente del enemigo y rodeada de guerreros los mas acreditados y escogidos, los escita al combate, y la accion principal de esta escena sangrienta tiene lugar á su intermediacion. Su persona es defendida con prodigios asombrosos de saña y de valor, pues si el hatfe cayese en poder de los contrarios todo estaba perdido; de modo que para evitar esta irreparable desgracia, va rodeada siempre de la mitad del ejército; los guerreros se suceden y reemplazan en este punto, en donde es mas encarnizada la lucha, y cada uno de ellos reclama de sus ojos el ardor y el entusiasmo.

La jóven en quien recayó la eleccion fué una muchacha, llamada Arkia, la cual reunia una belleza admirable, y una elocuencia irresistible á un valor á toda prueba.

El enemigo dispuso su háfte del mismo modo, y el ataque comenzó poco después. Los wahabitas se dividieron en dos cuerpos; el primero y más considerable mandado por Abdalla-el-Hedal, que era el general en gefe, nos atacó á nosotros; y el segundo, mandado por Abu-Nocta á los turcos.

El beduino, prudente y sereno comienza con calma la pelea, después se va animando poco á poco y no tarda en ponerse furioso é irresistible. El turco por el contrario, orgulloso y satisfecho, se lanza impetuoso sobre el enemigo; cree que va á vencer con sólo presentarse, y evapora su fuego en el primer encuentro.

El pachá Ibrahim, al ver la frialdad con que atacaban los wahabitas, se creyó bastante fuerte para dispersar él solo todo el ejército; pero antes de concluirse el día aprendió á costa suya á respetar á sus adversarios, y se vió precisado á replegar sus tropas, y á dejarnos el peso de la acción.

La noche suspendió el ataque, pero hubo muchos muertos por una y otra parte.

Al día siguiente recibimos un refuerzo, pues llegó la tribu El-Hadig, que tenía cuatro mil hombres; y hecha la numeración de nuestras fuerzas, vimos que constaban de ochenta mil; los wahabitas tenían ciento cincuenta mil; así es que la acción del día siguiente no fué ventajosa para nosotros, y el rumor de nuestra derrota que fué exagerado, como sucede siempre, llegó á Hama y difundió la consternación entre sus habitantes. Al otro se tranquilizaron, y durante veinte días hubo varias alternativas, en las que la suerte ya próspera ya adversa, probó nuestra constancia. Los ataques

eran cada dia mas terribles; però el 15 tuvimos un enemigo peor que los wahabitas: el hambre. La ciudad de Hama, que podía por si sola subvenir á la subsistencia de los dos ejércitos, se veía apurada, á ocultaba sus recursos; los turcos huían, y nuestros aliados se dispersaban para no morir de hambre: los camellos que formaban los atrinchamientos se devoraban los unos á los otros, y en medio de un conflicto tan horroroso, el valor de Arkia no se debilitaba; los guerreros mas valientes morian á su lado; animaba sin cesar á los demas, aplaudia sus rasgos de valor, y escitaba finalmente á los viejos, alabando su energia y experiencia, y á los jóvenes prometiéndole su mano al que la trajese l cabeza de Abdallah-el-Hedal.

Yo que no desamparaba su handag, veía presentarse á ella los guerreros para que los animase con sus palabras, y lanzarse despues á la pelea, entusiasmados por su elocuencia. Confieso que prefería oír sus alabanzas á recibirlas, por que eran casi siempre las precursoras de la muerte.

Un joven, que era uno de los mas valientes, se presentó delante del handag y la dijo:

«¡Arkia! ¡Oh! tú que eres la mas hermosa entre las hermosas, déjame ver tu rostro, que voy á combatir por ti.»

Arkia, mostrándoselo, respondió:

«Héme aquí: Tú que eres el mas valiente, ya conoces mi precio: es la cabeza de Abdalla.»

El joven blandió su lanza, picó su caballo, y se precipitó en medio de los enemigos; mas antes de dos horas habia espirado cubierto de heridas.

Dios conserva tu libertad, dije yo á Arkia: ese valiente ha muerto ya! Ella me respondió con tris-



teza: no es el único que ha dejado de volver!..

En aquel momento se presentó un guerrero cubierto de hierro de pies á cabeza: sus botas estaban forradas de lo mismo, y su caballo resguardado con una cota de malla los wahabitas tienen veinte guerreros de estos, y (nosotros teníamos doce). Se adelantó á nosotros, y llamó á Drahy á singular batalla.

Este uso es de una antigüedad muy remota entre los beduinos, y el que es desafiado no puede rechazar el combate sin deshonora.

El Drahy, al oír pronunciar su nombre, se preparaba á responder; pero sus parientes se reunieron á nosotros para impedirlo, pues su vida era muy importante para aventurarla de este modo. Su pérdida hubiera acarreado la destrucción de nuestros designios, y la de los dos ejércitos aliados. Mas viendo que era inútil la persuasión, porque estaba empeñado en responder al llamamiento, recurrimos á la fuerza y lo atamos de pies y manos á dos postes que estaban clavados en medio de la tienda. Los gefes mas influyentes le detenian, y le exhortaban á que se calmase, manifestándole cuán imprudente era esponer la salud del ejército por responder á la insolente bravata de un salvaje beduíno. Este, sin embargo, no cesaba de gritar:

«Que venga el Drahy: su último día ha llegado: yo soy el que va á terminar su carrera.»

El Drahy, que le oía, se enfurecía mas y mas: echaba espuma por la boca; rugía como un leon, los ojos ensangrentados se salian de sus órbitas y luchaba por romper sus ataduras con horrorosa fuerza. El tumulto atraía allí muchísima gente; cuando de improviso un beduíno se abrió paso al

través de la concurrencia; se presentó al Drahý sin mas vestido que la camisa atada á la cintura con una correa, y un cafié ó pañuelo á la cabeza. Venía montado en un caballo alazan, sin mas armas que su lanza, pedia el permiso de batirse con el wahabita en lugar del scheik, recitando los versos siguientes:

«Yo Teheson que hoy me he hecho dueño del caballo de Hadidif que deseaba hacia tanto tiempo, quiero recibir sobre él las alabanzas debidas á mi valor. Voy, pues, á vencer al wahabita por los hermosos ojos de mi querida, para hacerme digno de la hija del que ha derrotado siempre á sus enemigos.»

Dicho esto se precipitó al combate contra el guerrero wahavita: nadie creía que hubiera podido resistir media hora al temible adversario, cuya armadura le hacia invulnerable; pero sino le asestó golpes bastante mortales, supo con asombrosa destreza evitar los suyos por espacio de dos horas que duró la lucha.

La batalla estaba suspendida; por una y otra parte se mostraba el mayor interés, cuando de repente volvió la espalda nuestro campeón, y fingió huir. Toda esperanza estaba perdida, y el enemigo iba á proclamar la victoria. El wahabita le persiguió, y con mano segura por la confianza del triunfo, le arrojó su lanza, mas Thehesson, que previó el golpe, bajó la cabeza hasta el arzon de la silla, la lanza pasó silvando por encima de su cabeza, y entonces, volviéndose repentinamente atravesó con la suya la garganta de su adversario, aprovechando el momento en que este precisado á detener subitamente su caballo, levantó la cabeza.

Este movimiento dejó un claro entre la coraza y el casco por debajo de la barba, y la lanzada, que le atravesó el cuello de parte á parte, lo dejó muerto en el acto; pero sostenido en la silla por la armadura el cadáver fue llevado á los suyos por el caballo, y Thehesson volvió triunfante á la tienda del Drahy, donde fué recibido con entusiasmo. Todos los gefes lo abrazaron, lo colmaron de elogios, y Scheik-Ibrahim no fué de los últimos en demostrarle su reconocimiento.

A pesar de esto la guerra y el hambre continuaban, y estuvimos dos dias sin comer nada en la tienda del Drahy: al tercero recibió una porcion de arroz que le envió de regalo Mola-Ismael, gefe de los Dallatis. En vez de economizarlo como su último recurso, dió orden para que lo cociesen todo, y convidó á cenar á los que estaban presentes. Su hijo Sahep no quiso sentarse á la mesa; mas instado por su padre, pidió que le diesen su parte y la llevó á su yegua, diciendo, que preferia tener hambre á verla desfallecer por falta de alimento.

Hacia treinta y siete dias que habia comenzado la guerra, y el treinta y ocho hubo una batalla horrorosa. El campo de los osmanlis fué tomado y saqueado, y el pachá pudo á duras penas entrar en Hama, perseguido por los wahabitas que la pusieron sitio.

La derrota de los turcos, nos era tanto mas funesta, cuanto que dejaba en libertad al segundo cuerpo del ejército enemigo, mandado por el famoso negro Abu-Nocta, para caer sobre nosotros. Al dia siguiente principió una accion horrorosa: los beduinos se mezclaron de tal modo en la pelea que nada podia distinguirse: se ataca-



ban á sablazos de cuerpo á cuerpo; los arroyos de sangre corrían por la llanura: el color del suelo habia desaparecido enteramente, y jamás se habia visto una acción tan sangrienta: duró ocho dias sin cesar.

Los habitantes de Hama, persuadidos de que habiamos sido esterminados todos, no nos enviaban ya las escasas provisiones, que hasta allí nos habian impedido morir de hambre.

El Drahy viendo que el mal habia llegado á su colmo, reunió los gefes y les dijo lo siguiente:

«Amigos: es preciso recurrir á la última tentativa, y hacer el mayor de los esfuerzos. Mañana es indispensable morir ó vencer. Mañana, si Dios lo permite, destruiré el campo enemigo, y nos enriqueceremos con sus despojos.»

Esta arenga pareció recibirse con la sonrisa de la incredulidad; mas algunos de los mas animosos respondieron:

«Mandad: nosotros obedeceremos.»

«Esta noche, continuó el Drahy, hareis pasar sin ruido vuestras mujeres y vuestros hijos al otro lado del Orontes. Antes de salir el Sol debe haber desaparecido todo, sin que el enemigo lo advierta; y como no tendremos nada que guardar, caeremos sobre el enemigo como desesperados, y lo esterminaremos, ó moriremos todos. Dios nos ayudará y venceremos.»

Esta disposición fué ejecutada puntualmente con un orden, una celeridad y un silencio increíble; en términos que no quedaban ya mas que los combatientes. El Drahy los dividió en cuatro cuerpos; ordenó el ataque del campo enemigo por cuatro puntos á la vez, y se arrojaron sobre los wáhavitas cual leones hambrientos.

Un choque tan impetuoso y simultáneo tuvo todo el feliz resultado que se podía desear. La confusión y el desorden se introdujeron entre los wahabitas, los cuales apelaron á la fuga, y abandonaron sus mujeres, sus hijos, sus tiendas y bagages. El Drahy, sin dar á los suyos tiempo para apoderarse del botin, siguió el alcance de los dispersos hasta Palmira, y no dió á sus tropas un instante de descanso hasta que hubo conseguido la dispersion total de los contrarios.

Tan pronto como se decidió por nosotros la victoria, yo partí con Scheik-Ibrahim para llevar á Hama esta fausta noticia; mas no solo no querian creerla, sino que faltó poco para que nos tomasen á nosotros por fugitivos. Los habitantes se hallaban en la mayor agitacion; los unos subian á las alturas, desde donde no distinguian mas que nubes de polvo; y los otros preparaban sus mulas para huir á la costa; pero la derrota de los wahabitas se confirmó muy pronto, y las demostraciones mas bulliciosas del regocijo sucedieron al terror.

Un tártaro fué despachado á Damasco, y volvió con cuarenta cargas de trigo, veinticinco mil piastras, un sable y y una pelliza de honor para el Drahy, que hizo su entrada triunfante en Hama, escoltado por todos los gefes de las tribus aliadas, y fué recibido por el gobernador, los agás, el pachá y toda su córte, con suntuosa pompa.

Despues de cuatro dias de fiestas, dejamos á Hama para unirnos á las tribus, y conducir las á Levante por la proximidad del invierno. El Drahy partió con doce de ellas, y las restantes, que se juntaron en cuerpos de á cinco y de á seis, se dispersaron por el desierto de Damasco. Nuestra

primera mansion fué en Tall-El-Dehab, donde encontramos cuatro tribus que no habian tomado parte en la guerra; y los gefes se presentaron al Drahy llenos de respeto por sus recientes proezas, á solicitar el favor de ser admitidos en la alianza (1). De alli fuimos sin detenernos á unirnos con el emir Taher, que nos recibió con las mas vivas demostraciones de alegría; y atravesamos el Eufrates con él y muchas otras tribus, que entraban como nosotros en la Mesopotamia, de las cuales las unas iban hácia Hamad, y las otras al desierto de Basora.

En el camino recibí una carta de Faress-el-Harba, manifestándome que seis de las grandes tribus que se habian batido contra nosotros con los wahabitas, estaban acampadas en La-Hebasia, cerca de Machadaly; que se hallaban propensas á aliarse con nosotros, y que si el Drahy me enviaba á ellas con plenos poderes, creía el éxito seguro. Yo no perdí tiempo en aprovechar esta insinuacion, y despues de seis dias de camino, llegué á su tribu sin accidente.

Fares-el-Harba hizo levantar su campo, y me acompañó á una jornada de estas tribus (2).

Yo escribí en nombre del Drahy al emir Duackhay, gefe de la tribu El-Fedhar, proponiéndole la alianza, y prometiéndole el olvido de lo pa-

(1) Fares-Ebn-Agib, gefe de la tribu El-Bechakez, quinientas tiendas. Cassan-Ebn-Unkban, gefe de la tribu El-Chimassi, cuatrocientas; Selame-Ebn-Nahssan, gefe de la tribu El-Fuaher, seiscientos; Mehanna-El-Sanch, gefe de la tribu El-Salba ochocientos.

(2) El-Fedhan compuesta de cinco mil tiendas. Et-Sabba cuatro mil, El-Eekaka mil quinientas, El-Messahid tres mil quinientas. El-Salka tres mil, y El-Dehabb cinco mil.



sado; Duackhay se presentó en casa de Fares-el Harba, y al momento estuvimos acordes; pero no dijo que no podia responder mas que de su tribu pues en cuanto á las otras consideraba muy difícil la realizacion de su alianza.

A pesar de esto me propuso llevarme á su tienda, y reunir allí á los gefes y emplear su influencia; yo acepté esta proposicion y marché con él. Cuando llegué al centro de lo que debió ser su campamento, me causó mucha pena ver hordas innumerables de beduinos agrupados al Sol, por haber perdido en la batalla sus bagages y tiendas, y no tener mas cama que el suelo ni mas cubierto que el firmamento. Algunos harapos colgados de palos ó postes daban solamente alguna sombra á estos desgraciados, que se habian despojado de su único vestido para procurarse esta débil defensa contra el ardor del Sol, y que estaban con el cuerpo desnudo, espuestos á las picaduras de los insectos, y á las espinosas puntas de las plantas que habian roído los camellos. Muchos no tenian defensa alguna contra el calor del dia ni la frescura de la noche, cuyo contraste es mortífero en una estacion en que principiaba á sentirse el invierno.

Nunca me habia formado una idea tan espantosa de la miseria: aquel espectáculo me oprimió el corazón, me arrancó lágrimas, y necesité de algun tiempo para recobrarne de la impresion penosa que me habia ocasionado.

Al otro dia reunió Duackhay á los gefes, y á los ancianos en número de quinientos. Solo yo en medio de ellos desconfié de poderme hacer oír, y sobre todo de inspirarles una misma idea y un

:

misimo sentimiento. Estos hombres independientes por su caracter y por sus costumbres, y exasperados por la desgracia, emitian opiniones distintas; y si ninguno se lisonjeaba de que prevaleciese la suya, al menos se prometia el honor de sostenerla, dejando á los demás la libertad de hacer otro tanto por su parte.

Unos querian ir al pais de Negde, otros retirarse á Samarcanda; estos vomitaban imprecaciones contra Abdalla, general en jefe del ejército wahabita, y aquellos acusaban al Drahy de todas sus desgracias.

En medio de este conflicto me armé de valor, y refuté á los unos y á los otros. Principié por debilitar la confianza que tenian en los wahavitas, diciéndoles que Abdalla debia ser necesariamente enemigo de ellos porque le habian abandonado el dia de la última accion, y que procuraría vengarse. Que si iban al Negde se ponian bajo la dominacion de Ebn Sihud que los agoviaría con contribuciones, y les haría cargar con el peso de una guerra desastrosa; y que habiendo salido ya de sus garras, no debian hacer como el pájaro que despues de escapar del tiro de un cazador, marchaba á caer en las redes de otro.

Entonces me vino á la idea la fábula de los haces ó manojos de varas; creyendo que esta simple demostracion produciría efecto en unos hombres tan sencillos, y me determiné á hacer una imitacion.

Despues de haberles exhortado á reunirse todos para resistir á la opresion; tomé de manos de los scheiks unos treinta djerids, que son unos palos delgados, presenté uno al emir Jaress, y le dije

que lo rompiera, lo que hizo con la mayor facilidad: despues le presenté dos, y despues tres, que los rompió tambien, porque era hombre de mucha fuerza; mas en seguida le presenté el manojo y no pudo romperlo ni aun doblarlo.

— «Machalla, le dije, no tienes bastante fuerza!»

Di el manojo á otro, no pudo romperlo tampoco; y elevándose un murmullo jeneral en la asamblea, esclamaron todos á un tiempo:

— «¿Quién ha de poder romper tantos djerids juntos?»

— «Os tomo la palabra respondi en el lenguaje mas enérgico.»

Entonces hice la aplicacion de la alegoria ó apólogo, y despues añadí que mi corazon se habia contristado al verlos desnudós y sin abrigo para la intemperie; me comprometí á solicitar del Drahý la restitution de sus bagages y de sus tiendas, y les dije que conocia bastante su magnanimidad para creer que la alcanzaria, si entraban francamente en la alianza, cuyas ventajas acababa de manifestarles.

Entonces esclamaron todos á una voz.

-- «Has vencido, Abdalla: somos tuyos hasta la muerte.»

Vinieron á abrazarme, y se convino en que se citaria al Drahý á la llanura de Halla para estampar el sello en el tratado.

Al dia siguiente atravesé de nuevo el Eufrates; y al quinto me incorporé á mi tribu. Mis amigos tenian alguna inquietud sobre mi larga ausencia; mas la relacion del éxito de mi embajada los colmó de gozo.

He descrito tantas veces las reuniones, los ban-



quetes, y las demostraciones de regocijo, que no me detendré á referir la solemnizacion del acto de firmar el tratado de paz. El emir Duackhay enterró las siete piedras, y consumo la alianza.

Despues de la comida tuvo lugar otra ceremonia de que no he hablado aun, que es la de prestar juramento de fidelidad sobre el pan y la sal.

El Drah y manifestó acto continuo, que estaba pronto á cumplir la palabra que yo habia dado en su nombre de restituir el botin á las seis tribus que habian hecho alianza con él; mas no bastaba quererlo ejecutar, sino que era menester saber de qué modo podriamos verificarlo.

En el saqueo del campo de los wahabitas y de sus aliados estaban confundidos los despojos de cincuenta tribus, y no era fácil reconocer la propiedad de cada una de ellas. Decidieron que solo las mujeres podrian reconocer estos despojos; y no puede darse idea del trabajo y fastidio que tuvimos en los cinco dias que se emplearon en reconocer el ganado, las tiendas y los bagages de las versas tribus.

Cada camello y cada res tenia sobre el anca dos marcas, una de la tribu y otra del dueño á quien pertenecia; mas por poco que se pareciesen las marcas ó se hubiesen borrado, como sucedia casi siempre, era muy grande la dificultad de reconocerlos, y se necesitaba mas que generosidad para esponderse á estas contestaciones, y consumir las fuerzas de la persuacion y de los pulmones para acallar las pretensiones de los unos y de los otros. Así es que estuve tentado de arrepentirme de mi impulso de compasion, y de mi imprudente promesa.

En esta ocasion pasó por cerca de nosotros una gran caravana que iba de Bagdad á Alepo, y que fué robada por los fedanes de los Sabbas. Llevaba un cargo de muchísimo valor que consistía en indigo, café especia, alfombras de Persia, cachemiras, perlas y otros objetos preciosísimos, que se valuaron en diez millones de piastras.

Tan pronto se divulgó la noticia de esta presa, llegaron comerciantes hasta de muy lejos, para cambiar ó comprar estas riquezas á los beduinos que las vendian á un infimo precio, ó que las daban mas bien por casi nada. Cambiaban una medida de especia por otra medida igual de dátiles; un cachemiro de mil francos per un makla ó pañuelo negro; una caja de indigo por un vestido de lienzo; y una pieza de fulards de la India por un solo par de botas.

Un comerciante de Mussul compró ó cambió por una *camisa* un *makla* y un par de botas, mercancías que valian mas de diez mil piastras, y una sortija de diamantes le dieron por un *rotab* (cierta medida) de tabaco. En esta circunstancia hubiera yo podido hacer mi fortuna; pero Mr. Lascaris me prohibió comprar nada ni recibir ningun regalo, y yo le obedecí escrupulosamente.

Cada dia llegaban tribus del pais de Negde que abandonaban á los wahabitas para unirse á nosotros las unas atraídas por la gran reputacion del Drahy, y las otras por resentimiento con el rey Ebn-Sihud.

Esta última causa nos adhirió cinco tribus á la vez.

El emir de la tribu Beny-Tay, tenia una hija muy hermosa llamada Camara (que quiere decir

Luna): Tahrab, hijo del gefe de una tribu vecina y pariente de Ebn-Sihud, se enamoró de ella, y supo captarse su afecto; mas el padre de la jóven que lo advirtió, le prohibió hablar con el príncipe, y se negó á recibirlo y á oír proposiciones de casamiento, porque Camara estaba destinada para un primo suyo llamado Tamer.

Entre los beduínos se acostumbra á preferir al pariente mas próximo cuando hay que casar una hija; mas Camara sin atender á esta costumbre de su pais, ni intimidarse por las amenazas de su padre, se negó abiertamente á casarse con su primo: su amor á Tahrab se aumentaba cada dia en proporcion de los obstáculos que se le oponian, y se aprovechó de todas las ocasiones para corresponder á su amante. Este, que no tenia esperanza de alcanzar el consentimiento de sus padres, resolvió robarla, y la participó este proyecto por el conducto de una vieja á la que habia sobornado; y habiendo logrado el asentimiento de ella, se introdujo en la tribu Beny-Tay disfrazado de mendigo y concertó con ella los medios de verificar el rapto.

Con efecto, á media noche salió Camara furtivamente de la tienda de su padre, y se juntó con el príncipe que la esperaba fuera del campamento; montó á la grupa de su yegua, y los dos echaron á correr por el llano; mas ni la precaucion ni la celeridad de la fuga pudieron ocultarla á los ojos celosos de su amante despreciado, que enamorado de su prima, y decidido á hacer valer sus derechos, pasaba las noches en guardia á la inmediacion de su tienda, y rondaba al rededor del campo cuando verificaron la fuga.



Seguro de ella montó su yegua, y se puso al instante en su persecucion. La de Fehrab, que tenia la celeridad que era natural á la casta de Nedgdie, precipitó su carrera estimulada por la impaciencia de su dueño; mas sobrecargada con el peso de dos personas, llegó el momento en que se vió cansada, no pudo obedecer á los golpes redoblados de su amo, y cayó en tierra.

Fehrab vió á Tamer que le iba á alcanzar, puso en tierra á su amante, y se preparó á defenderla: Tamer llegó y se trabó la lucha, cuyo desenlace fué sumamente trágico; pues habiendo quedado este vencedor, mató á su contrario y se apoderó de su prima; pero rendido de cansancio, y entregado ademas á una vana seguridad, se durmió un momento al lado de ella.

Camara que le vió dormido, cogió el sable tendido en la sangre de su amante, cortó la cabeza á su primo, y arrojándose despues sobre el hierro de su lanza, se atravesó el corazon. Los tres quedaron allí muertos, y fueron encontrados sus cadáveres por los que salieron en su busca la mañana siguiente.

A este desastroso acaecimiento sucedió una guerra sangrienta entre las dos tribus, pero la de Fehrab, sostenida por los wahavitas, óbligó á retirarse á la de Beny Tay (1), que vino con cuatro tribus aliadas á reclamar la proteccion del Drahý, cuyo poder entonces no tenia rival, pues quinientos mil beduinos habian abrazado nuestra causa,

(1) La de Beny Tay, compuesta de cuatro miliendas, la de Hamarnid de cuatro mil quinientas, la del Dalfir de dos mil quinientas, la de Hegiager de ochocientas, y la de El Khressaci de tres mil.

y formaban un solo campamento, que cubria la Mesopotamia como una nube de langostas.

Mientras estábamos en las inmediaciones de Bagdad, robaron nuestros aliados otra caravana que venia de Alepo, la cual iba cargada de manufacturas europeas, como paños, terciopelos, rasos, ámbares, corales, etc.; y aunque el Drahy no tomó parte en esta espoliacion, no podia oponerse á ella, porque hubiera sido contrariar las costumbres de los beduinos.

El pachá de Bagdad pidió satisfaccion, pero no se le dió; y conociendo que necesitaría de un ejército de cincuenta mil hombres cuando menos para tomarla, renunció á sus pretensiones, y se dió por contento con conservar á todo precio la amistad de los beduinos.

Scheik-Ibrahim veia realizar sus altas miras de un modo que escedia á sus propias esperanzas; pero no queria entregarse al descanso y la inaccion mientras quedase algo por hacer. Atravesamos, pues, el Tigris en Abn-el-Ali, continuamos nuestra marcha y penetramos en la Persia. La reputacion del Drahy le habia precedido; y las tribus del pais llegaban continuamente á hermanarse y unirse con nosotros; mas á la estension de nuestro plan no bastaban las alianzas parciales: era necesario asegurar la cooperacion del poderoso príncipe, el emir Sahid-el-Bokhrary, gefe de todas las tribus persianas, y que estendia su mando hasta las fronteras de la India.

La familia de este príncipe hacia muchos siglos que ejercia la soberanía de las tribus errantes de Persia, y pretendia descender de los reyes Beni-el-Abasc que conquistaron la España, y cu-

vos descendientes se llamaron los Bokhranis. Entonces se hallaba en una provincia muy distante, y el Drahy convocó un consejo general de los gefes, y se decidió á atravesar la Persia, tomando el camino mas próximo á la costa, á fin de evitar los montes de que está herizado el interior del pais y encontrar pastos aunque el agua debiese escasear.

En el interior de una tribu, las yerbas son mas importantes que el agua, por que esta se puede trasportar, al paso que nada puede suplir la falta del alimento para los ganados, de los cuales depende la subsistencia de la tribu.

Duró este viaje cincuenta y un dias, y en todo él no tropezamos con ningun obstáculo por parte de los habitantes; pero nuestra marcha fué á veces muy penosa por la escaséz del agua.

En una de estas ocasiones observó Scheik-Ibrahim la naturaleza del suelo y la frescura de la yerba, y aconsejó al Drahy que hiciese hacer hoyos para buscar el agua: los beduinos del pais trataron de locura esta tentativa, diciendo que no habia habido agua jamas an aquel sitio, y que habia sido menester traerla de la distancia de seis horas; pero el Drahy insistió, y dijo:

«Scheik-Ibrahim es un profeta, y es preciso obedecerle en todo.»

Entonces se hicieron hoyos en muchísimos puntos, y con efecto, se halló un agua escelente á cuatro pies de profundidad.

Al ver los beduinos tan feliz resultado proclamaron á Scheik-Ibrahim por verdadero profeta; miraron sus descubrimientos como un milagro, y poco faltó para que en el esceso de su gratitud le adorasen como á un Dios.



Después de haber recorrido los montes y los valles del Karman durante algunos días, llegamos al río Karassan que es muy rápido y profundo; lo atravesamos, y nos dirigimos hacia la costa, donde era menos áspero el camino. Allí hicimos conocimiento con los bedunos del Agiam Estan, que nos dieron muy buena acogida, y el día cuádragesimo segundo de nuestra entrada en Persia, llegamos al Henduan, donde se hallaba acampada una de sus mas grandes tribus, mandada por Hebiek-el-Mahdan.

Creíamos que nuestro viaje tocaba á su término; mas el scheik nos dijo que el emir Sahid estaba aun á nueve jornadas de allí, en Merah Games, sobre las fronteras de la India; y nos ofreció guias que nos acompañasen, y que nos indicasen los puntos en que podríamos proveernos de agua. Sin esta precaucion nos hubieramos visto á pique de perecer en esta última parte de nuestro larguísimo viaje.

Espedimos correos para anunciar al príncipe nuestra llegada y nuestras pacíficas intenciones, y el día nono salió á nuestro encuentro á la cabeza de un ejército de una formidable apariencia. En el primer momento ignorábamos si la presentación de estas fuerzas era para hacernos honor ó para intimidarnos; y el Drahya comenzó á arrepentirse de haberse alejado tanto de sus aliados. El hizo alto, colocó las mujeres y los ganados á retaguardia de las tropas; y escoltado por algunos guerreros escogidos se adelantó con su amigo Saker, á quien el año anterior habia delegado el mando del desierto de Bassora, y que habia preparado todas nuestras alianzas en el tiempo de nuestro viaje á la Siria.

Pronto conocimos las buenas intenciones del príncipe, pues desprendiéndose de los suyos, se adelantó con algunos ginetes hasta el medio de la llanura que separaba los dos ejércitos: el Drahy hizo lo mismo, y los dos se encontraron á mitad de camino. Apearonse y se abrazaron con demostraciones de la mas cordial amistad.

Si no hubiese hablado tantas veces de la hospitalidad que reina en el Desierto, tendria muchas cosas que referir acerca del recibimiento que nos hizo el emir Sahid, y de los tres dias que se pasaron en fiestas; pero para evitar repeticiones, diré solamente que los beduinos de Persia son mucho mas pacíficos que los de la Arabia; que entraron con facilidad en nuestras miras, y que comprendieron perfectamente la importancia de las relaciones de comercio que pretendíamos establecer en la India.

Esto era lo único que necesitaban acerca del objeto de nuestra empresa. El emir prometió la cooperacion de todas las tribus de la Persia que estaban bajo su dominio; ofreció toda su influencia para conciliarnos las de la India, que le miran con la mayor consideracion, tanto por la antigüedad de su dinastía, como por su justa reputacion persa de generosidad y virtud, é hizo con nosotros un tratado particular concebido en los términos siguientes.

«En nombre de Dios clemente y misericordioso: Yo Sahid, hijo de Baden, hijo de Abdalla, hijo de Barakat, hijo de Ali, é hijo de Bokrany, de gloriosa memoria, declaro haber empeñado mi sagrada palabra con el poderoso Drahy Ebn-Chahllan, con Scheik-Ibrahim y con Abdalla-el-Kratib,

de declararme su fiel aliado, y aceptar todas las condiciones especificadas en el tratado general que queda en su poder. Me comprometo á ayudarles y sostenerles en todos sus designios, y á aguardarles un inviolable secreto. En consecuencia, sus enemigos serán los míos, y sus amigos serán tambien nuestros amigos. Y pongo por testigo de mi palabra al grande Alí, el primero entre los hombres, y al amado y favorecido de Dios.

»Salud.

»Firmado y sellado.»

Estuvimos seis dias mas en la tribu de Sahid, y disfrutamos la ocasion de conocer la diferencia que existía entre las costumbres de estos beduinos y los nuestros; pues los de la Persia son mas apacibles, mas sóbrios, mas sufridos; aunque menos valientes, menos generosos, y sobre todo menos respetuosos para sus mujeres: tienen mas preocupaciones religiosas, y siguen los preceptos de la secta de Alí.

En cuanto á armas usan de la hacha de guerra, ademas de la lanza, el sable y el fusil.

El príncipe Sahid envió al Drahy dos hermosas yeguas persas, conducidas por dos negros, y este en agradecimiento le envió una yegua negra de la casta de Nedgdie, de muchísimo valor, llamada Huban Hegini; á ella añadió algunas joyas para el adorno de las mujeres.

Nosotros habíamos establecido el campo cerca de Menema, última de las ciudades de Persia, á veinte leguas de la frontera de las Indias Orientales, y á la orilla de un rio que los beduinos llamaban el Gitan.



El día séptimo nos despedimos del Sahid, y nos pusimos en camino para restituírnos á Siria antes de que entrasen los calores del estío.

Andábamos con rapidéz y sin ninguna precaucion, cuando un dia en la provincia de Karman, nos arrebataron nuestros ganados, y al siguiente nos vimos atacados por una poderosa tribu, mandada por el emir Redeny, que se titulaba guardian del kalifato de Persia, hombre sumamente imperioso, y muy celoso de su autoridad.

Estos beduinos, aunque superiores en número eran muy inferiores en valor y en táctica: nuestras tropas estaban bien mandadas. La posicion del Drahy era bastante crítica, porque eramos perdidos si el enemigo llegaba á conseguir alguna ventaja, en razon á que todos estos beduinos del Karman nos hubieran cercado, y no hubiera sido posible escapar: así es que se vió precisado á imponer el respeto con una victoria bastante decisiva, para que les quitase en adelante la idea de atacarle, y á este fin tomó las mas acertadas y mejor combinadas disposiciones. Para que el valor triunfase del número, desplegó todos los recursos de su génio militar y de su esperiencia: él mismo hizo prodigios de valor. Nunca se le vió tan sereno en el mando, ni tan impetuoso en el combate.

El enemigo fué vencido, y precisado á retirarse, y nos dejó en absoluta libertad de continuar nuestra marcha; mas el Drahy creyó que no convenia dejar atrás una tribu enemiga, aunque derrotada, y dispuso caminar mas despacio y enviar un correo al emir Sahid para instruirle del suceso. Este correo, que regresó al cabo de algunos dias, trajo al Drahy una carta amistosa en que iba ad-

junta otra para Redeny, concebida en estos términos:

»En nombre de Dios criador supremo, ríndanse homenajes y oraciones al mas grande, al mas poderoso, al mas digno de honor, al mas sábio y al mas hermoso de los profetas; al valiente de los valientes, al grande de los grandes, al califa de los califas, al que dirige el sable, al rubí encarnado, y al convertidor de las armas; el iman-Alí. Esta carta es de Sahib el Bokrari, el grande de los dos mares y de las dos Persias, su hermano el emir Redeny, el hijo Krukiar.

«Os hacemos saber, que nuestro hermano el emir Drahy Ebn-Challan, del pais Bagdad y de Damasco, ha venido de lejos para visitarnos y hacer alianza con nosotros, y que ha andado sobre nuestra tierra y ha comido nuestro pan. Nosotros le hemos concedido nuestra amistad, y hemos contraído con él empeños particulares, de los que deben resultar bienes de alta trascendencia y una tranquilidad general. Deseamos, pues, que hagais lo mismo; y guardaos de faltar á ello, porque perdereis nuestra estimacion y obrareis contra la voluntad de Dios y del glorioso Iman-Alí.»

Despues seguian varias citas de sus libros santos, como el Giaffer y el Giameh, y por último las salutations ó cumplimientos de costumbre.

Enviamos esta carta al emir Redeny, que vino á visitarnos con quinientos caballos, cuyos ginetes estaban vestidos de un modo suntuoso con telas tejidas de oro, con armas cuyas guarniciones eran de plata cincelada, y las hojas de sus sables damasquinas magnificas.

Entonces dió al Drahy satisfacciones amistosas; copió de su puño el tratado del emir Sahid; suscribió á él, y despues se sirvió el café; mas no quiso comer con nosotros, porque el fanatismo de la secta de Ali les prohíbe el comer con los cristianos y los turcos. Para la ratificacion del tratado prestó juramento sobre el pan y la sal, y hecha esta ceremonia, abrazó al Drahy con grandes protestas de fraternidad.

Su tribu, llamada el Mehaziz, constaba de diez mil tiendas.

Despedidos de él, seguimos nuestro viaje á marchas forzadas, haciendo quince leguas diarias sin detenernos; llegamos por fin á la inmediacion de Bagdad, y Scheik-Ibrahim entró en la ciudad para hacerse con fondos; mas como la estacion estaba adelantada, nos detuvimos en ella lo menos que pudimos.

En Mesopotamia tuvimos noticia que el wahabita Ebn-Sihud habia recibido muy mal á su general Hedal despues de su derrota, y habia jurado enviar un ejército mas numeroso que el último bajo el mando de uno de sus hijos para tomar venganza del Drahy, y esterminar á los beduinos de la Siria; mas cuando supo los recursos del Drahy, las fuerzas que podia oponerle, y su reputacion personal, cambió de lenguaje y procuró atraerle para concluir una alianza.

Los acaecimientos exteriores que se complicaban daban crédito y hacian probable esta noticia; porque Mehemet-Ali, pachá de Egipto preparaba una fuerte espedicion para invadir la Arabia Petrea, y apoderarse de las riquezas de la Mecca, que estaban en poder de Ebn-Sihud. Nos lisonjeó mucho



esta disposicion, pues nos daba la esperanza de hacer la paz con él ó de ver debilitada su fuerza por la guerra con una potencia extranjera.

Cada dia encontrábamnos tribus, que no habian podido firmar aun el tratado, y que aprovechaban con afan la ocasion de verificar lo que se les ofrecia (1.)

Llegados á Siria recibimos un correo del rey de los wahabitas, portador de un pedazo de papel de tres dedos de ancho, y como unos seis de largo; pues ellos escriben en muy poco papel, para contrastar con los turcos que escriben sus firmas en pliegos muy grandes; mas los caractéres ó letras árabes ocupan tan poco, que en este pedazo estaba escrita una carta muy larga ó imperiosa.

Su preámbulo se reducía á una protestacion de fe, reducida á que Dios es único, y sin igual, universal, y que no tiene semejante: despues venian los títulos del rey, á quien Dios habia armado con su sable para defender su unidad contra los idólatras (asi llamaba á los cristianos que decian lo contrario). Despues continuaba de este modo.

«Nos Abdalla, hijo de Abdel-Aziz, hijo de Abdel-Wahabi, hijo de Sihud, os hacemos saber; oh hijo de Challan! (asi el Dios que debe ser adorado solamente os dirija por el recto camino) que si creéis en Dios, debeis obedecer á su esclavo Abdalla, á quien él ha delegado su poder, y ve-

(1) En Makial-El-Ahed encontramos dos tribus, la de Bercage, mandada por Sabdum-Ebn-Wuali, de mil trescientas tiendas, y la de Mabimen, mandada por Fahed-Ebn-Saiche, de trescientas. Al atravesar el Eufrates, delante de Haili, hicimos alianza con Alayan-Nadjed, gefe de la tribu Buarba, compuesta de quinientas tiendas.

nir sin temor á su presencia. En este caso sereis nuestro hijo muy amado; os perdonaremos lo pasado, y sereis tratado como uno de nosotros.

«Guardaos, empero, de la obstinacion y de la resistencia á nuestras órdenes, porque el que nos escucha está contado en el número de los habitantes del paraiso.

«Salud.

«Firmado.

«El Mānhud, Menalla Ebn-Sihud-Abdalla.»

Al recibir esta carta celebramos un gran consejo de guerra, y despues de haber considerado con madurez todos los riesgos del viaje, y de haberlos pesado con las ventajas de la alianza de Ebn-Sihud, resolvió el Drahý acudir á su llamamiento.

Scheik-Ibrahim me preguntó si tendria yo valor para ir á ver á este fanático, y le respondi que yo sabia que me esponia mas que nadie, por el odio que abrigaba contra los cristianos; pero que ponía mi confianza en Dios; que si debía morir una vez, ya le habia ofrecido el sacrificio de mi vida, y que estaba pronto á hacerlo para llevar á cabo la empresa comenzada.

El deseo de ver un país, que escitaba tanto la curiosidad, y el de conocer á este hombre extraordinario, despertaban y alentaban mi valor. Recomendé, pues, mi pobre madre á Mr. Lascaris, en el caso que llegase á morir, y partí con el Drahý, con su segundo hijo Sabdun, con con su sobrino, su primo, dos de los principales gefes, y cinco negros montados todos sobre dromedarios.

Durante la ausencia del Drahý debía man-

dar la tribu su hijo Saher, y llevarla al Horan para recibir a su padre, que contaba volver por el Hegiaz.

Hicimos nuestro primer alto en Beny-Tulab, entre beduinos que solo poseen algunos jumentos, que se mantienen de la caza de gamos y avestruces y que se visten con pieles de gamos mal cosidas, con las cuales forman una especie de túnica larga con mangas muy anchas; más como dejan por fuera el pelo, parecen animales monteses.

Nada he visto tan silvestre como su aspecto: ellos nos dieron la diversion de una caza de avestruces, que nos interesó muchísimo. La hembra del avestruz pone sus huevos en la arena, se coloca á cierta distancia con la vista fija sobre ellos, como si los empollara con los ojos, que no aparta del nido. De este modo permanece inmovil la mitad del dia, hasta que la releva el macho, y entonces va á buscar su alimento, mientras que este queda en observacion á su vez.

Cuando descubre los huevos el cazador forma una especie de abrigo ó escondite de piedras para ocultarse y espera allí la ocasion favorable. Si la hembra está sola, y el macho se halla bastante lejos para no espantarse por el tiro, se le dispara con bala, se recoge el animal muerto, se le limpia la sangre, y se le coloca en la misma posicion cerca de los huevos. El macho viene, se acerca sin desconfianza, y el cazador emboscado lo mata, y consigue doble presa. Mas si el macho ha llegado á alarmarse, huye con rapidéz: si se le persigue, se defiende arrojando piedras hácia atras con muchísima fuerza y al alcance de un tiro de fusil. Sería peligroso acercarse dema-



siado cuando está enfurecido, ya por su mucho vigor ó ya porque su altura haria peligroso el combate, especialmente para los ojos del cazador.

Pasada la estacion de la caza del avestruz, los beduinos de esta tribu montan sobre sus asnos, y van á vender las plumas á Damasco, y aun á Bagdad; y cuando algun beduíno quiere casarse empeña la mitad de la caza de un año, y la entrega al padre de la novia para pagar su dote.

Esta tribu conserva la mayor veneracion por la memoria de Antar, de quien se cree descendiente. Ignoro la certidumbre de esta suposicion, como asimismo los datos en que pueda fundarla; lo cierto es que sabe por tradicion sus poesías, las cuales pasan de padres á hijos, y que sus habitantes nos recitaron muchísimos fragmentos de su celebrado poema.

Nos despedimos de ellos, anduvimos á todo el paso de los dromedarios, y fuimos á acampar á la orilla de un gran lago, que se llama de Roan-Beny-Hellal, el cual recibe sus aguas de una colina que habíamos seguido.

Al otro dia llegamos al centro de un desierto sumamente árido, en que vimos un pequeño oasis, donde crecía un arbusto llamado gorfé; y todavia nos hallábamos á algunos pasos de distancia, cuando nuestros dromedarios se pararon repentinamente.

Por de pronto creimos que querian descansar en un punto en que la vegetacion anunciaba la intermediacion del agua; mas no tardamos en reconocer que su repugnancia provenia de un invencible instinto de terror, que se manifestaba con eviden-

tes señales, pues ni las caricias ni las amenazas podían hacerlos pasar adelante.

Llevado de una viva curiosidad, me apeé para averiguar la causa de su espanto; mas tan pronto como puse el pie en el bosque, retrocedí también involuntariamente.

La tierra estaba cubierta de pieles de serpientes de varios tamaños y especies: había millares de ellas, algunas tan gordas como cables de navío, y otras delgadas como anguilas; así es que nos alejamos de allí precipitadamente, y dimos gracias á Dios de no haber hallado mas que las pieles de tan venenosos réptiles.

Por la tarde, no pudiendo encontrar abrigo, nos fué preciso pasar la noche en medio del Desierto; mas mi imaginación alarmada por el horrible espectáculo del bosque, me impidió cerrar los ojos temiendo á cada instante ver entrar en mi tienda una serpiente enorme, y alzar delante de mí su amenazadora cabeza.

Al día siguiente llegamos á una considerable tribu tributaria de los wahabitas, que venia de Samarcanda, y ocultamos con mucho cuidado nuestras pipas, porque Ebn-Sihud prohíbe con la mayor severidad el fumar, y castiga nada menos que con pena de muerte la infracción de sus órdenes. El emir Medjwn nos dió su hospitalidad; mas no pudo disimular la sorpresa que le causó nuestro atrevimiento de ir á ponernos á disposición del wahabita, cuya ferocidad de carácter nos pintó en términos sumamente horrorosos, y no nos ocultó que corríamos el mayor riesgo: Ebn-Sihud no escrupulizaba en valerse de falsas promesas para ejecutar la mas negra traición.

El Drahy, que llevado de su lealtad, iba bajo la fe de la invitacion que habia recibido, sin imaginar siquiera que cupiera en él la bajeza de faltar á su palabra, principi6 á arrepentirse de su crédula confianza; mas como su natural altivéz le impidiese retroceder, seguimos adelante.

Pronto llegamos al Negdie, pais muy sinuoso, lleno de montes y valles, y cubierto de ciudades y de pueblos, ademas de una muchedumbre de tribus nomadas ó errantes.

Las ciudades, que son muy antiguas, manifiestan haber tenido en otro tiempo poblaciones mas numerosas y mas ricas, que las que actualmente las ocupan. Los pueblos están habitados por beduinos labradores, y el suelo produce con abundancia trigo, legumbres, y sobre todo dátiles.

Allí nos refirieron que los primeros habitantes del pais lo abandonaron para ir á establecerse á Africa, bajo la direccion de uno de sus principes llamado Beni-Hetal.

Hallamos hospitalidad y franqueza en todas partes; mas tambien por todas partes oimos las mas ágrias y justas quejas contra la tiranía de Ebn-Sihud; de modo que solo el temor retenía estos pueblos bajo su dominacion.

Por fin, al cabo de catorce dias de marcha al paso de los dromedarios, lo que supone una triple distancia de la que hubiera andado una caravana, llegamos á la capital de los wahábitas.

La ciudad está circundada de un bosque de palmeras, cuyos árboles están tan próximos, que sus troncos apenas dejan espacio para el paso de un hombre á caballo; asi es que la ciudad se halla



enteramente oculta detras de esta muralla llamada las palmeras de Darkish. Despues de atravesar este bosque nos hallamos en una segunda trinchera formada de pequeñas lomas ó montecillos de huesos de dátiles amontonados, que parecian diques de piedrecillas, y detrás vimos la muralla de la ciudad y la seguimos hasta encontrar la puerta por donde fuimos al palacio del rey, gran edificio, con dos pisos, y edificado con piedra de sillería blanca.

Ebn-Sihud noticioso de nuestra llegada, nos hizo conducir á uno de sus aposentos bastante bien amueblado, y aun elegante, donde nos sirvieron una buena comida. Tomamos este principio por de buen agüero, y nos alegramos de no haber cedido á la desconfianza que nos habian inspirado. Por la tarde nos vestimos y fuimos á presentarnos al rey: vimos un hombre de unos cuarenta y cinco años, cuyos ojos eran airados, su tez bronceada, y su barba muy negra: su traje estaba compuesto de un gombaz sujeto al cuerpo con un cinturon blanco, un turbante con rayas blancas y encarnadas en la cabeza, un makla negro echado sobre el hombro izquierdo, y en la mano derecha la varita del rey Mahlab, insignia de su autoridad. Estaba sentado en el fondo de un salon de audiencia ricamente cubierto de esteras, alfombras y almohadones, rodeado de los grandes de su córte: los almohadones, lo mismo que los vestidos, eran de tela de algodón, ó de lana del Yemen: pues en sus estados prohibia el uso de la seda, como todo cuanto pudiera asemejarse al lujo y á los usos de los turcos.

Yo tuve el tiempo necesario para hacer estas

observaciones, porque como Ebn-Sihud respondió con brevedad y en un tono glacial á los cumplimientos del Drahy, nos sentamos, y esperamos en silencio á que entablase él la conversacion.

Al cabo de media hora, no obstante, viendo el Drahy que él no mandaba servir el café, ni hacia desaparecer de su rostro el ceño conque nos habia recibido, tomó la palabra y dijo:

--«Veo ¡oh hijo de Sihud! que nos recibis como no teníamos motivo á esperar; hemos andado por vuestra tierra, y hemos entrado bajo vuestro techo por invitacion vuestra: si teneis, pues, algo que decir contra nosotros, hablad y nada nos oculteis.»

Ebn-Sihud, lanzándole una mirada colérica, respondió:

--«Cierto es que tengo muchas quejas de vosotros: son imperdonables vuestros crímenes: os habeis revelado contra mí; me habeis negado la obediencia, y habeis derrotado la tribu de Sakrer en Galilea, sabiendo que me pertenecia.»

Despues de una corta pausa continuó:

--«¡Habeis corrompido á los beduinos y los habeis reunido contra mi autoridad, y contra mí. Habeis destruido mis ejércitos, saqueado mi campamento, y lo peor de todo, habeis sostenido á los turcos mis enemigos mortales; esos idólatras, esos profanadores, esos malvados y libertinos!»

Despues encolerizándose mas, y acumulando invectivas sobre invectivas, su furor pasó todos los límites, y nos mandó salir de su presencia para esperar sus órdenes.

Yo veía que se inflamaban los ojos del Drahy, que se le inchaban las narices, y á cada instante

temía una esplosion de su cólera impotente, que solo hubiera servido para escitar mas la del rey; mas viéndose sin defensa alguna, se contuvo, se levantó, y se retiró con lentitud para meditar lo que debia hacer.

Todos temblaban ante la cólera de Ebn-Sihud, y ninguno se atrevia á oponerse á su voluntad. Dos dias y dos noches permanecimos en nuestro aposento sin oir hablar á nadie, pues nadie se cuidaba de acercarse á nosotros, y los que se habian manifestado mas officiosos á nuestra llegada, huían entonces, ó se burlaban de nuestra crédula confianza en la fe de un hombre, tan conocido por su carácter pérfido y sanguinario.

A cada momento temíamos ver llegar los satélites del tirano para asesinarlos, y buscábamos en vano los medios de libertarnos de sus garras.

El tercer dia declaró el Drahý que preferia la muerte á la incertidumbre, y envió á buscar á uno de los ministros del wahabita llamado Abu-el-Salem, á quien le dijo:

«Id de mi parte á decir á vuestro amo, *que haga desde luego lo que quiera hacer de nosotros: que no le reconvendré, ni me quejaré de nadie mas que de mi mismo, que he venido á ponerme en sus manos.*»

Obedeció Abu-el-Salem, pero no volvió á traernos respuesta alguna; y al cabo de algun tiempo llegaron veinticinco negros armados, y se colocaron delante de nuestra puerta; por lo que nos convencimos de que estábamos presos.

¡Cuantas veces maldije la loca curiosidad que me habia precipitado en semejante riesgo tan vo-



luntariamente! El Drahy no temía la muerte, pero la sujecion le era insuportable: se paseaba á grandes pasos por el aposento como un leon delante de la reja de su jaula, y me dijo por fin.

«Es necesario que esto acabe: quiero hablar á Ebn-Sihud, y echarle en cara su perfidia: puesto que la dulzura y la paciencia son absolutamente inútiles, quiero morir al menos con dignidad.»

Hizo, pues, llamar nuevamente á Salem, y tan pronto como le vió le dijo.

--«Volved á vuestro amo; decidle que por la fe de los beduinos reclamo el derecho de hablar; y que será dueño de hacer lo que guste despues que me haya oido.»

El wahabita nos concedió una audiencia: Salem nos introdujo; y llegados delante de él nos dejó estar en pié, y sin responder á la salutacion del Drahy nos dijo bruscamente.

--«Decid lo que quereis»

El Drahy entonces, revistiéndose de la mas noble dignidad respondió:

--«He venido á vuestra casa, hijo de Sihud bajo la fe de vuestras promesas, sin traer mas comitiva que diez hombres, yo que mando tantos millares de guerreros! Estamos sin defensa entre vuestras manos, mientras que vos estais en el centro de vuestro poder: os es fácil pulverizarnos cual la ceniza; pero sabed que desde la frontera de la India hasta la Nedgde, en la Persia, en Bassora, en Mesopotamia, en el Hemad, en las dos Sirias, en la Galilea y en el Hemad, todo hombre que lleva un café os pedirá mi sangre y vengará mi muerte. Si sois rey de los beduinos, segun os suponeis ¿cómo os envileceis con tamaña traicion?»

La traicion es el vil oficio de los turcos, y no es jamás el arma del fuerte, sino del débil y el cobarde. Vos que alabais vuestros ejércitos, y que suponeis que habeis recibido el poder de la mano de Dios; sino quereis empañar vuestra gloria, dejadme volver á mi país, y combatid conmigo en campo abierto; porque abusando así de mi buena fe os deshonrais á vos mismo; os haceis el objeto del desprecio de todos, y causareis la ruina de vuestro reino. He dicho cuanto tenia que decir: ahora haced lo que gustéis; pero mirad que os llegará el día del arrepentimiento. Yo no soy mas que uno entre millares: mi muerte no habrá de disminuir mi tribu, ni acabará la casta de los Challan: mi hijo me reemplazará, y él conducirá los beduinos á la venganza. Ya estais advertido: ahora abrid si quereis los ojos á la verdad.»

Durante este discurso el rey jugaba con su barba, y se iba calmando poco á poco. Por fin, despues de un momento de silencio nos dijo solamente.

«Id con Dios: no os sucederá ningun mal»

Nosotros nos retiramos entonces, mas sin dejar por eso de ser custodiados, y de tener una guardia á la vista. Este primer resultado tranquilizó á los cortesanos que habian quedado aterrados al oír las palabras atrevidas del Drahy, y se asombraban de que las hubiese tolerado: entonces comenzaron á mirarnos con mejor semblante, y se acercaron ya á nosotros; Abu-el-Salem nos convidó á comer.

Yo sin embargo no estaba tranquilo respecto á mi persona, porque si bien creia que Ebn-Sihud no llevaria las cosas al último extremo con el

Drahy, temia que echase la culpa de su conducta á mis consejos, y que me sacrificase á su resentimiento, siendo como yo era una persona oscura. Preocupado con esta idea participé mis temores al Drahy, y este los disipó jurándome que nadie llegaría hasta mí, si no pasaba por encima de su cadáver, y que yo sería el primero que saldría de Darkisch.

Al siguiente día nos hizo llamar Ebn-Sihud, nos recibió con mucho agrado, é hizo traer el café. Despues interrogó al Drahy sobre las personas que le acompañaban.

He aquí lo que yo temo, dije interiormente; y latió algun tanto mi corazón. Pero luego me calmé, porque habiendome nombrado el Drahy, se volvió á mí el rey y me dijo:

--«Conque sois vos el cristiano Abdalla?»

Yo le contesté afirmativamente.

--«Veo, añadió, que vuestras acciones son mas grandes que vuestra persona.»

--«La bala del fusil, repliqué, es pequeña, y sin embargo mata muchos hombres.»

Sonriose el Rey.

--«Me cuesta mucho trabajo, dijo entonces, creer lo que se me ha dicho de vos, y quisiera que me respondieseis con franqueza. ¿Qual es el objeto de esa alianza por la que hace tantos años que estais trabajando?»

--«El objeto, respondi, es muy sencillo. Hemos querido reunir bajo el mando del Drahy todos los beduinos de la Siria para resistir á los turcos, y ya veis que de este modo puede formarse una inaccesible barrera entre vos y vuestros enemigos.»

--«Está bien, replicó, pero si eso es cierto,



por que habeis derrotado mi ejercito delante de Hama?»

--«Porque era un obstáculo á nuestros proyectos, y nosotros no trabajábamos para vos sino para el Drahy. Consolidado su poder en la Siria, en la Mesopotamia y en la Persia, queríamos hacer vuestra alianza, para llegar de este modo á ser invulnerables en la posesion de nuestra libertad absoluta. Hijos todos de una misma nacion, debíamos abrazar la misma causa; y para esto hemos venido á formar con vos una alianza indisoluble: vos nos habeis recibido de un modo ofensivo, y el Drahy os ha reconvenido en términos ofensivos tambien; mas nuestras intenciones son francas, y lo hemos acreditado viniendo sin arma alguna, confiados solamente en vuestra lealtad.»

Al paso que yo hablaba se iba serenando la fisionomia del rey, y cuando conclui dijo.

--«Estoy satisfecho.»

Despues volviéndose hácia sus esclavos pidió tres cafés, Yo di gracias á Dios de haberme inspirado tan bien: el resto de la visita se mantuvo muy amable, y nos retiramos sumamente satisfechos. Por la noche estuvimos convidados á una gran cena en casa de Adramuti, uno de sus ministros, que nos habló con mucha confianza de las crueldades de su amo, y de la execracion con que era mirado generalmente.

Tambien nos habló de la inmensidad de sus riquezas, pues eran incalculables las que habia adquirido en el saqueo de la Mecca.

Desde los primeros tiempos de la Hegira los príncipes musulmanes, los califas, los sultanes y los reyes de Persia tenian la costumbre de enviar

todos los años al sepulcro del profeta presentes considerables, que consistian en alhajas, lámparas candelabros de oro y piedras preciosas, además de las ofrendas que hacia el comun de sus fieles. Solo el trono que regaló un rey de Persia, tenia un valor inestimable, pues era de oro macizo embutido de perlas y diamantes. Cada principe enviaba una corona de oro guarnecida de piedras preciosas para colgarla en la bóveda de la capilla; eran innumerables las que habia cuando Ebn-Sihud verificó el saqueo; y un solo diamante del tamaño de una nuez que estaba sobre el sepulcro, era considerado como una joya cuyo valor no podia fijarse.

Cuando uno considera las riquezas que habian acumulado los siglos en este punto, no se asombra de que el rey se llevase cuarenta camellos cargados de pedrería, además de los objetos de plata y de oro macizos. Calculando la inmensidad de estos tesoros, y el diezmo que exige á sus aliados todos los años, creo que se le puede considerar como el monarca mas rico de la tierra; sobre todo, no teniendo casi gasto alguno, pues prohíbe el lujo con la mayor severidad; y en tiempo de guerra cada tribu provee á la subsistencia de sus ejércitos, y sufre los gastos y las pérdidas sin indemnizacion de ninguna especie.

Yo disfruté tanta alegría al recobrar mi libertad, que empleé el dia en pasear y examinar la ciudad y sus inmediaciones. Darkisch está edificando con piedra blanca, contiene siete mil habitantes, y casi todos son parientes, ministros ó generales de Ebn-Sihud. Allí no se ven artesanos, y los solos oficios que se conocen son los de armeros y herra-

dores aunque en corto número: no se halla nada que comprar, ni siquiera artículos comestibles. Cada uno se mantiene con lo que posee; esto es, una tierra ó un huerto que produce trigo, legumbres y frutos; mantiene además algunas gallinas; sus numerosos ganados pacen en la llanura, y los miércoles los habitantes del Imen y de la Mecca van á cambiar por ganado sus mercancías, cuya feria es el único comercio del país. Las mujeres no se tapan con velos, pero llevan en la cabeza un mahlá negro que les hace poquísima gracia, fuera de que son generalmente feas y muy morenas. Las huertas situadas en un hermoso valle cerca de la ciudad, al lado opuesto por donde nosotros habíamos ido, producen los frutos más hermosos del mundo, como son bananos, naranjas, granadas, higos, manzanas y melones; y mezclado con esto cebada y maíz, pues son regadas y cultivadas con el mayor esmero.

Nos hizo llamar el rey dos días después, nos recibió con sumo agrado, y me hizo muchas preguntas acerca de los soberanos de Europa, y particularmente sobre Napoleón, por quien sentía grandes simpatías. La relación de sus conquistas le deleitaba sobre manera; y como felizmente mi conversación con Mr. Lascaris me había puesto bastante al corriente, le referí los detalles de ellas, y á cada circunstancia exclamaba:

—Seguramente ese hombre es un enviado de Dios; estoy persuadido de que se halla en comunicación íntima con su Criador, pues que se ve tan favorecido de él.»

Tras esto se mostró más y más afable conmigo y cambiando de asunto me preguntó.



--«Abdalla, quiero que me digais la verdad ¿cual es la base del cristianismo?»

Como yo conocia bien las preocupaciones del wahabita me estremeció esta pregunta, mas pedí á Dios que me inspirase, y le dije.

--«La base de toda religion ¡oh hijo de Sihud! es la creencia en Dios. Los cristianos creen lo mismo que vos, que no hay mas que un solo Dios criador de universo, que castiga á los malos, que perdona á los arrepentidos, que recompensa á los buenos; y que él solo es grande, misericordioso y omnipotente.»

--«Me parece bien, pero ¿que oracion hacéis?»

Yo le recité el padre nuestro; lo hizo escribir á su secretario, lo leyó y lo guardó en su bolsillo. Continuó su interrogatorio, y me preguntó hácia que lado nos volvíamos para orar.

--«Nosotros, respondí, oramos hácia todos lados, porque Dios está en todas partes.»

--«Bien me parece, dijo; pero debéis tener preceptos lo mismo que tenéis oraciones.»

A esto le recité los diez preceptos del Decálogo, dado por Dios á Moisés; pareció tener conocimiento de ellos y continuando sus preguntas añadió.

--«¿Cómo considerais á Jesucristo?»

--«Como la palabra de Dios encarnada: como al Verbo divino.»

--«Pero ha sido crucificado!»

--«Como Verbo no ha podido morir; como hombre ha sufrido la muerte.»

--«Perfectamente. ¿Y el libro sagrado que Dios ha inspirado á Jesucristo, está reverenciado entre vosotros? ¿Seguís exactamente su doctrina?»

--«Le conservamos con el mayor respeto, y obedecemos en todo sus instrucciones.»

--«Los turcos, dijo entonces, han hecho un Dios de su profeta, y oran como idólatras sobre su sepulcro: ¡maldicion sobre aquellos que igualan á una criatura con el Criador! El sable los debe es-terminar.»

Estendiose en invectivas contra los turcos, y vituperó el uso del vino, de la pipa, y de las carnes impuras.

Yo me consideraba demasiado feliz por haber salido bien de las preguntas peligrosas, para contradecirle cosas tan insignificantes, y le dejé creer que despreciaba el uso de esta mala yerba (pues tal es el nombre que daba al tabaco), y esto hizo reir al Drahy, que sabia que el mayor sacrificio que yo podia hacer era el privarme de fumar, y que aprovechaba todos los instantes en que podia impunemente sacar de su escondite mi amada pipa.

Aquel dia, sobre todo, sentia una escesiva necesidad, pues habia hablado mucho, y tomado café de moka muy cargado.

El pareció muy satisfecho de la conversacion y me dijo.

--«Veó que siempre puede aprenderse alguna cosa. Yo creía que los cristianos eran los mas supersticiosos de los hombres, y ahora estoy convencido de que se acercan mucho mas á la verdadera religion que los turcos.»

Pudimos ver que Ebn-Sihud es un hombre instruido, y de extraordinaria elocuencia, aunque muy fanático por sus opiniones religiosas. Tiene una mujer legitima y una esclava, dos hijos casados y una hija jóven. Por temor de que lo enve-

nenen no toma mas alimentos que los preparados por sus mujeres; y la guardia de su palacio está confiada á mil negros bien armados.

Fuera de estos puede reunir en sus estados millon y medio de beduinos en disposicion de tomar las armas.

Cuando quiere nombrar un gobernador de provincia, hace llamar al que destina para este puesto, lo convida á comer con él; despues de la comida hacen juntos las abluciones y la oracion; le arma con su sable y le dice:

«Os he elegido por orden de Dios para gobernar sus esclavos: sed justo y humano: recoged exactamente el diezmo, y haced cortar las cabezas de los turcos y de los infieles que creen que hay quien sea igual á Dios: no dejeis establecer ninguno en vuestro pais, y que el Señor dé la victoria á los que creen en su unidad.»

Inmediatamente le entrega un escrito en un papel pequeño, en el que manda á los habitantes que le obedezcan como gobernador, bajo pena de severos castigos.

Al otro día fuimos á ver las caballerizas reales; y tengo por imposible que un aficionado pueda ver cosa mas magnífica. Por de pronto percibi ochenta yeguas blancas colocadas en fila; pero de hermosura tan incomparable, y tan exactamente iguales, que era imposible distinguir la una de la otra. Su pelo, que relucia como la plata, deslumbraba la vista.

Habia ademas ciento veinte de diferentes pelos, que ocupaban otro edificio; y á pesar de mi antipatia por los caballos, desde el accidente que estuvo á pique de costarme la vida, no pude me-

:



nos de pagar el tributo de una profunda admiración al recorrer estas caballerizas.

Aquella noche cenamos con Heddal, general en jefe, el cual se reconcilió con el Draby. Allí estaba tambien el famoso Abu-Nocta, que se mostró atentísimo. Pasamos muchos dias en conferencias secretas para tratar de nuestros negocios con Ebn-Sihud, cuyos detalles serian ociosos, y bastará decir que se concluyó una alianza entre él y el Draby, á satisfaccion de los dos; en la cual declaró el rey *que sus dos cuerpos estaban dirigidos por una sola alma.*

Concluido el tratado nos hizo comer con él por la primera vez, y probó de cada plato antes de ofrecernosle. Como nunca habia visto comer de otro modo que con los dedos, hice una cuchara y un tenedor de madera, saqué mi pañuelo para servirme de él como de servilleta, y me puse á comer á la europea, lo cual le divirtió muchísimo.

--«Cada nacion, dijo, cree que sus usos son los mejores del mundo, y así se hallan todos contentos con su situacion.»

Señalada nuestra partida para el día siguiente nos envió el rey siete de sus mas hermosas yeguas, conducidas por otros tantos esclavos negros montados en camellos, y cuando cada uno de nosotros hubo escogido la que le pareció, nos presentó un sable, cuya hoja era muy hermosa, y cuya vaina no tenia adorno alguno. Tambien regaló sables de menos valor á nuestros criados, algunas maklas y cien talaris.

Nos despedimos de Ebn-Sihud con las ceremonias de costumbre, y fuimos acompañados fuera de los muros por los oficiales de su corte.

Llegados á la puerta de la ciudad, se detuvo el Drahý, me instó á que pasase el primero, y me dijo sonriéndose que quería cumplir su promesa.

Apesar de todas las atenciones que recibimos en los últimos días de nuestra permanencia, confieso que las angustias que sufrí en un principio me hicieron tan profunda impresion, que sentí un placer en salir por la puerta.

Tomamos el camino del país de Hegias, pasando las noches entre las tribus que cubrian el Desierto. El quinto día, despues de haber dormido bajo las tiendas de El-Henadi, nos levantamos con el Sol, y salimos para ensillar nuestros dromedarios; mas con mucha sorpresa los hallamos con las cabezas enterradas en la arena, de donde nos fué imposible hacerselas sacar. Llamamos en nuestra ayuda á los beduinos de la tribu; pero estos nos dijeron, que el instinto de los camellos conocia la proximidad del *simoun*, de ese viento fatal del Desierto; y que ocultaban la cabeza para evitarle; de modo que este hecho era una señal infalible de que no tardaría en soplar, y de que no podíamos ponernos en camino sin esponernos á una muerte segura.

Estos animales conocen con dos ó tres horas de anticipacion esta plaga mortífera, y entonces se vuelven al lado opuesto al viento, se entierran en la arena, y tienen tanta obstinacion, que no se les puede hacer sacar las cabezas ni para comer ni beber durante la tempestad, aunque se prolongue por muchos dias. La Providencia les ha dotado de este instinto de conservacion, y es tan exacto, que nunca les engaña. Cuando supimos el

riesgo que nos amenazaba, participamos del terror general, y nos apresuramos á tomar todas las precauciones que se nos indicaron. No basta poner al abrigo los caballos, sino que es necesario cubrirles las cabezas, y taparles las orejas, porque de otro modo los sofocarían los remolinos de la arena sutil que levanta este viento destructor.

En cuanto á las personas, se encierran en las tiendas, tapan con el mayor cuidado las aberturas, y despues de abastecerse de agua, cuyos jarros colocan al alcance de la mano, se tienden en tierra, cubriendo la cabeza con el makla, y permanecen asi mientras dura tan devastador huracán.

Aquella mañana reinó en el campo la mayor agitacion; pues todos se ocupaban en poner en seguridad su ganado, y despues se retiraban con precipitacion á su tienda.

Apenas habiamos nosotros abrigado nuestras hermosísimas yeguas negdis, cuando comenzó la tormenta. Las furiosas ráfagas del *simoun* arrastraban densas nubes de una arena rojiza y ardiente, que invadía impetuosamente el campo, y que derribaba cuanto hallaba en su transito; se amontonaba formando lomas, y cubria y enterraba cuanto tenia suficiente fuerza para oponerle resistencia. Si en estos momentos queda alguna parte del cuerpo espuesta á la impresion del aire las carnes se inflaman como si se les hubiese aplicado un hierro candente. El agua que nos debia refrescar se calentó casi hasta el punto de hervir; y la temperatura de la tienda era mas alta que la de un baño turco. La tempestad duró diez horas en su mayor furia, y despues disminuyó gra-



dualmente en otras seis: si hubiera durado una hora mas, nos hubiera sofocado á todos sin remedio.

Cuando nos atrevimos á salir de las tiendas hallamos un espectáculo horroroso: cinco niños, dos mujeres y un hombre yacian muertos sobre la arena, abrasada todavia; y muchos beduinos tenian la cara negra y como calcinada, cual si hubiese estado espuesta á la boca de un horno. Si el viento del *simoun* da á un infeliz en la cabeza, comienza á arrojar copiosamente sangre por la boca y las narices, el rostro se le hincha, y muere ahogado al instante.

Nosotros dimos gracias á Dios porque esta terrible plaga no nos hubiese atacado en medio del Desierto, y por habernos preservado de una muerte horrorosa.

Cuando el tiempo nos permitió dejar el campamento de Henady, nos dirigimos á nuestra tribu, á la que tardamos en llegar doce horas: Scheikhbrahim me recibió con un verdadero amor paternal; pasamos muchos dias en referirle nuestras aventuras, y cuando me vió descansando de mis fatigas, me dijo:

— «Querido hijo: nada tenemos que hacer aquí; gracias á Dios todo está terminado; y el éxito de mi empresa ha escedido á mis esperanzas: ahora es preciso partir para dar cuenta del resultado de la mision que se me ha confiado.»

Dejamos, pues, nuestros amigos con la esperanza de volverlos á ver pronto á la cabeza de una expedicion, á la cual habiamos abierto el camino y allanado toda dificultad. Fuimos por Damasco, Alepo y la Caramania á Constantinopla, y llega

mos á esta capital en abril, despues de noventa dias de marcha, lá mayor parte al través de las nieves.

Eneste largo y penoso camino perdí mi hermosa yegua nedgdie, que me habia regalado Ebn-Sihud, y que esperaba vender cuando menos por treinta mil piastras; pero este era solo un principio de las desgracias que nos aguardaban.

La peste desolaba á Constantinopla, y el general Andreosi nos hizo alojar en Keghat-Kani, donde hicimos tres meses cuarentena. Allí supimos la catástrofe de Mskow y la retirada del ejército francés.

Mr. de Lascaris estaba tan afligido, que no sabia qué partido tomar, y despues de dos meses de incertidumbre, resolvió volver á Siria á esperar el resultado de los sucesos.

Nos embarcamos en un buque cargado de trigo, y una horrorosa tempestad nos arrojó á la isla de Chios, donde volvimos á encontrar la peste. Mr. de Bourville, cónsul de Francia, nos proporcionó alojamiento donde estuvimos encerrados dos meses, y como habíamos perdido casi todos nuestros efectos en la borrasca, y no nos podíamos comunicar con nadie por el contagio, nos hallamos sin ropa, y espuestos á las mayores privaciones.

Abiertas por fin las comunicaciones, Mr. Lascaris recibió una carta del cónsul general de Smirna, que le invitaba á ir á conferenciar con los generales Lallemand y Savari, y decidido á ir me permitió pasar algun tiempo con mi pobre madre, á la cual hacia seis años que yo no habia visto.

Mis particulares viajes nada pueden ofrecer de interesante al público; por consiguiente paso

por alto el intervalo del tiempo trascurrido desde mi separacion de Mr. de Lascaris, hasta mi vuelta á Siria, y voy á hablar del triste desenlace de este drama, cuya accion habia marchado hasta allí con tanta felicidad.

Estaba yo en Latakia en compañía de mi madre, y esperaba todos los dias un buque que me llevase á Egipto, donde debia reunirme con Mr. de Lascaris, á tiempo que llegó un bergantin de guerra francés. Corrí con afan á buscar las cartas que esperaba, y supe la infausta noticia de la muerte de mi bien hechor, acaecida en el Cairo.

Nada puede dar idea de la afliccion que me causó este horrible desastre; porque yo amaba á Mr. Lascaris con el amor de un hijo, y perdía además con él todo mi porvenir.

Mr. Drovetti, cónsul de Francia en Alejandria, me escribió que fuese á verle lo mas pronto posible; pero tardé cincuenta dias en tener ocasion de embarcarme, y cuando llegué á esta ciudad Mr. Drovetti habia marchado al alto Egipto, y si bien salí en su busca, no pude alcanzarle hasta llegar á Asscut.

Por este supe que Mr. Lascaris habia llegado á Egipto con pasaporte inglés, y que Mr. Salt, cónsul de Inglaterra, se habia apoderado de todos sus efectos. Mr. Drovetti me instó para que me dirigiese á él, á fin de que me pagasen mis sueldos á razon de quinientos talaris anuales, que se me debian hacia seis años; y asimismo me encargó que insistiese fuertemente en sacar el manuscrito del viaje de Mr. Lascaris, que era un documento de muchísima importancia.

Volví al Cairo inmediatamente: Mr. Salt me re-



cibió con la mayor sequedad, y me dijo que habiendo muerto Mr. Lascaris bajo la protección inglesa, todos sus papeles y efectos habían sido remitidos á Inglaterra. Fueron pues inútiles todas mis tentativas.

Permanecí algun tiempo en el Cairo con la esperanza de que me pagasen mis sueldos y se me diesen los papeles de mi amigo; pero Mr. Salt me amenazó de que me haría prender por las autoridades egipcias si continuaba en mi empeño, y solo escapé de este riesgo por la protección que me dispensó Mr. Drovetti.

Cansado al fin de esta infructuosa lucha, dejé el Egipto, y volví al lado de mi madre, mas desgraciado y mas pobre que cuando la había dejado al salir de Alepo por la primera vez.

### RESÚMEN POLÍTIQO.

Diez y ocho meses de viajes, de vicisitudes, de afanes y de ocios no pueden menos de inspirar pensamientos é ideas involuntariamente. Los objetos y los hechos innumerables que se ofrecen á su vista, y que escitan su observacion, le instruyen y le ilustran irremediabilmente; y los diferentes aspectos bajo los cuales se presentan las cosas, aclaran sus dudas y desvanecen sus errores en historia como en filosofia: el hombre discurre sobre lo que ha visto y sentido; deduce consecuencias; forma en sí mismo verdades instinti-

vas, se interroga y se encuentra por muchas razones un hombre distinto; porque el mundo le ha hablado y lo ha comprendido.

Si no fuese así ¿de qué servirían las penas, los riesgos, las molestias, las privaciones, y la ausencia de los amigos y de la patria que ocasionan los viajes? En este caso no serian estos mas que un engaño brillante; pero muy lejos de eso se les debe mirar como la educacion del pensamiento por la naturaleza y los hombres.

Sin embargo, el hombre no se despoja de sí mismo cuando emprende su viaje, y los pensamientos que preocupan á su siglo y á su pais cuando deja el techo paternal, le siguen y acompañan por el camino. Como la política es la materia del dia para la Europa, y particularmente para la Francia, me he ocupado mucho de ella en el Oriente, y en esto, lo mismo que en la historia y en la filosofía, he sacado con el exámen de los hechos y de los lugares apariencias mas exactas y de mas estension y verdad.

Así es que en el órden político he reasumido una idea, y esta es la única página de las notas de un viajero que quisiera que se divulgase en la Europa, porque contiene una verdad tan provechosa en el dia, que si llega á comprenderse y á ponerse por obra, puede fecundar el porvenir, salvar á la Europa y al Asia, y multiplicar y mejorar la humanidad, formando época en la existencia laboriosa y progresiva de ella.

Si por el contrario, se la desconoce y rechaza como un impracticable sueño, dando importancia á las dificultades que puede encontrar su ejecucion, las pasiones buenas ó malas de la Europa estalla-

rán contra ella misma, y el Asia quedará como está, una rama estéril y muerta del grande arbol de nuestra especie.

Todavía tengo algo que añadir.

Las humanas ideas han conducido la Europa á una de esas grandes crisis orgánicas, de que solo la historia presenta uno ó dos ejemplos. Estas son épocas en que una civilizacion gastada ha hecho lugar á otra; en las que no se puede sostener lo pasado, y en las que el porvenir se presenta á las masas con todas las incertidumbres, y con toda la oscuridad de lo desconocido; épocas terribles cuando no se saben aprovechar, y enfermedades climatéricas del espíritu humano que debilitan al hombre para muchos siglos, ó que le vivifican y disponen para una nueva y muy dilatada existencia.

La revolucion francesa ha dado el grito al mundo, y muchas de sus fases se han presentado ya; pero esta revolucion no se ha completado todavía, y nada concluye en estos momentos lentos, intestinos y perpétuos de la vida moral del género humano. Hay momentos en que hacen alto estos movimientos, y en que se paraliza la revolucion; pero estos altos, estas parálisis sirven para difundir y para madurar las ideas, para acumularse las fuerzas y para prepararse á nueva accion.

En la marcha de las sociedades y de las ideas el objeto á que se aspira, el blanco que se toma, es solamente un punto para aspirar á otro y para tomar otro blanco.

La revolucion francesa que se llamará europea algun dia, porque las ideas buscan su nivel como el agua, no es como se cree una sola revolucion



política, un traspaso de poder, y un solo cambio de dinastía ó un efímero establecimiento de gobierno democrático en lugar del monárquico; todo esto no puede ser mas que un accidente, un sintoma, un instrumento, un medio.

La obra es tan grande y tan elevada, que podría consumarse con todas las formas políticas del poder, y que se podría ser monárquico ó republicano, adherido á una dinastía ó á otra, y partidario finalmente de tal ó cual combinacion de leyes fundamentales, sin dejar de ser por eso un revolucionario sincero y profundo. Todo lo que puede suceder es preferir un instrumento á otro; pero la idea de la revolucion, que es la de cambio y de mejora, no ilustra menos el entendimiento ni enardece menos el corazon.

¿Qual es el hombre pensador, el hombre de corazon y de razon, de religion y de esperanza, que al preguntarse á sí mismo delante de Dios y á la vista de una sociedad que se derrumba y cae de anomalia y de vejéz, no se diga interiormente, *soy revolucionario?* El tiempo arrastra á los que se le oponen, del mismo modo que á los que se adelantan á él, y quieren principiar su curso con sus deseos y sus votos. Su corriente es tan rápida y tan irresistible, que los que reman con mas vigor, y creen subir por su curso, se encuentran insensiblemente muy distantes del horizonte que anhelaban, y llegan á asombrarse cuando miden el camino que han hecho involuntariamente.

Pronto hará medio siglo que esta revolucion, que habia madurado en las ideas, estalló estrepitosamente en los hechos. Al principio no fue mas que un combate; bien pronto siguió una ruina; el pol-

vo de esta lucha y de esta ruina lo ha oscurecido todo, y no se ha sabido ni por qué, ni sobre qué terreno, ni bajo que bandera se combatía

Se ha hecho fuego, como en la oscuridad de la noche, contra los amigos y contra los hermanos: las reacciones han seguido á la accion; los excesos y los crímenes han mancillado á los partidos de todos colores; los hombres han abandonado con horror la causa que el crimen suponía servir, y que la perdía como las pierde todas; se ha pasado del un exceso al otro, y los movimientos tumultuosos no se han comprendido mejor que las vicisitudes de la batalla

Todo era confusion y desórden; todo era triunfo y derrota; entusiasmo y desaliento.

Mas en el dia se comienza á conocer el plan de la accion en la terrible lucha entre las ideas y los hombres: la nube del polvo se ha disipado; el horizonte se ha aclarado; se ven las posiciones tomadas y perdidas; las ideas que han quedado sobre el campo de batalla; las que han recibido heridas mortales, las que viven todavía, y las que triunfan ó triunfaran: se comprende lo pasado, se conoce el siglo, y se vislumbra un porvenir.

Esta es una hermosa y feliz coyuntura para el entendimiento humano; pues tiene conciencia de sí mismo, y de la obra que va á consumir, y se puede decir que amanece para él el verdadero horizonte del porvenir.

Cuando una revolucion se llega á comprender, y cuando su objeto se llega a fijar, se puede decir que está hecha: el éxito puede ser lento, pero no dudoso. Si la idea nueva no ha conquistado todavía el terreno, ha ganado al menos el arma infali-

ble que lo debe conquistar. Esta arma es la prensa; y esta revolucion cotidiana y universal de todos, y por todos, es para las inteligencias y para el espíritu de inovacion y de mejora lo que fué la pólvora para los primeros que se sirvieron de ella: la victoria asegurada por una facultad poderosa.

Los filósofos políticos no necesitan ya de combatir, sino de moderar y dirijir esta arma invencible de civilizacion.

Lo pasado se desplomó: el suelo esta desembarazado; el espacio vacío: la igualdad de derecho se ha admitido en principio: la libertad de discusion está admitida en las formas gubernamentales; el poder ha subido á su origen, y el interés y la razon deben temer ya mas á la debilidad que á la misma tiranía. La palabra oral y la palabra escrita están tocando *llamada* por todas partes y sin cesar á las inteligencias: este supremo tribunal domina y dominará de dia en dia todos los poderes instituidos; provoca y provocará todas las cuestiones sociales, religiosas, políticas y nacionales con la fuerza que la opinion le presta y prestará, y á medida y proporcion del interior convencimiento, hasta que la razon humana se encuentre iluminada con el rayo de luz que á Dios plazca concederla, y entre en la posesion del mundo social todo entero.

Entonces satisfecha de la obra de su lógica se contentará con ella, la aplaudirá y descansará algunos dias, si puede haber descanso en este mundo sublunar.

Empero las cuestiones sociales son sumamente complicadas, y la solucion de las cuestio-



nes de política interior necesitan la sancion de las demas potencias. Todo se mantiene en el mundo, y un hecho opera reaccion sobre otro: veamos, pues, respecto al Oriente, cuáles deben ser lógicamente el plan y la reaccion de la política europea.

La llamo europea, porque aunque el sistema constitucional, ó mas bien racional, no prevalezca aun en las formas mas que en Inglaterra, en Francia, en España y Portugal, prevalece por todas partes en las ideas, y todos los hombres que piensan, están afiliados en su partido: los pueblos están poseidos de su espíritu, y la revolucion comenzada, ó consumada en las costumbres, debe estarlo muy pronto en los hechos: solo se necesita una coyuntura, y esta es obra del tiempo.

Las potencias de Europa tienen formas diversas; pero en todas domina un mismo espíritu de renovacion y de gobierno acomodado á la razon. La Francia y la Inglaterra son los dos paises dotados de esperienciencia que han tomado á su cargo la promulgacion y el ensayo de las ideas. ¡Gloriosa y arriesgada mision! La Francia, mas atrevida, ha tomado la delantera; en el dia está muy adelantada en su camino: hablemos, pues, de ella.

La Francia puede prometerse mucha gloria; pero tambien se ve amenazada de terribles peligros. Ella guia las naciones; mas la toca sondear el camino, y puede encontrar un abismo, donde busca la via social: por una parte tiene que arrostrar todos los odios de los ciegos partidarios de lo pasado, que se oponen á las mejoras, y se sublevan contra ella. En religion en filosofia y en política todos los enemigos de la razon miran con

horror á la Francia; todos los votos secretos de los hombres retrógados, ó identificados con lo pasado, desean su ruina: ella es para estos hombres el símbolo de su decadencia; y la prueba irrecusable de su impotencia y del error de sus profeías.

Si ella prospera, desmiente sus doctrinas; y si sucumbe las acredita: en este caso todas las tentativas de mejoras humanas sucumbirán tambien con ella: y sus enemigos lanzarán el grito del aplauso, solemnizarán su caída, y quedará el mundo á merced del error y de la tiranía.

Así los partidarios de estas horrorosas plagas vituperan con encono su acción y anhelan con afán su ruina: la vaticinan en cada movimiento que hace, y la esperan en cada coyuntura. La fuerza de la Francia estriba mas en el movimiento de vida que la anima, que en el número de sus tropas: tiene un instinto grande y generoso; tiene fe en la gran causa que sostiene, y si le oponen máquinias belicosas, arroja mártires á la arena.

*Una convicción es mas fuerte y poderosa que un ejército:* la Francia, dividida, arruinada, tiranizada y ensangrentada por interiores verdugos; atacada en sus fronteras por sus propios hijos y por los ejércitos reunidos de la Europa, ha hecho patente al mundo que no podía perecer por los riesgos exteriores. Los de dentro son mas graves; pero son el resultado de una situación nueva. Una transición es una crisis, y las consecuencias previstas ó imprevistas de un principio orgánico-nuevo, traen inevitablemente fenómenos inesperados en la vida social de un pueblo grande.

Las consecuencias de la revolución en Francia,  
*La lectura.*

y las consecuencias accidentales de las crisis por que ha pasado la nacion son muchísimas; mas solo hablaré de las principales.

La igualdad de derechos ha producido la igualdad de ambicion en todas las clases; de aquí ha resultado la aspiracion al poder, la concurrencia indefinida á todos los empleos, la obstruccion de todas las carreras, la rivalidad, los celos y la envidia de tantos hombres, que se apiñaban á la vez á unas mismas salidas, un empuje perpétuo de las capacidades, codicia y amor propio á la puerta del servicio público, y por consiguiente la instabilidad en las funciones públicas y una muchedumbre de fuerzas rechazadas que han refluído sobre la sociedad dispuestas á vengarse de ella.

La libertad de discusion y de exámen, constituida en la libertad de la prensa, ha producido un espíritu de polémica y de disputa de mala fe, una oposicion sistemática y de oficio, y hasta un cinismo de estilo, de palabras y de lógica, que asustan á la veracidad, que estravian y amotinan á la ignorancia, que desacreditan al poder, que es, cualquiera que sea, la primera necesidad de los pueblos; que atemoriza á los honabres honrados, aunque tímidos; y que da armas á todas las pasiones funestas del tiempo y del pais.

La instruccion difundida en las masas de las poblaciones, que han estado tanto tiempo privadas de ella, produce por el pronto en las mismas un deslumbramiento de ideas, no bien comprendidas; un vértigo de la inteligencia que ve dé repente un exceso de luz, y que puede compararse con el hombre á quien se saca de una profunda oscuridad en que ha yacido mucho tiempo, y se



le espona á una copia de luz que hiere su vista y con el hombre hambriento á quien se da demasiado alimento á la vez: el primero queda ciego por el momento, y el otro perece algunas veces por el alimento mismo que le debía dar la vida. De esto no se infiere que la luz y la comida sean malas; pues lo malo es únicamente la repentina transición.

Lo mismo sucede con la instruccion de las masas: ocasiona por el pronto una superabundancia de capacidades, que reclaman un empleo social, y un desnivel entre las facultades y las ocupaciones, que puede y debe producir una gran perturbacion en la armonia política, hasta que el nivel, elevado por todos, se restablezca para cada uno, y que estas capacidades elevadas se creen sus respectivos modos de accion.

El movimiento industrial saca á las poblaciones de las costumbres y hábitos de familia y de los pacíficos y moralizadores trabajos de la tierra; escita al trabajo por una ganancia subida, que decae despues; acostumbra al lujo y á los vicios de las ciudades á hombres que no pueden volver á la sencillez y medianía de la vida rural: de aqui resulta que las masas, que son insuficientes en el dia para el trabajo queden despues sin ninguna ocupacion, y que la indigencia las precipite en la sedicion y en el desórden.

Los proletarios son una clase numerosa de que no se hace caso en los gobiernos aristocráticos, teocráticos y despóticos, en los que viven al abrigo de los que poseen esclusivamente el suelo; y la garantia de su existencia se cifra en la proteccion que estos la dispensan: semejante clase emancipa-

da y entregada á si misma se encuentra en peor situacion, porque si bien ha reconquistado sus derechos, por la supresion del individualismo y los feudos, carece de lo necesario, y conmoverá ó agitará la sociedad, hasta que el socialismo haya sucedido al individualismo tan odioso y perjudicial.

De la situacion de los proletarios ha nacido la cuestion de la propiedad, que tanto se agita en el dia; y que se resolveria por fin por medio del combate, sino estuviese ya resuelto por la razon, la política y la *caridad social*. La caridad es el socialismo, así como el individualismo está personificado en el egoismo. La caridad y la política prescriben al hombre no abandonar a su semejante, asistirle, y formar una especie de seguridad mútua, bajo condiciones equitativas entre la sociedad que posee y la sociedad que no posee, la cual dice al propietario: « Tú conservarás tu propiedad, porque á pesar de la hermosa idea de comunidad de bienes sugerida por la filantropía, la propiedad parece hasta aquí una condicion indispensable de toda sociedad, pues sin ella no hay familia, ni trabajo, ni civilizacion.»

Pero tambien añade: «No olvidarás que tu propiedad no se ha instituido para tí solo, sino para toda la humanidad, y que no la poseerás sino con condicion de justicia, de utilidad, de reparticion y de accesion á todos: por consiguiente tú suministrarás á tus hermanos lo supérfluo de tu propiedad, en los medios y los elementos de trabajo que les son necesarios para poseer la parte que les toca, y tú reconocerás un derecho superior al derecho de propiedad, que es el derecho de humanidad.»

He aquí cómo la política y la justicia son una misma cosa.

De todos estos hechos del nuevo orden de cosas resulta una necesidad incontestable para la Francia y para la Europa, que es la necesidad de expansión; y es absolutamente preciso que la expansión exterior esté en relación con la inmensa expansión interior, producida por la revolución que en todo se consuma. Sin esta expansión exterior ¿cómo preaver los riesgos que acabo de citar? ¿Cómo consagrar la igualdad en el derecho y negarla en los hechos? ¿Cómo admitir el exámen, y resistir á la razón y á su órgano que es la prensa? ¿Cómo difundir la instrucción, y repeler las capacidades que multiplica? ¿Cómo activar la industria, y proveer á la aglomeración de las poblaciones, y á las repentinas cesaciones del trabajo y de los salarios que lleva consigo? ¿Cómo contener esas masas de proletarios, que crecen sin cesar, armadas, indisciplinadas, y que tienen que optar entre la miseria y el pillage? ¿Cómo salvar la propiedad de las agresiones, que tendrá que sufrir de las doctrinas y de los hechos? Y si esta piedra angular de toda sociedad viniese á desplomarse, ¿cómo salvar la sociedad? ¿Dónde hallaría uno el refugio contra una segunda barbarie? Estos riesgos son tales, que si la prevision de los gobiernos de Europa no halla un preservativo, es inevitable la ruina del mundo social en una época determinada.

Por una prevision admirable de la Providencia, que no crea nunca necesidades nuevas sin crear los medios de satisfacerlas, sucede que cuando tiene lugar en Europa la gran crisis civilizado-



ra, y cuando se revelan á los gobiernos y los pueblos las nuevas necesidades que resultan de ella, se verifica en Oriente y en Asia una gran crisis en un orden inverso, y allí se presenta un gran vacío al exceso de poblacion y de facultades europeas.

El exceso de vida que en Europa sale de madre, puede y debe correr por el cauce de esta parte del mundo; y el exceso de fuerzas que nos está agoviando, puede y debe emplearse en estas regiones, donde se halla dormida y agotada la fuerza, donde las poblaciones van á menos y se acaban, y finalmente, donde se está apurando la vida del género humano.

El imperio turco se desploma; y de un dia á otro va á dejar un vacío á la anarquía y á la desorganizada barbarie; va á dejar territorios inmensos sin pueblos, y poblaciones sin guías y sin gefes.

No es necesario provocar esta ruina del imperio otomano: no es necesario ni aun empujarla con el dedo: ella se consume por sí misma, por su propia accion, y por la necesidad de su naturaleza; y se consume finalmente, como todas las cosas que llevan consigo el sello de la fatalidad, sin que pueda atribuirse á nadie, y sin que sea posible á los turcos evitarla, ni aun á la misma Europa oponerse á ella.

La poblacion que cae y se aplasta, por decirlo así, bajo su propio peso, espira por su misma impotencia de prolongar la vida, y hasta se puede asegurar que ya no existe. La raza musulmana está reducida á casi nada en las sesenta mil leguas cuadradas que componen su inmenso y feracísimo

dominio; y á escepcion de una ó dos capitales, apenas se hallan turcos en todo lo restante de su territorio. Si recorremos con la vista esas admirables, estensas y riquísimas playas, y buscamos en ellas el imperio otomano, no lo encontraremos en ninguna parte; porque la estúpida administracion y la mortal inercia de la raza conquistadora de los hijos de Osman, ha trocado los países en desiertos, y ha dejado estender y multiplicar las razas conquistadas, al paso que la suya disminuía y se extinguía sin cesar.

El Africa con su litoral parecen haber olvidado su origen y la dominacion de los turcos. Las regencias de Berbería son independientes de hecho, y ya no tienen con la Turquía esa fraternidad y simpatía de religion y de costumbres que cuando menos constituyen una sombra de nacionalidad. Así es que el estampido del cañon disparado en Navarino, no ha sido repetido por el eco del Times; ni el estruendo de las bombas de Argél ha resonado en la grande y orgullosa Stambul (1): la rama se ha separado del tronco sin resentirse este.

El litoral del Africa no es ni turco ni árabe: no está poblado sino por colonias de bandidos, extranjeros al país, en el que no tienen ni toman arraigo alguno: esto no da titulo ni derecho; no es reconocido por familia entre las naciones, y está á merced del cañon como un bajel sin pabellon, al que todo el mundo puede asestar sus fuegos. La Turquía por consiguiente no existe y no domina allí.

Egipto poblado de árabes y alternativamente

(1) Constantinopla.

dominado por los señores de la Siria, acaba de desprenderse de hecho del imperio de la Puerta. Mehemet-Alí intenta la resurreccion del imperio de los kalifas; más el fanatismo de novedad de dogma que hacia resaltar el brillo de las hojas de sus sables, ciertamente no resplandece ahora en el suyo. La Arabia dividida en tribus, sin union, sin uniformidad de costumbres y de leyes; la Arabia acostumbrada hace siglos al yugo de todos los pachás, está muy lejos de ver un libertador en Mehemet-Alí: tampoco ve en él el espíritu de civilizacion que la saque de la impotencia y la barbarie, y la eleve á la independendencia y á la táctica.

Lo que ve en él es un esclavo dichoso y rebelde que quiere aumentar el lote que le ha dado la suerte, enriquecerse con los productos del Egipto y la Siria, y no reconocer superior. Despues de su muerte sabe que ha de volver á caer bajo un yugo cualquiera, y no se cuida de cuál pueda ser este.

Bagdad, situado en los confines del desierto de Siria, encierra una poblacion de judíos, de cristianos, de árabes y de persas: algunos millares de turcos mandados por un pachá, á quien se le destituye ó que se subleva cada tres ó cuatro años, no bastan para dar una nacionalidad turca á una ciudad de doscientas mil almas. Bagdad por su naturaleza es una ciudad libre, un caravanserall (1) perteneciente á toda el Asia, ó mas bien el depósito del comercio interior; de modo que puede llamarse una Palmira del Desierto.

(1) Ya hemos explicado el sentido de esta voz.



Entre Bagdad y Damasco se estienden los vastos desiertos de Siria y de Mesopotania, atravesados por el Eufrates: allí no hay reynos ni ciudades ni dominios; no hay mas que tiendas, que las tribus desconocidas é independientes pasean por sus llanuras: tribus que no tienen mas nacionalidad que sus caprichos, que no reconocen ni patria ni señor; hijos del Desierto, que miran como enemigos al que los quiere sujetar. Es evidente, pues, que estos no son turcos.

Damasco, la grande y magnífica ciudad santa del islamismo, donde el fanatismo musulman prevalece todavía, tiene una poblacion de ciento á ciento cincuenta mil almas. De este número treinta mil son cristianos, siete ú ocho mil judios, y unos cien mil árabes: un corto número de turcos reina allí á pesar de esto por el espíritu de conquista y de correligion; pero Damasco es una ciudad independiente y revoltosa, que se subleva á cada instante, que asesina á su pachá y que destierra á los turcos.

Esto mismo sucede en Alepo, ciudad menos considerable, de la cual se retira el comercio, y que parece espirar bajo las ruinas de sus frecuentes terremotos.

Las ciudades de la Siria, propiamente dicha, desde Gaza hasta Alejandreta, comprendiendo las de Homs y de Hama, están pobladas de árabes, de griegos sirios, de judios y armenios; y la totalidad de los turcos en esta vasta estension no pasa de treinta á cuarenta mil almas. Los maronitas, que componen una nacion robusta, vigorosa, ingeniosa, guerrera y comerciante, ocupan casi enteramente el Libano, y desprecian y desconfian

de los turcos. Los druzos y los metualis, tribus independientes y animosas, forman con los maronitas el gobierno federal del emir Beschir. Su poblacion es dueña en realidad de la Siria, y aun puede decirse que dominará á Damasco el dia en que todo se desmembre y se abandone á la naturaleza. Ella es el gérmen de un gran pueblo nuevo y susceptible de civilizacion: la Europa no tiene mas que fijar la vista en él, protegerle y mandarle que se alce.

Sigue el monte Tauro y esa dilatada Carmania (Asia menor) cuyas provincias son siete reinos, en cuyas costas habia ciudades independientes ó griegas, y colonias romanas. He recorrido todas sus costas; he entrado en todos sus golfos desde Tarson hasta Tehesmé, y no he visto mas que playas feraces pero desiertas, y algunas miserables aldeas habitadas por griegos: en el interior habita la indómita tribu de turcomanes, que apacientan sus ganados en los montes, y que bajan en el invierno á acampar en los llanos. Adana, Konia, Kutaya, Angora, sus ciudades principales, están pobladas cada una por algunos millares de turcos: Smirna es un vasto centro de poblaciones, pues de unas cien mil almas que cuenta, mas de la mitad se compone de cristianos, griegos, armenios y judios.

Si subimos por las costas del Asia menor encontramos las hermosas islas griegas de Scio, de Rodas y de Chipre: esta por sí sola es un reino, pues tiene ochenta leguas de longitud y veinte de ancho, y ha alimentado y alimentaría ahora muchos millones de habitantes: su cielo es el de Asia, su suelo el de los Trópicos; y su poblacion con-

siste en treinta mil griegos, y sesenta turcos encerrados en una especie de fortaleza, donde representan el dominio otomano. Lo mismo sucede en Rodas, en Stanchio, en Samos, en Scio y en Mitilene. ¿Donde se hallan, pues, los turcos cuando esta es la mas hermosa mitad del imperio?

La costa del mar de Mármara y el canal de los Dardanelos están poblados tambien de pequeñas ciudades, medio turcas y medio griegas; los habitantes son pocos y pobres, diseminados en grandes distancias, y sobre costas de poca profundidad; de modo que el numero total de la poblacion turca en estas regiones no asciende á mas de cien mil almas, aun comprendiendo á Brussa.

Constantinopla es la única que presenta la apariencia de poblacion y de vida, pues como todas las naciones que están en decadencia, á medida que la vida se estingue en las estremidades, se concentra en el corazon.

Hubo un dia tambien en que todo el imperio griego estaba encerrado en esta capital, y una vez conquistada, el imperio acabó.

En cuanto a la poblacion de Constantinopla hay opiniones muy distintas, pues varian desde trescientas mil hasta un millon de almas; y como no hay estadística alguna, cada uno la calcula á su modo.

Mi cálculo se funda solamente en el golpe de vista que ofrece la inmensa estension de la ciudad, comprendiendo en ella á Scutari y la poblacion de las costas del Cuerno de Oro, del mar de Mármara y de las de Asia y Europa, pues en todo este terreno no hay interrupcion de edificios. Las denominaciones de los barrios, ciudades y



pueblos son arbitrarias, y no veo division alguna, sino un solo centro de poblacion. Las filas continuas de casas, kioscos, palacios ó pueblos, unas veces de muchas hileras de edificios, y otras solamente de una ó dos, es de catorce leguas de Francia. Por esto creo que la poblacion puede ascender á seis ó setecientas mil almas, de las cuales un tercio cuando mas es de turcos, y los restantes de armenios, judíos, cristianos, francos, griegos y búlgaros.

La poblacion turca de Constantinopla será en opinion mi de unas doscientas á trescientas mil almas. Es verdad que no he recorrido las costas del Ponto Euxino; mas segun el recomendable viaje de Mr. de Fontanier publicado en 1834, predomina allí la poblacion indígena, y la turca está en la misma decadencia que en las demás partes del imperio recorridas por mí.

Respecto á la Turquía europea, no hay mas ciudad grande que Andrinópolis, donde se pueden contar de treinta á cuarenta mil turcos, y otros tantos en Philipópolis, Rophía, Nissa, Belgrado y los pequeños pueblos intermedios: añado doscientos mil turcos por las partes de la Turquía, en que no he estado, y hago subir la suma á unos trescientos mil.

En Servia y Bulgaria apenas hay un turco en cada pueblo, y supongo con bastante fundamento que sucede lo mismo en las otras provincias de la Turquía europea; de modo que aumentando algo por los errores en que yo haya podido incurrir, y atribuyendo al interior del Asia menor una poblacion turca muy superior á la que la observacion y las relaciones demuestran, no creo que

ascienda la totalidad de la población turca á mas de dos ó tres millones de almas; y aun estoy distante de persuadirme que pueda llegar á este número.

He aquí, pues, reasumida la raza conquistadora que salió de las orillas del Mar Caspio, cómo se ha derretido á los rayos abrasadores del Sol del Mediterráneo; y he aquí como la Turquía se encuentra poseida por un número de hombres tan limitado, que puede contarse ya perdida por ellos; porque mientras el dogma del fatalismo, la inercia, que es su consecuencia precisa, la inmovilidad de las instituciones y la barbarie de la administración, reducen á la última espresion la raza de los vencedores y señores del Asia; las razas de los esclavos y las cristianas del Norte y del Mediodía del imperio, las armenias, griegas, maronitas, y la raza árabe conquistada, se estienden y se multiplican per un efecto necesario de sus costumbres, de su natural actividad y de su religion.

El número de los oprimidos escede considerablemente al de los opresores: los griegos de la Morea, débil y miserable población, por sí solos en un momento de energía, han purgado de turcos el Peloponeso: la Moldavia y la Valaquia han sacudido el yugo; y las islas estarían emancipadas ya, sin ese tratado europeo que se las garantiza al sultan. La Arabia entera está dividida en familias de hombres desconocidos los unos á los otros; oprimida alternativamente por los turcos y los egipcios, y la parte mejor de ella desolada por el terrible cisma del wahavita. Las dos terceras partes de los armenios han sido arrancadas á la dominacion de los turcos por los rusos y los persas: los

georgianos pertenecen ya á la Rusia, y los maronitas y los druzos serán dueños de la Siria y de Damasco el dia que decididamente quieran serlo: los búlgaros componen una poblacion numerosa y todavia tributaria; pero que mas considerable y mas susceptibles de organizacion que los turcos, se emancipará el dia que quiera lanzar el grito.

Los servios lo lanzaron ya, y sus magnificos bosques comienzan á aclararse; se ven cruzados por caminos, se cubren como por encanto de ciudades y de pueblos; y su gefe, el príncipe Milosch, si admite algunos turcos en Belgrado, es en clase de aliados, mas de ningun modo como dueños ó superiores.

El espíritu de conquista, alma de los osmanlis, se apagó enteramente: el de proselitismo armado se estinguió hace ya mucho tiempo; acabó su fuerza impulsiva; y su fuerza conservativa, que debía estrivar en una administracion uniforme, ilustrada y progresiva, existe solamente en la imaginacion de Mahometo.

El fanatismo popular ha muerto con los genizaros: si éstos renaciesen, renaceria con ellos la barbarie: era preciso un portentoso génio para resucitar el imperio, y Mahometo es hombre de corazon, pero no de génio.

Este monarca vive presenciando su ruina; halla obstáculos insuperables, donde una imaginacion mas enérgica y fecunda encontraria instrumentos; y se ve por fin, en la alictiva necesidad de buscar un apoyo en los rusos, que son sus inmediatos y naturales enemigos. Esta política de desesperacion y de debilidad, le pierde en el ánimo del pueblo,



y es como una sombra de sultan que asiste al sucesivo desmenbramiento del imperio.

Su conflicto es grande, y su riesgo inminente: colocado entre la Europa que le protege, y Mehemet-Alí que le amenaza, si no admite la humillante proteccion de los rusos, le derrotará Ibrahim; y si combate á Ibrahim, la Francia y la Inglaterra se apoderarán de sus escuadras, y vendrán á acampar sobre los Dardanelos.

Por otra parte, si hace alianza con Ibrahim se constituye súbdito de su súbdito, y debe encontrar la prision ó la muerte en su propio serrallo. Solamente una energía heróica, y uno de esos rasgos sublimes de esfuerzo y desesperacion, le podrían salvar, realizando por algun tiempo la gloria otomana: este consistiría en cerrar por ambos lados el Ponto Euxino y los Dardanelo; hacer una llamada á la Europa meridional y á los débiles restos del islamismo, y marchar él mismo contra Ibrahim y contra los rusos; pero suponiendo que alcanzase la victoria, no dejaria de derrumbarse el imperio sostenido un corto espacio por esta gloria pasajera. Su caída brillaria con una aureola de heroismo; pero la raza de Othman concluiría por un triunfo, así como ha comenzado por otro.

Ahora que conocemos el estado de la Europa y el del imperio otomano, preguntaremos, ¿qué partido debe tomar una política previsora, una política de humanidad, y no una política de estúpido y de ciego egoismo? Qué debe hacer la Europa?

La rutina diplomática, que repite como axiomas los principios que ha admitido mucho despues de haberse demostrado su error, y que tiem-

bla al tener que tratar cualquiera cuestión grave y delicada, porque carece de la energía y de la inteligencia que su solución necesita, dice que es necesario sostener de todos modos el imperio otomano; como un preciso contrapeso en Oriente al poder de la Rusia. Mas si existiese un imperio otomano; si hubiese turcos capaces de crear y organizar, no solamente ejércitos, sino un estado que pudiese vigilar y observar los reveses de los rusos, é inquietarlo seriamente, mientras que la Europa meridional lo atacaba; esta política podría ser quizá conservadora y útil. Sería menester ser muy insensato ó atrevido para decir á la Europa: « *Borrad de la carta geográfica un imperio que existe y está lleno de vida; quitad un peso inmenso de la balanza tan mal equilibrado del mundo político, porque este no llegará á advertirlo.* »

Mas el imperio otomano solo existe en el nombre; su soplo de vida espiró; su peso es ninguno, y solo ofrece un vastísimo espacio vacío, que la inhumana política europea se resiste á ocupar, y quiere que quede desierto, en vez de llenarlo de poblaciones vivas y vigorosas, sembradas ya por la naturaleza, que debía fomentar y multiplicar.

No precipiteis la ruina del imperio otomano; no usurpeis al destino su acción, ni cargueis con la responsabilidad ante la Providencia; mas no adopteis una política ilusoria y culpable para sostener un fantasma, al que nunca podreis dar mas que la apariencia de vitalidad, porque realmente está muerto. No os hagais tampoco auxiliares de la barbarie del islamismo contra la civilización, la razón y las religiones que él oprime; finalmente, no os hagais cómplices de la esclavitud y la des-

poblacion de las mas hermosas partes del mundo, dejad que se cumpla el destino; observad, esperad, y estad prontos.

El dia en que el imperio, minado por Ibrahim ó por cualquiera baja, se llegue á desplomar, y caiga pieza por pieza al Norte y Mediodía, tendreis que resolver un sencillo problema ¿Se debe hacer la guerra á la Rusia para que no herede las costas del mar Negro y de Constantinopla? ¿Se hará la guerra al Austria para que no se apodere la mitad de la Turquía europea? ¿Se hará á la Inglaterra para que no tome posesion del Egipto y de su camino á las Indias por el mar Rojo? ¿A la Francia para que no colonice la Siria y la isla de Chipre? ¿A la Grecia para que no recobre su integridad con el litoral del Mediterráneo, y con las islas que llevan su nombre, y que mantienen una poblacion suya? ¿Y á todo el mundo, en fin, para que nadie se aproveche de sus magníficas ruinas? ¿No convendrá mas bien, en vez de estas declaraciones de guerra, que se reunan estas potencias, y que se repartan á la especie humana bajo la proteccion de la Europa, para que esta especie se estienda y multiplique, y la civilizacion se difunda?

He aquí las dos cuestiones que tendrá que proponer un congreso de potencias europeas: la liberacion no parece que debe ser dudosa.

Si se determina la guerra, esta traerá todos los males y todos los desastres que lleva consigo semejante plaga; y se hará un daño evidente á la Europa y á Asia: y cuando la guerra se acabe no se habrá evitado nada de lo que con ella habrá querido evitarse; porque la naturaleza de las cosas,



el curso de los acaecimientos, la influencia de las simpatías nacionales y religiosas, y las ventajas de las posiciones territoriales producirán siempre su inevitable efecto.

La Rusia ocupará siempre á Constantinopla y las costas del mar Negro, porque es un lago de la Rusia, cuya llave es la antigua Bizancio: el Austria se extenderá á la Servia, á la Bulgaria y Macedonia, imitando á la Rusia; y la Francia, la Inglaterra y la Grecia, despues de disputarse mucho tiempo el camino, ocuparán el Egipto, la Siria, Chipre, y todas sus islas. El resultado será el mismo, y solo se habrá conseguido teñir de sangre las olas del mar, y hacer correr arroyos de ella por la tierra.

Las divisiones forzadas y arbitrarias, producidas por los resultados de batallas sangrientas, habrán sustituido á divisiones racionales de territorios: los establecimientos de útiles colonias habrán perdido años, muchos tal vez; y en el trascurso de ellos la Turquía de Europa y el Asia sufrirán todos los males de la anarquía: se hallarán mas desiertas de lo que las habrán dejado los turcos: la Europa habrá retrocedido en vez de seguir su acelerado movimiento de civilizacion y de prosperidad; y el Asia permanecerá mucho tiempo como muerta y encerrada en un sepulcro.

¿Puede, pues, titubear la Europa si la razon preside á sus destinos? Y si llega á titubear, ¿qué cargo deben esperar de la historia sus gobiernos y sus guías? Ella dirá á la posteridad que el mundo político ha sido conducido en el siglo XIX por el egoismo y la locura; y que los gabinetes y los pueblos han despreciado á la Providencia el mas mag-

nífico presente que haya ofrecido jamás á las necesidades de una época, y á los progresos á que aspira la humanidad.

¿Qué debe hacerse pues? Reunir un congreso de las principales potencias limitrofes con los diversos territorios del imperio otomano, ó que tienen intereses sobre el Mediterráneo: establecer por principio y convertirlo en hecho, que la Europa se retire de toda accion ó influencia directa en los interiores negocios de la Turquía: abandonarlo á su propia vitalidad y á su destino; y convenir de antemano en que llegado el caso de la caída de este imperio, ya por que acaezca una revolucion en Constantinopla, ó ya por un desmembramiento sucesivo, las potencias europeas se apoderarán cada una con el titulo de protectoras, de aquella parte del imperio que le asigne la deliberacion del congreso: que estas potencias, definidas y limitadas en cuanto á los territorios, segun los vecindarios ó lindes, la seguridad de las fronteras, y la analogía de religiones y de costumbres é intereses, no atentarán á los derechos de las soberanías locales preexistentes, y no sancionarán mas que la soberanía de las potencias.

Esta especie de soberanía, definida de tal modo, y consagrada como derecho europeo, consistirá principalmente en la autorizacion de ocupar aquella parte de territorio ó de costas asignadas, para fundar sean ciudades libres, sean colonias europeas, ó sean puertos ó escalas de comercio.

Las diversas nacionalidades, las calificaciones de tribus, y los derechos preexistentes de cualquier clase que sean, serán reconocidos por la potencia protectora; pues esto no debe ser mas que una

:

tutela armada y civilizadora que cada potencia ejercerá sobre su protectorado, con la cual garantizará su consistencia y sus elementos de nacionalidad bajo la bandera de otra nacionalidad mas fuerte y poderosa, y la preservará de las invasiones, del desmembramiento, de las convulsiones y de la anarquia, y le suministrará los medios pacíficos de desarrollar su comercio y su industria.

Establecido este principio, el modo de accion y la influencia de los protectores sobre la parte de terreno que á cada uno le haya tocado en suerte, variarán segun las localidades, las costumbres y las circunstancias especiales; y he aquí como el resultado se vendrá á la mano por sí mismo.

Desde luego se fundará una ó mas ciudades libres europeas sobre los puntos de la costa ó del territorio mas favorecido por la naturaleza y por las circunstancias. Estas ciudades y territorios abiertos á las poblaciones protegidas, serán regidos por la legislacion de la metrópoli ó por las legislaciones coloniales: al entrar en ellas los protegidos adquirirán el derecho de ciudad, y despues el de nacion; no estarán sometidos á las legislaciones opresivas y bárbaras de su tribu ó de su príncipe, gozarán de la sancion del derecho de propiedad y de trasmision, de que generalmente carecen, y que es la primera palanca de civilizacion; y tendrán todas las inmunidades de comercio, de industria y de milicia que tenga á bien conferirles el protector.

Las comerciales relaciones entre estos centros principales de civilizacion se estenderán inevitablemente de vecino á vecino; las ciudades, los



pueblos y las tribus no tardarán en pedir en masa la nacionalidad y sus derechos sociales; y todo el país protegido entrará en pocos años en el cuadro del protector. La uniformidad de las leyes se establecerá pronto y libremente; pues todas las ventajas de ella son ya apreciadas y deseadas, y los pueblos están cansados de la tiranía, y de la opresiva y bárbara administración que las diezma, y ansiosos sobre todo de libertad individual, de propiedad y de comercio; y sin duda las primeras ciudades que se establezcan se poblarán y llenarán inmediatamente, y el ejemplo y la próspera seguridad que disfrutarán estas ciudades y sus territorios, llamarán de una á otra á las poblaciones enteras.

Pero es preciso mirar con respeto la religión y las costumbres; y esto es tanto más fácil, cuanto que la tolerancia, además de ser la ley del buen sentido y de la Europa, es un hábito inveterado en el Oriente.

Todos los cultos deben ser tolerados, y vivir uno al lado de otro pacíficamente y con independencia. Algunas condiciones puramente civiles se podrán imponer gradualmente á los que se establezcan en las ciudades europeas, y modificarlas en lo que concierna á la legislación; pero de ningún modo tocar á las creencias religiosas.

La ley protectora de municipalidad no reconocerá ni la pluralidad de las mujeres ni los esclavos; pero no prohibirá nada de lo que pertenezca al dominio privado de la familia y de la conciencia.

En cada protectorado habrá dos especies de legislación; una general y en algún modo feudal,

que establecerá las relaciones generales de los pueblos y las tribus protegidas entre sí con la nación protectora, como el concurso á los impuestos y las limitaciones de territorios; y otra legislacion europea de las ciudades libres, análoga á la legislacion de la ciudad protectora, cuyo modelo de legislacion se ofrecerá sin cesar por ejemplo, para que sirva de estímulo contra la atrasada y bárbara legislacion de las tribus vecinas. La separaciones sin embargo, deben dejarse subsistir de derecho y de hecho, pues á estas castas de hombres, diferentes en nacion, en tribus, en religion y en costumbres que existen en el Oriente, se les debe obligar solamente en el pacto comun, vigilado por el gobierno protector, á que vivan en paz; habitarlas á la comunidad de intereses, y reunir las en deliberativas asambleas por naciones y tribus; despues hacerlas nombrar funcionarios de su seno elegidos entre los mas ilustrados de ellos, que deliberen á su vez con los mandatarios de las demás naciones ó tribus, sobre los intereses comunes al protectorado, á fin de acostumbrarlos poco á poco á las relaciones benévolas, y hacer insensiblemente una fusion por la fuerza de las costumbres, y nunca por la fuerza de las leyes.

El Oriente está tan preparado por sus hábitos municipales, y por la diversidad de las castas á este estado de cosas, que la nacion protectora no hallará dificultad en ninguna parte sino en alguna gran capital, como Damasco, Bagdad, el Cairo y Constantinopla. Estas dificultades no deben superarse tampoco por medio de la fuerza, sino por la sola incomunicacion temporal con los demás territorios protegidos. La paralización del comercio

es para el Oriente la cesacion de vida, y el arrepentimiento acarreará muy pronto la reconciliacion.

La posibilidad y aun la facilidad de una organizacion semejante, salta á los ojos de cualquiera que haya recorrido estas regiones. La servidumbre, la ruina, la despoblacion, la falta de todo derecho de propiedad y de trasmision legal, la arbitrariedad de un pachá que está pesando sin cesar sobre la propiedad y la vida, han desnacionalizado de tal modo estos países, que toda bandera que se tremole con tales condiciones reunirá al instante la mayoria de aquellas poblaciones. Muchas están ya preparadas para este gran cambio: todas las de la Turquía europea, todas las griegas, armenias, maronitas y judías son laboriosas, cultivadoras ó comerciantes; y solo reclaman propiedad, seguridad y libertad para multiplicarse y estenderse por las islas y los dos Continentes. Al cabo de veinte años estas medidas crearán naciones prósperas y felices; y millones de hombres guiados por la égida de la Europa, marcharán á paso gigantesco hácia la civilizacion.

Tal vez me preguntarán ¿qué se hará de los turcos? mas yo les responderé preguntando ¿dónde estarán los turcos?

Desplomado el imperio, dividido y desmembrado, los turcos rechazados de las poblaciones sublevadas, ó se confundirán con ellas, ó huirán á Constantinopla y á algunos puntos del Asia menor: ademas serán muy poco numerosos; demasiado perseguidos por implacables enemigos; y estarán demasiado lastimados por el golpe de la fatalidad para tratar de reconquistar su inmensa domina-



cion perdida. Ellos mismos formarán una de esas naciones garantidas por el poder europeo, que aceptará la soberanía del Bósforo, de Constantinopla ó del Asia menor, y se crearán muy felices con que la égida de la Europa los defienda de la venganza y de las agresiones de los pueblos que les estuvieron sometidos.

Conservarán sus leyes, sus costumbres y su culto, hasta que el contacto y el roce con una civilizacion mas avanzada, los conduzca insensiblemente á la propiedad, al trabajo, al comercio y á todos los beneficios sociales, que son sus inmediatas consecuencias; y su territorio, su independencia relativa y su nacionalidad, quedarán bajo la tutela de la Europa hasta su completa fusion con las naciones libres que poblarán el Asia.

Si este plan, que concibo y que propongo, debiese inducir á la violencia, á la espatriacion, y á la forzada espropiacion, lo miraria yo mismo como un crimen. Los tureos, por el vicio irremediable de su administracion, son incapaces de gobernar la Europa y el Asia, ó una de estas dos regiones; pues las han desplomado, y se han suicidado con el lento suicidio de su gobierno.

Como casta de hombres y como nacion, los cuento entre los primeros y mas dignos pueblos de su vastisimo imperio: su carácter es noble y grande: su valor está intacto, y sus virtudes religiosas, civiles y domésticas, son á propósito para inspirar á todo hombre imparcial, no solo la estimacion, sino tambien la admiracion. Su nobleza está escrita en sus frentes y en sus acciones, y si tuviesen mejores leyes y un gobierno mas ilustrado, serian uno de los primeros pueblos del

mundo, porque todos sus instintos son generosos. Es un pueblo de patriarcas, de contempladores, de adoradores y de filósofos: cuando creen que les ha hablado Dios es un pueblo de héroes y de mártires.

No quiera pues el cielo que yo provoque el esterminio de una casta de hombres semejantes; pero ellos ya no existen, ó dejarán muy pronto de existir como pueblo. Se les debe salvar como hombres y como nacion, y salvar tambien á los que ellos oprimen, y la procreacion que impiden, tomando, cuando la ocasion se presente, la tutela de su destino y la del Asia.

Si me preguntan con qué derecho se habrá de tomar esta tutela responderé, que con el que dan la humanidad y la civilizacion. Yo no recurro al derecho de la fuerza; la fuerza no concede titulo ni derecho, pero confiere facultad. La Europa, reunida para un objeto conservador y civilizador, tiene la incontestable facultad de arreglar el Asia. Ella es la que se debe interrogar y preguntarse á sí misma si esta facultad la da derecho, y si todavía no la impone un deber.

En cuanto á mí estoy por lo último, porque no hay un cañonazo que tirar ni una violencia que hacer, ni una espropiacion, ni una poblacion que arrancar á su suelo, ni finalmente, una violacion de religion ni de costumbres que autorizar. Solo hay una resolucion que tomar, una proteccion que promulgar, una bandera que enarbolar; y si esto no se hace, la Europa sufrirá veinte años de guerras inútiles; y el Asia la anarquía, ruinas, estancacion y despoblacion absoluta.

Por ventura ¿ha concedido Dios al hombre este

magnífico dominio de la parte mas hermosa del globo, para que lo deje estéril, inculto ó devastado por la perpétua barbarie?

La Europa, cuyo estado es convulsivo y revolucionario, donde ademas rebosaba la población, lo mismo que la industria y las fuerzas intelectuales, debe bendecir á la Providencia, que la abre tan oportunamente un espacio inmenso de ideas, de actividad, de proselitismo civilizador, de trabajo industrial y agrícola, de empleos y de retribuciones de toda especie, de escuadras y de ejércitos que emplear, de puertos que abrir, de ciudades que fundar, de colonias interiores que establecer, de desiertos feraces que cultivar, de industrias nuevas que crear, de brazos que ocupar, de caminos que abrir, de alianzas que intentar, de poblaciones vigorosas y jóvenes que guiar, de legislación que examinar, de religiones que profundizar y mejorar, de fusiones de costumbres y de pueblos que hacer; y finalmente, que la proporcione comunicaciones nuevas que abrir entre el Africa, el Asia y la Europa, las cuales aproximen las Indias á Marsella y pongan al Cairo en comunicacion con Calcuta.

Los mas hermosos climas del gblo, los caudalosos rios y las estensas llanuras de la Mesopotamia, ofrecerán sus aguas y sus caminos á la acrecentada actividad del comercio universal; los montes de Siria suministrarán un inmenso depósito de carbon de tierra á la orilla de mar, que dará movimiento á innumerables buques de vapor; el Mediterráneo se convertirá en un lago de la Europa meridional, del mismo modo que el Ponto Euxino se ha convertido en un lago de la



Rusia, y como el mar Rojo y el golfo Pérsico son lagos de Inglaterra; y finalmente, las numerosas tribus, esas naciones errantes, sin territorio propio, sin patria, sin derechos, sin leyes y sin seguridad, puestas al abrigo de las legislaciones europeas, se dividirán los lugares donde están acampadas; y convertidas en pueblos laboriosos y sedientos de luces y productos de Europa, cubrirán el Asia menor, la Africa, el Egipto, la Arabia, la Turquía de Europa y las Islas.

¡Qué bello cuadro de porvenir se ofrecería entonces á los tres continentes! ¡Qué ilimitada esfera de nueva actividad para las facultades que se despiertan y para las necesidades que nos acosan! ¡Qué elementos de pacificación, de orden interior y de un regularizado progreso para la borrascosa época del siglo! Y este cuadro no tiene nada de ideal, es la verdad, la verdad fácil, positiva é infalible. Para realizarla la Europa solo necesita formar una idea exacta, abrigar un sentimiento generoso, y pronunciar una palabra: que la pronuncie y se salvará ella misma, y preparará el mas hermoso porvenir para la humanidad.

No entro en la discusion de los límites de los protectorados de la Europa y del Asia, ni tampoco en las compensaciones que estos límites podrian reclamar en la Europa, porque esta debe ser la obra de un congreso secreto entre los agentes de las principales potencias: las nacionalidades establecidas son en algun modo la individualidad de los pueblos, y es preciso respetarlas y alterarlas lo menos posible en las negociaciones; pues semejante derecho pertenece á la guerra.

Estas compensaciones solo serian concesiones pequeñas, y no deberian provocar las discusiones interminables y las quejas numerosas que suelen producir.

He dicho que en ciertos casos la facultad es un derecho, y en virtud de él las pequeñas potencias europeas no deben detener á las grandes, que tienen de hecho la voz preponderante, y sin apelación en el gran consejo europeo.

Cuando la Rusia, el Austria, la Inglaterra y la Francia hayan deliberado y promulgado una resolución firme y unánime, ¿quién se opondrá á la ejecucion de lo que su dignidad, sus intereses y la salud del mundo les han inspirado? Nadie: las pequeñas diplomacias murmurarán, intrigarán y escribirán; pero la obra se habra consumado, y la fuerza de la Europa se habra renovado tambien.

## APÉNDICE.

---

### CARTA

DEL VIZCONDE MARCELLUS A MR. DE LAMARTINE

Solo he leído de vuestro viaje al Oriente, mi querido Lamartine, los retazos insertos en algunos periódicos, y sin embargo os doy gracias por las satisfacciones y goces que me habeis causado; pues habeis renovado mis pasadas impresiones, y he encontrado perfectamente espresadas en vuestra obra las fuertes y profundas sensaciones que recibí hace doce años en los mismos sitios que describis.

Entonces me abandonaba á la contemplacion de esas magestuosas perspectivas: el Desierto y el Libano se ofrecieron á mi asombrada vista con los mismos colores trazados por vuestro diestro pincel: he visto las mismas ruinas, he trepado por las mismas alturas, mis sandalias de peregrino se han cubierto con el polvo de aquellas sendas escarpadas; y creo no engañarme al disfrutar de la lisonjera persuasion de que esta fraternidad de viajes y de ideas añade un vínculo mas á la amistad que nos estrecha.



Cuando habeis hecho mencion de Lady Esther Stanhope se ha acrecentado mi interés; he leído y releído vuestro bellissimo episodio, lo he meditado como una página de mis anteriores y gratos recuerdos, escrita con indelebles caractéres de fuego; y me he trasportado nuevamente á los pies de esa mujer, cuyo carácter no me atrevo á trazar, y sobre la que vos mismo no os atreveis á pronunciar un fallo.

Debo confesar que mi opinion le era sumamente favorable, ya porque hubiese en mi juventud cierta simpatia hácia un carácter y una vida enteramente distinta de las demas; ya porque prevenido de antemano en favor del Desierto no encontrase en los objetos que me presentaba mas que novedad y grandeza.

Tambien yo consigné mis impresiones en una relacion harto fiel; pero esta relacion sencilla y despojada del esplendor del colorido, desapareció cual la hoja seca de un árbol arrastrada por el viento, y se sumergió en el polvo de los archivos, como tantos otros bosquejos que nosotros dos hemos trazado.

Luis XVIII que supo mi visita á Lady Stanhope, quiso saber de mí sus circunstancias; de modo que soy deudor á esta señora de haber dado á conocer algunas de mis aventuras en Oriente, tales como mis paseos con las jóvenes de Scio en los últimos días de su libertad y de su vida; los detalles del descubrimiento y de la adquisicion de la *Venus de Milo*, esa obra maestra de la escultura antigua, que tengo la vanidad de haber procurado á la Francia, y otros episodios de mis viajes, que repito, lograron alguna celebridad por la

proteccion de la hiespeda del Libano. Sino he participado al público la admiracion que ha logrado inspirarme esta mujer extraordinaria, ha sido porque mi viaje estaba adherido á una mision política.

Creo aprobareis que, guardando fidelidad á nuestra carrera comun, me haya impuesto tan rigoroso silencio: aun despues de las borrascas que han hecho naufragar tantos otros intereses, y que me han separado de esta carrera, en cuyo estudio he consumido los dias de mi vida, he creído un deber observar esta fidelidad en los momentos en que estaba decidido á abandonarla, y mi silencio ha sobrevivido á mis diplomaticas funciones.

Ahora despertais mis recuerdos diciendo mejor que podria hacerlo yo, todo lo que es ageno de la política; y á vos toca juzgar si algunas particularidades que yo he conservado merecen ser añadidas como pinceladas a la brillantéz de vuestros cuadros.

Cuado tuve el honor de visitar á Lady Stanhope poseia mas recientes relaciones con la Europa y con su anterior vida política, y no habia olvidado el mundo, aunque lo despreciaba. Entonces no habia aprendido en la Siria de algunos hombres contemplativos, el arte de atribuir los destinos de nuestro hemisferio á la influencia de los astros y del firmamento: por consiguiente, suspendia á una altura mas elevada la argolla misteriosa de la cadena de aquellos. Disgustada de los cultos europeos, que no habia profundizado ni conocido mas que imperfectamente, desaprobaba las sectas numerosas del Desierto, cuyos misterios habia

sondeado; se habia formado un deismo á su modo, y no conservaba del cristianismo mas que la práctica de la beneficencia y el dogma de la caridad.

La sobrina de Mr. Pitt habia tomado parte desde su juventud en las agitaciones del parlamento inglés; posteriormente en sus viajes habia estudiado y llegado á conocer las miras de los gabinetes europeos, y de esto provenia que en nuestras conversaciones fuese tan severo su juicio acerca de los hombres que habian dirigido el mundo hacia treinta años.

Algunos de estos han caido ya de la elevacion en que les habia colocado el poder; otros dominan todavia; pero la mayor parte han cedido su lugar á la influencia de los tiempos: Lady Stanhope les asestaba con su opinion golpes mortales, los señalaba con terribles epitetos; y ahora que el tiempo ha trascurrido, se han confirmado casi todas sus horrosas profecias.

No debo dar á conocer el oscuro colorido de sus retratos; debo callar sus revelaciones; debo dejar en el abismo del secreto los odios que confesaba haber heredado de su tio; pero puedo decir y publicar la invencible repugnancia que le separaba de la Europa.

--¿Volvereis á ver la Inglaterra? la pregunté yo un dia.

--No: me respondió con viveza é indignacion. ¡Vuestra Europa es tan insulsa! Dejadme tranquila en el Desierto. ¿A que iria yo á Europa? ¿A ver naciones dignas de las cadenas con que estan abrumadas, y á ver principes indignos de los tronos que ocupan? Vuestro antiguo continente debe conmovese muy pronto hasta sus cimientos. Aca-



bais de ver á Atenas y vais á ver á Tiro: contemplad lo que queda de aquellas ilustres repúblicas, antiguas protectoras de las artes; de aquellas monarquías, reinas de la industria y del mar; y estad seguro que lo mismo ha de suceder con la Europa. Todo en ella está gastado y decrépito: los reyes nada conservan de sus antiguas castas, y caen al golpe de su inexorable guadaña, ó arrasados por las inevitables consecuencias de sus propios errores; y se suceden unos á otros degenerando siempre. La aristocracia, que desaparece del mundo, cede su lugar á una clase de ricos plebeyos; pero efímera y mezquina, sin vigor y sin germen. El pueblo sólo, ese pueblo que trabaja y que suda, es el único que conserva su carácter, y que abriga plausibles virtudes. Temblad, y estremeceos al pensar en el día que conozca su fuerza! No, no quiero saber nada de Europa: yo cierro los oídos á los últimos ecos que llegan de ella y que vienen á espirar debilitados sobre esta playa tranquila y desierta: no hablemos de la Europa: ha concluido para mí.»

Entonces Lady Stanhope trazaba encantadores cuadros, y bosquejaba seductoras perspectivas; en las que desarrollaba las maravillas del Desierto. Me refería su vida errante y dominadora; el socorro y proteccion que dispensaba á los viajeros, y sobre todo á los franceses en honor á la memoria del gran Napoleon; la muerte del coronel Boutin, degollado por los ansarios en la última cadena del Libano, y la terrible venganza que tomó de esta muerte; el veneno derramado dentro de una tienda en el llano de Mesirib á otro viajero mas célebre, que se ocultaba en Oriente

con el nombre musulman de Ali Bey, y que era conocido en Europa con el nombre español de *Baldiz*; y me contaba sus visitas á los santones de la montaña, y sus correrias á Palmira.

«Partí un dia para Damasco, me dijo, con objeto de volver á ver á Balbek y sus ruinas. El pachá, que era amigo mio, me confió á la custodia del Scheik-Nassel, puesto á la cabeza de cincuenta árabes: mis gentes me seguian á una jornada de distancia. Viajamos de dia y de noche; y tres veces habia amanecido la aurora despues de mi salida, cuando llegó á nuestra caravana un mensajero montado en un dromedario, y habló con Scheik-Nassel, que se turbó y mudó de aspecto.

--«¿Que teneis? le pregunté con ansiedad.»

--«Me respondió que nada tenia, y seguimos nuestro camino.»

No tardó en llegar un nuevo emisario sobre otro dromedario, y habiendo hablado con Nassel redobló su tristeza y agitacion. Yo insistí en querer conocer el motivo de su turbacion que debía ser grande; y entonces me dijo que habia arrebatado á su padre una de sus mujeres: que este le perseguia con tropas tres veces superiores á las suyas, y que lo iba á alcanzar.

—«El desea mi muerte, añadió, y es muy natural, porque ofensas de esta clase solo se satisfacen con sangre; pero se me ha confiado vuestra persona, y moriré mil veces antes que abandonaros.»

—«Partid!... huid!.. exclamé: prefiero quedarme sola en el Desierto á veros degollar por la mano de vuestro propio padre; yo le esperaré procuraré reconciliarlos con él, y de todos modos Balbek

no puede estar muy lejos, y el Sol me servirá de guía.»

«Me separé de él al acabar estas palabras, y huyó y desapareció con sus cincuenta árabes.»

«No hacia una hora que me encontraba sola sin mas compañía que mi yegua, y sin mas defensa que mi puñal, cuando vi en el horizonte una nube de polvo: un grupo de hombres montados corrieron á escape hácia mi y Nassel se volvió á colocar á mi lado.

«Honor al *Cid*, Milady, exclamó entonces con entusiasmo: honor al *Cid* que tiene el corazón de un guerrero: todo cuanto os he dicho ha sido una ficción para probar vuestro valor: venid que mi padre os espera.»

«Yo le seguí, fui recibida en su tienda con toda la suntuosidad del Desierto; los gamos y los ternos camellos surtieron nuestra mesa, y los poetas celebraron las proezas de los tiempos pasados. Desde entonces hice alianza con esta tribu, que me ha mirado siempre con estimación y respeto.»

Gracias, mi querido Lamartine, gracias por los recuerdos de mis antiguos viajes. Yo me dejo llevar del encanto que tienen para mí, y nunca acabaría de hablar de ellos, del mismo modo que los romanceros árabes de los kanes de Tolemaida cuando refieren los sublimes hechos de Antar.

Cuando os escribo me parece estar viendo aquel esplendente Sol que se oculta detrás de los montes de Chipre y dora con sus últimos rayos los elevados picos del Anti-Libano; y creo percipir el azulado mar, cuyas olas apacibles sin levantar espuma, vienen á lamer dulcemente las vlayas de la antigua Sidon!

:



Ninguno mejor que vos es capaz de comprender cuánto debieron exaltar la imaginación, imprimirse en la memoria, y hacer latir un corazón sensible las palabras de una inglesa como Lady Stanhope, á quien los árabes olvidando su sexo han llamado *Señor*, disfrazada con el traje de beduino, colocada en el seno de aquel delicioso anfiteatro, y en el silencio y la soledad del Desierto.

Adios, querido amigo: os dejó para leer y recordar!... Si llega un día en que enviéis vuestra obra á Lady Stanhope, nombrad á un hombre cuya memoria está llena de ella, y que se lisonjea de haber sido uno de los pocos viajeros que han tenido la dicha de buscarla, de hallarla y de conocerla en el aislado centro de sus adoptivas montañas; y uno de vuestros numerosos amigos, que han sabido admiraros en el valle natal, donde residís tan cerca de mi actual retiro.

EL VIZCONDE DE MARCELLUS.

12 de abril de 1833.

FIN DEL II Y ÚLTIMO TOMO.













